

EL DÍA EN QUE DIOS MURIÓ

HÉCTOR MEDINA



Héctor Medina

EL DÍA QUE DIOS MURIÓ



Lunes

Glorioso, el padre Tomás pone sobre su almohada la biblia, su sotana y el libro de oraciones. Se incorpora de la cama, se inca de rodillas y eleva una oración al señor para empezar el día. Pero antes recuerda: *lunes festivo diecinueve de marzo de dos mil veintinueve, San José, padre putativo de Jesús, esposo de María y representante de los hombres en la tierra.* Luego de observar que el sol tenue y cálido entra por debajo de su puerta, reza, con los ojos cerrados, voluntarioso, noble, pactado por el espíritu santo, y agacha la cabeza. *Infinitas gracias damos, señor Dios, por tan maravilloso día que empieza. Que tu voluntad sea la nuestra, que tu espíritu sobre las aguas se multiplique sobre nuestras cabezas y nos convirtamos cada día más en seres bajo tu enagua.*

Coge el rosario de su gaveta y apenas pone el dedo en la primera bolita, suena la puerta, muy suave, a clave de do. Tomás se encrudece, patina su pensamiento en la oración y prefiere abrir de una vez por todas. Saca el pestillo, y abre con disimulo, dejando ver la piel grasienta y sus ojos ojerosos. Aparecen Silvio y Flora, el par de monaguillos que le han ayudado durante cinco años, en pijama, con ojos también marchitos, pero con un violáceo más claro.

—Muchachos, voy a terminar el rosario y salgo, ¿Ya hicieron el de ustedes?

—Hace rato, padre. Estamos levantados desde las seis y pues tenemos hambre—dice Flora.

—Tranquilos, esperen a que llegue Rosario para que nos haga el desayuno. Mientras tanto tienen pendiente la confesión del alimento impuro. Deberían pensar en el alimento de la oración, ese sí es importante. Vayan adelantando cincuentas avemarías cada uno.

Los muchachos van hacia su cuarto de nuevo. El padre Tomás cierra otra vez su cuarto. Se inca de nuevo y empieza el rosario de los gozosos. El sol ha empujado la luna a eso de las seis de la mañana, imponente, gordo, calentando a la brasa. El patio, donde se ve la fuente, está cubierto a su alrededor de plantas, sobre todo de flores moradas, amarillas y rojas que le dan un toque artístico. En los pasillos algunas sillas de espera para solicitar documentos y un poco más allá está la entrada por la parte trasera de la iglesia. La arquitectura tiene apenas cincuenta años, por donde han pasado diez sacerdotes y se les hace honor en la pared de la entrada que da acceso a la oficina de despachos; el último cuadro, casi al pie del cuarto, es del Tomás, que aparece en la foto, de manos cruzados, muy majo, como representando a Dios en la tierra. Encima de todos los

cuadros está el de monseñor y bien arriba el del Papa Dámaso III.

El tiempo y el espacio han movido las manecillas hasta las siete y veinte. Tomás sale, entra al baño, el agua sale tibia, tersa y su cuerpo se consuela. Se aplica el aceite de unción, sobre todo en el estómago por las molestias que ha sentido ya hace un par de semanas. Eleva una oración antes de empezar a lucir su traje de padre: *Convertíos oh nuestro Señor en fiera de las malas lenguas y aplaca a la bestia mentirosa y perspicaz. ad altare dei.* Se pone su pantalón negro, la camisa blanca y se organiza el alzacuello. De su mesa extrae los zapatos negros en charol, los limpia con vaho y peina su cabello hacia atrás, bien lizo y plano. De nuevo eleva una oración, pero esta vez cogiendo la biblia y la abre en cualquier salmo: **1** *Oh SEÑOR, en tu fortaleza se alegrará el rey, ¡y cuánto se regocijará en tu salvación!* **2** *Tú le has dado el deseo de su corazón, y no le has negado la petición de sus labios. (Selah)* **3** *Porque le sales al encuentro con bendiciones de bien; corona de oro...*

Cuando sale ya son las ocho de la mañana. Da un respiro cómodo, se llena de la gracia del espíritu de Dios que trae la luz y el aire de la mañana. Llama a Flora y a Silvio; estos aparecen a los segundos aún con pijama, refregándose los ojos y con un dejo de pereza que cala en sus pieles. Tomás se pone las manos en su

cintura, con mirada amenazante, pero a la vez de sosiego y piedad.

—Yo los hacía ya bañados, hijos de Dios—Tomás se pasa las manos atrás y se acerca un poco más a los muchachos.

—Padre Tomás, estábamos terminando las oraciones de la próxima penitencia—dice Silvio con una voz apenas audible.

—Muchachos, recuerden que empieza la semana mayor, la semana de concentrarnos en Dios, en Jesucristo, en la pasión, en reflexionar por nuestros pecados. Esta semana tienen bastante trabajo, el de limpiar el soporte de las veladoras, arreglar sus cuartos... ah, y está pendiente ensayar para el coro de este domingo de resurrección. Recuerden que va venir, posiblemente, monseñor Laureano. Así que no me miren más, manos a la obra. Dios los quiere bañados, arreglados y en altar a las ocho y veinte, ni un minuto más. Yo voy a abrir la iglesia, mientras llega Rosario.

Ingresa al recinto. Recuerda que es lunes festivo. Se arrodilla ante el altar del Señor, con pañoleta en el hombro, el frasquito de aceite para ungir, la copa de las hostias, el vino y, ante todo, la cintilla alegre de su traje. Sobre el altar se ve el pañuelo de la misa del día anterior, algún reguero de vela y a un lado una gran biblia con bordes dorados. Con un paño, limpia las partes polvorientas, recoge un que otro pétalo de la corona de flores y se acomoda su pantalón. Son las ocho y cinco y el lugar de cultos

y de conversaciones a Dios sigue cerrado. Tomás sabe que los feligreses ya esperan afuera.

Es mejor abrir, piensa, mientras camina por el pasillo para llegar al portón y cruza los santos que lo miran con tristeza de lado a lado de la iglesia. De pronto siente un estímulo de pensamiento, le hace recordar que cuando estaba en el seminario uno de los sacerdotes le mandó a que abriera la puerta, que podía ser el mensajero con algún dinero de la comunidad aledaña. Cuando Tomás fue era un anciano sucio y desarrapado, pidiendo ayuda de comida y ropa. Sólo recuerda que cuando le fue a decir al sacerdote de quién era no lo encontró y salió para decirle al hombre que no podía ayudarlo porque no tenía la autoridad; pero ya no estaba, también había desaparecido y lo asoció como si el hombre se hubiera convertido en una de las imágenes que veía en ese momento en la pared. Al sacerdote lo encontró días después y sólo le pudo decir:

—Tranquilo, ciervo del señor, ya le di una buena posada al buen hombre.

Lo recuerda con vehemencia, pero se aparta y quita el candado del portón, abre y la luz del sol entra como un rayo perpetuo y lozano que se queda en el santo lugar. La comunidad ingresa. La primera que pisa el sitio es Margaret, devota, imperdible de una misa dominical y de un lunes de las almas. El

padre Tomás la saluda con el beso en la mano. Y además más de veinte personas para hacer el rosario de los gozosos. El padre Tomás llama a sus dos ayudantes, pero ninguno responde. Cuando entra a las oficinas a buscarlos sólo halla las camas sin tender, las biblias tiradas y el escapulario del rosario inerte encima de la cama. Tomás empieza a temblar como en aquellos tiempos de efervescencia de fe, cuando una cruz cargaba sobre su lomo para que perdonaran sus pecados.

—¡Silvio y Flora!

Sólo aparece su secretaria fundida en unos anteojos de botella y con un vestido a los pies y hasta el cuello. Le dice al padre Tomás que no los ha visto, que había llegado hace cinco minutos y nos los vio. Tomás doblega su corazón, se calma como una paloma en vuelo; pero les va a reclamar el arreglo del cuarto, eso es inaudito. Flirtea con su cintilla; entra a su cuarto y se la pone de tal manera que se note y pueda mostrarle a la gente de qué está hecho ante Dios, como un siervo capaz de resistir cualquier adelanto de mala fe. Se mira ante el espejo, tiene su vanidad, no lo niega. Toma la biblia y abre cualquier página para empezar el día, es una costumbre que tiene desde que ha estado de padre hace siete años en la primera iglesia. Abre mateo nueve:

9 Jesús subió a una barca, pasó a la otra orilla y fue a su ciudad. De pronto le llevaron un paralítico tendido en una camilla. Jesús

al ver su fe, dijo al paralítico: <<Ánimo, hijo, tus pecados te son perdonados>>. Algunos maestros se dijeron: <<Éste blasfema>>. Jesús, conociendo sus pensamientos, dijo: “¿Por qué pensáis tan mal?” “¿Qué es más fácil, decir: Tus pecados son perdonados, o decir: ¿Levántate y anda? Pues...

Le interrumpe el par de ayudantes que no tienen más de doce años: el muchacho es trigueño, con pecas alrededor de su nariz y un cabello ondulado; la niña tiene un cabello rubio, muy bella de rostro, casi angelical con un pequeño lunar a su lado izquierdo. Tomás cierra rápido el gran libro, se arregla la camisa y el pantalón y con un aire de tenor les dice:

— ¿Dónde andaban, siervos de Dios?

—Terminándonos de arreglar, padre Tomás, lo que nos dijo hace rato que hiciéramos—dice Flora con una voz tierna, mirando al padre con ojos de ángel anunciando la venida.

—Pero el cuarto no lo organizaron, la biblia de práctica está tirada, hasta el rosario—dice el padre Tomás con cierto enojo, pero conservando la naturaleza de su bondad.

—Nos cogió un poco la tarde, padre, es que el reloj se retrasó y no timbró—comenta Silvio.

—Entonces el demonio entró en ese reloj. Lo mejor es que lo tomen en confesión y unas oraciones les servirán para que eso no se vuelva a presentar. Lo siguiente es que arreglen ese cuarto antes de la misa de nueve; quiero ver la biblia en el atril, el

rosario en la cabecera de la cama y, por supuesto, el atuendo de monaguillo lavado para esta noche, ¿entendido?

Los muchachos se limitan a asentir con la cabeza, por lo que el padre Tomás los mira con desdén y con cierto gesto de indiferencia. El par de muchachos entran a su cuarto y el padre entra al recinto para revisar que la caja fuerte del pan y el vino se encuentre en orden. Pasa la mano por las mesas para cerciorarse que no haya polvo. Ahora entra al altar y ve a los pocos feligreses encendiendo velas, otros al pie de la pila bautismal observando a Juan derramando agua a Jesús en la cabeza. Sólo Margaret se halla arrodilla en la primera silla de la iglesia, con la cabeza cubierta y con la cabeza gacha. Tomás la observa detenidamente, profundidad de pensamiento que le hacen ver a la mujer como una devota y adoradora del sistema religioso; por un momento se queda pensando en la palabra sistema, como si alguien que no hace parte de la fe se la hubiera puesto. Reacomoda el pensamiento, diciendo que es una devota de la santa trinidad: de Dios, Jesús y el espíritu. Bueno, en fin, lo deja así. Se acerca un poco más a la mujer que conoce ya hace cinco años que está en esta iglesia. La mujer alza la cabeza y detiene la conversación con Dios.

—Hola, padre Tomás, buenos días.

—Buenos días, hija, la gracia de Dios esté con usted.

—Gracias, padre—la mujer se incorpora—. Me gustaría, padre, decirle que si quiere yo puedo ayudarle el próximo domingo de ramos a recaudar el dinero de las limosnas, como en acto del buen servir a la comunidad.

—Está bien, hija. Lo mejor sería que ayunara ese día para que la gracia de Dios caiga sobre ese dinero, para que se bendiga con más facilidad—el padre Tomás entrelaza las manos, sus ojos brillan, le da la bendición a la mujer y continúa caminando por el centro de la iglesia.

Margaret se queda parada en toda la mitad, como congelada por algunos segundos, pensando en decirle algo más al padre Tomás, pero no lo recuerda. El padre Tomás llega hasta la puerta de la iglesia y ve pasar a más de uno del pueblo, con sus canastos de mercado, otros simplemente dando el paseo matinal por el parque principal y saludando al padre Tomás desde lejos de la plaza; Pero los recibe con mucho agrado, Tomás es ese tipo de sacerdote que es capaz de abrazar al más sucio, al más cochino de corazón y pobre de alma, y ese debería ser el buen servidor de Dios, piensa. Las palomas llegan a sus pies, comiendo las harinas de pan que alguien ha tirado. Su pensamiento es neutro o frío, como una colcha en invierno. Por un momento le parece que las palomas le piden más migajas, más comida o pan, pero se muestra indiferente, frío igual que su pensamiento.

Recuerda crudamente que de niño su padre lo llevaba al parque para darles de comer a las palomas, solían estar toda la tarde viendo cómo las palomas se refugiaban en su sed de bondad. Una tarde, en que el papá de Tomás se encontraba tirando trozos de pan, su hijo se quedó mirándolo y le preguntó: << ¿Papá, ¿cuál es la mejor manera de ayudar a la gente?>> <<Con todos los oficios y trabajos del mundo se puede servir a la gente>>. El futuro padre se quedó pensando y volvió y le dijo a su padre: <<Pero un oficio donde quede satisfecho, donde mi corazón quede gratificado, ensalzado, que me llene de gracia, que ayude a los pobres, que sea capaz de dar esperanza a los desdichados, de salvar y de sanar>>. Y lo único que le pudo decir su padre fue: <<Sacerdote>>.

Recurre a ese pensamiento cada vez que ve las palomas comiendo. Ingresas de nuevo a su sitio de trabajo. Y en el altar ve a Jesús crucificado, clavado de palo a palo y con la sangre a punto de reventar. En ese momento llega el par de muchachos, tímidos, con un leve color rosa en las mejillas. Miran por algunos segundos al padre Tomás que espera que le digan algo, pero toma la iniciativa.

—¿El cuarto quedó listo?

—Sí, padre, impecable—dice Flora observando a Silvio que juega con sus manos.

—Bueno. Entonces ahora acérquense al altar, tomen un velón y lo encienden a los pies del señor; Él se los irá a agradecer con creces al irse consumiendo la parafina. Ah, recuerden que es blanca.

—¿Y... el velón, padre Tomás? —preguntan al unísono

—No se preocupen, muchachos de Dios, ahora yo voy a la oficina y le pregunto a Lucrecia para que les dé uno a cada uno— El padre Tomás se despide de uno de los feligreses que ya ha terminado su visita a la iglesia.

El par de muchachos se dirigen al altar. El padre Tomás va a la oficina y encuentra a Lucrecia concentrada en el computador, como haciendo algún documento. Entra y la mujer para de teclear y se pone firme rápidamente, como si fuera una militar ante el superior. Tomás la mira, la detalla y al final le hace la cruz de la bendición.

—Gracias, Tom...padre Tomás. Estaba haciendo los últimos certificados de bautismo que tuvimos en este mes de marzo, fueron veinticuatro, una cifra extraordinaria comparada con febrero que fueron sólo nueve—Lucrecia se arregla su cabello rubio, y baja un poco el vestido púrpura que le exigen.

—Muy bien, Lucrecia. Ah, necesito un par de velones para Silvio y Flora.

—Los que quedaban se le enviaron la semana pasada al padre Porfirio—se pasa las manos por la cara, como secando las gotas de sudor.

—Ah, qué mala suerte. De todas maneras, necesito que los consiga; llame al Padre Porfirio y dígame ahora que los necesitamos.

—Ah, se me olvidaba, padre, decirle que acabó de llamar Rosario y que no puede venir, que amaneció enferma.

—Ah, qué mal. Tocaré que haga usted el aseo, Lucrecia. Dios le recompensará.

La mujer se queda pensando por algunos segundos y asiente con la cabeza.

—Padre, ¿Y si el padre Porfirio dice que no tiene?

—Dígale a Dios que se los dé—El padre Tomás da la vuelta, arrisca la nariz y se arregla la cintilla del cuello.

Lucrecia expira el aire y arregla su vestido; se sienta de nuevo al computador. Mientras tanto el padre Tomás busca de nuevo al par de ayudantes, examina el púlpito y el cuarto de ellos, pero no los ve; escudriña las salas de estar, la pila bautismal, los salones de estudio, hasta debajo de la biblia, pero no los encuentra. Los ve entrar por la puerta lateral de la iglesia, Flora con un chocolate envuelto en papel dorado y Silvio con un sobre de carta en la mano. Tomás se detiene, los mira por unos

segundos, como esperando que le digan dónde han estado, pero también se quedan esperando.

—¿Dónde estaban?

—Es que un señor nos pidió el favor de que le compráramos un pan para traer este domingo a la ceremonia y otras cosas, alimentos—explica Silvio con cierto nerviosismo.

—¿Y me pidieron permiso? ¿Y eso, de dónde sacaron eso que traen en la mano?

—No lo dio el señor por el favor—responde esta vez Flora dejando caer un trozo de chocolatina.

—Espero que sea cierto, muchachos. Voy a averiguar muy bien el asunto y si son mentiras los castigos de la peor manera, como le gusta al señor mi Dios. Por ahora no hay velones, Lucrecia los está tratando de conseguir, así que necesito que lean unos versículos y capítulos para que los aprendan muy bien, son base del catolicismo.

El par de muchachos giran, pero Tomás vuelve y los detiene.

—Ah, pero antes necesito un buen aseo a este púlpito. Doña Rosario se enfermó y no puede venir.

El par de muchachos asienten. El padre Tomás pone las manos atrás y mira toda su iglesia desde lo alto, orgulloso de lo que ha construido. Aparece Margaret aún ante el señor resucitado, prendiendo una veladora para que le cumpla algún milagro. Tomás se acerca, sonriendo, planeando muy bien qué

le va a preguntar a la más fiel de la iglesia; conserva sus manos atrás, pasa saliva. La mujer se da cuenta de la presencia y lo mira: ojos profundos, inquisidora, con rostro de lamento que se confunde con los santos.

—Ah, hola padre Tomás, estaba poniendo una vela al señor para el milagro de mi casa—la mujer se arregla la mantilla.

—Muy bien, Margaret. ¿Y qué pasó con su esposo, don Silvino?

—Está en lo alto de la montaña, convirtiendo su alma.

El padre Tomás la mira con ojos marchitos, se pasa las manos adelante y balancea la cabeza.

—¿Cómo así que, convirtiendo su alma, alguna otra religión?

—No, padre Tomás, convirtiendo su alma por obra de Dios en el cielo.

Sin embargo, el padre Tomás se queda pensando, analizando el asunto y piensa que la mujer está confundida o algo así. Las manos las vuelve atrás y mira al resto de personas en la iglesia. Le pide permiso a Margaret, se acerca a un par de ancianos que cuentan el rosario y a una pareja que llora en la puerta; la mujer le dice algo al hombre y le levanta el dedo, como discutiendo. El padre Tomás no sabe si dejarlos que discutan en la casa de Dios o exhortarlos a que salgan y arreglen sus problemas en otra parte. Pero no, un padre no actuaría así, piensa. Recuerda algunos consejos de sus profesores en el seminario, de su

filosofía, de la filantropía, de ese amor que alguna vez sintió por sus padres; escudriña su interior para ver si encuentra algo en el camino que le hayan dicho al respecto: *El material que podemos encontrar en la humanidad es del bien y de mal, por lo que podemos hacer que el bien salga a flote y el mal quede como el demonio: en lo profundo.* ¿Eso en que lo ayuda? Escudriña más y recuerda una discusión que había tenido un cardenal con un padre por el color de la sotana dominical. ¿Y cómo lo habían solucionado?... No, tampoco.

Se acerca, sin nada en la mente y la pareja sube el tono de la discusión, y el padre Tomas se convierte en Jesús. Las manos atrás, pensativo, contaminando su mente de amor. La pareja detiene la discusión. Por unos segundos hay un silencio.

—¿Les puedo ayudar en algo, hijos?

—Es que... padre Tomás, veníamos a la iglesia por casualidad... usted sabe, la plaza, el pueblo, la gente fisgona, el sistema de todo... bueno, en fin—la voz de la mujer se seca y por un instante se recrudece.

—Los invito a la casa de Dios para que solucionen sus diferencias, Él les dará las respuestas justas y las claves para que la vida sea brillante. O, bueno, si quieren yo me puedo convertir en ese gran consejero y ustedes me explican lo que les pasa, quizás yo les pueda ayudar.

Los individuos musitan algo y se quedan pensando, con el dedo en los labios; por un momento el tiempo y el universo se detienen.

—No padre, nosotros vamos al parque, donde las palomas vuelan y nos dan la paz de la vida.

—¿Pero Dios, la casa...yo?

—No se preocupe—responde el hombre—al final nadie seguirá necesiéndolos.

A pesar de que la mañana es fresca y soleada, el padre Tomás siente caliente la cabeza, luego el pecho y por último los pies, como si de repente lo hubiera poseído el sol. Tomás asiente y se queda pensando en lo que ha dicho el hombre. Los ve que se alejan, hacia el parque, por un momento siente que se alejan del gran Dios que los protege. *Volverán*, piensa, regresando por todo el centro hacia el púlpito, observando cómo Margaret sigue prendiendo la vela y aún no lo logra; no le importa. Abre la biblia, cualquier página y amenaza con el dedo cualquier capítulo y lee:

SALMO 47

Yahvé, rey de Israel y del mundo

¹*Del maestro de coro. De los hijos de Coré. Salmo.*

² ¡Pueblos todos, toquen palmas,

¡Aclamen a Dios con gritos de alegría!

³Porque Yahvé, el Altísimo, es terrible,

El Gran Rey de toda la tierra.

⁴Somete pueblos a nuestro yugo,

Naciones pone a nuestros pies;

⁵Él nos elige nuestra heredad,

Orgullo de Jacob, su amado.

⁶Sube Dios entre aclamaciones,...

El padre Tomás siente una punzada en la cabeza, ha parado de leer, es como si una luz destellara en sus ojos y le hace quitar la vista del gran libro. Se quita la cintilla del cuello, pasa los dedos por los utensilios de la misa: por el amito, por la cinta, por el alba, por la estola y todo lo encuentra perfecto, más brillante que nunca, como si estuvieran allí hablándole de su vocación y de todo lo que tiene que hacer. Por una de las ventanas que hay en el recinto entra una luz, luego solar y por último claridad, como si alguna nube hubiera cubierto el sol.

Recuerda que tiene que presionar a Lucrecia para preguntarle por los velones. Cruza los pasillos, el altar a los santos y llega a la oficina donde encuentra a Lucrecia sonriente, escribiendo en el computador ágilmente; cuando la mujer se percata, cierra las ventanas del computador y su rostro se torna serio, irguiéndose y fingiendo que escribe algo que no sabe por dónde empezar. El padre Tomás se pone las manos atrás y se

torna serio, como un gran jefe militar que ha entrado ante la escuadrilla y se ponen rectos.

—¿Qué pasó con los velones, señorita Lucrecia?

—Llamé hace rato al padre Porfirio para que los trajera, pero no me contestó—dijo la mujer bajándose el vestido.

—Pero ya no queda ninguna, para el jueves ya se habrán acabado las que hay en el púlpito, mujer.

—Pero padre Tomás, ¿las que se pidieron la semana pasada no han llegado?

—Y usted cree...—el padre toma una pausa, respira muy hondo—, hija, que si hubieran llegado yo estuviera pidiéndoselas.

Lo único que hace Lucrecia por unos segundos es pestañear y estar pendiente del computador para que el padre Tomás no se acerque a él. Luego de unos instantes, mientras los dos han respirado cinco veces, El padre continúa.

—Bueno, lo mejor es que vaya yo mismo al despacho del padre Porfirio para ver qué encuentro. Necesito que esté pendiente de Silvio y Flora porque no me gusta que estén cogiendo ociosidades, póngales a leer el gran libro, a limpiar el púlpito...

—Está bien, Padre Tomás.

—Ah, y otra cosa, Llame a Rosario y dígame que necesito la casulla lavada para el domingo.

—Bueno, yo le digo.

El padre va a salir, pero se detiene de nuevo.

—Ah, y usted también necesito que haga recogimiento por los deseos de la carne.

Y sale, dejando apenas el aire vacío en la oficina y a la mujer pensativa. Cuando el padre Tomás llega al recinto y cruza el altísimo se olvida de la reverencia, hay varios fieles en oraciones, pero no ve a ni a Flora ni a Silvio. Sale de la iglesia, la mañana es fresca, apenas se asoma el sol por entra las nubes del pueblo; cruza uno que otro transeúnte, con niños para el colegio, los pájaros volando hacia los nidos y con los árboles estupefactos por la presencia del padre. Camina, pero nadie lo saluda, es como si fuera un espectro, como si alguien supiera algo, pero no se atreven a hablarle.

—Buenos días, doña Inés—el padre mira de soslayo la mujer que responde entre la garganta.

Camina más rápido para no tener que pasar por la vergüenza de que nadie lo salude. Atraviesa cuatro cuadras abajo del pueblo, por donde pasa una camioneta a toda potencia y le salpica de polvo las vestiduras sagradas. Sólo se sacude, se limpia los zapatos con un pañuelo que extrae del bolsillo e ingresa al despacho del padre Porfirio, quien ha sido su compañero de seminario. Recuerda que el padre Porfirio había sido primero padre de la iglesia del pueblo, pero por

contrataciones y por reubicación de jerarquías lo mandaron para la oficina de despachos sacramentales para que ejerciera el derecho canónico del pueblo; y el padre Tomás había sido trasladado de la gran ciudad para que llevara a cuestras la fe del pueblo.

Ingresa y a la entrada ve en la pared un divino niño alumbrado y al frente una planta de sábila con una herradura. Simplemente mira, frunciendo la mirada y advirtiendo la secretaria sentada en el computador, que también sonríe y cuando ve al padre se espabila, se pone derecha y con un taconeo de suecos saluda al padre Tomás, todo como si fuera un régimen militar.

—Hola padre Tomás, busca a el padre Porfirio.

—Sí, lo necesito señorita Wendy. ¿Estará por ahí?

—Espérelo que estaba en las oraciones del alba en su cuarto—la mujer, con no más de veinte años y anteojos, se sienta de nuevo.

—Necesito unos velones porque se me acabaron en la iglesia, igual yo le presté dos a él la vez pasada—El padre Tomás entrelaza las manos en son de paz y tranquilidad.

—Si quiere siéntese y lo espera, padre, en unos diez minutos sale.

El padre Tomás se sienta y mira su reloj que dan las diez y catorce de la mañana. Escudriña en la pared los santos que

posan furibundos, exorcizados y alegres. Un aire cruza por el corredor, luego se esconde bajo las piernas de la secretaria y el padre mira disimuladamente. Unos minutos después sale el padre Porfirio en son de recogimiento, tosiendo y limpiándose las vestiduras de algo blanco. El padre Tomás se incorpora, le estira la mano y con un ademán de benevolencia le saluda.

—Padre Porfirio, qué alegría verlo—Tomás sonríe y aprieta los labios.

—Ah...ah...padre To...Tomás—El padre tartamudea y le retira la mirada muy sagaz.

—Imagine que me quedé sin velones y los necesito para la misa de esta noche.

—Pues... no sé, padre...—mira a Wendy que sigue sonriendo y luego se torna seria, como en un vaivén—. Wendy, búsquele al padre Tomás un velón que hay en la caja, en la bodega.

—Está bien, padre—la mujer asiente y con una expresión lacónica continúa en el computador.

—Padre Tomás, qué pena no poderle atender más, tengo una reunión urgente en el despacho.

—alguna demanda o consejo católico...

—No, no, no, nada grave. Recuerde los mercados que teníamos pendientes este fin de semana para la comunidad

El padre Tomás cruza las manos en la espalda.

—Y... vaya con Dios

—Vaya con Dios, padre Porfirio.

El padre Porfirio le da la mano y abandona la oficina rápidamente. Por algunos segundos el tiempo se encrucece, se limita a perfeccionar el mecanismo del reloj. El padre Tomás mira a la secretaria que yace ensimismada, con las mismas sonrisas y apoyando la cabeza sobre la mano; siente algo de picor en su alma, una rabia que aprieta y no deja salir. Mira de nuevo el reloj y es como si nada fuera y nada existiera en la metafísica de su mundo.

—Por favor...hija, debo irme, mis feligreses me esperan.

—Ah... sí, padre, qué pena—la mujer se para y de una carrera, cuidando que sus tacones no la dobleguen, entra a un cuarto.

El tiempo sigue perfeccionando el mecanismo del reloj; se angustia y siente hasta un vahído. Mira los santos, pero no los solucionan nada, mira el patio con signos de luz y esperanza. Finalmente regresa la mujer con el velón, cansada y vuelve a su puesto, con la misma posición y sonrisa.

—Gracias, señorita Wendy—se limita a decir el padre.

La mujer sólo hace un gesto de despedida con la mano. El padre sale, revisa el velón y nota en él que por debajo está diluida la esperma y encima partida, como si le hubieran puesto algo pesado. Por un momento piensa devolverse, pero ya es tarde. Camina, pero no mira a nadie y nadie lo mira a él, es como si fuera un miembro más del pueblo y eso no le gusta. Cuando

entra a la iglesia ya no hay nadie, sólo los santos que vigilan, el púlpito y un aire de incienso y desidia total. Pone el velón en el púlpito, sin advertir el cristo que posa crucificado y va hasta la oficina de Lucrecia para preguntar por sus ayudantes.

Pero no se la encuentra, sólo el computador prendido, la silla desordenada y miles de papeles por todos lados, a la espera de ser seleccionados.

—¡Lucrecia! —Tomás mira por todas partes, pero no ve a nadie—¡Lucrecia!

Por fin el tiempo se ajusta a sus lapsos y el medio día, con todo el resplandor solar, llega. El padre Tomas vuelve al recinto, coge la vela y la lleva hasta el cuarto donde guarda todos sus recuerdos católicos, los santos, los escapularios y hasta una virgen María deteriorada por la suciedad. Deja la dichosa vela ahí, inconscientemente; cierra el cuarto y sale a toda prisa para seguir buscando a Lucrecia. La mujer aparece comiendo un trozo de pan dulce y las manos llenas de azúcar. Tomás sólo la observa con ojos de fuego ardiente, con el alma puesta al caldero y la respiración aflora veneno; Pero un aire de tranquilidad y paz cruza por su espíritu y todo es normal.

—Lucrecia, llevo buscándola hace rato. Dónde están esos hijos... de Dios...

—Estaba en la tienda comprando algo para comer y los chicos salieron...

—¿A dónde? —el padre Tomás se toca la frente.

La mujer no responde. La mañana, sobre las once rayas, se conecta a la perfidia del padre que no haya sosiego. Lucrecia se limita a preguntarle al padre si había traído los velones, sentándose de nuevo en la computadora y engullendo el último pedazo de pan. El padre Tomas entra al recinto del Señor, hace la venia, pero esta vez menos erguido, como si algo no le hubiera dejado agachar. Margaret, la más fiel, se encuentra de nuevo pero esta vez arrodillada en una de las sillas, con la cabeza gacha, el velo en la cabeza y con el rostro entre las manos. El padre Tomás la interrumpe a pesar de la devoción, muy concienzudo.

—Margaret, el Señor escucha a los más duros de corazón, no a quienes le obligan a llorar y a ver la miseria—el padre tomas siente una punzada en la cabeza.

La mujer levanta la cabeza, los ojos rojos y las lágrimas le brotan como agua de tejado. Se limita a mirar al padre que la observa cabizbajo, con lástima, puritano y hasta mohíno. Por un momento viene el recuerdo de aquellos días en el seminario en que le hacían arrodillar al altar y tenía que llorar por los pecados que había cometido, dándole las gracias al hijo de Dios por haber muerto por ellos; y tenía que llorar, el sentimiento tenía que ser tan sincero que el cardenal pasaba revisando sus rostros y así cerciorarse de que todo estaba limpio y en ceros con Dios. Si no

se lloraba—le dijo un día el cardenal San Blas—era como si los pecados siguieran latentes e incapacitados para que el Señor los desechara a la papelera.

—No se preocupe, Margaret, el Señor siente su pesar, Él llora con usted por los pecados—el padre le golpea suavemente el hombro.

La mujer sólo asiente y esconde el rostro de nuevo en las manos. En ese momento aparece el par de muchachos llenos la cara de polvo, en las manos con una bolsa y la ropa sucia. Tomás los observa en paz, ajusta la voz de tranquilidad y los detiene. Versión de personalidad noble, sumisa, convertido en el todo poderoso del universo.

—Criaturas de Dios, por favor, necesito el púlpito limpio, no veo que lo hayan hecho.

—Sí, padre, ya lo hacemos.

—Y por qué se ensuciaron así, están llenos de barro—el padre sube el tono de la voz y de alguna manera su pensamiento se recrudece y se enciende—. Para esta noche, jóvenes, necesito que se pongan a aprender las oraciones claves, leer un pasaje de la biblia, escudriñar sus almas para la salvación; recuerden que en junio hacen la primera comunión.

No ha terminado y los muchachos ya se están retirando, como en muestra de desaprobación o aburrimiento. Tomás, sin

embargo, cruza sus manos en la espalda, ve que empiezan a barrer el lugar, a mover cosas y desde ahí les grita.

—¡Pero con cuidado, puede entrarle polvo a nuestro señor Jesús y constiparlo!

Sobre las doce del mediodía, Lucrecia lo llama para que tome el almuerzo; es un poco de arroz, un trozo de pescado apanado, ensalada y papas al vapor sin sal, todo insoluble. Antes, sentado en la mesa contigua a la oficina del despacho, consagra los alimentos, mira a sus ayudantes en el púlpito que trapean y a la secretaria engullendo un pan que saca del escritorio. Compagina los días en que almorzaba en el seminario junto a los cardenales, hablando de la última cena del Señor, convirtiendo el pan en vino, cómo multiplicó los panes y cómo dio a entender a sus discípulos la piedad; todo eso lo hablaban mientras se acababan el plato de frutas y manjar blanco. Un buen día, uno de los cardenales le dijo en la mesa:

—Sabes una cosa, Tomás, el día que usted quite el rostro de piedad para los feligreses, ese día nadie lo advertirá, sabe por qué, porque usted tiene un rostro de ángel anunciador.

Le había alagado tanto el cumplido del cardenal que se sintió orgulloso y a partir de ahí siempre estuvo al tanto de los respónsales en las misas. Tiempo después, el mismo cardenal y con una simple llamada a Roma, ya era encargado de alfabetizar a toda la gente en el camino de Dios. Mientras recuerda cucharea

despacio, el pescado se ha empanizado y la mayonesa de la ensalada se ha tornado amarilla. Lo deja, llamando a Wendy para que recoja los platos y le traiga una servilleta. El medio día es de sol brillante y Tomás sale a la puerta de la iglesia para tomar el viento y hacer la digestión; las nubes se acercan unas a otras, pero respetando el sol, apenas forman una estela blanca y alta. La gente cruza la plaza principal, se ven niños jugando en la fuente, otros dando de comer a las palomas y en el último rincón del parque unos ancianos bailando. Toda la escena la ve normal, pero algo muy en el fondo le dice que no, que no hay de normal, a esa hora debería estar entrando la gente para el rosario de las tres de la tarde, a las cuatro para el rezo de las almas y a las seis para la unción y confesión. El tiempo pasa raudo este día.

Cuando entra ya al recinto y las bancas están solitarias, Margaret se ha ido sin despedirse y la secretaria ni sus ayudantes se encuentran a la vista; sólo ve al Jesús crucificado, los santos clavados en la pared y el acre olor a incienso que alardea en su nariz. Pone sus manos atrás, camina en zigzag; vuelve al púlpito para abrir la biblia y ver qué salmo encuentra para deleitarse con cada verbo de Dios. *“Ten misericordia de mí, oh Dios, ten misericordia de mí; porque en ti ha confiado mi alma, y en la sombra de tus alas me ampararé hasta que pasen los quebrantos...”* Lo cierra al ver que se acerca Flora y Silvio, vienen cabizbajos, con las manos entrelazadas y mirándose uno a otro,

luego al padre Tomás. El padre los observa por unos segundos, los analiza y por último les dice:

—Sé que los atormenta, hijos, sé que en esas mentes sólo cruza la maldad y el pecado—el padre se ajusta el cintillo y se acerca más a ellos—. Sólo les puedo decir es que hagan unas oraciones que los libere de todo eso porque sé que Dios está enojado con ustedes...

Sin embargo, el par de muchachos siguen cabizbajos y alzan la mirada por ratos, es algo que el padre no sabe y que el par de seres no saben cómo decir; algo muy profundo los atormenta, algo muy dentro del estómago. Pero sus gargantas se sueltan de la timidez y pueden liberar eso que los atormenta, el hastío los embarga, la mente les domina por un momento, tanto que el fluido de los recuerdos les empalaga de imágenes de sus padres mientras se encontraban viviendo con ellos y pidiéndoles una moneda de las muchas que se ganaban para poder comprar un dulce, pero no la tenían. Y ahora ese recuerdo se vitaliza de alguna manera y el momento, el tiempo y los tres seres se arman en un solo evento.

—Ehh, padre, tenemos hambre, no sé si tenga algo de almuerzo...—termina por hablar Flora que es un poco más astuta que Silvio.

El padre ha estado mirándolos, pero cuando escucha la frase cambia de mirada, se vuelve lela, no sabe hacia dónde mirar, con indulto se refleja en la voz:

—Bueno, díganle a Lucrecia que les sirva el almuerzo, que hay arroz, papas y ensalada...y bueno unos trozos de pescado que hay por ahí.

Los muchachos corren y mientras se alejan Tomás les grita: ¡Pero eso sí, necesito que hagan ayuno más seguido, el hambre constituye una mala razón para agradar a Dios! Tomás se queda mirando a la entrada de la iglesia, a los santos, a las decoraciones del sitio y todo lo encuentra perfecto; sólo que recuerda que en días anteriores a las dos de la tarde la iglesia era visitada por Mercedes, por Francisco, por Rosa, por Margaret, la más fiel a la iglesia y a los favores del padre Tomás. Recuerda que Margaret ha estado llorando, claro que no sabe por qué y no se lo ha dicho. Recorre el recinto con prudencia, cabizbajo cuando pasa por el baptisterio y cuando sube la cabeza de nuevo ve en la puerta que entra el padre Porfirio, con su atuendo de camisa negra, la cintilla al cuello, pantalón negro y muy bien peinado, lustroso. El padre se acerca a Tomás, le da la mano y por un momento ciñe el entrecejo en señal de respeto y seriedad para su amigo Tomás. Habían estado consumiéndose los últimos cinco años del seminario en amistad y convergencia a la gracia del Señor. Un buen día, mientras se encontraban en

clase de latín, el entonces Porfirio, no se había aprendido las declinaciones, por lo cual le pidió el favor a Tomás de que se las dejara copiar, con los verbos y las traducciones. Tomás se opuso al principio, pero al ver que le había ocultado a monseñor la travesura del santo quemado, accedió. Sin embargo, al padre Porfirio terminaría siendo cumplidor de leyes canónicas y Tomás aún no podía llegar a Vicario.

—Hola padre Porfirio, ¿qué lo trae a la iglesia? —el padre Tomás le hace una reverencia.

—Muy bien Padre Tomás—El padre habla con tranquilidad, mirando todo alrededor—. Me contó Wendy que finalmente trajo la veladora.

—Ah sí, es que no sé, tenía varias en el cuarto de provisiones, pero no las encontré—Tomás hace un ademán de poca importancia. Se queda observando las gafas del padre Porfirio, muy gruesas y el cabello malbaratado, como si se hubiera acabado de levantar. Porfirio lo advierte y se pasa la mano por su cabello y luego se acomoda las gafas.

—Ah... es que... el aire está fuerte y como ya llega la brisa de marzo, pues ni modo.

Por un momento Tomás simplifica todo, estima el tiempo, en su mente llegan las tres o cuatro de la tarde, no lo sabe con certeza. El padre Porfirio busca algo más por preguntarle, vigila todo con detenimiento y sí, advierte que no hay gente y que no

ha empezado a preparar la misa de las cuatro de la tarde. La escena continúa.

—Todo está quieto, padre, no hay gente, el ambón está sin el libro sagrado—el padre Porfirio ciñe el rostro.

—Sí, sí padre, ya me disponía, sólo que estaba esperando a que Silvio y Flora terminaran de hacerle aseo al altar y al confesionario. Rosario no vino hoy, ese enfermó.

—Pero no ha entrado gente, eso me preocupa.

—No hay por qué, padre Porfirio, usted sabe que la gente en este pueblo después de las dos de la tarde duerme la siesta, o ya sabe, sus necesidades de humano... es lunes festivo—Tomás sonríe y mira a la puerta.

—Está bien—Porfirio se queda en silencio por algunos segundos—. Lo que le venía a decir es que las veladoras llegan el próximo viernes, las necesitamos para este tiempo de cuaresma y sobre todo a principios de la semana santa que ya empieza el domingo.

—Ah excelente, padre Porfirio. Yo tendré que organizar con Lucrecia unos documentos bautismales y matrimoniales para ese tiempo que han solicitado y podemos celebrar con el obispo Carol la misa de viernes santo—Tomas se lleva la mano al mentón, pensando muy concentrado.

—Estupendo, Padre Tomás. Necesitamos llenar esto porque el pueblo no se puede quedar sin fe, la gente necesita de la iglesia

como portadora de verdad y fuente de humildad para que la gente no se desvíe del camino—Porfirio se lleva las manos a los bolsillos.

—De acuerdo.

El Padre Porfirio hace ademán de retirarse, le da la mano al padre Tomás con mucha devoción y apretando los labios. Tomás se queda mirándolo cuando sale y desde ahí le dice.

—Padre Porfirio, ¿y está seguro de que la gente no pierde la fe?

Y con una voz fuerte y secular dice Porfirio:

—¡Y si eso fuera así no los dejaríamos!

El padre Tomás se queda como una estatua por algunos segundos, analizando lo dicho por el padre Porfirio. Recuerda que es lunes, que en la mitad de la tarde debe hacer algo, pero no recuerda, todo pasa por su mente, como al galope, sólo advirtiendo que el sol allá afuera se ha toldado por nubes grises que impactan. Sale por un momento para apreciar el panorama del pueblo, y sí pasa gente, pero cabizbaja y uno que otro charlando y advirtiendo la lluvia en unos minutos. Lucrecia llega a interrumpir, organizando sus gafas de botella y alisándose el cabello.

—Padre, disculpe, venía a informarle que lo necesitan al teléfono.

—¿Quién? —Tomás aprieta el rostro.

—No me dice, que lo necesita simplemente.

El padre camina más rápido de lo normal, pero a pesar de eso se inclina ante el Señor y se da la bendición. Cuando llega a la oficina el teléfono está ahí, pero ya no hay nadie, como si se hubieran arrepentido o se hubieran cansado de esperar.

—Y... bien. Colgaron—el padre tira el teléfono, pero recuerda la paciencia y se adjudica esto en su alma.

—Pues padre, era la voz de un señor gruesa, no me dijo el nombre—Lucrecia se sienta al computador y coge las hojas que están en el escritorio—. Más bien, padre, esta partida de matrimonio no me aparece en la base de datos, ¿qué hago?

—En los anaqueles de archivos.

—Voy a ver.

La tarde pasa y se consigna en una sola razón: la soledad del lugar y la sobriedad del pensamiento. Silvio y Flora continúan en las inmediaciones del patio esperando alguna otra máxima del padre Tomás, al que sólo lo ven caminar con las manos atrás por todo el lugar, meditabundo, como esperando algo o decidiendo algo que tiene que hacer, pero no recuerda o no quiere recordar.

Pero finalmente, cuando el reloj y el tiempo se han reconciliado, el padre Tomás ve al par de muchachos jugando con las flores del jardín, ensimismados, como diciéndole uno al

otro de vivencias, experiencias y temores. Tomás se acerca y muy al pie de ellos les dice:

—Acompáñenme, muchachos—Tomás se alisa la camisa y el cintillo del cuello.

Los muchachos caminan detrás de él, parecen un par de perros amaestrados, sin conciencia ni razón, a la deriva de sus decisiones y de la iglesia. Aunque la tarde ya ha caído, no corresponde al quehacer diario de padre Tomás, algo le ha faltado, pero todo lo redime en abrir la biblia, tomar al par de muchachos y plantar sobre ellos la fe, la esperanza y el castigo del poder divino allanado en Dios y en su hijo resucitado. Les pide que confiesen sus pecados ante el crucifijo que tienen en la cabecera de la cama; los hace arrodillar, santiguarse, rezar el padre nuestro, una avemaría y hasta el rosario gozoso del lunes. Sobre las cinco de la tarde, cuando el sol ya se ha desprendido de la tierra, por descuido las puertas de la iglesia quedan abiertas, el padre Tomás y el par de muchachos en el cuarto elevando las oraciones al altísimo para salvarse de los pecados y en la oficina principal Lucrecia en el computador conociendo amigos y en otras distracciones que no son de fe. El barullo de la santidad se esfuma como como lo hace en este momento el sol, suave, sin que nadie lo advierta.

Sobre las seis, cuando ya el cielo es pálido, el par de muchachos ya han dormido, con el crucifijo en las manos,

cubiertos por una telilla blanca purificada; es la misma forma de dormir todos los días. El padre Tomás sale y les ajusta la puerta. Todo el púlpito, la sala y el lugar se encuentra a oscuras, sólo entra la de la calle, tenue y vacía. Lucrecia llega para preguntarle al padre por los interruptores de la luz para iluminar la iglesia, pero Tomás le dice:

—No hija, deja así, deja que la oscuridad ilumine nuestras almas y que Dios muestre su magnificencia con la gracia de nuestro sólo pensamiento, sin que la vista tenga que ver todo esto material, mundano, que nos arranquemos los ojos de este mundo pecador y volquemos nuestras almas a nuestro interior, eso gusta al Señor.

Lucrecia se queda en silencio por algunos segundos, contemplando en la semioscuridad al padre Tomás que yace con las manos atrás y siempre mirando a los santos. Lucrecia se retira y el padre se queda sólo, en la oscuridad de las seis y media de la tarde. Camina por las sillas, zigzagueando, mirando cada santo: empieza por la virgen maría que yace al lado de retablo, con la mirada tierna y con el niño Jesús muy junto a ella, con la corona; al lado santo Tomás de Aquino, uno de sus favoritos porque lleva su nombre, inmaculado, con el rostro piadoso, hasta se identifica en su forma de pensar; sueña alguna vez ser como él, canonizado como él y aparecer en las iglesias

del mundo como él, venerado por el mundo. Cuando vuelve los ojos a la nave, ya hay total oscuridad, sólo entra la luz de la calle. Sale hasta la puerta por un momento. El tiempo mengua la sensación de verdad; sobre las siete de la noche la oscuridad es plena y cuando todo el pueblo se dispone a volver a sus casas, cuando el padre Tomás ve la última que cruza por la plaza principal, se para cómodamente en la puerta, respirando el aire fresco nocturno, las luces de algunos carros zigzaguean y más allá del tiempo y el espacio todo se convierte. Y sí, se convierte, se convierte en lo inesperado. Cuando Tomás da vuelta para ingresar a la casa de Dios, cuando da vuelta para cerrar la puerta, ir a leer un capítulo de la biblia y hacer el rosario por tercera vez en el día, encuentra una nota tirada; la recoge, por un momento piensa que es un trozo de papel cualquiera, pero la pone a la luz del poste público y está dirigida a él, al Padre Tomás Villa San Martín, como especie de un telegrama y enviada por el consejo de estado y proporcionada por el alcalde del pueblo: *Padre Tomás, reunión mañana. Estado ha acabado con la religión.*

Martes

Aunque la madrugada ha estado pasada por lluvia, la mañana es calurosa y huele a plantas y a tierra. El pueblo transita con la velocidad del minuterero indicando las ocho de la mañana, una hora cruel para caminar por la plaza principal si se tiene en cuenta que es la hora de entrar a trabajar en la alcaldía y muchos miembros cruzan, mirando el Bolívar y la fuente. El aire es recio por momentos y huele a la razón que se ha de menoscabar en los próximos días. Desde la puerta de la alcaldía hasta las oficinas se extiende un aire que huele a lavanda, a tinta y hasta huele a poder y administración, cosas que sin razón alguna se pasean por la razón y hasta por el odio del pueblo.

Sobre las ocho y diez minutos de la mañana ingresa un señor de no más de cincuenta años, medio calvo, con vestido de paño en la mano y la corbata a medio amarrar. Pone sobre el escritorio muchos documentos, a toda prisa, cogiendo el teléfono y marcando las teclas como lo hiciera un pianista; espera algunos segundos, suena una voz a través del teléfono gruesa, altiva y con más de un tono gritón. La llamada la interrumpe una mujer delicada, gafas y cabello bien cuidado, trae carpetas en la mano y en la otra un trozo de pastel envuelto en una servilleta.

—Señor alcalde, lo busca el señor Montiel—la mujer engulle otro pedazo del pastel.

Pero el alcalde habla con propiedad, sin dejar hablar al del otro lado, como imponiendo una orden militar. Finalmente, cuelga, organizándose la corbata y poniendo el vestido de paño detrás de la silla del escritorio. Se queda mirando a la mujer que ya tiene untado el bigote de crema y moviendo las piernas como si fuera ir al baño.

—¿Qué quiere, señorita Paola? —el alcalde se sienta con fuerza y coge el portátil para revisar las tareas pendientes.

—Lo busca el Señor Montiel, Argemiro Montiel.

—Que pase—dice con una mano en la barbilla y con la otra maneja el computador.

Dos minutos después entra el hombre con vestido de paño, un sombrero y prende un cigarro sin interesarle que está en la oficina del alcalde. Se sienta y pone los pies sobre el escritorio, muy pedante y fumando con mucho ahínco. Trae un aire de sobriedad, de tranquilidad, de negociante y hasta de apoderarse de lo ajeno. Por unos segundos mira con desdén al alcalde y éste lo que hace es mirar a su computador.

—alcalde, le tengo el negocio perfecto para su administración, le dará muchos dividendos a este pueblo— Argemiro hace un movimiento con el cigarrillo y expulsa el humo—. Sólo le pido un poco de su atención, como en los viejos

tiempos. Espero que el negocio de las viviendas le haya dejado mucho dinero, porque a mí, este hombre que usted ve aquí—se incorpora de repente y fanfarronea con su estilo—, de uno setenta de estatura, elegante, buen mozo, se compró una casa en una bahía inmensa, con vistas al mar, con mucho estilo y...bueno, en fin, mucho dinero gané. Este negocio le conviene, señor Rigoberto, yo sé por qué se lo digo. ¿Me escucha?

—Ummmm—lo único que responde el alcalde.

—Lo que traigo entre manos, señor alcalde es el paso de una mercancía por el río, para que... Oiga, cómo se llamaba el viejo aquel que nos vendió las casas a precio de huevo: Armando, César... ¿No recuerda? No, estoy en el vacío. Pero, entonces, eso le digo, alcalde Rigoberto Espineta, la mercancía que entrará a este pueblo es maravillosa y se identifica con usted.

Por unos segundos Argemiro succiona el cigarrillo de nuevo, espera a que el alcalde diga algo, pero continúa ensimismado en el portátil, ciego y sin escucha; pero inconscientemente la información llega a su espíritu.

—¿Qué es? —pregunta Rigoberto.

—Armas, muchas armas para defenderse de los ataques de la gente, de este pueblo que algún día se revelará contra usted. Yo le digo algo señor alcalde, no confíe en el pueblo, no confíe en nada de nada, ni en su sombra y mucho menos...en su poder.

Aunque, pensándolo bien, con las armas y nuestras decisiones nos podemos ser reyes de este pueblo y del mundo.

Entra la secretaria, sigilosa, mirando al alcalde y luego a Argemiro que ya casi acaba su cigarro. Entra un aire que huele a raro, a sorpresa; el tiempo se cuelga de la mañana.

—Señor alcalde, ahora lo busca la señora Alejandra.

—Que pase—el alcalde se para, coge su vestido de paño y lo pone en otra silla. No le presta atención a Argemiro, que ya ha acabado el cigarrillo y deja los residuos encima del escritorio—. Por favor, Argemiro, puede por lo menos dejar toda su porquería en el cenicero, esto se ve inmundo encima de mi oficina.

—Pero ahora puede venir la secretaria o la del aseo y hacerlo, ¿por qué yo?

El alcalde recoge todo en un santiamén y lo arroja a la papelera. En ese momento entra la mujer muy elegante, vestido rosa y muy bien maquillada; con un bolso que deja encima donde está el vestido de paño del alcalde. Se sienta en la otra silla. Le hace al alcalde una mirada penetrante, acusadora y cruel, por demás. Rigoberto cierra el portátil y le presta atención a la mujer que saca unos papeles del talle de su vestido.

—Señor alcalde, recuerda que teníamos una reunión por lo de la orden del estado de cerrar las iglesias y en especial la católica, fuente de poder y de fe, según algunos expertos—la

mujer lee con detenimiento los documentos y se quita las gafas en un ademán de arrogancia, mirando de esa misma forma al alcalde que la observa atenta y con la mano en la barbilla.

—Ayy, sí, señor alcalde, algo escuché yo. Los expertos dicen que lo mejor que hay en las instituciones basadas en fe y moral; la iglesia católica, una vez que yo fui, pude constatar que es una empresa a la que se le puede sacar mucho dinero; y yo, yo señor alcalde, le tengo la estrategia para eso...

—Por favor, Argemiro, es un tema serio y delicado, es ordenado por el estado y hay que cumplirlo a cabalidad— Rigoberto vuelve al rostro de la mujer y constata que los segundos que ha interactuado con Argemiro no hayan pasado en vano—. Señora Alejandra, sí recibimos el comunicado el día de ayer a eso de las diez de la mañana. Espere un momento se lo voy a leer—el alcalde busca en el cajón y saca un documento de una hoja que pone sobre su portátil. Lee.

De nuestro gran País, marzo 13 de 2029

Alcalde

Rigoberto Espineta

Ciudad

Es de nuestro agrado saludarlo y desearle que su pueblo y la gente y todos los proyectos se estén llevando a cabo; recuerde que le apoyamos en las elecciones y esperamos de usted el mayor compromiso de parte suya, concejales y administrativos. En días pasados nos pasaron un proyecto de restauración humana, de cambio para la sociedad, de un cambio que hemos analizado con grandes intelectuales y filósofos del mundo, cambios para el alma y espíritu que nos compromete como institución de este país tan en desarrollo, donde la economía se está impulsando a chorros y donde toda la sociedad se está expandiendo a pasos agigantados. Por todo ello, y como uno de los objetivos para que esto siga mejorando, es cerrar todas las iglesias, los cultos, cualquier forma de congregación, moral o fe que la sociedad tenga por costumbre como rito. Pero en especial una, la doctrina católica que es la que más mueve feligreses en el mundo y la que más ha llevado a cabo desavenencias para el ser humano.

Necesitamos, lo más pronto posible un grupo de su administración para que lleven a cabo todo el acometido, que ellos se encarguen de reunir al padre del pueblo, al canónico y a informarle a los feligreses de que quedan cerradas las puertas de tan noble institución; nosotros nos encargaremos de darle aviso a la máxima autoridad (al Papa) para que se acerque a nuestro país y así poderle dar toda la información.

Del jueves a viernes estarán llegando un grupo de gente que se va encargar de investigar todo al respecto, irán con el objetivo de detectives para que no quede rincón por escudriñar y así expropiar cualquier riqueza que tengan.

Necesitamos que se reúnan con el padre el día de mañana para que el quede al tanto de la decisión y de lo que tiene que hacer de acá en adelante como miembro de la acabada institución. El grupo de la investigación les hará saber otros detalles a su tiempo. Necesitamos los alojen en el Gran Hotel para que se sirvan de todos lo que necesiten.

Recuerden que le apoyamos en su elección como alcalde, hicimos que las gentes de su pueblo votaran por usted y le hicimos ganar popularidad como el mejor hombre para llevar a cabo las riendas de su sociedad; es por eso por lo que esperamos no nos defraude en esta misión, cada alcalde de nuestro país tendrá esta misma misión y esperamos medir también quién la cumple de primeras y quien la hace mejor. Espero todos los días un reporte de lo que se ha adelantado y yo les devolveré lo correcto o incorrecto de los hechos.

No siendo más, me despido señor alcalde y suerte y buena mar en este proyecto.

Atte.

Manuel herrera oliveros

Presidente de este gran país.

El alcalde termina y en un santiamén la mujer se pone de pie, recoge los documentos que ha sacado antes y se queda como petrificada, mirando al alcalde y luego a Argemiro que ya está alistando otro cigarrillo. Por un momento el tiempo se disipa en la mente del alcalde, el tiempo se le convierte en recuerdos y los recuerdos en una pileta de su niñez que logra sacarlo de sí. Recuerda las noches enteras en las granjas de su padre, corriendo y admirando los pastizales que yacían; y de repente, como una bomba nuclear, regresó a su oficina y a su puesto con los dos individuos.

—Pues...bueno. Lo que ya se hizo fue un comunicado tipo telegrama y anoche se le envié. Supongo que el padre debe estar enterado de que debe venir hoy para ponerlo al tanto de toda la decisión del mandatario—el alcalde mira a una esquina de su oficina y trata de irse a su pasado de nuevo, pero vuelve.

—¿A qué horas? —pregunta Alejandra

—Pues no sé, el padre Tomás tiene que acercarse en cualquier momento, yo creo que debe estar por venir, él es el más interesado en todo este asunto.

—Pues la verdad yo partía ya, pero lo mejor que puedo hacer es quedarme y aclararle muchas de las dudas que tenga, porque, aunque no lo queramos creer, esto va crear discordias entre el

estado y la iglesia—dice Alejandra sentándose de nuevo, haciendo un ademán de acaloramiento—Yo creo que sería bueno un vaso con agua.

—Ya llamo a Paola...

Rigoberto levanta el teléfono y llama a la secretaria. Por algunos segundos se escucha por la ventana los carros y una leve brisa que aúlla con el grosor de las nueve la mañana. Paola entra a los tres minutos con tres vasos de agua y tres de café. Cuando se va a retirar el alcalde la llama de nuevo.

—Señorita Paola, necesito que esté pendiente de cuando lleguen otros miembros del gabinete para que tome nota de todo lo que se va a tratar aquí. Además, alístese un computador, un proyector e información de la religión católica, necesito que hagan una presentación acerca del tema—el alcalde cambia a una voz gruesa y sube el tono—. Esté pendiente de que el padre Tomás está por llegar, lo hace seguir, lo atiende con un vaso de agua bendita.

Todos se miran frunciendo el ceño, sólo la secretaria apuesta.

—¿Y por qué agua bendita, señor alcalde?

—Sabe qué, hasta lo recibe con un salmo.

Todos saben que esa clase de respuesta del alcalde quiere decir que no se entrometa y que haga lo que él dice. La secretaria sale, la puerta se cierra y quedan los tres embargados de una sin razón en el español, como si el idioma hubiera dejado de existir.

Argemiro fuma en silencio, mirando y pensando en quién sabe qué y Alejandra apenas llega a existir como una más en la oficina. El tiempo avanza, y lo hace rápido. El tiempo y el reloj segregan ese elixir de brevedad y segregan un sin límite en la conversación. El cielo ha disipado las últimas nubes hacia el sur, y el sol, con un poco más de intensidad, se propone a calentar al pueblo.

Sobre las diez hay un aire de misterio, un hedor a canela que se mezcla sándalo y menta. El alcalde toma un respiro, Argemiro columpia la pierna revisando su celular y Alejandra sólo observa al alcalde que escribe en el portátil. La secretaria entra en ese momento, abre muy despacio la puerta y el primero que levanta la cabeza es el alcalde, donde se le ve brillar el rostro aguileño. La mujer se acomoda las gafas y toma un respiro cómodo.

—Señor alcalde, llegó el padre Tomás.

—Dígale que siga. Recuerde todo lo que le pedí y adicional trae unos tintos, vasos de agua y algo de panadería suelta.

—¿Para cuántos?

—Incluido los que estamos, yo creo que unos diez—el alcalde agacha la mirada mientras piensa.

—Mi café sin tanta azúcar—dice Argemiro arrogante, con el celular, contestando muchos mensajes.

—El mío con dulce normal—Alejandra se para y con las manos en los bolsillos menea la cabeza.

El olor a sándalo y a incienso asciende por los pasillos de la alcaldía y sobre todo a la oficina del alcalde. El padre Tomás arriba con su típico traje negro y cintilla blanca, caminando lento, con las manos atrás. El primero que le nota el rostro demacrado, ojeras profundas, sin haber dormido en toda la noche, es Argemiro que yace sentado, apenas con el hedor del cigarrillo. El alcalde se para y lo invita a que tome asiento. El padre no hace ademán siquiera de saludar, sigue ensimismado, observando todo como un animal sacado de su hábitat. La primera que zigzaguea es Alejandra que se mueve en la silla como incómoda, a no más de veinte metros de pensamiento y con astucia.

—Padre Tomás, siéntese, le invitamos a un tinto en esta mañana para que corte con el sueño de una vez por toda—la mujer se levanta y le pone el vaso de tinto que acaba de traer Paola.

—O agua si desea—le pasa el vaso el alcalde con extrema pasión.

Por un momento todo el reportorio se calma, la atención se centra en Tomás que sigue callado, interpretando el mundo como un filósofo platónico-idealista, lleno de cavernas; Incluso el reloj espera, el tiempo se coagula y se tensiona tanto que por un momento la mañana se detiene. El padre carraspea, todos se sientan; llega Paola a los pocos minutos con el todo lo mandado

por el alcalde: proyector, computador, trae libros, biblias y artículos católicos que deja encima de la mesa.

El rostro del padre es apenas un pedazo de carne con forma, no se mueve, por momentos se alianza a las miradas de los demás miembros, todo alrededor es bruma para él, observa a los demás, pero frunciendo el ceño (claro que no lo advierte). El alcalde le da unas palmaditas en la espalda, los demás hacen un gesto de sonrisa y cuando toda la escena se coagula, el padre desentierra su espíritu de su idioma español.

—Y...bien, estoy acá, hijos—ahora el rostro toma forma y conciencia de su razón y existencia.

—Pues verá, padre Tomás—El alcalde se sienta, toma su portátil y empieza el reportorio—. Como ya sabe la nota que le enviamos ayer a su iglesia es con la orden de que el estado mandó acabar con todo: cuando digo todo es su iglesia, la fe, los feligreses, con las biblias, con cualquier cosa que huela a lealtad de Dios—el alcalde hace una pausa y mira a los demás de su gabinete para ver si alguien tiene algo por añadir y luego al padre que despega los labios.

—¿Qué razones Tiene, alcalde Rigoberto? —el padre frunce el ceño y se acomoda mejor en la silla sin mirar siquiera el café.

—No, simplemente necesitan que la sociedad se desarrolle en espíritu, que la economía siga surgiendo y ese es el objetivo de quitar cualquier fe o moral, que la gente tenga el tiempo

suficiente para demandar a su razón de la verdad y el conocimiento y así poder seguir creciendo el país.

Por unos segundos, el reloj muestra los catorce y quince y dieciséis en el segundero, el padre agacha la cabeza, se pone la mano en la frente, la levanta de nuevo como pensando en lo que va a decir, como recuerdos que vienen a su mente y no logra atraparlos. Toda su carrera, sus estudios, su infancia, sus experiencias quedan como fotografiadas en ese instante.

—Pues, señor Rigoberto, no sé en qué se basa el estado para acabar con más de dos mil años de historia, qué les hace pensar que la iglesia es corrosiva y dañina para el espíritu, que ha promovido guerras en el nombre de Dios, que han matado gente en nombre de Dios, ¿qué les hace pensar eso?

Todos piensan por un momento, como pensando en lo que le van a refutar al padre Tomás, tan sólo Argemiro mira al piso, como buscando hormigas o algo parecido. El alcalde desata su pensamiento hacia los intereses como político y administrador del pueblo.

—Pero, si mal no recuerdo, padre, la edad media y las cruzadas y todo este cuento...

—Pero yo digo una cosa: si la iglesia nunca le ha hecho daño a la sociedad, cómo la ciencia avanzó tan lento 1800 años y a partir de aquí despegó como águila en libertad—Alejandra

habla con propiedad, mirando profundamente a Tomás, haciendo una mirada china.

—Porque tenemos—Argemiro masca chicle y alardea al hablar—que también la iglesia mató gente por herejes, por contradecir las escrituras, a Aristóteles y a tantas teorías que hasta ese momento no se comprobaban por experiencia.

Afuera el aire de las diez y media ha entrado y vuelto a salir. Alguna gran nube ha cubierto al sol, dejando al pueblo sin sus rayos. La oficina ya no huele a incienso ni a sándalo y mucho menos a menta, ahora huele al acre olor del perfume de Alejandra.

—Pues, hijos de Dios, la santa iglesia católica no tiene la culpa de los desmanes de nuestros antepasados, ellos, sí, cometieron errores de profundidad, de grandes teorías y avances que le servirían a la sociedad, pero no quiere decir que los miembros hoy por hoy tengan que pagar por ellos, no es justo que la institución tenga que acabarse por culpa de ellos—el padre sube la voz y en su garganta hay un algo que quiere explotar a gritos, pero se contiene, y lo que lo contiene es la fe y Dios.

—Bueno, pero en últimas las razones del presidente y del estado no son los antepasados, lo que hayan hechos, a quienes hayan matado, si no que justifican que las doctrinas de fe y moralistas acaban con el espíritu de progreso y eso es lo que quieren concretar—el alcalde toma un sorbo de café y mira a

Argemiro que bota el chicle al suelo. Frunce el ceño, pero no dice nada.

—Pero por favor, señor alcalde, usted cree que, si eso fuera así, ya no habría en el mundo grandes personajes de la historia, todos fueran grandes personajes de la historia, todos contribuirían a la ciencia, a la cultura, a la sociedad. Por favor, piensen que nadie nace indispensable para el universo y...pues en este caso...para Dios, nuestro señor, que Él es quien escoge quién va hacer en el mundo, qué le va a portar al mundo—el padre tiene intacto el café, incluso el vaso de agua. Se toca la cintilla del cuello y se mantiene recto en la silla, como en un juicio serio de Corte de Estado.

—Quizás, padre Tomás, quizás, usted tiene razón en algunas cosas que afirma, obvio que cada uno nace para el universo a lo que lo necesita que haga, pero no está en los fueros del *daimon* dirigir el destino de cada persona con simples guías morales, esos son cuestiones... de personalidad, diría yo—Alejandra se limpia la comisura de los labios y hace un gesto de arrogancia que le molesta al padre.

—Hija, no tiene por qué juzgar las cosas de tú Señor Dios. Recuerde que Él, hecho hombre en la tierra murió por nuestros pecados y más allá de cualquier especulación de vida, lo dirigió un Destino que tuvo que cumplir para la humanidad—el padre

Tomás tiende a subir la voz, pero en su corazón yace el fuego de la humildad y la benevolencia, no la pierde aún.

—Lo que logro entender de todo este embrollo es que Dios quiere la religión para la humanidad como aspecto importante para liberarnos del pecado—agrega Argemiro siempre con la sonrisa lacónica y tocándose la barba cada vez que habla—. Es más, a eso le podemos agregar que Jesús es fuente de vida, fuente de todo lo que es la humanidad hoy en día... y por demasiada ciencia que haya siempre debe existir como una sombra de lealtad... que... no.

Argemiro tartamudea, cabecea y menea el cuerpo de manera cómica, como si el teatro lo poseyera. En el recinto hay una semioscuridad; el proyector, el computador y todos los libros y documentos que ha traído Paola siguen a la espera de ser utilizados, a la espera de un ejercicio que habrá de ser promotor de discusiones y desazones. Por ahora el cielo espera con paciencia y el tiempo aguarda la nube.

Sobre la mente del alcalde hay un recuerdo sin sosiego, algo de la nada, algo que brilla para él desde la niñez. Y es que un sábado, recuerda lo vivo del parque y sus diversiones, recuerda cómo los globos flameaban por todas partes. Y miraba al frente, muy de frente, iba de la mano de su madre que hablaba con alguien (recuerda además que llevaba un pantalón corto, una camiseta y unos zapatos de charol negro), y en su mente quedó

grabado el momento en que salió un padre de la iglesia y con unos ramos empezaba a pegarle a los devotos para que le dieran paso al féretro de alguien.

Esa imagen de la niñez le pasa fugaz y vuelve a la oficina, observando a Alejandra que toma tinto y al padre Tomás que sigue caviloso en su silla, muy firme. Alejandra estira los brazos para desentumir su cuerpo, está colocada en la silla como una muñeca de cera. La discusión queda flotando en el aire, incluso el viento la arrastra.

—Bueno, de todas maneras, padre Tomás, le comunicamos, aparte de todo, que ahora vienen unos miembros de la bancada a exponernos el tema, ellos nos dejarán en claro todo muy bien—el alcalde mira al padre que yace con las manos entrelazadas en su puesto, mirando al piso, pero pendiente en refutar.

—¿Y qué otras razones tienen el estado para acabar con la fe de la gente? —el padre sigue mirando al piso.

—Ninguna otra, padre. Lo que sí le puedo decir es que este momento están gestionando con el papa en Roma para que venga al país y así informarle de todo. Supongo que él, al saber de esta decisión, tendrá que venir con su bancada.

—Sí claro, es lo más posible—responde Alejandra.

—Lo creo—contesta luego Argemiro haciendo sonar los nudillos de los dedos, como en son de estrés.

Aunque Tomás es fuente de paz y tranquilidad, sí lleva en su alma un rencor y un fastidio que deja entrever con la mirada en el piso, con las manos entrelazadas y con el rostro tieso. Le gustaría refutarles a groserías, coger a cada uno de los presentes y doblegarlos para que no acaben con su alma y sus tesoros de fe. Pero se calma, su espíritu se serena, todo a su debido tiempo. Escucha a los presentes, pero como monstruos, monstruos que hay que derrotar.

—Tenga presente que ustedes, mortales, no tienen ni idea de lo que están acabando, están acabando con lo máspreciado del alma, del espíritu; la religión ha salvado muchas vidas, ha rescatado gente del infierno, de las inmundicias de la sociedad. No veo por qué tengan que acabarla y así tumbar nuestros espíritus que se llenan de odio y rencor.

Todos se quedan en silencio, miran al padre, se tocan la barbilla y hasta se cubren el rostro por un momento para evadir lo que dice el padre. La mañana juega con el sol, y el viento apenas lo acompaña; la nube negra sigue creciendo. El alcalde coge su portátil, la silla suena y todos se paran como para que el padre vea que la decisión es un hecho y no hay arrepentimiento que valga. Se ponen a trabajar serios.

—Padre Tomás, de todas maneras, estas conjeturas y prejuicios y todo lo que usted quiera decir lo tendrá que guardar para las investigaciones y los juicios que se vienen. Yo supongo

que el juez de estado llevará a cabo todo y le estaremos poniendo al tanto de lo que toque hacer—el alcalde se convierte, por un momento, en un ser inerte, sentado como una plasta de carne que apenas toma una decisión.

—Yo diría...que el Papa, el gran Papa, tendrá que venir con sus armas bien puestas y demostrar que están acabando con algo que les va a quitar el sueldo y la comida, les van a quitar un negocio... un negocio que les ha dado rendimientos por miles de años y no se van a dejar sacar tan fácil de su negocio que les ha costado dolor y sudor—Argemiro llega hasta la puerta y simplemente hace un ademán de hasta y luego y sale.

—¡Oiga! —el alcalde lo ve salir, pero no lo detiene.

—Esperar que venga el resto de la bancada y que expongan el tema—Alejandra hace un gesto de fastidio, como típica mujer de signo cáncer exasperada.

—Padre, por ahora siéntese como en la iglesia, le mandaremos a traer almuerzo, si quiere un rosario y una biblia para que no se aburra de hastío. Y, pues, lo más sano, creo yo, es que se ponga a orar a Dios para que salve la iglesia porque el estado, en esta ocasión, ni Dios les puede cambiar la decisión.

Todo queda en silencio como en el teatro, a la expectativa los espectadores de que los actores hagan su mejor personaje. El alcalde se sienta, revisa documentos, algo en su computadora y toma por ratos el café; Alejandra saca su teléfono y empieza a

mirar algo, como revisando mensajes o llamadas; y el tiempo, el más infalible de todos, sigue en su tarea de componer la disponibilidad de lo absoluto. No habría un porqué de los recuerdos, ni un por qué de otras preguntas u otras consideraciones, sólo hay un por qué y ese es el del destino que todo lo tiene omnipotenciado. Ya no cae el sol, las nubes negras siguen imponiéndose y la brisa aumenta a la par de la agonía del padre Tomás.

El padre Tomás recuerda a su iglesia, recuerda a Flora, a Silvio y a Lucrecia, todos ellos los imagina pendientes de sus quehaceres, de mantener viva la fe, de darles alegría a los fieles, sobre todo a Margaret que es la más fiel a la iglesia. Por un momento se le ocurre salir y llamarlos para que empiecen a llamar a la gente importante de la iglesia para que empiecen a gestionar todo, llamar a Lucrecia y que ella se encargue de todo. Necesita contraatacar, esto es una guerra y como tal tiene que armarles estrategia militar, y, además, piensa, lo más seguro es que Dios esté de acuerdo en que defienda su casa.

Se para de repente, con un semblante en su rostro anímico y certero. Mira al alcalde que escribe en el computador, y Alejandra está parada en la ventana viendo caer las primeras gotas de lluvia. El padre se para de repente, se arregla su camisa dentro del pantalón, y como en un acto de valentía, de soberbia mira al alcalde, le destella, a su izquierda, la semblanza de lo

inhumano; pero a su derecha, la piedad y la paciencia que hace que le hable con suavidad y devoción. Controla sus impulsos.

—Señor alcalde, voy a salir a tomar un poco de aire al pasillo de la alcaldía y regreso...pues...para esperar a que lleguen los demás...

—Sí, padre, no se preocupe. Estaré ocupado aquí en la oficina, gestionando unos proyectos y... pues bueno—el alcalde mira a Alejandra y luego sonrío.

El padre sale mirando de soslayo a la oficina y a luego a todas las dependencias. Cuando llega a la recepción se encuentra una mujer no más de cuarenta años, con una diadema en la cabeza, recibiendo llamadas de todos lados. Todo el mundo pasa por el lado suyo, pero apenas lo determinan, como un ciudadano más. Le pide a la mujer que por favor le regale una llamada local, que es urgente.

—Con gusto—la mujer continúa en sus llamadas.

Luego de unos segundos el padre coge el auricular y se escucha la voz de Lucrecia; una voz de sueño aún. El minuterero ha superado la barrera de las once la mañana y en el cielo ya empieza la brisa fría de lluvia.

—Lucrecia, Lucrecia, habla con el padre Tomás. Necesito un favor, sólo que necesito que sea de secreto, que todo lo que le voy a pedir lo haga en silencio.

Al otro lado el teléfono sigue mudo, sólo se escucha el bostezo de la mujer.

—¿Me escucha, Lucrecia?

—*Sí, sí, sí, padre lo escucho, todo en silencio.*

—Necesito que llame primero al padre Porfirio y lo ponga al tanto de lo que piensa hacer el estado con nuestra iglesia; dígame que la van a acabar, que llame al cardenal y el cardenal se encargará de poner al tanto al gran Papa. Necesitamos que el mensaje llegue antes de que lo haga el estado y así poder tomar medidas drásticas—el padre mira a cada momento hacia la oficina para percatarse del que el alcalde o alguien de sus miembros se acerquen.

—*¿Pero por qué, padre?*

—En la tarde que llegue la pongo al tanto. Por ahora haga eso—el padre se relaja y se pasa la mano por la cabeza—. Y Flora y Silvio, ¿a qué se dedican?

—*Aún acostados padre Tomás.*

—Dícales que limpien el polvo del púlpito y que hagan el santo rosario del día.

—*Ah, padre, lo olvidaba... esta mañana vino Margaret para dejarle unos buñuelos que hizo y de paso que lo necesitaba.*

—¿Y dijo para qué? —el padre ve que sale Alejandra—. Eh, Lucrecia, la dejo. Hablamos por ahí a las tres de la tarde, esta reunión va para largo.

Alejandra se acerca donde el padre, arregla su blusa y con luego las gafas que se le deslizan a cada rato. Lo mira de reojo y luego de frente, como analizándolo.

—¿Algo por hacer, padre...o señor Tomás?

—No, sierva de Dios, solamente tomaba aire. Y sigo siendo padre.

—Yo no lo creo, señor Tomás, sé que muy pronto acabarán con su iglesia y todo su repertorio de fe—Alejandra empieza a subir la voz, y su cara de arrogancia y astucia, como el típico cáncer, se resalta.

—¿Cuál es el odio hacia la iglesia, señorita Alejandra? Usted y su gabinete no han hecho sino arrancarle las flores al jardín de Dios. Ustedes son parte del rebaño y se quieren convertir en lobos; aunque, bueno, lobos siempre han sido—el padre Tomás gira para regresar a la oficina.

Alejandra lo sigue, como si le estuviera cuidando, como si le hubieran encargado estar pendiente del padre. Entran a la oficina. El alcalde ha dejado su computadora y ahora se dedica junto con Paola a armar los equipos necesarios para la exposición de su bancada. A pesar de que el medio día se acerca el día se hace gris, las nubes han formado una colcha de humedad y agua. El alcalde absorbe el aire siniestro, por su piel de poder se penetra un calor que alcanza a sentir y proviene del padre Tomás, que sigue cabizbajo, tenso y mirando para todos

lados, como preocupado. Alejandra se sienta y también relaja su cuerpo al tensionarse con la contraria del padre Tomás; lo mira de reajo.

El padre Tomás continúa en la lejanía de su historia, mirando al más allá, besando los recuerdos y haciendo que más de uno pase por sus ojos como bombas de hidrógeno; su pasado se calienta y a la vez se fusiona como si fuera una reacción en cadena. De alguna manera el seminario le preocupaba tanto que en esos días de invasión católica—como solía llamarlo—era responsable de cargar al Cristo crucificado todos los días a la clase de evangelización. Cada vez que el padre Ramiro le ponía la tarea de iniciar las oraciones de la mañana, tenía la costumbre de pasar por el Cristo crucificado y elevarle algunas palabras que consideraba importantes para su espíritu de fe. Desde que lo había visto con esa costumbre el padre Ramiro, se lo había recomendado al Obispo para que lo dejara de una vez por todas como guía vocacional.

—Se lo recomiendo, señor Obispo, le juro que llegaré a ser papa.

El padre Tomás recuerda esta última parte con orgullo y siente que su alma vibra y una corriente le atraviesa la espalda. Pero mira a su alrededor, solamente el alcalde como un animal desbastador, a Alejandra con cara fruncida y moviendo la pierna y todo el ambiente con un hálito de vergüenza; siente que todo

se desvanece, que eso que le habían augurado en el seminario se vuelve pensamiento, viento sin poder, solo una tentativa o incluso hasta un sentimiento subjetivo.

En el instante en que sus recuerdos se apagan, tocan a la puerta. El alcalde y Alejandra se paran. Aparece Paola avisando que la bancada completa acaba de llegar.

—hágalos pasar, por favor—dice el alcalde cerrando el portátil y parándose junto a Alejandra.

En cambio, el padre sigue sentado, con las manos enlazadas, mirando al cielo y con los ojos en un punto cualquiera de la oficina. Pasan algunos segundos, el tiempo se hace cruel ante los ojos del padre; Dios, su maestro, lo convierte en un ser de admiración y fe, como debe ser, se dice. Ve entrar a seis señores muy bien vestidos, con vestidos de paño, que a pesar del aire tibio se amarran muy bien. Los seis se paran en fila y se quedan mirando al padre Tomás con destreza, como si de él fueran a hablar o a exponer ante un público. El alcalde no hace más que tener la mano en la barbilla y condensar el tiempo y la mañana casi lluviosa.

Uno de los seis hombres, calvo, con gafas y en con un lunar al lado de la nariz, carraspea y empieza la presentación, todo como si fuera una obra de teatro o un circo.

—Él es Gustavo Manchola, líder en impuestos con un diplomado en gerencia de gobiernos y sabe qué es lo que más le

conviene a un estado para mejorar—Toda la presentación es dirigida al padre Tomás—. Él es Miguel del vasco, proyectos de infraestructura al cien por ciento para la sociedad, todo concerniente al gobierno, sabe lo que más le gusta y le conviene al estado en arquitectura; es obvio que es quien debe analizarnos qué debemos de hacer con las iglesias, si demolerlas y construir de nuevo o simplemente las adaptamos para otras necesidades—el hombre hace un ademán de poca importancia.

En ese momento Tomás hace un ademán de arreglarse los anteojos, se acomoda la silla al escuchar demoler la iglesia, como si se le sobresaltara el alma.

—Él es Pablo Espineta, especialista en educación, en pedagogía, nos desenredará los asuntos del conocimiento, las bases para un mejor mañana en profesiones y, pues, claro, está al tanto de hacernos saber cómo influye la religión en nuestro conocimiento y virtud—hace una pausa por algunos segundos, donde mira al alcalde, a Alejandra y por último el rostro tenue del padre Tomas—. Este es el gran señor y al que más admiramos, él es Rogelio Cubillos, abogado, especialista en derecho y sobre todo canónico, ese derecho del catolicismo que, en mi opinión, no sé de dónde lo extrajeron. Él nos despejará el panorama de las leyes en este mundo, y las leyes, claro, del absolutismo estatal—el hombre, con una sonrisa triste, observa al padre y el padre mira a otro lado, intimidado—. A Pesar de lo

sombrío que pueda parecer esto, señor Tomás, usted podrá ver que estos personajes son íconos de este pueblo, por lo tanto, no hay cómo refutarles; yo sé que muy adentro de su ser quiere echarlos a patadas de aquí para salvar su iglesia, pero difícil—el padre Tomás se limita a hacer un gesto de poca importancia y continúa observando su interior y, quizás el cielo.

Afuera la brisa se ha hecho latente, el cielo, ya gris, asemeja a una acuarela sin forma, víctima del cielo y el agua. La lluvia se hace fuerte y más de unos, los que pasan por la plaza, ya llevan sombrillas y capas. Esa brisa de lluvia entra hasta la oficina, dejando un hálito de cambios y sombras que el padre Tomás la puede oler, dejando en su interior una fe—no la misma fe religiosa que ha tenido desde los cinco años, esa que llegó a él un domingo en lo alto de la montaña al ver pasar una paloma y posarse sobre su hombro—no, no era esa fe, era la fe de que en grupo con los demás miembros de la iglesia serían capaces de contrarrestar el mandato del estado, no tenían por qué dejarse dominar de ellos; tenían era que volver al poder, ese que tenían cientos de años atrás, donde podían decidir la mecánica del mundo y poder matar al enemigo por la contrariedad.

—Él es el señor Vicente Ceballos, su especialidad es la transformación de lo grotesco en arte, de lo servil e inaudito a unos simples trazos de cultura para la sociedad. En pocas palabras, este hombre, con su boina de poeta triste, nos

convertirá el catolicismo en arte y ciencias humanas. Y pues, yo, este hombre especialista en todo, que tengo asesorías en más de una cosa, en muchos campos, esta alma indómita de creencias sin razón, Gael González, español de nacimiento, conocedor de estas tierras latinoamericanas.

El alcalde se para por algunos segundos a cerrar la ventana porque la brisa hace que salpique de agua la oficina. Sobre el tiempo y sobre la marcha del reloj, que enjuicia las once y cuarenta y cinco, se detecta un largo periodo de inmundicia para el alma de Tomás a pesar de su fe de hace un momento. Los seis miembros se disponen ante el proyector, cada uno con un paquete de documento y con un láser para la presentación. Gustavo Manchola, que trae puesta una corbata amarilla y el vestido de paño negro, da un paso atrás y otro adelante. El proyector se enciende y lo empieza un recuadro de presentación, con temas de impuestos.

—Bueno, ustedes saben que de los impuestos que tenemos actualmente por propiedades sobre la tierra es de un cinco coma tres por ciento—el hombre hace una pausa, pasa a otra presentación—. Sabemos que el impuesto sobre la renta y de tierra es de un diez por ciento, por lo que podemos apropiarnos de estas bellas arquitecturas y darles un manejo de sobriedad para un dueño.

El alcalde mira al padre y el padre sigue mirando al techo y luego al piso, sin prestar atención siquiera a las imágenes y mucho menos a lo que dice Gustavo Manchola. Hay como un rayo de luz que se filtra por debajo de la puerta de la oficina y llega hasta los pies del padre Tomás.

—Pero la idea es que, Gustavo—pregunta el alcalde con la pierna cruzada sobre la otra—, ¿vender todas las arquitecturas eclesiásticas a quiénes?

—Sí, a extranjeros que quieren invertir en el país, quizás demoler y construir hoteles, oficinas de negocios, bolsa, empresas que van generar fuerte impacto social e inversión; pues esa fue la orden del presidente en la última reunión que tuvimos.

Cuando Tomás escucha la palabra demoler siente como una aguja en su pecho, sobre todo en el corazón, le atraviesa hasta el pensamiento de fe y filántropo y lo convierte en rencor. Aprieta las manos, fuerte, pero no desmaya a pararse de la silla, coger al hombre y darle un fuerte puño y una patada.

—Ahora, creo que ya tenemos propuestas de cincuenta empresas que quieren entrar al país con participaciones de una fuerte cantidad de dinero y se les ofreció los terrenos de iglesias para sus operaciones y a otros terrenos baldíos—Gustavo Manchola se queda en silencio y por último agrega—. Si eso se cumple, que todo se haga en un plazo de cinco años, tendremos

un PIB del quince por ciento más, algo que nos dejaría bien parados ante el grupo latinoamericano de negocios... ah y en Europa.

Todos aplauden, incluso el padre Tomás, pero quieto, como si estuviera amarrado. El medio cielo absoluto ha llegado, el sol y el reloj se han puesto de acuerdo para que el medio día llegue con la lluvia leve que cae en el pueblo. El aire ha entrado y ha sacado las voces de los miembros políticos. Paola ingresa y le pregunta al alcalde por el almuerzo para solicitarles.

—Pida quince. ¿El padre Tomás va a comer?

—No, señor alcalde, gracias, no tengo apetito—Tomás se acomoda, siempre con las manos enlazadas.

—O cree que Dios le va a alimentar de sabiduría para contrarrestar la decisión del estado, se alimentará del poder de Dios...aaaa, espere, espere, y ahora ya sé lo que me va a contestar, con esa máxima cristiana que dice: “No sólo de pan vive el hombre”—Alejandra sube la voz y se exalta como queriendo gritarle muchas cosas al padre.

El padre se queda en silencio, sólo mirando al cielo. Por un momento empieza a sentirse como en el juzgado de Jesús con Pilatos, siendo abucheado y contrarrestado por la muchedumbre de poca fe. Y eso le hacía sentir bien, porque sabía que estaba en la verdad y que sólo Dios, al final lo salvaría. Sólo hace una mueca de aprobación y mira a Alejandra que yace

con la euforia del alma. Sin embargo, se sujeta a su parecer y continúa sin dejar hablar a los miembros.

—Yo le tengo un ejemplo perfecto para eso señor Tomás. Agudice sus oídos, preste atención a lo siguiente: Usted sabe que su iglesia se acabó, finish, out, turn off, por lo cual le recomiendo que vaya haciendo actos de fe por cambiar de parecer, de personalidad, que empiece a adoptar una vida de humano, no de ser idealista, intangible y de redentor que eso se acabó. Quizás...cásese, busque una mujer que lo ayude a llevar esta nueva etapa en su vida...

—por favor, Alejandra, ya, necesitamos que continúe los miembros porque tienen otros compromisos y reuniones—el alcalde mira por la ventana la lluvia—. Puede continuar Gael.

—Gracias alcalde. Pues Miguel tiene las propuestas en infraestructura, muy interesantes.

—Pues a ver—el hombre trae en la mano un libro con grandes estructuras del siglo veintiuno—. Está establecido que demoler estas arquitecturas y construir hoteles y algunas empresas, fábricas, como del sector de alimentos y entre otros. Pero el principal proyecto que se tiene pensado con el presidente es levantar edificios de lujo para hoteles, que traigan turistas que inviertan, como ya lo hizo saber mi colega Gustavo—Miguel del vasco se queda con la mano en la barbilla, y luego se pasa la mano por el cabello casi cano—. La verdad nos

conviene demoler toda la arquitectura gótica y levantar un edificio que potente nuestro país, al estilo Dubái, nueva york y grandes potencias. El primer hotel que se va a levantar es el de la capital y se llamará gran hotel de Frankfort, pues en honor al inversionista alemán. Tendrá cuartos de lujo, restaurantes 24 horas a satisfacción del cliente y muchos decoros de servicio, como mujeres, jacuzzis, bar y todo un montón de agregados que nos envidiarán en Estados Unidos.

—Suenan muy bien, Miguel. Yo estuve alguna vez en uno, en uno francés donde me sirvieron la mejor comida que haya probado en mi vida. Mágico, la verdad—Gael se queda en silencio por algunos segundos—. Bueno, Pablo...

Da un paso adelante, donde todos le notan un rostro aguileño y feo, pero con la gracia de la cultura. Carraspea.

—Bueno, señores, padre Tomás, de ante mano quiero decirle que me duele que su institución se haya acabado, que fuera de toda verdad o mentira que haya podido ser, fue una institución que le sirvió para educar al ser humano y agradezco por eso. Pero no basta con tener una simetría de la realidad, toca entrar y masticarla y volver a rumiar y gracias por eso que existe la ciencia que nos permite eso. Lo que les digo es que se está proyectando una educación veraz, que permita al país y a nuestros jóvenes no sólo llenarse de una realidad que les agregue conocidos, que eso es lo que tienen que tomar como

verdad; y es ahí donde radicaba el error de las instituciones eclesiásticas—hace un ademán de orgullo y continúa—. Se está pensando en utilizar muchas de estas iglesias para convertirlas en escuelas, universidades, colegios, pero por ahora tengo en mi mente una educación de calidad para el país y reestructurar muchas de las ciencias y materias que reciben nuestros jóvenes hoy en día. Pues esto le permitirá desarrollarse a nuestro país en economía, que avancen sectores tan importantes porque la educación logra esto.

Da un paso adelante Rogelio cubillos, con un semblante relajado, muy tranquilo. Saca de su bolsillo un pañuelo y se limpia la frente como si sudara. El tiempo coquetea con la tarde, con las doce y media. En ese momento entra Paola y deja los almuerzos encima del escritorio del alcalde; hace una reverencia y sale.

—Yo creo que le damos paso a Rogelio y a Vicente que son los que faltan y podemos almorzar—el alcalde continúa en su portátil.

—No hay problema, Rigoberto. Puede empezar, Rogelio.

—Gracias. Bueno, las leyes son lo mejor que haya podido establecer la humanidad, son normas y reglas que con el paso de la historia le ha hecho saber al hombre que necesitamos de libertad, como decía Santander, de armas para poder tener paz. Las leyes que se están creando para bien, en la actualidad para

nuestro país y en general para el mundo, son leyes que deben de tener al hombre satisfecho. La ley de libre culto no nos llevó a nada, finalmente nos dimos cuenta de que impedían el desarrollo cultural y social. Por eso se decidió abolir, quitar esto padre Tomás. Pues... digamos que en leyes canónicas ustedes están satisfechos, pues que aparte de todo han sido leyes que durante la historia han matado gente inocente como ya es conocido—Rogelio hace una pausa, mira a Alejandra que hace un gesto de aprobación—. Con estas leyes, claro que no han quedado radicadas todavía, les obliga a ustedes a entregarnos las arquitecturas de las iglesias, todas pasarán a manos del estado. Ustedes tienen un año seis meses de gabela para que entreguen totalmente sus pertenencias eclesiásticas, que busquen otros empleos, que se dediquen a otros oficios en la vida. Todo esto, señor Tomás, recuerde muy bien, para que vayan sabiendo en su comunidad: de ahora en adelante no podrá haber biblias en ninguna casa, todas se quemarán. Habrá una ley que les obligue a echar a la hoguera todas las cosas que les pertenecían.

Por un momento se forma una cueva en la oficina, una cueva donde yace Tomás y solamente él, todos se borran, su alma pertenece al mundo sólo, al universo cerrado y cóncavo. Pero es que su espíritu quiere dejarlo todo así, quiere que todo el mundo desaparezca y todo se vuelva polvo y solo exista él para seguir

con la iglesia. Huye, desde sus adentros, escapa a toda la monotonía que ha escuchado, a las barbaries y a las injusticias que estaban cometiendo todos esos paganos. Tenía que evitar a toda costa eso, pero mientras tanto seguiría escuchando.

—La naturaleza es belleza, el mundo es belleza y es por ello por lo que el arte, que todo lo que tiene forma perfecta en el universo es bello. Soy Vicente Ceballos, pintor, artista y profesor en cultura, pero actualmente asesor para el estado en cultura y bellas artes. La idea es que todas estas iglesias, estas bellas arquitecturas góticas, algunas, no todas, las vamos a dejar como museos de historia del arte, donde los visitantes puedan deleitar muchos años después de las simetrías de esta parte arquitectónica, de cómo un pensamiento que influyó durante muchos siglos la humanidad se convirtió en algo tan potente. Pues... otras las volveremos bibliotecas, antros de paz, lugares para el estudio, la tecnología, pinturas, literaturas, filosofías y todo ente que pueda crear en la sociedad un desarrollo para la economía.

A pesar de todo lo que ha escuchado el padre Tomás la cueva desaparece, algo le dice que ya es hora de ir corriendo a su sitio de convivencia y empezar a actuar. La una de la tarde forma un semblante de tristeza afuera, el pueblo suplica, se lamenta, recoge en sus adentros toda la desesperación que haya podido tener desde los tiempos de guerras. Una brisa entra a la oficina,

el alcalde se incorpora, la bancada se sienta y cierra el proyector y una silueta desbastada, pero animosa, se levanta con ímpetu de revolución.

—Bueno, alcalde, yo creo que ha sido todo, ya escuché las decisiones, pero de todas maneras esperemos a ver que el papa y los jerarcas de la iglesia nos confirmen qué va a pasar con nosotros—el padre se ajusta su ropa, el peinado de medio lado y se acerca a la puerta para abrir.

—Sí, es cierto, Tomás. De todas maneras, ellos están enterados por medio del alto gobierno, del presidente, ellos tienen una reunión ahora en la tarde en la capital—el alcalde ha cerrado el computador y se lleva las manos a los bolsillos.

—Sí, lo sé—y sale besando el crucifijo que saca debajo de la camisa.

El padre sale por todo el pasillo a gran velocidad, en su pensamiento no lleva si no la ansiedad de hablar con todos los miembros de la iglesia, con el papa, con sus colegas, con el colega, con el padre Porfirio para hablar todo al respecto. Cuando sale a la plaza sólo ve algunos transeúntes, que lo miran con desdén, otros con la simpleza de la naturaleza y tan sólo se le acerca Margaret, con la mantilla negra sobre la cabeza, casi en acción de recibir una hostia. Desde la puerta de la alcaldía la secretaria del alcalde le grita al padre Tomás

—¡Padre, que recuerde que la iglesia debe permanecer cerrada!

Tomás sólo asiente. Margaret se queda mirando a la mujer y luego al padre.

—Cómo así, padre Tomás, por qué la iglesia cerrada, ¿qué pasa?

—No se preocupe, Margaret, acompáñeme y le voy contando todo al respecto. Yo sé que usted ha sido la más fiel a la casa del Señor y por eso merece que le cuente todo para que nos ayude— el padre Tomás la toma del brazo y la lleva por debajo de los techos para cubrirse de las gotas que caen.

—Y qué debemos hacer, padre, ¿qué pasa con nuestra iglesia?

—Tranquila, de igual manera en el transcurso de la semana el alcalde tiene que reunir al pueblo en la plaza para hacerles saber todo. Por ahora sólo usted lo va a saber.

Se encaminan hacia la iglesia. Se esconden bajo los tejados para cubrirse de las gotas de lluvia. El padre Tomás siente una ansiedad en su vientre, pero a la vez un optimismo que no tenía desde que había terminado el seminario y le habían asignado el pueblo y la iglesia. Margaret anda con recogimiento, con el chal y con el rostro anodino, fuente de una duda y de un pensamiento que la daña. Entran por la parte de atrás de la iglesia, mirando para todas partes y advirtiéndolo que nadie los vea; el padre

Tomas cierra la puerta, con llaves. Se quita rápidamente el cintillo del cuello y lo tira encima del escritorio de su oficina.

—¡Lucrecia!

Pero no aparece. Los que aparecen son Silvio y Flora, en ropas de dormir aún y casi dormidos todavía. Se refriegan los ojos.

—¿Dónde está Lucrecia, jóvenes? —el padre no advierte la mortandad del sueño que tienen.

—No sé, padre—se limitan a decir.

El padre Tomás va a la oficina y no encuentra a nadie. Solamente yace el computador suspendido y uno que otro papel encima del escritorio de la mujer. Mira el reloj: una y veinticinco. La puerta trasera suena en ese momento y el padre, como si se tratara de una búsqueda implicada, grita desde ahí que no abran. Primero va él y mira muy cauteloso por debajo de la puerta. Es Lucrecia.

—¿Qué pasa, Lucrecia, ¿dónde andaba?

—Padre lo estaba buscando. Además, estaba donde el padre Porfirio para preguntarme qué para que lo habían citado a la alcaldía, no quise decirle nada, le dije simplemente que era una cosa personal con el alcalde.

—La verdad no hay tiempo. Necesito... no, más bien déjeme yo lo llamo, necesitamos acelerar el plan contra el Estado, nos quieren cerrar la iglesia, acabar con la iglesia católica, acabar con nuestra fe, convertirla en una podredumbre de razón

humana, en un laboratorio para riquezas de la nación, en una cocina de arte donde sólo se muestre la ambición y la maldad. No lo vamos a permitir—Tomás jadea, preocupado, por fin había salido una de sus tantas palabras que querían explotar desde la reunión con la bancada política.

—¿Cómo así, padre Tomás? —pregunta Margaret parándose—. Pero por qué, no nos pueden quitar esta casa de Dios, es donde Él habita, donde podemos venir y tener un encuentro con Él, pedirle lo que necesitamos. Nuestro alcalde no puede hacer una cosa de esas, confiamos en su representación.

—Lo sé, Margaret. Lo que pasa es que es una decisión del presidente, del estado. Lo que necesitamos es actuar. Voy a llamar al padre Porfirio para ver qué se le ocurre y contrarrestar este tejemaneje.

—¿Pero por qué? —pregunta Lucrecia acomodándose los anteojos.

—Porque el estado se dio cuenta que para hacer avanzar la economía y la sociedad tenía que acabar con las religiones y cultos, sobre todo combatir la iglesia católica que, según ellos, es la que más ha cortado el avance de la ciencia.

—Pero terrible, no puede ser, esto no puede acabar porque me quedo sin trabajo—dice Lucrecia meneando las manos.

El padre solo la mira de reojo y junto con Margaret entran a su oficina. Y como si le adivinaran el pensamiento y la necesidad,

el teléfono suena, el teléfono aún con la rueda numérica. Cuando Tomás responde es el padre Porfirio, con una voz apenas audible.

—*Qué bueno que lo encuentro, padre Tomás. ¿Dónde estaba metido esta mañana, y lo peor, por qué no ha abierto la iglesia?*

—Hola padre Porfirio. Ya le iba a marcar. Imagínese que anoche me llegó la notificación de la alcaldía que el Estado ha decidido acabar con las religiones y pues en especial a nuestra iglesia que es la más seguida.

Por un momento la voz del padre Porfirio queda out, como si una tumba se hubiera apoderado del momento. La lluvia ya es apenas un rocío y el tiempo su condena.

—Aló, padre Porfirio.

—*Sí...sí, padre Tomás aquí estoy. Es que la noticia me deja de un pelo. Cómo así que acaban con nuestra iglesia, la que tanto ha ayudado a ser buena la gente, la que ha dado paz. Tenemos que hacer algo, padre Tomás. ¿Ya saben los obispos, los cardenales, el Papa...?*

—Yo creo que ya el estado les ha comunicado. A mí me tuvieron toda la mañana en una reunión para explicarme qué van a hacer con nuestra arquitectura, que van hacer con nuestra fe. Imagine, Padre Porfirio, todo esto lo van a convertir en bibliotecas, en hoteles de lujos, en centros educativos y un montón de cosas que la verdad, padre, me dieron asco.

—*Hay que hacer algo, hay que impedir este exabrupto.*

—Por eso lo llamo, padre Porfirio, para ver qué vamos hacer, no podemos quedarnos con las manos cruzadas por más muestra de paciencia y beatitud que tengamos que mostrar. En esta ocasión de la historia de la iglesia católica nos tocó sacar la garra—el padre Tomás aprieta el puño y le pega suave al escritorio, mientras Margaret cuenta las bolitas del rosario.

—*Déjeme yo me comunico con el obispo Armando Montiel y le digo que se comuniquen con el cardenal más cercano a él y así mismo al papa para ver qué posibilidad hay de que vengan y nos ayuden a hablar con el presidente, con el alcalde, no sé.*

—Pues sí, buena idea, padre Porfirio. Por ahora lo que podemos hacer es mantener la calma, acatar la orden de no abrir la iglesia, mantenernos acá encerrados y... pues ojalá todo se solucione antes de que el estado nos dé la orden de desalojar todo.

—*Bueno padre Tomás, de todas maneras, yo voy en un rato para allá, con eso vamos conversando de otras cosas, de ideas para contrarrestar y poderle decir a nuestros jefes.*

—Listo padre, lo espero. Acá está Margaret que yo sé que es una pieza clave para ayudarnos a combatir este zafarrancho estatal.

El padre Porfirio cuelga de repente. Tomás se queda mirando al techo y luego mirando a Margaret que sigue el rosario muy en

voz baja. En esa ve pasar al par de muchachos aún con pijama y los llama; Silvio y Flora se acercan a la oficina, con las manos atrás como siempre, en son de recogimiento.

—Necesito que se cambien hijos de Dios y que vengan y nos acompañen a hacer el rosario para que no nos cierren la iglesia. Así que rápido. Y le dicen a Lucrecia que venga, por favor.

El par de muchachos sólo asienten. Tomás se queda mirando el cristo crucificado que tiene a sus espaldas y luego al divino niño encima de la mesa y en la siguiente esquina la virgen María, hostil, llorando, mártir y con un rostro de humildad que casi lo hace lagrimear. Y sin importarle que Margaret, la más fiel de la iglesia reza, le dice:

—Usted cree, Margaret, que todo este compendio de ternuras, de personajes que nos crean fe y pasión, que nos ayudan a conseguir lo que les pidamos, nos lo van a acabar así tan fácil, así por una simple ley de los hombres, por un papel y una orden que dice que acabemos con más dos mil años de iglesia. Eso no, Margaret, la iglesia tiene que seguir existiendo, tener muchos más siglos de historia, que digo siglos, milenios de historia. Y usted Margaret tiene que ayudarnos a acabar con ese mandato.

Margaret sólo asiente, repitiendo muy juiciosa las oraciones. Tomás se toma la barbilla con la mano, pensativo. En ese momento llega Silvio y Flora, con sus rosarios y un libro y se

unen a Margaret; el padre Tomás solamente los mira, lelo, sin saber qué hacer y craneando toda la arremetida contra el estado, es como si sintiera, para sus adentros, que las oraciones no le van a servir de nada.

El pueblo camina, va de la mano con algunos niños que han dejado el colegio en la mañana y ya respiran el aire tibio después de la lluvia. Los árboles se mecen, se congregan para el baile más espectacular de las dos de la tarde. Las casas están en un estado de vegetación, si acaso respiran la gratitud del ser humano y ponderan la humedad del ambiente. Más allá, hasta donde se extiende la plaza principal, se posan de nuevo las palomas para recibir comida de los transeúntes.

El aire ya casi caliente viaja, viaja hasta las oficinas de la alcaldía, recorre todo el edificio como si auscultara la gente, el sitio, si revisara que todo estuviera en orden. Llega a la oficina del alcalde, con todos sus amigos los miembros, viendo sus rostros amorrónados en las sillas, con sueño, si al caso la voz apenas audible. Pero el aire sale de nuevo hacia lo alto del cielo.

Aunque el tiempo se limite a pasar como un tren más y haga de él un simple motor a vapor o a electricidad, las nubes ya se pasean por las esquinas del cielo, dando un brillo sobre las dos de la tarde que deja a más de un habitante sentados en el parque la plaza. En la alcaldía todo es paz, hay tranquilidad por pocas actividades, solamente la oficina del alcalde es un lugar de risas

y uno que otro chiste y disparate luego de algunos segundos de silencio y duermevela. Los miembros del alcalde yacen sentados, con lo del almuerzo ya acabado, conversando de política, de sueldos, de infraestructuras y de tantas cosas por solucionar.

—Aunque al padre Tomás se le dijo todo lo que se piensa hacer, no dijo ni una sola palabra—comenta Gael sonriendo.

—Sí, lo noté. Y Alejandra también estuvo a punto de reventarle los sesos de rabia, pero no se inmutó.

—Yo sé que deben estar planeando algo, ellos no se van a quedar con los brazos cruzados viendo cómo les cierran la iglesia, esa que les ha dado tantos dividendos por cientos de años—dice el alcalde con los pies sobre el escritorio y apoyado sobre la silla, como en duermevela—. Yo sé que ellos tienen que reunirse con los jerarcas y decidir con quién van a hablar, a quién tienen que dirigirse para que no les cierre; en pocas palabras ya tienen el as bajo la manga.

—Y qué puede hacer el gobierno frente a eso? —pregunta Gustavo Manchola

—No, nada. Yo creería que esa decisión ya no tiene vuelta de hoja. Además, hay decretos y estatutos y leyes... y bueno, un montón de cosas de las que ya no puede cambiar un ciudadano—responde el alcalde.

—¿Y por la fuerza? —Rogelio Cubillos frunce el ceño. Todos lo miran—. Sí, digo que, si evitan a toda costa que la iglesia la cierran, con armas, con violencia.

Todos se ríen, incluso el alcalde con una risa que explota y Alejandra casi botando los brazaletes. Se calman, con el aire vacío y el follaje afuera húmedo.

—Eso es gracioso, Cubillos, usted cree...usted cree que toda esta gente tan pacífica, que sólo habla de fe, de recogimiento, de tranquilidad, de perdonar al prójimo, de poner la otra mejilla, van a llegar a la violencia. Ja, ja, ja, ja, gracioso—el alcalde acomoda de nuevo los pies en el escritorio.

—Pero piensen en esto, que le hicieron daño a la humanidad hace varios siglos, donde quemaban gente, con la inquisición mataron a más gente que en cualquier guerra—comenta Alejandra.

—Bueno, eran otros tiempos, donde tenían poder y podían mandar y hacer sus leyes a conveniencia. Pero hoy en día han perdido esa potestad, les ha tocado refugiarse en su mundo y confiar en los fieles porque la ciencia, el avance tecnológico y la sociedad los ha relegado. No les queda de otra que aceptar que ese reino se les acabó, finish, out, over—el alcalde cierra los ojos y dormita.

—Bueno, preséntese como se presente, hay una orden del estado y hay que cumplirla, ustedes saben que cualquier

incumplimiento que se dé por cualquier ser humano es para sanción, el hombre debe ser privado de la libertad—Rogelio comenta agachándose y recogiendo su lapicero

El tren del tiempo en esta ocasión va de vapor. El sol se asoma, las nubes se han disipado y la tibieza del aire se ha convertido en cálido. La tarde y el descanso en la oficina del alcalde se da para hablar de grandes cosas y organizar uno que otro zafarrancho en el pueblo.

Alejandra también se relaja poniendo los pies sobre el mismo escritorio del alcalde, con más confianza que los demás; los otros apenas pueden estirar las piernas y resbalarse en las sillas.

—Pero a qué se debe que durante la historia o a quién se le ocurrió la loca idea de castigar con el encierro—inquiere Rogelio Cubillos.

—No pues, a mí me parece que viene desde tiempos antiguos, desde que se dieron cuenta que el hombre caminaba por el mundo con desfachatez y no tenía un orden y se le ocurrió que debían detenerlo encerrado en cuatro lonjas de cemento para que no pudiera hacer nada más—responde Gustavo Manchola.

—Puede ser, Gustavo. Pero es algo en lo que... no sé, no veo dónde esté la razón de todo eso, me parece hasta degradante en una sociedad que ha avanzado en tecnología y en muchas ciencias, eso queda para los tiempos donde no se conocía de la mente humana—Rogelio hace un ademán de arrogancia.

—Eso son cosas, que al fin al cabo no interesan, Rogelio—le refuta el alcalde, aún con los ojos al techo y cerrados—. Lo que interesa es que en la sociedad haya un hombre de bien, que se aíslen todos esos hombres que no le aportan nada bueno a la sociedad, que se haga de ellos un compendio de maldad en su putrefacción.

—Como quiera, señor alcalde, lo que tenemos que tener en cuenta es que las decisiones de los que ordenan no afecten los resultados del desarrollo económico, ni social, ni político, ni geográfico; bueno, en fin, todos los entes que podamos mejorar—dice Vicente Ceballos

Hay un silencio por algunos segundos, como si todos se hubieran dormido, incluso hasta el tren del tiempo en vapor, porque el reloj apenas da las dos y cuarenta. Se mantienen así, solamente la brisa recorre la oficina, alienta al tren del tiempo para que acelere. Paola entra en ese momento, pero percibe que todos están en duermevela, prefiere no molestar. Sale de nuevo. Todo es silencio; solamente el motor de un avión interrumpe, un avión que está a punto de aterrizar en las inmediaciones de la gran capital.

El cielo ya está despejado, sólo lo acompaña una nube blanca, extensa, sin ninguna amenaza. Por la plaza principal se ve uno que otro pájaro volar de árbol a árbol, zigzagueando por momentos a la gente que cruza. La gente, y sobre todo los

feligreses, miran con extrañeza la puerta cerrada de la iglesia, nunca, en un día tan significativo para los feligreses habían visto algo así.

—¿Por qué la iglesia está cerrada? —le pregunta unos a otros

—Y el padre Tomás, qué pasa con él, por qué no sale a darnos la cara y decirnos de por qué no ha abierto la iglesia hoy.

—Necesitamos confesar nuestros pecados, comulgar, hablar a Dios nuestras necesidades, pedirle nuestros deseos.

Todo el mundo por la plaza asiente. El aire caluroso flirtea por la plaza principal, se acordona hasta los palos de guanábana y luego se asienta por los pies del padre Porfirio y de la mujer que viene de gancho. Los dos traen gabanes negros y pasan bien orillados para que nadie los vea ni les pregunte. El gabán les cubre incluso la cabeza y en el rostro traen puesto una máscara de lana, parecidos a un ninja kamikaze. Se escabullan ligeramente por detrás de la iglesia, mirando para todos lados, con las manos en los bolsillos. El padre Porfirio y Wendy arriban por la puerta trasera de la iglesia por donde los espera Lucrecia. El padre Tomás se encuentra aún en la oficina con Margaret, discutiendo de posibles métodos de bloqueo; el par de muchachos están en un rincón leyendo la biblia. Cuando el padre Porfirio entra todos se incorporan y el padre Tomás se acerca a besarle la mano.

—*Dominus tecum*—repite Tomás en latín.

—Gracias, padre Tomas, pero deje los formalismos para el Papa, que es a quien hay que alabar para que nos salve la iglesia.

—Y Dios también, padre.

—Quién sabe.

Por algunos segundos hay un silencio, donde sólo se escucha el vociferar del par de muchachos leyendo un versículo de la biblia. El padre Porfirio se sienta y Margaret también le besa la mano. Se sienta junto a Wendy y los dos ponen el gabán en una silla. Se abanicen con las manos.

—Lucrecia, tráenos tintos, cuatro, cargadito para mí—el padre Tomás se alisa su cabello hacia atrás.

—Entonces, padre Tomás, henos acá para solucionar este zafarrancho, no podemos dejar que nos cierre la iglesia—dice el padre Porfirio.

—¿Alguien en el pueblo los vio que ustedes venían? —Tomás se pone la cintilla en el cuello y con un pañuelo brilla los zapatos negros.

—No, afortunadamente no, pasamos desapercibidos con este vestuario de inspector.

Wendy sonrío. Mira al par de muchachos leyendo la biblia.

—Pues sí, padre Porfirio, necesitamos más que nunca una unión nacional y si se puede internacional para no dejar acabar la iglesia. Pues bueno, también lo que pasa es que no podemos dejar que la gente se entere por boca de nosotros que el estado

ha decidido acabar con la iglesia católica, eso sería... no sé, no sabría cómo decírselos, sería una noticia espeluznante. Yo creo que es mejor que el alcalde lo anuncie en la plaza principal, con eso ya nosotros tenemos el as bajo la manga.

—¿Y cuál sería ese as, padre Tomás?

—Pues padre Porfirio, no sé, hay que comunicarnos con un cardenal de confianza, con Enrico Rossi, para que él, que tiene contacto con el Papa, puedan venir y solucionar todo esto— Tomás siente una punzada en los intestinos, como si de repente sintiera ansiedad y ganas de ir al baño.

—Pero, no sé, padre Tomás. Si quiere présteme el teléfono y miramos a ver si nos contestan en la Basílica del Vaticano.

Por algunos segundos hay silencio, mientras el padre Porfirio marca a Italia y sólo hay la respuesta de una operadora en italiano de la que no entiende nada. Hace un gesto de desánimo y cuelga.

—No sé, mi italiano es bueno, pero no entendí nada.

—¿Qué decían?

—Lo único que entendí fue bienvenidos a TIM, nada más.

—Ah, cómo hacemos—el padre Tomás se acomoda en la silla, pone la mano en la barbilla y vuelve a sentir la punzada en los intestinos; hay como un mensaje que llega a su cerebro—. Disculpe, padre Porfirio voy al baño y vuelvo.

—Dale, no hay problema.

Sale a toda a toda prisa hacia el retrete que está justo en su habitación. Lo primero que ve cuando entra es el cristo en la cabecera de la cama, pero demacrado, con una sensación de vacío en los ojos apagados en la muerte, que no ha visto desde que lo vio por primera vez a los cinco años. Hay una sensación de pesadez en su estómago, como si hubiera comido algo del almuerzo, pero recuerda que no recibió nada en la alcaldía. Hace su necesidad, casi putrefacta y regresa a la oficina sin mirar al cristo por pura piedad con Él.

Cuando retorna, el padre Porfirio está insistiendo de nuevo en el teléfono, pero sin ningún resultado. Silvio y Flora no están y Margaret anda ensimismada buscando algo en el catecismo.

—Nada, padre Tomás. Lo único que nos podría ayudar es eso, que nuestros grandes jefes vinieran y dialogaran con el estado.

—Sabe qué pasa, padre Porfirio, que lo más seguro es que ellos vengan, lo que pasa es que se reunirán con el presidente y si al caso para esa reunión llamarán a los dirigentes de cada región para que se enteren de todo, como el país en sí—Tomás saca del cajón un frasquito con aceite y lo pone en la frente, en cruz—. Pero ahí va estar nuestra dinámica, nuestro ingenio y es hacer que vengan acá, pues en caso de no llegar a ningún acuerdo, de que el estado esté reacio.

—Pero bueno, lo más sensato es que esperemos a ver a qué acuerdo llegan, que ojalá sea pronto y así empezar a actuar... no sé, les enviamos una misiva invitándolos a luchar desde nuestro hábitat por la iglesia, les dejamos al saber que tenemos un plan contra el estado...

Margaret presta atención en esta ocasión, mirando al par de hombres que hablan como un par de políticos en desarrollo nacional.

—Sí, padre Porfirio, me suena lo de la carta. Y sabe una cosa, que deberíamos sentarnos a redactarla ya para cuando sepamos que el Estado no quiere nada con la iglesia, entonces la hacemos llegar—el padre Tomás se refriega el estómago en son de espasmo.

—¿Le pasa algo, padre Tomás? —pregunta Porfirio.

—No nada, padre, solamente un dolor, pero ya se me pasa, puede ser que el tinto estaba cargado o por lo que no he almorzado—el padre Tomás se tranquiliza.

—Bueno, entonces no perdamos tiempo y comencemos a redactar la carta. Llame a Lucrecia para que le empieza a tomar nota y luego la pase al computador.

Lucrecia llega al instante con la hoja y un lapicero. El padre Porfirio empieza a redactar y en otras partes el padre Tomás:

De nuestro gran Pueblo, marzo 20 de 2029

Su Santidad

Papa San Dámaso III

Reciba de nuestra parte un gran saludo, que la bendición de Dios colme su espíritu de bienaventuranza. Es de nuestro agrado comunicarle máximo pontífice que, como ya sabe, el gobierno en nuestro gran país ha decidido acabar con el clero, con la casa de Dios y quiere echarnos a todos como perros (disculpe la alegoría). Pero, quizás somos los miembros de la iglesia más preocupados del país por lo que los demás no se han pronunciado.

Es por eso por lo que queremos invitarlo a nuestro pueblo para que se reúna con el alcalde y los miembros políticos (todos grandísimos idiotas. Disculpe de nuevo por dirigirme así) para que saquemos adelante en pie de lucha por la casa de nuestro Señor mi Dios, nuestra casa, la casa de todos. Pues, bueno, si usted no tiene ocupaciones en el Vaticano o algo parecido.

Sé que estará reunido con el presidente y los grandes dirigentes del país, por lo que espero que lea esta carta antes de partir de nuevo a su máxima morada y pueda venir para que planeemos algunas estrategias y así no acabar con la iglesia católica y poder elegir el papa doscientos sesenta y ocho.

Esperamos su informe, su misiva de igual manera para así mismo poder ir por ustedes a la capital y traerlos acá, a dos horas

por tierra para que conozca todo y empezar a manifestarnos como poder absoluto de nuevo.

No siendo más, nos despedimos de usted, gran Pontífice, San Dámaso III, esperamos se haga realidad nuestro sueño. Lo estaremos esperando con los brazos abiertos, con los feligreses con más fe que nunca y con muchos deseos de que esta gran institución no se acabe para la gloria de Dios (Él nos ayudará).

Atte.

Padre Tomás Villa San Martín y

Canónigo Porfirio Mendieta

Cuando terminan de redactar la carta, el padre Porfirio se incorpora y pasa la vista por el cielo, como en muestra de un ruego de que la carta llegue al gran Papa. El padre Tomás le sigue, también mirando al cielo, mirando a un horizonte y viniendo tantas ideas a su cabeza como a su corazón y hasta su fe. Se imagina que la iglesia recupera su lugar en la historia, se imagina un estado gobernado por el papa, donde reina la felicidad, la paz, la tranquilidad y la sociedad perfecta, donde ellos mismos hacen las leyes. *Toda una utopía, porque no es demás querer soñar con lo justo así sea pueril e inalcanzable.* Por qué vuelve a su mente la escena de las palomas con su padre, siempre que alardea de su fe, siempre que su compromiso con Dios lo siente al tope; recuerda las palomas con su padre, el día

en que le dijo (no sabe si en broma o en serio) que fuera sacerdote. Quizás su padre había visto en las palomas el Espíritu Santo y eso le había dado la idea de decirle que tendría que ser algo de la viña del señor.

Mira al padre Porfirio con desdén. El padre Porfirio ha entrado al sagrario, con las manos unidas; Tomás, Margaret, Flora y Silvio lo siguen. Se amodorrnan ante el altar, ante el Cristo clavado de extremo a extremo, luego a la Virgen María, a cada uno de los santos que tanta piedad les atrae. Por unos segundos ingresa un aire cálido, pero luego fétido, como si hubieran destapado alguna alcantarilla putrefacta o algo parecido.

—Padre Tomás, lo que soy yo, yo, el canónico de este pueblo lucharé por no dejar acabar con toda esta ronda de felicidad y fe—Porfirio cae de rodillas.

—Yo tampoco, padre Porfirio. Y créeme que si es necesario tomar armas las tomaremos en nombre Dios, porque sé que estará de acuerdo que defendamos su casa, sus adeptos, su rincón de alma para que no se acabe—el padre Tomás también cae de rodillas.

Luego caen de rodillas Margaret y el par de muchachos que no lo hacen con tanta convicción. El olor putrefacto sigue, no es incienso, ni el olor acre del aceite de ricino, es nauseabundo y todos lo perciben.

—Yo creo que mañana ya llega Rosario para que le haga aseo a esto, puede ser alguna rata muerta o no sé—dice Tomás tapándose la nariz.

—No, es algo peor que eso, padre, es como a carne en descomposición.

Todos se paran y vuelven a la oficina. Abren bien la puerta del púlpito para que el olor salga. El padre Tomás se queda con el rostro de la Virgen, con esa imagen santa en su mente y sobre todo en la expresión de los ojos, con el niño en los brazos, alguna idea de esa imagen se viene a su cabeza, pero no flota a su consciente. Sólo observa al padre Porfirio que se ha sentado de nuevo en el escritorio, luego a Margaret y al par de muchachos que se limitan a tener las manos atrás, como en la espera de alguna orden. El tiempo acelera hacia las cinco.

—Bueno, padre Tomás y Padre Porfirio, yo creo que los dejo. Mi hija Martina no demora en llegar del trabajo y no le tengo su comida—Margaret sonrío y por unos instantes se pasa la mano por la nariz, en señal de mal olor—. Yo creo padre que mañana vengo temprano y le ayudo a limpiar todo el púlpito y el salón.

—Le agradecería, Margaret—responde el padre Tomás—. Usted debería ser la nueva devota de la iglesia. Y espero, Margaret que nos ayude en esta lucha contra el estado para que no cierren nuestra religión—Tomás agacha la mirada y luego

mira al padre Porfirio; se coge el estómago y hace una mueca de dolor.

—Por supuesto, padres, con mucho gusto ayudo a la casa de Dios, con eso me dará acceso al cielo cuando parta de este mundo.

La mujer sale y se despide. El padre Porfirio mira al padre Tomás y se quedan mirando a Silvio y Flora que sacan la lengua a cada rato.

—Yo creo que alisten sus lechos para ir a dormir, muchachos, lo más posible es que esta semana sea de duras pruebas que nos pondrá nuestro Señor y debemos estar preparados para lo que venga—dice el padre Tomás acomodándose el clériman—. Recuerden muchachos de leer un capítulo de la biblia y hacer las oraciones pertinentes para el perdón de los pecados.

El par de muchachos asienten y salen hacia sus cuartos haciendo un ademán de beneplácito para sus superiores. En ese momento entra Lucrecia con la carta en la mano, con sensual estilo y vanidad, como trayendo una canica entre sus piernas.

—Ya la carta fue digitalizada, padre Tomás y Padre Porfirio, ahora no es, sino que den la orden de enviarla al vaticano.

—Por correo electrónico y certificado, por favor, Lucrecia; el certificado yo lo envió mañana personalmente—el padre Tomás se toma la cabeza, como en un rito de desesperos; luego el

estómago—Yo sé que enviando ahora mismo la carta por internet mañana mismo tenemos respuesta.

—Bueno, pero imagino que el Papa a estas alturas ya debe saber de la decisión del estado—Porfirio golpea el escritorio con los dedos y mira a Lucrecia detalladamente cuando vuelve a la oficina—. Bueno, padre Tomás yo me iré también. Hablamos por la mañana cuando envíe la carta por correo al Vaticano y así puede ir un rato a mi despacho y hablar y planear otras cosas para parar con todo este zafarrancho de mier...—se detiene por unos segundos—. Ayyy, disculpe Dios todo poderoso y disculpe usted padre Tomás, pero no puedo evitar sentir rabia lo que hace el estado con la fe, con los valores, la unidad familiar y con todo lo que ha establecido Dios—cruza las manos por la frente y se incorpora.

—No se preocupe, padre Porfirio, créame que hasta yo tuviera el poder mandaría a acabar con el estado, darles la orden de leyes, de sopesarles su majadería, como hace unos siglos con la inquisición.

—Pues no sería mala idea...

El padre Porfirio menea su pensamiento por unos segundos, luego pasa las manos por el bolsillo y se despide del padre Tomás dándole un calidoso apretón de manos. Ya la tarde cae fuerte, como un toldo negro sobre el cielo. Tomás se acerca a la habitación de Flora y Silvio para cerciorarse de que hayan leído

el gran libro y estén durmiendo. Cuando se acerca encuentra la luz aún prendida, con la biblia entre las manos y acostados, y aún despiertos mirando para el techo. El padre cierra la puerta y se acerca a ellos muy despacio. Les pasa el pulgar por sus frentes y hace una oración diciendo: *Padre, tú que todo lo ves, lo oyes y lo entiendes, has que estos ciervos tuyos se conduelan de tu casa, has que se fortalezcan en espíritu para que luchen como leones por su presa y que no dejen acabar tu recompensa. Líbralos, además, Señor, de todo pecado y pensamiento malo, que el diablo se aleje de la mente de estos hijos tuyos y anden por buen camino. Amen.*

Los cubre, apaga la luz y con sus manos rosa las piernas del par de muchachos. Cuando sale al pasillo del patio ya el toldo negro ha caído totalmente; el padre Tomas no advierte que en tan solo quince minutos la oscuridad ha caído, nada normal para el universo, la historia y la rotación de la tierra...

Miércoles

La mañana es cómplice de las nubes y un terrón de sol sobre el pueblo se diluye impactante. El padre Tomás apenas alcanza a oír el murmullo de los pájaros sobre su puerta, los canarios que tiene desde hace diez años y envueltos en la misma seda. Recuerda hacer la oración de la mañana, pero sin ánimo, apenas con un dolor en los brazos y en la espalda y siempre el dolor puntiagudo en el estómago. Lee el capítulo de Juan, haciendo énfasis en la frase *Este es el cordero de Dios, que quita el pecado del mundo*. La lee haciendo eco en sus oídos. Despierta a Silvio y a Flora para que se arreglen, pero sin antes hacer la oración de la mañana.

Tomás cubre su rostro con un paño húmedo de agua bendita para limpiar cualquier impureza de maldad durante la noche, mirándose al espejo y observando al par de muchachos que musitan la oración.

—Por favor, jóvenes, con fuerza para que el Señor nuestro Dios escuche nuestras peticiones.

Los muchachos asienten. El padre Tomás entra al baño y deja caer sobre su cuerpo el agua natural, imaginando que es bautizado. El jabón le suaviza la piel; rápidamente se enjuga y sale de la ducha reconfortado, elevando las manos al cielo. Cuando sale, Silvio y Flora conversan de algo, pero no alcanza a

escuchar. El padre los observa por el rabillo del ojo y su pensamiento se condensa en desespero.

—Por favor, muchachos, rápido. Necesito que limpien sus cuerpos para gracia de Dios, que liberen su alma de sucios pensamientos y pecados que no dejan subir al cielo y estar en paz con Dios—el padre hace un ademán de altivez—¿De qué hablaban, cervatillos del Señor?

—De nada, padre...

—Por favor, rápido que necesitamos abrir la iglesia para que los feligreses entren a visitarnos. Recuerden que estamos en la época de San José, hoy vamos a adorar y adornar la casa del Señor mejor que nunca; la alegría se mostrará por doquier se internará en nuestros corazones...

Una alegría lo invade de repente, desde lo más profundo de su pensamiento, como si inconscientemente tuviera que actuar por algo. Termina de vestirse, con su traje de padre: camisa blanca y cintillo, pantalón negro y zapatos negros. Su cabello queda al punto, bien lamido hacia un lado. Desde hace tiempos no se siente con energía; se siente con el corazón más que nunca servil a Dios, con la potencia de ayudar al pueblo para libertarlo de las garras del pecado.

Tocan a la puerta de su cuarto. Por un momento se detiene y dice que pasen; quizás es el par de muchachos para decirle que ya han terminado; pero entra Lucrecia, aún en pijama y con los

audífonos y el celular pegados a la oreja. El padre siente un maltrecho en su alma, sin embargo, habla desde la piedad de su espíritu.

—Lucrecia, por favor, ya es hora de que estuviera arreglada, son las ocho pasadas y dentro de poco abrimos la iglesia— Tomás se da el último retoque en su cabello y limpia los zapatos, sin recordar que no puede abrir.

—Disculpa, padre, es que me quedé hasta tarde con el celular y... pues... ya sabe—habla sin quitarse los audífonos de las orejas.

—Bueno, recuerde hacer cincuenta padres nuestros por esta falta al Señor, porque me imagino que no habrá hecho las oraciones antes de dormir.

—Mmmmm, pues, no señor, es que tenía sueño...

Por unos segundos Tomás se queda en silencio. Cuando va saliendo de la habitación coge el devocionario y su biblia personal. Se queda observando de reojo a Lucrecia, pero no le dice nada. La mujer menea la cabeza al ritmo de la música y yendo detrás del padre.

—Por favor, hija...de Dios, necesito que se arregle que a las nueve en punto suenan las campanas para abrir la Casa.

Y antes de que Lucrecia se retire alcanza a decirle.

—Ah, y haz los cincuenta padres nuestros.

Da uno que otro toque al púlpito y cuando pasa sobre el Jesús crucificado y sobre el sagrario se inclina y se persigna con mucha devoción, muchas más que hace tantos años. Acomoda el atril, la credencia y el ambón que luce más brillante que nunca. Se acomoda todo su ser y su espíritu para ponerse en disposición milagrosa, se siente todo un San Agustín, todo un Santo Tomás sirviendo al señor. Le gusta pasar la nariz por las velas, para sentir su aroma acre que le invade su alma de redentor. No ha pasado más de veinte años desde que su padre lo llevaba al parque para que jugara con otros niños, interactuando en forma brusca, sólo que él ya sentía la vocación y prefería ayudar a otros a levantarlos de esos juegos duros, ideando dinámicas y juegos sociales para divertir. Corría su año quince y todos sus amigos de colegio habían tenido experiencias mundanas; pero se mantenía como una roca, ya el Señor le había designado su futuro y se conformaba con estar en la fiesta del pan, el vino y la celebración eucarística. Cuando llegó al grado más alto de escolaridad sabía perfectamente que lo suyo era guiar las masas a la divinidad del cielo y reconfortar el espíritu de la humanidad ante Dios para salvarlos.

Y es que ese es su objetivo, lo tiene claro, salvar la humanidad de las garras de un mundo que no le aportaba nada, de volver unir la iglesia con todo el mundo y quizás, por qué no, ser un día Papa y establecer la iglesia de nuevo con el máximo poder de

estado y establecer el catolicismo como única religión autorizada en el mundo. Cuando está en sus anhelos, en sus sueños, siente de nuevo el olor horripilante de ayer (sólo recuerda eso). Empieza a buscar por debajo de la credencia para ver si es una rata, pero sólo ve las figuras en la baldosa. Mira detrás de los santos, de la pila bautismal, en todo el recinto, pero no halla nada. Mira su reloj y no ha avanzado más de treinta y cinco minutos. Recuerda que Rosario llega sobre las nueve para el aseo. Llama a Lucrecia para que le ayude a buscar. La mujer se acerca en toalla y con otra envuelta en la cabeza.

—Por favor, mujer de Dios, necesito que me ayude a encontrar la rata o la podredumbre porque huele inmundoso— Tomás se tapa la nariz.

—Pero no huelo a nada, padre, no sé de qué olor me habla— la mujer huele como perro.

—Pero por favor, hija de... Dios, huele, perciba el olor.

La mujer huele de nuevo, pero apenas siente la brisa mañanera. Después de unos segundos Lucrecia sale del recinto para seguir arreglándose sin decir una sola palabra. Al momento llega Silvio y Flora, el padre Tomás los recluta y les ordena la búsqueda.

—No padre, no encontramos nada la verdad—dicen al unísono los muchachos.

Tomás siente el olor, más intenso cada vez. Está solo de nuevo en el recinto, observando la virgen maría que reacciona a la piedad del Niño. Las paredes, blancas, aún brillan por el sol que ingresa por los ventanales en vitral. Como si fuera un fuerte viento, la luminaria cae al suelo; Tomás se asusta, mirando para todas partes para ver si ve a los monaguillos.

—¡Flora y Silvio! —El padre se acerca al altar, pero no ve a nadie.

Flora aparece con la biblia en la mano y Silvio con rostro pálido y cabizbajo. Los observa con el ceño fruncido, con las manos en la cintura, encerrando en su alma rencor por algunos segundos, mezclado con nervios, además.

—¿Ustedes tumbaron la luminaria en el ático?

—No señor—contesta Flora con una voz apenas audible.

Luego de algunos segundos de reflexión, con la mano en la barbilla y preso de inquietud, dice:

—Bueno, díganle a Lucrecia que en diez minutos abrimos la iglesia, que está lista. Y ustedes, por favor muchachos, necesito que estén en la entrada recibiendo a los primeros feligreses, con las bolsas de felpa para la primera ofrenda del día

—Aunque esas bolsas ayer las buscamos y no las vimos, padre—dice Silvio.

—Las vi al pie de la custodia.

Los muchachos regresan a su cuarto para la información a Lucrecia. El padre Tomás recuerda algo más y les alcanza a decir:

—Ah, recuerden que son dos mil pesos por feligrés para la ofrenda.

El tiempo y el reloj se ajustan a las condiciones eclesiásticas. El sol es brillante y abarca el total del pueblo, con un airecillo de lado a lado. Son las nueve en punto y Lucrecia está lista en el despacho para cualquier trámite sagrado que haya que hacer. El padre Tomás apenas advierte la podredumbre en cualquier parte. Flora y Silvio sólo obedecen órdenes, detrás del padre que los ha ayudados durante tres años. Un aire fresco entra, pero sólo para el par de muchachos; para el padre Tomás es un aire caliente y hediondo que ya su olfato bloquea hacia su cerebro. El portón, con sus ventanales en vitral, están listos para ser abiertos, comandados por la legión del Señor Dios y su cuadrilla Tomás Villa San Martín.

En el momento en que se dispone a abrir la puerta aparece Rosario con la bolsa de la ropa de cambio: tiene el cabello bien largo y recogido a una moña sobre la cabeza. El padre Tomás la observa, recuerda el olor nauseabundo, pero más bien decide que le ayude primero a quitar los candados.

—Por favor, Rosario, quite los candados para que la gente entre... Flora y Silvio por favor uno a cada lado de la puerta para

las ofrendas, con eso esperamos terminar de construir la casa parroquial con su biblioteca.

La mujer obedece y empieza a quitar los candados. El padre Tomás hala el pestillo, pero la puerta no abre. Tira duro, pero es imposible.

—¿Qué puede pasar? —Tomás se rasca la cabeza y luego se acomoda la cintilla de la camisa.

—No lo sé, padre, pero es como si algo la estuviera teniendo—comenta Rosario dejando la bolsa en el piso para ella intentar.

Llega Lucrecia, pero nada. El padre se impacienta y saca de su bolsillo un pañuelo para secar el sudor de su frente; hasta los santos sudan en ese momento. El padre intenta de nuevo y hasta con punta pies intenta.

—No, definitivamente va tocar salir para ver qué pudo haber pasado.

Sale a toda prisa. Su inconsciente viaja a algún recuerdo del día anterior, algo le dice que hay un suceso pendiente, pero no lo sabe con exactitud. Cuando va saliendo por la puerta trasera en su oficina alcanza a ver el Cristo crucificado caído en el suelo, la virgen en yeso hecha pedazos por el suelo y entonces todo su recuerdo se potencia, *la iglesia será destruida, la iglesia será podredumbre del pasado y la iglesia será la basura del estado.* Como un designio de su vida, corre hasta la entrada principal y

en el momento en que llega al parque, mucho de los fieles a la iglesia lo abordan.

—¡Padre Tomás! ¡padre Tomás! ¿Qué sucede?

—¿Qué sucede de qué?!—El padre Tomás no se detiene.

Cuando llega a la puerta principal varios agentes de la policía custodian la entrada, con la manija amarrada con candado y uno que otro vestido de armadura por si hay problemas. El padre siente un punzón en su corazón, luego baja al vientre; su piedad y fe siente una laceración, lo que hace que su voz ya no sea igual, si no de angustia y rabia. Los policías, uno parado en cada lado de la puerta, sólo observan al padre y a la gente que anda detrás de él.

—Pero...pero...pero ¿qué es lo que hacen? Están obstruyendo la casa de Dios, hombres de paz—Tomás se exalta, pero a la vez trata de hablar concienzudamente.

—Es orden del alcalde, padre. Hoy amaneció el estado con la orden de que bloqueáramos todas las iglesias de este país. —dice uno de los policías, parado recto y sacando pecho.

—Pero por favor, que venga el alcalde...

—¡No, que nos muestre una orden de cierre! —gritan algunos del pueblo.

Tomás se acuerda del padre Porfirio, tiene que ir a buscarlo para que le ayude a abrir la iglesia de nuevo. La gente se queda parada viendo cómo el padre Tomás se aleja. Pero recuerda que

ese es su rebaño que Dios le ha asignado y se detiene por algunos segundos, reflexionando darles alguna orden.

—¡Por favor, hijos de Dios, yo voy a hablar con el alcalde, ustedes quédense acá vigilando que esta manada de... bestias... no nos invadan la casa de nuestro Señor!

El padre Tomás sale a toda prisa, con la afirmación de algunos de la muchedumbre. Camina más a prisa, el sol aumenta la radiación y su cuerpo siente que se derrite; pero no le importa. Dobla la siguiente calle, la que da a la alcaldía: por ahí no hay nadie, sólo letreros de advertencia a la gente.

SEÑORES, POR LA PAZ Y EL AVANCE DE NUESTRO PUEBLO, DE NUESTRO PAÍS Y DEL MUNDO DI NO A LA RELIGIÓN. UN MENSAJE DE LA ALCALDÍA.

En ese momento le hubiera gustado subir y rasgar todos los letreros. Pero se limita a caminar, cabizbajo, con cierta vergüenza hacia Dios por lo que está pasando; lo más posible es que Dios en ese momento le esté rogando para que pare todo ese zafarrancho.

Cuando casi llega a la puerta de la alcaldía, como designio de lo divino, aparece el padre Porfirio, lo coge del brazo y evita que entre a la alcaldía. Esta vez viene con su traje de sacerdote, pero sin la cintilla del cuello.

—¿Qué va a hacer, padre Tomás? —Porfirio mira de lado a lado.

—Pues a decirle al alcalde que nos abra la iglesia de nuevo, que la gente necesita entrar a confesar sus pecados, a dar la ofrenda, a orar por... Yo pensé que la prohibición empezaba luego, no pensé que desde hoy.

—Schhhhhhh. Silencio, padre, por favor. Yo lo supe esta mañana que las iglesias ya iban a ser cerradas, que ya no podemos dar ninguna liturgia. Todo, totalmente todo queda prohibido en cultos, cualquier clase de lugar, de rito o lugares donde se practique oraciones a seres superiores, quedan cerrados—el padre Porfirio camina sigilosamente, llevando aún del brazo a su homólogo.

—Pero no puede ser, Porfirio, no podemos darnos por vencido, tenemos que luchar...

—Sí, sí, sí, padre, por favor. Por ahora espere lo que le voy a decir: en este momento no es una buena idea de hablar con el alcalde, con el presidente ni con el máximo monarca del mundo, ya es una decisión tomada y no podemos hacer nada, somos unos diminutos seres insignificantes frente a todo esto.

—Sí, pero dónde queda la fuerza de voluntad, de lucha, así como luchó Jesucristo por sus ideales y su iglesia.

—Pero, Tomás, por favor. Me está hablando de la edad media, donde también Roma era una potencia y para ellos era un

hombre revolucionario—Porfirio se detiene por un momento y sigue derecho de la calle que da a su oficina de canónico—. Lo mejor es que vayamos a mi casa porque mi oficina también la sellaron con candado. Allí le contaré, si lo recuerda, que ayer escribimos una carta para el Papa y la enviamos al Vaticano.

—Claro, padre, ya no me acordaba. Eso nos ayudará para que el santo Papa luche contra todos los países para que no nos acabe...

—Podiera ser, padre, pero una ley recién impuesta por el estado es difícil de tumbar.

Se detiene y caminan ahora sueltos. El sol que vibra con intensidad es menguado por un cúmulo de nubes. Caminan en silencio hasta la casa del padre Porfirio. Cuando llegan, miran de lado para cerciorarse de que nadie los ve que han entrado a la casa. El lugar es propio de un sacerdote, con una entrada de Jesucristo crucificado, el corredor en santos de yeso y uno que otro cuadro de Da Vinci. Se sientan, cavilando por algunos segundos, y el padre Tomás con la mano en la barbilla; ya no tiene la cintilla.

—Te cuento, Padre Tomás que la carta surgió efecto. Esta mañana vi la respuesta por correo del vaticano.

—Sí, eso es buena noticia, padre Porfirio—Tomás se acomoda en la silla, cambiando su rostro de semblante.

En ese momento entra Wendy, la secretaria del padre Porfirio, con un par de tintos y con la impresión de la carta. La mujer llega aún en pijama y con rostro pálido.

—Gracias, señorita Wendy—Porfirio le hace una sonrisa—. Esta es la respuesta, padre Tomás. De esta carta se deriva lo que podamos hacer por nuestra religión, el catolicismo que tanto le ha dado al mundo grandes verdades. Pues las demás religiones no se han pronunciado, por lo que veo, me imagino que ya tendrán lo suficiente para no luchar.

—Sí, es posible. ¿Y los medios qué dicen?

—Como siempre, su opinión es un poco de ideas inútiles, absurdas, a favor del estado. Ah, la carta llegó en italiano, pero la traduje esta mañana desde el sistema.

Tomás coge la carta y empieza a leer:

Vaticano, marzo 21 de 2029

Señores

Sacerdotes del gran pueblo.

Reciban nuestro cordial saludo del Santo Papa, que en sus corazones estén colmados de bienaventuranza y paz. Hemos recibido su carta vía email el día de ayer y nos llamó la atención la angustia por nuestra iglesia y gran empresa católica, pues ya que,

como información adicional, el resto de sacerdotes católicos y demás miembros de nuestra iglesia no se han pronunciado y por lo que nos cuenta no van a luchar, van a esperar decisiones desde nuestro lecho y, quizás, la indemnización.

Nos parece loable sus intenciones de salvar nuestra iglesia y este mismo propósito lo tenemos todos los cardenales y nuestro Pontífice San Dámaso III. Es por eso por lo que hemos decidido ir a este gran País y luchar por nuestra iglesia, con el pueblo de Dios armados de valor, como siempre lo ha tenido el pueblo de las sagradas escrituras.

Solo esperamos su respuesta de nuevo, mañana mismo si es posible, de que nos den indicaciones exactas a dónde llegar o cómo debemos hacer para encontrarnos y así poder llegar a planes certeros de dialogar con el estado para que nos mantengan (por un tiempo) nuestra iglesia, la casa del Señor.

Por el momento quedamos a la espera de su respuesta, atentos para las indicaciones de cómo llegar y muchos otros detalles para esta labor. Tengan ustedes, padre Tomas y padre Porfirio una bienaventuranza colmada en Dios y que la trinidad los una de espíritu para sus corazones y labores parroquiales

Atte. Cardenal Enrico Rossi

El padre Tomás termina con una sonrisa sardónica en su rostro y el padre Porfirio lo observa serio, con la mano en la barbilla y tomando un sorbo de tinto. El tiempo y el reloj han culminado en las instancias del diez.

—¿Qué le causa risa, padre Tomás?

—Pues no...no...no, nada padre Porfirio. Me gusta que la respuesta la envía nuestro cardenal Enrico y quién mejor que él para que nos ayude a combatir todo esto. Pero bueno, viene la pregunta del millón. ¿Cómo vamos a hacer para traer al Papa, para que, en este pueblo, o por lo menos el alcalde y sus micos de confianza, no se den cuenta, qué plan tenemos para eso y así sí enviar los detalles? —Tomás prueba el tinto por primera vez.

—Es una cosa de pensar muy bien, padre Tomás—se quedan pensativos por unos segundos y luego continúa—. A mí me parece que lo mejor que podemos hacer es traerlo a escondidas, nadie se puede dar cuenta que lo traemos...traemos, ¿en qué?

—Claro, padre Porfirio, es una buena idea. Toca aprovechar cuando se reúna con la cúpula estatal del país, me imagino que no saldrá muy bien librado de esa reunión con el presidente y podemos aprovechar para ir por él y traerlo.

—Pero ¿cómo lo traemos secretamente? —pregunta Porfirio acabado su café.

—Pues...pues...podemos ir en automóvil a la capital, con vidrios negros, todo muy callado y que los medios de comunicación no se den cuenta, por supuesto.

—Sí, buena idea. Entonces lo que podemos hacer es escribirle en la carta es que esté pendiente de nosotros en una parte escondida, en un punto clave donde lo podamos subir y traerlo y pues, obviamente, resguardarlo acá también.

—Sí, excelente, padre Porfirio. Lo que le podemos escribir en la carta es que él cree una excusa para alejarse por unos momentos de la seguridad y nos busque, que lo estaremos esperando en tal sitio y de regreso al pueblo iremos ultimando detalles y estrategias para que el estado se retracte de esta decisión.

Los dos chocan los dedos como un par de muchachos. La mañana sigue avanzando y el sol concretando la rotación de la tierra. Wendy se acerca para recoger los pocillos y de paso para preguntarle al padre Porfirio si necesita algo. El padre Porfirio y el padre Tomas en este momento están pensando la estrategia e imaginando lo que podría ser la decisión de que el estado volviera a permitir la iglesia y que le diera de nuevo un poder absolutista sobre el mundo y la ciencia. Se despabilan y vuelven a la realidad.

—Sí, señorita Wendy. Necesitamos que nos traiga una hoja y un bolígrafo para escribirle la respuesta al santo Papa—Porfirio

se incorpora por algunos momentos, como en son de descansar la espalda.

—Ya me empiezo a imaginar la cara del estado cuando les digamos que no pueden tomar decisiones de ese calibre, que la iglesia es una institución de miles de años, que no se puede derrocar así no más—el padre Tomás se toca el estómago, frunciendo el rostro.

—Increíble que a la gente se le haya dado por tomar decisiones flacas de cordura que por avances de la ciencia y la filosofía y el conocimiento humano; por Dios, ¡que entre el diablo y los queme en la paila del infierno! —Porfirio da un puñetazo en el comedor y se arregla su camisa.

La mente de Tomás viaja por milésimas de segundos, convirtiendo la realidad en la mañana, viniendo a su nariz el acre olor a animal muerto. Y recuerda a Margaret, a Lucrecia y a Rosario, incluso al par de muchachos que han quedado en la iglesia, quizás lo estarían buscando. Mira a Porfirio que se pasea por la sala.

—Padre Porfirio, ¿recuerda el olor de esta mañana o que diga el de ayer en la tarde por el púlpito?

—Sí, sí, a putrefacto—el padre Porfirio vuelve y se sienta.

—Y, ahora que me acuerdo, dejé al par de monaguillos en la iglesia y a la secretaria y Lucrecia y hasta Rosario quedó esperando que llegara para decirles qué pasaba con la puerta.

—Ahhh, pues les tocará, como buenos fieles que entiendan y también luchan por esto; al rato usted irá y les explicará—el padre Porfirio se congrega en espíritu y se reconforta de alma.

—Pues sí, Dios los proteja.

—Y nos proteja.

Por unos segundos se quedan en silencio, observando los cuadros de da Vinci en la pared y auscultando la sala con sus miles de plantas y adornos de santos. Un aire fresco y caluroso a la vez entra y vuelve y sale. El padre Porfirio sale de la reflexión, toma la hoja y el bolígrafo y empiezan a redactar la carta.

De nuestro gran pueblo, marzo 21 de 2029

Su santidad

Papa San Dámaso III

Reciba de nuevo en respuesta a su carta un saludo fraternal de parte del padre Tomás Villa San Martín y este servidor de Dios Porfirio Mendieta, que su corazón esté colmado de paz y bienaventuranza. Como le dijimos en la carta de ayer el gobierno ha decidido acabar con las religiones y es de saber que la nuestra, con el mayor número de seguidores es la más afectada. Es por ello por lo que le insistimos en que debe venir para que luchemos por

nuestro clero, sé que Dios desde el cielo nos está gritando de que hagamos algo, y además nos dará el aval para sacrificar impíos si es necesario (ya tendrá detalles).

El plan para que se reúna con nosotros y no sé quién más vaya a venir con su santidad, es que tengo entendido que estará el viernes en la Capital con el presidente y otros miembros estatales para hacer oficial el cierre definitivo de nuestra religión; nosotros iremos a recogerlo en un lugar escondido de esa ciudad y lo traeremos a dos horas en vehículo (nos disculpa el medio de transporte, ya que sabemos que está acostumbrado a viajar en avión, pero todo debe ser secreto, ya lo sabrá por qué). Me dice el padre Tomás que a él le parece perfecto la parte trasera del palacio principal, sabemos que usted saldrá por ese lado con su séquito de cardenales y que, como majadería del estado, ya no tendrá la portentosa seguridad que ha tenido siempre nuestros sumos pontífices, lo dejarán a la deriva como cualquier ser de la sociedad.

Entonces el viernes, se nos ocurre con el padre Tomás que estaremos a eso de las tres de la tarde en la parte trasera del palacio, pues, de igual manera, todo su séquito estará enterado por usted para que nos haga las cosas fáciles.

No siendo más, nos despedimos de su majestad, que en su corazón haya el gran Dios virtuoso y que en su mente esté luchar por nuestra iglesia con capa y espada, como los caballeros

antiguos, como cides campeadores (no convertirnos en quijotes de la mancha. No, no, no).

Pacis erit vobiscum

Atte.:

Padre Porfirio Mendieta

Padre Tomás Villa San Martín

—Yo creo que no hay más que decir—dice el padre Porfirio, doblando la carta.

—Es cierto lo que decimos de que cuando el sumo pontífice llegue al país ya no será recibido como un santo, si no como un hombre del común y eso duele—Tomás agacha la cabeza, afligido y ronda un pensamiento de congoja mezclado con impotencia.

—Cierto, padre, pero ya verán que la iglesia tiene todavía el poder total del mundo, que no se ha debilitado, que contamos con la subyugación y el dominio de toda esta gente.

—Totalmente de acuerdo, padre. Lo que otrora fue un dominio de la ciencia y el estado está por verse y yo sé por qué se lo digo.

Por un momento se quedan en silencio, tan sólo se escucha afuera el pasar de un vehículo. Wendy regresa con un

computador portátil en la mano y se sienta. El padre Porfirio y el padre Tomás la observan detenidamente, no con la piedad de siempre, si no con una brillantez en los ojos y sobre todo en las pupilas.

—Bueno, señorita Wendy, acá está la carta para que la pase y la envíe al correo. En asunto pone “urgente”.

—Bueno, padre.

—¿Entonces que va a hacer, padre Tomás? —Porfirio junta las manos y mira al cielo.

—Esperar, padre, esperar al viernes y en los próximos días para ponernos en pie de lucha. Hoy yo creo que irme para el templo y decirle a Rosario que haga aseo al púlpito y toda la sala para ver si se va el mal olor.

—Pues sí. Yo estaré acá todo el día en mi casa revisando documentos con Wendy y también sacando el espíritu del mal aseo acá.

El reloj se divide hasta las once. El sol desciende por la nubosidad que se acumula en la bóveda celeste, como muestra de un vapor que no encuentra salida hacia otra parte de la tierra. El padre Tomás espera que la secretaria del padre Porfirio termine de pasar la carta para poder partir a su lecho de paz y recogimiento con Dios.

El padre Porfirio se incorpora y enseguida el padre Tomás, pero tomándose el estómago.

—Bueno padre lo acompaño a la puerta, espero que Dios lo acompañe y nos acompañe en este nuevo emprendimiento para nuestra religión y así poder luchar contra viento y marea.

—Yo estoy seguro de que esto es nueva prueba de fe que tiene Dios para la humanidad, lo tengo muy en claro, quizás ya estemos en un apocalipsis—dice el padre Tomás mirando a cada lado de la calle.

—Pueda ser, padre Tomás. Lo que estamos seguro es que así seamos los tres: El gran Papa, usted y yo lucharemos convertidos en un ejército de ángeles...

—O de soldados—el padre Tomás trata de decir otra palabra, pero la calla—. Bueno padre, me llama si tiene alguna noticia del Vaticano y también, si quiere, puede ir por la tarde para que hagamos el santo rosario, para que Dios nos escuche e imploremos por nuestra religión.

—Excelente idea, padre Tomás. Estaré a eso de las dos y media para que, a las tres en punto, muerte de nuestro señor Jesús, empecemos las oraciones.

Se dan la mano. Tomás se encamina calle arriba, ya con el sol opaco por la nubosidad, con la cabeza gacha, recordando que la iglesia está cerrada y bloqueada. Mira al cielo, siente por un momento que Dios lo observa desde lo alto, lo ve que llora y sus lágrimas se conduelan de él, por tener que ser un ser insignificante en ese momento, alguien que ya no tiene el

respaldo de la fe y mucho menos de la esperanza por sobrevivir a un mundo cruel. Repite una oración parecida al padre nuestro, pero a su manera:

Padre nuestro que estás en cielo

Santificado sea tu nombre, venga a nosotros tu iglesia

Que la religión sea el centro del universo

Danos soy nuestro pan del día, perdónalos porque

Han acabado con tu iglesia, así como perdonamos al tonto y al

Impío. No nos deje caer nuestra religión y líbranos de este estado

Amen.

Mientras repite la oración, llega a la plaza principal y solamente ve al aire que corre de lado a lado, ahora más fresco y con olor a lluvia. Frente a la iglesia observa que la puerta sigue custodiada por los policías y esta vez por algún miembro de la alcaldía que habla por teléfono y hablando con uno de la fuerza pública. Acelera el paso y recuerda lo que le había dicho el padre Porfirio, de no hablar con nadie, solamente planear la estocada. Y se detiene, vira por las escaleras altas de la plaza para entrar por la calle de atrás y así poder llegar a la puerta trasera de la iglesia.

Entra, con los zapatos llenos de polvo, pero no le interesa. El par de muchachos se encuentran jugando en el patio, Rosario y Lucrecia hablando y Margaret yace parada en la entrada del púlpito. Tomás ve todo como una escena maldita, algo que no concibe, su alma y su espíritu ennegrecen y estalla como una bomba de tiempo, haciendo que su paz y recogimiento se entierre en las profundidades del infierno.

—¡Pero por favor, hijos de Dios!, ¡qué hacen!, ¡qué es toda esta inmundicia de iglesia, esta ociosidad! Sientan la putrefacción del ambiente. ¡La iglesia está cerrada, no nos podemos quedar con los brazos cruzados, por favor! —Tomás siente una punzada en el corazón y luego en el estómago.

—Padre es que no sabíamos dónde estaba, estábamos preocupados por usted. Llamamos a la oficina del padre Porfirio, pero no contestaron—responde Rosario cogiendo la escoba de una y empieza a barrer el patio.

—¡No mujer de Dios, el estado ha ordenado cerrar cualquier clase de sitio religioso, de secta, de reunión de oración, de leyes canónicas! Al padre Porfirio también le sellaron el despacho.

—Ah, mal...—intenta decir Lucrecia, pero se detiene.

—Bueno, ya, por favor, los necesito listos y todo esto con buen aroma para las tres de la tarde que venga el padre Porfirio, va a venir para hacer el rosario y que pidamos por la salvación de nuestra iglesia.

—Ah qué bueno padre, eso nos ayudaría para que Dios interceda por nosotros.

—No lo creo, más bien Él está esperando que intercedamos nosotros por su fe.

El medio día se acerca fresco y con una brizna que menea los árboles. Tomás se acerca al púlpito y el olor ya es insoportable, tanto que le toca ponerse el pañuelo en la nariz. Vuelve al patio, coge un balde de agua con jabón, desodorizante y se lo da todo a Rosario.

—Por favor, Rosario, acabe con ese mal olor que hay en toda esta iglesia. No soporto el olor de eso. Busque la rata, el perro, el gato, o la persona muerta que esté ahí, pero hágalo y sáquelo.

—Sí señor.

Lucrecia se acerca al padre Tomás con cierta timidez, no sabe cómo preguntarle qué hacer o interactuar con él. Se decide, se arregle el vestido largo que tiene y se apodera un sonrojo en su cara.

—Padre... ¿sí contestaron del Vaticano?

No responde por unos segundos.

—Sí. De eso les iba a hablar en la tarde que esté el padre Porfirio para que sepamos todo al respecto, cómo vamos a hacer, qué vamos a planear para la venida del Santo Papa, y cómo vamos a planear con ellos y los cardenales que vengan de detener toda esta impunidad; todo lo tengo fríamente calculado.

—Muy bien, muy bien, padre.

—Y las bestias del estado nos sellaron la iglesia, que es lo que más me indigna y es lo que me tiene así, irritable. Estuve donde el padre Porfirio escribiendo la carta a la respuesta del Santo Papa para la venida.

—¿Y cómo van a hacer, Padre? Porque me imagino que cuando venga a la reunión con los altos mandos del gobierno, ya no tendrá nada qué hacer—Lucrecia se pasa la mano por la nariz.

—Pues la idea es que el viernes que estén aquí los altos del vaticano, como ya no tendrá seguridad como un ser importante de la tierra, lo esperaremos a las afuera del Capitolio.

A unos pocos metros, mientras barre, Rosario escucha lo que dice el padre Tomás y se acerca a la conversación.

—Pero eso es arriesgado, padre, me parece. Al Papa buscarán matarlo en ese instante, mancharán las leyes que ya no hay de fe para eliminarlo.

—No lo creo, Rosario, será ya un ser insignificante y ya no tendrá validez para el mal y mucho menos para las almas perdidas—Tomás intenta entrar de nuevo al púlpito y siente el olor de nuevo—. Ahhh, Rosario, por favor, rápido con el aseo del púlpito que huele inmundo, no puedo entrar a consagrar las hostias y a agradecerle al señor por este día...—ayyy, Rosario, la pila bautismal—Tomás se pega en la frente con la mano—;

claro, por qué no lo había pensado. Yo creo que cambia el agua bautismal y la bendigo al rato, yo creo que algo hay ahí podrido.

La mujer sale con el balde y el traperero para la pila. Para ella el aire es fresco, normal, sólo a incienso, nada más. El padre Tomás se resguarda en su oficina a mirar el cristo clavado de punta a punta; le ruega con una oración que la crucifixión también lo incluya a él, que lo salve a él y a toda la religión. Repite en su mente el ave maría, el credo y una de las tantas letanías.

Y el aire se va elevando por la chimenea de la campana y luego sale, frío por la nubosidad gris que se compacta. Corre veloz, corre al unísono de la lluvia que viene por el norte, zigzagueante en los árboles y juguetona por la estructura de la alcaldía en la plaza principal. Entra por toda la alcaldía, luego perdiéndose en las instalaciones del segundo y tercer piso.

El alcalde viene con una pila de hojas en su mano, entra a toda prisa a su oficina y se sienta. Al momento entra Paola, su secretaria, con otros documentos y con el teléfono celular en la mano con una llamada. Rigoberto se incorpora, se sienta de nuevo, vuelve se incorpora en señal de ansiedad.

—Hola, señor presidente, cómo no, la iglesia ya está sellada, desde las seis de la mañana como ordenó está custodiada por los agentes y por las fuerzas especiales.

—Muy bien, alcalde Rigoberto. Para que esté enterado, ya quedó ese señor el papa de venir pasado mañana, reunirnos con él y de que ultimemos detalles del cierre total de su inmensa jauría.

—Ah muy bien. Muy bien señor alcalde. Lo que supe fue que el padre Tomás al verse impedido de abrir su chuzo se enojó y que al parecer lo vieron pasar por acá, pero finalmente no vino, quién sabe. Lo más posible es que ya estén convencidos y echados a la pena.

—No lo creo, alcalde, esta gente no es de vencerse tan fácil con un historial de más dos mil años de evangelización. Yo sé que el papa viene a contraponernos.

—Sí, típico de esta gente obstinada, que ha matado gente inocente y siguen a sus anchas, o...bueno, seguían, se les acabó el reinado, señor presidente—Rigoberto pasea de lado a lado con una sonrisa lacónica y mira por el ventanal de la alcaldía viendo caer las primeras gotas de lluvia. Cierra la ventana.

—Bueno, alcalde, muy bien por su trabajo y espero que tenga todo vigilado en su pueblo, cerciórese de que su gente no esté en cultos ni armando grupos en otros sitios.

—No se preocupe, señor presidente, que lo que es este pueblo va a ser el primero en fundar la ciencia y el conocimiento como cuna de la sociedad y la cultura.

En el auricular se escucha el pitido de cuelgue. El alcalde se sienta de nuevo a mirar los documentos. Respira cómodo, mirando su reloj que dan las doce en punto del medio día, su cerebro envía un mensaje a su estómago de que es hora del segundo plato. Sin embargo, se queda con la mirada lela en la pared, empezando a imaginar su elección como presidente, con su cintilla en los hombros, viviendo en el gran palacio de gobierno e imponiendo leyes que a él se le ocurran. Dentro de poco debe lograrlo, se dice, mientras vuelve y se incorpora y la brisa de la lluvia entra por alguna parte. Su sistema será monárquico, voraz, certero en cuanto a leyes y reglas sociales que harán que todo se convierta en una potencia.

Entra Argemiro Montiel con una bolsa en la mano donde trae dos almuerzos en icopor. El alcalde lo observa con desdén, preso de un recuerdo con él que su inconsciente no saca a la orilla. Se sienta otra vez, con los documentos en la mano y con la otra mano en la barbilla.

—Don Argemiro...qué milagro que viene por acá a la alcaldía. ¿En qué le puedo ayudar?

—Señor alcalde, es un gusto saludarlo. Traía un almuerzo para cada uno, para que lo compartamos y hablemos de su administración, de negocios y para contarle las últimas de la iglesia y su Israel.

El alcalde lo observa de reojo y luego coge la bolsa de los almuerzos a la fuerza y los tira encima del escritorio. Llama a Paola que llega enseguida.

—Por favor, señorita Paola, no quiero ahora visitas de nadie más, por favor, ¿de acuerdo?

—Sí señor. Pero recuerde que tiene la reunión a las tres de la tarde con el gabinete...

—Sí, lo sé, pero hasta esa hora que no moleste nadie.

—Sí señor.

La mujer sale y deja el ambiente impregnado de perfume dulce. Argemiro abre el almuerzo y empieza almorzar con ahínco; el alcalde come con presteza.

—Señor alcalde—habla con la boca llena—, le digo que todo el plan del estado de acabar con todos los cultos está saliendo a pedir de boca. Escuchaba ahora en la televisión que todo el mundo ya se resignó, que ya entregaron sus sitios al estado y ayudarán a los que hacedores de cultura.

—Me parece bueno. De todas maneras, ya había escuchado esta mañana al respecto y que...

—Y que además el papa llega al país para reunirse con el estado el viernes, imagine, eso será una reunión de poder absoluto, un par de imanes con cargas contrarias, electrizante, como un par de planetas gigantes que fueran a chocar.

—Sí, me imagino, eso estará con puntos...

—Y lo que es peor, la gente estará con carteles afuera apoyando al papa, protestando para que no cierren su religión, pues en este caso la católica. No me quiero perder eso... ¿Usted irá a esa reunión, Rigoberto?

—No, los alcaldes no...

—Qué lástima, alcalde, porque usted podría fraguarse un puesto allí de veedor incólume, de que su pueblo es todo un dios de la cultura, que usted lucha por sus leyes y su pueblo, que la gigantesca empresa o emporio se intensifica cada día... Ah, señor alcalde Rigoberto Espineta, se me olvidaba decirle que esta mañana a las ocho que el padre Tomás iba a abrir la puerta y que iba a tocar las campanas y al ver que le tenía sellada la puerta, lo vi pasar con el padre Porfirio, pero la verdad no los seguí porque en ese momento iba para mi casa a desayunar—Argemiro se limpia la boca con el brazo y deja el icopor untado de comida encima del escritorio.

—Ah, lástima, debió haberlos seguido y haber traído la información...

—Pero usted me dirá, usted sabe que siempre he estado a su disposición, señor alcalde, los sigo y traigo información de qué piensan hacer, de los movimientos, de sus planes como iglesia. Pero ya sabe—hace un ademán con los dedos—, tiene su barbacha, usted me entiende.

—Sí, sí, sí. Pero necesito que se ponga a trabajar, tengo más que seguro que los imbéciles de los padres están fraguando algo—el alcalde deja la mitad del almuerzo y lo echa a un lado—. Algo me dice que no se van a rendir tan fácil, conozco al padre Tomás de algunos años y sé que es un sacerdote obstinado.

—¿Por qué lo dice?

—Uhhmm, no tiene importancia, pero sé por qué se lo digo, mijo. Por ahora necesito que siga a ese par de individuos y con eso le podremos contrarrestar su ofensiva, no nos vamos a dejar seguir manipulando de la iglesia, todos son una partida de...

—Bueno, sin embargo, señor alcalde, si necesito una barbacha de adelanto, usted sabe, necesito moverme, reclutar y llevar a cabo cosas para lograr todo—Argemiro se arregla el cabello y de un sopetón se para, se arregla el pantalón, lustra los zapatos y todo lo convierte en un rito de alegría en su rostro.

—Déjeme yo veo en la tarde qué puedo conseguir por la administración y lo llamo—el alcalde enlaza las manos y de alguna manera su cara se irrita.

—¿Y cómo le fue con los contratos que le conseguí con esas grandes empresas?

—No me llamaron. Pero espero que usted haya hecho un...

—No se preocupe señor alcalde, todo está en mis manos muy razonable, con ética y con dedicación. Lo van a llamar, ya verá.

Rigoberto se queda en silencio por algunos segundos, pensando y observando al hombre que tiene al frente, dándole un aspecto de espantapájaros y de payaso por algunos momentos. Abre el computador, se concentra y empieza a pasar documentos como si no hubiera nadie. Recuerda unos años atrás cuando lo conoció y le había ayudado en la campaña para que fuera concejal y le había dado resultado; le había conseguido dinero suficiente para el objetivo. Tenía que estar agradecido. Quita la mirada del computador y mira de nuevo a Argemiro que se acomoda las gafas para el sol.

—Bueno, espere, acá tengo mi buen amigo un dinero suficiente para que se fragüe un plan fenomenal. Yo sé que toca contraponerle los planes al par de idiotas presumidos de la hermandad y los feligreses para que acaben de una vez por todas con sus cultos tontos.

—¿Y usted cómo sabe, mi amo, que va a venir la contrapartida de estos padres?

—Intuición de político corrupto, mijo.

El aire frío se amaina por algunos segundos dentro de la alcaldía; por algunos segundos sólo se escucha el tecleo de los computadores, las impresiones y las conversaciones de la gente por todo el lugar. Paola toca a la puerta, pero no tiene respuesta del alcalde. Desiste. Rigoberto vuelve la mirada al computador y Argemiro observa el almuerzo ya frío encima del escritorio.

—Esa carne estaba deliciosa. Si no va a comer más, mi amo, yo...

—Mijo, hágale.

Empieza a comer con fuerza y hablar con la boca llena, sin pudor, apenas mirando por momentos al alcalde. La lluvia amaina un poco, pero el cielo amenaza a galope con más potencia. El reloj se recrudece sobre la una y media. El alcalde se queda pensando por momentos y luego vuelve al teclado del computador. Argemiro acaba con todo, incluso pasando la lengua por el recipiente.

—¿Qué hace ahí, señor alcalde, le puedo ayudar en algo?

—Nada, solamente reviso documentos porque en la reunión de ahora en la tarde con Gael y los demás miembros, vamos a exponer unas investigaciones contra la iglesia.

—Me serviría estar en esa reunión, yo po...

—Usted nada, usted es lo que tiene es que irse para los alrededores de la iglesia, ladinamente, claro. No sé, pienso que camúflese, haga inteligencia y saque la información más veraz que pueda. Toda esa información nos sirve para aniquilarlos con más facilidad—dice Rigoberto extendiendo sobre el escritorio una pañoleta de mujer que tiene guardada en el cajón del escritorio.

—Ah, excelente señor alcalde, usted es un genio—coge la pañoleta—es más, este trapo me puede servir para un disfraz que camufle como feligrés.

—Vale. Entonces arranque y trabaje y verá cómo todo va a salir a pedir de boca.

—De *one*, amo. Entonces quedamos al tanto, me llama si necesita algo, yo estaré siempre disponible, como desde hace diez años, a su merced.

—Lo sé, no se preocupe. Cuando salga cierre la puerta.

Argemiro sale dejando todo el desorden del icopor en el escritorio y una que otra suciedad. Cuando está a punto de cerrar la puerta, se acuerda de algo y vira la mirada; con una sonrisa y un ademán de frotar los dedos, dice:

—Ah, señor alcalde, no olvide... ya sabe.

—Ah sí, no se preocupe, yo lo llamo.

La puerta se cierra. El alcalde hace un gesto de cansancio, como de por fin y se concentra de nuevo en el computador y los documentos. Siente por algunos momentos el silencio y la soledad de la alcaldía, ya no se escucha el tecleo de los computadores y mucho menos de la gente que gestiona impuestos y leyes. Llama a Paola para ver dónde está. Cuando la mujer entra, trae el vestido a medio ajustar y arreglándose las gafas.

—Paola, ¿ha llamado alguien, el presidente o algún miembro de las religiones?

—No señor, hasta el momento nadie.

—Uhm, bueno. Me avisa cuando empiece a llegar la bancada para tener todo listo.

—De hecho, señor alcalde, creo haber visto en el primer piso a pablo Espineta, yo creo que no demora en venir—la mujer se sube el escote del vestido.

—Pero son las dos de la tarde. Aunque bueno, no importa, igual ya no tengo nada que hacer, ya revisé todos estos documentos. Lo deja pasar si viene para—el alcalde se para y mira por la ventana. Advierte un pequeño tumulto de gente en la plaza principal, sentados en los andenes, en los jardinéales y en la fuente. No le presta atención.

La secretaria sale. El alcalde queda paseando de lado a lado por la oficina, con las manos en los bolsillos; ahora con la mano en la barbilla y la mirada gacha. Piensa por un momento en las reacciones de la iglesia, en lo que se puede venir, en la toma de acciones por parte del pueblo. Pero es un alcalde, piensa orgulloso, es el eje de la sociedad y nadie puede refutarle sus quehaceres. Enfrentará el desacuerdo con pecho de paloma, lo pondrá por su pueblo si es necesario. Mientras estudiaba derecho en la universidad su sueño siempre había sido defender al oprimido, sabía defenderlo muy bien, defender al marginado;

se había cruzado en su camino los puestos dignatarios y al ver que le funcionaba con su personalidad avasalladora, le había gustado, y no había dudado en aceptar el puesto de elegido por la gente de concejal. Hacía veinte años que se había sentado en una silla de hacer leyes.

Lo recuerda con satisfacción, porque todos los proyectos que había realizado le habían salido a pedir de boca y sabía que esta no era la excepción, la orden venía del gran señor mandatario del país y él la acataría a cabalidad. La puerta se abre. Entra un señor en vestido de paño, con un maletín en cuero y se queda parado cual cristo rey en la puerta. El alcalde lo observa, se acerca a él y le da la mano de manera tosca.

—Siga Pablo, está en su oficina, siga que ya le hago traer un tinto de Paola—El alcalde le acerca la silla, pero el hombre sigue como ensimismado, tieso y como pensativo.

—Siéntese, Pablo y discutamos de algo, aunque no sea la hora.

—Bue...no, sí señor—se sienta con el maletín entre las piernas y sujetado fuertemente.

—¿Cómo le terminó de ir con la revisión del proyecto?

—Pues sí, alcalde, nada mal. Estuve toda la noche leyendo, corrigiendo y...en fin, miles de cosas que me dejaron despierto hasta las cuatro de la mañana.

—Ah, muy bien, muy bien, señor Pablo. Entonces después de que ya la ley anti-religión esté por constitución, vamos a empezar a trabajar primero en las bibliotecas, luego en unos colegios y por último en oficinas bancarias.

—Sí, señor alcalde, aunque creo que nos convendría más dejar por un tiempo los bancos, son instituciones que están en la mira del estado, con proyectos de ley para cerrarlos y... bueno, más bien seamos prudentes con estas instituciones.

—Bueno, como quiera. Lo del colegio universal que habíamos hablado, con grados y materias de acuerdo con la nueva organización de las ciencias—el alcalde saca de su cajón una hoja y empieza a mirar una tabla que hay allí dibujada.

—Ah sí, es un excelente proyecto, por lo que lo que le di prioridad en estas ideas y es lo primero que le debemos exponer al señor presidente cuando la iglesia esté acabada. Ahora en la reunión les expondré bien todo de cómo quedarían clasificados los grados, desde el más básico hasta el más avanzado.

El aire trata de escapar de la alcaldía hacia lo alto, pero la tarde pudre al cielo y lo deja en una semioscuridad cruel. Ese aire se congrega con las nubes, pasa por las hojas de los árboles y luego por todos los lugares del pueblo. Además, hay un aire tibio que viene desde otras partes, se mezcla, y es de alguna parte; es un aire tibio de protesta, de querer unir y cambiar algo

que definitivamente van acabar con sus mentes y sus ideales, y todo se prepara.

Cuando el aire llega por los alrededores de la iglesia, llegando como un cruel viento taciturno, el padre Tomás está mirando su reloj de la oficina, notando que el horario se acerca a las tres y el minuterero sobre el 8, imaginando una danza circular. La oficina apenas tiene un hedor de veladora, y sobre el escritorio la biblia, y uno que otro devocionario y un libro que dice *Sea su propia mente de fe*. Se incorpora, con las manos atrás va hasta el púlpito para revisar que rosario ya haya limpiado y perfumado todo el recinto. Cuando entra de nuevo se tapa la nariz, es inmundos, a muerto de un mes, convertido en pura carne podrida y sangrienta. Rosario entra con un tinto en la mano y en la otra el trapero. Hace un ademán de oler el ambiente y siente la frescura de la lavanda.

—Rosario, esto huele inmundos, es peor cada vez, cada segundo.... Cada...

—Pero, padre, el ambiente es de lavanda, huele a fresco, incluso cambié las flores que ya se marchitaban—la mujer deja el trapero y bebe el café rápidamente.

—No, no. No, mujer, por favor, cómo me va a decir que huele a lavanda y a flores, el ambiente huele a comida de gallinazo, peor que eso, huele a todas las inmundicias de la tierra.

—Pues no sé, padre, pero yo ya limpié, yo qué más le hago a la iglesia.

—Levantarla y asearla por debajo.

El padre Tomás regresa a su oficina, siente una punzada de nuevo en el estómago, hay algo que no le funciona bien. Siente deseos de un tinto, de un panecillo, pero desde el vientre se lo rechaza. Mira de nuevo el reloj en la pared, que apenas ha caminado diez minutos; el minutero se posa sobre el diez, y el horario muy cerca del tres, una danza concreta. Al rato llega Lucrecia con el tinto y un panecillo y lo deja en el escritorio. Tomás hace ademán de mala cara, de insatisfacción.

—Gracias, Lucrecia, déjelo ahí, aunque no creo que coma, no tengo hambre.

—Si siempre come usted a las tres su panecillo y su café, padre.

—Sí, pero no demora el padre Porfirio y necesitamos hacer muchas cosas.

A las y cincuenta y tres tocan a la puerta trasera. El Padre Tomás se incorpora y va con cierta lentitud a abrir. Aparece el padre Porfirio con una bolsa donde trae algo de comer y en el antebrazo una biblia y oracionales; llega junto a Margaret, siempre con su velo en la cabeza y una camándula en plata todo el pecho.

—Ah, siga padre Porfirio.

—Qué gusto tenerla ahora, Margaret, Dios esté contigo—
Porfirio hace una reverencia y besa la mano de la anciana.

—No, padre, no se preocupe, no tiene necesidad de inclinarse, yo me siento halagada de tenerlo como padre, aunque el estado ya no lo quiera ver así, como mensajero de Dios—la anciana se quita el velo.

—Qué pasa padre, lo veo demacrado, está pálido—le pregunta Porfirio quitándose la bufanda y dejando todo en la mesa de la oficina.

—Sí, no lo había notado, padre, puede ser la preocupación por nuestra religión, con todo esto quizá hasta estrés y úlcera me estén dando.

Por unos segundos se acomodan en la oficina. Margaret musitando una oración: el padre Porfirio observando el rostro perenne de Tomás. Al minuto regresa Lucrecia con otros dos tintos y los deja en el escritorio. Luego por el patio pasan los monaguillos, como llevando algo en las manos, pero, Tomás no los advierte. Rosario llega con las manos arrugadas y húmedas y se sienta también en la oficina.

—¿Rosario, levantó la iglesia y limpió?

El padre Porfirio sonrío y luego las dos mujeres.

—Sí...sí señor.

Todos fruncen la sonrisa de broma. El ambiente y el aire es fresco, una amenaza constante de lluvia, pero por los lados de la

cordillera; el cielo es pálido, consecuente con el aire y la vegetación mojada. Todos inclinan la cabeza y el padre Porfirio la levanta antes de empezar el rosario.

—Padre Tomás, se nos olvidaba contarle. Cuando venía vi una serie de gente en la plaza con carteles y camisetas blancas que decían: *no mates a Dios*—el Padre Porfirio se acomoda la cintilla de la camisa.

—En serio, padre, eso me huele bien, será lo único... Pero entonces ¿hay ambiente de protesta en nuestro pueblo o en todo el país?

—Pues la verdad no he escuchado nada en los medios, pero deben llegar las protestas, se lo aseguro, padre.

—Aunque eso no servirá de nada, padre Porfirio, el estado nunca le ha prestado atención a cientos de pelagatos exigiendo derechos, pero lo toman como un civismo a la protesta, una fidelidad a la constitución que ellos no acatan.

—Es cierto, sí señor. Por eso lo mejor que podemos hacer es planear todo desde nuestro lecho y fe y demostrarle al estado de qué está hecha la iglesia y de qué ha estado hecha todos estos siglos—el padre Porfirio agacha la cabeza de nuevo—. Bueno, ahora en silencio, vamos a elevar una oración a Dios para que nos permita este rosario en santa paz.

Dios, protéjanos mientras elevamos a tu nombre este

*Sagrado rosario para que tu casa no muera, para
Que el estado se arrepienta de la decisión tomada
Y para que tu casa quede sana y salva de nuevo.
Te pedimos bendecirnos como seres de total escudo para
Que no obre en nosotros las trampas de lucifer, que, quizás,
Quiere acabar como muestra de una batalla
Contra el cielo.
Amen.*

Todos dicen amen y en ese momento se escucha un trueno, suave, pero amenazante. Todos se quedan en silencio. Se pasan la mano de frente a pecho y de hombro a hombro y en un acto de recogimiento empiezan a decir al unísono:

Creo en Dios, Padre todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra. Creo en Jesucristo, su único Hijo, nuestro Señor, que fue concebido por obra y gracia del Espíritu Santo, nació de Santa María Virgen, padeció bajo el poder de Poncio Pilato, fue crucificado, muerto y sepultado, descendió a los infiernos, al tercer día resucitó de entre los muertos, subió a los cielos y está sentado a la derecha de Dios, Padre todopoderoso. Desde allí ha de venir a juzgar a vivos y muertos. Creo en el Espíritu Santo, la santa Iglesia católica, la comunión de los santos, el perdón de los pecados, la resurrección de la carne y la vida eterna. Amén.

Y luego, al sonido del segundo trueno, como si todo fuera acabar en el cielo, se unen diciendo:

Padre nuestro, que estás en el cielo, santificado sea tu Nombre; venga a nosotros tu reino; hágase tu voluntad, en la tierra como en el cielo. Danos hoy nuestro pan de cada día; perdona nuestras ofensas, como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden; no nos dejes caer en la tentación y líbranos del mal. Amén.

Cuando van a iniciar las avemarías, un tercer relámpago y seguido el trueno caen aún más fuerte, al punto de temblar la arquitectura de la iglesia. El padre Tomás siente con intensidad el hedor de nuevo, llegando hasta la oficina y haciéndolo que se incorpore y que su alma despierte una podredumbre de insatisfacción; una fuerza que lo incomoda y lo hace parar, y a todos.

—No padre, no soporto el olor de esta iglesia, huele a basura, a animal muerto, es inmundo y no sé de dónde viene—se tapa la nariz con el antebrazo y sale al corredor principal.

—Pero padre Tomás, por favor, qué pasa, el ambiente es sano, yo no huelo a nada, todos sentimos un olor a lluvia fresca, a aire húmedo—Porfirio respira hondo, pero empieza a sentir preocupación por su compañero de misiones durante diez años.

El padre Tomás sale a la puerta y empieza a vomitar. El padre Porfirio y los demás se acercan a él. Mientras se reconforta, el padre Porfirio le pasa un pañuelo para que limpie su boca.

—Padre, vamos al médico, está pálido—dice Margaret.

—No se preocupen, estoy bien, quizá me cayó mal algo esta mañana o ese pu...erco olor que me tiene azotado.

Sobre las tres y media de la tarde el ambiente de lluvia se disipa, por entre las nubes se escapa un rayo de sol vivaz. El padre Tomás se tranquiliza y siente alivio, aunque el hedor de muerto sigue en su nariz; ya lo asimila, no se preocupa. Su Espíritu de paz y tranquilidad trata de volver y de volver a tener sosiego. Se imagina la cruz de Jesucristo, mientras el padre Porfirio le pasa un aceite bendecido por su nariz y agua bendita en la frente. *La cruz de Jesús*. Recuerda que en el seminario había estado enfermo también y que los seminaristas le habían ungido de un aceite especial, bendito por el Papa. Lo recuerda casi como un sueño, porque después recuerda haberse visto sano y emprendiendo los caminos del señor de nuevo, con el corazón aún más henchido.

Vuelven a la oficina, el padre Tomás con la mano en el estómago y caminando despacio; y el padre Porfirio tomándolo de la mano. Se sientan de nuevo todos, mirando a la cruz del cristo clavado y amordazado.

—Padre Tomás, no puede enfermarse ahora que lo necesita la iglesia, para que la salve de la humanidad impía. Recuerde el plan, la ida a la capital, al papa, la lucha por nuestra iglesia...padre Tomás—Porfirio sube la voz y mira a las mujeres.

—Lo sé, padre, no se preocupe que voy a estar bien, es sólo rebote de todo este pu...olor... ay, Dios, perdonadme por la rabia y la crueldad de espíritu—Agacha la cabeza y se sienta.

—Bueno, yo creo que el Rosario lo aplacemos para mañana. Hoy, yo creo, que nos podemos dedicar a seguir fraguando planes de contingencia para nuestra religión.

—Pero, padre, no estaremos luchando en vano, un grupo peleando con una pared, contra la corriente; usted sabe, si fuera diferente que el mundo católico estuviera unido sería diferente—dice Margaret, poniéndose el velo en la cabeza.

—No, Margarte, no hay necesidad. Tenemos como ejemplo a Jesús, sólo, con sus doce apóstoles, obviamente, cambiaron al mundo, influyeron a toda una humanidad. Desde el punto de vista de la ciencia, la política y muchas otras partes han revolucionado al mundo, no han tenido necesidad de planear nada con cantidad de gente. Tan sólo una hoja y una pluma para plasmar sus ideales—Porfirio se arregla la cintilla y se sienta mejor.

—El padre Porfirio tiene razón. Lo que pasa es que ha habido adeptos que les ha gustado sus ideas y hacen que influyan en la

humanidad, pero eso no quiere decir que haya una mente inteligente y craneal para cambios furtivos en el mundo.

—Bien dicho, bien dicho, padre Tomás—responden todos al unísono.

El simple hecho de catalogar un siniestro revolucionario en la humanidad no hace que todo sea fácil y de un momento a otro. El aire, ahora viciado del poco sol que se asoma, vuelve a la parte alta de la bóveda, busca en forma circular, ahora las oficinas, ya se ha recrudecido por la iglesia y ahora necesita viajar por la alcaldía, saliendo por la calle hacia abajo, meciendo los árboles y haciendo mover el cabello de algunos en la plaza principal. Luego entra a la alcaldía, recorre las oficinas y por último entra a la gran oficina del alcalde. Está sentada toda su bancada, escuchando ensimismados la exposición en el tablero del alcalde, que allí, allá y acullá hace una línea y una gráfica. El ambiente es de expectativa, de sobriedad, de poder absoluto, se creen en una monarquía, todo lo pueden y todo lo deciden.

De cuarenta y dos leyes únicas que tiene el pueblo, veinte de ellas han sido proyectadas por el alcalde Rigoberto, dejándolos a todos en un frío y vacío mandato de impuestos y cambios institucionales. Cinco años atrás había sido capaz de tumbar la ley antidrogas no más por el hecho de legalización y de que los índices permisivos descendieran. Le habían refutado la ley

desde las altas arcas del mundo, pero se había mantenido fuerte como mandatario y la ley les funcionaba a las maravillas.

Se mantiene firme, dejando todo en claro de lo que se viene y de lo que hay que hacer para la arquitectura eclesiástica, proyectando fotos e imágenes de cómo debe quedar todo en un plazo de cinco años máximo.

—Los colegios y teatros que aquí puedan yacer les formaremos como algo de valor, representándonos el veinte por ciento de sus entradas, lo cual nos irá a servir como gravamen e invertirlo en sociedad vulnerable. Los colegios se pueden dotar de conocimiento absoluto, doce grados, cada grado por clasificación de ciencias, lo cual, cuando un joven llegue a la universidad sabrá elegir la carrera perfecta.

—¿El dinero para las obras de los colegios va a salir de dónde, alcalde? —pregunta Miguel del Vasco, con una camisa blanca que lo resalta sobre los demás.

—Usted sabe que contamos con unas arcas bancarias. Después de que la iglesia quede abolida totalmente, que podamos tumbar toda la arquitectura, empezaremos a recaudar impuestos por sobrecostos de productos entrando al pueblo; es decir, permitimos treinta toneladas y por cada tonelada que se pase, habrá un gravamen del diez por ciento sobre la mercancía total.

Todos se oprimen la barbilla y el cerebro. Pablo Espineta se resguarda en su maleta, con las manos entre las piernas y mirando de soslayo por ratos. El alcalde lo observa, se refriega los ojos y en él hay un rostro de duda y sin razón, convirtiéndose en un poderoso ser de instrucción. Pablo lo mira, levantando la cabeza, como sospechando la duda; y después el airecillo de conexión.

—Hablábamos con Pablo hace rato que el mejor proyecto de educación que empezaremos será el del colegio universal, un proyecto magno, de gran envergadura, que nos proporcionará robustez en educación y que este país se convierta en una potencia de una vez por todas—el alcalde hace un ademán con la mano por el aire.

—Sí, absolutamente. La educación es la base y el sistema que nos proporciona todo los demás, sin educación no hay avance, no hay mejoras y no hay futuro—comenta Alejandra Santacruz poniendo el puño en la mesa, con arrogancia.

—Aunque hay algo que me preocupa en todo esto, señores—dice Gael González—, y es que la iglesia no se va a dejar amorrónar tan fácil, pensándolo bien deberíamos primeros esperar a que esté por constitución la no libertad de culto y ahí sí empezar a montar proyectos. No podemos ensillar el caballo sin tenerlo, tíos, joder.

—Pero es una realidad, Gael, por qué esperar a una ley estatal, presidencial, que ya casi está votada en plenaria y con todos los señores de cuello blanco—Miguel del Vasco se incorpora, preso de querer discutir.

—Sí, Gael, lo mejor es que nos adelantemos, que madruguemos, la iglesia ya está como cucarachas al veneno; huyen, se esconden, son unos pobres diablos donde se dieron cuenta que el cielo y su Dios no son nada y prefieren seguir viviendo como seres del común, buscando un empleo, una familia y aportándole un capital al estado—el alcalde se sienta esta vez y coge una hoja del escritorio, haciéndola pasar por toda su bancada—. Aunque yo siempre he respetado su consejo, señor Gael, en esta ocasión voy a tomar todo a mansalva y estos proyectos que pasan este momento por sus manos, serán realidad, sin esperar.

Rigoberto alza las manos, como en son de una venia, honra o bendición. El airecillo vuela de nuevo, convirtiéndose en un hilo caliente, mezclado a la humedad y el sol que vuelve y sale en el pueblo. Regresa a la iglesia, donde El padre Tomás, el padre Porfirio y las mujeres hablan, hasta el par de muchachos yacen sentados, cada uno con una biblia y escuchando lo que hablan todos.

—De todas maneras, padre Tomás, la iglesia nos ha convertido a todos en seres de luz, con un alto desarrollo de

nuestras almas perdidas y estoy seguro de que llegará el día, después de que pase toda esta charada del estado, crecerá como un gigante, volviendo a tener el poder absoluto de hace unos siglos—Porfirio toma un sorbo de café y cruza la pierna.

—Totalmente de acuerdo. Hay que hacer algo, padre Porfirio, y es que después de que el Papa y nosotros acabemos con esta decisión, es montar proyectos de reestructuración de las iglesias, que sean modernas, con una arquitectura del siglo XXI, poderosas, altivas, que tengan capacidad para quinientos feligreses bien sentados—Tomás habla más tranquilo, siente menos molestia estomacal y el mal olor del ambiente ya casi no lo siente.

—Sí, podríamos hablar con el sumo pontífice y radicar un proyecto de grandes arquitecturas y modernización de las iglesias. Podríamos convocar a un concilio ecuménico para actualizar pensamiento y creencias en Dios, en Jesucristo y en tantos cambios por tecnología y redes sociales—el padre Porfirio coge una de las oraciones del escritorio y empieza a leerla.

—Excelente idea, padre Porfirio—dice Margaret arreglándose el velo en la cabeza—. Eso les daría dinamismo a los fieles, la iglesia se convertiría en una máxima potencia.

—No sé, padre Porfirio a mí me suena que en la reunión con el papa deberíamos sugerirle en cambiar el nombre del

pontificado, se me ocurre ahora que podría ser Pedro II, y además ha sido una denominación que ningún Papa ha usado en la historia. Lo digo en honor a que empieza una nueva iglesia, una nueva era del catolicismo y como fue el primer Papa de nuestra historia.

—No caería mal, Padre Tomás—dice el padre Porfirio dejando a un lado la oración. Todo es cuestión de que se deje llevar por nuestros consejos, le servirán.

El viento rueda de nuevo hacia el horizonte, luego por las calles y por último al parque central. Entra a la alcaldía, por las oficinas y de allí a la oficina del alcalde. La reunión se centra en el tema importante, como en contrapuesta de lo que hablan en la iglesia, como si el universo mismo llevara a cabo una discusión que muestra en un solo escenario.

—La idea, señores, es tomar la mayoría de las iglesias y convertirlas en grandes colegios, bibliotecas y centros culturales, como ya se ha hablado antes—dice el alcalde.

El alcalde mira el reloj y por el rabillo del ojo a sus secuaces. Más allá de la mesa ovalada brota una energía de misterio, un hálito de pereza y sin razón. Alejandra Santacruz cruza la pierna y saca un cigarrillo de su bolso, todos la observan, pero nadie dice nada.

—Señores, se acerca la hora de ponernos la bata, los guantes, trapero, escoba—el alcalde sonrío—. Por ahora, sólo podemos

decir, siendo las cuatro y quince de la tarde, que esto es un hecho, que nuestra educación, economía y cultura avanzarán un mil por ciento y que toda una historia de iglesias, de mentiras y secretos se van a la basura. Necesitamos que el estado cambie de nombre, es una idea que me viene rondando en la cabeza desde hace tiempo. ¿Qué se los ocurre?

—No sé, pudiera ser nueva...

—Ciencia y...federal

—patria, orden en...

—Bien, bien, bien. Es un proyecto que debemos pasarle al presidente, para que él lo haga visible en su gran mansión política—dice Gustavo Manchola mirando a Alejandra Fumar.

—Es más, puede el presidente atribuirse el nombre de un gran personaje de la historia de la política para mayor importancia, así como el de un Papa...qué digo, ex Papa; no sé, Aristóteles segundo, Alejandro magno segundo—comenta Rogelio Cubillos.

—Muy ingenioso, Rogelio—dice el alcalde, incorporándose—. Por ahora lo importante es que el presidente, después de la reunión con el máximo exponente de este culto, haga oficial a toda nuestra nación la abolición absoluta y empezar a trabajar.

—Alcalde, ¿usted va a estar en esa reunión? —pregunta Gael González buscando algo en su maleta.

—Por supuesto, hombre, usted cree que me voy a perder las caras de todos estos tipos cuando el presidente les diga que out, que no van más con sus tonterías y su fe podrida.

—Pero los alcaldes no están invitados, disculpe, alcalde— dice Gael alistando su maleta en la mano.

—No importa, Gael, así me toque quedarme encima de la casa presidencial lo haré.

Sobre casi las cinco de la tarde el cielo se ha opacado y la lluvia ha viajado más al oriente. El viento sigue virando por todos los lugares del gran pueblo, se regocija en la llegada de las seis y en las luces públicas pálidas. De nuevo busca el refugio donde ha estado encerrado, pero esta vez por la parte delantera, donde se encuentran aún los policías y los hombres tipo robot en guardia, custodiando la puerta. El viento se mete por debajo del portón, zigzaguea el recinto de la iglesia y llega hasta la oficina. El padre Tomás se ha incorporado para descansar de la espalda y estirar las rodillas. El padre Porfirio sigue sentado observando a Jesús clavado en la cruz, lleno de sangre, sin esperanza y apenas con las espinas en la cabeza, como un acto de redención.

Todos están en silencio, apenas mirando al padre Porfirio leer el cuerpo de Jesús molido, y por ratos al padre Tomás parado en el quicio de la puerta como sin alma, como si el espíritu santo le hubiera abandonado. Y es que está allí parado,

preocupado, mirando para el recinto, imaginando tantas cosas para su iglesia, para la gente y para gracia de Dios, como un camino recto para la humanidad, convirtiendo la humanidad en seres absolutos de paz y conciencia, una humanidad verde y amigable, todos tomados de las manos, con una sonrisa de armonía y satisfacción.

Pero, quizás, el ensueño lo rompe la palabra clave, humanizante y dolorosa, esa en la que ha caído más de un filósofo, político y científico: *utopía*. A pesar de todo lo humano que pueda ser siempre hay una razón para creer que no todo puede ser perfecto, eso de utopías está mandado a recoger desde que las guerras demostraron que eran importantes para el avance de la humanidad, el hambre y la pobreza. No lo puede pensar, no, simplemente en guiar al ser humano por un camino de verdad, sólo eso.

El padre Tomás retorna a su silla, con un quedo de desilusión, pero con el espíritu arraigado de fe por salvar la iglesia en conjunción con el padre Porfirio y el gran Pontífice. Observa a todo el mundo sentado reflexionando, sobre todo a Margaret que algo observa en el piso. El padre Porfirio sigue ensimismado en la cruz sangrienta de Cristo.

—Padre Porfirio, la humanidad no puede ser utópica, de eso estoy seguro, al salvar la iglesia no le queda otro objetivo que guiar al ser humano por la verdad, simplemente eso.

Porfirio no contesta en el segundo, se limita a poner la mano en su barbilla y luego mira al padre Tomás. La afirmación le causa algo de escozor, algo que no puede concebir, pero sin embargo no le refuta al padre Tomás.

—Sí, puede ser, padre Tomás. La humanidad debe llevar la verdad de Dios a cuestras, y nosotros estamos en el deber de hacerles conocer esta verdad—Porfirio suspira y se acomoda las gafas.

El ambiente se aburre y sobre las cinco de la tarde la iglesia con todo y su arquitectura dan también un suspiro cómodo. El cielo resbalado de agua empieza a oscurecer. Los guardias, en el portón principal, bostezan y esperan a las seis el relevo. El padre Tomás olvida el tinto de las cinco; los demás solamente se miran unos a otros, sin saber qué más decir. Porfirio se para, se persigna ante la cruz de Jesús y empieza a darle la mano a cada uno para despedirse.

—Bueno, padre Tomás, lo dejo, yo creo que iré para la casa a organizar documentos y papeles viejos que tengo por ahí.

—Muy bien padre, Porfirio—Se queda un rato mirando al suelo, con la mano en la barbilla—. Ahora que lo pienso, padre, deberíamos organizar mañana cena y una misa a eso de las siete de la noche, donde podamos ofrecerla por la ayuda a la iglesia, de que todo salga bien... pues, obviamente será algo muy

escondido, persona por persona entrará por la parte de atrás y todo muy en silencio.

—¡Excelente idea, padre Tomás! Voy a empezar a convocar a todos los más fieles, se acercan a los treinta y haremos algo ultra secreto, como una sociedad secreta de historia.

—Yo a las siete en punto tendré todo dispuesto, arreglado. Hasta las nueve sería hora indicada para que podamos irnos a eso de las cinco de la mañana el viernes para la capital y así encontrarnos con el Papa y traerlo.

—Pues sí, padre, me parece razonable. Espero que me presten el vehículo para ir en él; estaríamos llegando a eso de las ocho de la mañana, aproximadamente.

—¿Y quién no lo presta? —el padre Tomás hace un ademán de filósofo.

—Don Evaristo, el viejo poeta de la biblia que por tantos años sufrió el calvario en la cruz de nuestro Señor Jesús. Está un poco antiguo, Mazda modelo ochenta y nueve, pero ese nos sirve para ir y volver y hasta para pasar desapercibidos del mundo.

Margaret sale al lado del padre Tomás y también se despide. Lleva en la cabeza el velo, pero esta vez le cubre más la frente. Se inclina para despedirse del padre Tomás y empieza a salir con cautela, mirando de lado a lado.

—Bueno, padre, ahora o mañana en la mañana le estaré informando de cualquier razón del Vaticano, de la decisión del

pontífice y del plan terrenal para nuestra religión—Porfirio se acomoda las gafas y mira también de lado a lado.

—Listo, padre—Tomás le toma la mano al padre Porfirio y le besa—. En tus manos esté el espíritu de Dios y la bienaventuranza de su alma. Vaya con Dios, Padre Porfirio.

—Gracias, Padre Tomás, así sea.

Tomás entra y el padre Porfirio alcanza a Margaret, tomándola del antebrazo. El aire sale detrás de ellos, siguiéndolos, como si en verdad fuera el espíritu de Dios. Pero doblan la calle para que los guardias no los vean. Por esa misma calle alcanzan a ver que sale el alcalde con todo su séquito, riendo y en una armazón de gritos. Porfirio y Margaret se devuelven, con la cabeza agachada al pecho, como gallinas durmiendo. El grupo no los alcanza a ver, sólo se limitan a espolvorear los últimos chismes en política. Pero hay otro hombre caminando por todas las calles del pueblo, pendiente de cada uno de sus habitantes, una cámara viviente capaz de convertir el más mínimo movimiento de una hoja en un acontecimiento fenomenal para el pueblo. Por ahí se esconde. Margaret trata de tapar el rostro del padre Porfirio y éste la cara con la mano.

—Ojalá no nos hayan visto esta manada de gorilas.

—Por qué, padre, qué pasa si nos ven, lo peor que nos pueda pasar es que nos indaguen de si estábamos en la iglesia, ya.

—No crea, cierva de Dios. La política, a manos de hombres con sed de leyes depurativas, es de alto impacto y muerte.

Caminan hasta al fondo del parque principal y se pierden. Luego que el aire regresa a la iglesia, Tomás ya se encuentra recogiendo el desorden de su oficina, mirando cada rato el reloj y rogando para que el viernes llegue veloz. Lucrecia entra y le recibe los pocillos, trae en la mano un libro, pero Tomás no alcanza a ver de qué es. Sólo ve que es de lomo azul, con unas letras chinas o japonesas.

—¿Lucrecia, ¿qué es ese libro?

—Ah...padre...Ahhh... no, es un libro que estaba botado por ahí, lo encontré en el cuarto de Flora y Silvio—a la mujer le tiembla la voz y le pasa el libro al padre Tomás.

Lee: *Astrología china, identificalo y lo que te depara este 2029.*

—Pero por favor, estos muchachos de dónde sacaron esto, esto es basura... Lucrecia, llámelos y que vengan y me den una explicación—el padre hace un ademán de irritación, temblándole el ojo izquierdo.

—Sí señor.

Los muchachos llegan al instante y en las manos traen un juguete. El padre Tomás, con las manos en la cintura y una mirada amenazadora llama a Lucrecia, pero no regresa.

—¿Quién de ustedes trajo este libro? —Tomás tira el libro encima del escritorio, con un tono de voz acusador.

—No sabemos padre—dicen al unísono, con rostros asustados.

—Yo no creo que un libro de estos llegue acá, así, porque simplemente la gente lo quiere botar. Si fuera un tema interesante uno hasta lo guarda y lo lee, pero son temas ocultos, fuera de toda serie de Dios; Dios repele todo esto: artes de adivinación como la astrología, las cartas, el horóscopo, etc., etc.—se queda en silencio por un momento, en su mente ha imaginado una rueda con símbolos y planetas.

Los muchachos tratan de retirarse, pero una fuerte voz que empieza a subir por parte del padre Tomás se escucha.

—¡Alto, hijos...de...Dios! Yo no he dicho que se retiren. Sólo quiero saber quién trajo este libro, quién se los dio.

—No sabemos, padre, la verdad, nos acabamos de enterar. Estábamos en el cuarto jugando...

—Ah, en el ocio. La ociosidad Dios la castiga, es el diablo quien nos incita a jugar, a no alabar al señor; el diablo es quien llama a las distracciones para alejarnos de él—Tomás se da con la mano en la frente, como de desilusión—Por todo ese ocio me comulgan con cincuenta avemarías, y cincuenta padres nuestros, con voz alta, duro, para que el Señor esté orgulloso de ustedes por el arrepentimiento.

Los muchachos sólo asienten, con las manos atrás, Flora detrás de Silvio. Cuando van en la puerta y Tomás a dejar el libro de oraciones encima del escritorio, les grita.

—Ah, y por si las moscas, cien avemarías por traer libros que no pertenezcan a Dios y mentir.

Los muchachos entran a su cuarto y cierran la puerta. El padre Tomás recuerda el mal olor, por lo que entra al púlpito para ver si lo siente, y efectivamente, pero ya menos, ahora es un olor acre a basura, ya no a muerto. Se inclina ante el altar. Confiesa sus pecados con la cabeza gacha. Del Sagrario saca la patena y el copón y retira un trozo de ostia; la parte y elevándola al cielo la pone en la boca con un poco de vino. Se inclina, sintiendo el olor fuerte a basura putrefacta y en el instante un olor a sangre que no sabe de dónde. Mira para todos lados, con la semi oscuridad del recinto, observando a todos los santos en yeso. De repente, su estómago se revuelca, como si hubiera comido algo pesado, una acidez estomacal fatal, como si el estómago se le derritiera.

Guarda todo, sin limpiar nada, incluso las hostias caen dentro del sagrario, y cierra. En ese momento llega Lucrecia y le dice que tiene llamada del padre Porfirio. Cogiéndose el estómago va a toda prisa.

—Aló.

—Padre Tomás, acabo de llegar y ya hay respuesta del Vaticano.

—Excelente, padre—Tomás desvanece la voz con un chirrido en la boca—. ¿Qué dice el sumo pontífice?

—Pues que, efectivamente, Él viene el viernes y nos espera en el palacio de gobierno en la parte de atrás, que con el mayor de los gustos luchará contra el estado y todo su séquito, por puesto, para que no acabe nuestra religión. Entonces, padre, ya tenemos el aval del gran personaje que necesitamos. Ahora es que mañana nos reunamos a los fieles más fieles y contarles a todos para que también nos ayuden en este proyecto.

—Fabuloso, padre Porfirio. Entonces mañana a eso de las siete de la noche todo estará listo, haremos unas oraciones, una misa si se logra, incluso le puedo decir a Rosario que prepare una comitiva.

—¡Poderoso es Dios en su gloria! —El padre Porfirio exclama lleno de alegría, por lo que se queda en silencio el auricular.

—Bueno, padre—En ese momento está en su pensamiento el ardor en el estómago, piensa decirle al padre Porfirio, pero se detiene, es mejor no preocuparlo—. Entonces...hablamos mañana, mañana será otro día para la historia de Dios, para el mundo.

—¿Qué hará mañana en la mañana, padre?

—Pues será organizar documentación con Lucrecia, papeles que tanto archivo que hay por ahí que quizás ya no sirvan. Arreglar escritorio, mi cuarto, el púlpito, mejor dicho, tiempo del Señor que me resguarda en el cielo. —Tomás levanta las cejas y mira al cielo por el rabillo del ojo.

—*Ah bueno, padre, entonces que descanse y que la noche para su espíritu esté lleno de gracia en Dios.*

—Igualmente, padre. *Y con fuerza y oración lucharemos*, que esto sea como un lema.

—*De acuerdo, que esté bien.*

El tono del teléfono se escucha. El padre Tomás se para por un instante en el patio para recibir aire fresco, con la mirada del cielo azul opaco, con la noche percibiéndole su alma confusa. Lucrecia se acerca y con un quedo en su voz de preocupación, le llama. Trae en las manos un plato de pollo con arroz y ensalada y un vaso de jugo de fresa.

—Su comida, padre.

—La verdad no tengo hambre, hija, no me siento bien. Consérvela en la nevera y de pronto más tarde si tengo hambre la sirvo.

—Padre, le noto demacrado, debería ir al médico—pone un rostro imitando al del padre, demacrado, pero perfeccionando la mirada de mujer.

—No, hija, estaré bien. Es sólo preocupación de que se vaya acabar tantos siglos de iglesia, tantos siglos de ayuda para la gente y tantos siglos dando a conocer la voluntad de Dios para el mundo; y así, de la nada, por el retrete. El estado no hace sino adoptar una posición de poder absoluto, pasando por encima del alma, por encima de las creencias y lo que es peor aún de Dios, un Ser omnisciente, omnipotente—Tomás se sienta en el corredor por unos momentos y lucrecia se sienta a su lado.

—No sé, padre Tomás, pienso yo que, quizás, la idea de Dios, de la religión y de todo lo que la compone hay que renovarla, lleva muchos siglos, como dice usted, y para que algo funcione tiene que evolucionar, digo yo.

—Pueda que tenga razón, mujer, pero evolucionar la iglesia para usted, qué es.

Por un momento se queda pensando Lucrecia, poniendo el plato y el vaso a un lado. La noche llega y la tarde sale por el telón.

—Pues yo no sé mucho de religión, pues, aunque sé que estoy aquí pues por su ayuda y por lo que fui bautizada y de primera comunión acá, pero creo que la idea de Dios, después de tantos siglos se debería llevar a un ideal de ciencia, con esto quiero decir que se debe priorizar lo científico, no, sino poner a Dios en la mente de cada ser humano por razón y no por necesidad.

El padre Tomás no responde en el momento, se queda mirando al cielo, reflexionando, como filósofo oriental.

—Hija, en Dios, para Dios y por Dios, siempre por los siglos de los siglos. El ser supremo debe ahondar en nosotros; la razón no debe ser amiga de fe, no señora, no tenemos por qué confundir estos términos, ni estas corrientes. Muy bien lo decía San Agustín el tema que más ocupa es el tema de Dios. Su filosofía es predominantemente una teología, siendo Dios no sólo la verdad a la que aspira el conocimiento sino el fin al que tiende la vida del hombre, que encuentra su razón de ser en la beatitud, en la visión beatífica de Dios que alcanzarán los bienaventurados en la otra vida, para cuya obtención será necesario el concurso de la gracia divina.

—Pues, no entiendo nada de lo que dice, padre Tomás. Pero Alcanzo a ver que usted habla de que Dios es una verdad que aspira el conocimiento, un fin del hombre. No sé, la verdad, me parece a mí que es una teoría muy antigua, todo evoluciona, la sociedad, el mundo en sí ha evolucionado desde entonces y es por ello por lo que cuenta con un sistema mejorado cada día de leyes y...bueno de muchas cosas. Pero todo un sistema donde siempre se categoriza lo mismo, si al caso con algunos acuerdos durante la transformación del mundo, no puede sobrevivir, difícilmente se queda en este mundo.

La oscuridad ya hace alarde de su intensidad, dejando al sol como una simple estrella al espaldar. Hay una sensación de aire fresco que pega en los rostros de Tomás y Lucrecia. Tomás se toma el cabello, luego el rostro, como en un acto de ansiedad; Lucrecia se queda en silencio por algunos segundos, pensando en lo que acaba de decir y luego en lo que pueda decir Tomás respecto al tema. Pero la voz de Tomás corta el aire fresco.

—Pues no estoy de acuerdo mujer. La iglesia, esta casa de Dios siempre se mantendrá incólume, firme de todo fastidio ateo, estatal, científico, porque usted cree que más de dos mil años de poder, de guiar la verdad del mundo, de testificar y condenar a los impíos de la tierra, cree que se acabará así no más porque no evoluciona. Pues no señora, déjeme decirle que está equivocada, señorita, lucrecia, que sus narices no ven más allá, hacia el cielo, ve su razón y su cerebro y su materialidad y leyes de científicos que nunca le han dado al mundo algo bueno, no lo han hecho avanzar. Bueno, los grandes hombres y sus ideales sí, quizás, y de esos hubo y hay y habrá muchos, alzados en armas, en guerras, en leyes para que este mundo sea lo que es, hoy por hoy. Una lucha constante de... de algunos que habla un tal...

—Carlos Marx.

—Exactamente, mujer, este tipo que hablaba de luchas de la sociedad, que por cierto muy equivocado en muchas de sus

teorías comunistas y pendejadas de esas, dejó una teoría que han puesto en práctica durante cientos de años...

El aire vuelve a caer en sus rostros, pero esta vez menos fresco, con un hedor a hierba. El silencio por algunos segundos lo interrumpe a afuera el paso de un camión doble troque. Vuelven en sí, Lucrecia con el pensamiento y la idea a punto.

—Usted lo ha dicho, padre Tomás, los hombres hacen las teorías, durante toda la historia de la humanidad y el hombre debe ponerlas en práctica para revolucionar; es así, sencillo. No niego que la iglesia, nuestra iglesia haya tenido teorías y efectivamente las tiene, con grandes filósofos en cuestión de fe. El problema radica en que sólo esas teorías fueron importantes y las tomó algún hombre y las puso en práctica para que la iglesia funcionara—Lucrecia estira las piernas para acomodarse mejor—; Mírelo de esta forma para que logre entenderme: Es como si usted creara una máquina y esa máquina, para que se mantenga, tiene que hacerle mantenimiento todos los días; pero el problema empieza cuando usted utiliza la misma máquina para producir cosas mejoradas, ya esta no funciona, ya se va a quedar corta con este nuevo producto. Me entiende, padre, algo así más o menos comparado con las teorías y el avance de la humanidad. No sé, que tal si en la visita con el sumo Pontífice le proponen que hagan un manual de la nueva iglesia, teorías renovadas, donde se incluya las tantas teorías científicas, así

como conciliar la fe con la razón, pero en esta ocasión conciliar la fe con la ciencia.

—No mujer, de qué habla usted, cómo que integrar la fe con la ciencia, eso es como si usted mezclara el agua con el aceite, son incompatibles, por favor. Usted cree que el estado va a conciliar con nosotros, con Dios para que esto sea mejor. No señora, analice que el estado ya tomó una decisión tácita, a nosotros no nos queda de más que luchar también, la guerra también ha revolucionado el mundo, lo ha hecho avanzar. No veo por qué en esta ocasión no se pueda. Hay grandes ideas para esto, las tengo en la cabeza a viva flor, ideas para evitar que el estado nos haga daño, que mate a Dios. Para defender a Dios, todos lo que ha dejado en la tierra, todo, absolutamente todo y hasta su idea, si se quiere, hay que luchar, así sea matando a todo opositor—el padre Tomás se incorpora, calmando su voz de exaltación, en silencio por algunos segundos; se acomoda el pantalón y la camisa—. Lo único que le puedo decir, Lucrecia, que prepárese para la guerra y los muertos que vienen.

El padre Tomás se da la vuelta y camina más rápido de lo acostumbrado. Lucrecia queda sentada en el corredor, apenas observando al hombre furibundo que entra a su cuarto. Tomás llega sudando. Se quita la camisa, el pantalón y prende el ventilador; vuelve a sentir la punzada en su estómago, la acidez vuelve y le rebota el estómago, con un eructo constante ácido

que no puede controlar, con un sabor a vino y a la harina de la hostia.

Siente la necesidad de una ducha, sí, eso es lo que le falta. Se desprende de sus hábitos y en menos de cinco minutos está en la ducha; el agua fría cae sobre su cabeza y su espalda y si siente cierto alivio, la sangre circula mejor, su cerebro se reconforta y hasta su miembro se siente con más energía. Se mira la cara en el espejo, se nota pálido, recordando lo que le ha dicho Rosario en la tarde. Totalmente desnudo se queda fijo en su cuerpo, en el vientre protuberante, en las tetillas, en su sexo y hasta en su trasero. Por un momento siente que el cuerpo lo llama, siente una humanidad y razón, una forma diferente de ver la vida. Por su pensamiento corre las ansias de sexo, las ansias de una mujer entre sus brazos, algo que no ha conseguido desde que había entrado al seminario y en cambio, todos sus amigos de colegio, se habían casado y hasta habían disfrutado de la vida; y lo había perdido todo por entregarse a Dios y a la humanidad. Era hora de disfrutar...

Pero no, qué estaba pensando, nunca había tenido esos pensamientos, qué pasaba con su servicio a Dios. No es bueno, se dice. El diablo lo tienta; el demonio es, quizá quien está acabando con la religión y hasta con él, es quien lo está enfermando para que no actúe. Se pone rápido la toalla y sale a toda para la cruz frente a su cama. Se arrodilla a los pies y con

las manos enlazadas empieza a pedir perdón a Dios por los pensamientos de minutos antes. Pero su pensamiento falla, hay algo que en su inconsciente o en su voluntad, no lo sabe con certeza, no funciona. En el instante en que se dispone a las oraciones siente un dolor puntiagudo en el estómago y luego al lado derecho, más fuerte y se tiene que acostar, retorciéndose.

Se pone el pijama a la sombra de las siete y media de la noche, los grillos suenan afuera como cantata a su martirio. La biblia yace encima de su atril, abierta, en bordes dorados y mostrando el salmo noventa y uno. Trata de tomarla, pero no puede, es como si su mano pesara. Prefiere acostarse boca abajo para ver si el dolor mengua, pero nada, lo siente aún más agudo; boca arriba, y siente la acidez en los dientes y en la lengua; de lado y siente que su cuerpo aúlla.

La noche está pasada por un viento cauto, se eleva y vuelve al pueblo. Va y viene, por los alrededores, visitando las calles ya casi desoladas, con una que otra persona en el parque, en las tiendas, en canchas de fútbol jugando. Los vehículos se resguardan en sus casas para un día más de descanso y madrugar a trabajar el siguiente día. El aire, este aire cauto que va y viene se resguarda de repente en la gran casona del alcalde. Es una entrada elegante, con un jardín genial y al otro lado una gran piscina, con todos los lujos del caso. El alcalde bajas las escaleras en espiral que da a la sala. Trae en la mano un libro, el

cual se sienta a leer en la sala de estar. Allí se encuentra su esposa viendo televisión, muy anodina. Rigoberto se sienta, coge el control y apaga el televisor para empezar a leer. La mujer se para, con un rostro de irritación.

—La novela estaba interesante, Rigoberto, ¿por qué me apagas el televisor?

—Voy a leer las *48 leyes del poder*. Es un libro interesante y que necesito concentración para entenderlo y ponerlo en práctica. Arriba en el cuarto está el otro televisor, mujer, para que termine de verla—Rigoberto cruza la pierna y se concentra en el libro.

La mujer sube taconeando fuerte en las escaleras. El alcalde lee, pasando las páginas y por instantes se imagina poniendo en práctica el número de la ley. Su teléfono suena.

—Aló, diga, Argemiro.

—*Hola, mi señor alcalde, ¿Cómo estuvo el día y la reunión?*

—Excelente, no me puedo quejar.

—*Ah bueno. Le tengo noticias de lo que pude advertir con los movimientos de estos de la iglesia. Vi salir al padre Porfirio y a una mujer con un trapo en la cabeza. Los vi pasar por la plaza, muy resguardados, escondiéndose de todos en la alcaldía.*

—¿Y qué más?

—*No...pues...*

—Eso no es una buena información, hombre, Argemiro. Yo necesito que me diga, qué planean, qué van a hacer, que usted se mantenga como un detective al lado de ellos; no sé, con fotos, como un paparazzi—el alcalde se incorpora hasta el ventanal de la sala.

—*Pues sí señor, tiene razón. Mañana voy a estar más encima, desde las seis de la mañana, parado en la casa de Porfirio para ver hacia dónde coge y cualquier movimiento que haga.*

—Eso, eso es diferente, y en lo posible que trate de escuchar qué es lo que hablan y planean.

—*Ah bueno, sí señor, excelente sugerencia y lo voy a copiar en mis notas de inteligencia política. Ahora mismo me dedicaba a reflexionar sobre el asunto de mi responsabilidad...*

—Ah bueno, Argemiro, qué bien. Por ahora ya me voy a descansar, mañana es otro día de mucho trabajo para mí y para mi equipo y pues ya sabe, que esté muy bien.

El alcalde cuelga. Trata de coger el hilo del libro otra vez, pero ya lo pierde. Prefiere subir a su habitación, desvestirse para una ducha y así poder acostarse y ver lo que dicen los noticieros. El reloj sobre la pared da las ocho, con sus ocho campanazos. Su esposa sigue viendo televisión, muy concentrada. Rigoberto entra al baño, se desnuda y ante el espejo mira su cuerpo grueso, ese por el que brota política, astucia, ganas de elegir y de ser elegido. Su rostro posee una gracia que nunca se había visto: el

pómulo más hinchado y más colorado, algo que le hace sentir piel blanca y rosada. Recuerda los grandes momentos de su candidez electoral, de su oratoria y de las aclamaciones de la gente para que fuera elegido; y hasta se siente desnudo en la imaginación, con la cintilla de los colores del país en todo lo ancho de su cuerpo, así tal y como había nacido de una mujer.

Y siente una punzada en su mente que le frena la imaginación. Entra a la ducha, el agua cae fría y su cuerpo se desodoriza. Cuando vuelve a la cama, su mujer le espera en baby doll. El alcalde solamente acomoda su almohada, revisa su teléfono y se gira, no advierte siquiera el vestido. La mujer se resguarda en sus brazos y de su boca deja salir un leve aire de cansancio.

Ese aire asciende. Sale de la casa del alcalde y pasa por las calles del pueblo ya desoladas. Advierte una que otra persona haciendo fechorías en los parques; otras en las casas simplemente ven televisión y otras, a la luz del hogar, leen un libro y estudian. El airecillo avanza, ya casi cansino por el recorrido del día, por el movimiento a los árboles. Llega a la iglesia, donde los guardias de la puerta toman café y fuman. Entra por debajo de la puerta y llega hasta el cuarto del padre Tomás, que se yergue, sentado en su cama, apenas en toalla, por ratos mirándose en el espejo del armario y detallando el color violáceo de sus ojos. Siente ya silencio por toda la iglesia, no se

escucha Lucrecia ni los muchachos; espera haya hecho las oraciones.

Recuerda el baúl que tiene debajo de su cama. Lo saca, con dolor y todo en su estómago. Es un baúl lleno de papeles amarillos por el tiempo, unos a máquina de escribir; otros en tinta de bolígrafo. Cuando saca las primeras hojas se da cuenta que son sus notas del seminario, unas de un examen de ética y valores religiosos, donde tenía dibujado en ténpera una familia partiendo el pan. En las siguientes era de filosofía, con notas sobre Tomás de Aquino, su mentor en ideales religiosos. Esculcando más al fondo encontró unas fotocopias de un texto de teología en el que opinaba en notas de pie acerca del espíritu y el ser humano como encuentro con Dios. Esas notas las había alabado el cardenal el día de su nombramiento como padre de la iglesia y lo animó a que escribiera un libro sobre ello. Intentó, pero se quedó en la sexta página.

Cada hoja que saca es un recuerdo y una vivencia del seminario, de las reuniones con sus compañeros, de todas las semanas santas, los viacrucis y hasta los retiros espirituales. Encuentra una camándula que le había bendecido el cardenal que lo había exhortado a escribir un libro, ya con algunas bolas partidas; a lo mejor le sirve para ponerla debajo de la cama y poder dormir bien. La pone allí. Su estómago le recuerda el

dolor, la punzada leve. Sus ojos se empiezan a cerrar y se recuesta por un momento para ver si el dolor mengua. Pero da vueltas, la almohada la siente incómoda, dura. Prende el aire, pero no lo sosiega. Va a santiguarse, pero una punzada más fuerte lo hace extenderse en la cama de una vez por todas. La noche es joven, el cielo centellea en cada estrella y el aire, por debajo, acumulando nubes encima del pueblo. El pueblo siente algún dolor también en su eje central, siente como si algo le empezara a doler. Y también se recuesta, se extiende; empieza a sentir que su alma se acaba; y que su tradición, historia, costumbres, política, leyes y toda su gente también se acaba. El reloj sobre las nueve acaba el día.

Jueves

Sobre las cinco de la mañana el padre Tomás se levanta. Lo primero que siente es la cruz caída sobre sobre su almohada y que luego cae al piso. Cuando enciende la luz y mira a través de la ventana, ve aún la semioscuridad en el cielo, advirtiendo la hora. Siente los ojos pesados, la boca amarga y el estómago pegado al espinazo, sin comida. Pero no le apetece nada, su hígado, su páncreas y su sistema digestivo lo siente colapsado, con gases, retortijones y hasta por ratos con el dolor punzante. Trata de olvidar el malestar. Se incorpora. Su toalla es apenas un trozo de tela blanca con la marca eclesiástica. Entra al baño y se mira al espejo, ve un rostro demacrado, con ojeras, los ojos hundidos y la comisura de los labios pálidos.

El baño le reconforta un poco. Levanta la cruz caída y vuelve y la cuelga. Saca las cintillas y la ropa de sacerdote de su armario. Cuando se viste saca el frasquito de aceite y se unta en la frente. Trata de persignarse, pero en el instante siente un dolor al levantar el brazo; y se peina ya sin sentir el dolor. Cuando sale a los corredores del patio ya casi se acercan las seis y el cielo un poco más lapislázuli. Aún duerme el par de muchachos y lucrecia; el silencio por toda la iglesia aúlla.

El padre Tomás entra al recinto del Señor y todo es semioscuridad, el olor putrefacto lo siente, pero muy leve, lo

puede soportar. Entra, con las manos atrás, observando cada uno de los santos, a la gran cruz de crucifixión y hasta la virgen María que yace con las manos sosteniendo al niño Jesús. Recuerda los guardias en la puerta y con mucha cautela mira por los recortes de la puerta. Al mirar no ve a nadie. “Qué extraño”, piensa. Lo que intuye es que pueden estar en otro lugar, pero pendiente de la puerta. Sin embargo, decide salir al son del raballo del ojo para ver qué sucede.

Abre la puerta de atrás con mucho sigilo. Cuando sale el aire fresco de la mañana lo siente cómodo en los pulmones. Se va bien orillado para evitar cualquier mirada. El cielo ya es claro, con asomo del sol, pero de refilón en la cordillera. En la esquina se para, pero sigue sin ver a nadie, mira de lado a lado acercándose más, pero nada. Sólo alcanza a notar la puerta con la cadena el candado y barricadas, como si fuera una trinchera militar.

Regresa y empieza a cavilar en que, quizás, el alcalde les había dado la orden de retirarse, pero que dejaran todo muy seguro. Por un momento su estómago siente la necesidad de comer algo, de tomar un café. Entra a la cocina y saca de la alacena una bolsa con pan, pero la deja al instante al ver un par de cucarachas adentro comiendo. Los insectos salen corriendo. La estufa está fría y todas las ollas boca abajo. Piensa que debe

decirle a Rosario cuando llegue de que limpie y le haga algo de comer.

Vuelve a su cuarto. No encuentra sosiego, ni lectura bíblica ni oraciones en qué resguardarse. Encuentra la cruz otra vez tirada, pero encima de la cama. La deja ahí. El baúl con todas sus notas y documentos tirados, abierto. Saca todo, absolutamente todo, hasta alguna que otra cruz, devocionales casi amarillentos y una biblia con la portada destrozada. Lee cada una de las hojas, con detenimiento, leyendo hasta sus recuerdos, el vacío de su alma es como un disco que gira alrededor de sus vivencias. Lo que más gira en su alma es el día en que su padre lo dejó por primera vez en la puerta del seminario, con el sentimiento de que nunca más volvería a verlo, sino hasta que fuera un sacerdote o por lo menos estuviera en misiones eclesiásticas. En uno de los exámenes encuentra una hoja que dice *Este el verbo de Dios, carne y sangre, derramada seréis por la voluntad de mi Padre en el cielo*. Y al lado una nota de uno de los profesores de teología: *no entiendo Tomás a qué se refiere con esto*. Gira en su alma que le respondió al momento en la sacristía: *Padre Cornelio, el verbo del Señor y su carne son uno sólo*. Y trata de recordar la respuesta que le dio, pero su mente y el giro en su alma no anda, es una rueda estática, sin aceite.

Muy en el fondo del baúl encuentra su cingulo de Diácono, ese servicio que ya hace cinco años había dejado y por el cual había

tenido sus grandes encuentros con Dios y con su pueblo. Ya está amarilla, algo polvorienta y la sacude para volverla a guardar con mucho cuidado. Gira su alma al detalle de los comienzos de diácono, cuando sus vestiduras no le ajustaban al cuerpo, cuando la sensación de llevarse a los fieles para la ayuda en el bautismo le era gratificante. Recuerdos y más recuerdos en su alma gira: el día en que el sacerdote San Blas le dijo: *Tú debes ser, Tomás, el elegido para el pueblo de Dios, para que dirijas todo este pueblo, ciudad, país y hasta el mundo.* Y se siente orgullosos por ese giro en su alma.

Se incorpora, se reconforta en su cuerpo, hay algo de su malestar que ya no siente, como si el orgullo dominara todo su cuerpo o alguna endorfina segregada de su cerebro. Se mira al espejo. Recoge todos sus papeles de nuevo en su baúl y lo guarda. Sale, con el cielo ya limpio, con la mancha solar por el ascendente, con nubes derretidas. Aún duerme Lucrecia y el par de monaguillos. Suena la puerta muy suave. Cuando abre entra Rosario, con la bolsita de ropa de cambio y unas hierbas en una bolsa. Se inclina y el padre Tomás le va a dar la bendición, pero le hace parar, sin ninguna señal.

—Hola...padre Tomás, el señor esté con vuestro espíritu— dice Rosario dejando todo encima de la mesa en madera.

—Gracias, Rosario. ¿Qué trae en la bolsa?

—Es una hierba buena para que tome y se sienta mejor.

—Le agradezco, Rosario, pero la verdad no creo en homeopatías, sólo el señor mi Dios me hace sentir mejor—
Tomás se palmorea el estómago.

—Pues, Padre, la verdad lo que uno pueda hacer por uno está bendecido por Dios, que, efectivamente es quien nos ayuda, pero a base de voluntad humana.

Tomás reflexiona por algunos segundos y luego dice:

—Bueno, es verdad en cierta manera. Prepare la infusión y la bendecimos para que todo fluya con la gracia del Señor.

Rosario se dirige a la cocina y el padre Tomás se enfrasca en su mente, sentado en la mesa y con la mano en el mentón. Se toca el cuello de la camisa y no siente el clériman, por lo que vuelve a su cuarto y lo busca, pero no lo encuentra; revuelca todo su armario, pero nada. Cuando regresa, Rosario ya se ha cambiado para empezar el aseo a todos los recintos. Empieza a mover la escoba, con un vaivén suave, mirando por ratos al padre Tomás que yace parado mirándola, con las manos en los bolsillos.

—Padre, a esta hora usted está haciendo el rosario, ¿qué pasa?

—No, pues... no me acordaba, la verdad. Es una costumbre. Puede ser el malestar o la preocupación con todo esto del estado y el cierre de nuestra iglesia. Todo eso me tiene atormentado, afligido.

—Pero ya tienen el plan con el padre Porfirio, saben lo que van a hacer, no entiendo por qué tanta preocupación.

—Pues anoche también tuve una conversación con Lucrecia y estuvimos hablando de la fe, de la razón, de San Tomás, de San Agustín y su filosofía de fe. Y no sé... la verdad hubo cosas que no me gustaron en lo que me dijo—Tomás olisquea el olor en la cocina—. Creo que ya hirvió la infusión, Hija.

—Sí señor.

—Pues que pensara que la iglesia...la evolución...no sé, en pocas palabras me quiso decir que era claro que la iglesia se estaba acabando porque las convicciones y leyes se habían quedado estáticas, no habían evolucionado. Todo eso me hizo atormentar.

—¿Pero atormentar que fuera verdad o sorprendido de que Lucrecia esté perdiendo la fe? —Rosario le pasa el vaso con el agua de hierbas.

—No, pues, que esté perdiendo la fe, que esté influenciada por el estado y por todo el zafarrancho de acabar con la iglesia. Cuando llegó acá, hace cinco años, la conocí devota, con espíritu de ayuda y hasta con un semblante de Virgen María que me cautivaron—Tomás pasa un sorbo de la infusión y frunce el rostro.

—Tendría que hablar con ella, pregúntele, analícela para ver qué puede pasarle.

—Al rato que esté en sus quehaceres la abordo—Tomás pasa otro trago de la infusión y frunce de nuevo el ceño—. Está caliente, Rosario y tiene un sabor que no me gusta la verdad.

—Es buen indicador, padre, de que le va a hacer bien. Es común que lo que a uno le desagrada es lo mejor para la salud.

—Usted explica todo, Rosario, que lo hace sentirse a uno en paz interior. ¿Nunca pensó en un convento, en dedicarle la vida a Dios, las vestiduras arraigadas al cielo de la piedad?

—Pues la verdad, padre Tomás, muchas veces contemplé la idea, incluso mi papá me apoyó, pero, como siempre la bendita manía del ser humano de enamorarse, de convertir el alma tranquila en un alma de intranquilidad e insomnio. Lo que llamamos amor.

—Definitivamente, Rosario, es el peor sentimiento que uno puede tener como ser humano, es un sentimiento de desenfreno espiritual del que nunca he estado de acuerdo; le hace a uno ver cosas que no son, un ciego absoluto.

—Aunque como dijo aquel escritor del tiempo perdido: *El amor es una enfermedad inevitable, dolorosa y fortuita*. Pero basta de opinar del mundo, padre, Por ahora tómesese el agua y yo terminaré de barrer.

El tiempo ha acelerado hasta las seis y cuarenta. El padre Tomás termina el agua y se reconforta su estómago, sintiendo que sus vísceras y todos sus órganos se potencian. Vibra su

alma, su espíritu de verdad y fe. Sin embargo, algo camina por su cabeza, algo que debía hacer, pero ha olvidado. Va hasta al cuarto para levantar al par de muchachos; aún duermen, con la cabeza y cuerpo en forma de s. Los menea y simplemente se mueven un poco, pero continúan mecidos por la noche.

—Vamos, Flora y Silvio, hijos tiernos del Señor Dios. Necesito que despierten para que hagan la oración de la mañana, para empezar con gracia el día para Señor—Tomás les quita la cobija y pone sobre cada uno sus biblias.

—Sí señor—dicen refregando sus ojos.

Cuando se incorporan, Tomás les pasa sus toallas y sobre cada uno pone una barra de jabón, champú y el aceite para bendecir sus cuerpos. Mientras tanto Tomás vuelve al púlpito. El olor putrefacto se ha ido por completo, sólo queda un olor a humedad que puede soportar. Cuando pasa la mano por los santos le quedan untados de polvo y tela de araña, a pesar de que los ha limpiado el domingo pasado. Rosario ya viene atrás de él barriendo el púlpito; cuando se acerca, Tomás observa los santos con compasión.

—¿Qué pasa, padre, aún el olor?

—No, ya se ha disipado. Los santos están inmundos de polvo, mira a mi querido Loyola, lleno de telaraña, polvo y hasta sus pies se están desangrando—Tomás vuelve y pasa la mano, pero con un ademán de tristeza.

—Si quiere traigo un trapo y agua y lo limpiamos, padre, no hay problema, uno por uno.

—No, no hace falta, Rosario, ese es un oficio que es para mí, esto es lo más valioso que tengo para mis fueros de fe y yo mismo los limpiaré con dedicación; además, que no se les puede limpiar con cualquier cloro o desinfectante.

—Como quiera, padre Tomás. ¿Cómo se siente con la infusión?

—De maravilla, Rosario, esta agüita es bendita, me calmó el malestar en minutos—Tomás se coge el estómago y mira al púlpito, a la cruz con el Cristo clavado—. Y... bueno, claro que también a nuestro Señor mi Dios que con su ayuda también me hizo sentir mejor.

—Qué bueno, padre—Rosario sigue barriendo, con una sonrisa en su rostro.

—Tendré las suficientes fuerzas para ir mañana con el padre Porfirio a la Capital y traer al Papa, empezar a luchar por nuestra iglesia, a alzarnos en ideas para relegar al estado y hacer que seamos la potencia que fuimos hace siglos. Así que, Rosario, esta iglesia debe quedar reluciente para hoy, a partir de mañana se empieza a escribir una nueva historia para nuestra iglesia católica.

Tomás habla con ánimo, con el ademán de apretar los puños, de sonreír desde su espíritu conexo con el cielo y con Dios. Va

rápida­mente por un balde, agua y una espuma de fregar. Cuando alista todo, el par de muchachos aún se visten, con toalla en el cuerpo y la biblia tirada a un lado de la cama.

—Por favor, Flora y Silvio, hijos de Dios, necesito que sean rápidos para que me ayuden a limpiar los santos, están llenos de polvo.

—Sí señor, era que estábamos esperando que saliera el Espíritu Santo del baño.

—Ah bueno, pero rápido y no olviden sus oraciones e historia de la biblia. Cuando lo hayan cumplido van a la sala para darles una esponja y empiecen a ayudarme a fregar los santos.

Cuando sale, lleva en la mano el balde con la espuma. Por un momento se queda pensado en la conversación anterior, algo que se dijo y no le cuadró, pero no le ha quedado a flote en su mente, simplemente en lo recóndito de su mente. “Estábamos esperando...oraciones...historias de la biblia”. Empieza por su favorito, Santo Tomás de Aquino, a limpiar su areola, luego la mirada triste, después todo su rostro, con mucho cuidado, pensando en su santa vida, en lo que pudo haber pasado por su cabeza como filósofo de la fe. Además, su pensamiento mundano, no cree que solamente pudo haber tenido una vida de santo, sino que tuvo que haber tenido una mente ante la sociedad, tuvo que haber tenido envidia, espanto, sueños, como cualquier humano. Por un momento frena ese pensamiento,

simplemente se dice que no, tuvo que haber sido santo, nada más, por algo la iglesia lo había escogido para esa nominación y representante. De dónde viene su pensamiento. Se sacude el cerebro.

Se concentra, en la esponja y en ir mirando que la superficie quede reluciente. Luego de algunos minutos llega el par de muchachos, quedándose parados y mirando al padre Tomás para cualquier orden. Tomás los advierte por el rabillo del ojo, se detiene por unos momentos, dejando caer la espuma al piso.

—Muchachos, coja cada uno una esponja y empiecen a limpiar solo la base de los santos. Tengan cuidado de no decolorizar el yeso, el exceso de cloro le puede afectar. Ellos vienen en un tipo de vinilo especial para durar muchos años, y por lo tanto es un tipo de pintura que con cualquier químico se puede diluir. Así que, manos a la obra.

El par de muchachos cogen la espuma y se encaminan hacia san Ignacio de Loyola. Tomás los detiene de nuevo.

—Ah, no olviden que antes de empezar a limpiar el santo, deben de elevar la oración para él, la establecida. Si no la recuerdan debajo del ambón está el libro de las oraciones para cada uno. Toman el libro, como cuando van a leer la palabra de Dios y rezan; Él queda purificado y listo para ser removido el polvo.

Los muchachos asienten. El padre Tomás continúa limpiando a Santo Tomás, su santo, su representante de fe y personalidad. Aunque un poco de toda su filosofía ha aprendido en el seminario, de su vida y obra, no se ha atrevido aún a escribir algo, algo que le motive a escribir una filosofía del razonamiento de la fe, de hacer una amistad entre las dos. Lo ha pensado en años anteriores, pero aún de su mente no fluyen las palabras adecuadas. Limpia parte de los ojos del Santo y pasa al vestido.

Los muchachos limpian con parsimonia el otro yeso de Loyola, mirando por ratos para la puerta y después el horizonte. Sobre sus pensamientos no hay mucho que decir, solamente mentes sincronizadas y obtusas al orden de la iglesia y del padre Tomás, a cualquier juicio y armas que deberían tomar. El par de jóvenes habían llegado un día por casualidad con su madre a la iglesia del padre Tomás, pidiendo el mercado de la semana para las familias necesitadas y que el padre Tomás lideraba. Los muchachos estaban ayudando, días después, con los favores que necesitara la parroquia. Un día, cuando el padre Tomás oficiaba la misa del domingo, cada uno de los muchachos habían pasado a leer un artículo del devocional. El padre Tomás quedó encantado con sus voces delicadas; además de que Flora cantaba para el coro. Cuando la madre murió, no tuvo otro remedio que dejarlos como monaguillos.

La mañana empieza a ser zigzagueante de sol, con nubarrones grises que se toman atribuciones. En el gran portón ya no están los guardias que custodian la iglesia, ahora yace solitaria, pero con candado. El aire, que empieza a aumentar, se eleva y luego va por los árboles con un vaivén loco y luego taciturno. Es probable que lleguen más nubes de alguna parte, grises y amenazantes de lluvia; comienza la temporada de lluvias después de tres meses intensos de verano. Por una de las calles polvorientas viene una camioneta negra custodiada por un policía y un escolta, muy atentos. Algunas personas miran con detenimientos y otras simplemente se dedican a la labor de barrer las hojas del andén. La camioneta gira en la próxima esquina, sube por la siguiente y derecho llega a la plaza principal. Cuando desciende el alcalde, el escolta lo protege mientras más de un empleado de la alcaldía lo aborda para los buenos días.

—Hola, señor alcalde, pláceme en saludarlo. ¿Qué tal noche pasó?

—Hola señor alcalde, lo invito a almorzar sobre el medio día para que charlemos acerca de la ley.

—Señor alcalde, tengo una propuesta que le va a encantar, un contrato de edificaciones que proyectará al futuro...

—alcalde, el señor necesita hablar con usted para que le firme los latifundios.

Y por último su secretaria, Paola, con un atractivo vestido, muy llamativa. El alcalde sonrío; el escolta se retira. Paola trae en la mano un cartapacio de documentos y en la otra el teléfono para pasarle la llamada al alcalde.

—Es el presidente.

—Toma el teléfono rápidamente y más allá del escritorio coge su computador, quita cosas del lugar y en un santiamén contesta.

—Qué pena la demora, señor presidente, era que estaba hasta ahora entrando a la oficina.

—*Bueno, alcalde. Necesito dos favores puntuales: que por favor se reúnan con el sacerdote Tomás Villa San Martín y con el Canónigo Porfirio Mendieta y les haga saber que mañana llegan los investigadores, que saquen todas sus pertenencias eclesiásticas, a la calle si es posible, porque ellos van a tomar fotos, a recoger evidencias para los informes contundentes de cierre total de la iglesia. Necesito que los reciba, que les colabore y que les haga saber que recojan todo lo que puedan; de todas maneras, ellos saben cómo hacer su trabajo, ya tienen especificaciones y cosas claras de las órdenes que les he dado...*

—Y me imagino, señor presidente, que ellos después irán al vaticano a investigar otras cuestiones.

—*Por supuesto, Rigoberto. De muchas de las evidencias que recojan acá en nuestro Gran país depende de lo poco o mucho que*

hagan allá; es un trabajo arduo, de todas maneras. Entonces, necesito que vayan a su guarida y les dé esta información, clara y concisa, porque sé que ellos no van a ir a la alcaldía, deben estar resguardados planeando como contraatacar.

—Sí señor, yo creo lo mismo, no creo que estén tan tranquilos esperando que les quitemos toda una vida de poder.

—*Entonces, cuento con usted.*

—Por supuesto. En la tarde le daré información. Es más, yo mismo iré allá, nada más placentero que verles las caras cuando se enteren de la investigación exhaustiva que les vamos a hacer.

—*Excelente, alcalde. Recuerde nuestro lema: ¡Manos a la obra!*

Cuando cuelga, el alcalde bota todo el cartapacio de papel al piso sin querer, poseído de un mundo de trabajo que no sabe por dónde enlazar. En el instante entra Paola con el tinto de la mañana y con otro de los celulares de la oficina. Deja el tinto sobre el escritorio y le pasa el teléfono al alcalde.

—Sí, con quién... ah, es usted, Argemiro. Lo estaba pensando. Necesito que venga a eso de las once de la mañana para que me acompañe a dar una información a ese Tomás de parte del presidente. Así que muy puntual, acá le doy más detalles.

—*Como un rayo, mi alcalde Rigoberto. En este momento estoy por los lares de la casa de Porfirio, así que le podré dar informaciones de sus pasos y su itinerario el día de hoy.*

—Excelente. Entonces lo espero, y con eso puede también notar cualquier sorpresa en el padre Tomás, usted que es un viejo zorro de leer los rostros y el ambiente del crimen. Entonces, adiós.

Toma un sorbo de café. La puerta se abre; es Paola para anunciarle el nuevo visitante.

—Y ahora quién es, Paola, por favor estoy muy ocupado, no he podido recoger todas estas hojas y no he podido empezar a generar informes de gestión...

—Pues me dice que es periodista de un periódico, pero pues no me dijo más.

—Ah, periodista, qué bueno. Entonces hágalo seguir, pero antes recoja todas esas hojas, antes de que entre.

La mujer recoge todo y lo deja en el escritorio, muy bien organizado. El alcalde se acomoda mejor en su silla, hace que escribe algo en el computador y espera a que el hombre entre. Luego de un minuto el hombre ingresa, trae en sus manos una grabadora y en la otra una agenda con un lapicero; muy bien peinado, delgado y unas gafas grandes.

—Paola, un tinto para el hombre, por favor. Buenos días, siga, siéntese—El alcalde le pasa la mano con una sonrisa leve; apenas la siente el hombre—. Me dice mi secretaria que es periodista.

—Sí, señor alcalde. Pues me identifico: Mi tarjeta profesional de periodista. Trabajo para el periódico *la versión* y mi nombre es Emilio Socarrás. Pues para nadie es un secreto que el estado ha decidido acabar con cientos de siglo de religión. Pues si usted me permite unas preguntas le agradecería—el hombre alista su grabadora y la pone cerca al rostro del alcalde.

—Por supuesto.

—Es verdad que cuando logren que las iglesias les entreguen todo, ¿sus terrenos pasarán a manos del estado?

—Por supuesto, son terrenos que utilizaremos a propiedad de la sociedad, serán sitios nuevos, con colegios, bibliotecas, lugares culturales y hasta empresas nuevas que le darán el adelanto absoluto al mundo.

—Excelente, señor alcalde ¿y es verdad o se rumora que el gran representante de la iglesia vendrá mañana para reunirse con el estado? —El periodista hace un ademán de incertidumbre.

—No le quepa la menor duda, señor periodista. Mañana este hombre, que ya no será nadie, vendrá por su cuenta y arreglará, ajustará cuentas con el presidente para que empiecen a alistar sus arcas y las entreguen—el alcalde se estira y pone las manos en su nuca en muestra de arrogancia.

—¿Cree usted que la iglesia les entregará todo así de fácil, sin una ponencia o contraataque?

—Hombre, por supuesto que no, no van a entregar todo, así como así, lucharán como perros rabiosos para defender su estatus quo, no se rendirán tan fácil, pero, pues, nosotros y el presidente ya tienen su contraofensiva: les investigaremos, les allanaremos todo, les cogemos con pinzas de laboratorio cada una de sus fachadas para hundirlos más rápidos.

—Por último, señor alcalde, si usted y todos en este país logran acabar con siglos de fe, ¿usted se perpetuará en el poder, harán que lo reelijan?

—Hombre, la condición de la política está ligada al poder y es por ello que cuando uno tiene una administración y lo hace bien, pues uno solo seguirá sentado en esa silla, no hay por qué preguntárselo al pueblo, ellos aprobarán, se lo aseguro—el alcalde guiña el ojo y con el dedo índice señala al periodista.

—Muchas gracias, señor alcalde, esta entrevista estará saliendo el día de mañana en nuestro diario, no se la pierda.

—Muchas gracias, hombre, que esté bien—estrecha la mano del hombre que guarda la grabadora en su bolsillo.

Se cierra la puerta y el alcalde se arrima a la ventana, con las manos atrás y mirando todo el cielo luminoso de las casi ocho de la mañana. Se siente satisfecho, da un respiro cómo en sus pulmones, todo lo pensado le funciona en su alma. Recuerda lo que le acaba de decir al periodista, de seguir siendo alcalde y hasta presidente y quedarse ahí durante muchos años; andar en

reuniones con otros presidentes del mundo, que todos lo admiraran por su gestión en el país, como alguien que ha combatido la corrupción, que ha implementado el orden social; con la bandera puesta de lado a lado de su pecho, con el escudo servil del país. Eso lo llena de gloria.

Pero regresa la mirada a su oficina y ve un poco de cartapacios en su escritorio y su computador y no sabe por dónde empezar. Se sienta, se rasca la cabeza, estira las piernas y no logra concentrarse, Recuerda el mensaje para el padre Tomás. “Bueno, quizás eso que no me deja en paz, una ansiedad me atrapa”. Piensa mientras se incorpora y llama desde la puerta a Paola. La mujer llega a los segundos, arreglándose la falda y las gafas.

—Por favor tráigame otro tinto, bien cargado.

—Sí señor, en un minuto.

Teclea y mira el documento: *Informe de gestiones y construcción 2028-2029. 12000000000 de pesos. Gastos: 50000000 de pesos en contratos. Gastos en materiales: 170000000 de pesos. Renta contratista: 30000000 de pesos. Renta y haber municipal: 400000000 de pesos.* Lee abajo las firmas del contratista y suya, pero sin cédula. Empieza a teclear, pero siempre con el rostro del padre en su mente, no lo puede quitar de ahí. Coge el teléfono para llamar a Paola y decirle que llame a Argemiro para que vaya. Por un momento lo piensa, tiene

mucho que hacer, pero en su mente siempre está la imagen y la ansiedad porque todo acabe de una vez por todas; siente y ve la imagen en lo más profundo de su inconsciente la partida de los padres del pueblo, cada uno con sus maletas, tomando un camino incierto; y pues, imaginando, además, que se apodera del lugar y lo convierte en un super hotel de lujo para el turismo.

—¡Paola, llama por favor a Argemiro y dile que venga rápido, que lo necesito!

—*¡En segundos, señor alcalde!*

Paola regresa con la llamada y el alcalde simplemente observa el computador, con las manos atrás y la espalda recostada a la silla.

—Aló, Argemiro, véngase ya que adelanté el camino, acá le voy explicando por el camino los detalles de ultratumba.

—*Correcto, mi alcalde, soy un rayo. Regáleme cinco minutos.*

El alcalde cuelga y sale de nuevo a la ventana, a esperar a Argemiro. “Cuando lo vea que se acerca bajo...”, piensa, mientras observa los transeúntes tranquilos de la plaza principal. Mira el reloj: las ocho en punto, le calcula diez minutos para que Argemiro llegue. Mientras tanto piensa en el pueblo, de cuánto crecerá la economía y la sociedad cuando se acaben todas las religiones y la gente sólo se dedique a estudiar y a crear grandes proyectos de adelanto. Lo anhela, como una fuerte roca agarrada a la tierra. Por algunos segundos piensa que es

simplemente saber guiar a un montón de micos por la senda correcta, porque, piensa, los seres humanos son como micos sin estabilidad, con locuras, buscan saciar las necesidades y qué mejor que un fuerte dirigente con leyes rígidas para aplacarlos; pues a los micos se les da una banana y ya.

Vuelve y mira su reloj, no son más de las ocho y cinco. El cielo se mantiene azul, denso y con el sol a punto de llegar a la tierra. En el momento en que mira con detenimiento una mujer atractiva que pasa por la plaza, atrás ve al padre Porfirio, con una agenda bajo el brazo y un libro en el otro. Sólo espera que Argemiro lo haya visto para que lo analice bien y sepa de sus objetivos y su itinerario. Sigue mirando a la mujer. El horizonte es confuso, perplejo y Rigoberto lo alcanza a ver como una inmensa manzana; no redonda, sino roja y sabrosa, por donde cabe su ambición y su poder de morderla.

Cuando mira al otro lado de la plaza divisa a Argemiro que viene con la agenda bajo el brazo, caminando a toda prisa, con paso de salto por ratos y apenas mirando a un lado de la calle. Se sosiega, vuelve se sienta en su escritorio y con las manos limpia el polvo del vidrio. Ajusta la camisa. Entrelaza las manos y se sienta a ver a la pared esperando que entre Argemiro.

Cuando ingresa, trae un saco de paño, más grande que su cuerpo y más grande que su conciencia.

—Hola mi señor alcalde, es un gusto para mí tenerlo sentado en esa gloriosa silla...

—Ya, ya, ya, Argemiro, sin alaraca, no hace falta. Necesito que me acompañe a donde los grandes padres de esta iglesia—hace un ademán de ironía—, hay que darle un mensaje de parte del presidente.

—Y eso, ¿qué es? —Argemiro se sienta y en su rostro se forma una risa lacónica.

—Pues vamos y le voy contando por el camino.

Se alistan, cada uno con la agenda bajo el brazo, pero el alcalde con el rigor de su mandato y el verdugo, con un caminar más doblado. Cuando el alcalde va saliendo, los guardaespaldas lo siguen, uno detrás del otro, protegiendo su integridad. Paola lo alcanza, y con documentos siempre en la mano, le dice:

—Tiene pendiente la visita del ministerio de hacienda, señor alcalde...

El alcalde sólo sale a la plaza principal, sin prestarle atención a nadie. Empieza a caminar, con los guardaespaldas mirando de lado a lado, con pistolas en las pretinas del pantalón y con chaleco antibalas, muy altos y fornidos. Rigoberto y Argemiro caminan sobrios, y en silencio por algún minuto.

—Pues, Argemiro, esta noticia que le vamos a dar a los padres de parte del presidente es genial: él les manda a decir que deben

alistar y sacar todo porque vienen los investigadores a olerles todo, a saquearlos como a nido de ratas y cucarachas.

—Excelente, señor alcalde, esa noticia la saboreamos para decirla ahora, ya veremos las caras de sorpresa y susto.

Caminan más rápido y los guardaespaldas detrás de ellos como animales protectores de sus crías. Cuando se van acercando por atrás de la iglesia, los guardaespaldas miran hacia atrás, con las pistolas al pecho, atentos ante cualquier ataque. El alcalde y Argemiro se limitan a tocar la puerta; después de unos segundos vuelven y tocan, pero no abren.

Cuando el aire entra desde el lado de la iglesia, el padre Tomás termina de darle la mano al padre Porfirio y escuchan el golpe en la puerta.

—¿Quién podrá ser a esta hora? —pregunta Porfirio mirando también a Rosario que termina de limpiarle las hojas a las plantas.

—Mira, por favor, Rosario—le dice el padre Tomás.

Cuando la mujer se acerca tiene el trapo en la mano. Al mirar por el visor de 360 grados ve que es el alcalde y su acompañante. Rosario va rápidamente donde los padres y les dice.

—¿Qué querrán a esta hora? —pregunta Tomás.

—Sí, quien sabe. Pues dejémosle entrar y mirar a ver qué quieren—dice el padre Porfirio.

—¿Pero amables o les cantamos unas cuantas verdades? —
Tomás frunce el rostro.

—No, padre Tomás, lo que más nos conviene ahora es tomar con calma todo, mostrémonos amables, considerados, nobles, que vean que hemos aceptado todo este cambio con la mayor serenidad posible, con eso, a la hora de atacar, todo será una sorpresa—el padre Porfirio se ajusta el pantalón y las gafas, en son de emoción.

—Sí, padre, excelente, esto les ahorrará sospechas y planes, no lo había pensado de esa manera.

Rosario se acerca a abrir e ingresa el alcalde y Argemiro, tapándose la nariz con un pañuelo; el par de guardaespaldas entran también. Por un momento hay silencio, sólo como una pintura al óleo, a punto de ser observada por el espectador. El alcalde le pasa la mano a Tomás y luego a Porfirio. Los guardaespaldas se quedan parados en la puerta y el alcalde y Argemiro ingresan como por la alcaldía con mucha confianza.

—Bueno, ex padres de esta iglesia. Yo vengo a darles un mensaje de parte del presidente de esta Gran nación. Sucede, que como bien saben, obedeciendo al artículo ciento veinte de leyes territoriales y demás consecuencias de la sociedad y su bienestar para la nueva constitución, que el día de mañana se acercará unos hombres expertos en investigaciones religiosas y hasta expertos en levantamientos de cadáveres; todos unos

detectives. Vienen para investigarles todo esto que tienen acá, desde una aguja hasta cualquier material de este negocio—el alcalde mira a los padres en profundidad, pero lo único que ve son unos rostros apaciguados, atentos a lo que digan—. Todo esto con el fin de hacer más legal el cierre de su institución y pues, obviamente, en caso de encontrar ilegalidades proceder a demandar y que paguen una pena de unos cuantos años— Rigoberto mira a Argemiro y éste concede una sonrisa malévolamente.

Por un momento se activa de nuevo la pintura, esta vez el espectador la aprecia y es el tiempo y la naturaleza. El padre Tomás mira a Porfirio a la vez a Tomás, como preguntándose el uno al otro qué decir. Tomás siente en su espíritu un fuego lacónico; se quita las gafas y su voz suena temblorosa, pero luego se normaliza.

—Pues, bueno...señor alcalde.... El deber es de ustedes, ustedes están cumpliendo como estado, como cabeza de sociedad. Lo único que podemos decirles es que nos duele como institución de siglos que acaben todo esto, pero pues los designios de Dios no hay cómo advertirlos ni mucho menos llevarles la espada a la espalda. Pues ustedes dirán a qué horas estarán los hombres para tenerles las puertas abiertas, pues, también, para ofrecerles tinto y frutas y muchos alimentos que nos brinda nuestro Señor mi Dios.

—Vale. Es importante que tengan todo listo, cosas en filas afuera, como en una incautación para que ellos puedan tomar muestras y les quede más fácil el trabajo.

—Excelente, alcalde—esta vez Porfirio, con las manos en la cintura, agrega—. ¿Le gustaría un tinto, un jugo...? Rosario, por favor trae unos tintos y jugos para estos buenos hombres...o no, frutas, manzanas, naranjas, todos los alimentos que nos brinda Dios...

—No, no, no, gracias, Porfirio y Tomás, ya hemos comido algo y mis hombres deben estar atentos a cualquier movimiento enemigo, usted sabe hoy en día la inseguridad contra el poder. El alimento más importante en este momento es que empiecen a sacar cosas de los rincones para que no llegue mañana y todavía no se logre nada.

—Está bien, está bien, señor alcalde. Ya nos ponemos en este oficio, tiene usted razón—Tomás le da la mano—. Es por eso que queremos hacerle una invitación especial, a usted y a todo su equipo gubernamental para que tomen las riendas de esta nación, para que cada día Dios los proteja y les dé la sabiduría necesaria para tomar las mejores decisiones, para que toda nuestra sociedad sea cada día mejor. Y pues si una buena decisión está en cerrarnos la iglesia, bienvenido sea, comparto este cambio por parte de todos ustedes. El padre Porfirio también les hace esta invitación, claro está.

—Por supuesto, padres, ni más faltaba. Lo único que aclaro es que no con el poder de un ser superior en mentes de ustedes, si no en la entereza de nuestras mentes, en el razonamiento de espíritu político y humano, pero sobre todo en el positivismo de este último siglo—el alcalde levanta la mano y luego mira a Argemiro, que también la levanta, los dos en ademán de imponencia y poder.

—Claro, claro, señor alcalde, no faltaba más, la sociedad y la ciencia siempre en evolución juegan un papel fundamental—Porfirio se detiene, piensa por algunos segundos y mira a Tomás que también cabila—. Pues, bueno, señor alcalde, ha sido un placer tenerlo en nuestro recinto maternal del mundo y espero que todo salga a pedir de boca.

—Claro, mis ex clérigos, todo va a salir acorde a las leyes, que son el poder de cualquier nación.

Los cuatro empiezan a acercarse a la puerta y los guardaespaldas salen, primero, con sendas pistolas, mirando de lado a lado. Tomás y Porfirio le dan la mano al par de hombres y les hace una venia, como si se despidieran de reyes.

Cierran la puerta. Tomás mira su reloj, advirtiendo que son las diez y treinta minutos. Mira al padre Porfirio que limpia sus anteojos, como en busca de no decir nada o no explotar o gritar. Tomás sale corriendo, con los puños cerrados a abrir la puerta de nuevo, pero Porfirio lo detiene.

—¡No, padre Tomás, ¡qué va a hacer! Controle sus impulsos, para qué se va a devolver después de que hemos tomado las cosas con tranquilidad. Somos hijos de Dios, eso está claro, pero sobre todos somos humanos, eso no lo podemos negar. Entonces, Padre, lo que debemos hacer es calmarnos, recuerde que esta noche hay el plan de misa, todo hay que planearlo; mañana el viaje a la capital para recoger al sumo Pontífice. Así que...serenos, respire profundo y siéntese y tome un vaso de agua, le hará bien.

Rosario, que ha prestado atención a toda la conversación resguardada en el púlpito, le pasa un vaso con agua. Tomás, desde su espíritu controlado, se toma la barbilla, con la respiración normal. Porfirio también se sienta, con la mano en la barbilla, con un intelecto y razonamiento más profundo.

—Padre Porfirio, aquí no hay de otra que, de echar mano de la violencia, de la fuerza humana, de la guerra y hasta de los asesinatos—Tomás se incorpora, camina de lado a lado, como queriendo tomar de una vez la decisión, pero recuerda calmarse.

—Tranquilo ya, padre Tomás. Pensemos con cabeza fría: Desde un análisis concienzudo, me imagino que ya el gran Papa ya debe saber de estas incautaciones e investigaciones que nos van a hacer, supongo. Entonces, desde su séquito ya estará planeando algo para conversar con el gobierno, entonces no nos

preocupemos por eso—Porfirio se incorpora también, detrás del padre Tomás.

—Pero, padre, la pregunta es cómo vamos a hacer mañana que no estemos, vendrán mañana temprano y nosotros no estaremos.

—Sencillo, no pueden empezar a investigar nada si nosotros no estamos, eso es ilegal, claro.

—Ah, pero padre, para el gobierno, a la hora de tomar decisiones y leyes tácitas, no hay nada ilegal.

Hay un silencio momentáneo. Un aire suave entra. El par de muchachos se acercan, cada uno con el balde y la esponja en las manos. Rosario les ayuda a recoger todo. Tomás y Porfirio se quedan mirándolos. Al instante Lucrecia, también con un balde y una esponja en la mano, aparece con un rostro cansino.

—Hijos, qué pasan, ¿por qué esas miradas de rebaños del Señor? ¿Ya terminaron?

—Sí, padre Tomás—dice Lucrecia—pero en el momento de acabar con toda la limpieza de los santos, empezamos a notar que el color se diluía, no sé, padre, juzgue usted.

Tomás y Porfirio corren. Efectivamente cada uno de los santos tiene la pintura corroída, con brotes de un óxido y agua. Tomás le pasa las manos y en sus dedos solo queda el yeso con el color y el óxido. Porfirio se acomoda sus anteojos y muy certero acusa a los muchachos y a la secretaria.

—¡Pero hijos de Dios, por favor, ¡qué han hecho! Todas las imágenes de la iglesia echadas a perder por la negligencia de ustedes. ¿Con qué las limpiaron?

—Con el líquido que nos pasó el padre Tomás, padre, no hay de dónde—dice Flora, con la cabeza gacha y las manos atrás.

Tomás le quita el tarro del desengrasante a Lucrecia y le mira la etiqueta: *Disolvente activo al 20%. Especial para limpiar superficies, pisos, paredes y baños. Agregar agua.*

—Pues la verdad no le veo nada, está básico, no es ácido, no entiendo—dice Tomás con una voz temblorosa.

—Como para seguir con esta racha de malas noticias, padre Tomás—comenta Porfirio. Después de una breve pausa, continúa—: Aquí no hay de otra que decirle al sumo pontífice del daño para que nos colabore con el presupuesto y volverlas hacer todas. Pero...padre Tomás, por favor, yo creo que por ahora no es para preocuparnos por esto, primero pensemos en qué vamos a hacer mañana para recoger al Papa en la capital y cómo vamos a sortear la visita de esta gente mañana—Porfirio se devuelve al corredor del patio y Tomás lo sigue.

—Ya, por favor, no se queden ahí parados. Ya recojan todo eso. Lucrecia para su oficina y ustedes, Flora y Silvio a Leer el Gran libro. Claro, como penitencia por su descuido con cincuenta avemarías seccionadas en dos etapas: a uno y a dos; esa sería una avemaría.

Tomás alcanza a Porfirio y bota el limpiador en el piso. Porfirio se sienta en la mesa, Tomás entra a su oficina y saca la biblia. Por un momento cavilan, como pájaros en vuelo. Luego se toman un tinto que les pasa Rosario. El cielo se seca a los rayos del sol. La temperatura sube a los treinta grados. Hasta el mismo pensamiento de los padres se seca, sin idea alguna, a la deriva de algún chispazo. Se escucha el aleteo de una paloma, después de dos y tres y se paran a buscar moronas; las palomas vuelan de nuevo y en la mente de Tomás hay un vuelo de ideas grandes.

— ¡La tengo, padre Tomás! Nos vamos a ir normal, de eso no le quepa duda, muy a las cinco de la mañana saldremos para la capital. Vamos a dejar a cargo a Rosario y a Margaret de la iglesia. Nosotros no estaremos, claro está, pero cuando lleguen los hombres que ellas les diga que nosotros...

— ¿Que nosotros qué, padre Tomás?

Por un momento cavila Tomás, mirando a Rosario que da las últimas puntadas de aseo, pero no obtiene respuesta. Su inconsciente viaja, como avión potente y encuentra alguna idea sobria. Porfirio hace un ademán de preocupación y aprieta las comisuras de los labios.

—Pues, padre, lo tengo. Que nos tocó irnos urgente para la ciudad en búsqueda de nuestra nueva estadía y que volvemos en la noche... o no, eso no, no les digamos nada...

—Pero preguntarán, padre Tomás, obviamente.

—Bueno, pues que les diga eso, entonces que no saben, si hoy mismo o mañana u otro día, esa certeza no la saben.

—Bueno, está bien. Supongamos e imaginemos, mejor, ¿qué harían?

—Como primer supuesto que se retiren porque sin nosotros no podrán hacer nada, además es delito confiscar una propiedad sin permiso ni nada—Tomás le da un golpe al suelo con el tacón de los zapatos.

—Pero hay la posibilidad de que lo empiecen hacer, que nos busquen todo, remuevan y obliguen a estas siervas de Dios a sacar todo—Porfirio sube el tono de voz y levanta las manos.

—Pero, padre, toca pensar positivo, usted me ha enseñado a ver la vida así, desde el encuentro en el retiro. Entonces saboreemos la mejor manera de la vida, concretemos grandes sucesos, buenos, locuaces, cargados del cielo universal.

—Y de Dios, claro...

Tomás, en su idilio, no escucha al padre Tomás, siente una punzada por no haber nombrado al ser más brillante del universo. Sin embargo, lo olvida. Gira los ojos por toda la iglesia, como una cámara de trescientos sesenta grados.

—Padre Tomás, recuerde que esta noche tenemos una invitación de los feligreses más próximos para una misa clandestina, así que ahora en la tarde nos toca salir a buscarlos

con cautela y de paso ir a donde don Evaristo para el carro y dejarlo resguardado acá.

Tomás mira al cielo en el momento en que Porfirio le habla. Su mirada es lela, sin gracia, un alma ida en el momento en que Dios le designa una misión y ese ángel está a punto de caer a la tierra. Y cae, mira a Porfirio que lo observa con detenimiento, hosco.

—Padre Tomás, ¿me escuchó lo que le dije?

—Sí señor, sí señor. En la tarde toca ir a buscar a los fieles para que se reúnan esta noche con nosotros y pues ir a buscar a don Evaristo para traer el vehículo en el que nos vamos mañana a recoger al sumo Pontífice—Tomás carraspea.

—Sí, padre. Ya tenemos las once de la mañana. Por lo pronto será almorzar algo e irnos luego a buscar los hijos-hijos de Dios.

A esa hora el cielo ya ha desplegado el sol a toda máquina. El airecillo seco que corre es apenas perceptible por los transeúntes en el pueblo. Salen los muchachos del colegio, cruzan los carros haciendo zigzag y los sitios de venta y mercadeo pulula la gente para el alimento. Sobre la alcaldía y el parque principal se ve pasar un par de hombres con la frente enjugada de sudor, rostizados por el sol y cada uno con un pañuelo para ventilarse. La gente los ve pasar, despacio y a la entrada de la alcaldía aceleran el paso; los guardaespaldas ya se han retirado.

El alcalde entra a la oficina y Argemiro entra con él, en silencio. Se sientan muy sobrios en la oficina, el alcalde con su portátil y Argemiro apenas mirándolo, como esperando a que diga algo. El alcalde coge el teléfono y marca.

—Paola, por favor, ¿qué pasa con el aire acondicionado de esta oficina? Me muero de calor.

—*Señor alcalde, voy a hablar con los técnicos para que revisen los conductos del aire.*

—Para hoy.

El alcalde tira el auricular y con el pañuelo se seca el sudor. Sigue sin decir una palabra, sólo revisando el correo y uno que otro documento de administración alcaldesa. Argemiro se mueve a cada rato en la silla, se incorpora, se acomoda el pantalón y luego la camisa y por último lo único que se le ocurre decir es cuestiones de la visita.

—Alcalde, la verdad yo le digo, esta gente no me trae confianza. El simple hecho de haber tomado todo tan natural no me parece, se les notó en la cara la máscara para poder aceptarlo, se tornaron nerviosos, sobre todo el padre Tomás, que es un sacerdote hipócrita y falto de pantalones para decir la verdad—Argemiro hace ademanes y golpea el escritorio para que Rigoberto le preste atención, pero éste sigue sumergido en el computador—. ¿O qué cree usted, mi señor alcalde?

No hay respuesta. Sólo un vacío de silencio que habla. Argemiro sigue inquieto, con ansiedad y da al plan b.

—Bueno mi alcalde, me llama si me necesita, si hay alguna otra reunión o algo importante que llevar, lo acompaño, no hay problema.

Argemiro va saliendo y la puerta se cierra suave, pero el alcalde, con la mano en el mentón y leyendo algo importante, no dice nada.

—Que esté bien.

La puerta se cierra. Rigoberto respira cómodo, en sus pulmones entra la tranquilidad y el sosiego. Mira su reloj, casi quieto, apenas las once y quince. Toma el teléfono y marca. Ya ha bajado la temperatura de su cuerpo. Cuando le contestan pone los pies en el escritorio.

—Aló, señor presidente. Ya he hecho lo que me dijo, ya los individuos quedaron al tanto del asunto. Les dije de que mañana tenían la visita de los agentes para las investigaciones y confiscaciones correspondientes.

—*¿Y que dijeron, alcalde Rigoberto?*

—Lo tomaron con sobriedad, señor presidente, pero la verdad no les creí, yo creo que fraguan algo que no me gusta, como si se trajeran algo entre manos.

—*Sí, sospechoso, yo creo que a los lugares que más hay que vigilar es al suyo, alcalde, hay que estar con los dos ojos puestos*

en esos dos hombres, me parecen muy ladinos y usted sabe que las leyes son para cumplirlas, cuéstele a quien le cueste.

—Sí señor, lo sé—Rigoberto se pasa la mano por su cabello para alisarlo.

—Es por ello que necesito alcalde que me tenga vigiladas las salidas de su pueblo, que, desde esta noche, a partir de las diez pm, y todo eso ya lo decreté para la nación, que tenga guardia militar, requisando todo carro que salga, toda persona que entre y carro que entre los requisan. Que pidan documentos, papeles, que van hacer, persona que conoce; mejor dicho, una requisita militar a lo norteamericano. Eso para evitar que el par de sacerdotes se nos vaya a escapar para evitar la investigación.

—Muy bien, muy bien, señor presidente, cuente con eso. Ya llamo al general para que nos brinde unos soldados y unos oficiales pilosos para la misión.

—Otra cosa, alcalde, necesito que me empiece a gestionar los documentos notariales para la propiedad de esa iglesia, que ahora hace parte del estado; será un bien común para una obra magna que se tiene pensada.

—Cuente con eso señor presidente, cuente con eso, que de mi parte será la gestión más limpia y sabia que pueda tener—Rigoberto se pasa la mano por el cabello y se incorpora, y luego se pone firme y la mano en la frente, como en saludo militar.

—Lo sé, alcalde, usted es en el político noble, fuerte y formal en el que más confío.

Sólo se escucha el tono del teléfono. El alcalde respira profundo, cierra su computadora y del cajón extrae un cartapacio, donde pone un chulo. Su alma, y sobre todo su espíritu, se sienten inconmensurables de buenos logros, hay algo que le satisface y algo por dentro le deja indeleble. La mañana casi termina y la tarde llega a toda potencia, con un calor de hades. Sobre las doce el reloj se derrite.

El pueblo camina inerme, imperceptible por algunas calles. En los alrededores algunos niños juegan con balones, otros con carros y otros llegan del colegio sufriendo las inclemencias de la alta temperatura.

—Espero que las lluvias de abril caigan hasta con sangre— comenta un hombre por la calle.

Más allá de las calles, por la salida hacia la capital, aparece una base militar, donde se puede ver a la entrada un carro tanque, los oficiales y uno que otro soldado a la espera de los ataques. La base se extiende cuatro kilómetros a la salida del pueblo que conduce a la capital. Tres grandes banderas flamean portentosas a la entrada, indicando patria, honor y defensa. En las oficinas, muy al interior de la base, se encuentra custodiada por cantones, grandes armas y soldados en guardia.

El general responde al teléfono. Lleva en su cintura un arma y alrededor de la pared todas las bases norteamericanas por si le llegan a atacar. Al otro lado sus medallas de guerra y encima suyo la guerrera intacta y limpia.

—Sí, base militar, habla el general Roberto Tamayo, en honor y patria, ¿en qué puedo servir? —el general se incorpora y pone su mano en la frente, firme.

—*Hola, general, habla con el alcalde Rigoberto, ¿cómo está usted?*

—Ah, señor alcalde, sí señor, habla el general de mil batallas, condecorado por el País por acabar la guerra, ¿en qué le puedo servir?

—*Verá, como usted sabe las leyes y la constitución de este país han decidido acabar con las religiones, pero ahora la que se resiste es el catolicismo, las demás ya se dieron al dolor y no han entregado sus pertenencias, para que esté informado, mi general. Entonces, el presidente le manda a decir que necesita unos hombres fuertes y sabios para que custodien las entradas y las salidas del pueblo, principalmente la carretera sobre su cantón que dirige a la gran capital. Ármese de unos veinte, aproximadamente y arme reten ahí en la base, en la carretera. Requisen a todo el que entre y salga del pueblo, los carros, maletas, paquetes, sobre todo camiones de encomiendas. Necesitamos que no entre absolutamente nada religioso, porque*

vamos a hacer una investigación para allanar cuantas cosas tengan en la iglesia el día de mañana. Y, pues, bueno, todo está dirigido principalmente a que los padres Tomás y Porfirio no vayan a salir del pueblo.

— ¿Por qué creen que van a escapar o a salir, alcalde? —el general se sienta de nuevo.

—*Pues a ver, mi general, no quiero ser grosero, pero lo que ustedes tienen de fuerza militar, les falta de intuición y eso también debería ser estrategia militar. Mañana llega el jefe de ellos al país, se reunirá con el presidente y pues por obvias razones ellos van a querer reunirse con él para planear y que no acaben con su negocio...o negocios, digo yo.*

—No se crea señor alcalde, nosotros también tenemos intuición para los combates, la intuición de saber dónde está el enemigo.

—*Eso no es intuición, eso es inteligencia. Pero bueno, basta de discusiones banales. Cuento con usted para esta operación, mi general, así que manos a la obra.*

—Como en la guerra de Vietnam en la que me tocó participar: ¡sudemos las balas!

El teléfono se pierde en el vacío. El general deja unos documentos sobre el escritorio y sale a toda prisa sobre la pista aérea, muy firme, inerme y como hombre puesto a la guerra, con un pecho inflado. Los oficiales de menos rango lo advierten y se

paran firmes, con la mano en la frente, saludando: *Buenos días mi general, honor, patria, y lealtad son los valores que llevo en mi pecho, que identifican mi pecho. Nos presentamos sin novedad.*

—Mis tenientes, necesito que me den la orden de montar un dispositivo afuera de la base, requisar cuanto vehículo y persona pasen por el lugar. Necesito que husmeen, que raqueteen todo lo que lleven. La orden es presidencial, que no entre ni salgan cosas religiosas y entre esas cosas de los padres de la iglesia católica, que ya les daré las fotos y sus identificaciones en las horas de la tarde. El dispositivo se montará a las dieciocho el día de hoy, con tres tenientes al mando, un suboficial y veinte soldados capacitados para encontrar cosas con gran facilidad y buen olfato. Y, pues, además tres perros que estarán entrenados para encontrar el olor a religión como incienso, cruces, yeso, santos, copones y demás insignificancias de la iglesia.

— ¡Como ordene, mi general!

—Pues entonces, a las seis de la tarde los quiero ver allí afuera para esculcar a quien entre y pues premio para quien incaute cosas religiosas; pero si las dejan pasar pues castigo también tendrán todos.

El general Tamayo vuelve a su oficina. Coge el auricular y le marca al alcalde. Le contesta una voz agitada, casi imperceptible.

—Listo, señor alcalde, ya di la orden para que el dispositivo a las dieciocho quede montado. Con eso cumplo su orden.

—*Excelente, mi general, así que espero el mejor resultado de sus hombres para esta operación. Voy a estar pendiente de los medios de comunicación para cuando descubran algo o cojan a los padres huyendo del pueblo.*

El alcalde cuelga. El general se sienta, se cubre en su silla con una canana y una correa de proveedores punto cincuenta, siempre con la guardia en su puerta. El aire del medio día llega caliente, con un sol tostado, trayendo nubes de alta blancura. La base queda fuerte, con los soldados como estatuas y piedras, a defensa de ataques y con la alta disciplina que los caracteriza. El aire caliente viaja y desciende de las nubes, como pequeños tornados haciendo girar con gracia las hojas de la calle. Sobre las calles llegan a almorzar los empleados y los jóvenes del colegio, entusiasmados, con guerra de conocimiento, por un mañana de libertad y sosiego. Las casas son un fortín, de arquitecturas coloridas, de gente afable y que sólo piensa en un mañana. Una que otra aún conserva el espíritu de la rebeldía moral y se apegan a la biblia, a la cruz, a las dádivas y a las oraciones para el Altísimo.

Por esas casas andan los padres de la iglesia Tomás y Porfirio, cuidando y mirando de lado a lado para que nadie los advierta; tratan de taparse con los brazos y se hacen que miran para el

piso. Doblan las calles por donde hay menos gente, evitando la alcaldía, evitando la zona de la alta sociedad porque son los que más los busca. Normal en su vestir, cada uno con su camisa, pantalón, zapatos negros y el clériman.

—Sabe una cosa, padre, que yo creo que no debimos habernos venido vestidos, era mejor con ropa normal— comenta Tomás mirando a tres hombres que los observan desde una casa.

—Quizás.

— ¡Padres, no anden con esa ropa, se las pueden quitar y quemar! —les grita uno de los hombres.

—A ustedes es que los vamos a quemar donde lo hagan— comenta Tomás muy bajo.

Porfirio coge del brazo a Tomás y se meten por un callejón donde no hay más de seis casas. Mientras miran de soslayo, Porfirio empieza a quitarse el clériman y la camisa, sólo dejándose la camisilla. Tomás hace lo mismo, pero se siente desnudo, sin ropa, despojada de lo más grande de su fe, su vestimenta, esa que se puso por primera vez un domingo en la iglesia del pueblo. Sin embargo, hace lo de Porfirio, se queda en camisilla. Cogen las camisas y las esconden detrás de una piedra que hay cerca de la pared.

—Es lo mejor, padre Tomás, sé que Dios lo sabrá entender.

Ahora con menos miradas encima, pero con la zozobra del rostro, caminan uno junto al otro, quizás repitiendo cada uno en su mente las oraciones pertinentes para el perdón de la ropa; pero en la mente sólo empieza un jugueteo de tormento y vaivén que no se explican, como un aleteo de fastidio y se detienen, su espíritu vaga y piensan en las casas donde tienen que entrar.

—Entremos con disimulo, padre Porfirio, teniendo en cuenta que nadie esté mirando y hacer que pedimos un vaso de agua, pues este calor lo amerita—Tomás comenta en voz baja, con un poco de barriga saliente por la camisilla.

—Está bien, padre.

A la primera casa tocan y abre una mujer no más de cincuenta años. Les brinda agua, algo de descanso en la sala y confirman la asistencia a las siete de la noche en la iglesia.

—Pues, Elvira Aponte, usted que siempre ha sido fiel a Dios a nuestra iglesia, que por los caminos... necesitamos que asista esta noche a una misa clandestina, donde hablaremos de los planes, de lo que se viene, además, claro, de lo que aremos para no dejar acabar nuestra iglesia. Sabemos que Dios está de acuerdo con esto, Él nos dio este poder para salvarla.

—No hay problema, padres, cuenten conmigo.

Salen para la siguiente casa, de igual manera escabullidos, como los gatos en el tejado nocturno. La una llega, con la nubosidad intacta y el sol y la temperatura a treinta y cinco. El

sudor corre por sus frentes, las camisillas mojadas, además. Se sienten en el desierto del Sahara o como moisés vagando por el desierto, israelitas al asecho de los egipcios. Se sientan por un rato, luego continúan dando la información por cada una de las casas.

El tiempo y el calor adelantan a las dos de la tarde, con algo más de nubosidad densa. Porfirio y Tomás regresan por el callejón para tomar las camisas y el clériman, pero ya no están detrás de la piedra. Miran para todos lados, hasta las hormigas, pero sólo llevan hojas. Se resignan.

—No padre, lo mejor es que volvamos a la iglesia y almorcemos, no aguanto mucho—dice Tomás frunciendo el rostro lleno de sudor.

Cuando van por el lado de la alcaldía, viene una camioneta con dos motorizados atrás. Al verlos el vehículo se detiene. Tomás advierte que es el alcalde, simulan no verlo y caminan normal, como si fuera un extraño. Los escoltas también se detienen, pero se hacen detrás de los padres.

—Señores, ¿qué hacen con este sol tan candente en las horas de la tarde?

—Ah, señor alcalde, muchas gracias por preguntar, es un gusto para nosotros y para Dios saludarlo, a usted y su séquito.

—Ah, obvие a Dios, el realmente precursor de mi vida es el destino y las fuerzas cósmicas—el alcalde mira para un lado, pegándole en la espalda al conductor para que arranque.

—Claro, claro, claro, señor alcalde. Espero que tenga un buen resto de día.

—Siempre lo tengo, nunca he vivido malos momentos. ¿Y a qué se dedican?

—No, paseábamos, señor alcalde, veíamos el pueblo por última vez y ultimábamos detalles de la nueva estadía.

—Pero recuerden que tienen que estar mañana aquí temprano.

—Claro, no hay problema, cuente con eso. Recibimos a los investigadores y después de eso pues marcharemos para la visita—dice Porfirio secándose una gota de sudor con el antebrazo por la mejilla.

—Excelente, mis hombres. Así que les conviene que lleguen pronto a la iglesia, se cambien esta ropa sudada y se pongan a la tarea de ir sacando todas las cosas al salón principal, con eso les facilita el trabajo a los hombres.

—De una, sí señor.

—Bueno, éxitos y nos veremos mañana.

La camioneta arranca y las hojas en la carretera se alborotan. Tomás espera a que la camioneta vire. Se detienen por un

momento, con el sol en toda la cara y en sus rostros se refleja ya no una mirada de piedad y fe, si no de rabia y maldad.

—Juro, padre Porfirio, que cuando ya podamos tomarnos a rebelión al alcalde será al primero al que vamos a quemar.

—O a decapitar.

Siguen caminando, austeros, cansados, como en un desierto. Cuando llegan a la esquina una señora de vestido blanco se les acerca, con una botella de agua para brindarles. La mujer trae en la otra mano un biblia y colgada sobre ella un rosario.

—Hola padres, ¿qué hacen con este sol a derretir, rojos, mojados, ¿qué estaban haciendo?

—Gracias, hija de Dios, has salvado unas almas sedientas y tu alma ha sido ya subida al cielo—comenta Porfirio tomando media botella de agua. ¿Cómo es tu nombre?

—Irene, padre, para servirle al señor y a ustedes—la mujer besa las manos de los dos.

—Qué tal si nos acompaña esta noche a la reunión en la iglesia, pues como sabe ya el estado nos prohibió cualquier acto de congregación y fe, pero lo vamos a hacer clandestinamente; esta noche a las siete. Allí celebraremos una misa en honor a Dios, a todo su juglar de cientos de siglos y para que nos ayude a que el estado se arrepienta, que todo impío se arrodille—Tomás mira a Porfirio y este lo mira con desdén.

—Claro, claro, padres, yo con la iglesia y con Dios hasta la muerte. Cómo es posible que una serie de bandidos nos acaben con más de dos mil años de historia...—la mujer empieza a sollozar.

—Tranquila, hija, que esto Dios nos lo recompensa, así toque con guerra—dice Porfirio mirando para todos lados de la calle—. Bueno, la esperamos entonces, con tu velo, rosario e iglesia.

—Gracias, padres, que estén bien y seguiré mi camino.

—Ah, y pues, a quien sepa que ha sido fiel a la iglesia le informas, pero secretamente, y a esa le dices que secretamente.

—De acuerdo, sí señor.

La mujer empina la cabeza al cielo y respira un aire hondo. Tomas y Porfirio aceleran para llegar a la iglesia. Cuando pasan por la alcaldía, hasta ahora está entrando el alcalde con sus guardaespaldas, muy firme, como si entrara un rey al castillo.

—Esa firmeza y adoración se le acabaran en los próximos días—comenta Tomás.

Cuando llegan a la iglesia el reloj da las tres en punto y el tiempo el punto exacto del recuerdo. Tomás se detiene, mira alrededor y todo lo ve sombrío desde su alma, experimenta algo vivido, una escena de una película o sueño que no sabe de dónde viene. Quizás, se dice, la primera vez que entró al seminario, el corredor cuadrilátero sólo, con plantas por todos lados y hasta la fuente magna. Lo recibió el sacerdote Pellegrini en la oficina,

con una capa pluvial y en la mano traía el hisopo, listo para bautizar a alguien. Tomás sintió en ese momento una purificación total de su alma y personalidad que nunca había sentido, todo su panorama existencial se le purificó y aclaró como el agua. *Benvenuto, Tomás*, le dijo el sacerdote de origen italiano. Ahora siente esa claridad, el alma y existencia purificada y clara, todo en su mente y en su cerebro se acomoda, se siente brillante, con poder, con acción y energía de cualquier decisión; siente coger cualquier arma e irse para la guerra y acabar con todos los enemigos. Pero la fe, siempre la fe y el sosiego. Aplaca la energía. Se sienta. Porfirio lo mira, algo extraño como esperando que le diga algo. Rosario llega con dos vasos de limonada.

—Padre Porfirio, esta misión hay que concretarla sí o sí. Mañana entonces cinco de la mañana, muy temprano estaremos partiendo para recoger al santo Padre, para los planes que tenemos, para la guerra que se viene contra el estado...

—Pero de qué habla, padre Tomás, de cualquier guerra, no somos pacifistas, somos de fe, llevamos paz y control para la sociedad, todo debe arreglarse por la vía del diálogo—Porfirio se quita los zapatos y frunce el rostro.

—No padre, eso ya no es el camino. Usted se va a dar cuenta que el estado no va a aflojar fácil, ese en un muro, es una atarraya, mejor, que no deja pasar nada. Al estado, si usted ve la

historia, padre, se le ha combatido con guerra, con armas, con poder absoluto, y con grandes monarcas que sí ha tenido la historia—Tomás se incorpora, mojada su camiseta, como si ya se sintiera en la guerra—. Hay que agacharse, rastrearse, esconderse, disparar, untarse del barro y de la tierra de esta nación y hasta...morir, si es posible y ser un héroe.

Porfirio, quitándose las gafas y alisándose el cabello, lo mira extrañado, como si no lo conociera.

—Pero padre, cuando usted dice que hay que traer al Papa pensé que era para convencer al alcalde de su parecer, como intermediario de luz.

— ¡Bah, padre Porfirio! Nosotros somos padres, sí, trabajamos al servicio de Dios, pero ante todos somos humanos y racionales y eso es lo que hay que hacer. Yo he venido pensando en cosas, padre, cosas como que...no de pacifismo y que hay que hablar con el gran Papa y es de armar guerra, hacernos sentir como no lo hacemos hace más de doscientos años y es tener el poder, volver a la inquisición, volver a castigar con hoguera, con torturas, esto sería de respeto, nuestra religión podría tener el mismo poder de hace siglos.

—Padre Tomás, cuando usted lo dijo pensé que bromeaba— Porfirio se pone las gafas y toma otro poco de agua.

—Pero, padre, el estado ya no nos va a devolver nada, nos va a quitar todo, entienda eso. Aquí la única es la fuerza y las armas,

como los animales, sí, pero llenos de felicidad al recuperar su territorio. De todas maneras, hagamos una cosa: Sabemos que mañana iremos por el Papa a la capital y le contamos nuestros planes a ver qué dice él, él nos dará una respuesta y con base eso tomamos decisiones.

—Pero bueno, digamos que nos dice que sí, ¿cómo actuaríamos?, ¿cuáles serían los planes para llevar a cabo el contrataque? —Porfirio termina el vaso de agua y lo deja en la mesa, haciéndolo sonar.

—A su debido tiempo padre, a su debido tiempo. Es algo que debo pensar muy bien esta noche para llegar con algo contundente y ponérselo todo en la mesa. Claro, si usted también está dispuesto a ayudar a salvar la iglesia, padre Porfirio, también le recibo las ideas—Tomás tose y siente una punzada de nuevo en el estómago, pero le pasa.

—Por supuesto que estoy dispuesto, padre Tomás, con toda la energía, pero a diálogo, a conciencia, tocando fibras, el alma, el espíritu y hasta con el corazón plasmado en la decisión.

—Ayyy, padre, lo que otrora fue diálogo y paz, ahora todo es un cartapacio de acuerdos que no lleva a nada y nunca ha llevado a nada. Todo lo que tiene valor y llena de dinero a los países es la guerra, se inundan en millones haciendo la guerra, matando gente inocente para ganarla a como dé lugar. Lo he estado pensando, no sé, ahora que iba entrando tuve una

revelación quizás, una deja vu que nunca había tenido y con el simple recuerdo de la niñez, del pasado, de tomar las decisiones radicales—Tomás hace una pausa y se incorpora, quitándose los zapatos sudados—, de... no sé si usted ha sentido eso que llaman corazonada, intuición, revelación...

—Pues... sí, padre, la revelación que me dio Dios por guiar su rebaño...

— ¿Y cómo fue?

—No, estaba sentado un día en las clases de mi colegio, cuando miré por la ventana se paró una paloma muy blanca allí y con el pico algo me indicó, como al cielo y salió a volar.

—Bueno, este caso fue Dios el de la revelación, pero ahora fue una intuición, algo desde lo interno, de la razón, lo a priori, como en la filosofía, no lo sé explicar muy bien. Pero le puedo asegurar padre Porfirio que mi cesión de aplastar al estado e incluso a este país de mierda es lo indicado y sé muy bien lo que voy a hacer—Tomás se sienta de nuevo, con una sonrisa lacónica. Vuelve y se para—. Padre, basta de lamentaciones, vamos a empezar a coger el toro por los cachos. ¡Vengan Silvio, flora, Lucrecia, Rosario, ayúdenme a bajar todo esto que es un montón de yeso, ya todo eso es basura!

Tomás coge una escalera y empieza a bajar cada uno de los santos, con el color diluido, alguno que otro oxidado y otros con el yeso quebrado. Porfirio, aunque sorprendido, le ayuda a

bajarlos, los van dejando en el suelo y en bolsas grandes van echando los pedazos, como si fuera basura putrefacta.

—Por favor, Rosario, las amarras y las dejas al pie de la puerta trasera para que las saques mañana.

—De acuerdo, padre Tomás, ¿Pero no será que los hombres que vienen mañana a investigar todo necesitan estos santos? ¿Qué tal que piensen que los dañamos para encubrir algo?

—No lo creo, Rosario, no te preocupes, nosotros sabemos qué hacemos y cómo manejar la situación con esta gente.

—Bueno, no sé.

—Bueno, padre, yo voy a ir a mi casa y nos veremos a eso de las siete de la noche. De todas maneras, piense en lo que me dije, quizás puede ser estrés de la situación y no está pensando con cabeza fría.

—No padre, todo está claro, como le dije. Más bien reflexione usted y verá que me dará la razón—le da una palmadita en el hombro.

—Bueno, que esté bien.

Porfirio sale observando por última vez a Tomás, con el rostro fruncido, como sorprendido, viendo una persona extraña y no al padre caritativo y filántropo que ha conocido hace cinco años. Cuando sale a la calle el sol sigue siendo intenso, aún con la frente mojada y aún con su mente intacta al cielo y a Dios, pensando en los proyectos del padre Tomás y en su insistencia

por la guerra con el estado. Pasa la alcaldía con un quedo de misticismo, cubriéndose el rostro, no quiere que nadie lo señale. Cuando va cruzando el parque principal hacia la cuadra de su casa advierte que va un camión con militares, con conos, una barra de retén. Por un momento miran al padre Porfirio, fijamente, pero siguen a toda, levantando polvo caliente. Porfirio acelera el paso.

Cuando llega a la casa las plantas de la entrada están marchitas, sin agua, como descuidadas hace más de tres meses. Cuando entra la puerta suena, los goznes chillan y la soledad le da la bienvenida. Todo está lleno de polvo: la biblia en el atril, el cuadro del corazón de Jesús y los santos en yesos casi partidos.

— ¡Wendy!

Pero nadie responde. Porfirio Entra a todas partes de su casa, pero no ve a nadie. En la cocina todo se aburre, las ollas estacionadas y toda su casa es un verdadero sepulcro. Sin embargo, no hace nada, se sienta, estira los pies, mira al corazón de Jesús y a su mente se viene el recuerdo del paso hace unos minutos del camión con los soldados y lo del retén. Se incorpora. Prende su computadora para revisar algún correo, y efectivamente aparece uno del cardenal Enrico Rossi, con copia del vaticano.

Padres de nuestra iglesia católica:

Reciban un cordial saludo de parte del Papa y de todo nuestro séquito de grandes cardenales. Confirmamos la llegada de nosotros el día de mañana hacia las horas de la tarde, a eso de la una de la tarde. Hablaremos con el gobierno y trataremos de llegar a un acuerdo para que nuestra iglesia católica reviva. Pase lo que pase, estaremos a las tres de la tarde detrás del palacio para que ustedes nos recojan como humildes ovejas rastreras y ya en la villa escucharemos sus propuestas para vivificar la casa de Dios. Yo sé que él quiere que este proyecto se lleve a cabo.

Pues, como complemento del correo, les informamos que el gran Papa lleva unos días enfermo de una gripa que ya la está atendiendo su médico personal, pero a veces se le trata de ir la respiración, por lo que hay que tenerle cuidado con el polvo, el ventilador y cualquier alergógeno que le pueda afectar; lo digo porque sabemos que un clima tropical como el de ustedes y la villa en tierras bajas es fatal.

No siendo más, fuerte abrazo para ustedes y su comunidad, que los proteja los ángeles custodios de Dios.

Att: Enrico Rossi

Cardenal

Porfirio se para justo para coger su teléfono y llamar al padre Tomás, pero en ese mismo instante tocan a la puerta. Cuando

abren entra Wendy con una bolsa de pan y de leche, le da la bendición al padre y se acelera su respiración. Deja todo encima de la mesa y se sienta, mirando para todos lados y frotándose las manos.

— ¿Sucede algo, Wendy?

—Pues es que me acabo de enterar que han puesto un retén militar a la salida—la mujer se incorpora y vuelve a arrellanarse en la silla.

— ¿Y para qué?

—Pues... según pregunté en la tienda que habían dicho los contactos del estado, que necesitan vigilar la entrada y la salida de artículos religiosos y... de ustedes...dos.

Por un momento Porfirio queda estupefacto, la mirada es desorbitada y los mecanismos del reloj se frenan, por milésimas de segundo como en la relatividad. El tiempo vuelve en sí y la mente de Porfirio.

—Ummmmhhh, pues, grave. Lo que pasa es que la salida mañana temprano para recoger al papa es clave y con este cierre pues supongo que no nos van a dejar salir. Esto debo decírselo al padre Tomás. Márqueme, por favor hija.

Después de algunos timbres, a través del teléfono móvil Tomás contesta.

—*Hola, padre Porfirio, ¿algún suceso?*

—Pues, padre, le tengo una buena y una mala noticia: la buena es que del vaticano escribieron de nuevo y que efectivamente el Papa viene para ayudarnos a luchar, aunque con algo de restricción por una dificultad respiratoria; la mala es que militarizaron la salida del pueblo para que nosotros no podamos salir y pues ni nada de artículos religioso ni entrar.

—*Ah eso es terrible. Pero de todas maneras padre Porfirio no nos asustemos, eso se veía venir y ya se dará cuenta que la lucha del estado va incrementar en los próximos días.*

—Pero, ¿qué se le ocurre a usted, padre Tomás? Usted que tiene una mente más lógica y sagaz.

—*Déjeme y en la noche que venga a celebrar la misa clandestina le digo, padre, por ahora estoy ocupado bañándome y dándole unos instructivos a Flora y a Silvio.*

—De acuerdo, padre. Entonces estamos hablando, llego a eso de las seis y media para cuadrar todo y recibir la gente por la puerta trasera.

—*Ah, padre, si puede tráigase unos buñuelos para completar la cena. Rosario va a hacer unos cochinitos con avena.*

—De acuerdo, padre, que esté bien y que la bendi...

La llamada se corta. Porfirio va hasta la cocina y saca una olla, calienta agua en la estufa y entra al baño, como si fuera un busto de arte. Mientras tanto Wendy le pasa la toalla, se cerciora de sus pantuflas y del gran libro para salir de la ducha, uno que trae

oraciones de bendiciones. Porfirio deja caer el agua por su cuerpo como en una fuente, retozado, poniendo jabón en sus partes más humanas. Piensa en lo desvergonzado de la vida, en un cuerpo esbelto, el humano, ya no en una fuente divina ni de ayuda; no es espiritual, ahora es carnal y al servicio de la imaginación y esa imaginación es Wendy.

— ¡Wendy!

La mujer viene al unísono de sus pasos.

—Wendy, hija...de... Dios, por favor pásame la toalla... y ya, puede retirarse.

—Sí señor.

Cuando sale del baño ve que el cuadro del Cristo con el corazón sangrando está torcido, como su alma, piensa. Va a su cuarto y en su mente empieza a repetir una oración por el pecado, por la bajeza de la carne y por sentirse humano. *Padre que perdona nuestros...* la solución a los problemas de la carne es la satisfacción, se dice, sin querer, con su espíritu indeleble y casi perceptible.

—Señorita Wendy, necesito que por favor cierre la puerta, se desnude y hagamos el amor.

Esa frase le sale suelta desde el fondo, como agua. Sin repetir ninguna oración en su mente, resiste, con voluntad, como el superhombre de Nietzsche. Termina de vestirse, con camisa negra, pantalón negro y zapatos en charol negros y pues su

cintilla al cuello blanca. Se perfuma por equivocación y de su cuerpo sale un olor a fresco.

Sale sin mirar a Wendy, que le pasa un tinto con una almojábana; no la mira a los ojos. Se concentra en el alimento, mirando la cruz de cristo.

—Esta noche va a ver en la iglesia una misa clandestina con los feligreses más fieles, entonces necesito que se arregle con velo al rostro, muy para el señor nuestro Dios y procurando tener todo limpio para irnos a las seis.

—Está bien, padre. Requiero de cosas de aseo, ya hace una semana se acabaron los detergentes y limpiadores...

—No hay problema, la otra semana que el vaticano envíe el presupuesto de canónigo le doy para eso y otras cosas. Por ahora trate de hacer con lo que haya—Porfirio termina el tinto y le pasa el plato a Wendy—. Vaya, mujer, arréglese, a las seis salimos.

Wendy se retira. Porfirio se queda ensimismado, mirando todo, mirando cómo la tarde termina y empieza la danza noche del cielo. Se incorpora, sale a la ventana, su cuerpo siente un vahído, como un temblor en su alma. Mira por la ventana, ve pasar gente, caminando, corriendo, incluso militares con armas, mirando para todos lados. Desde su pensamiento ve retroceder el tiempo, siendo un joven en lo alto de la cordillera, divisando toda la ciudad desde lo alto. Veía pasar pájaros, cisnes y las

nubes convertirse en animales. Regresaba a su iglesia, a confesar los fieles, a decidir la biblia y hasta convertir pequeños infieles en verdaderos hombres. Se siente orgulloso por todo ello, porque a muchas personas las había podido convertir en hombres de Dios, les había dado la entrada al cielo.

No le cabe en la cabeza cómo su homólogo Tomás está pensando en formar una guerra contra el estado para no acabar con la iglesia, debe convencerlo para que cambie de opinión y poder gradar a Dios, sabe que a Dios no le gusta la guerra y nunca le ha gustado. Lo que otrora fue orgullo y vanidad de las cruzadas—porque había sido solamente eso, orgullo y vanidad, no unas guerras de dominio—había sido simplemente misiones sin la aprobación del Creador, además. La paz reina, lo sabe, su mente cultiva el amor y la amistad, la filantropía, el gusto por servirle al ser humano. Se incorpora de nuevo, con las manos en los bolsillos, mira los cuadros de Jesús, su compasión en el rostro, el espíritu cayendo sobre almas virtuosas. No, no lo podía permitir.

Debe leer, se dice. La biblia, ese gran libro de Dios que dejó para la humanidad, para que conocieran su camino y su mandato. Lo abre en los salmos. Tocan a la puerta. Abre, con cordura, como un siervo manso, pero no es nadie, sólo el viento de casi las seis de la tarde. Cierra de nuevo y el gran libro ha caído al suelo. La recoge, la limpia y busca de nuevo un salmo:

El señor es mi pasto... La puerta se cierra duro adentro, como un viento fuerte. Se despabila. Quizás ha sido Wendy. Debe dominar la fuerza interior humana, no puede dejarse llevar por las debilidades y la carne, ese no es su estilo. Abre de nuevo el salmo, pero ve borrosas las letras, la biblia se cae de sus manos. No insiste.

Al lado del cuadro Del Jesús clavado hay un espejo. Se mira, muy curioso, como detallando las arrugas que le han podido salir por los sesenta y cinco años. Un lunar debajo del mentón, las orejas con lóbulos delgados y el contorno de los ojos algo ceñidos. Pero se contempla el rostro, aún vivo, humano. Siente su juventud perdida, dedicada al seminario, a Dios, a las iglesias, a los votos de fe, a la conciencia indeleble de la humanidad infructuosa. Siente un dolor de cabeza, como si algo chocara en su espíritu, un encuentro que no sabe cómo manejar.

Se aleja del espejo, con algo de desespero, toma la biblia y el dolor de cabeza se intensifica; también está la imagen de Wendy, sedienta, delgada y voluptuosa, en el baño; y la imagen de la biblia y... de Dios y de su carrera de fe...

Sale por un momento al aire libre, para despejarse, para pensar. Ya la tarde cae mansa, el sol se desverguenza y la luna cabalga lozana. Mira al cielo para ver el mensaje de Dios, pero sólo ve nubes que se disipan y el cielo semioscuro. Cuando su espíritu se ha calmado, entra de nuevo. Wendy sale ya con su

vestimenta habitual: vestido largo, el cabello recogido y una pañoleta blanca en la cabeza. La mente de Porfirio se relaja, ya la encuentra como una mujer de fe, sólo eso; observa la biblia.

—Listo, Wendy, entonces trae la bolsa de los buñuelos. A ver...a ver qué más sería...tráigase la biblia, los devocionales, y debajo de mi ropa está la estola morada para esta cuaresma.

La mujer vuelve al minuto con todo en la mano. Cuando salen los grillos aspiran el medio ambiente en sus alas, reflejan la noche como una banda musical. Ven pasar uno que otro carro muy despacio, los muchachos jugar en las calles y un desorden en medio con bolsas de basura putrefacta. Cuando van cruzando, como si fuera fuerza del destino, viene el alcalde en su camioneta y sus guardaespaldas. Porfirio y su secretaria se detienen por un momento y giran la mirada hacia otro lado. Esperan que pase a la siguiente calle y continúan, siempre con la mirada advertidora.

El viento de las seis y media lo lleva la camioneta del alcalde. Va sentado, marcando su teléfono, con el antebrazo en la ventanilla, hasta con un quedo de incertidumbre. La camioneta se menea, de lado a lado, a casi sesenta kilómetros por hora. Al otro lado suena una voz maliciosa y ronca.

—*Aló, mi señor alcalde. Es un gusto para mí...*

—Bueno, ¿cómo le fue en la vuelta?

—*Excelente, mi alcalde, hablé con los hombres, les pagué el dinero y todo al pelo.*

—Muy bien, Argemiro. Recuerde el otro objetivo o bueno, los dos objetivos que tenemos, claros, siempre con la flecha en el blanco, como si fuéramos un par de criminales portentosos...

—*Muy claro todo, mi señor, así que usted no se preocupe por ello, yo me encargo de todo, esta gente debe sufrir y hacerse a la idea de que deben huir de una vez por todas, no les va a quedar en qué sentarse.*

—Me parece muy bien, Argemiro. Otra cosa, por la mañana me lleva a la oficina los documentos de expropiación de tierras, debemos mañana mismo hacerles firmar para que desocupen y se abran para la mierda de una vez por todas—el alcalde se acomoda mejor en la silla.

—*Pero entonces, alcalde, ¿siempre esta iglesia va a quedar como biblioteca o colegio?*

—Usted tranquilo, Argemiro, a ese lugar le tengo otro destino, mucho más adelante se va a dar cuenta—el alcalde sonrío y corta la llamada de una vez.

El airecillo de casi las seis y media bordea el vehículo, sale calle arriba, atraviesa las copas de los árboles y pronto llega por el lado de la iglesia, donde va el padre Porfirio y Wendy. Cuando van cruzando notan rayones en las paredes de la entrada principal, por las paredes laterales y por la puerta de atrás,

mensajes con aerosol rojo: *Si la fe y la iglesia son una sola, ¿por qué dios no está en la tierra? Devuélvanos el cincuenta por ciento de las personas que han muerto a manos de la iglesia, así como lo hizo Jesús. M. R. A= Movimiento revolucionario anticlerical.*

—Por favor, señorita Wendy, no lea nada de esto, son solo mensajes de estado y de la gente que quiere vernos en la calle, pero la obra de Dios, eso debes tenerlo siempre presente, es mucho más grande que cualquier objeción del hombre contra él.

—Sí señor.

Cuando tocan, al instante abre Rosario, besando las manos del padre Porfirio e invitándolos a seguir. Tomás yace en el púlpito acomodando todo, dando los últimos retoques para la misa. Se ve un gran ramo de flores en la credencia, la biblia en el atril, un mantel impecable y todo en el púlpito es orden y limpieza. En la sala ya no hay sillas largas en madera, sino unas sillas en plástico, con un mensaje pegado en la parte de atrás de cada una: *Untad tus manos de fe, que Dios se unta las de Él por ti.* Por las paredes ya no hay santos, sino sólo la marca de ellos. Mucho de lo del altar ya no lo hay, sólo la cruz del cristo crucificado. Al instante sale Rosario pegando carteles por todas las paredes con mensajes alusivos contra el estado: *Desorden y muerte, despídete de tu poder, si la iglesia se acaba, el estado se menoscaba, si el presidente tiene poder de dirigir, el papa tiene el poder de vencerlos con la estaca de Dios y su fe.*

Porfirio se queda petrificado, mirando todo a su alrededor. Luego mira a su secretaria y después a Tomás que se limpia los zapatos con un pañuelo. Cuando lo observa de arriba abajo, no tiene su cintilla, sólo una camisa blanca y un pantalón negro, muy informal para su gusto. Tomás se acerca a Porfirio, junto con los monaguillos, Rosario y su secretaria.

— ¿Qué tal padre, Porfirio? ¿Cómo quedó la iglesia?

—Pues, padre Tomás, dónde están todos los elementos clericales, el ambón, la credencia, la sede, el sagrario... el...el... y esos mensajes, padre, esos mensajes contra el estado, esto más que una iglesia parece una jauría política—Porfirio baja la voz y mira a los tres feligreses que ya han llegado.

—No se preocupe, padre, usted sabe cómo hago mis cosas y más de aquí en adelante. Al estado hay que contraatacarlo, no nos podemos dejar vencer, hay que armarnos de cosas fuertes como los políticos para que vean que no somos una institución débil que debe hacer lo que el estado diga, no señor. Ya es hora, escúcheme bien padre Porfirio, que nos hagamos sentir como hace unos siglos, es hora de que el catolicismo demuestre de qué estamos hechos, de que somos doscientos ochenta y cinco millones de personas con sed de fe y de Dios, que somos capaces de alzarnos y dominar el mundo y mucha política...

—Pero baje la voz, padre Tomás, por fa, los feligreses no pueden oírnos hablar así...

—No, padre, si la intención es esa, todos ellos, todo el que esté con nosotros en este pueblo, debe ayudarnos a combatir, pues con el ingenio papal y su organización seremos capaces.

—No sé, padre, de todas maneras, espero que sepa lo que está haciendo. Yo le ayudo, no se preocupe, yo he sido su colega, su mentor en el arte de la fe y dejarlo ahora no sería justo—Porfirio suspira y mira con desconsuelo a Tomás—. Ahora que venía vimos con Wendy grafitis pintado en el costado lateral de la iglesia.

—Por qué cree usted, padre, que pinté esto aquí, de todos mensajes; más adelante lo haremos en las paredes de la alcaldía y del pueblo. Estábamos acá organizando todos cuando empezamos a escuchar los aerosoles, en las paredes y en la puerta. Pues, obviamente que cuando salimos ya no había nadie.

—Qué mal. Es obra de la alcaldía...

—De la alcaldía no, padre, del alcalde, tiene nombre propio y es Rigoberto Espineta. Se ve que quiere guerra, padre Porfirio, se ve que tiene sed de corrernos de aquí de una vez por todas, de atemorizarnos, de crear en nosotros terror; pero está equivocado, padre, yo sé que con la ayuda del santo Papa y de su séquito lograremos vencer al estado y volveremos a hacer lo que otrora fuimos hace siglos—Tomás aprieta el puño y frunce el rostro en forma desafiante.

—Bueno, esperemos a que lleguen los demás, yo voy a estar pendiente en la puerta trasera, con eso damos sensación de menos miradas.

—Excelente padre.

—Ah entonces, padre, recuerde que para salir mañana a primera hora tenemos la guardia militar a la salida. ¿Qué vamos a hacer?

—Pues se me había ocurrido, padre, ya lo pensé hace rato, que Don Evaristo nos lleve el carro unos cuatro cinco kilómetros adelante de la guardia y nosotros lo esperamos en ese punto de cinco a cinco y media de la mañana. Para llegar ahí nos metemos por la pradera que ladea la cordillera, por ahí hay un camino de fincas que nos lleva hasta allá.

— ¿Pero los perros a esa hora?

—No se preocupe, padre, por ese sector no hay perros, sólo unas vacas pastando.

—Bueno. Yo me dejo guiar de usted padre, como si fuera nuestro Dios, pero espero que Dios no resulte abnegando las cosas porque, como siempre, la humanidad sufre.

Se acercan las siete de la noche, tan sólo diez minutos. Tocan a la puerta e ingresa un par de señoras con sus mantas, trae cada una la biblia. Besan la mano del padre Tomás y de Porfirio, con toda santidad. Van llegando poco a poco, como en una fiesta

llegan los invitados, con su convite, vestuario y demás accesorios.

Ya casi sobre las siete, cuando Tomás empieza a listar todo en el púlpito, llega un hombre de sombrero, carriel y una ruana, un campesino de las fincas aledañas. Saluda a Porfirio, como un semidiós, arrodillándose y besando su mano.

—Ah, don Evaristo, no pensamos que fuera a venir, yo sé que esto es un mensaje de Dios—Porfirio meneaba la cabeza y volteaba a mirar al padre Tomás.

—Puede ser, padre, pero lo importante es que la vida no lo pone por adelante como para saber que mañana es un día a pedir de boca, la vida tiene dispuesto todo.

—Con la ayuda de Dios, claro, don Evaristo, no lo olvide—comenta Porfirio con unas palmaditas en su hombro—. Don Evaristo, lo llamamos con el pensamiento. Necesitamos, no si se esté enterado, que el estado tiene militarizada la salida al pueblo, los accesos y pues es para, como bien sabe, nosotros no podemos salir, ni entrar cosas religiosas, ni cuestiones. Entonces nosotros necesitamos ir por el Papa mañana, no queda de otra y es por ello que requerimos, a parte del préstamo de su vehículo, que no lo pase cuatro kilómetros delante de la salida y nosotros pues lo esperamos allá a eso de las cinco o cinco y media de la mañana, por si nos retrasamos.

— ¿Y cómo hacen para llegar allá, padres? —el hombre se quita el sombrero.

—No, pues por las fincas del lado de la cordillera, por ahí son menos visibles; ya nosotros, con el padre Tomás tenemos todo calculado.

—Claro, padre, cuenten con eso. Con mi ayuda yo sé que ayudaremos a salvar nuestra iglesia y Dios me tendrá un puesto en la gloria, a su derecha.

—No le quepa la menor duda, don Evaristo—Tomás asiente y sonríe.

—Pues lo único así es que al carro le está molestando un poco el carburador, se apaga, pero es cuestión de volverlo a arrancar, pues como saben es un Mazda modelo ochenta y nueve.

—No se preocupe, con la ayuda de Dios no fallará. Por ahora busque asiento para empezar la reu...misa y póngase cómodo.

Al instante llega de últimas la mujer que habían encontrado en la tarde: llega con vestido blanco, un tul que cubre toda la cara y una camándula que llega casi al ombligo. Porfirio y Tomás se acercan para saludarla, como toda una deidad; tan sólo Tomás le da la mano y la invita a pasar a la silla.

—Si quieres, Irene, puedes leer la liturgia.

—Bueno, padre, que todo sea en nombre de Dios, por supuesto. ¿Qué leo? —La mujer se ajusta la camándula a su pecho y se retira el tul—. *Al llegar el día de Pentecostés, estaban*

todos reunidos en un mismo lugar. De repente vino del cielo un ruido como el de una ráfaga de viento...

—Eso, Irene, con ese tono y altura de voz necesito que leas.

La mayoría de la gente ya está reunida, como en un congreso político, cada uno con su trono y altar. Cuando Porfirio y el padre Tomás cuentan veintiuno con Irene, cierran la puerta con llaves. Se acercan los dos con las manos enlazadas adelante, como esperando algo. De repente, todo queda en la oscuridad, Tomás siente nervios y el padre Porfirio le pregunta muy bajo cerca al oído de qué pudo haber pasado. La gente murmura.

—Tranquilos, hijos, es la gracia de Dios dándonos el poder de ver a través de sus ojos la fe y la reencarnación de nuestras gracias con la iglesia.

Todo es oscuro. Porfirio y Tomás se paran en el altar, como un par de deidades del inframundo. Todos se ponen de pie. Tomás se acerca al altar y empieza, con las manos en alto, con la cabeza al cielo, todo en semioscuridad, con tan sólo el recorte de la luz de los carros. Hace un ademán en el aire, sin la bendición común; Porfirio simplemente se extraña, pero siguiendo todo lo que hace su homólogo.

Siendo las siete y cinco de la noche el cielo y la luna se compaginan, sólo las nubes un poco apartadas; pero sienten el cantar en la iglesia, aunque en un suave murmullo. Tomás se queda en silencio por algunos segundos, reflexionando en algo.

—El Dios de la vida, que ha resucitado a Jesucristo, rompiendo las ataduras de la muerte, esté con todos vosotros. No me contesten—dice Tomás haciendo el ademán con la mano en el recorte de la oscuridad. Si Jesús vino a la tierra a juzgar por los vivos y los muertos y Dios, su padre, a conservar su estructura mundial de su casa, atémonos las cruces en su nombre llevando con dignidad en nuestros corazones la lanza contra la humanidad. Es por eso que les invito al arrepentimiento para esta misa de sus pecados, y llamo pecado a la tranquilidad de nuestras almas, a la zona de confort y no armarnos de una lanza mortal.

Todos se quedan en silencio, con las cabezas gachas. Porfirio no hace nada, simplemente se queda pensando en las palabras dichas por su compañero de hace cinco años, no las entiende. Cuando Porfirio había llegado como canónigo al pueblo, escuchaba decirle simplemente en la misa y en su vida diaria: *A este pueblo hay que catolizarlo a punta de fe y es deber de nosotros reflexionar en sus corazones para que esto salga adelante. Es por eso que, dentro de diez años, como meta a largo plazo, tendremos todo el pueblo como israelitas ante moisés.* Han pasado diez años desde eso y ahora lo escuchaba hablar de defensa, de lanza, de alma, como un rompecabezas, pero no lo hallaba armar.

—A lo que yo les diga van respondiendo como es costumbre: *señor ten piedad. Cristo ten piedad.* Tú que has enviado a sanar los corazones equivocados...

—*Señor ten piedad.*

—Tú que has venido a llamar al estado pecaminoso.

—*Señor ten piedad.*

—Tú que estás sentado a la derecha del Dios padre para interceder por nosotros y que no acaben con tú iglesia.

—*Cristo ten piedad de nosotros.*

—Oremos. Señor intercede por nosotros en beneficio de tu pueblo, de tu iglesia, con tu sangre derramada sella este calvario de inmundicia, aplasta a estos enemigos tuyos de nuestra vista...—Tomás aprieta el puño y le pega al atril—, acábalos con tu cruz sangrienta, muéstrales que tu poder e inmensidad de hace siglos es un manto de resucitación y has que así, como tu resucitaste al tercer día, la iglesia resucite también.

—*Amén.*

—Por favor, Irene, sube al cielo.

La mujer se cubre en la oscuridad con el velo el rostro, apagando los ojos, y mirando de soslayo para todas partes; algún movimiento hace con sus manos. Se instala en el atril y con sus dos manos coge el libro, respira hondo. Mira a Tomás, luego a Porfirio y empieza a leer sin mirar el libro.

—Del libro de los apóstoles podemos leer que Pablo, aquel que se atrevió a propagar la palabra de Cristo, nuestro señor, a los judíos no les convencían sus palabras y hasta lo denunciaron, pero no lo encontraron y en cambio llevaron a Jasón y algunos hermanos ante las leyes para que fueran juzgados. Sin embargo, Pablo, se dedicó a llevar la palabra por muchas partes, pero siempre lo perseguían, le llevaban la contraria algunos epicúreos, que en este caso lo podemos comparar al estado. Pero ustedes se van a dar cuenta que al final salen convencidos Dionisio y Damaris y otras gentes que se le unen, que pueden ser comparados a ustedes, lo más fieles de nuestra iglesia. Él dice que Dios no puede ser tratado como el oro o la plata; cuántos de los de afuera no han visto a Dios en billetes, este estado maldito que se quiere quedar con todo lo nuestro. Y es por eso que el llamado, hermanos, es a seguir como Pablo para que la iglesia y el mensaje de Dios sea masacrado en las mentes de cada uno, como un martillo con cincel. Nuestros corazones son un martillo fuerte y nuestra alma es el cincel para convencer a cada ser humano de la importancia de conservar la iglesia...

Tomás y Porfirio, en la oscuridad, menean las manos y el rostro se frunce. Tomás se acerca al atril y con unas palmaditas en la espalda le dice a Irene que ya puede tomar asiento.

—Palabra del señor.

Todo el mundo, durante algunos segundos, no responden; pero luego dicen:

—Te alabamos Señor Jesús.

La noche es fiel. Sobre las siete y media la luna y el cielo conservan el velo cósmico, misterioso por donde fragua algo. La gente yace en las sillas tan sólo escuchando, como búhos, imperfectos, a la espera de algo. En ese momento Tomás se queda parado junto a Porfirio, muy juntos y en sus siluetas se nota el cambio y el ataque a una reforma. Tomás vuelve al altar, coge el gran libro entre las manos y musita: *Purifica mi corazón y mis labios... para acabar con todo el estado.*

—El señor esté con vosotros.

—Y con tu espíritu.

—Lectura del santo evangelio, según San Marcos—Tomás se cruza los dedos por la frente y pecho, pero no los hombros.

—En San Marcos 5 podemos leer cómo Jesús ahuyenta una legión de espíritus inmundos, haciéndolos ir a una manada de cerdos, pero le dice al hombre, después de ser liberado que no lo siga, que vaya a la casa y que dé mensaje de su palabra y su acción. Lo podemos comparar a estos espíritus inmundos del estado, que quieren acabar nuestra iglesia, pero en nombre de Jesús los expulsaremos para el hades. Es hora de que actuemos, hijos de Dios, es hora de despertar, yo estoy seguro y por una revelación del gran Dios que él nos autoriza de acabar con el

estado, de sacar nuestras armas, de activarlas, ponerle todos los cartuchos que sean necesarios. ¡Actuad!, mis hermanos, actuad, es la hora, les digo. Quiero que sepan—Tomás empieza a subir la voz. En medio de la oscuridad se siente la vibración de su voz, de alzarse, de manifestarse—que es hora de que empuñemos la fe y con ella acabar con cada miembro del estado. Mañana que podamos traer al sumo pontífice con él nos armaremos un plan con el que salvaremos nuestra iglesia. Nuestra iglesia tiene que ser la que fue hace siglos, con un poder absoluto de matar y torturar.

Porfirio le toca el hombro a Tomás y Tomás se frena, como diciéndole es suficiente. Tomás se persigna y en ese momento una explosión muy fuerte se escucha al pie de la puerta. Porfirio se sobresalta y Tomás apenas mira de soslayo, y simplemente continúa. La gente se para de sus sillas. Por un momento hay silencio; Porfirio sale del estupor y se acerca al altar para hacer su parte.

—Hermanos, que la ayuda de Dios esté con nosotros.

—Te rogamos, óyenos.

—Que nuestra iglesia sobreviva y sobre nosotros caiga la fe.

—Te rogamos, óyenos.

—Que nosotros, como representantes de la fe, Dios dé sobre nosotros la máxima sabiduría para acabar con el estado.

—Te rogamos, óyenos.

—Que sobre nuestros hermanos caiga la máxima sabiduría para acabar con el estado. Y que la iglesia sea la institución reina del mundo.

—Te rogamos, óyenos.

Tomás se acerca al altar. Con la mano coge el copón y lo alza; Luego la patena. Todo el mundo, a pesar de que el ambiente lleva el hedor a explosivo, tienen los ojos cerrados y pensando en el cuerpo de Jesucristo crucificado. Tomás deja todo en la credencia. Silvio y Flora se acercan. Tomás menea la cabeza, detalla en la oscuridad a sus feligreses.

—Que este cuerpo y sangre de cristo sean para bien de nosotros; que esta misma sangre derramada por Él sea la derramada por nosotros. Que este sacrificio sea agradable a tu presencia.

Flora le acerca la vasija dorada y Tomás se lava las manos, escurriéndolas sobre un paño. Tomás se acerca al altar de nuevo, en la vacía oscuridad siente un ambiente tenso, como si algo le atormentara. Porfirio baja a la sala principal, con un saco en felpa rojo y de su pretina saca el primer billete y lo deposita. Empieza a pasar silla por silla, para recoger más dinero.

—Hermanos, el cuerpo de cristo, en estos trozos de hostias, nos representa la crucifixión que tendremos para acabar con el estado, la sangre que derramaremos en la tierra por salvar la casa de Dios. Este vino es sed que tendremos por salvar nuestra

religión, nuestra idiosincrasia, sed que finalmente será saciada. Pueden atormentarnos todo lo que quieran, con sus bombas, sus hombres, bloquearnos todo, pero hay algo que no nos podrá quitar ni bloquear: y es la fe, las ansias de servir al ser humano y a Dios...

—...Ammmm...

—No, no digan esta palabra, esta palabra es de acuerdo y la verdad no estamos de acuerdo con lo que hace el estado, estamos en desacuerdo y en contra de cualquier obstrucción del estado, del presidente, de las leyes, de todos estos alcaldes. ¡Así que en pie de lucha!

Porfirio termina de recoger el dinero, hace una venia en el Jesús en la cruz. Tomás advierte en medio de la oscuridad la presencia de la bolsa y se inclina. El reloj llega al octavo ritmo.

—Que estas ofrendas sean para la gracia del señor como un donativo a la causa revolucionara y lucha de fe—Tomás se detiene por algunos segundos—. Así sea en medio de esta oscuridad, en medio de esta penumbra que nos hace el estado, pero que la fe y Dios nos alumbrá, demos un abrazo en lo más común de nuestra iglesia, un abrazo de paz, pero que este abrazo sea de dignidad por todos nosotros, un abrazo a nuestra iglesia, a su comunidad y sobre todo a Dios.

En la oscuridad Todos se abrazan. En el instante una bomba suena con estrépito y estremece a Porfirio, que se acerca a

Tomás, ya con miedo. La gente murmura y el humo y mucho polvo flotan por toda la iglesia.

—Tomás, esto está peligroso ya, yo creo que dejemos salir la gente y nosotros a nuestros lechos.

—No se preocupe, padre Porfirio, démosle las hostias a esta gente y ya terminamos. Podemos decirle a Irene que nos ayude.

Cuando miran alrededor, en medio de la silueta de luz, no ven a nadie, sólo la silla vacía de la mujer. Los demás ya están saliendo por el corredor del patio. Tomás y Porfirio salen detrás de ellos, a prisa.

—Esperen, hijos, falta la hostia y una merienda que trajimos—dice Porfirio.

Nadie presta atención. Cuando salen la calle lateral de la iglesia se encuentra en un vacío absoluto, a pesar de las ocho y diez de la noche.

—Ya deje así, padre Porfirio, que se vayan, de igual manera, y estoy seguro de eso, que la gente volverá por sí sola, los domingos, en familia.

—Espero que sea cierto, padre, espero que sea cierto—Porfirio, con las manos en la cintura, se queda pensativo, y luego continúa—. Bueno, yo creo que me quedaré esta noche aquí, padre Tomás, la verdad no es buena idea irme para la casa ahora con Wendy para la casa.

—Yo creo, padre. Lo que sí es cierto, aunque ya se haya ido don Evaristo, que nos espera con el carro a las cinco de la mañana.

—Sí, vamos a descansar temprano. Vamos a comulgar para terminar con la gracia de la misa...

—No, padre, más bien comámonos los buñuelos—Tomás se quita la cintilla de su cuello y se sienta—. Rosario, arregle todo el desorden del púlpito, por favor y las sillas, que queden recogidas.

—Sí, padre.

—Es inaudito cómo este alcalde nos atacó con bombas y esta última fue la de mayor impacto—dice Porfirio pensativo—. Es más, cómo supieron que estábamos aquí, en una misa clandestina.

Por un momento Tomás no responde, engulle el buñuelo con una tazada de café. La noche se retrae.

—No se preocupe, padre, que esto es poco para lo que se les viene encima—Tomás mira al cielo y luego continúa comiendo—. ¿Va a comer?

—No, padre, gracias—Porfirio frunce el ceño, mirando con desdén a Tomás.

—Sabe, padre Porfirio, que tuve una revelación ahora que daba la bendición a las ofrendas.

—Usted y sus revelaciones, padre Tomás.

—Pues mañana que estemos con el Papa le proponemos que armemos un movimiento revolucionario, un movimiento en contra del estado para salvar la iglesia. Algo así como... Movimiento revolucionario Dios y fe, el M.R.D—Tomás acaba todo y se incorpora.

—Pero, padre Tomás, eso es tanto como política, eso ya no es religión.

—No, padre Porfirio, al contrario, la política es religión y en este caso, si es a favor de Dios, para salvarle su legado; quiere decir que es religión así sea la guerra y las muertes.

— ¡Padre!, ¿qué está diciendo, por favor? Eso es tanto como volvernos asesinos.

En ese momento se acerca Rosario con la bolsa en felpa. Tomás y Porfirio bajan la voz.

—Ah, gracias, Rosario. Su sueldo se lo doy la otra semana, el lunes. Usted sabe que mañana tenemos que ir a la capital y esto es con lo único que contamos—Tomás se sienta de nuevo.

—Vale, padre no hay problema—Rosario trae en la otra mano una bolsa con la ropa de cambio, lista para irse—. Los dejo, padres, el recinto y el púlpito quedaron limpios, lo único que no alcanzo es a limpiar el polvo de los artefactos detonados.

—Pero, pero, Rosario, no creo que usted se pueda ir. Afuera la pueden identificar, la pueden secuestrar o tomar y sacarle investigación—Tomás se quita los zapatos.

—Sí, rosario—agrega el padre Porfirio—, debes de quedarte, además usted sabe que nosotros nos vamos a recoger el Papa mañana temprano y debe quedar acá para recibir a los hombres que nos van investigar y allanar la iglesia.

—Ustedes no me habían dicho nada, padre—Rosario se sienta, dejando la bolsa en la mesa.

—Sí, Rosario, es muy sencillo. Necesitamos que ustedes, junto con Lucrecia y Wendy reciban a los hombres, ellos llegarán mañana en el transcurso de la mañana, muy a las ocho, me imagino. Ellos preguntarán por nosotros—Tomás mira a Porfirio y este solamente asiente—; ustedes les dice que nosotros salimos a buscar para dónde trasladarnos, que no podemos entregarles la iglesia sin tener para dónde irnos y comenzar una nueva vida.

—A cualquier ciudad—agrega Porfirio, quitándose las gafas.

—Pero eso mismo lo puede hacer sus secretarias, yo no veo la necesidad de que yo esté.

Tomás Y Porfirio se quedan pensando un rato, mirando el reloj que bordea las ocho y media. Luego miran a Rosario, con rostro tenso, de pocos amigos, mirando al suelo.

—Rosario—Tomás le coge la mano—, estoy seguro que Dios, tu gran Señor, te está pidiendo esta misión, con esta misión tú ya tienes garantizado el cielo, a su derecha quedarás, como una salvadora de su iglesia—Tomás le guiña el ojo.

—Bueno, eso está bien. Yo me quedaré acá para que los hombres los pregunte y ya, ellos se van.

—No creo, Rosario, la verdad. Ellos, así no estemos nosotros, ellos van a allanar la iglesia, les van a pedir que saquen todo: copones, hostias, rosarios, biblias, etc., etc. En fin, van a pedirles que saquen hasta nuestra ropa y... nuestras pantaletas. Ustedes tranquilas, nosotros estaremos frenteando algo más duro y es la traída del sumo pontífice al pueblo, llegaremos con él a eso de las cuatro de la tarde.

—De una, padre, que todo sea en nombre de Dios y para salvar el catolicismo.

—Bien dicho. Ahora les organizo el lecho de descanso.

Rosario se retira. Porfirio está pensativo, con las manos en el mentón. Por un momento se imagina la iglesia organizada como una banda, cruel y despiadada, inhumanitaria y es algo que no le cabe en la cabeza. El aire de la noche no sede a escapar de la iglesia, todo es tranquilidad ya, por el momento, en todo el pueblo.

—Entonces, padre Porfirio, como le decía. Yo sé que usted está preocupado por las decisiones que podamos tomar, pero no hay de otra, la iglesia necesita defenderse, no podemos dejar que esto lo acabe el estado así porque así y nosotros estamos en el deber de no dejarlo, como miembros que somos y como hijos de Dios que somos.

—Pero estamos solos, padre Tomás, un pueblo, un cagado pueblo peleando, no creo que hagamos mucho—Porfirio habla con voz de angustia, desespero.

—No se preocupe, padre, Cuando en los medios vean que nosotros nos alzamos en armas para defender nuestra iglesia y que está dando resultados, todo el mundo va a querer alzarse también, no le quepa la menor duda; las revoluciones son así, como la epidemia. Además, mire usted, padre Porfirio, durante la historia, cuántos hombres no han matado en nombre de Dios, en las cruzadas, dentro de la misma biblia ha sido consecuencia de Dios mandar acabar con algo para que vuelva a nacer, no ha reparado nada.

Un viento sopla a toda potencia de repente, como un aire del norte. La luz vuelve. Hay un silencio momentáneo. No ven a ninguna de las mujeres, sus secretarias ni a Flora ni a Silvio, sólo sigue prendida la luz de la oficina del padre Tomás. Tomás y Porfirio se acercan y encuentran allí a Rosario, observando a la virgen maría y al divino niño Jesús, ensimismada, como si no estuviera en el mundo.

—Rosario, ya debe tener sueño. Si quiere vamos le organizo una colchoneta de mi cama y puede dormir en el cuarto de Silvio y Flora.

—Bueno, padre.

Tomás entra a su cuarto y lleva una colchoneta para el cuarto de Silvio y Flora, quienes duermen ya plácidamente. Rosario se despide de los padres. Wendy y Lucrecia, aún con la luz prendida del cuarto contiguo, se despiden.

—Rosario les da mañana las instrucciones de qué es lo que deben decirles a los hombres que vengan—Tomás siente una punzada en su estómago, pero le pasa.

—Bueno, padre, yo creo que vamos a descansar y poner la alarma muy a las cuatro y media de la mañana.

—Está bien. Pongamos todo en nombre de Dios, Él es el único ser que nos puede ayudar en todo esto—Porfirio trata de entrar al cuarto, encendiendo la luz.

—Pues, padre, la verdad yo me aferro a lo que podamos hacer por nosotros, nuestra alma que está insatisfecha, que el universo se congracié con nosotros—Tomás hace un gesto de poca importancia.

Porfirio se queda mirándolo, extrañado, sin saber qué decir. Por un momento piensa *Más bien dejemos que sepa lo que está haciendo, no voy a refutar.*

La noche, sobre las nueve, se despliega. Tomás y Porfirio duermen, en medio de las tinieblas, tanteando la cobija sobre sus cuerpos. La noche los exhorta a dormir, pensando en lo que se viene encima, la lucha contra el estado, de toda la inmundicia de ley para acabar con la iglesia. Tomás recrudece su alma ante

la injusticia, su vida cruza por su alma ladina, llena de fe y ahora de revolución, la cual le parece increíble; un cambio sin precedentes. Pero a pesar de todo tiene que tomarlo con seriedad—se dice—con madurez y sobre todo con jerarquía. Jamás en la historia de la iglesia ha estado presente un movimiento en pie de lucha, de revolución, quizás él es el primero en tomar las riendas; hasta pasar a la historia como el par de sacerdotes que desafiaron al estado y salvaron la iglesia. Lo que no sabe si van a quedar como santos o simples subversivos, eso es lo que espera traiga el *destino*.

—Padre Tomás, no hicimos la oración de la noche ni el rosario.

—Mierda, padre, sólo mierda. Duerma.

Viernes

Cuando Tomás y Porfirio salen la humedad de la hierba y del aire son frescos. No son más de las cinco y diez de la mañana. El sol apenas se asoma por en medio de la cordillera lejana,alzada por unas leves nubes de verano, un cielo tostado. Tomás lleva puesto sobre su cabeza un saco y Porfirio una chaqueta con un bolso terciado a la espalda. Caminan a paso normal, pero mirando para todos lados, como fugitivos sin captura. Tomás se detiene por un momento, mirando para las laderas que se ven en la parte plana; Porfirio también se detiene, como desafiando por un momento los hombres que los buscan.

—Desde aquí, padre Porfirio, podemos desafiar a todos los hombres que quieran bloquear nuestra salida. Yo sé que, con Dios desde el cielo, Él nos protegerá con su luz y sabiduría— Tomás continúa la marcha y Porfirio lo sigue.

—Eso espero padre. Y guardo la esperanza que don Evaristo ya esté esperándonos con el carro allí adelante y que no lo hayan detenido—Porfirio se acomoda el bolso a cada momento en la espalda, con la cara agujereada de sudor.

Siguen caminando, como siervos obedientes de Dios, a los que les han dado una misión. El reloj pasa a las y quince y las nubes vienen de la cordillera. El cielo aclara un poco más y el rostro de Tomás se asoma insistente, para poder ver el rostro

acompañante de Dios, pero no lo encuentra. Por el pie de la cordillera se alcanzan a ver algunas fincas, con sus casas en tejado y el olor a estiércol y a leña. Tomás camina firme, pendiente del estiércol para no embarrarse. Porfirio lo mira por ratos, como pensando en las consecuencias y de las decisiones que ha tomado su homólogo, en las que la ha tocado ceder sin llegar a reflexionar en su alma y mucho menos desde su fe. Le parece que lo sigue como un animal, sin defensa ni razón, a lo que el ser humano le pueda dar.

A los cien metros de distancia, ya cuando el reloj da las cinco y media, divisan el carro color verde estacionado a un lado del camino polvoriento. Aceleran el paso para evitar cualquier mirada de gente que pase.

—Es ahí, padre Tomás, es ahí—Porfirio se descuelga el bolso de su espalda y trota.

Cruzan la cerca. Tomás llama muy bajo a Don Evaristo. Cuando el hombre se da cuenta sale del carro a toda prisa, le recibe la maleta a Porfirio y los ayuda a cruzar. Evaristo viene con una camisa blanca, sucia, en botas de caucho y recién levantado. Le besa las manos a cada uno.

—Qué alegría, padres de la iglesia. Aquí tienen el carro, muy limpio, buen olor. Yo lo mantengo al día a pesar de su antigüedad, la cojinería limpia y todo, llantas, radio...etc., en

buen estado; hasta full de gasolina para que vayan y vuelvan de la capital.

—Muchas gracias, don Evaristo, muchas gracias, no esperábamos menos de usted. Nosotros se lo entregamos en la noche, muy limpio también, aunque sabemos que con esta carretera va a llegar lleno de tierra.

—No hay problema, padres, estoy para servirles, usted que son servidores de Dios y nos transmite su mensaje, que mejor para estar agradecido.

—Tiene las puertas del cielo abiertas, don Evaristo—dice Tomás, abriendo el baúl y dejando la maleta—. Le tenemos un dinero pendiente por el favor, don Evaristo, no se preocupe. Por ahora sólo llevamos lo de viajar y no creo que nos alcance—Tomás mira a Porfirio y este asiente.

—Bueno, padres, con tal de que salven nuestra iglesia, ya con eso está saldado el favor. Por ahora arranquen que el viaje es tedioso.

Tomás sube a conducir y Porfirio sube al otro lado. Sacan la mano para despedirse de Evaristo. Tomás pone la segunda en marcha; se acomoda mejor en la silla. Porfirio baja el vidrio para que entre un poco de aire. El ruido del motor es apenas de antigüedad, un poco fuerte. Tomás conduce a no más de cuarenta kilómetros por hora. El polvo que se levanta cae en el

parabrisas y sobre las ventanas. Aún el cielo es semi gris, con un tono azulado ya de amanecer.

Tomás se concentra en el volante y en los cambios y Porfirio mira las laderas, solitarias y taciturnas, como siente su alma. Lleva la mano en la barbilla pensativo; hay un recuerdo en él, pero no lo advierte Tomás, que baja el cambio a segunda. Porfirio siente algo de ansiedad, algo de nervios bajo sus pies y hasta golpea su cabeza; en cambio ve a Tomás, al hombre que era temido de fe, temeroso, sentado en un carro dispuesto a batallar por la iglesia. No sabía si estaba lleno de fe, si tomaba el arma de la fe o simplemente tomaba el arma de la guerra y el asesino y mataba a cualquiera, sin pensar en el temor de Dios.

—Padre Tomás, ¿puedo hacerle una pregunta?

—Claro, padre, con eso se nos hace el viaje más corto—
Tomás da la tercera y esquivando una rama en la carretera.

— ¿Las decisiones que ha tomado en estos días obedecen a su fe, a su alma y a Dios, o simplemente son indicios de un alma en rencor y que quiere vengarse a su modo?

Tomás se queda pensando por algunos segundos. Baja a la segunda el cambio.

—Padre Porfirio, ¿usted cree que la iglesia ha pensado y razonado al son de la fe y de Dios las cosas hacia la humanidad?

—Claro, padre, indudablemente, hasta las guerras de la edad media y todos los asesinatos que han cometido, obvio que ha

sido pensando en Dios, en las leyes del universo que nos ha dejado.

—Desde ese punto de vista sí, padre Porfirio, pero ¿dónde quedan las decisiones de poder, de jerarquía y de amasar dinero suficiente?

Porfirio frunce el rostro y se acomoda mejor en el asiento. Tomás se concentra de nuevo en el camino, ya más claro, con el cielo expectante de claridad y verano.

—Por eso, padre, se lo digo en serio que lo mejor es armarnos de poder, armar un partido revolucionario que nos signifique mandato y derechos, que estamos peleando la defensa de nuestros ideales de fe y eso no lo podemos hacer sólo tres pelagatos, como usted y yo y el Papa; no señor. Necesitamos un grupo grande, con nuestras propias ideas filosóficas, llenos de una inspiración en Dios. Yo sé que Dios está de acuerdo con todo lo que pienso hacer, porque han sido revelaciones—Tomás acelera a pesar de lo pedregoso del camino y ajusta a la cuarta.

—No sé padre, todo lo que dice usted me da miedo, la verdad, me da miedo que estemos convirtiendo la iglesia en política, que nos convirtamos en unos simples revolucionarios que atacan y matan por un ideal; es que...que no me cabe en la cabeza.

—Padre Porfirio, dígame una cosa, usted lleva al servicio de la iglesia treinta años.

—Sí.

—En esos treinta años de fe, que ha comulgado a cientos de personas, que ha hecho bautizos, ha casado a parejas, que le ha devuelto la esperanza a la gente con la confesión y el perdón, ¿usted cree haber hecho un beneficio con eso, la gente se ha convertido en buenas y ahora se aman unos a otros?

—Pues...no...pero...

—No, padre Porfirio, la iglesia, a pesar de llevar un mensaje de fe y paz, de armonizar la humanidad no ha sacado nada con eso. Si usted se da cuenta en la época en que tuvo poder la iglesia la tuvo porque todo era basado en leyes innegables, en torturas, en muertes tras llevar la contraria y tuvimos un poder absoluto, sobre el estado. La política y los grandes líderes se han hecho a un nombre a punta de normas absolutas, a seguidores que los han hecho ver como inmortales... y pues, Jesús, claro, cabe en esto, un líder nato, enviado o que se creía enviado...

— ¡Pero padre Tomás, qué cosas está diciendo! —Porfirio cruza los brazos, se echa la bendición y su rostro se torna osco.

—Padre Porfirio, vamos a ser un grupo de razón, de duda, no podemos tomar todo a la ligera.

—Una secta parte de ideales innegables, no hay dudas.

—Puede ser, padre, pero la duda nos llevará a formar esos ideales absolutos y devolver la iglesia a la gente, a Dios. Lo mejor es que de aquí ya no seremos la misma iglesia de hace siglos, si

no que cambiará para poder eterno e inflexible para gente futura.

Tomás baja a la tercera. El camino sigue pedregoso y polvoriento, con un cielo en silueta amarillo. El aire que va por el polvo retorna, se eleva, a gran altura. Y se devuelve, al pueblo, pasando las laderas y pasando por la base militar, con los hombres en guardia, haciendo requisas. En el pueblo se siente tranquilidad, sólo niños saliendo a estudiar y una que otra persona saliendo temprano a trabajar. Desde esa hora la policía empieza a rodear el pueblo, a montar conos en las calles, revisando motos y carros y cuánta gente pasa. Sobre la puerta principal de la iglesia se instala hombres disfrazados de negro, con armadura y un escudo sobre sus manos, como ciborgs; por la puerta trasera custodian tres.

Ya dando las últimas sobras el minuterero, las seis y el cielo se instalan concienzudamente. Los trabajadores empiezan a encender sus computadores, a dejar sus bolsos en los casilleros y alistar los últimos documentos del día anterior. Empieza a entrar gente para gestionar documentos, otros para abordar al alcalde y empezar hacer obras de gestión pendientes.

Sobre las seis y cinco aparece la camioneta con dos escoltas. El alcalde baja, con los hombres pegado a la espalda, con dos emes sesenta, muy resguardado. Ingresa a su oficina, con un revuelto de papeles en su escritorio. Al instante aparece Paola,

con un vestido rojo, con una flor en la manga y el cabello suelto y mojado. Trae una fila de papeles, los cuales deja sobre el escritorio. El alcalde la mira de arriba abajo, pasando saliva. Ajusta su voz mañanera.

—Hola, señorita Paola, ¿cómo amaneció?

—Excelente, señor alcalde. Traía estos documentos para que usted revise las obras pendientes que la gente no ha podido gestionar.

—Bah, por ahora llévese eso de aquí, necesito concentrarme en la expropiación de la iglesia, los hombres que van investigar todo llegan sobre las siete, necesito todos los documentos pertinentes y usted tiene que ir conmigo para que tome nota y un acta de todo lo que se encuentre, se investigue y lo que toque hacer allá.

—Bueno, señor alcalde. Ya le busco todo—Paola se arregla el vestido.

—Ah, por favor organice primero que todo este desorden de papeles en este escritorio, la verdad no puedo empezar a trabajar, mi mente así se bloquea.

—Claro, sí señor. Además, ya le traigo un tinto.

—Gracias.

El alcalde coge el teléfono. Marca, enciende su portátil, le contestan. Tararea con los dedos sobre el escritorio.

—Argemiro, ya debería estar aquí, van a hacer las seis y cuarto.

—*Sí, mi alcalde, es que la alarma no me despertó a tiempo...*

—Recuerde que hoy tenemos un día apretado, hay muchas cosas que hacer.

—Sí, claro, lo sé, señor alcalde. En quince minutos estoy allá.

—A las siete llegan los hombres de la capital para investigar, necesito que usted vaya conmigo y tome nota de todo lo que se diga, usted sabe que usted es el responsable de que esa empresa quiebre, con sus investigaciones ladinas y prontas.

El alcalde cuelga. Se asoma por la ventana para observar el paisaje y el cielo azul amarillento de verano. Vuelve al escritorio, haciendo sonar sus zapatos. Toma el teléfono de nuevo.

—Paola, por favor, avísele a todo el séquito que los necesito ya, para una reunión extra.

—*Sí señor.*

Mientras vuelve a la ventana para mirar la gente por la plaza, su mente se revuelca, como un retrete: pensando en lo que pueden decir los sacerdotes, la cara de sorpresa, los hombres de investigación y en el gran sitio que irá a poner allí después de que todo el terreno sea del estado. Regresa a su tiempo, en la universidad, a ese claustro donde pudo obtener las mayores satisfacciones en política, sus desacuerdos con la educación y de cómo con sus compañeros habían creado un sitio para vender y

comprar los trabajos a realizar. Cabila por un momento, indecente o normal, no lo sabe. En ese instante piensa en el sitio para grandes diversiones. Viene a su mente Paola, su vestido y su finura, muy atractiva; después las cartas, el azar, el licor, las apuestas y tantos miles de cosas para invertir y sacarle jugo al dinero.

Cuando vuelve en sí, tocan a la puerta y entra Argemiro. El alcalde lo recibe con un apretón de manos, lo invita a sentarse y le ofrece un tinto, muy amable. Argemiro trae puesto un gabán y un sombrero, como todo un detective europeo.

— ¿Dónde se consiguió eso, Argemiro, por favor?

—No, pues con un hombre que estuvo en el otro lado del mar y me lo obsequió—Argemiro se quita el gabán y lo deja en una silla; el sombrero lo deja en sus piernas.

—Ja, ja, parece puro Dick Tracy—el alcalde ríe—. Bueno, Argemiro, poniéndonos serios, necesito que vaya conmigo, como le decía por teléfono, a la iglesia para el allanamiento, necesito que me tome nota de todo lo que se haga, pero no las mismas que tome Paola, si no que sus notas son de chisme, por decirlo así, chisme para tomar decisiones serias en dado caso de oposición—Rigoberto se sienta y empieza a escribir algo en su computador.

—Claro, mi alcalde, no hay problema. Y, además, señor amo, mi alcalde, la inteligencia que pudimos hacer anoche en la

iglesia con Irene fue que quieren armar un partido revolucionario, con el cual atacar al estado para que no acaben la iglesia.

—Ahhh, qué tal estos, a ponerle un partido revolucionario al estado, están locos, dementes, si son apenas unos gaticos creyéndose tigres—el alcalde se incorpora en segundos y va a la ventana. Luego regresa y se sienta de nuevo, escribiendo otra vez—Bueno, ¿y cómo hizo para los petardos que les lanzamos y los grafitis?

—No, mi señor, se los pusimos junto con la policía, ellos mismos los activaron y todo con la señal de la señora desde el micrófono.

—Excelente, Argemiro. Vaya anotando lo que le debo por los trabajos. Ya faltan veinte minutos para que lleguen los hombres de investigación. Hice llamar al séquito para conversar unas cosas con ellos y pues también que nos acompañen a la iglesia, por si algo sale mal.

En el momento entra Paola con dos tintos y los deja sobre la mesa. Argemiro la mira de arriba abajo, con ojos desviados y casi un alma de descontrol. Sale de nuevo. El alcalde sigue escribiendo, muy concentrado.

—¿Qué es lo que escribe, mi alcalde?

—Una idea que tengo para la expropiación de la iglesia.

—Para la biblioteca, el colegio...

—No, mucho mejor que eso. Ya lo sabrá a su debido tiempo, por ahora es sólo un boceto que tengo.

El sol sale intenso, con mes de cercanías a las lluvias, pero el cielo y el verano son insistentes, azul, tostado y el césped y los árboles secos, casi quemados. Llega un grupo de ocho personas a la alcaldía, todos muy bien vestidos, con maletas en cuero. Deja cada uno su documento en la entrada, sin ser requisados. Ingresan a la oficina del alcalde como por sus casas, muy libres. Uno de los hombres trae en la mano un rollo de papel cartulina, envueltos. Los deja sobre el escritorio.

—Hola, buenos días, señor alcalde—saluda Alejandra Santacruz, con una fuerte voz.

—Hola, señores, ¿cómo amanecieron hoy jueves veintidós de marzo del dos mil veintinueve?

—Muy bien, señor alcalde. Apenas nos llamó su secretaria, de una nos pusimos de acuerdo y vinimos en un santiamén—
Responde Gustavo, arreglándose las gafas y el peinado hacia un lado.

—Bueno señores, entonces necesito que me acompañen al allanamiento de la iglesia que se va a realizar en unos minutos, pues en presencia de los investigadores que están por llegar. Cada uno necesito que me aporten ideas y me den consejos del paso a seguir, pues lo que sepan de leyes que me digan de cómo proceder en caso de que se les encuentre algo indebido a esta

gente, ustedes saben a qué me refiero. Tengo más o menos plasmada una idea de lo que podemos poner allí apenas nos entreguen sus terrenos y sus propiedades y sus tonterías.

—Pues, alcalde, para mí sería bueno que implementáramos—dice Miguel del Vasco—un proyecto bibliotecario estilo europeo, como se lo había hecho saber en meses anteriores. Como una Alejandría, muy atractiva y magna.

Todos se quedan mirando al hombre, limpiándose la camisa blanca, mirando al techo. Se quedan con la mano en la barbilla; luego miran al alcalde.

—No sé, señor alcalde—interrumpe la reflexión Pablo Espineta, un tanto barrigón y con los pantalones descaderados—, a mí me parece que el colegio es lo mejor, la educación... no sé...

—Pues señores, todos esos proyectos andan, sirven para la sociedad, pero ¿ustedes se han puesto a pensar en la necesidad de diversión para nuestra gente, en su juerga, el alma dionisiaca y en su atroz y vil soberbia de vicio y desenfreno? Pues tengo un proyecto de donde nos podremos beneficiar; algo así como un club de juegos, licor, mujeres, una cosa grande y mega, de grandes proporciones, donde la gente encuentre toda la diversión en un sólo lugar.

Todos se quedan pensando, mirándose unos a otros. Argemiro sonrío, como si la idea en su cabeza ya la tuviera

hecha, bien estructurada. El alcalde hace un ademán de razón y vuelve en sí, como si algún motor en su cerebro anduviera de nuevo.

—Pues, señor alcalde, no es mala idea, los rubros serían a llenar, pero la mente y el espíritu de ciencia y conocimiento se perdería y el objetivo principal de acabar con la iglesia se perdería—agrega Vicente Ceballos, organizándose su boina—. No lo puede concebir, señor alcalde...

—Bueno, basta de discusiones y de opiniones, señores, esto ya lo habíamos discutido antes. Por ahora concentrémonos en esperar a los investigadores. Usted, señor Rogelio, lleve este portátil para que haga las preguntas y lo que requiera su proceder.

—Sí señor.

El alcalde cabila por algunos momentos, viviendo a su mente un recuerdo tonto, piensa en una decisión que le costó la estadía en la universidad y era haberse burlado del profesor de matemáticas con la fórmula de la derivada. Le dijo: *Profesor, derive su conocimiento como lo hace con las funciones*. El profesor se había quedado pensando por algunos segundos. Al siguiente día le respondió el profesor: *mi querido Rigoberto, yo derivé mi conocimiento con su expulsión, pero al derivarlo me dice que debes quedarte para mejorar*. El futuro alcalde se quedó en silencio. Al final del semestre se hizo amigo del profesor.

Paola entra, con una sonrisa lacónica. Se acomoda el vestido y sus dientes se ven blancos y muy bien tenidos. El alcalde la observa, luego al séquito.

—Señor alcalde, ya viene la camioneta con los investigadores.

—Muy bien, señores, parados y con la asta de la esperanza y la ilusión puesta en esta misión. Paola, hágalos seguir y se disculpa en nombre de toda la bancada por no poder recibirlos ante la puerta de la alcaldía, dígales que estamos en una reunión importante.

La mujer cierra de nuevo. Todos se incorporan, muy atentos, con las manos atrás y en una posición tal de milicia. El alcalde atisba por la ventana para ver quiénes son los hombres, pero no los alcanza a detallar. Se relaja, con el rostro tenso, sin embargo. A los cinco minutos Paola abre la puerta y el primero que entra es un hombre calvete, con boina y su maleta en la mano, luego siguen los siete, cada uno tiene su boina en la cabeza y la maleta en la mano también; ropa diferente, pero todos con saco en lana y con un escudo al lado izquierdo en óvalo y un mirto alrededor. El calvete es el primero que le da la mano al alcalde, luego a cada uno del séquito y así a cada uno.

—Señor alcalde, déjeme presentarme, mi nombre es François Alessandri. Ellos son: Dominique Voruz, Anatole Pegouret, Boris Peltier, Zéphyr Estibaliz, Lambert Argou, Ludovic Caín. Son los mejores hombres en investigación de leyes, con maestrías en

canónico y además han trabajado para el departamento de investigaciones de la interpol, son de la entera confianza—El hombre se quita su boina y de ahí en seguidilla todo su grupo.

—Muy bien, muy bien, señor François, porque el trabajo que tenemos aquí es detallista, a fondo debemos ir. Me imagino que el señor presidente tuvo que decirles exactamente de qué se trataba...

—Claro, señor alcalde—el hombre hace un gesto de tranquilidad, dejando sentir la voz afrancesada—, usted no se preocupe que nosotros sabemos muy bien nuestro trabajo, incluso nos dijo que empezáramos por esta villa, que era donde había más movimiento de personal de la iglesia, donde había resistencia.

—Sí, es cierto, y por la inteligencia que hemos podido hacer piensan armar dizque un grupo revolucionario—el alcalde ríe y el séquito y el grupo de investigadores también, pero con una sonrisa disimulada, con las manos en la boca.

—Pobres. Déjeme decirle una cosa, señor...

—Rigoberto.

—Señor Rigoberto que en la historia de la iglesia no ha habido el primer hombre de la fe social que se insurrecta contra el estado, es difícil para ellos porque deben tener votos de fe, de tranquilidad, los valores que profesan ellos. En dado caso de crearlos y que sean capaces yo creo que les va a quedar difícil.

—Eso esperamos, señor François. Bueno, antes de salir ¿toman tinto?

—No *Maire*, gracias. Lo más seguro es que nos lleve todo el día la investigación, no podemos perder tiempo.

—Listo, señores, adelante. Los escoltas están afuera esperándonos.

Todos salen y de últimas, pegado a la espalda del alcalde, Argemiro; el alcalde le pasa algo con disimulo en la mano. Por la alcaldía se irradia ambiente de gestión, de gente, de impuestos y el tecleo de los computadores. El grupo de investigación se acomoda las boinas y hasta las maletas las pasan de mano en mano. Salen a la calle, acompañados de los escoltas del alcalde y además de un carro de la policía, como un operativo cualquiera para capturar a un hombre. La mañana y el tiempo se juntan con las siete y media, dejando entre ver un cielo azul, con nubes lejanas y el sol subiendo la temperatura.

La gente en el pueblo los ve pasar y los miran curiosos, con aspectos rubios, bien blancos y de metro ochenta, muy firmes. Los carros que pasan y además los militares, atisban y hacen pesquisas trazando el paisaje de la plaza. Detrás va el grupo del alcalde, mirando de lado a lado, más nerviosos. Argemiro va detrás del alcalde hablando bajo.

—Este grupo, mi señor alcalde es teso y nos hace ver feos.

—No se preocupe, no van a durar toda la vida acá. Esperamos que nos saquen resultados positivos, donde les den orden de captura, donde nos digan que ya podemos tomarnos el poder contra ellos por errores y secretos.

—hecho.

Todos llegan por la parte de atrás de la iglesia, la puerta grande aún sigue custodiada y con barricadas. El que llega a tocar es el alcalde, con las manos atrás, mirando de lado a lado y con los guardaespaldas atentos. Al segundo toque abren la puerta. Es Rosario, con la escoba en la mano.

—Buenos días, ¿en qué les puedo ayudar? —Rosario entrecierra la puerta, mirando de soslayo.

—Señora, el padre Tomás, es con urgencia y nos está obstaculizando el paso—El alcalde sube la voz y un ademán de François Alessandri lo detiene.

—No señor, él tuvo que salir. Si quieren pasen, tomen asiento y ya les sirvo tinto.

Todos van entrando. Cada uno saca un pañuelo se lo pone en la nariz para no sentir el olor acre del incienso.

—Tranquilos mis señores, hace cuatro días que la iglesia no huele a nada, ni siquiera a la fe mundana—comenta Rosario, poniéndose el trapo de limpiar polvo en el hombro.

Todos la miran de soslayo. El alcalde, junto con François, miran todo detalladamente, como un par de lobos que detallan

la presa para atacar; los demás, con la maleta entre los brazos, esperan cualquier instrucción.

—Sigán y siéntense, ahí varias sillas, el tablón del corredor y ya les traigo el tintico...

—Señora, por favor, necesitamos agilizar el proceso, necesitamos al padre Tomás para que sepa lo que estamos investigando y haciendo y así darle un veredicto—el alcalde mira a François, como esperando que le confirme lo dicho.

—Pero ya les dije, él no está, tuvo que irse de urgencia con el padre Porfirio.

— ¿Y qué iban a hacer? —pregunta François acomodándose la boina.

—Creo que iban a buscar con la parroquia su estadía ahora que ya no pueden estar aquí.

—Ah, ¿pero salieron de la ciudad? —el alcalde mira a Argemiro, frunciendo el rostro.

—No sé, la verdad, eso me dijeron, no sé si llamaban o se iban, eso es un secreto—Rosario titubea y mira para todos lados, con un movimiento de manos nerviosas.

Por un momento se quedan en silencio. Los hombres de investigación miran a François para la instrucción, pero sólo mira al suelo y luego al alcalde. El alcalde por un momento piensa en el deber ser, pero en su espíritu encuentra algo que no sabe qué hacer. Se limita a hablar con nada.

—No, pues, señor François, usted me dirá.

—De todas maneras, no es importante que esté el dueño de la propiedad para investigar... Lo que podemos es dejarle un informe con los mínimos detalles de lo que se hizo y de las decisiones que se tomen.

—Ah, excelente. Entonces procedamos, muchachos. Señora...

—Pero no se van a tomar el tintico...

—No señora, no hay tiempo que perder. Necesitamos es que nos saque todo lo que tengan bajo llaves, en cajones, en cuartos, en archivos, carpetas, documentos, tanto como sea posible porque todo eso necesitamos fotografiarlo y leerlo—dice François, empezando a sacar una cámara profesional de su maletín. Se la cuelga al cuello.

El alcalde, junto con su séquito y los investigadores entran al púlpito. Lo primero que ven es la mesa, con su mantel blanco y atriles con libros grandes. Se detienen, analizan por un momento. François mira al alcalde, luego a su séquito.

—Bueno, señores—marca su acento francés—necesito que saquen sus cámaras, computadores portátiles y van tomando fotografía una a una, de alta resolución porque necesitamos investigar todo con minucia. Lo extraño y raro que encuentren me lo cuentan, porque todo eso debemos llevarlo para evidencias—François sube la voz—. Todo lo vamos poniendo acá en el suelo, así en forma organizada, en filas, de mayor a

menor tamaño. Lo que se vaya contando le ponemos una etiqueta con el nombre, número de referencia del documento y en la ficha técnica le anotamos las observaciones. ¿De acuerdo?

—Pero, *monsieur* François, en caso de encontrar documentos, *¿comment procédons nous?* —pregunta Anatole Pegouret, con un bigotillo mal organizado.

—Ah, bueno, se va dejando así en esa misma fila, pero con una carpeta legajadora y pues ya procedemos a ponerle la etiqueta y su ficha técnica. La ficha técnica me la van pasando y también la fotografiamos, claro, antes de pasármela.

El tiempo sesga la mañana hasta las ocho. Rosario continúa parada, como un muñeco, esperando cualquier orden. Desea llamar al padre Tomás, pero no puede, debe evitar cualquier asomo de sospecha de todos los hombres. Mira el techo de la iglesia como un lugar más, quizás ya no ve a Dios allí pegado, sino una estructura vacía y arquitectónica investigada por un poco de hombres mundanos y de poca fe.

—Señora, le pedimos que nos ayude a sacar el archivador que hay en la oficina de su jefe, por favor, necesitamos agilizar—le dice Argemiro con una sonrisa de traición, organizando su cabello lamido y canoso.

—Sí, no hay problema, un momento—Rosario lo mira de reojo, con cierta tensión en su alma piadosa.

Lo primero que ponen en exposición es el cáliz, con la fotografía respectiva y con una etiqueta que dice: *Cáliz: copa donde ponen hostias para las misas. Se ve de metal, dorado en la orilla y plateado el cuerpo.* Al instante ponen la biblia, con las especificaciones respectivas. Así mismo hostias, paños sagrados, vestimentas de diferentes tipos. François mira a las paredes y ve las sombras de donde habían estado los santos. Llama a Rosario.

—Una pregunta, ¿esas sombras en las paredes qué eran?

—Ah, eran los santos: Santo Tomás, san Cayetano, la virgen maría, San José, Judas Tadeo, San Agustín, el santo más santo...

—Pero, ¿y dónde están?

—Tocó romperlos todo porque se limpiaron y se degradaron, el yeso se empezó a carcomer—Rosario se acomoda la blusa y la falda y se frota la arruga que empieza a brotar en su mejilla.

—Ah, veo. ¡Dominique! Por favor registre esta anomalía, con detalle en cada sombra de la fotografía.

—Sí señor.

Todo va quedando en fila. Las sotanas y vestidos de colores se ven envueltos tirados en el piso, hasta las hostias se ven regadas por el suelo, hasta los clérigan del padre Tomás. Los otros hombres toman fotografías con detalles, de diferentes ángulos. La bancada del alcalde yace con las manos atrás,

parados mirando todo cómo se lleva a cabo. Alejandra Santacruz, parada con la mano en el mentón, mira al alcalde.

—Señor alcalde, a mí me hubiera gustado que el par de sacerdotes estuvieran aquí, con eso sabrían a qué atenerse—la mujer organiza su blusa y su peinado en capul noventero lo alisa.

—Argemiro, qué pasó, ¿por qué no se enteró de la ida de estos señores? —el alcalde se acerca a Argemiro.

—Pues no sé, mi alcalde, la verdad la inteligencia tampoco se enteró—el hombre organiza su agenda debajo del brazo y hace un gesto de duda.

—Pero lo importante es que se le va a dejar el documento con todo lo encontrado y lo que se piensa hacer. Mírelo desde este punto de vista, señor alcalde—habla Gael González, suavizándose el candado de la barba—, que no puede estar acá y la zozobra que debe tener en este momento porque le encuentren algo importante o le saquen y le pierdan algo de su gusto, es mortal, créame. Estuvieran aquí es más fácil de que le refuten, de que coja o escondan cosas para la investigación y eso no nos conviene.

—Cierto, señor Gael, tiene razón, no lo había pensado así. Deben estar mordiéndose esos dos por las pertenencias de este lugar—esboza una sonrisa y mira al horizonte, con un pensamiento álgido, que llega de repente a su mente.

Por alguna razón su madre penetra en su mente, como una puntilla. Era un domingo de misa en semana santa. Recuerda ver a su madre con un vestido largo en tela satinada y un velo en su rostro. No tenía más de diez años, con tirantas y un pantalón corto típico de los niños de los sesenta. Cuando estaba en la iglesia, vio al padre que alzaba un niño de la mano, totalmente desnudo y al que le echaba agua de la pila en la cabeza. Le había preguntado a su madre qué por qué bañaban al bebé en la iglesia. Su madre le contestó, *Rigoberto, es una pila bautismal, de donde Juan el Bautista le dio el espíritu santo a Jesús. Y pues eso se hace con todo recién nacido*. De ahí adelante todo juguete o cosa que le llevaran empezó a echarle agua en la cabeza y a bautizarlo con un nombre propio.

Lo recuerda, muy vívido. Mira la pila bautismal, luego al hombre que dirige la investigación. François está en la oficina ya escarbando los documentos y fotografiando uno a uno; el alcalde se dirige allá.

—Señor François, me gustaría que antes de empezar a escudriñar los documentos, le tomen fotos a esa pila del bautismo. Se lo aseguro que esa pila a asesinado más niños que los mismos hombres.

—De una, señor. Boris, por favor ven aquí y continúa fotografiando estos archivos. Deje que otro siga en eso.

Cuando François se acerca con la cámara a la pila bautismal, alcanza a ver de soslayo a Rosario acomodando las hostias en un plato. Este se le acerca de una vez y la mujer suelta el plato de susto.

—Señora, por favor, qué está haciendo. Necesito que deje todo esto tal y como está, no puede moverme nada, ni una mota—el hombre marca su francés gutural.

—Pero Señor, las hostias no pueden estar por ahí regadas en el piso, son benditas, sagradas, representan el cuerpo del Señor.

—Por favor, manténgase a línea con sus creencias y su fe, se lo pido. Aquí estamos en una investigación importante, de la que depende muchas decisiones para este lugar y para su gente. Así que *ta foi finira*.

Rosario lo mira con desdén, alertada desde su espíritu de algo pecaminoso. François va ahora sí a la pila bautismal, Empieza a Fotografiar. El alcalde mira todo con detalle, sumerge las manos en los residuos de agua y las seca con su pantalón. Cada destello de luz de la cámara se fija en sus ojos y cada respiración sale al aire libre, al aire condensado de la iglesia que respira el misterio. Ese mismo aire se eleva y sale por alguna parte del techo, saliendo al pueblo, cortando la luz incesante del sol que calienta la arquitectura. Viaja por todos lados, va y viene, en un zigzag. Viaja y viaja muy alto, viendo la muchedumbre por las calles, trabajando y haciendo sus quehaceres normales. Pasa

por la guardia militar de la entrada del pueblo, donde se requisa cada carro sin cesar, que entra y sale. El aire va por toda la carretera destapada, pegando a las montañas, a las nubes, a las casas y a los animales de las haciendas en las afueras.

Llega muy rápido sobre el vehículo verde que va por la carretera polvorienta. El padre Tomás esquivo cada piedra, concentrado, y el padre Porfirio dormita, pero escucha el zumbido del auto. Ya se acercan a los mil metros sobre el nivel del mar, un aire fresco que les permite ir cómodos. El carro se apaga. Tomás lo enciende de una vez, y al tercer giro de las llaves el motor continúa. El padre Porfirio se mueve en el asiento y el padre Tomás lo mira.

—Parece que está molestando el carburador, lo que dijo don Evaristo.

—Ah, padre, entonces yo creo que busquemos un taller por acá o gasolinera y además para comer algo porque ya tengo algo de hambre Porfirio se quita la chaqueta.

—Vamos a ver más adelante, padre.

Mientras continúa, la carretera levanta un polvo secuencial que no les permite abrir los vidrios. Tomás lleva en su pensamiento alejado desde la figura del Papa, convertido en un personaje único para la iglesia durante muchos siglos. Por un momento reflexiona, musita en su espíritu el haber sido un personaje tan polémico y tan lleno de secretos, de cosas que se

decían de él, pero lo continúa viendo con respeto. Piensa en *respeto* como algo que ya no cuadra a su inconsciente, es una palabra que se aleja de su fe, se dice por algunos momentos, mientras baja el cambio a segunda.

Porfirio mira la carretera, sostenido de la manija de la puerta, suavizando su calvicie en la corona. Mira al padre Tomás que persiste estar concentrado, escuchando el motor desgastado. Luego mira la cordillera verde y con algunas bajadas de agua; sostiene la mirada a los autobuses que bajan y a los carros polvorientos. Sufre una inclemencia en su alma, preocupado por lo que pase en la iglesia, algo que no recuerda el padre Tomás y lo manifiesta.

—Padre Tomás, yo creo que ya los investigadores deben estar en la iglesia esculcando todo.

—Sí, padre, es lo más seguro. Espero es que Rosario, las secretarias y el par de muchachos se puedan defender—Tomás sube el cambio.

—Sí, ojalá. Me imagino que eso se llevarán las evidencias, fotografías, documentos de todo lo que encuentren y después enviarán un dictamen de lo que debemos hacer, irnos, me imagino.

—No crea padre, esta gente nos quieren ver la cara a como dé lugar, no se van a quedar con esa de que no hayamos estado, van a investigar en todo el pueblo y eso sí me preocupa, que se den

cuenta que don Evaristo nos ayudó a salir con su carro, pueden enjuiciarlo también y ya no sería justo.

—Cierto, pobre hombre, ojalá este alcalde de...—aprieta el puño y aprieta los labios—mierda no se dé cuenta. Disculpe la palabra Dios, por favor...

—No se preocupe, padre Porfirio, yo estoy seguro que Dios desde el cielo también putea a toda esta gente por acabar con su legado. Él, escúcheme bien, padre, nos ha designado a nosotros para continuar con su iglesia, así como delegó a Noé el arca, como delegó a moisés salvar a los israelitas.

—Sí, padre Tomás en eso me he enfocado desde ayer, en su acometido. Pero lo que no me cabe en la cabeza es crear un movimiento, como si fuéramos subversivos, unos políticos corruptos.

—Tranquilo padre, en la guerra todo se vale y es para salvar la fe de la gente, como los templarios en la edad media.

Sobre el horizonte se divisa la gasolinera, sobre los mil cien metros de altura. Tomás va acercando el carro allí. Sobre el sitio se ven más carros estacionados, tractomulas, buses y gente con canastos vendiendo gaseosas y galletería. Tomás se estaciona al lado del conteo de gasolina. Porfirio desciende, Luego Tomás que abre la tapa para que pongan la manguera.

—Cincuenta, por favor—le dice al Islero.

Entran al baño. La mañana versa sobre las nueve, con nubarrones, con el cielo más opaco y en la punta de la cordillera se divisa la neblina. El aire es templado, un clima imbatible por el sol. Tomás se sienta y a los segundos llega Porfirio santiguándose y arreglándose el cabello. Tomás se quita la chaqueta, limpia sus zapatos y arregla su cabello ondulado. El Islero llega al momento y le entrega las llaves.

—Padre Porfirio, yo quiero que entienda que entre menos demos las personas que somos, menos nos van a perseguir, más tenemos tiempo de planear todo con cordura, evitando las miradas y no nos destierran. Las bendiciones con la mano, los rosarios, la vestimenta, todo esos son cosas que llaman la atención y nos delatan.

—De acuerdo, ya es la costumbre, padre Tomás. Yo quiero que sepa, padre, que a partir de este momento cuenta con mi apoyo en todo lo que emprenda, las ideas que lleve a cabo lo apoyaré.

—Muy bien, padre, se va a dar cuenta que no se va a arrepentir. Sólo quiero es que se relaje un poco más humanamente, dejemos por este tiempo la oración, la biblia, los libros, los santos, Jesús, la cruz y todo lo que nos pueda causar problemas con los del pueblo. Cuando nos veamos con el Papa en la tarde...

Se acerca una mesera con café, unos huevos y panecillos, dejando todo en la mesa. Tomás agradece, mirando con disimulo su trasero.

—Cuando en la tarde lleguemos a la capital le decimos al papa que se quite su sotana, su solideo y cualquier prenda que nos llame la atención. Lo más seguro es que cuando salga de esa reunión con el presidente salga sin ser nadie, eso lo tenemos claro.

—Sí, es cierto—confirma Porfirio tomando el primer sorbo de café.

Cuando el carro queda listo, Porfirio saca dinero de su maleta y paga. Apuran el desayuno. Continúan el camino polvoriento, con el reloj sobre las nueve y cuarenta, con el cielo más deslizado de nubes y con menos oxígeno. Tomás se limpia los dientes con la lengua, da la tercera. Porfirio se mueve a cada rato por incomodidad del asiento; su pensamiento se desliza suavemente por su inconsciente, como un ave sobre los andes, a la rapiña: atrapa los recuerdos bíblicos, los capítulos en nacimiento del nuevo testamento, de la antigüedad de las historias, de la creación, del apocalipsis, una belleza.

—Padre Tomás, deberíamos escuchar el rosario—Porfirio se pone la chaqueta de nuevo.

—No, padre, qué está diciendo, recuerde el bajo perfil que debemos manejar. Más bien pongamos algo de rancheras, esta música es buena.

— ¿Rancheras?

—Sí. Espere que acá debe haber un cd con esta música en la guantera, supongo que don Evaristo debe escucharla—dice Tomás esculcando y bajando el cambio a segunda.

El cd empieza a sonar. Efectivamente es música popular, ranchera y muchos boleros clásicos. Tomás se adhiere a la silla, a los cambios y a los pedales; Porfirio vuelve a su inconsciencia, al más allá, a un destello del pasado desde la universidad, viéndose en la clase de derecho canónico. El profesor se lo había dicho: *Porfirio, necesito que la ley de la adquisición de bienes la tenga muy bien en su cabeza*. Lo recuerda, algo muy vago. Tomás frena un poco el carro.

—Pensando yo, padre Porfirio, en caso de que el estado quiera embargarnos los predios, ¿será que desde el derecho canónico se puede imputar?

—Me adivinó el pensamiento, padre Tomás...

—Tomás, digámonos por el nombre, padre, obviemos el padre y verá que menos nos delatamos.

—Tomás, que estaba pensando yo precisamente en esto. Recuerdo yo que en la universidad me dijo un profesor que recordara muy bien la ley canónica de bienes, no sé por qué y

además se me vino ahora al pensamiento—Porfirio suspira—. Pues por constitución esta la libertad de culto, pero usted sabe que el estado manda y no le importa pasar por encima de la constitución, eso no tiene vuelta de hoja y así nosotros tengamos derechos de predios, como propios, el estado está por encima de leyes canónicas, prima las leyes de ellos.

—Qué mal. Por eso, y por muchas cosas, Tomás, es que vamos a lograr, junto con el Papa y con los que vengan con él, a luchar para que la iglesia vuelva a hacer la misma de siglos anteriores, con mayor poder que el estado. Eso es con mucho trabajo. Es que...mejor dicho—acelera sin interesarle el terreno—quiero llegar ya a recoger al Papa y llegar de nuevo al pueblo para empezar con esto, tengo un taco atravesado en la garganta—Tomás hace un ademán de mal genio, un gesto poco común en él.

—Por supuesto. Vamos con toda.

Unos kilómetros más reducen la velocidad, convirtiendo al reloj en un diez perezoso y más templado al paisaje. El aire más fresco se devuelve con su polvo árido de tres meses sin agua, alzando vuelo, regresando, pasando por los árboles, por la cordillera agreste, sin restricción alguna. En pequeños remolinos suntuosos llega el aire ya con menos polvo al pueblo, observando la guardia militar a la entrada, con policías por

todas partes, siguen en las pesquisas, armados hasta los nervios. La gente en el pueblo continúa su aminor y quehacer normal.

El aire entra de nuevo por el techo de la iglesia, como si llegara con un mensaje. Los investigadores siguen tomando fotografías; el alcalde, junto con Argemiro, figonean todos los documentos en los archivadores. Rosario se encuentra en la cocina, parada en el resquicio de la puerta, con los brazos cruzados, mirando de lado a lado, pensando en los padres de cómo les estaré yendo, o en dónde irían. Casi es una escena teatral.

Dominique Voruz, un hombre con mostacho y piel rubia, trae en la mano una especie de gorro blanco con partes doradas. François se da cuenta de lo peculiar del objeto y le pregunta al hombre. Dominique le explica que se llama mitra y lo utiliza un obispo.

—Muy chistoso y elegante a la vez—François se lo pone en la cabeza, como haciendo una especie de pasarela.

Rosario los advierte desde el altar, haciendo que limpie con un plumero por la mesa. El investigador se alcanza a dar cuenta y va hasta donde la mujer. Rosario se retrae, se va a devolver a la cocina, pero el hombre la detiene.

—Señora, por favor, le dije que no toque nada, no limpie nada, ni haga nada, cualquier marca o señal le puede inculpar.

—Pero entonces, mi señor, yo no puedo estar quieta, viéndolos mover todo y desordenando todo, yo necesito ir organizando.

—No se preocupe, cuando acabemos puede organizar todo, mientras tanto siéntese y déjenos hacer nuestro trabajo.

Rosario se sienta. El alcalde sigue leyendo cada uno de los documentos que encuentran en los archivadores: Partidas de bautismos, matrimoniales, actas de defunción, documentos de propiedades; cuando el alcalde ve estos se detiene, detalla uno y empieza a leer: *Arquidiócesis humana y perentoria del católico*. El alcalde sólo ojea y llama a François.

—Pues, señor François, no sé si usted quiera darle prioridad a este documento, es la propiedad de tierra de esta iglesia, de que la alcaldía les concedía el terreno.

—Ummmm, sí, *intéressant*.

—Esta es la prueba reina de que a esta gente se le puede dar en el talón y se les puede quitar todo esto—Rigoberto deja el documento otra vez en el archivador.

Al instante llega Ludovic Caín a tomar la fotografía del documento. Trae en el brazo una manilla plateada, con un símbolo en ramificaciones, flores y otros símbolos. Argemiro se acerca con su maleta.

En los grupos de cosas que ya tienen la planilla y la acción de conteo, se ven aún otras, llenas de polvo, como si fuera un

mercado árabe. François se pasea con la capa pluvial en su espalda, luciéndola como un disfraz de Halloween. Rosario lo alcanza a ver y de una vez en su conciencia se forma una onda de crueldad.

— ¡Por favor, señor, esa capa es del padre Tomás! Está bendecida, eso no se lo puede poner cualquiera.

—*Madame*, por favor, es nuestro trabajo. ¿No sabía que le puedo abrir investigación por entorpecer nuestro trabajo?

—Pero no utilizarlas ni estilizarlas como si fueran cualquier cosa.

—Son cualquier cosa.

El tiempo se extiende en la parsimonia de la mañana, el diez como puntero y el minuterero como veinte, con una bóveda intacta de humedad. A pesar de eso el aire corre liviano, de lado a lado a lado por el pueblo, como crespos que mueven basura por las calles. Pero vuelve inerme a la iglesia, como si tuviera algo más que divisar.

A la medida del salón ya hay muchas cosas expuestas. Allí llega a cada rato el investigador, con su cámara colgada al cuello. Vuelve con otro objeto, esta vez con camándulas y unas tarjetas donde aparecen la virgen, Jesús crucificado y otros santos. Al momento se arrima Zéphyr Estibaliz, con un cigarrillo en la comisura de los labios y en la mano trae un plato de metal; sobre ella pone la ceniza.

—Este, señor François, dice ser una patena, utensilio para depositar las hostias o en simbología es donde Jesús deja el pan de vida.

—Interesante, Zéphyr. Déjalo ahí.

Rosario sólo mira expectante, con desdén, con ganas de que estuvieran los padres y que acabara con todo ese atropello. Regresa a la cocina, toma un café; limpia por cualquier parte. En el cuarto de los monaguillos la puerta está abierta. Husmea, como un ratón curioso. El par de muchachos hojean un libro, muy conspicuos, tan sólo en la tapa le alcanza a divisar un símbolo de ramas y curvas, como un símbolo antiguo.

—Silvio y Flora, deberían dejar eso, y ayudarme allí, a vigilar lo que hacen los señores. ¿Dónde están Lucrecia y Wendy? — Rosario se arregla el chal por encima del hombro.

—No lo sabemos—el par de muchachos siguen concentrados en el libro.

— ¿Qué es lo que ven?

Rosario les quita el libro. Es un manual de esoterismo y astrología, muy antiguo. En los bordes se alcanza ver la raspadura de polilla y las hojas amarillentas. Rosario lo pasa rápido y los muchachos la miran sin saber qué decir.

— ¿De dónde sacaron esto?

—Lo encontramos por ahí tirado.

—Pero esos libros no se utilizan en una iglesia, el padre Tomás no utiliza eso.

Los muchachos sólo asienten, frunciendo los hombros. Rosario mira el libro con detenimiento, sin saber qué hacer con él. Trata de caminar, pero se devuelve. Decide dejarlo en el armario del padre Tomás, pero muy resguardado; pero no, recuerda que los investigadores ahí revisan y lo pueden tomar a mal. Para la basura, es lo mejor. Busca por todas partes al par de secretarías, pero no las ve, de pronto es que han salido a la calle.

El alcalde camina con las manos atrás, siempre con Argemiro a su lado, como si fuera su ángel. Se limitan a mirar, después de revisar el archivador, a los investigadores tomar fotos, escribir en las planillas, a poner conteos como en un inventario de almacén. El tiempo juega con el once, con el casi en el medio cielo. Todos son como hormigas que llevan y traen hojas.

Por último, los investigadores entran a los cuartos. En el de Tomás desocupan su armario, la gran biblia, un espejo, cingulos, albas, estolas y clériman y por último sacan las camándulas, de diferentes colores y una en oro, muy atractiva, con la cruz en diamante. Esta le llama la atención al investigador, que la deja en una bolsa transparente sellable. Le toman varias fotos, como un Hollywood.

Rosario empieza a recorrer cada uno de los lugares que han escudriñado, viendo todo desordenado, algunas cosas tiradas

por doquier, trata de organizar, pero recuerda que el investigador le ha dicho que no mueva nada. Se limita a seguir tomando café, a rogarle a Dios de que se vayan rápido y de limar su alma para aguantar el zafarrancho. Los muchachos se acercan a ella, los investigadores empiezan a revolver el cuarto de ellos, sacando una que otra inmundicia, incluso estolas amarillentas y sucias.

—El padre Tomás les dejó dicho que por favor estudien el gran libro, que, hagan ayuno, que entierren el pecado en el hades del...

— ¿Para dónde se fue el padre Tomás? —pregunta Silvio frunciendo la frente y dejando ver el lunar en la mejilla.

—Muy lejos, a cumplir con un mandamiento del señor mi Dios. Pero ustedes, muchachos no se preocupen por lo que pase. Por ahora sólo hagan lo que les dice estos hombres impíos, que vienen a usurpar la casa del señor.

—Sería ayudar en lo que podamos—dice Flora con las manos en la cintura. Modela una blusa roja y un jean y en su cabeza trae recogida una moña. La delgadez de la muchacha es singular, con los brazos pegados a las piernas.

—No, por ahora yo no puedo asignarles nada. Toca esperar que llegue el padre Tomás hoy en la noche y ustedes le proponen, que quieren pasar del rebaño al discípulo.

—Pues la verdad hemos escuchado que el estado acabó con la religión y nosotros queremos ayudar a que eso no suceda— Silvio se arregla su camiseta con un gráfico del rock y una manilla negra en sus brazos.

—Buena voluntad, muchachos, eso Dios lo ve, pero toca esperar a que llegue el Padre Tomás para ver que les pone a hacer o qué pueden aportar.

El par de muchachos posan como un ave fénix, surgiendo del hades, de las cenizas, ahora como un par de pájaros al cielo. Han estado callados todo el tiempo, como una imagen, como una estatua o unos esclavos al servicio del padre Tomás.

Los investigadores les interrumpe. Llega Dominique Voruz arreglándose el mostacho, como un francés de jerarquía. Trae en la mano una biblia con letras doradas y en el antebrazo una especie de camisa con cuello tortuga.

—*Vous plaît*, esto necesito que me digan qué es, no tiene...

—Es nuestra vestimenta, es un alba y roquete, vestuario para nuestra ceremonia—responde Silvio con un poco de desdén.

—Ah, bueno, muy bien.

El hombre se retira, le pone una cinta con un número y luego le toma una foto. Rosario y el par de muchachos le observan de arriba abajo. El airecillo de las once más cinco sube y sale del recinto, como un espectador de la escena. El pueblo aún sigue en calma, sosegado, incluso algunos no saben de lo que sucede

ni de la determinación. Los militares siguen rondando todo, junto con policías que hacen guardia alrededor de la iglesia. Por alguna razón el airecillo viaja más rápido, cobre el corazón de la planicie calurosa y luego por el pie de monte de la cordillera, subiendo, subiendo, y subiendo hasta alcanzar los casi dos mil metros, enfriándose.

El padre Tomás da la cuarta, en un terreno más limpio y plano, que se extiende por la ribera del río. Porfirio dormita, pero escuchando el ruido del motor y de los carros que pasan, como proyectado en el sueño. Abre los ojos y alcanza a divisar el pavimento, ya no tierra ni piedras. Salen a la carretera principal. Tomás se detiene por un momento a la orilla de la carretera, poniéndose la chaqueta al sentir el aire frío de los más de dos mil metros de altura. Porfirio sale también, frotando sus manos. Tomás levanta el capó, revisa el agua y el aceite y hasta el nivel de gasolina. Cierra de nuevo.

—Ya nos falta una hora, ¿cierto? —Porfirio mira de lado a lado la carretera.

—Sí, estaremos sobre las doce. Ya deben estar por llegar el Papa al país también, llegaba sobre las doce.

—La reunión es a la una, según escuché.

—Sí, Porfirio—Tomás ajusta todo y entra de nuevo al carro—. Bueno, yo creo que sigamos porque debemos estar al medio día

comiendo algo para que a las tres de la tarde salga el Papa y poderlo recoger detrás del capitolio.

Acelera de nuevo. En la radio ponen la emisora, ya todos los discos los han escuchado. La dejan en una de las estaciones de radio donde hablan de noticias del país. Escuchan atentamente: *Mucha atención, que el gobierno se reunirá en las horas de la tarde con el máximo líder de la iglesia católica para ultimar detalles del cierre total de las iglesias, del futuro de sus propiedades y de todo lo que deben hacer para llevarse totalmente el catolicismo del País. Muchas de las iglesias han sido y están siendo allanadas para investigarlas y sus sacerdotes ya san salido sin futuro alguno. Quedamos atentos a esta importante noticia, a cualquier decisión y movimiento.*

—Ah, pobrecitos, me da risa este gobierno bueno para nada, como si con eso lograran algo. Lo que no saben es que tenemos una maquinaria más poderosa, algo que no se imaginan, junto con el Papa les vamos a acabar con todo, con su politiquería y supuesta mansedumbre.

—Perfecto, Tomás—Chocan las manos en un acto pueril.

En la carretera pasa uno que otro carro y algunos buses y tractomulas, a toda velocidad. Tomás llega a los ochenta kilómetros por hora, mirando la cordillera gigantesca del centro. El aire frío se intensifica y el ascenso sigue en pie al lado de la cordillera. El cielo es límpido. Se ve una que otra ladera de

cultivos de clima frío., de campesinos con botas y ruanas, vacas y puestos de comida. Porfirio recorre todo con su vista, admirando la creación, todo lo que ha creado Dios, como un gigante poderoso, con una varita mágica que ha puesto todo en el mundo, hasta el universo. Las laderas de cultivos le recuerdan la niñez, cuando su padre se levantaba muy temprano a ordeñar las vacas y él tenía que ir a vender la leche a los campesinos y a los trabajadores. Ese pensamiento le llega fresco, desde un inconsciente tibio.

El airecillo frío llega tan rápido como puede sobre la zona cálida de nuevo, ahora es tibio, dando giros por el pueblo. Sobre una de las calles que da a los barrios aledaños, viene caminando un hombre de una estatura media, paciente, con su canasto al hombro. Uno de los policías que pasea el pueblo lo detiene.

—Sus documentos, por favor—el policía lo manda contra la pared y le abre las piernas, en un acto de violencia.

—Pero señor policía, no tengo nada. Aquí está mi cédula, mis documentos...

—Preste la billetera.

El policía le rapa la cartera al hombre y empieza a botar todo al piso. En el fondo encuentra una tarjeta con una virgen maría y por detrás una oración. El policía le deja todo tirado en el piso; la tarjeta la echa en una bolsa junto con otros accesorios religiosos que también lleva. El hombre queda recogiendo todo.

Por la calle contigua viene una mujer hablando con otra, muy sobrias, expectantes y mirando de lado a lado. Una de las mujeres trae una sombrilla en las manos y la otra un libro. Se pasean por el andén. El mismo policía viene y las detiene, esta vez rapándole el libro a la mujer y a la otra la sombrilla.

— ¡Pero por favor!, ¡qué es lo que hace, no tenemos nada religioso!

El policía hojea el libro, pero no alcanza a detener muy bien la vista para el tema. Sólo dice el título: *armar para jugar*. El policía bota el libro y la sombrilla al piso y tantea a las mujeres por la cintura, pecho y las piernas.

— ¡Atrevido!

Las mujeres recogen todo y siguen su camino y el policía a buscar otros transeúntes. El airecillo entra a la iglesia por el portón con las barricadas. Los investigadores se encuentran sentados tomando una gaseosa en las escalinatas que da al altar. El alcalde suelta el celular y se acerca a donde los investigadores junto con su séquito para conversar.

—Bueno, señor François, ¿hasta el momento qué han encontrado? —el alcalde se apoya sobre el hombre de Argemiro que muerde un pan y toma gaseosa.

—Pues hasta el momento, señor alcalde estamos recogiendo pruebas de todo, usted sabe que como en una investigación de asesinatos, hay que recoger pruebas y después se llevan a un

laboratorio y a una sala para ser analizadas—el hombre mantiene el vaso de la gaseosa en la mano.

—Ah, bueno, excelente. Pero entonces necesitamos que esos análisis salgan a más tardar el sábado, los necesitamos aquí en dos días, necesitamos encarcelar a estos padres que se resisten a dejar los hábitos, que quieren armarnos la guerra—el alcalde aprieta los puños y frunce el ceño como en señal de odio.

—Pero qué podrán hacer, señor alcalde. Son simplemente sacerdotes humildes y sumisos, en sus cabezas no hay cabida de venganza y mucho menos de contratacar al estado que saben que es poderoso—dice el investigador François.

—Pero antes que cualquier cosa, hay que encarcelarlos, no nos podemos dar el lujo que estén fraguando algo contra nosotros...

En ese momento se escucha dos golpes en el portón principal. Todos voltean a mirar, como espectadores de estadio. François mira al alcalde y este a la vez a Algemiro.

—No se preocupen, es la policía y el ejército haciendo su trabajo, oficio de rigor nada más.

—Está bien, señor alcalde. Sí, entonces el sábado lo tenemos, no se preocupen, hay que trabajar desde hoy mismo, dejar de lado otros trabajos y hacerle toda la noche. Yo hoy mismo mando todo a Francia para que se encarguen y doy la orden—François se incorpora, dejando el vaso a un lado y se cuelga la

cámara de nuevo—. Bueno, señores, sigamos, ya falta los cuartos y no creo que nada más. Anatole, por favor ponme todos esos documentos de bautismo en una carpeta y los cuenta; en otra carpeta matrimonios y en otra, confirmaciones. Todo eso hay que leerlo muy bien.

Sobre la base del medio día, esa hora en que el sol está en el punto álgido del medio cielo, las once y cuarenta y cinco alcanza al tiempo. Los investigadores prosiguen con su labor. Ahora empiezan a sacar los colchones de la cama, las mesas, la ropa y todo el armario y la colección de libros del padre Tomás. En el cuarto de los monaguillos sacan otros libros que no tienen nada que ver con catolicismo, ropa, un sin número de papeles y cartas. Cada cosa le toman fotografías; Lambert Argou, con un cabello semi largo y candado, va anotando en la planilla.

El alcalde llama a su séquito. Todos se reúnen y Argemiro, muy al lado del alcalde, siempre dando indicaciones con el dedo. Gustavo Manchola se arremanga su camisa y los demás se echan aire con las manos. La temperatura del casi medio día sube.

—Bueno, señores, como se han podido dar cuenta de todo lo que han escudriñado los investigadores, son cosas que nos servirán para quitarles en definitiva la iglesia a estos padres, con todas estas pruebas, que sé que van a inculparlos, serán suficientes para quitarles todo—Rigoberto hace una risa pueril,

mirando a Argemiro que también sonrío, pero tontamente—. Bueno, tomaron nota de todo, me imagino...

—Señor alcalde, yo quería hacerle una propuesta—dice Rogelio acariciando su cabeza con la mano—. Usted sabe que las leyes son para respetarlas y yo creo que deberíamos esperar al veredicto de los investigadores, de las pruebas, de todo lo que ellos envíen.

—Señor, Rogelio, quién ha dicho una cosa diferente, eso es lo que vamos a hacer, ¿o no?

—Sí señor—contestan al unísono.

—No necesito que me digan qué debo hacer, señores, yo soy el alcalde y sé tomar la mejor decisión, así que Ahórrense sus consejos y más con cosas que no he dicho. Los reuní solamente para verificar que estén tomando nota de todo porque ahora en la tarde, a eso de las cuatro, tendremos una videoconferencia con el presidente, donde nos va ultimar detalles de la reunión con este señor el Papa en el capitolio. Así que necesito que lleven todo lo visto y anotado acá para que le comentemos y hagamos una buena labor.

—De acuerdo.

Los investigadores se acercan, minuciosamente, como olisqueando. François viene con la boina en la mano, con la cabeza pelada y mojada por el sudor y lo mismo hacen cada uno de los investigadores, se quitan los sacos de lana, dejando

entrever sólo las camisas. François saca un pañuelo y seca su calva; los demás lo imitan. El alcalde, con mirada lela, a su grupo y luego al otro, se queda mirando la escena y sonrío.

—Señor, François, en nombre de mi séquito los felicitamos por tan buen trabajo, consideramos que sus investigaciones son las mejores del mundo y más en estos temas eclesiásticos e históricos. Los he visto asertivos, atentos, en su labor, como hormigas llevando sus hojas a la guarida. Es por eso que muchas gracias en nombre de la alcaldía y este pueblo.

Todos les pasan las manos a los investigadores, excepto Argemiro que se mantiene con las manos atrás, mirando de soslayo, que a pesar del calor y su sudor en la frente se mantiene intacto con el gabán.

—Tiene que saber, señor alcalde, que durante la historia ha habido los más grandes asesinatos, los secretos más insospechados que usted se pueda imaginar. Todo eso conlleva a que esos secretos no puedan ser develados tan fácil, pues personas que ya no existen, gente que hizo hasta lo imposible para que no pasaran a través de los siglos. Pero el papel, la imprenta, eso que inventó Gutenberg, ese si no tiene escondijos; y los documentos, a través de los siglos, así se decoloricen, mantiene su verdad y para eso existimos nosotros, para mirarlos con lupa y detallarlos—François hace una mueca ligera y levanta una ceja en son de arrogancia.

—Muy bien, muy bien. ¿Qué más les hace falta?

—No, ya Zéphyr está terminando las planillas de los cuartos de la secretaria, allí no había mucho.

—Bueno. Pues entonces vamos saliendo señor François hacia la alcaldía para darle otros documentos y acompañarlos para su partida—el alcalde le da una palmadita al investigador.

Todos siguen al alcalde, incluso Rosario con los monaguillos. En ese instante, cuando abren la puerta, entra Wendy y Lucrecia, con el cabello recogido, con ropa informal y el rostro mojado. El alcalde las observa, junto a todos los demás; simplemente entran y no saludan a nadie.

Rosario y los muchachos miran a todos con un quedo de desprecio, como si hubieran llegado los alemanes y le hubieran desbaratado todo; sólo había faltado la captura. Los investigadores hacen un ademán de despido y él único que dice algo es François.

—*Adieu.*

Los guardaespaldas llegan y se hacen al lado de todos para protegerlos. Le pasan una sombrilla al alcalde para que se proteja del sol intenso. El medio es total, el sol en todo su centro del cielo, como una corona brillante. Los transeúntes se acercan a saludarlos a todos y los guardaespaldas solamente los cubre. Muchos hacen preguntas, inquietos, sin saber qué pasa.

— ¡Qué va a pasar con nuestra fe, alcalde!

— ¡Viva, así es!

— ¡En qué creemos!

El alcalde, su séquito y los investigadores entran rápido a la alcaldía. A esa hora muchos ya se han ido a almorzar. El alcalde y todos entran a su oficina, ya más frescos por el aire acondicionado. Todos ponen sus sacos y las boinas en el perchero. El alcalde prende su portátil, saca del cajón del escritorio un marcador y va hasta el tablero.

—Siéntense, por favor. Necesito explicarles algo—Todos se sientan, como si fuera la propia iglesia—. Bueno, hablo con los investigadores: ya les dije que necesito a más tardar los resultados para el sábado, mañana estaremos acá en otras cuestiones de gestión y será seguir el sábado en lo más importante de mi gobierno como alcalde. Por ahora les diré a mis guardaespaldas que los acompañen hasta la salida del pueblo. Allí estará otra camioneta al servicio de ustedes hasta el aeropuerto de la capital.

—Listo señor alcalde, muchas gracias por todo. Todos mis muchachos están agradecidos con usted. El sábado le enviaré por correo los resultados, no se preocupen.

Todos le pasan la mano al alcalde, a Argemiro y luego a su séquito, haciendo un ademán de reverencia francesa. Los hombres salen, cogiendo los sacos y las boinas. El alcalde cierra, mira por la ventana subirse a los investigadores a la camioneta.

Respira profundo, cómodo, mirando al horizonte, a las paredes blancas de su oficina y luego al tablero.

—Bueno, no queda si no esperar el informe de esta gente— por unos segundos se queda en silencio—. Bueno, entonces necesito que cada uno me cuente las conclusiones de la investigación, qué vieron, como se sintieron, que percibieron en ese lugar, próximo lugar de nosotros para grandes inversiones.

—Señor alcalde, yo creo que primero vamos a almorzar, ya son las doce pasadas—dice Gustavo Manchola con una voz carrasposa.

—Bueno, está bien, será consecuentes con ustedes. Pero nos veremos a las dos de la tarde aquí, en punto, con la mente llena de propiedad, de suministros para ideas y grandes desafíos, yo veré, no me fallen como equipo y como líderes.

Todos salen, en fila como niños de escuela; simplemente alzan la mano para despedirse. Argemiro se sienta en el escritorio, con las piernas puestas allí y las manos en la nuca. Rigoberto siente un corrientazo en su estómago, como de rabia, pero se contiene. Sus ojos brillan a la hoja de luz solar que entra y se limita a decir.

—Listo, Argemiro, ¿cogió la hoja de propiedad de la iglesia?

—Por supuesto, mi alcalde, lo escondí debajo del gabán, se alcanzó a arrugar algo—Argemiro se incorpora y pone el documento en el escritorio.

—Excelente, esta es la prueba reina, con este documento les vamos a demostrar a la iglesia que nosotros somos poderosos desde hace miles de años—el alcalde sonrío y luego le pega al escritorio.

—Pero, ¿qué le va a hacer al documento, señor alcalde?

—Ya verá—musita por unos segundos—... bueno, secreto, Argemiro, sólo usted y yo lo sabemos. Hay que aprovechar la tecnología y escanear este documento, lo arreglamos, lo maquillamos y damos por hecho del encuentro del mismo, con condiciones bajo el estado.

Juntos esbozan una sonrisa malévola, como de película bárbara. El alcalde se detiene, Argemiro sigue con el gesto. Las doce y cuarto, sobre el reloj de la pared, les indica.

—Vamos a almorzar, Argemiro. Hoy estoy feliz y lo voy a invitar a un almuerzo en las afueras del pueblo, especial.

Salen, dejando el documento encima del escritorio. La puerta se cierra. Cuando salen aún la camioneta con los guardaespaldas no han llegado, esperan un momento parados en el resquicio de la puerta. Miran de soslayo la gente que pasa por la plaza principal, como ovejas, como rebaño bíblico que se dedican a pastear. El alcalde mira para la entrada de la iglesia y los hombres que la custodian no están. A lo lejos se ven los policías, acompañados por militares, haciendo requisas. La camioneta llega a los cinco minutos.

El alcalde y Argemiro suben, con el guardaespaldas en la mitad, atento a los transeúntes que miran con detenimiento, como si quisieran acercarse. Más adelante suben dos mujeres atractivas. Acelera hasta la siguiente esquina. En el momento que pasan uno de los policías le está haciendo quitar la ropa a un hombre. El alcalde hace detener la camioneta. Llama al policía. El hombre recoge la ropa y sale corriendo.

—Buenas tardes, señor alcalde, patrullero de la policía, me presento. Estaba en mi labor...

—Muy bien, policía. ¿Qué han recogido?

—Como puede ver esta bolsa de esquelas, escapularios, botones, biblias, todo lo tenemos ya muy bien resguardado. Y pues estábamos desnudando al hombre para...

—Tranquilo, policía, está bien. Siga con su trabajo.

El policía pone la mano en su frente, como saludo de respeto militar. El alcalde cierra la ventana. El airecillo de tierra cálida asciende, para elevar hasta las alturas del frío de más de dos mil metros. Sobre la altiplanicie los árboles y todo se ve más triste, el tiempo corre más lento, por puro control de la mente. El airecillo viaja en rombos, ahora helado, con unos nubarrones grises, pero que el verano disipa. El Mazda verde modelo ochenta y cuatro va entrando a la capital, con un tráfico pesado, apenas a veinte kilómetros por hora.

Tomás abre la ventana, sintiendo el golpe del aire frío sobre su nariz. Porfirio siente más intenso el frío, pues aparte de la chaqueta pone los brazos cruzados sobre su pecho. La radio va apagada, sus rostros se ven pálidos y las cejas rucias de polvo. Se mantienen en silencio, con el estómago ya incrustado a los huesos. Tomás coge el volante con fuerza y sólo sube el cambio a segunda. Pone la mano en la ventanilla y Porfirio piensa en algo para despejar el silencio.

—Tomás, deberíamos llamar a las secretarias a la iglesia para que nos cuenten cómo les fue en la visita.

—No es mala idea. Pero esperemos a estar parados en el capitolio porque tenemos que parar y llamar de otra parte, de nuestros celulares no podemos—Tomás acelera un poco más y frena de nuevo.

—Aunque eso se puede vaticinar, Tomás. Revolcaron todo, le sacaron foto a todo y hasta hablaron mal de nosotros y de todo.

—Por supuesto, Porfirio. Esperemos que todos hayan sido capaces de controlar todo, de ponerlos en su línea y, pues, lo más importante que no hayan revelado que vinimos por el gran Papa—Tomás relaja su rostro cuadrado y sus cejas pobladas se levantan.

El río de carros se extiende hasta dos avenidas adelante, con un cansancio del humo y del aire frío. La gente se va pasar con sacos y gabanes, muy de tierra fría. En lo alto se ven las grandes

torres, imponentes, inermes, como gigantes a paso mortuario. Pero el humo por toda la ciudad y una densa neblina se apacigua sobre la atmósfera.

El tráfico, en quince minutos, avanza casi una avenida, llegando al semáforo. Algunos hombres hacen maromas con pelotas y otros saltan como saltimbanquis. Por ahí dobla Tomás, concienzudo, dando la tercera. La gente pasa corriendo para alcanzar las estaciones y coger el transporte a otros lugares.

Tomás y Porfirio miran todo con detalle, aprehendiendo la cultura y todo lo que se lleva a cabo como si fuera el teatro. Porfirio ajusta su mente, aunque seca y cerrada, se libera un poco, muy poco.

—Es distinto vivir acá en la capital, la vida es más agitada, hay que correr más.

—Es cierto, sí señor. Estuve aquí hace treinta años, cuando apenas estaba decidiendo qué hacer en la vida.

— ¿Y a qué vino?

—Pues era muchacho, con no más de doce años. Mi padre me mandó para comprarle una mercancía que vendía en el pueblo. En ese entonces esto era diferente, con menos carros, más fría esta ciudad y uno podía recorrerla con más confianza—Tomás baja a la segunda y dobla por la siguiente avenida—. Diez años después ya vine por mi cuenta, con veintidós años para cumplir una promesa que le había hecho a Dios.

Las calles se alargan, como poderosas ramas por doquier; sin embargo, Tomás conoce el camino, no hay duda. Acelera concienzudamente, a tercera, con los espejos al tanto y prestando atención al jugueteo que hace con las manos Porfirio, como si tuviera ganas de coger la biblia o el santo Rosario.

—Nada padre, recuerde el compromiso, como simples seres mortales con ganas de salvar una institución.

—Pero en mi cabeza resuena una avemaría, Tomás, es como una droga, un fetiche, un algo que mi fe necesita para nutrirse— Porfirio se pasa la mano por el cabello que asoma algunas canas.

—Lo mismo me pasaba algún tiempo atrás, pero me di a la tarea de no cleridepende de los hábitos, la fe es como la hormona de la felicidad y también hay que amarrarla. Eso debería traducirse en amor al prójimo, en querer ayudar a los necesitados sin tanto libro y repetición.

Por unos segundos Porfirio mira a Tomás con atención, sorprendido de lo que dice, pero en su inconsciente se detiene. Simplemente menea la cabeza y hace un silbido para distraer la mente.

Sobre una de las avenidas principales cogen derecho, ya el tráfico del medio día se ha despejado un tanto. Tomás relaja la mente, sólo mira el reloj sobre casi la una de la tarde, la mañana ha sido impactante. Por un momento empieza a imaginar el encuentro con el Papa, la llegada al pueblo, de cómo hacer para

entrarlo y que nadie se dé cuenta. Se imagina algo triunfante, con la pierna en la cabeza del alcalde y sobre todo de la del presidente y como un destello se imagina con sus cabezas en las manos y la iglesia como un poder absoluto. Vuelve a la carretera y a los cambios. El semáforo en rojo.

Doblan a no más de dos kilómetros de los edificios a la calle que da a la plaza. Va suave, divisando el panorama, con transeúntes que se aglutinan en el eje central con algunas pancartas de rechazo a la medida contra la iglesia. Porfirio alcanza a leer una de ellas: *Fe y política dejáis que decidáis*. Porfirio se acomoda, como sintiendo por la frase un espíritu en concordancia, como si la hubiera dicho él. En el preciso momento en que el Papa está por entrar al capitolio, los manifestantes se aglomeran cerca de él y los policías los alejan. Tomás le alcanza a divisar el solideo, y la muceta que la levanta el viento.

—Muchas de esas prendas toca quitárselas cuando lo subamos por la parte de atrás—comenta Tomás recostando la cabeza en el asiento del carro.

—Es más, deberíamos buscarle algo de nuestra ropa y que se la ponga.

—¿De dónde?

—Yo traje una por si acaso, siempre precavido—Porfirio abre su maleta y saca un pantalón en lino y una camisa blanca, todo muy bien planchado.

—Sí, es mejor, no lo había pensado así—Tomás cabila por algunos segundos más, con la mano en la barbilla—Lo mejor que podemos hacer, Porfirio, es llamar de nuevo a don Evaristo para que nos espere de nuevo en el mismo punto de la mañana, él se lleva su carro y nosotros caminamos con el Papa por las fincas aledañas hasta la iglesia.

—Suena peligroso, pero sí, va tocar así.

Porfirio deja la maleta atrás de nuevo y se mira el rostro en el espejo, detallando la barba de dos días; igual hace Tomás, con la barba un poco más negra. Porfirio se extraña, hace más de treinta años no tiene un asomo de vello en el rostro y se siente mal ante Dios. Tomás lo toma con naturaleza, aunque también se ve extraño.

Alguna señal de sinapsis pasa del estómago al cerebro. Empiezan a mirar para todas partes por un restaurante y sólo ven cafeterías en arquitectura colonial. Pero bajan, decididos. Dejan con seguro el carro y empiezan a caminar, siempre guardando un perfil bajo por si los reconocen. En la esquina, doblando la cuadra, encuentran un restaurante de comida sencilla. Allí se sientan, siempre con la mirada detallada al capitolio por si algo. En el televisor detallan la noticia de la

llegada del Papa como un mortal más, sin esquemas ni honores, ni nada parecido en tiempos atrás. Detallan de la decisión definitiva del cierre de la iglesia en el país y de lo que deben hacer sus súbditos para dejar todo en claro; de las tierras, de sus pertenencias y de la investigación a los que son sometidos para detallar todo en justicia.

Sólo empiezan a almorzar, sin santificar, ni bendecir ni elevar una oración, como cualquier mortal. Tomás mastica y mientras lo hace piensa en un cómodo pensamiento, en ideas con las que pueda atacar al estado y con eso dárselas a conocer al Papa. Toma una servilleta y empieza a escribir cada una de las ideas que tiene hasta el momento: *formar un movimiento religioso llamado M.R.D (movimiento revolucionario Dios y fe); implementar castigos de inquisición: echar al fuego, torturar, masacrar y en especial asesinar con la punta de la cruz todo aquel no creyente o que no esté de acuerdo con principios y valores morales.* Llega a ese punto y detiene la escritura, mientras observa a Porfirio que está concentrado en cortar el trozo de carne.

—Tengo esto hasta el momento, pero pues no sé qué más se le ocurra a usted—Tomás da una cucharada más.

—Hay algo muy principal y me parece que por ahí debemos comenzar y es atacar al alcalde, a su grupo y a su infraestructura,

antes que nada, con eso se van haciendo a una idea del propósito que tenemos y se van preparando.

— ¿Usted cree que sería bueno enviarle una carta al presidente con copia al alcalde?

—Pues, me parece sólo al alcalde, es el implicado directo, que después él le pasará la carta, me imagino—Porfirio toma un poco de jugo.

—Sí, tiene razón, la pelea es desde acá. Esa carta y todas estas ideas se la daremos al papa en breves instantes, lo pondremos al tanto.

—Perfecto.

Tomás y Porfirio se sienten capaces de reunir todo para no dejar acabar la religión, seres que maquinan lo más absoluto para que el legado religioso se convierta en mito y leyenda; dos seres cuerdos, con capacidad de anclar la defensa y armar un movimiento contra el estado por mandato de Dios. Terminan el almuerzo y Tomás saca un par de billetes de su zapato, muy bien resguardado. Salen despacio, con un palillo cada uno en la boca y mirando de soslayo. Mientras observan los transeúntes por la plaza, el andar de los carros y hasta la lanza fría de la montaña por oriente.

Tomás es el más optimista desde el fuero de su espíritu, de su trasegar como sacerdote de la iglesia. Es apenas un ser que avanza a pasos agigantados, de avance secular, de algo que

cambia en su fe y con Dios, ese Ser que desde lo más hondo le ha manifestado la lucha por su iglesia y su mandato. Siempre ha sido el tipo de padre abnegado, vacilador con el mal, en defensa de los necesitados, cubierto por el manto y por el espíritu de una constancia que lo tiene donde está; sabe que si lucha y logra mantener la iglesia se convertirá en Papa. Se arrellana en el asiento del carro, con la cabeza al cielo, inventado el rostro de Dios.

Porfirio simplemente es un ser benigno, copiado al alma de Tomás, sin ideas propias, caracterizado por manejar unas leyes de la iglesia que, en últimas, recuerda, no ha tenido que manejar nunca. Simplemente observa el rostro de Tomás, como tratando de imitar sus gestos o una posición que abarque su mundo.

Observan los dos al capitolio, sobre las dos de la tarde, una hora de reunión. Tomás piensa en lo que pueden estar diciendo, en el rostro vivo del Papa y el rostro malvado y de diablo del presidente, como si no tuviera futuro.

—Yo creo que el Cardenal Enrico debe estar con el Papa ahí adentro—dice Tomás, cerrando un poco los ojos.

—Tal vez. Y ojalá, porque con eso lo llevamos también, a los dos para que la fuerza del movimiento se acreciente.

—Tocaría ponerle la otra muda de ropa que tengo ahí, es un jean y un polo.

Por unos segundos se quedan en silencio, escuchando el gorjeo de las palomas y su picar del maíz.

—No sé, Tomás, en qué momento se vino todo esto abajo, ¿no le parece que todo fue tan furtivo, como de un momento a otro?

—Es cierto.

—Observe usted que toda la vida el estado ha sido partícipe de los derechos de la fe, hasta ellos mismos utilizaban la fe y el mandato religioso para bendecir el poder. No sé, es como si el universo conspirara, como en algo que no cuadra—Tomás se toca el mentón y de su boca sale un sonido gutural.

—Puede ser que el diablo ya invadió la tierra, los seres humanos...

—No, qué va, el diablo ya ha estado aquí en la tierra desde que el mundo es mundo, quizás él sólo un espectador más de las inmundicias del mundo. Simplemente los seres humanos pasamos por etapas que dependen de algo del más allá, como algo...inexplicable.

En ese momento pasa una camioneta a toda velocidad, pitando. Se estaciona con dos motos adelante, con luces rojas y azules. Se bajan dos hombres muy bien vestidos, y cuatro escoltas a sus lados. Tomás y Porfirio lo ve entrar al palacio.

—¿Quiénes serán? —inquire Porfirio.

—Ni idea. Pero lo que sí se puede notar es que son hombres de estado, no hay duda.

—Son otras gallinas más para el sancocho—Porfirio comenta y sonrío.

Sin embargo, el aire corre frío hacia la cordillera, traspasando el cielo y la silueta del sol. A toda potencia desciende por la ribera del río, el cañón para llegar a las laderas de menos de mil metros de altura. Sobre el pueblo continúa la búsqueda, con el potencial militar que ha asignado el alcalde, con el presupuesto del presidente. Detienen a cada persona que cruzan las calles, hasta el momento no pueden allanar las casas. El alcalde vuelve y pasa en su camioneta con Argemiro y sus escoltas, levantando una polvareda que cubre los militares y sus armas. Estacionan en la alcaldía. Mientras desciende, observan que una señora está arrodillada en la fuente del parque, con las manos enlazadas; le hace la mirada a uno de los policías que está alrededor y este se acerca a la señora.

Mientras ingresa, su séquito ya está sentado en su oficina, unos haciendo notas en sus computadores y otros simplemente mirando a la pared y otros hablando por teléfono. El alcalde entra con Argemiro, se para en su tablero y Argemiro a su lado como un perro guardián. Carraspea en su garganta, se arregla el cuello de su camisa y con un marcador comienza como profesor.

—Tenemos que después de todo el material que se recogió, de los cuales esperamos resultados, tengo un balance positivo, de algo que para mí va a prosperar y nos va a dar la victoria

definitiva—Rigoberto sonríe, pero es una sonrisa nerviosa—. ¿Cómo ven ustedes el asunto?

—Positivo, señor alcalde, yo creo que el sábado nos dirán que se va a recoger todo lo de esa iglesia y nos dan la posesión definitiva—dice Gustavo Manchola, arreglándose su bigote de escoba.

—Esperemos, señores, esperemos al sábado, señor Manchola. Por ahora lo que puedo decir—agrega Alejandra—es que fue positiva, todos los documentos que vi fotografiar parecían meros acuerdos sin importancia civil—Alejandra se arregla su copete noventero y de su bolso saca un cigarrillo.

—Yo vi que los investigadores tienen su potencial, crudo, pero lo tienen—dice pablo Espineta—Es obvio que van a descubrir que de todo el factor religioso van a descubrir que un treinta por ciento se niega a subsistir con la iglesia, cosas que no van para su filosofía.

—Yo creo que es el cien por ciento, todo, soy más optimista—considera Rogelio, con un rostro de pereza y las mejillas rosadas—. Veán ustedes que durante la historia se han confesado ineptos de la sociedad, de ignorancia que no tienen salida, eso representaría el todo; porque si fuera el treinta por ciento de delitos, quizás hubiera servido para hacer avanzar la humanidad.

En ese momento entra Paola con una bandeja de tintos. Los pone sobre el escritorio del alcalde. Rigoberto le mira de arriba abajo el vestido rojo, como observando un trozo de pastel sabroso. La mujer sale y cierra la puerta. El reloj llega a las dos y media y el tiempo se cuelga de él. El alcalde continúa.

—Bueno, después de que tengamos las instalaciones oficialmente, el día lunes empezaremos a desalojar todo, si es que no se lo han llevado, para empezar a montar un negocio redondo que traigo en mente hace tiempo, y es un super casino de magia, además bebida y mujeres y toda clase de eventos para la humanidad—el alcalde se detiene y mira por la ventana.

—¿Y la biblioteca y el colegio y el lugar de cultura que se iba a crear? —pregunta Vicente, con su gorra de snob de artista y con una barba abundante.

—Tranquilo, señor Ceballos, todo a su tiempo. Aquí lo que vamos es primero darle la felicidad a la gente, la causa primera, como en la filosofía de todo andar humano, su carne, sus vicios y toda su alma superficial; y después pasaremos a un segundo plano, a la causa segunda del ser humano y es la sed de su alma, de jactarse del mundo, su historia y todo lo que abarca el mundo—el alcalde hace ademanes con las manos, de círculos en el espacio, con la cabeza en alto.

—Debería ser al contrario señor alcalde, digo yo—contraataca Vicente, tomándose la barba—. El alma, el espíritu

y toda la sed del interior es primero; lo mundano va después. No sé, es mi humilde opinión. Lo que hay que también darse cuenta, señor alcalde, es que la gente no va a tener nada en qué creer, les va a faltar algo y no se van a hallar. Pues los que tienen una base de cultura, están salvados, pero los que se resguardan en algo intangible será una perdición.

Por un momento la oficina se queda en silencio. El alcalde vacila, menea su cabeza y luego los pies. Mira a Argemiro, como para que le dé una respuesta o una señal. Mientras piensa, mira al techo y a su séquito. Desde su inconsciente algo sale a flote.

—Pues, señor Ceballos... tiene usted razón, la gente querrá tener en sus manos lo que no puede ver, la...bueno, no quiero decir la palabra porque es muy ya de ese mundo, pero yo sé que con el pasar del tiempo esa *necesidad* la van a empezar a cambiar por algo del mundo, por lo visible, por una creencia que esté aquí en la tierra.

Todos respiran hondo, apretando los labios. El alcalde coge el marcador y continúa.

—Bueno, sin más auscultaciones, les decía que el lugar que pienso montar allí es de gran envergadura, llevará a gente todos los días, casi todo el pueblo. Tenemos pactados unos cien millones diarios que le van a dar al pueblo fuertes regalías de turismo; además gente de otros lugares también, será un lugar a todo dar.

—De esos cien millones diarios que pacta usted, señor alcalde, ¿cómo los va a distribuir? —pregunta Alejandra.

—Pues señorita, eso es tentativo...

—A mí me parece que vamos a convertir este pueblo en una mano de estructura vacía, sin gracia, en un capitalismo absoluto desvergonzado—Alejandra agrega airada, subiendo la voz.

—Pero Alejandra, dejemos los moralismos a un lado y eso va para todos. Aquí estamos sopesando lo material, por favor, la magia de lo que vemos. Nada de moralismos, eso dejémoslo para la persona que quiera reflexionar y ya. Concentrémonos en nuestros proyectos, en el liderazgo, en el capital, en el dinero, en lo que tenemos que proyectar para hacer crecer esto como todo un país desarrollado.

—Lo que no entiendo, alcalde, es cómo va a poner usted esta clase de proyecto basado en su parecer, sin que el presidente haya dicho que instalaran en las antiguas iglesias lo que quisieran. Tengo entendido que él dijo colegios, o no él, la ley, bibliotecas, teatros, sitios culturales, pero en ningún momento habló de sitios sociales y eventos de diversión—Gael se para, poniendo la mano en su corazón, como en un acto de honorabilidad.

Rigoberto no le presta atención, simplemente continúa en el tablero la exposición; los demás le hacen ademán de sentarse y hacer silencio.

—Entonces me parece que, de este proyecto magno, de parque de diversiones para adultos le sacaremos el mayor provecho. Asigno deberes: Alejandra se encarga de gestionar todos los estatutos y documentos de propiedad del establecimiento; Gustavo me hace un proyecto de gestión de impuestos, de lo que toque invertir y de lo que toque por sustracción y haber, toda una contabilidad; Miguel gestiona la firma y la concesión para mejorar esa edificación, todo lo que toque construirle; Rogelio que gestione las leyes y normas del establecimiento, de contratar todo el personal y, pues, Argemiro, Gael y yo estaremos en la supervisión de que todo salga a pedir de boca.

— ¿Nosotros, señor alcalde? —Vicente habla bajo, acomodándose la camisa entre su pantalón.

—Ah, bueno, lo olvidaba, ustedes los artistas pueden ir armando un proyecto de cultura vasto, con grandes posibilidades de inversión: saquen ideas de colegios, de bibliotecas, de todo lo concerniente a cultura y ese si lo pasaremos al presidente para que lo evalúe. Por ahora ese es el proyecto a corto plazo. A partir del lunes, cuando ya tengamos a estos padres en la cárcel bien lejos, ¡la invadiremos! —el alcalde aprieta el puño y la comisura de los labios.

La palabra *invadiremos* les había sonado cruel a todos, con una sequedad tal que se miraron unos a otros, como de poder

sin límites, como en la historia de las dictaduras. Todos se silencian por un momento, como si sus mentes se convirtieran en simples australopitecos. Alejandra menea la pierna, Gael limpia las gafas y los demás se limpian los zapatos.

—Bueno, sólo es esperar a que sean las tres para abrir la videoconferencia con el presidente y nos empiece a retroalimentar la reunión con este señor el Papa. Yo sugiero, que mientras tanto—el alcalde mira su reloj—...faltan veinte minutos para las tres, mientras tanto revisemos documentos y ordenemos las maletas, de pronto tengan algo pendiente, algo que mostrar, o sacar otras conclusiones...o ideas... bueno, no sé, algo tiene que haber pendiente.

El reloj y el tiempo se fusionan, y hasta el ambiente, el pueblo y el airecillo que viaja por doquier se unen en una sola cantata. Alejandra simplemente saca una lima de su bolso y empieza a raspase las uñas. Los demás revisan sus maletas y sacan uno que otro documento. La tarde es calurosa, y en el pueblo todo es tranquilidad, excepto un grupo de seis mujeres que yacen en la plaza: van con sombrilla, vestido a la época antigua y con pieles rosadas y ya algo ajadas. Entran a la alcaldía, en grupo, cerrando las sombrillas y poniendo sobre la barra en recepción, el carácter y el fuero por salvar la idiosincrasia.

—Necesitamos hablar con el alcalde, señorita—dice una de las mujeres que trae un vestido verde en satín y es la más baja de estatura.

—No creo que las pueda atender, señoras, pero si me dicen para qué es con mucho gusto puedo ir a su oficina y decirle, y quizás les atiendan si el tema es algo urgente

—Él sabe, es un tema que nos compete a todos.

Todas se miran y algo musitan. Por algunos segundos dudan y luego dicen:

—Es el tema de la religión, le tenemos una propuesta genial, de parte de nosotras que conocemos ese mundo.

La mujer las mira por un momento y luego se incorpora, como si la que le hubiera dado la orden no hubiera sido las mujeres, si no una fuerza ajena. Mientras la mujer va hasta la oficina, las viejas la siguen sin que se den cuenta, muy enfurruñadas. Una de ellas, la más alta, es la más cubierta, lleva un vestido negro, con el tul hasta la nariz, como una árabe.

—Señor alcalde, disculpe, pero es que hay unas señoras...

En ese instante las viejas empujan a la mujer, tirándola al suelo. El alcalde y su bancada reaccionan; las mujeres simplemente se quedan sobre el resquicio de la puerta y empiezan a gritarle al alcalde.

— ¡Exigimos que nos devuelvan nuestra iglesia, por el bien de todos o aquí va a correr sangre!

Salen corriendo, quitándose los atuendos y los zapatos. El alcalde y los otros corren detrás de ellas, pero al salir ya no están por ahí.

—Viejas locas—comenta el alcalde a su grupo—. Argemiro, necesito que se averigüe quiénes son esas mujeres.

—Claro, mi alcalde, no hay problema. Ahora cuando salgamos de la reunión con el presidente iré...

— ¡Ya! —dice tácito el alcalde.

Argemiro sale con su agenda debajo del brazo hacia la plaza. El alcalde y su grupo entran de nuevo a la oficina, observando a la mujer de recepción que se limpia la ropa y se arregla el cabello. Rigoberto mira por la ventana, también organizando el cabello hacia atrás. Simplemente empieza a listar el televisor y a encenderlo para conectar el audio. Vicente se para, con la firme decisión de decirle algo alcalde.

—Señor alcalde, usted me va a perdonar, pero esas mujeres arrojaron una amenaza considerable, de proporciones inmensas, la idiosincrasia de esta gente se va ver por el suelo— Vicente se acaricia la barba.

—Señor Vicente, usted límitese a llevar a cabo el cierre total de estas iglesias y de todas las religiones, usted está es para llevar unas ideas y unos proyectos, usted no está contratado por mí para darme consejos. Un alcalde es un jefe y uno de la bancada es un supervisor, digámoslo así. Usted límitese a hacer

lo que yo le diga, el alcalde soy aquí yo y yo ordeno lo que mejor me parece.

—Pero es no es democracia, eso es demagogia, tiranía, monarquía, y esto es de colectividad.

—Pues si a usted no le gusta este gobierno, se puede salir, irse del país, exiliarse que llaman—el alcalde abre la puerta y hace el ademán de que se vaya, con la mano estirada.

—Pues sí, me largo, qué más da. Yo no me voy a quedar en un grupo donde el poder lo utilizan para dañar y no construir, para cerrar las mentes libertarias de las personas y armar esto como una economía y un supuesto desarrollo. Y lo peor de todo es acabar con una institución para convertirla en placer humano. Me da asco—Vicente sale, poniéndose su boina.

— ¿Alguien más que quiera retirarse? La puerta está abierta.

Todos niegan con la cabeza. El alcalde cierra y se concentra en seguir acomodando el televisor para la conferencia presidencial. Por más de que trata seguir concentrado, en su cabeza no hay si no una sola palabra que repite en voz alta.

— ¡Imbécil!

Unos minutos antes de las tres el televisor está listo y todo el grupo presto a la conferencia con el presidente. A pesar de todo el aire y el ambiente se mezclan en un entorno de chocolate que se derrite, volando tan alto y hacia las montañas y llegando a las partes planas de la cordillera. Tomás está listo para encender el

carro y Porfirio mira con detenimiento hacia el capitolio para advertir la salida del Papa. Acelera despacio, como esperando la orden de Porfirio de ver salir al gran Papa.

—Lo mejor es que ya vayamos a la parte de atrás y lo esperemos, de igual manera él sabe que lo esperamos allí.

—De acuerdo.

Cuando las tres se hace partícipe del tiempo, Tomás va por la calle abajo, agazapados un tanto para evitar las miradas de los que pasan. Otros carros pasan y pitan, desesperados. Van cuadrando el carro a un lado de la calle. Corre un viento helado, con el paso de un nubarrón que tapa el sol. Porfirio respira cómodo, como de nervios, quizás; Tomás simplemente mira fruncido, con una cierta arrogancia de alma.

—Cuando el papa salga usted le abre la puerta de atrás...

—Viene con el cardenal Rossi, es lo más seguro—Porfirio habla ahora con más propiedad, con más ideas.

—Sí, tal vez, por eso les abrimos la puerta, que se cambien rápido y marchamos a todo vapor para el pueblo de nuevo.

—De acuerdo.

Empiezan a ver que la gente que cruza el capitolio se aglutina.

—Es más, padre...Tomás, con estos trapos podemos tapar los vidrios y con esos evitamos las miradas.

—Buena idea.

A los diez minutos ven que viene el Papa por la calle del capitolio, entregándole el solideo, efectivamente, al cardenal Enrico Rossi y mirando de lado a lado, como si aún no hubieran visto el carro de los padres. Como si fuera todo un complot, Tomás sale del carro y se acerca a los mandatarios de la iglesia de manera resguardada, disimulando ir hacia la otra calle. Y le dice al oído:

—Ahí tenemos el carro, su santidad.

En par de segundos Tomás se devuelve y Porfirio le abre la puerta a toda velocidad. Entra Tomás. La escena sólo la ha advertido un niño que juega con una cicla por la calle. Dentro del carro Tomás y Porfirio saluda al Papa con beso en el anillo y mucho respeto. Porfirio hace lo mismo, pero con más ahínco. El cardenal Rossi da la mano, muy sencillo.

—Su eminencia, Enrico Rossi, qué bueno tenerlo otra vez en el país, nos sentimos orgullosos de que pisen estas tierras— Tomás sonríe y enciende el carro. Acelera.

—Su santidad, por favor, sírvanse poner estas prendas, los protegeré de las miradas de la gente y evitamos cualquier fanatismo antes de tiempo—Porfirio saca de la maleta la ropa—. Yo sé que ustedes no están acostumbrados a estos ajuares, pero la ocasión lo amerita, ustedes entenderán.

El Papa y el cardenal se miran, sin saber que contestar. Por unos segundos sólo se escucha el motor ronco del carro. El Papa le recibe la ropa a Porfirio y se la pasa al cardenal.

—Sin pena, su santidad y su eminencia, por favor, pueden cambiarse en un momento. Lo que pasa...bueno, bueno, primero que todo les pregunto, ¿cómo les fue?, ¿qué dijo el presidente, los políticos buenos para nada? Que la iglesia está salvada, por supuesto.

Pero el par de hombres siguen sin musitar palabras, como con la lengua tiesa o el cerebro, quizás. Sin embargo, se deciden, el cerebro conectado a la lengua vibra.

—Pues, Padres, definitivamente toda la iglesia en este país ya es historia. Es una decisión que no tiene vuelta de hoja. El estado necesita las iglesias para otros sitios culturales de mayor importancia, necesita acabar con la fe, según ellos, para crear en la gente un aspecto robusto de cultura, que acabando tanta religión se adjudicarían una simple llama de poder cultural que desarrolla al país. Imaginen— el Papa empieza desvestirse sin preguntar por qué. Su rostro blanco, rosado, al estilo inglés, empieza a notarse. Su voz italiana españolizada, le hace ganguear por ratos.

— ¿Y monseñor Gustavo Cabrera y Laureano qué dijeron? — Porfirio pone otros trapos en las ventanas de adelante.

—No, pues... fue el primero en... no decir nada, que refutó algunas cosas... La verdad fue una reunión donde todo lo habló el estado y todo el senado, argumentos sin sentido. El cardenal y yo por ahí dijimos que la fe era la fe y que no era sustituible con cultura. Que la idea de Dios en la tierra es inerme y que no se puede cambiar por nada. Que no podían tumbar siglos de historia de nuestra iglesia, que era una estupidez—el Papa hace un ademán de ironía y ya su cuerpo rosado se nota. Empieza a ponerse una camisa

—La verdad, Tomás y Porfirio no refutamos, muy poco, como por decencia, quizás y porque la verdad el presidente de este país nos pareció grotesco, sin cultura, un hombre sin sentido, asesino de ideas y de creencias—el cardenal se desnuda también, pero dejando ver un cuerpo más trigueño. Pronuncia mejor el español por tener ascendencia argentina.

—Lo mejor fue eso, santidades—Tomás da la cuarta y frena de repente al cambiar el semáforo en rojo—. Ustedes disculpen, santidades, la ropa es para empezar a trabajar en lo que necesitamos. Gran Papa Cristóbal Carballo y Cardenal Enrico Rossi, nos disculpamos llamarlos por su nombre, pero es necesidad para empezar a planear esto. Nos estamos llamando por nuestros nombres y olvidándonos de nuestras Jerarquías para que todo sea más fácil. Entonces sus santidades Cristóbal, su eminencia el cardenal Enrico, Canónigo Porfirio y este

servidor Tomás. Nos quitamos padre, canónigo, Papa y Cardenal, eso por este tiempo de lucha no existe estas designaciones.

El sol tibio de la tarde empieza a ocultarse sobre las tres y media por la cordillera. Tomás busca la vía principal para dirigirse de nuevo al pueblo. El tráfico ya ha disminuido. Tomás continúa hablando, simplemente observando los cuerpos fofos de los hombres y concentrado en conducir.

—Como les habíamos dicho en las cartas, esta lucha empieza ya y es ahora, no nos podemos dejar quitar la iglesia, debemos luchar y yo sé que eso es un mensaje de Dios para nosotros, quiere y nos ha asignado a nosotros para esa empresa—se queda en silencio por algunos segundos al bajar el cambio a segunda y girar por otra vía—. Bueno, Cristóbal... ¿cómo siguió de la gripe, la que nos contaba por correo?

—Bien...padre...digo, Tomás. Aunque no le niego que estas alturas me afectan un poco, pero ya en tierras planas me mejoraré con mayor oxígeno. De todas maneras, ustedes saben que setenta y cuatro años trae la delicadeza a cuestras, como decimos en Italia: *La vecchiaia non viene da sola*.

—Acá también, sólo que *la vejez no llega sola*.

—Bueno, señores, la idea entonces es cuál, somos mansas ovejas que nos dejamos llevar por ustedes, díganos sus planes,

nosotros les decimos otras cosas—el cardenal, ya con la ropa puesta, se acomoda mejor en el asiento.

—Bueno, Enrico, vamos a hacer de esto una lucha fuerte, a darnos con los puños si es necesario para no dejar acabar la casa de Dios. Las cosas están así en nuestro pueblo: y es que el alcalde y toda su gente nos tienen con barricadas la iglesia y pues me imagino que ustedes se enteraron de que hoy empezaba el allanamiento en todas las iglesias, las investigaciones, bueno, en fin, toda para inculparnos, para hacer ver la iglesia como una criminal a la que no se le ha condenado. Me imagino que lo hacen para hacer legal todo, pero ellos, así no encuentren nada, nos condenarán y nos meterán a la cárcel y hasta nos darán pena de muerte. Yo sé que eso no lo han dicho con propiedad ante los medios de comunicación, pero esperen este fin de semana y verán.

—Terrible—comenta el Papa.

Sobre la autopista que da el acceso ya fuera de la ciudad, Tomás da la cuarta, encontrándose apenas con un poco de tráfico de las tres y cuarenta y entreviendo el sol por la cordillera. El frío aumenta, por lo que todos se ponen una chaqueta; al Papa y al cardenal los cubren con un saco de lana que saca Porfirio de su maleta. Ahora son un par de seres comunes y corrientes, gente del común para los demás, pero para la lucha de la iglesia conserva sus jerarquías. El Papa

Dámaso III mira a través de la ventana y mira al cardenal con cierta tristeza, como extrañando el fuero estatal del vaticano, el protocolo, las misas y el poder en el mundo. Se miran la ropa, arrugada, algo ajada y suspiran, como un par de niños que han perdido un juguete.

—Entonces, Tomás y Porfirio, ¿qué dicen que qué más vamos a hacer? —Pregunta Cristóbal, con las manos enlazadas.

—Pues la idea, Cristóbal, es crear un movimiento fuerte, un grupo aliado de católicos donde todos expongamos ideas para llevar a cabo, como un partido político.

—Pues pensábamos en el M.R.D: Movimiento revolucionario de Dios—intercede Porfirio, bostezando.

—Uno sabe que un movimiento y en la historia del mundo la fuerza la han tenido estos grupos que han llegado a tumbar naciones y han creado guerras civiles, han desestabilizado gobiernos y...

—Han creado dictaduras, por supuesto—agrega el cardenal.

—Eso es verdad, dictaduras, y por qué no pensar en una teocracia, con dominio de la iglesia, que el poder que tuvimos hace siglos vuelva a nosotros, sería una excelente idea—dice Tomás con el antebrazo en la ventana y la otra en el volante, ya relajado por la autopista casi solitaria.

—Para eso, señores, debemos armarnos de una guerra bien berraca, no hay nada que hacer y una guerra bien berraca

incluyen armas, muertes hasta muertes inocentes—Añade el papa con el rostro fruncido.

Todos asienten. El silencio se acomoda por algunos momentos, con tan sólo el ruido del motor ronco del carro. Los carros y pasan a toda velocidad por el carril contrario. Todos se quedan observando las montañas con sus pinos altos de frío en las puntas, como lelos imaginando la iglesia en absoluto poder: Cristóbal como el presidente absoluto del país y todo el séquito de cardenales como la cámara; los obispos como ministros, los sacerdotes como gobernadores, los diáconos como alcaldes y ayudantes de la iglesia en personerías y administrativos. Todos se imaginan y el Papa se acomoda en el asiento, como soltándose, como metiéndose en el papel de un nuevo ciudadano.

—Bueno, y qué tal si esta guerra la armamos como en la edad media y pues en el renacimiento: que haya una cruzada y establecer las llamas de la muerte, la inquisición para los impíos y toda clase de castigos para quienes no están de acuerdo con nosotros, para los que nos lleven la contraria la ahorca y para quienes digan que la tierra gira alrededor del sol la garrucha...— Interviene de nuevo el Papa que se va soltando a su llamarada de palabras e ideas.

Todos asienten y sonrén. El aire va por las puntas de las montañas lamiendo el sol, se desliza cordillera abajo, por la

rivera del cañón y después por la planicie tropical. Casi sobre las cuatro el aguerrido ejército sigue consumando sus requisas a la entrada del pueblo, firmes, con un toque de milicia poderosa, enfurruñados, con rostros de maldad y castigo. Un carro que sale lo hacen orillar. Llega uno de los soldados, con el fusil casi apuntado, haciendo bajar a todo el mundo.

—Por favor, sus identificaciones.

El hombre saca su billetera y le pasa todo. En uno de los bolsillos trae un calendario una virgen maría. El soldado lo saca, lo arruga y lo tira a una bolsa que tiene a un lado. El hombre, que viene con una mujer, se enfurece y trata de pegarle al soldado.

— ¡Quieto el civil! —le apunta con el fusil y el hombre entra al carro tirando la puerta.

El carro arranca. El soldado llama a uno de sus compañeros y le pasa la bolsa ya llena de papeles, escapularios y hasta libros de oraciones.

—Dígale a mi general que esto es lo que hemos recogido el día de hoy.

El aire se recrucece hacia dentro del pueblo, ahora ya más fresco por el resguardo del sol. Cuando llega a la alcaldía, Rigoberto y su bancada hasta ahora se despiden del presidente. El alcalde se incorpora, descansando de las rodillas y los otros miembros siguen escribiendo algo en sus portátiles; Argemiro escribe en un cuaderno doblado y un lápiz.

—Bueno, señores, entonces la consigna del señor presidente fue muy clara: necesitamos ponernos al tanto con la seguridad de esta gente, a presionarlos más, más controles con cualquier elemento religioso. Que la otra semana ya debemos tener radicado los proyectos para ocupar lo que eran las iglesias, qué sitios vamos a poner y lo más importante qué otras ideas tenemos desde las provincias para que la economía y la sociedad se desarrollen al máximo potencial a la tres—el alcalde empieza a desconectar todo.

—Bueno, señor alcalde. Entonces yo me iré ya, tengo que ir a la casa a hacer un trabajo de la maestría y nos veremos el lunes muy temprano, a eso de las ocho de la mañana—Alejandra se para y se acomoda sus gafas

—Yo también parto, alcalde, nos veremos el lunes—Gustavo sale junto a Miguel.

Los demás levantan simplemente la mano y cierran la puerta. El único que queda es Argemiro, sentado y con las piernas sobre el escritorio, con mucha confianza. El alcalde le alcanza a ver y siente cierta piquiña en su espíritu, pero se hace el que necesita sacar algo de las gavetas y lo hace quitar. Argemiro se incorpora como un saltimbanqui.

—Todo está saliendo a pedir de boca, señor alcalde. Le propongo que esta noche nos tomemos algo en *gallineto* y con eso despejamos un poco de estrés laboral.

—No es mala idea, Argemiro, déjeme yo voy a la casa y me cambio y nos vemos a eso de las nueve ahí.

—Muy bien, mi alcalde—Argemiro salta y junta los tacones de los zapatos con gracia.

—De todas maneras, no olvide que mañana venimos a las nueve para revisar correo o llamadas de los investigadores para ver qué noticias nos tienen.

—Excelente, mi eminencia.

—Vamos.

Salen y por el corredor se encuentran a Paola, que trae un par de tintos y una carpeta. Rigoberto apenas hace un gesto de que el lunes le recibe esos papeles y que se puede ir a descansar. Cuando salen los guardaespaldas ya están en el resquicio de la puerta, esta vez con sendas metralletas y con un chaleco de proveedores. Argemiro le da la mano al alcalde en la puerta de la camioneta y parte cruzando la plaza, con su cuaderno y la maleta entre las manos.

Cuando la camioneta acelera, la tarde ya cae, el sol tostado del día se empieza a doblegar ante el aire lozano venido de las montañas. Pasa las calles polvorientas y cruzan sobre uno de los grupos de policías que incautan cuantas cosas religiosas en las tiendas y en algunas casas. La camioneta frena. Uno de los policías se acerca a la ventanilla del alcalde.

—Hola, señor alcalde, se presenta patrullero con la novedad del deber cumplido de intensificar la búsqueda de material religioso—el policía se pone firme, con la mano en la frente.

—Descanse. Llámeme a uno de los militares, por favor.

—Como ordene.

A los pocos segundos llega el militar con un rostro sudado y quitándose la gorra.

—Por fa, necesito que le diga a su general que me marque al rato, a eso de las seis de la tarde, necesito unas ordenes especiales—el alcalde hace un ademán de arrogancia y cierra la ventana. La camioneta arranca.

—Sí, señ...

Sobre las casa quinta del pueblo va entrando la camioneta y detrás los guardaespaldas en sus motos. El alcalde baja y entra a su casa. Todo está en silencio, tan sólo la de servicios generales está por la cocina terminando. Alcanza a ver el alcalde que se quita el saco, se lo tira a las manos de la mujer.

—Para lavar por favor, Cristina. ¿Y Teresa? —el alcalde empieza a subir al segundo piso para su cuarto.

—No sé, señor, se fue hace rato y no me dijo para dónde.

Cuando entra a su cuarto lo primero que ve es el reloj en su pared que dan las cuatro y media, la pintura de un caballo paseando por una montaña, y los títulos honoríficos de la universidad y otro como gestión empresarial en obras públicas.

Se quita la ropa y entra al baño rápidamente. Se queda grabado el cuadro del caballo en su mente, se plasma en su espíritu, incluso el del reloj sobre las cuatro y media. Empieza a repasar en su mente el día, sentado en el retrete, pensando en los padres, en los investigadores, pero con la mente en el caballo y en la montaña.

Después de una fuerte ducha, con el agua y el jabón en hierbas para sacar la sal, regresa a su cuarto, viendo el reloj a las cuatro y cincuenta y el cuadro del caballo en paseando la montaña. De su armario saca una camisa, pero recuerda a Argemiro y la ida a *gallineto*. Saca un jean y un camibuso, se detiene por algunos segundos, como con un recuerdo que se cruza a su mente, caminando con su padre junto a un caballo y en las montañas cafeteras de su ciudad. Recuerda que venía caminando y que alguien se había acercado y habían disparado a su padre, dejándolo tendido. Sólo había podido devolverse a su finca y contarle todo a su madre. Pero es un destello, porque ahí para el recuerdo y no viene más a su mente.

Regresa al baño como por mirar su cara que ha cambiado desde ese día. Algunas entradas se notan sobre su cabello, con barba de tres días, por lo que se pasa la cuchilla de afeitar. Las arrugas que se han formado en la frente desde hace algunos días las ve más marcadas, como si sus pensamientos y reflexiones hubieran hecho incisiones allí. Viene a su mente la imagen del

padre Tomás; el lunes, el día en que fue a la alcaldía para ver qué era lo que pasaba, con su cara de sorpresa, lozana, quizás, pero con la herida muy profunda por la iglesia. De pronto siente que su alma hierve; sí, hierve por la gracia de tener el poder y acabar de una vez por todas, le gustaría irse ya y sacar todo del lugar y empezar a montar todo el gran casino que sueña.

Pero necesita calma, y lo sabe más que nadie, todo es un proceso y los grandes éxitos llegan con paciencia y paso a paso, lo sabe. Va a su biblioteca y ve el libro de las *48 leyes del poder* encima de su escritorio. Lo abre donde va el separador: ***Las 48 leyes del poder. ley nº 15 aplaste por completo a su enemigo.*** Mientras lee con atención que, *Si se deja encendida una sola brasa, por muy débil que sea, siempre se corre el riesgo de que vuelva a desencadenarse un incendio. Se ha perdido más por una aniquilación a medias que por una exterminación total: el enemigo se recuperará y buscará venganza. Destruyalo por completo, no sólo física sino también espiritualmente,* escucha la puerta, pero sigue concentrado en la ley que le interesa mucho que cualquier otra. Su mujer entra y lo ve concentrado y trata de salir.

— ¿Dónde estabas, Teresa? —el alcalde sigue enfrascado en la ley

—Por ahí.

El alcalde, en su fuero de ansiedad, va hasta su cuarto y ve a su esposa que se acuesta y enciende el televisor. Por un momento sólo ve a una extraña encima de la cama, o simplemente un adorno más del cuarto.

Regresa a su biblioteca y ya no se puede concentrar en su libro. Se incorpora, sale y llama a uno de sus guardaespaldas. Las cinco y diez y el cielo con el tiempo se fusionan en un arrebol de verano. El alcalde sale con los guardaespaldas cerca de él y se sube a la camioneta. La tarde cae paulatinamente, con el cielo naranja y sin una nube, dejando entrever la fuerza pública que avanza en sus pesquisas. Mira relajado todo, con la sobriedad de tener todo bajo control, es esperar a mañana para que le den el aval de sacar definitivamente de la iglesia a toda esa gente.

—Llévenme a gallineto, por favor—le dice el alcalde a su conductor.

Sobre las calles ya hay menos policías y militares en su control, ahora se ven más despejadas. En ese momento suena su teléfono.

—Aló, diga, soy el señor alcalde, el máximo ente rector de este pueblo y el mejor de este país.

—*Hola, señor alcalde, habla con el general Tamayo desde la base.*

—Ah, general Tamayo, había olvidado su llamada, pero era a las seis.

—*Sí señor, mis hombres me dijeron, lo que pasa es que no podía esperar hasta esa hora por lo que voy de salida urgente a una misión militar.*

—Bueno, ¿cómo nos fue con las requisas, que cogimos y cuánto?

—*Sí señor, ciento cuarenta y seis esquelas religiosas, nueve libros de religión, treinta y dos biblias, ciento setenta y cuatro escapularios y una virgen maría en yeso, que pensaban sacar en un carro—el general carraspea y tose.*

—Muy bien, muy bien, trabajo efectivo de mi fuerza pública. Pero, ¿a quién le incautaron la muñeca esa en yeso?

—*Pues señor alcalde, mis hombres me dijeron que iba en un carro, con cuatro personas, pero no dijeron más; pues obviamente a los civiles no se les dejó salir, se devolvieron y están bajo nuestra custodia. Usted dirá qué hacemos con ellos.*

—No, manténgalos resguardados en la base y yo voy mañana temprano a verlos.

—*Está bien, señor alcalde. Ese fue el informe, no tengo nada más.*

—Gracias, general, muy buen trabajo. Nos hablaremos mañana temprano. Ah, general, general...

—*Diga, señor alcalde, ya iba a colgar.*

—Lo otro que le iba a decir es que necesito toque de queda después de las seis de la tarde; nadie, absolutamente nadie puede estar después de esa hora fuera de sus casas, ¿entendido?

—*Claro sí señor, como quiera, cuento con unos diez hombres para esa orden.*

—Cualquier novedad me informa. Bueno, lo que si no tendría restricción es gallineto, el bar, por lo menos diez metros a la redonda. Voy a estar hoy celebrando hoy ahí.

—*Por supuesto, sí señor. Que esté bien.*

Cuando la camioneta llega al bar gallineto, el cielo y la luna ya le ha dado al tiempo las cinco y cuarenta. El alcalde coge su celular de nuevo y marca.

—Aló, Argemiro, estoy aquí ya en gallineto, si quiere véngase ya para tomarnos unos tragos.

—*Listo, mi alcalde, ya me acerco, estoy en unas vueltas y ya en media hora.*

El alcalde baja y sus guardaespaldas lo cubren de cualquier acercamiento de los protestantes, pues ya están advertidos de las señoras que se habían metido a la alcaldía. Ingresa al lugar, apenas con una luz débil del sitio, azul, con el barman acomodando el licor en las neveras y tan sólo dos individuos en una mesa del rincón. El barman, un tipo alto, de cara alargada y muy amable, lo recibe.

—Hola, eminencia, le tengo la mesa de siempre—el hombre hace una reverencia al rey.

—Gracias, hombre.

Los guardaespaldas se quedan en la puerta y el conductor al pie de la mesa, muy al pendiente del alcalde. En el instante le traen una michelada. Las luces del lugar palidecen, hay música pero muy suave. El alcalde estira las piernas, relaja sus brazos y mira su celular, mirando las redes y otras cosas, esperando a que llegue Argemiro. Mira de lado a lado algunas mujeres que pasan, como a la espera de los clientes. El alcalde mira disimulado, pero el airecillo escapa hacia fuera, por las calles, elevándose hacia la cordillera, por la rivera y luego por la ladera de la carretera polvorienta. Los carros ya encienden las luces, los que bajan y suben, como monstruos de polvo. El Mazda modelo ochenta y cuatro va sobre los cuarenta kilómetros por hora, con Tomás en una cara demacrada, cansada del día y apenas los ojos hundidos. Porfirio duerme sobre la ventanilla; el papa y el cardenal también dormitan. Han estado conversando de la historia de la iglesia, de sus capacidades, de su régimen y de los estatutos y jerarquía que tendrán después de que se mantengan en el poder y con poder sobre el estado, como en los viejos tiempos.

Tomás conduce concentrado, pero en su mente llena de expectativa, imaginando el triunfo, imaginando al alcalde

crucificado e incluso mostrando la cabeza a todo el mundo, hasta la del presidente que ha venido a reforzar la guerra. Siente agonía, no come nada desde el almuerzo. Va llegando al restaurante principal del camino. Mira atrás y el cardenal y el papa dormitan, Porfirio ronca. Sin embargo, entra para descansar un poco de la espalda y comer algo. De todas maneras, con la ropa que tienen, no cree que reconozca a los personajes.

Somnolientos, los cuatro bajan y entran, se sientan en una mesa, mirando a todo el mundo. Enrico y Cristóbal se sienten extraños, no es lo acostumbrado en sus grandes cenas del Vaticano, ni mucho menos las reuniones con los cardenales y grandes políticos, donde las comidas eran elegantes. Afligidos, miran pasar los platos repletos de comida natural y corriente, arroz, un trozo de carne y un vaso de jugo, y quizás un plato de sopa.

—Cristóbal, acá, en este país estos son los alimentos de esta hora, la costumbre y la idiosincrasia fatua de acá—comenta Tomás con una voz seca.

—No hay problema, señores, me conformo con una sopa que es lo más parecido a la *Tiramisu celestiale italiano*—Cristóbal hace un ademán de resignación y mira a Enrico que yace mirando la carta.

—Yo también, con *una bistecca*.

Tomás y Porfirio ordenan comida completa. El cielo, sobre las seis pasadas ya se entorpece al paso del cielo limpio veraniego. A los minutos llegan con los platos y empiezan a comer, en silencio, observando a los otros, a los viajeros y a un montón de gente que se quedan en las mesas. Cristóbal no hace más de dos días era papa, con su solideo y su vestido, con su gran iglesia en el vaticano, con lujo de detalles y hasta con la admiración de la gente por el mundo. Tenía un carro, gente que lo cuidaba, una religión que lo adoraba y sobre todo Dios que lo había elegido como servidor del mundo. Pero ahora es del montón, como designado por el hombre y está seguro que Dios está en contra y por eso necesita luchar para tener el puesto de nuevo.

—Bueno, Tomás y Porfirio, al armar este grupo de revolución ¿qué vamos a necesitar?

—Gente con odio, sólo eso, con mucho odio—contesta Tomás tomando un sorbo de jugo—. Las revoluciones, como ustedes saben, han sido a causa del odio y la oposición y han logrado grandes cosas; tenga eso en cuenta, Cristóbal.

—Bueno, está bien. Otra pregunta, señores, ¿dónde vamos a conseguir los artefactos de la edad media para empezar a aplicar los castigos y las muertes?

—Por eso no se preocupe, hoy en día hacerlas es más fácil que en esos tiempos de inquisición. Tengo el contacto de un buen carpintero para que nos haga todo en madera y ornamentación.

Por eso no se preocupe. Por ahora tenemos que preocuparnos es de llegar, que sea mañana, y de empezar a convocar a todos los feligreses para entrar con el partido a toda...—Tomás casi acaba su comida.

—No, y lo más seguro es que mañana el alcalde y su gente nos llegue a invadir, a sacarnos las cosas para la calle apenas estos investigadores le digan las supuestas trampas y dineros que tenemos quién sabe de dónde—agrega Porfirio empezando el arroz con la carne.

Sobre las seis y media, cuando el cielo ya está en azul petróleo, arrancan de nuevo. La luz de la luna creciente ya apacigua la polvorienta carretera como un sinfín. Sin embargo, Tomás trata de esquivar las piedras y obstáculos que hay en el camino, al límite de los cincuenta kilómetros por hora.

—Estaremos a eso de las nueve de la noche, si es que este carro no falla—dice Tomás dando la tercera—. Bueno, yo creo que algo de música movida no nos hace daño para acortar el camino y nos relaja la mente para llegar a buenas ideas.

El camino se hace escabroso en la oscuridad, polvo y piedra, como amainando a la noche que ya cae totalmente. Tomás piensa por un momento en la estrategia para llegar al pueblo y tener la mejor determinación para llegar hasta la iglesia sin que nadie los vea; mira al padre Porfirio que dormita por un momento. Lo mejor era tener el control del vehículo antes de

llegar, entregárselo a don Evaristo y ellos irse por las laderas, con eso desviaban la atención.

—Pues, señores, les comento que la mejor idea para llegar hasta la iglesia, y pues nos ayuda ahora la oscuridad, es que don Evaristo nos recoja el carro en el mismo punto de la mañana y nosotros, con botas de caucho, meternos por las laderas y salir por la parte norte del pueblo—dice Tomás.

—Pues nosotros somos en este momento unos siervos que nos dejamos llevar de ustedes; ustedes saben lo que mejor nos conviene ya que ustedes conocen y son de aquí—comenta Cristóbal bostezando. Mira al cardenal.

—Muy bien, muy bien, señores, me parece excelente. Les cuento que cuando yo estudiaba en el seminario de Roma Pontificio Colegio Internacional *Maria Mater Ecclesiae*, hacía algo parecido, me metía por las laderas para irme hasta la casa y poder ver mis papás y a un gran danés que tenía, por allá en el año noventa y uno—el cardenal estira las piernas y cierra los ojos, pero continúa relatando—. Cuando regresaba se daban cuenta los seminaristas y de castigo me ponían cien avemarías—ríe y se estira de nuevo, como un gusano.

—Entonces, ¿cómo fue cardenal? —le pregunta Cristóbal.

—Ya ve usted, gran papa, a pesar de todo tenía la convicción de que llegaría lejos, que Dios me había tocado la mente para designarme en su reino y fortalecer la iglesia—Enrico suspira y

continúa—. Y, pues, ahora no sé, no sé qué misión tenga, porque ya me sacó de su legión del cielo y pues...

—A Luchar, Enrico, a morir por su casa, por su reino, por sus siglos, por todo el legado que dejó en la tierra. A eso lo envié ahora, a proteger su palacio—agrega Tomás.

—Yo creo.

—Y a todos nosotros, como unos apóstoles, a expandir su palabra, pero en esta ocasión es a proteger y a seguir expandiendo su palabra—Tomás baja el cambio a segunda.

—Bueno, pero no podemos parecer como unos locos, unos idealistas en busca de nada, que creemos ver ideales donde no los hay; como aquel loco del gran libro de Cervantes *Don Quijote de la Mancha*, en busca de ideales como la justicia, de proteger todo como un caballero y hasta el amor, pero si leyeron el libro sabrán que tremendo golpe que se da con la realidad. Pues disculpen que dude, aunque no es de la voluntad de Dios, si no de nuestras fuerzas—Cristóbal recrudence su voz y hace un silbido monótono, como de algún ritmo que se acuerda.

—No señor, Dios nos buscó a los cuatro para que lucháramos. Y a diferencia del gran Don Quijote, nosotros convertiremos los ideales y las utopías en verdad y realidad, de eso no les quepa la menor duda.

Tomás da la cuarta y acelera con emoción, sintiendo un empalago en su alma de querer combatir en ese momento. La

noche se expande a lo ancho de la rivera, por la cordillera sedimentada, corriendo el aire de las siete de la noche fresco y a una temperatura tersa. El aire descarga toda su energía cordillera abajo, como empujada por el ancho del río. Llega al pueblo, a las laderas, esas que se sienten marchitar, que se sienten como caballos al galope de una tensión fuerte, como cuando hay inicio de una contrariedad entre la verdad y un ideal y hasta de un silencio.

Las edificaciones sobre las siete de la noche son lamidas por las iluminaciones de la calle. Todo en silencio total, sólo se pasean los militares y los policías, con sendas armas y equipos de comunicación. Las calles son como un ente de locura, un manicomio fortuito donde todo el mundo está encerrado en su cuarto. Sobre las siete pasadas lo único que sigue intacto y que huele a civilización es *Gallineto*, donde está el alcalde con Argemiro y toman una botella de whisky, conversan y se ladean la mano por el hombro. El alcalde mira de lado a lado las mujeres que cruzan y Argemiro sondea los cuerpos de las mujeres; por minutos siguen hablando, pasan la vista a algún trasero y continúan hablando de negocios.

—Argemiro, la verdad le digo que el proyecto que tengo en mente va a ser una locura, yo creo que ni las vegas lo tiene. Esta iglesia se convertirá en el sitio más portentoso del mundo en diversión: alcohol, juegos de apuestas, máquinas y atractivas

mujeres. En el siguiente plazo empezaré a subir cientos de pisos, donde cada uno tendrá una temática de diversión, un país y... esto será magnífico—el alcalde le pega a la mesa un puño y la botella de whisky tambalea.

—Calma, mi alcalde, baja la voz, las paredes tienen oídos y nos conviene que nadie sepa por el momento, usted sabe—Argemiro toma un poco de whisky, siempre con el cuaderno de notas metido en su gabán.

—Bueno, es cierto—el alcalde toma un sorbo de whisky más largo—. ¿Al fin de cuentas pudo averiguar para dónde se fueron los sacerdotillos?

—No, la verdad no mi señor. Pero me queda la duda de cómo hicieron para salir del pueblo, si desde ayer estaba instalado el anillo de seguridad a la salida, ¿qué trabajo fue el que hicieron los militares?

—Sí, es cierto, no lo había pensado así y no había caído en cuenta de ello. El general llamó a darme el parte de todos los accesorios que habían incautado y que entre esos una virgen maría en yeso que iban a sacar envuelta en un cobertor, pero no me dijo que los padres hubieran salido y fue lo que se les recomendó—el alcalde mira una de las mujeres que cruza y alza el vaso de whisky, haciéndole una sonrisa.

—Déjeme yo averiguo, mi señor. Lo más posible es que se hayan ido por las laderas, ellos sabían de la prohibición.

—Pero pues a pie no se fueron.

—Es verdad. Yo mañana temprano me averiguo, no se preocupe—saca su cuaderno y hace la anotación.

—Pero, ah, hombre, me queda el sinsabor de que esa fue la recomendación del presidente, de no dejar salir a estos personajes—el alcalde se pasa las manos por su cabello.

—Pudieron estar escondidos en la investigación, es una posibilidad, a lo mejor no salieron.

—No, Argemiro, yo sé que salieron, esos malditos se fueron a verse con su jefe, la intuición me lo dice—Termina el whisky del vaso y empieza a servir más.

La música aumenta de sabor y ritmo. Llega el mesero y pone más hielo en una jarra y en un vaso otras confiterías y frutas. El humo se esparce y empieza un baile divertido entre los asistentes del bar, apenas cincuenta personas. El aire corre suelto y luego se exaspera y sale al aire libre, merodeando el pueblo y visitando la luna creciente. En una de las casas se encuentra una familia cenando, muy reunida, conversan. Al frente de la casa pasean unos militares, mirando precisamente por la ventana y empiezan a observar detenidamente que toda la familia eleva una oración para antes de comer. Los soldados se acercan sigilosos, agachados y tocan a la puerta.

— ¿Quién será? —preguntan, mirándose unos a otros.

Cuando abren, los soldados, con miradas desafiantes, se paran firmes, cogiendo el cañón de los fusiles. Se quedan en silencio por algunos segundos.

—Buenas noches, mis civiles, escuchamos que están haciendo oraciones, recuerden que quedó prohibido en este país cualquier acto de fe.

—Pero no, tenemos entendido que se acabaron las iglesias, que quedaron prohibidas las cosas alusivas a ellas, no la idiosincrasia y la fe.

—Pues señores, para su información eso también quedó prohibido, manifestar fe y moral religiosa y profesar cualquier acto a un ser superior—el soldado, el más alto, sube la voz.

— ¡Pues lo sentimos!

La puerta se cierra. Los soldados, sin pensarlo, disparan contra la puerta, en un acto de terror. La familia se esconde debajo de la mesa. Pero en un acto violento los soldados arremeten con toda, la puerta cae y disparan contra cada uno de la familia. Los cuerpos quedan tirados, al ritmo de la noche que comienza, y los soldados simplemente corren.

El aire fuerte y con olor a pólvora se eleva, en remolino de inquietud, como pasando la voz de alerta; el tiempo acelera a las ocho, como el tiempo sembrado al cielo azul oscuro, sin nubes, disipadas al verano. Sobre la cordillera y por donde viene el carro Mazda verde modelo ochenta y cuatro, ya corre un aire

fresco, de mil doscientos metros sobre el nivel del mar. El camino es menos escarpado, pero el polvo se hace tenue y cae sobre el parabrisas. Tomás se siente exhausto, su alma al tope de ideas, de proyectos de arrancar ya y de querer ver su iglesia posesionada de nuevo. No hace muchos años que había llegado al pueblo y lo que había visto había sido un poco de personas llenas de fe, con ganas de salir adelante y de que el pueblo fuera cuna de impulsar un nuevo Papa que fuera del país. Y ahora lo siente más que nunca en la garganta, a explotar, con salvar la iglesia y el de ascender a obispo, a cardenal y hasta Papa.

El ruido de un camión lo saca de órbita. Cristóbal, Enrico y Porfirio se despiertan de repente, asustados y refregándose los ojos. Luego de algunos segundos Cristóbal, que olvida estar en el país, pregunta en italiano.

—*Dove stiamo andando?*

—Dónde vamos, pregunta Cristóbal—dice Enrico.

—Ya casi llegamos, nos faltan unos treinta kilómetros; a eso de las nueve y media estamos llegando—responde Tomás, con una voz carrasposa.

—Me parece que faltando cinco kilómetros llamemos a don Evaristo para que vaya saliendo y recoja el carro—dice Porfirio quitándose la chaqueta.

—Sí, excelente—dice Tomás acelerando y dando la tercera.

—Pensando yo, señores, esta noche cómo vamos a dormir, qué empezaremos mañana, cómo nos vamos a distribuir—el Papa, como su categoría lo indica, piensa ya desde la maraña.

—Eso en la iglesia, Cristóbal, como toda una familia de fe—Tomás sonrío, mirando por el retrovisor—. Esta noche descansamos, no hay duda. Mañana muy temprano, con oraciones en mano, con un rito de benevolencia y con Dios en el bolsillo, saldremos a buscar todos los feligreses para una reunión en la iglesia sobre las diez de la mañana.

—Pero los soldados, las pesquisas, están requisando a todo el mundo—interrumpe Porfirio.

—Sí, es cierto, pero entrarán de a uno, obviamente, por minuto puede ser, con bajo perfil y por la parte de atrás de la iglesia. Desde esa reunión tendremos que armar el movimiento, categorizarlo, distribuir la gente que nos quiera ayudar y poner como en el ajedrez, empezar a mover los peones—Tomás aprieta el puño en un acto de arrogancia.

—Pues, muchachos, nosotros les tenemos una sorpresa—comenta Cristóbal dejando entrever la barriga—. Como sabíamos que esto era una guerra, que había que salvar nuestra iglesia y Dios ya nos autorizó para luchar por ella, nos tomamos el atrevimiento de solicitar una super caja de tres metros de alto por tres de ancho, donde vienen ciento cincuenta armas israelíes de combate. La pregunta es, ¿dónde nos la dejan, en qué

terreno exactamente? Bueno, aclaro que llegan en un avión de carga proveniente de Israel, pero pues por cuestiones de seguridad nos la votan desde por lo menos desde mil metros de altura... Ah, el avión ya está autorizado por espacio aéreo por carga de fuerza aérea.

Por unos segundos hay un silencio sepulcral, donde Tomás mira a Porfirio, haciéndole un gesto de sorpresa, apretando los labios.

—Qué bueno, Cristóbal, esto sí que es una gran sorpresa, nos encanta. Y eso, ¿qué armas son?, ¿cómo hicieron para conseguirlas? Tomás acelera a pesar del terreno pedregoso.

—Nuestros contactos, señores. Lo único que les podemos decir es que vienen galil, eme dieciséis, unos lanzacohetes, micro tavor, tavor, Jericó, AK cuarenta y siete y otras que no recordamos ahora. El avión llega a eso de las once de la mañana; yo envíé el aviso a la gente para que nos lo deje en el terreno que ustedes crean conveniente—Cristóbal se frota el rostro y luego la nariz rojiza.

—Pues sería la parte sur del pueblo, gran señor—dice Porfirio con una voz de arrogancia, ya no sensible.

—Sí, allí está la parte plana, es sólo zona de lotes. La caja la podemos dejar por un pasto alto y empezar a transportar las armas en...—Tomás se frota las manos, frenando a la vista de una tractomula.

—En lonas, en lonas como si fueran empaques de grano. Obviamente que las envolveremos muy bien, redonda, para que se vea como grano—sugiere Cristóbal empezando a cambiar de voz apagada a una de ánimo y fuerza—. Pues, bueno, lo digo porque tengo experiencia en...

Por unos segundos el silencio se acomoda en el carro, como sufriendo las inclemencias de la polvareda de la carretera. Porfirio piensa en otra cosa qué decir, luego mira a Tomás y por último al retrovisor para ver quién es el primero que mueve los labios. Tomás.

—Bueno, está bien, como quiera, Cristóbal. Sabemos lo que hacemos, tenemos las ideas claras, somos capaces de llevar a cabo lo más sublime, lo ideal y la utopía que parezca. Somos grandes, fuertes, con armas y vamos a acabar con el estado de una vez por todas para que la iglesia católica sea la reina de una vez por todas en lo que le resta de vida a este puto mundo. ¡Viva! —Tomás acelera y su cuerpo siente un corrientazo de la cabeza a los pies.

Al unísono gritan el ¡viva! Sólo se escucha el pasar de los otros carros y del ruido del motor. La noche entra al carro también, como envuelta en una capa de positivismo y alegría.

—Aunque, señores, a mí me parece que después de lograr posesionarnos como máximos jefes de un estado, es conveniente volver a nuestras creencias, idiosincrasia, no

olvidarnos de nuestras misiones y evangelizar a este mundo, la biblia, la oración, la misa. No podemos quedar convertidos en unos revolucionarios ante los ojos de Dios... y del mundo—dice Cristóbal espantando una luciérnaga.

—Es justo, lo sé, gran Cristóbal—Porfirio se observa en la oscuridad del espejo la barba de casi dos días.

—Además es seguro que Después que nosotros logremos ganarle al estado e instaurarnos de nuevo, las demás religiones lo van a querer hacer—Enrico se refriega los ojos.

—Bueno, ¿y las vamos a dejar o las combatimos también? —Tomás baja el cambio a segunda.

El silencio llega de nuevo, como del hades. Tomás se lame los labios, menea el cuerpo, se estira sin soltar el volante y encoge los dedos, como relajándose.

—No, por ahora pensar contra el estado, no hay nada más, lo otros a veremos a largo plazo—dice Cristóbal—. Lo bueno de atacar primero con las armas es que damos tiempo para que nos hagan las máquinas de torturas; a más tardar, presionando al manufacturero yo creo que el lunes las tenemos, le pagamos muy bien para que trabaje día y noche.

— ¿Serían cuántas máquinas? —inquire Porfirio.

—Con cinco, las más importantes que son: el potro, Tormento de agua, la garrucha, la cuna de judas y la rueda, serían las más fatales.

—Ese papa Gregorio noveno si fue un genio el haber creado estas torturas y la inquisición. Definitivamente la edad media si supo para qué era el mundo—dice Tomás sin quitar su sonrisa.

Faltando quince kilómetros para el pueblo, todos quedan en silencio de nuevo, cierran los ojos y dormitan a los quinientos metros sobre el nivel del mar. El aire es cálido ahora, sosegado a la impaciencia del cielo sin agua, sólo un vaciado de fuego de verano. La silueta de la cordillera va quedando atrás. El carro sigue traqueteando, polvoriento y cansado. Tomás sigue concentrado en el camino, cambiando luces. Hay una punzada de nuevo en su estómago; se toca, luego se lo frota y pasa el dolor. Mientras vuelve su pensamiento de la iglesia, de toda la fe que ha tenido y de cómo su ascenso a sacerdote le había causado una alegría. Pero ahora se le abre un camino incierto, de lucha y verdad en un mundo acostumbrado a la guerra, al odio, a la lucha de clases y hasta lucha política de la que nunca ha tenido contacto. Se ha quedado pensando en la gestión del papa, su mayor exponente y guía, cómo un religioso tan poderoso había conseguido con islámicos armas de guerra poderosas. No cavila más.

Cuando se asoman las nueve y faltan cinco kilómetros, Tomás coge su teléfono y le marca a don Evaristo. Cristóbal, Enrico y Porfirio despiertan al sentir el tono de llamada y el pare del

vehículo a un lado de la carretera. El hombre contesta, con una voz apenas audible, como ronca.

—Aló, don Evaristo, con el padre Tomás, ya estamos de nuevo en el pueblo, nos faltan cinco kilómetros. Pues es para que nos haga el favor de recoger el carro en el mismo punto de esta mañana. Y pues como ya venimos con el papa y el cardenal de confianza, pues necesitamos ir por las laderas.

— *¿No sabía padre Tomás que el alcalde decretó toque de queda desde las seis de la tarde? Este pueblo está sólo. Yo no podría salir.*

Tomás se queda en silencio por algunos segundos, mirando a los demás.

—Pues, Don Evaristo, cruce por las laderas y usted coge su carro y ya está, puede entrar.

—*Pero cómo, padre, está cerrada también la entrada. Lo mejor es que ustedes dejen el carro ahí en alguna finca, guardado y recomendado con alguien y yo temprano mañana lo traigo.*

—Bueno, don Evaristo, muy bien, gracias de todas maneras, el carro está en perfecto estado, con medio tanque de gasolina. Que esté bien.

Tomás arranca y sobre la carretera se ve un letrero con la información principal del pueblo: *Tierra de paz y progreso*. Y a un lado en aerosol rojo: *por eso di no a la religión*. El último tramo para entrar al pueblo ya está pavimentado, por lo cual

Tomás va a sesenta. Cristóbal y Enrico le preguntan por lo que ha dicho Don Evaristo y Tomás sólo responde, como en su espíritu ya no quedara nada de fe.

—Nada, que el estado nos declaró la guerra y nosotros tenemos que atacar—Tomás aprieta el puño y luego amansa su alma—. No, que decretaron toque de queda y pues don Evaristo no puede venir, que tenemos que dejar el carro en una de las fincas. Eso complica un poco el panorama.

—Bueno, lo dejamos en la primera finca, donde nos subimos. Don Evaristo es un campesino buena gente y afable, muy de fe— Porfirio junta las manos y mira de soslayo.

—Eso está bien—responden todos.

A pesar de que la noche ya entra sobre las nueve y media, una pequeña nubosidad se acerca por la cordillera, amenazando a la luna. Tomás frena sobre la primera ladera que hay, faltan cinco kilómetros para llegar. Todos bajan, sintiendo el vaho caliente de tierra cálida y húmeda. Cristóbal se siente extraño, en una tierra árida, acostumbrado al vaticano y a la tierra italiana; de igual forma Enrico, que mira todo con curiosidad. Van ingresando por la cerca y un señor, con sombrero, camisa por fuera y pantalón de jean se acerca. Tomás, con algo de nervios, le habla.

—Buenas noches, mi señor, no sé si me recuerde, soy el padre Tomás, él es el padre Porfirio y el gran Papa y el cardenal.

Por un momento el hombre se queda estupefacto. Se acerca, y le besa la mano a cada uno, en señal de respeto.

—Pues no entiendo, cómo hacen unos grandes hombres de Dios, que deberían estar en su trono patriarcal de su país.

—Ya lo entenderá, buen hombre. Por ahora, para que nos dé ayuda y el reino de los cielos esté asegurado, necesitamos que nos haga el favor y nos guarde este carro hasta mañana en la mañana que viene don Evaristo—Tomás le pone la mano en su hombro.

—Está bien, padre, no hay problema. Ya le abro la cerca y lo puede dejar atrás, acá a un lado de la casucha.

Tomás lo ingresa, siempre mirando de lado a lado, como un investigador precavido. Dejan todo en orden. Cristóbal saca un par de billetes de su bolso y se los da.

—No es necesario, Papa Dámaso.

—Aunque tenga asegurado el reino de los cielos, le va a hacer falta, hijo, yo sé por qué se lo digo.

Empiezan a caminar por las laderas siguientes, con la luna creciente a sus espaldas y cada uno en la mano un bolso. Las diez se acercan, el cielo estrellado y el aire son tersos. Ese aire terso se eleva y recorre el pueblo solitario, tan sólo viendo a los militares y a los policías que comparten cigarrillos e historias. Por el lado del bar gallineto aún se encuentra el alcalde, convertido ya en un ventrilocuo, sostenido de la mesa y con

Argemiro como el que lo maneja. Las mujeres pasan, se codean, piden licor y en la barra miran desde lo alto los hombres que puede haber. Una de las mujeres se acerca a donde el alcalde, lo abraza; y otra con Argemiro, que tan sólo sonrío.

—Señor alcalde, acá estoy yo para que descansa del estrés que ha tenido esta semana cerrando la iglesia. Qué mejor que una mujer que le complazca todos sus deseos—la mujer se sienta en sus piernas y el alcalde la besa.

—Mi alcalde, deberíamos irnos, mañana es un día agitado, mañana hay mucho que hacer—Argemiro se suelta de la mujer y esta vuelve y lo coge.

—Tranquilo Argemiro, disfrute mientras...pueda...—su voz se queda, el alcohol lo atrapa.

Por un momento, en cuestión de segundos, cuando las diez ya se impone, se incorpora, y tambaleándose, al ruido de la música, empieza a gritar:

— ¡Para el que no sepa...señores, les informo que tengo pensado en ponerles el máximo...

Argemiro se tira sobre él y lo sienta de nuevo; las mujeres se van. Vuelven y se sientan, sirviendo un whisky cada uno.

—Por favor, señor alcalde, no debería estar divulgando nuestros planes.

—Pero Argemiro, qué malo...no...

—No alcalde, acá puede haber gente a favor de la iglesia y les puede contar los planes y nos los frustra.

—Pero qué problema hay, si ya... todo eso es de nosotros, de esos ladrones que no han...

Argemiro lo coge, junto con los guardaespaldas y lo meten a la camioneta. Avanzan por las calles, con militares en cada andén. El alcalde se va refunfuñando. En medio de su inconsciente saluda a los soldados y se empieza a quedar dormido. Cuando llegan a la casa Argemiro lo baja, lo ayuda entrar y los guardaespaldas se van. El alcalde trae la camisa desarrapada y el pantalón mojado. Argemiro entra despacio y lo deja sobre el sofá, con el máximo sigilo. Antes de salir esculca sus bolsillos y le saca el dinero que lleva. Mira de lado a lado y camina muy sobrio.

El aire terso llega sobre Tomás que intenta salir por debajo de la cerca y Porfirio que se le enreda el pantalón en una de las púas, Llegan a la parte trasera del pueblo y a lo lejos ven las luces tenues. Cristóbal y Enrico suspiran, sienten el cansancio del viaje, como un remolino que les ha dado vueltas. Sobre ese sector sólo se ve el terreno baldío de algunos lotes abandonados, por donde da acceso sólo al basurero y a la parte trasera de la iglesia. No hay soldados ni policías. Van ingresando. Tomás saca las llaves y abre la puerta. Se encuentra con un

ambiente de luces prendidas, un ambiente misterioso, siente como si no hubiera estado en su iglesia por una semana.

—Qué bueno que llegó padre—Wendy se acerca con las manos entrelazadas, con ansiedad—. Gran pontífice, le saludo— Imagine que desde la tarde se fue Rosario, Lucrecia y el par de muchachos y no han regresado

— ¿Cómo así, mujer, para dónde se fueron?

—Pues siéntense y les cuento con un tinto. Cómo les fue...hola gran cardenal Enrico, gusto en conocerlo. Siéntense...—Wendy entra a la cocina—. Imaginen que como ustedes saben esta mañana estuvieron los investigadores aquí, revolcaron todo, hicieron y deshicieron...

—Sí Wendy, ya sabemos, al grano por favor—le dice Porfirio.

—Pues que Rosario en medio de su rabia por el cierre y las injusticias se fueron a llevar la virgen maría que tenía en la casa de ella para esconderla donde unos familiares, en otro pueblo y al salir los militares los cogieron y los tienen encerrados en la base militar y no sé nada de ellos.

Tomás ve venir un tren de frente contra su espíritu. Queda estupefacto, mirando a Cristóbal, luego a Porfirio y a Enrico, como esperando que le den una respuesta. Hay un sentimiento de tiempo, de cordura y de locura, como de algo que no sabe qué sentir; hay algo que pasa por su espíritu fuerte y de fe, pero por

otro de odio, como de rencor, una mezcla de agua y aceite. Y mientras siente esa encrucijada, escucha que Wendy dice:

—Me llegó la información además que hace rato unos soldados mataron a una familia por hacer oraciones...

Mientras lo dice, el espíritu de Tomás se recrudece. Porfirio, Cristóbal y Enrico sólo agachan la cabeza. Tomás empieza a sentir de nuevo la punzada fuerte en su estómago, ahora es como si una trituradora le atravesara todo. Empuña la mano, pero no con un crucifijo, sino algo que su alma nunca ha sido capaz de empuñar, un artefacto mortuorio capaz de alivianar el odio y la incapacidad de perdonar.

Sábado

Sobre las cinco de la mañana flota un aire fresco, pasado por una leve llovizna desde las cuatro de la mañana. El padre Tomás, que no ha podido dormir bien por la punzada en el estómago, junto a Porfirio, Cristóbal y Enrico, van uno detrás de otro hacia el púlpito, como cuatro monjes, con capa, pero esta vez la capa es cada uno su atuendo: Tomás vestido de negro, zapatos muy bien lustrados y su clériman; Porfirio de igual forma, sólo que la camisa blanca; Cristóbal con su atuendo formal, solideo blanco y el báculo; Enrico con su atuendo blanco y rojo y el solideo rojo de cardenal. Se paran frente a la cruz de Jesucristo, con su sangre latente, con la mirada acostada y compungido.

Se paran frente a ella, cada uno con el misal. Ponen la mano derecha sobre él y la izquierda al pecho, en un acto contractual, de sello, de pacto. Y es con Dios. Cierran los ojos, apartan el alma de la realidad. El recinto todavía es oscuro. Hay un silencio sepulcral, desbastado, de incertidumbre. Y empiezan, con una vociferación latente, una oración no común, muy a un estilo nuevo.

Dios que estás en el cielo, santificado como muchos siglos es tu nombre. Hacemos este pacto en honor tuyo, para tu defensa, para que estas cuatro paredes sigan vivificando tu gloria eterna, para que tu nombre lo sigan conociendo muchas generaciones. Es por

eso que te pedimos permiso para que nosotros, como protectores de tu iglesia, ejerzamos el máximo castigo a esta humanidad que te quiere ver muerto, hundido y olvidado. Te pedimos permiso para que nosotros cuatro: Tomás, Porfirio, Enrico y este máximo servidor que nombraste como Papa, seamos quien defienda esta jerarquía. Por favor te pedimos perdone cualquier muerte que nos toque ejercer, cualquier acto de violencia, arrogancia, actos impunes, cobardía, extorsión, estrangulación, sufrimiento y todo acto que nos condene de por vida en tu gloria nos los perdone. Sobre todo, estos planes que vamos a llevar a cabo como añadidura: de formar un movimiento social también, va en contra tu moral, pero es para tu defensa, Señor. Pero especialmente te pedimos perdón por olvidar tu nombre por un lapso de tiempo, mientras luchamos por tu iglesia, ya que se requiere para pasar desapercibidos. In nomine Patris, et Filii, et Spiritus Sancti, Amen.

Mientras terminan la oración, el cielo se extiende un poco en su color azul. Todos ponen la mano sobre la patena que tiene cerca Porfirio. Cristóbal saca de su cintura una navaja, extiende un trapo sobre la patena y en ella pone cuatro hostias y aun lado el copón con su respectivo vino. Cristóbal da una punzada sobre el dedo índice de cada uno y la gota de sangre brota sobre la patena; Porfirio arrisca la cara en la semioscuridad. Se estremece cada uno, guardan silencio. Cuando ya para la sangre

un tanto, cada uno coge su hostia, la eleva y la lleva a la boca con un poco de vino.

Cuando terminan el ritual, regresan en la misma fila india, uno detrás de otro. Tomás se quita el clériman, junto con Porfirio y Cristóbal junto con Enrico sus solideos. Las cinco y media se ajustan al cielo que empieza a languidecerse, como el mar al acabar las olas. Se sientan, cada uno deja sus libros encima de la mesa y vuelven a la realidad virtual.

—Yo creo que lo primero que tenemos que hacer es ir por Rosario y los demás, señores, no podemos dejarlos allá para que los maten o les saquen información—Tomás se va zafando su camisa, dejando ver el camibuso y una barriga protuberante.

—Pero cómo, Tomás, cómo cree que nos vamos a acercar por allá para que también nos dejen a nosotros—Porfirio se mantiene con el atuendo, pero se revuelca el cabello bien peinado que ha tenido.

—No, haber, pensemos con cabeza fría, Tomás; organicémonos, primero vamos a formar un movimiento social, pues con fondo religioso, necesitamos armarnos del grupo primero que todo; segundo esperar el armamento del que ya les hablé, me falta es confirmar en el transcurso de la mañana para ver a qué horas de la tarde estaría pasando el avión.

—Sí, de acuerdo, me parece una propuesta concienzuda, no apresurarnos, todo con cabeza fría para que todo nos salga a

pedir de boca—Tomás se quita los zapatos y estira las piernas, estirando los dedos. Luego se refriega los ojos.

—Bueno, se supone que he sido el líder y seré el líder también en esta empresa. Entonces, desde anoche en el viaje yo venía pensando en una jugada que podemos hacer para empezar: para reunir los feligreses, nuestro gremio y poderlo traer acá, necesitamos que uno de nosotros se disfrace de militar y vaya por cada una de las casas para que vayan trayendo a la gente y armarlos acá, acá les entrenamos en ataque con armas...

—Yo sugiero que sea Wendy, ella es una mujer en la que he confiado durante cinco años de ser canónigo y sé que lo hará muy bien.

Todos se quedan pensando por algunos segundos, al ruido de algunos grillos. Tomás mira al suelo y luego a Porfirio.

—Pues..., una mujer pasa desapercibida siempre. Aunque nosotros hemos intentado ser por siglos misóginos, yo creo que es hora de cambiar, de aceptar nuevos estatutos cuando logremos la victoria contra el estado y la sociedad y el conocimiento, por supuesto—Tomás vacila, su voz es ronca.

—Bueno, ¿pero el uniforme, de dónde? —Porfirio se va quitando la camisa también, mientras observa el cielo ya azul.

—Eso es lo de menos, necesitamos prendas normales, muy elegante Wendy, pero le hacemos un carnet con logos del ejército de ustedes, para eso tenemos impresiones, fotografías y

firmas. Lo importante es que cuando vaya por las calles y vaya por las casas, los *polizia civile nazionale e soldati* de ustedes no sospechen, las mujeres pasan desapercibidas. Cuando despierte la ponemos al tanto...

—Diciéndole a los feligreses que necesitan que los acompañen para una requisita en la base militar, dándole un papel de orden en el cual va a ir nuestros nombres y para la iglesia—agrega Tomás con una sonrisa falaz.

—Sí, muy bien, Tomás. Entonces, por ahora ese es el plan. Ya en el transcurso de la mañana escribiré a la guardia para la llegada de esos juguetes. Recuerden, que como dijeron ustedes ayer cuando nos recogieron; de ahora en adelante no somos nadie de la iglesia, simples civiles con sed de defensa, un movimiento social con ganas de defender lo suyo y una nación en post de guerra para defender su soberanía, ¿de acuerdo?

Por supuesto, contestan todos los tres, casi como unos militares, a la carga, firmes. El primero que va a cambiarse es Tomás. En el instante, cuando el tiempo y el reloj son amigos con el cielo sobre las seis, Cristóbal saca su teléfono personal, mirando mensajes, todos sobre *curiosidades religiosas y mantenga su figura con estos secretos*. Enrico revisa también el suyo, más concentrado; Porfirio espera en la puerta del cuarto de Tomás para entrar él; del otro cuarto sale Wendy, con los ojos

pegados al pijama y restregándose los brazos, como en señal de quitarse la pereza. Cristóbal la advierte.

—Hola señorita, menos mal se despierta, necesitamos que usted nos haga un favor para empezar esta lucha.

— ¿Ir a sacar a Rosario, a Lucrecia y a los muchachos?

—No, todavía no, por ahora necesitamos a toda la gente, los de la fe, los que nos creen, los que han estado en esta casa de Dios por años. Y es que debe arreglarse muy bien, elegante, con un vestido un poco decente, no tan serio y con un carnet que le vamos a fabricar. Y es traernos a toda la gente para que empecemos un pie de lucha tenaz para nuestra iglesia, como usted bien sabe debe defender a Dios de que lo maten y eso es luchar a muerte—Cristóbal abre los ojos y aprieta el puño. Luego coge del brazo a la mujer.

—Sí, claro, gran Papa...

— ¡Ah, silencio, por favor, mujer, otra cosa que acordamos es que nadie es miembro de ninguna iglesia, mientras dure la lucha contra el estado somos simples mortales de odio y armas!

—Está bien...

—Cristóbal, simplemente amigos, como Cristóbal, usted no me conoce como Papa—Le aprieta más duro el brazo.

—Sí señor, no hay problema.

—Cristóbal. Ah, Tomás, lo olvidaba. Yo creo que toca ir donde el señor carpintero para que nos haga los viejos artefactos de castigo.

La voz de Tomás se escucha en el cuarto.

—Sí, sí. Yo creo que esa misión es para Wendy, también que lo traiga con los feligreses acá a la iglesia y acá les explicamos todo. Y más rato vamos donde el carpintero del pueblo.

—Perfecto. Por ahora señorita, vaya y dúchese, como decimos en Italia: *fare una doccia*, se pone un vestido algo atractivo y ya le hacemos el carnet.

La mujer sale hacia su cuarto. En ese instante sale Tomás del suyo, ya vestido de una manera sin igual: un jean, una camiseta negra y una gorra, muy estudiante de utopías. Cristóbal, Porfirio y Enrico se quedan mirándolo, detallando la ropa.

—Una buena ropa para pasar desapercibidos; el negro es un color que detalla la muerte, lo oscuro y eso somos, a muerte por nuestra iglesia—comenta Cristóbal, aún con el atuendo de Papa, como acostumbrado—Bueno, espero a que salga Porfirio y entra Enrico y por último yo.

El reloj avanza a las seis y media, con el cielo tierno y el sol tras bambalinas. La mañana es pesada, con un aire que corre suave, además trae una corriente desagradable, putrefacta, como a basura que no han recogido de las calles. La entrada de la iglesia sigue con barricadas, pero además de eso tres militares

con granadas, metralletas y galil; al lado se ven construyendo una trinchera. Unas pocas palomas merodean el campanario, sin encontrar moronas por el parque. El aire putrefacto no sale de la iglesia, ingresa de nuevo por el techo y llega a los corredores.

—Esta iglesia, después de que la defendamos, le podemos hacer algo especial, un Jesús resucitado, santos con placas en oro, algo traído del Vaticano, como en honor a que en esta iglesia se luchó por nuestra religión católica—Cristóbal saca un frasquito de aceite de su maleta y la empieza a untar en su frente. En el instante sale Porfirio, con una camisa negra, un jean, un poco más pulcro que Tomás. Tomás sale de la cocina con una bandeja de tintos y en otro plato unos panes. Cada uno coge uno y el tinto.

—En Italia para los Papas la especialidad es queso pecorino y raviolis, me encanta esta comida—dice engullendo el pan— Bueno, yo creo que, me cambio, ya ahora sigue Enrico y voy yo. Cuando salga lo primero que haremos es escribirle a la guardia italiana para ver a qué horas llega la paloma con la comida.

Todos sonrían. Enrico sale a su cuarto. Porfirio se pasa las manos por el caballo, luego por los zapatos, como preocupado por el aspecto. Cristóbal y Tomás lo notan.

—Tranquilo, Porfirio, entre menos legal y señor se vea, más nos van a ver como temerarios, como un grupo fuerte, como estudiante que promete defender su universidad y la educación,

que se da golpes contra el estado. Haga de cuenta que somos así, sólo que, con un movimiento de lucha, algo más serio y circunscripto para esta sociedad torpe y que dice haberse dado cuenta de todo el daño que ha causado a la iglesia católica.

—Yo digo que si eso fuera así hace rato el hombre y la política la hubieran tumbado por guerra, desde la revolución industrial—dice Tomás dándose palmaditas en el estómago y frunciendo el ceño.

—Eso es verdad. Lo que pasa es que llegamos a un siglo donde las corrientes sociales y políticas deciden el bien del ser humano, pero ellos no ven la calidad del espíritu y el alma, la sociedad, la riqueza, las grandes economías, los presidentes, las naciones todo eso se ha vuelto superficial, positivista, el alma ha quedado relegada al inframundo—Cristóbal pone un rostro de mártir y se le enjugan los ojos.

—Pero bueno, basta de análisis filosóficos, es hora de enfrentar la realidad, de que ese positivismo lo adoptemos para nuestro movimiento, ver todo con sentidos, que lo que veamos con el alma y el espíritu sea el odio y el rencor por un tiempo hacia el estado, para acabar definitivamente contra todos ellos, para aplastarlos como a una cucaracha sucia y hedionda—Tomás da un puñetazo en la mesa y los pocillos se tambalean.

Por un momento se quedan en silencio, viendo la pila de agua en el centro del patio. Un aire recorre los corredores, dando la

vuelta por la mesa y luego volando hacia el cielo. Enrico sale, con un pantalón en dril y un camibuso negro, más estilado que Tomás y Porfirio. Solamente se arrima a la mesa, se pone unas gafas miopes y escribe algo en una hoja. Cristóbal entra ahora al cuarto.

Luego de algunos minutos Wendy llega con un vestido rojo, muy elegante, peinada y unos tacones del mismo color. En la garganta trae una gargantilla. Los tres se quedan mirándola, como alertándole el color rojo sobre su rostro; Tomás la detalla.

—Perfecto, Wendy, yo creo que ahora no es sino el carnet que ya Cristóbal lo hace y le damos todas las indicaciones—dice Porfirio.

La mujer vuelve a su cuarto, contoneándose por los tacones y su trasero de lado a lado. El airecillo entra al cuarto de Cristóbal, quien está desnudo, observando su cuerpo. Coge un frasco de aceite y se aplica por todas partes, como en un rito. Lo deja muy bien guardado. Sus hábitos los deja en la maleta envueltos en una bolsa. De otra saca un pantalón en tela negro y una camisa, a medio planchar. Se mira en el espejo la barba de dos días, como pensando que es perfecta.

Cuando sale, Tomás, Porfirio y Enrico están tomando chocolate, huevos y un pan, muy concentrados en el alimento. Cristóbal se acerca, pero no encuentra para él.

—Bien pueda, Cristóbal, desde hoy somos independientes y cogemos nuestro alimento, sin ayuda de nadie—Tomás se engulle un pedazo de pan, pero con un apretón de rostro, de dolor.

—Perfecto, señores, no hay problema. Dios agoniza. Hagámosle.

Lleva su plato, con lo mínimo. Wendy regresa, ya muy bien maquillada, con olor a femenino. Los cuatro se quedan mirándola, con mucho apetito, pero se concentran luego en el alimento. El reloj ya da las siete, como el cielo da el sol sobre el pueblo. Todos comen en silencio y Wendy lo rompe.

—Espero que Rosario, los muchachos y Lucrecia estén bien, que hayan pasado buena noche—Lucrecia baja su vestido a cada momento.

—Sí, es cierto. Vamos a hacer todo lo posible para sacarlos de la base hoy mismo. La idea es que ya te doy el carnet, señorita para que usted nos traiga a toda la gente que necesitamos. Mientras tanto estaremos acá gestionando la llegada del armamento y el pedido de máquinas antiguas para castigos. Estaremos redactando un documento para este movimiento, las reglas, todo lo que se dará, de cómo vamos a proceder, a atacar, las estrategias; mejor dicho, será un manual a todo dar del movimiento revolucionario de Dios. Vamos, termine señorita.

Al rato, sobre las siete y veinte, Cristóbal vuelve de la oficina con un carnet y se lo cuelga a Wendy. La mujer se para firme, con un bolso que coge de la mesa y sus ojos brillan.

—Bueno Wendy, necesito que se vaya por muchas casas y a cada una le entrega este documento. Usted este documento lo ve por la parte de adelante y ¿qué dice?

—*Familia Rivera, sírvase acompañarnos y comparecer ante psicología militar para un diagnóstico por fe y moral.*

—Ahora gire la hoja.

—*A la iglesia.*

—Y ahí al final va haber una línea de firma. Ellos al firmar se van a dar cuenta y pues la van a acompañar—Cristóbal se pasa las manos por el mentón y la barba de dos días—. Sabemos que hay ejército y policía por todo el pueblo y obviamente la van a abordar a preguntarle que para dónde los llevan y usted les responde que es orden del general y el alcalde hacerles el diagnóstico psicológico de fe y moral pues para irlos moldeando a una cultura y conocimiento positivo y del mundo.

—¿Y si confirman con el jefe de ellos, con el general o el alcalde?

—No creo, los militares son gente que cuando se les manifiesta una orden o una novedad ellos no preguntan, no se preocupe por eso. De igual manera, cuando ya se den cuenta, ya tendremos a la gente para entrenarla.

—Listo, sí señor.

—Entonces vamos, dele, que Dios está en sus manos en este momento y si le salva su casa Él le entrará al cielo.

La mujer sale confiada, por la parte trasera de la iglesia. Su trasero va de lado a lado, como una damajuana. Apenas empieza a llegar a la alcaldía todo el mundo la empieza a mirar, muy detalladamente; ya lleva colgando el carnet sobre su cuello. Los policías y unos militares que están en una esquina le advierten el carnet; apenas le pasan la vista y algo conversan, pero no más. Wendy sigue por la calle aledaña a la plaza, ya empieza a buscar la primera casa. Un aire pega en su cara, muy fresco, como de sándalo y se eleva dando remolinos por todas partes. Va hacia el norte, con destino a las casas quintas. Llega y entra a la casa del alcalde, pegando en su cara.

Se despierta con una ráfaga de sueños en su cabeza, como pesadillas que no ha podido lidiar. Mira el reloj que dan las siete y cuarenta y cinco. Se levanta del mueble, trata de recordar el bar y todo, pero apenas es vago, como un río con zonas secas. Sube al segundo piso, y se mete al baño, apenas rosando la piel de Teresa. Lo mira y desde su cuarto le pregunta.

— ¿Se puede saber Rigoberto dónde estuvo anoche?

Sólo se escucha el agua en la ducha. El alcalde, con un leve dolor de cabeza, se refriega con el jabón, luego sale y en el espejo observa su cuerpo. Se afeita, se aplica colonia, muy fresco y sale

a su cuarto. Mientras tanto su mujer lo observa, esperando una respuesta. Rigoberto se pone un pantalón en lino, una camisa, sin corbata ni saco.

— ¡Pero, Rigoberto, no me va a decir nada, estoy esperando una respuesta!

El alcalde sigue arreglándose, recordando el mensaje que debe revisar urgente en la alcaldía para empezar a tomar acción contra los de la iglesia. Ya el reloj acelera a las ocho y diez. Cuando va bajando el desayuno está listo, pero sólo coge la manzana y sale. Por la ventana sale su mujer, desde el segundo piso le grita, mientras sus guardaespaldas le abren la puerta.

— ¡Rigoberto, por favor, dígame algo! ¡¿Dónde estuvo?!

— ¡En el Infierno!

La camioneta arranca y su corazón siente un vuelco, como algo que pasa, que olvida y su mente recrea la escena de su matrimonio con Teresa, como desde el más allá. Y mientras piensa en esa parte de su vida, viene a su mente el sueño que ha tenido, viendo a Teresa en el altar, vestida de blanco, pero muy reluciente, sonriendo y con la mano le decía adiós. El pito de un carro le saca del recuerdo y su corazón se acelera sin motivo alguno.

La camioneta para en una esquina, donde se encuentran tres soldados. Rigoberto los llama. Los hombres se acercan a toda velocidad.

—Señor alcalde, sin novedad.

—¿Cómo estuvo el toque de queda?

—Sin novedad, señor alcalde, todo en orden—los soldados se paran firmes.

—Bueno, muchachos. Ahí les dejo para que compren algo, como propina.

—Gracias, alcalde, es usted el mejor.

La camioneta arranca de nuevo, llegando por el lado de la plaza en menos de cinco minutos. El alcalde baja, con apenas la alcaldía ocupada por algunos funcionarios. Entra rápido a la oficina y ya se encuentra Argemiro, comiéndose una manzana, sentado en su escritorio y con los pies encima. El alcalde entra rápido, lo quita simulando buscar algo en las gavetas.

—¿Cómo amaneció, mi señor, hoy es un día esplendoroso, la alegría y la felicidad se juntan, el cielo y el arco iris...

—Por favor, Argemiro, no es hora de hacer conjeturas poéticas. Voy a prender rápido el computador para revisar el mensaje de los investigadores.

—Lo olvidaba, aquí le dejó una nota su secretaria Paola, que llame urgente al general de la base y al presidente.

—Ah, no fregués, qué querrá esta gente.

Coge su celular y al primero que le marca es al presidente, el ente más importante. No le contesta en el instante, en la insistencia le responde, con una voz gutural.

—Señor alcalde, lo necesitaba desde anoche, pero ya no lo encontré y su secretaria me dijo que ya no era posible.

—Ah, sí señor, me tomé unos tragos y me pasé, pero ya estoy aquí.

—Pues no, imagine que me llegó la información de que el papa no salió para el Vaticano, ¿usted sabe algo?

—No señor, en lo absoluto. Lo único en lo que estamos trabajando es en el allanamiento de todo lo religioso acá en el pueblo, que por cierto ha dado buenos resultados: hemos incautado más de diez cajas de artículos religiosos—el alcalde mira a Argemiro.

—Ah bueno, qué bien, alcalde. ¿Ya le llegaron los resultados de la investigación?

—Ya me iba a poner a revisar, presidente, pero pues lo llamé urgente.

—Está bien, me comenta cualquier cosa que sepa, de los padres, del Papa y de su secuaz el cardenal.

—Listo sí señor, como un cohete. No se preocupe que todo está bajo control acá, tengo desplegado un anillo de seguridad para cualquier motín o protesta.

—Excelente, mi alcalde, por eso su gestión es la mejor. Mi gobierno espera seguir contando con su apoyo y diligencia y más para esta etapa de cambios que nos viene encima.

—Cuenta con eso.

El alcalde cuelga. De inmediato le marca al general. Por el auricular viaja una voz fuerte y gruesa.

—*Aló, alcalde, con el general Tamayo, ¿cómo amaneció usted?*

—De lo mejor, general, anoche me tomé unos tragos olvidados, pero en eterno positivismo.

—*Ja, ja, ja, eso está bien, alcalde. Lo necesitaba mi alcalde para darle parte de las operaciones en la noche. Fue una noche tranquila, mis soldados estuvieron patrullando, con la policía estuvieron muy atentos. Y pues los individuos que capturamos ayer los dejamos en celda toda la noche.*

— ¿Y quienes dicen ser?

—*Que unos campesinos que querían llevar ese pedazo de yeso para la finca de ellos.*

—Cuentos, no creo. Se me hace que detrás de eso están los padres y su gente ridícula a sus pies.

— *¿Usted me dirá qué hacemos con ellos?*

—No, general, déjelos ahí hasta que yo pueda a echarles un vistazo en la tarde y ahí le digo cualquier decisión.

—*No hay problema. Ah, bueno y la otra novedad es que la tranquilidad si tuvo un tropiezo. Unos de mis soldados mataron a una familia dentro de una casa...*

Por un momento Rigoberto se queda en silencio, mirando a Argemiro que está distraído tomando notas en su cuaderno.

Rigoberto viaja por un momento por su inconsciente y luego regresa, como ya dejando todo en claro en su mente.

—Y eso, general, ¿qué pasó, por qué?

—*Pues según me dijeron que se habían opuesto a callar unas oraciones que hacían en ese momento y ellos procedieron a dispararles.*

—El problema, general es que si los medios de comunicación se enteran no podemos decir eso, derechos humanos nos condenaría—Rigoberto se coge la barbilla.

—*Pues lo mejor que podemos hacer es decirles que fue en lucha por acabarles la religión, que se opusieron...*

—No, general, pensemos un poco: se me ocurre más bien decir que ellos atacaron a los soldados, que se vinieron con pistolas a matarlos y ellos se defendieron, sí señor, esa es.

—*De acuerdo, señor alcalde. Entonces lo espero a eso de las tres, que es la hora de pasar revista por los cuarteles de oficiales.*

—Bueno, que esté bien.

La atmosfera sobre las ocho y media y el sol ladino, dan justo en la ventana de la oficina del alcalde, como una ráfaga, así como su ráfaga de pensamientos y acciones. El alcalde espera que su computador le deje entrar, y mientras abre el correo, Argemiro para de escribir y guarda su cuaderno en el bolsillo. Se arregla el cabello con las manos después de un escupitajo y se mira al vidrio del escritorio.

— ¿Qué fue lo que pasó, alcalde, que a quién mataron?

—No, pues que una familia atacó a unos militares y ellos se defendieron y los mató a todos.

—Ayy, qué mal. De todas maneras, se lo buscaron, no hay nada que hacer. ¿Y está la investigación, el cuerpo de muertos, o algo?

—No, pues el general no me dijo nada, en serio, me tocaría llamarlo más rato y preguntarle qué hicieron con los cuerpos.

—Pues lo más fácil es que los hayan enterrado o los botaron por ahí,

—Pues sí—el alcalde revisa el correo, golpeando el computador—. Pues hasta el momento no ha llegado nada, toca estar revisando en la mañana.

— ¿Y mucho guayabo? —Argemiro se incorpora y observa una tarjeta que hay encima del escritorio

—Pues un poco. ¿Cuánto nos gastamos?

—Como novecientos mil pesos; fueron dos botellas de whisky.

—Serían ochocientos mil.

—Pues nos las cobraron a cuatrocientos, entonces, no sé— Argemiro frunce el ceño y cambia el tema de una vez—. Pero entonces, señor alcalde, debería irme a investigar qué fue lo que asó y le traigo el dato.

—Una buena idea, mano, así se despeja y a la final se echa una caminata para ver que encuentra por ahí sobre los movimientos de la iglesia.

—Correcto, señor alcalde—Argemiro se para firme y pone la mano en la frente. Sale.

Rigoberto se para y mira por la ventana, la gente que pasa, carros estacionados y siempre con el rabillo del ojo el campanario de la iglesia. Ve que unos pájaros pasan del campanario para el árbol que está al lado, luego vuelven. Un cañón en su mente aparece y con él dispara a todo el centro de la iglesia, despedazándola. Es lo que se imagina y quiere, quiera verla demolida, convertida en polvo y esculpir todo un negocio de dinero. Para eso debe esperar al correo, esperar la orden para desalojar de una vez por todas la alcahuetería de más de dos mil años en curso. Se pasea por su oficina, mirando su reloj que dan las ocho y cincuenta.

De todas maneras, es hora de proyectar el ideario para todo. Empieza por establecer el movimiento anticlerical y ponerle una base antirrevolucionaria con disfraz socialista. Escribe en el computador con fuerza: *Grupo para acabar con la religión. Establecer normas de acabar con todo lo religioso. Condenar oraciones, sepulturas, entierros... cárcel para quien propague a Dios, la religión, quien intente convencer a otro de estas ideas obsoletas...*

Frena. Piensa. Recrudece en su inconsciente lo escrito. Toma el teléfono de nuevo y marca.

—*Argemiro señor alcalde*

—Argemiro, por favor necesito que mande a hacer con alguien carteles donde diga lo siguiente. Tome nota: *Prohibido hacer oraciones, honrar a Dios, hablar de él. Cárcel para al que se encuentre convenciendo a otro de su religión y de propagar grupos y cultos religiosos. Multa y hasta cárcel para el que porte objetos religiosos.* Todo eso que lo digan en carteles, en volantes, en medios de comunicación y en una valla a la entrada por cada lado del pueblo, donde de la bienvenida y esta advertencia.

—*Listo, mi alcalde, como diga, como un volador sin palo. Ya me dirijo para donde Leonel que hace estas cuestiones.*

Cuelga. El alcalde continúa en su computador barullando otras ideas, pero ya no viene nada a su cabeza. Se despeja mirando otra vez por la ventana para ver si viene algo a su cabeza, pero nada. Tan solo el aire que expele su oficina sale. Recorre la plaza principal, como en una danza. Sale por las calles donde los transeúntes miran de lado a lado, con cuidado y como los perros observan a los militares y a los policías. Hablan cosas cotidianas, nada del otro mundo. Por las calles que están en la periferia se encuentra Wendy con una tabla y un lapicero; se encuentra en una de las casas. Sale una familia de cuatro, con dos hijos pequeños. Wendy les pasa una hoja.

—Por favor me acompañan para que empecemos a hacer el diagnóstico—la mujer les hace un guiño.

Luego de que voltean la hoja, se alistan, con una sonrisa ladeada en los labios y salen, dejando la casa tan solo cerrada. La mujer, su esposo y sus dos hijos caminan de la mano, al lado de Wendy, se sienten protegidos. En el momento en que van a doblar la calle, se les acerca un policía y un soldado. A Wendy se le espeluca el corazón por algunos segundos, pero después se siente firme, confiada en lo que va a decir.

— ¿Qué va a hacer con esta gente, señorita, para dónde la lleva? —el soldado coge la punta del fusil.

—No... no, soldado, simplemente necesito, llevarlos para la agencia de psicología—Wendy modera la voz y muestra el carnet, con un cordón contramarcado del ejército.

— ¿Es una orden de mi General?

—Por supuesto, soldado, no tiene por qué dudarlo—Wendy se encamina de nuevo.

—Su nombre es...

—Karla, Karla Santamaría.

—Mucho gusto, soldado Mendieta para servirle.

El hombre se quita la gorra y le hace un guiño. Wendy se limita a caminar y a no observarlo. Por la siguiente calle entra a las otras casas, la gente va quedando en fila india y van poniendo

cara de preocupados, de mártires. Se va formando un grupo de gente grande, las miradas no se hacen esperar.

Argemiro fisgonea por ahí, observando al grupo de gente. Saca su cuaderno y empieza a anotar lo que ve, imitando a los investigadores del día anterior. Cruza la calle y al otro lado, donde yace la plaza, con arribo de algunas palomas sobre las nueve y media, la pasa a todo galope, encontrándose con una mujer de no más de cuarenta años, baja, rechoncha y con el cabello tinturado de negro. Lleva en la mano una bolsa con algo.

—Hola, Irene, siga al grupo de gente.

La mujer sólo pasa, como una de las tantas palomas. Argemiro entra sin mirar a ningún lado a la alcaldía semivacía de sábado, pasa el pasillo y entra a la oficina. El alcalde se incorpora de repente y empieza a cerrar su computador de afán, cerrando todo lo que ve.

— ¡Argemiro, por qué no toca por favor! —Rigoberto se organiza el pantalón.

—Sólo venía a decirle mi alcalde que acabé de ver un poco de gente con una muchacha muy atractiva.

— ¿Cómo así, ¿quién es o qué?

—No lo sé, alcalde Espineta, pero de igual manera yo le tengo el dato en el transcurso del día—Argemiro saca su cuaderno y anota.

—Bueno, pero necesito que se vaya ya para donde Leonel y haga los carteles y la valla. Dígale que anote todo a cuenta del municipio.

—A cuenta... del municipio. Bueno señor. Vuelo para allá.

Cuando sale el alcalde tira la puerta. Argemiro sale de nuevo, mirando por todas partes el grupo de gente, pero ya no los ve. Cruza la calle, la plaza de las palomas que pican maíces y el viento que hace una ronda por la copa de los árboles, despeinando cabellos y alzando una que otra hoja seca en el suelo. Luego se eleva hasta el campanario, baja y entra al púlpito.

Tomás y Porfirio están guardando todo en una caja: El ambón, el amito, las bandas de réquiem, todas las vestiduras. Mientras tanto el Papa y el cardenal, en otra caja guardan el copón, el corporal, la patena y otras cosas que el cardenal le va pasando. Tomás silva una canción, pero muy suave y bajo, que solía poner en el seminario. Porfirio lo sigue. Después se quedan en silencio, viendo sus relojes que marcan casi las diez.

— Quién iba a pensar que después de diez años en este pueblo tendríamos que empacar las cosas de la casa de Dios, así como unos desplazados que los han despojado de sus tierras— Porfirio le pasa la casulla a Tomás.

—Ya ve, como pordioseros sin techo, a instancias de armar una revolución la hijueputa...

Los dos ríen, miran al Papa y bajan la voz. A Tomás le queda en el inconsciente la palabra *pordiosero*, no se la puede quitar. Va acomodando todo en la caja. La sella con cinta y la pone a un lado.

—No sé, Porfirio, a mí se me ocurre otra buena idea...—Se incorpora—. Cristóbal y Enrico, yo pensando acá, me acaba de surgir una idea, no sé qué les parece. Disfrazarnos de pordioseros, de locos de la calle y así pasamos desapercibidos.

—Ummmm, no es mala idea, Tomás. Necesitamos ropa vieja y algo de maquillaje...y oler a feo, eso sí.

Cada uno se huele las axilas, luego la boca y por último la cabeza.

—Es más, señores, yo creo que uno de nosotros puede ponerse el traje de una vez e ir a sacar los artefactos de castigo con alguien...

—Donde Leonel, él es el mejor en arquitecturas y arreglos en general; pues trabaja con ornamentación y madera. Muchas cosas—Dice Porfirio.

—*Eccellente*. Pero entonces necesitamos que estén para mañana, para el lunes a más tardar, que es un caso de urgencia.

—Sería yo, Cristóbal—dice Tomás, estirándose el buso.

—Listo, Tomás, entonces vaya con cuidado. Si hay alguien por ahí merodeando usted se hace que pide una moneda y espera a que salgan.

—Tranquilo, sé cómo proceder.

Dejan a un lado por un momento, todo lo de la iglesia con las cajas. Del cuarto Tomás extrae un pantalón negro, una camisa amarillenta y unos zapatos sucios y algo deteriorados. A los pocos minutos se pone todo. De alguna parte de su cuarto saca un bastón y se enmaraña el cabello. Cristóbal le pone suciedad de las matas y del suelo en la cara. Se mira al espejo y se ve convertido en un pordiosero; hasta de alma.

—Bueno, Tomás, entonces los esperamos, porque si puede encontrar a Wendy pues usted se une a ellos en son de locura, sólo simulando que no caigan las tentaciones de observación. Y pues la acompaña hasta acá con toda la gente.

—Listo, muchachos, entonces salgo y desde lo más recóndito de mi ser: que Dios me bendiga.

Cuando sale la mañana intensa y soleada es apenas un comienzo del sol tostado de verano, sin un ápice de empezar temporada de lluvias. Tomás camina despacio, con la cabeza gacha, con eso menos se detienen en su rostro y más se fijan en su ropa sucia. Dobla la calle, y de soslayo vigila que esté por ahí Wendy con el grupo de gente, pero no ve a nadie, tan sólo policías y militares que merodean la plaza y cualquier calle, en busca de gente para expropiarle cualquier elemento religioso.

Cuando Tomás va pasando por la calle que va de la plaza a los barrios más separados, algunos militares lo observan; pero

camina despacio, viendo cómo se sonríen y murmuran algo. Tomás se acerca a ellos, con la vena de la sien marcada a causa de una rabia en su alma que deja entrever con facilidad, como ya sacándose cualquier pinta religiosa.

—Muchachos, por favor ustedes me regalan algo de comer o alguna moneda—Tomás continúa con la cara agachada.

—No mijo, lo que debe hacer es marcharse de aquí, antes de que le informemos al general de su estado y que lo lleven a un asilo—el soldado coge el cañón del fusil.

—Sólo estoy pidiendo algo de comer...

Los militares se tiran encima de Tomás para esculcarle los bolsillos. Le hacen quitar los zapatos y por último le hacen bajar el pantalón.

—Por casualidad no llevará algo escondido religioso, como una mula de esconder artículos...

Tomás sale corriendo. Los soldados le dicen alto, pero no atiende, doblando en la siguiente esquina y metiéndose detrás de un sardinel. Los militares pasan derecho. Se decide a devolverse a la iglesia, pero lo mejor es que vaya directo a la ornamentación para el pedido. Por un momento piensa en el arrepentimiento de haberse escapado de los soldados, con eso lo hubieran dejado en paz. Ahora a actuar como dos personajes huyendo.

Pero se resguarda muy bien por los sardineles y trata de pasar las calles con el rostro siempre abajo. Cuando va llegando a la esquina que da a la ornamentación, alcanza a ver el grupo de gente con Wendy que caminan a lo lejos, por el lado de los barrios de clase media. Pero baja por la calle, advirtiendo unos niños que juegan y le hacen risas y juegos. Los espanta con el bastón; sin embargo, en su alma se recrudece la realidad moral de la bienaventuranza de los niños.

El taller abarca apenas una bodega, donde se puede ver una máquina cortadora de madera, tablonés por todas partes. Hacia dentro se puede ver elementos de metal, un soldador y una máquina de cortar metales. Todo es muy adecuado. Tomás entra, parándose en el resquicio de la puerta. Cuando se decide a entrar por su lado pasa otro hombre, con gabán y un cuaderno en su mano.

Argemiro se queda mirando al pordiosero. Tomás se frena, y hace que sale de nuevo, pero cuando Argemiro ya ha ingresado, entra con la excusa de pedir algo de comer y que le regalen aserrín. Mientras Argemiro se acerca al hombre de la carpintería, le da la mano y observa a Tomás, con una mirada fija, como si en su subconsciente supiera algo del hombre.

—Leonel, el alcalde le manada a decir, usted que sabe todos los trabajos en manualidades y arte, que por favor le haga varios

carteles, afiches, y una gran valla para la entrada del pueblo con lo siguiente.

Tomás presta atención. Leonel, el hombre con pegante en las manos y un delantal lleno de aserrín, le dice.

—Hágale, hombre, recoja rápido y puede irse. Ya miro si tengo sopa allí en la cocina.

—Entonces, escriba: *Prohibido hacer oraciones, honrar a Dios, hablar de él. Cárcel para al que se encuentre convenciendo a otro de su religión y de propagar grupos y cultos religiosos. Multa y hasta cárcel para el que porte objetos religiosos.* Eso, sería eso. El pago ya sabe, como siempre con el municipio—Argemiro se mete el cuaderno en el bolsillo del gabán. Luego se queda mirando la cruz colgada en la pared.

Tomás termina de echar el aserrín en una bolsa y se tropieza, cayendo. Leonel lo trata de levantar, dándole el bastón.

—Ya le paso la sopa.

Argemiro va saliendo, pero se queda mirando a Tomás, con una suspicacia nada normal. Tomás sale detrás de él, pero por el rabillo de ojo observa que doble la esquina para entrar a hablar con Leonel. Cuando trae la sopa, levanta la cara y deja el bastón a un lado.

—Leonel, soy yo, el padre Tomás—se quita un poco la maraña del cabello.

—Padre Tomás, yo pensé que usted se había ido ya del pueblo.

—No, pero baje la voz. Me tocó disfrazarme de pordiosero para poder venir donde usted—Tomás le recibe la sopa y la deja a un lado—. Le voy a confesar algo, Leonel y me promete que usted es una tumba.

—Claro, padre, yo sé que viene de las manos de Dios—.

—Ya, está bien. Nosotros estamos resguardados con el Papa y su cardenal de confianza, Enrico; llegamos con ellos anoche de la capital. La idea es enfrentar este gobierno fascista, falsidemócrata, no podemos dejar que nos arrebaten así la iglesia, esa que nos ha llenado las almas de Dios y moral piadosa—a Tomás le trata de lagrimear los ojos—. Es por eso que necesitamos que nos haga unos artefactos, de esos que había en la época de la inquisición para castigar y asesinar todos estos impíos.

Leonel se pone la mano en el mentón. Es un hombre de físico musulmán, de orejas grandes y un rostro aguileño. Camina de lado a lado, cogiendo la madera y los trozos de metal que hay por ahí. Tomás deja la sopa a un lado y se acerca a Leonel, con rostro de inhumano.

— ¿Y para cuándo los necesitan?

—Para mañana mismo, es urgente. Usted sabe que podemos perder miles de años de historia, así como así. Yo tengo la

sensación de que Dios nos encomendó la lucha y usted ha sido el otro elegido.

—Pero padre, muy poco tiempo. Además, si usted ve y se pudo dar cuenta, ya el alcalde mandó hacer letreros de cárcel para el que esté propiciando la religión.

—No se preocupe por eso. Empezando lo vamos a proteger y el Papa le va a dar una buena cantidad de dinero—Tomás vuelve y se pone la peluca maltrecha.

—¿Y el tiempo? Usted escuchó que también me toca hacer los carteles, pasacalles del alcalde y la valla.

—Claro, hombre, hágalos, Pero dele prioridad a lo de nosotros, menos tiempo. Lo de nosotros son cinco máquinas. ¿Tiene en dónde anotar?

Leonel va en busca de una hoja y un lápiz. Al momento vuelve, ya con la sonrisa de lo laborioso y manual, sino con un rostro de preocupación.

—Entonces son sólo cinco, las más torturantes de la historia: El potro: Es un tablón, donde puede poner una polea en la cabecera, y suelto un disco de más de cien libras y en la mitad un rodillo con puntas bien agudas, no tan largos. El tormento de agua simplemente es una base cualquiera, como un molino con un rodillo y ya; el resto del trabajo lo hacemos nosotros poniendo a la víctima sobre esa base y torturarla con baldes llenos de agua. La garrucha es la más fácil: consta de una polea,

una cuerda y un peso extremo, ya, eso es todo. La cuarta es la cuna de judas, algo similar a la anterior, con polea y una cuerda... ¿Está anotando todo, Leonel?

—Sí señor.

—Y una pirámide bien puntiaguda, puede ser en metal, sí en metal. Y la quinta y última es la rueda, un poco más engorrosa, quizás puede empezar por esta. Y ya está. Le seleccionamos las más fáciles de hacer y rápidas, Leonel, y las más astutas y crueles. Yo sé que con estos métodos de castigo nos temerán y nos devolverán el poder que teníamos.

— ¿Todo en hierro, en metal?

—Por supuesto. Entonces mañana a primera hora, a eso de las ocho yo lo vengo a recoger para que traslademos las máquinas en un carro o ya miraremos en algo oculto. De todas maneras, si no acierta con las especificaciones que le di, puede buscar los dibujos en cualquier parte: por la red, en libros, como le quede mejor, Leonel. Usted dese por bien servido, usted está trabajando para Dios, que si Él lo llama será por algo, usted no se preocupe.

—Bueno señor. Pero entonces necesito un adelanto de...— mientras lo dice, Tomás saca dentro de su pantalón varios billetes y los pone en el bolsillo de Leonel. Simplemente le da una palmadita en el hombro, coge su bastón y sale de nuevo.

Cuando sale la mañana va en aumento de sol, como una maraña brillante y gigante. Tomás camina despacio para observar todo, pero siempre con la alerta de los militares para que no lo vean. Después de unos minutos, mientras las calles están atestadas de gente con mercado, empieza a mirar a ver si encuentra al grupo de gente con Wendy, pero no ve a nadie. Pasa por las laterales y tampoco; cruza a los barrios bajos y nada.

Ya al final, cuando se encamina de nuevo a la iglesia, alcanza a ver la muchedumbre que descansa en un parque aledaño a la entrada trasera de la iglesia. Camina más rápido hacia allá. Cuando va llegando ve a Wendy sentada con los demás, como esperando instrucciones por teléfono. Wendy lo observa, y con un dedo le hace el ademán de bien; ella ya sabe que es Tomás.

Cuando el reloj se va acercando a las once, con la nubosidad disuelta en el cielo, el sol y el calor, el grupo de más de setenta personas se van acercando a la parte trasera de la iglesia, custodiados por Wendy y Tomás, con mucho sigilo. La puerta está abierta y van entrando cada uno, acomodándose como en la misa clandestina del jueves, pero esta vez en el patio central de los corredores, por donde se encuentra la fuente. Cristóbal y Enrico ya tienen una olla llena de comida y en otra un balde de jugo.

Los feligreses murmuran, hablando uno al otro; los niños corren por el pasillo, juegan y gritan. Cristóbal se acerca a Tomás.

—Bueno, entonces, ¿cómo le fue con Leonel?

—Muy bien. Pero imagine que en el momento de llegar estaba uno de los perros guardianes del impío del alcalde. Estaba mandando a hacer afiches para encarcelar a todo el que esté convenciendo a otro de religión o porte cosas religiosas. Imagine.

—Ja, esto lo que se va a poner es bueno, Tomás—Cristóbal entrelaza las manos y las raspa, en ademán de alegría y aceptación. ¿Que para mañana, a primera hora?

—Sí. Pues le dije que eran artefactos fáciles de hacer, nada del otro mundo. Que Dios, si lo llamaba, era porque lo necesitaba. Que además había sido elegido para salvar su casa.

—Excelente. Ahora lo que toca ir viendo es cómo las vamos a transportar. Por ahora yo creo que empezar la reunión para dar detalles de este movimiento y muy sobre las doce, exactamente en cincuenta y nueve minutos, pasamos el almuerzo.

Cristóbal los llama y se van aglomerando alrededor de la fuente y por el patio, hasta en los corredores. Porfirio instala otras sillas con Enrico; Tomás permanece junto a Cristóbal, siempre como su imagen y su guía. Cuando sólo se escucha el aire pasar y el movimiento de las hojas, Cristóbal limpia su voz,

y como en los tiempos cuando su personaje en el mundo era potente y desde la basílica de San Pedro, entona:

—Señores: los hemos reunidos hoy acá sólo con un propósito: el de salvar la casa de Dios. Como ustedes bien saben, el gobierno acabó con cualquier culto e idiosincrasia religiosa, supongo que es una medida en avance a los nuevos modelos políticos de fascismo que piensan implementar en este país, pero con la diferencia de que la religión y los espirituales son los perseguidos y la raza menor, pues recuerden que en Italia la raza menor era los judíos y gitanos; Podemos hablar de neofascismos, si quieren. Bueno, la idea no es analizar el porqué de esta decisión, la idea es formar, nosotros, como entes de Dios, como una raza seguidora de Él, un movimiento donde seamos capaces de defender nuestra iglesia, donde cada uno de nosotros empuñe un pedazo de alma guerrera y ataquemos a los de ahí arriba, a esos que tratan de pisotearnos como cucarachas insignificantes; esos que se creen con derechos—Cristóbal va subiendo la voz—de venarnos a decir qué debemos hacer, qué debemos pagar, qué debemos comer, qué debemos ponernos y qué pensar y cómo pensar y lo peor de todo... en qué creer y eliminar a Dios.

Mientras la voz se agudiza, los demás agachan la cabeza y, algunos, sentimentalmente, hacen una mirada contrista, elevada a Dios que también los mira así. Tomás se mantiene

firme, ahora con la cabeza en orgullo, empinada, como si ya tuviera un arma en la mano y la fuera a disparar. Porfirio y Enrico se arriman a sus dos homólogos.

—Por eso hermanos la invitación es a formar una revolución con toda, a salir a esas calles y a demostrar de qué estamos hechos, de qué estamos construyendo nuestra alma de fe y espíritu como refugio de Dios. Este movimiento va a ser social, de guerra, no vamos a entrar a seguir una fe, no, en ningún momento, procedamos con armas como un grupo socialista y de izquierda, como subversivos, así; como los caballeros templarios de la edad media que lucharon en las cruzadas. No importa que esto se convierta en un río de sangre, no, denles, como a una rata de cocina, fuerte, sin piedad. Dios los ha escogido a cada uno de ustedes para que exterminen a esos políticos y de cuello blanco por querer cerrar su casa, que tanto dolor le ha costado durante siglos. Démonos duro contra el mundo, si es necesario, duro contra los políticos, duro contra los gobiernos que nos quieren acabar y vernos hundidos y enterrados como perros...

— ¡Sí, viva Cristóbal!

— ¡Qué viva!

— ¡Viva Dios y su iglesia!

— ¡Qué viva!

Todos gritan al unísono, cuando el reloj y el tiempo se acercan a las once y media. Los cuatro se miran y sonrían, mirando a la muchedumbre que murmura y los niños gritan, sin saber qué pasa. Algunos les dan indicaciones a otros de cómo coger un arma y disparar, nada del otro mundo. Cristóbal carraspea la voz y llama al silencio.

—Entonces, mi gente, silencio un momento. Yo sé que debemos hacer matarnos por nuestra iglesia, sí, lo sabemos. Pero ustedes fuertes que Dios les tiene reservados una gran escritura en la historia de la iglesia católica y del mundo, convertidos en santos de la iglesia, como los setenta que lucharon por la iglesia y serán nombrados en la biblia como grandes héroes. Y en cielo, claro está.

Todos aplauden. Tomás alza las manos para que hagan silencio, pero una ráfaga de gritos y conglomeraciones se escuchan. Paro luego de algunos segundos.

—Sabemos que mañana domingo veinticinco de marzo celebrábamos día de ramos, primer día del comienzo de la semana santa. Por eso mañana la lucha será especial, será a dar comienzos a una guerra contra el estado sin igual. Ustedes no se preocupen que solos no estamos, a medida que esto sea público más gente se va ir uniendo a nuestro movimiento. Entonces, mi gente, mucha atención. En las horas de la tarde esperamos que llegue un bloque de armas que nosotros mismos vamos a ir

trayendo en costales, obviamente resguardadas con espumas para evitar que nos las confisquen y muy escondidas. Cada uno de ustedes se les va a dar dotación de un fusil, pues para quienes no tengan experiencia en la guerra será lo más fácil. Para aquellos que hayan estado en servicio militar o tengan idea se les va a dar armas más sofisticadas, donde simplemente les damos una asesoría y ya—En el momento llega Wendy con un vaso de agua para Cristóbal. Toma un poco.

—¿Y nosotros qué tenemos qué hacer, gran papa Dámaso?, ¿cómo va a hacer la estrategia de ataque? —pregunta un hombre.

—Bueno, recuerden, primero nos olvidamos de los cargos eclesiásticos, no existen durante esta lucha. Bueno, es fácil y sencillo comenzar con esto. Estas cuatro paredes serán nuestra trinchera, desde aquí vamos a atacar. Ya se darán cuenta que hoy en las horas de la tarde, al comenzar la noche nos vendrán a buscar militares y policías armados hasta el cogote, como decimos en italiano *armato fino al collo*. Es lo más seguro, porque se van a dar cuenta en el transcurso de la tarde de la traída de la gente para acá, que todo era un engaño y nos van a venir a atacar. Eso se lo aseguro. Bueno, pero de todas maneras sí tenemos una estrategia de ataque y es que en ese momento saldrá uno a inmolarse y el resto salimos por la parte trasera para empezar a distribuirnos de a tres; escuchen bien, de a tres.

Ese individuo que salga a inmolarse puede contar con la suerte de ser capturado por los militares o en el peor de los casos asesinado y puesto al servicio de los ángeles de Dios; va a ser un distractor para nosotros salir y distribuirnos de a tres, como ya les dije.

— ¿Esos tres qué hacemos? —pregunta una mujer con sobriedad.

—Ya voy para allá, hija. Nos distribuimos y empezamos a atacar a militares, que estén solos, en su mejor versión: uno lo sostiene, el otro lo tortura y el otro le da su tiro de gracia, como algo elegante. Pero antes que nada hay un grupo de diez, que nos vamos a formar, y somos nosotros cuatro y otros seis valientes que se unan a nosotros para ir a la base militar y sacar a otros compañeros que están retenidos por los militares allá— Cristóbal toma agua y carraspea.

Todos levantan la mano para despejar dudas. Sin embargo, Cristóbal habla por un momento con Tomás, como llegando a un consenso.

—Está bien, sabemos que ustedes tienen muchas preguntas, pero las iremos despejando en el avance del proyecto. Lo importante es ahora aclararles la estrategia de ataque y el fin de nuestro movimiento. Los militares y gente que vayamos asesinando, todo aquel que esté en contra de nosotros, obviamente, les vamos a poner un letrero en su regazo que diga:

M.R.D. movimiento revolucionario de Dios. ¡Dios vive! Pues les vamos a sacar miles de copias para el propósito—Cristóbal mira su reloj y luego el cielo—. Bueno, gente, ya casi son las doce así que vamos a almorzar. Les vamos a ir pasando con sus respectivos nombres. Por detrás, escuchen otro momento, van a ir escribiendo si tienen experiencia militar o no la tienen, o si saben manejar un arma, ya con eso sabemos en la tarde a quién le corresponde cada clase de arma.

Wendy empieza a pasar en una bandeja el envuelto en hoja de plátano y un vaso de jugo y al lado una hoja para la nota. El medio cielo ya está en lo alto, con el sol fulgurante y a potencia de helio sobre el aire, con unos treinta cinco grados. El aire de helio sale expedido fuera de la trinchera, elevándose y recorriendo la calle que va directo a la plaza principal y en donde se encuentra el fortín de la alcaldía, con su monarca el alcalde.

Los funcionarios de sábado ya salen, dejando todo apagado y los documentos ordenados. Aún persiste el alcalde que sigue tomando notas de todo lo que debe crear para su movimiento, con Argemiro contándole las peripecias de su vida.

—Ja, ja, ja, imagine alcalde que una vez, cuando hacía mis pinitos en la vieja escuela de la política, un viejo me dijo que yo sería el presidente de este país, ¿se imagina usted? —Argemiro ríe y mira al alcalde que sigue concentrado en el computador y

cavilando—. Pues la verdad es un sueño, no a corto plazo, mi alcalde, pero pudiera ser, Por qué no, sería como aquel guerrero de poder, de ensueño, con facultades extremas, como aquel que describe Maquiavelo, ese príncipe...

— ¡Bueno, eureka! Tengo todo organizado para el movimiento social anticlerical. Todas las reglas y estatutos aquí consignadas en este aparato, pensando en lo más conveniente para el pueblo y el gran país—el alcalde se incorpora y mira por la ventana, donde ve mecerse los árboles de la plaza—. Yo creo que sería bueno convocar reunión en mi casa esta tarde con toda la bancada para que sepan cómo vamos a actuar.

—Y qué le quedó, alcalde, ¿esos principios de los que habla ya están fortalecidos como una roca, como un alma poderosa?

—Pues... Mire: Velar por la estructura política, por la integridad personal como nuevos ciudadanos de bien, alentar para un nuevo desarrollo económico, político, social y sobre todo cultural; que los seres que queden libres de alma y espíritu, ya sin una fe, sean integrados en una creencia artística-mística-científica-literaria, y, bueno, la más importante, empezar a construir ese gran edificio de placeres que nos llenará de dinero.

— ¿Y las instituciones, los colegios, las bibliotecas, los centros culturales...?

—Ya habrá tiempo para eso, Argemiro. Por ahora lo importante es consolidar la nueva sociedad, alejarla de toda

religión, de creencias, de un Dios falso y sobre todo de convertirles el espíritu en fe racional.

—Bueno, muy bien, mi alcalde, pero yo creo que por ahora vamos a almorzar, ya son las doce y el estómago también toca convertirlo en razón de nutrición—Argemiro coge su gabán y empieza a salir.

En el momento en que abren la puerta el teléfono del alcalde suena. Se devuelven, dejando todo en el escritorio de nuevo. Una voz expectante y de misterio se escucha a través del dispositivo. Rigoberto se sienta.

—Por fortuna me contesta, alcalde. Es que me acaba de llegar una información, no sé si usted tenga conocimiento.

—Dígame, señor presidente, para qué soy bueno

—No sé si usted sepa de que ese personaje pintoresco de la iglesia que se hacía llamar el Papa, está en su pueblo.

Por un momento el alcalde no responde, como si una luz que atravesara el universo se detuviera de repente a la acción absorbente de un agujero negro. Rigoberto mira a Argemiro, luego vuelve los ojos traviesos a la onda de la llamada.

—No, señor presidente, hasta el momento por parte de mi bancada y de los militares no, nada, como le dije ya esta mañana, no sabemos. Pues seguimos en la investigación y no, todo muy tranquilo. ¿Pero quién le dijo eso de que se había venido para el pueblo?

—No, me llegó de fuentes foráneas. De todas maneras, le recomiendo y me averigüe para dónde se fue el personaje. Yo voy a averiguar en las demás partes de este país.

—Claro, sí señor. Yo sospecho, no sé usted, que alguien lo pudo secuestrar...los religiosos y lo tienen escondido como carnada.

—O planeando algo, en complot. Bueno, no especulemos, le recomiendo y me llama.

—Bueno, presidente, un buen fin de semana.

Cuando salen el pueblo es desolado, con apenas los árboles meciéndose al viento. Todos los sábados la costumbre siempre ha sido el jolgorio en la plaza principal, mostrar la cultura, los talentos, lamer un helado y verse los novios. Pero cuando el alcalde y Argemiro salen a su camioneta no ven más que el espectáculo de las hojas, el viento que juega y los novios de nubes que se disipan; además el jugueteo de los soldados y los policías brillando las armas y fumando, recorriendo las calles desoladas. El aire huele a misterio, como si algo supiera todo el mundo y el alcalde no se ha enterado. Argemiro sube a la camioneta y Rigoberto olisquea por algunos segundos, pensando detenidamente en la escena que percibe.

La camioneta sigue por los barrios y las calles que dan contiguos a los restaurantes. Las calles están aún más llenas de militares, eso lo alcanza a percibir el alcalde. Bajan a un

restaurante donde apenas se hayan dos personas comiendo carne y unas papas con arroz. El alcalde saca de su maleta una hoja de papel y se la pasa a Argemiro que anota en su cuaderno. Bajan y con todo el glamour del mundo le pasa la hoja; en el oído de Argemiro el alcalde se acerca.

—Necesito que en esa hoja me anote gente que no sea militar, que vea por ahí. Almuerza algo y se va a recorrer la calle— Rigoberto sonrío a los dos que están almorzando, con un ademán de saludo.

—Contarlos y describirlos—Argemiro se sienta y luego el alcalde. En el instante llega el mesero con sendos menús, muy al estilo italiano y con un poco de gracia en la sonrisa. Por la ventanilla se ve una mujer que pasa platos y los pone en pila para utilizar de nuevo.

—Usted sabe, hombre, si ha habido más gente por acá, que haya venido a almorzar—el alcalde se olvida por un momento de Argemiro, que queda con la hoja en la mano. Se arremanga la camisa. En el momento llega otro mesero con un ventilador para la mesa.

—Más bien poca, señor alcalde, han entrado seis personas, lo que lleva desde las doce, incluyendo los dos que están ahí. Nunca se ha visto tan poca gente, es como si la gente se estuviera yendo.

—No lo creo, resguardados a la imagen de los militares, en sus casas guardados como cucarachas esperando la noche. Bueno, de todas maneras, tráiganos el corriente del día, ya está, no tenemos mucha hambre y necesitamos trabajar... Entonces, Argemiro... me decía que contar y describir... sí, sí, eso. Bien todo, muy claro y me llama en cualquier sospecha o algo que no vea normal, algún personaje que huela mal, religioso, sobre todo. Espere se come el almuerzo y va a su trabajo.

— ¿Y qué va a hacer usted por la tarde, alcalde?

—No, pues...

En el momento suena su teléfono de nuevo. El alcalde se apresura, mientras piensa: “Debe ser el presidente de nuevo, tal vez ya sabe el paradero de este señor”. Mientras cavila, el teléfono suena y en la pantalla se ve llamada del general.

—Aló, general, y eso, ¿qué pasó?

—*No señor alcalde, lo que pasa es que quería saber de algún movimiento que haya habido por esos lados, por las calles, por la alcaldía, de la gente.*

—*Pues Argemiro ha estado al tanto, pero no, nada, él no me ha dicho nada*—el alcalde mira por un momento a Argemiro que ya da la primera cucharada al almuerzo—. ¿Usted sabe de algún movimiento raro en la mañana?

—Pues no señor—Argemiro piensa por algunos segundos—.
Pues lo que le dije de la gente que iba con una mujer, como
llevándolos a algo.

—Ah sí, general, una gente con una mujer, detrás de ella.

— *¿cómo así?, ¿cómo era la mujer?*

— *¿Que cómo era la mujer, Argemiro?*

—Pues... atractiva, de cabello largo, muy bien vestida.

—De cabello largo, muy atractiva...

—*Pues está raro, la verdad. Se lo pregunto porque hace rato
pasé por la garita que instalamos por esos lados y me dijeron los
soldados que habían visto una mujer con gente, detrás de ella. De
pronto pensé que era alguien que usted había puesto para vigilar
o inteligencia... o contrainteligencia.*

—Pues la verdad, no, general. Eso es raro...

—*Pues en la tarde que venga, a eso de las tres, escudriñamos
mejor el asunto*

— *¿Y la gente que atraparon anoche, cómo va?* —el alcalde
empieza a almorzar.

—*Bien, resguardados acá en el cuarto militar de cárcel.*

— *¿Y les ha podido sacar algo de información?, ¿qué le dicen?*

—*No, que son campesinos que querían sacar esa virgen para
moldearla, ponerle yeso por deterioro, pero no más.*

— *¿Y sí saben algo de los sacerdotuchos esos?*

—*Nada, que no tienen ni idea. Bueno, señor alcalde, entonces lo espero a las tres en punto.*

—Sí, yo descanso un rato en mi casa y salgo para allá. Eso sí, mi general, téngame un dispositivo de seguridad bien duro, que me haga sentir que soy la máxima autoridad de este pueblo.

—*Por supuesto, no hay problema, señor alcalde, a su merced hoy y siempre.*

La voz se diluye a través del teléfono. Argemiro casi termina y el alcalde empieza a almorzar. El sol y el viento se intensifican sobre casi la una de la tarde. Argemiro raspa el plato con la cuchara, se limpia los labios con la manga de la camisa y se incorpora sin pensarlo. Mira al alcalde, guarda su cuaderno con la hoja adentro y se encamina, apenas haciéndole el ademán al alcalde de hasta pronto; como si no fuera a verlo más, Rigoberto lo ve alejarse en la esquina de la calle, como un ser hacia el cielo.

Cuando termina apenas les hace las señas a los meseros del hasta luego y que anote la cuenta al tesorero. Se sube a la camioneta y arranca a no más de treinta kilómetros por hora. Las calles contiguas siguen militarizadas, como en una guerra civil, ahuyentando la muchedumbre revoltosa. El alcalde piensa en esas guerras que ha habido durante la historia y por un momento le recorre frío por los huesos, como a satisfacción de los hechos. Se siente Mussolini, se siente Hitler y trata de alzar la mano para el saludo militar del nacional socialismo. Y viaja y

vuelve, a su realidad, sabe que está en otras condiciones políticas y no debe precipitarse. Pero algún día, como presidente impondrá lo que quiera y lo sabe.

La camioneta cruza las siguientes calles, por las casas quintas. Se estaciona frente a su casa, apenas acompañada por una pequeña palmera que flamea radiante. Ingresa, siendo ya la una de la tarde. Apenas lo recibe su sirvienta Cristina. Por un momento lo mira y el alcalde, mirándose el cabello en el espejo de la sala, la mira también.

—Don Rigoberto le tengo una noticia—la mujer entrelaza las manos y agacha la cabeza.

—¿Qué pasó, Cristina?

—La señora Teresa se fue de la casa. Esta mañana, después de que usted se fue, empacó todas sus cosas y se marchó, así sin más ni más. Yo intenté detenerla, pero pues...

—Dale, Cristina, gracias por la información. Yo creo que era mejor así.

El alcalde sube al segundo piso sin cambiar su rostro, apenas pasándose la lengua para limpiar sus dientes de la comida. Cuando entra al cuarto efectivamente hay cosas desordenadas, maquillaje y ropa de él botada por la cama. Rigoberto recoge todo y lo deja a un lado. Empieza desvestirse para entrar al baño. El espejo que hay dentro de él es amplio y Rigoberto, desnudo, se mira, apenas notando la barriga que crece y las entradas de

su cabello que empieza a perder. Se toca los músculos, se los aprieta y aún siente que no ha perdido su juventud lozana, siente que apenas está en la madurez de la fuerza física, pero sobre todo de las grandes ideas que no fallan. No necesita de la compañía de una mujer, para eso era el alcalde y podía conseguir la que quisiera. Se toca su miembro, viéndolo viril y fuerte.

Una fuerte ducha se da, se seca y ante el espejo se aplica miles de productos para arrugas. Mientras va al cuarto empieza a pensar y a desarrollar más ideas para el movimiento político. Y mientras se alista, piensa: *Avanzar en economía como una potencia central del país, llenado a satisfacción la gente y su bienestar. La cultura será eje central de las políticas. La religión se acabará definitivamente, dejando la sapiencia y la idiosincrasia a la economía, a la política y al conocimiento.* Dobra la toalla y la pone encima de su cama junto a otras medias, señal para que Cristina lo baje a la ropa sucia. La sudadera y un camibuso es todo lo que luce.

Cuando va a salir hacia la biblioteca, su sudadera se enreda con un gancho que hay botado en el piso, el cual deja ahí y el pantalón se alcanza a estirar. Lucidez de su alma, como una advertencia, o algo parecido. En la biblioteca ojea por unos segundos *las 48 leyes del poder*. Al encender su computador no ve aún ningún mensaje de los investigadores; recuerda que le

han dicho que en la mañana ya tenía alguna respuesta. “Llamar al presidente, no hay de otra”. El tono suena y al cuarto responde.

—*Hola señor alcalde, ¿ya me tiene información de lo de este señor?*

—No, presidente aún no, ya estoy en esa gestión. Le llamaba para preguntarle si a usted le ha llegado algún mensaje de los investigadores, no tengo nada y habían dicho que en la mañana de hoy.

—*Déjeme yo reviso... yo reviso aquí en mi computador...Ummmm*—después de veinte segundos—. Pues no, alcalde, nada. Pero si es raro porque esta gente me dijo que hoy.

—¿Ellos terminaron todas las iglesias de este país?

—*Por supuesto. De la firma francesa mandaron muchos, tocó más o menos diez por municipio y ciudad. Bueno, esperar, puede ser que no alcanzaron a tener todos los informes de todas las iglesias, les llevó tiempo.*

—Cierto. Bueno señor presidente. Estamos en contacto cualquier cosa o movimiento que pase aquí.

—*Gracias, Rigoberto.*

El alcalde continúa revisando su correo, pero no encuentra nada. Mira el reloj que da las dos en punto, aún una hora para la cita con el general en la base. Se despeja un poco, mirando por

la ventana la calidez del cielo azul y el sol brillante a fuego color tostado. Mientras observa, piensa en la ineptitud de la naturaleza para llevar a cabo un clima que concuerde con el tiempo, porque a finales de marzo debería estar lloviendo, pero el cielo es apenas un toldo de hojas secas y atmósfera desbastada por el sol canicular. Su piel suda de nuevo a pesar de la ducha de hace minutos. Regresa al computador, tratando de escribir algo para el movimiento, para darle categoría y una bienvenida el día lunes ante su bancada y el pueblo.

Escribe algunas palabras, con retardo, pensando muy bien, pero no le sale de su altura. Lo desecha y apaga el computador. Empieza y coge el libro de *Las 48 leyes del poder: Ley 34. Ser regio en el comportamiento: actuar como un rey para ser tratado como tal. La manera en que uno se comporta determina el tratamiento que recibe: a largo plazo, tener una apariencia vulgar o corriente hará que la gente pierda el respeto por esa persona. Porque un rey se respeta a sí mismo e inspira este sentimiento en otros. Al actuar de manera regia y confiada, uno parece destinado a ceñir una corona.* Mientras lee reflexiona en lo cierto que es, que siempre se ha comportado como tal, como rey, de respeto y eso lo que sigue inspirando a donde va.

El solo leer esa ley hace que se incorpore, dejando el libro a un lado. Camina de lado a lado, va a donde Cristina para cerciorarse de que toda la casa esté al punto, todo lo ve con

ansias de mandar y de un poder cruel. La mujer lo observa intimidada y no se hace esperar el barullo de Rigoberto

— ¡Mujer, ¿Toda la casa está lista?!

—Sí señor, ¿por qué?

—Simplemente quería verificar que su eficiencia se ajuste a mis necesidades—El alcalde sube de nuevo, con un golpeteo duro en las escaleras de madera.

Mientras entra a su cuarto, el gancho se adhiere de nuevo al pantalón, pateándolo con fuerza. De su armario saca otra ropa y se cambia, prendas que sean imponentes. Sacó un pantalón negro y una camisa roja, colores justos de mando. Se cambia en un santiamén. El reloj se viste con las dos y media, hora justa para que se alisten los guardaespaldas y su camioneta. Baja, muy bien lustrados sus zapatos y llevando el poder de rey encima suyo. Cristina, parada en la cocina, lo observa, con un rostro sorprendida, como pensando “va al sanatorio”.

La camioneta está lista, pero con uno de los guardaespaldas revisando algo en el motor.

— ¿Le pasa algo a la camioneta, Fernando?

—No señor alcalde, sólo revisando el agua y el aceite.

—Ah, bueno, entonces vamos que toca ir a la base a vernos con el general.

Los de la moto le abren la puerta, sintiéndose un rey con carroza. Cuando salen el reloj ya da las dos y cuarenta. Las calles

siguen desoladas, con alguna que otra persona caminando por ahí y hablando; a esos los militares los investiga y los pone contra la pared, pidiéndoles documentos. Cuando van tomando la avenida que da a la salida del pueblo y hacia la base, un gran avión cruza el cielo muy bajo. “¿De qué será ese avión?” piensa el alcalde.

El aire que sale de su respiración se mezcla con el aire caluroso del ambiente. Ese aire regresa hacia el pueblo, por las inmediaciones de la plaza principal, luego de algunas calles y después en el refugio de los santos y de la casa de Dios, donde se arma un fortín. Tomás está parado en la oficina prestando atención a Cristóbal en la conversación con Italia.

—*Va bene, ho appena sentito l’aereo che passa, jil che significa che il carico è già arrivato!*— dice Cristóbal en un italiano fresco; Tomás lo observa—. Que, efectivamente, el avión que pasó hace unos minutos fue la encomienda, Tomás

—Muy bien, entonces...

—*Molto bene, stiamo parlando, Bartolomeo.*

Tomás cierra un tanto la puerta para evitar la mirada de la cuadrilla. Cristóbal se agacha por unos segundos para recoger una hoja que hay tirada en la oficina. Tomás espera, pensando mientras tanto, en las máquinas de castigo.

—Bueno, Tomás, entonces alistémonos. Vamos con Enrico y que Porfirio y Wendy se queden instruyendo en otras cosas a

esta gente. Llevemos unos costales y unos algodones para ponerles alrededor de las armas, con eso evita el roce y simula más un bulto—Cristóbal se pone de pie y con una de las manos golpea el escritorio, con un tap seco.

—Toca llamar a Leonel para preguntarle en qué máquina va.

—*Destra*. Con eso lo presionamos más para que mañana o a más tardar el lunes nos tenga esos juguetes. Bueno, vamos.

Cuando salen al corredor, la gente está reunida en la fuente central, unos sentados hablando con Wendy y otros simulando con palos disparar el arma. Cristóbal llama a Porfirio que sale de su cuarto. Trae en la mano un libro.

—Porfirio, vamos a ir con Enrico y Tomás por la encomienda; usted quedará acá con la gente y Wendy y nos informa cualquier cosa—Cristóbal se arregla su fluido cabello rubio—. No sé si sepa de más costales o fibra que haya por ahí.

—No, nada, sólo sé de unas bolsas que utilizamos en los bautizos y las tenemos bajo llaves...

—No, así, gracias. Ya volvemos.

Mientras van saliendo, los tres alzan la mano en son de despedida y que ya vuelven. Todos dicen *bueno*. La tarde, con el reloj inmundo del cielo cándido, dan las tres de la tarde, como un pájaro surcando. La calle trasera es solitaria, apenas transitada por el viento que mueve árboles. Tomás y en general los tres, llevan ropa común: un simple jeans, camiseta y unos

tenis, muy informales. Caminan confiados, mirando de lado a lado cualquier militar. Caminan unos metros, con el sol sobre sus cabezas, y por instantes con la mano sobre la frente para bloquear el sol y ver mejor. El terreno que va dando a la salida sur del pueblo se va haciendo con menos casas, con sólo césped y abedules, mangos y piñeros por muchas partes. Cuando van llegando a la zona despejada van viendo la caja. Se le alcanza a ver algunos símbolos árabes y por otros lados contramarcada con idioma italiano: *fatto in Italia*.

—Aquí es quitar la tapa que viene sellada y ya, señores, sé cómo es esto—dice Cristóbal, con una leve sonrisa.

La tapa va saliendo paulatinamente. Cada uno coge un gancho y lo retira. La tapa la tiran al suelo y como pueden quitan el aserrín, la bolsa de seguridad y el icopor. Un pequeño polvo sale, como si hubieran estado guardadas hace mucho tiempo. Al principio encuentran una bolsa con un poco de librillos, como instrucciones, sólo que en letra árabe. Más al fondo van viendo las armas envueltas en bolsa de seguridad y su manejo, también en árabe.

— ¡Miren estos juguetes, señores! —dice Cristóbal mirando al cielo y poniendo la bendición en su pecho, como en tiempos anteriores.

Mientras van sacando arma por arma van viendo en los librillos casi sólo mensajes en la portada: سلاح قتالي. Tomás se

queda atento observando, como dándole sentido a las curvas que ve.

—El problema es que nos va tocar traducir todo esto—dice Tomás, con el rostro fruncido.

—No creo que haga falta. Yo de todas estas armas la gran mayoría las sé manejar, no hay problema.

Por un momento Tomás mira a Enrico, pero está empacando las armas en los costales. Luego a Cristóbal que va sacando las armas del fondo de la caja.

—Yo sé Tomás que tiene cara de duda y por eso le cuento que aprendí antes de ir a visitar los países de medio oriente... Usted, sabe, protección personal y me lo exige el Vaticano—dice Cristóbal mientras saca más armas.

—Muy bien, sí señor.

Continúan empacando las armas y sobre ellas van poniendo icopor por los lados del costal para que vayan quedando como bultos. Los van poniendo a un lado y empiezan a quedar como suministros para alguna fábrica. Cuando tiene cinco bultos van notando que el peso es superior a los cuarenta kilos. Tomás va acomodando las armas, muy bien apiladas al fondo e incrusta el icopor.

—Este es un rifle de asalto con mira, muy potente. Me la enseñaron en Gaza cuando estuve en una visita para santificar—dice Cristóbal pasándole el arma a Tomás para que la empaque.

—Yo creo, señores, que, si queremos acabar esto rápido, porque observando, salen unas veinte lonas de armas y están pesadas. Propongo llamar a la cuadrilla del movimiento para que cojan bultos y llevemos en un abrir y cerrar de ojos—Enrico va quitando el plástico de seguridad.

—En eso estaba pensando, la verdad. Tiene razón. No sé si Tomás pueda ir en un momento y venir con la gente.

—Está bien, ya vuelvo.

Tomás se aleja. Las tres y media llegan deslizadas, al nivel del movimiento de las nubes. Cristóbal va sacando las armas y quitándoles el plástico y Enrico empaca con mucha paciencia. Enrico mira por ratos a Cristóbal, extrañado en algo, pero no se atreve a decírselo. Continúa empacando. Un aire fuerte llega y mese sus cabellos.

—No cree, Cristóbal, que es una exageración todo este poco de armas. Hubiéramos tenido con las máquinas de castigo— Enrico se detiene por algunos segundos.

—Pues no, Enrico, la verdad no. Usted sabe que el celibato y los valores religiosos que ya nos juramos ante Dios olvidar mientras la guerra nos da el aval (pues ante la firma del gran ser que es Dios) para utilizar como sea y con lo que sea su iglesia. La misión que nos dio fue esa—Cristóbal no se detiene—. De todas maneras, y eso hay que aclararlo con todos, es que primero vamos a hacer uso de estas armas, de estos grandes juguetes

modernos. Estoy seguro que si esto hubiera sido en una época remota, de hace siglos, nos hubiera tocado hacer lo mismo, antes peor y atacar con quijadas de caballo. Ya se va dar cuenta, Enrico, usted y yo que fuimos y seremos testigos de guerras, que nos van a venir a atacar con toda, nos tumbarán esa puerta, acabarán con la iglesia y nos tomarán como rehenes en un principio y luego, cuando vean que atacamos con nuestro armamento más potente que son las máquinas de castigo, nos asesinarán como pelando animales. Se lo digo como profecía.

Hay un silencio breve, donde continúan con la labor. Pero continúa; Enrico pensando en lo que le acaba de decir Cristóbal. Y se toca el cuello; Cristóbal sintiendo las estrías de las armas y los gatillos como si estuviera conociendo como un ciego.

—Una eme sesenta. Utilizada por el ejército. Bonita— Cristóbal se la pasa a Enrico como pasando un bebe envuelto en un cobertor.

Luego de algunos minutos va apareciendo Tomás con todo el grupo del movimiento y a lo último Porfirio con más cara de modorra que de ganas de atacar. Se van acercando. Cristóbal y Enrico ya andan empapados de sudor. Tomás se acerca con el grupo.

—Hola, ciervos de la defensa divina. Espero que estén bien. Y alegrando esta tarde con ánimos de atacar a quien le hace daño a Dios. Por eso es que acá les presentamos las armas más

poderosas del mundo. Las estamos empacando en estas lonas y pues están algo pesadas. Entre dos pueden ir cogiendo un bulto de estos e ir llevando al corredor de la iglesia—Cristóbal se seca el sudor con el antebrazo.

Todos van ayudando. Los que no alcanzan se hacen alrededor de Cristóbal y Enrico; y al momento se acerca Tomás, con sudor en su cara, pero no la ropa mojada. La gente mira curiosa para el fondo de la caja, observando y detallando las armas que aún quedan: un cuarto de la caja.

—Qué chéveres todas estas armas—Comenta un hombre.

—Y eso que nos hubiera gustado un lanzamisiles y un carro tanque, con eso hubiéramos quedado regios—Cristóbal se echa viento con la mano—Pero lo importante, a veces, no es la calidad y la potencia del arma y el proyectil, sino la calidad de quien la dispara.

—Eso es cierto—comenta todo el grupo, algunos con las manos entrelazadas.

—Y quién les mandó todo el arsenal—Pregunta una mujer muy curiosa. Trae puesta en su cara una toalla.

—Dios—responde a secas Cristóbal, mirando a Enrico.

La cortina del día se empieza a cerrar sobre las cuatro, dejando un sol por el sur endeble. Salen diez lonas más, donde Tomás ayuda a meterles el icopor por los lados. Porfirio le ayuda a subir al hombro, a los más fuertes. La caja la desbaratan y los

residuos los van llevando también para utilizar la madera en otras cosas.

Sobre las cuatro y veinte ya están entrando todos a la iglesia de nuevo. Cuando Tomás, junto a Cristóbal y Enrico van ingresando, en la esquina alcanzan a divisar los pasos gruesos de los soldados y los militares por la plaza y algunas calles. Cierran, con candado, dejando todo muy cerrado. Los bultos se ven parados por todo el corredor. Toman algo de agua, descansan un poco y se paran esta vez desde la fuente. Cristóbal hace un ademán de carraspeo y empieza a hablar. Wendy está en medio del grupo.

—Bueno, señores, como se pudieron dar cuenta, las armas las hay en cualquier cantidad. A cada uno le va a corresponder un arma y se las vamos a entregar de acuerdo a la experiencia, al peso, obviamente y a la *altezza*, como decimos en Italia. Esto nos va a llevar un poco de tiempo la entrega, por lo que les pedimos vayan tomado la clase con Enrico del manejo, de cómo dispararla y todo su funcionamiento en general. Los que van esperando van tomando clases de arrastre, de cubrirse, de tener técnicas militares finas—Cristóbal va subiendo la voz, como en un mundo militar o de poder. Los demás lo miran apenas con suavidad, con la ignorancia de las técnicas de ataque al enemigo, como ratones a cazar.

Cristóbal le hace el ademán a Tomás de que llame a Leonel para preguntarle cómo van las máquinas. Tomás se acerca a su oficina y en segundos Leonel le contesta, con una voz gutural.

—*No señor, hasta ahora estoy armando la garrucha. Lo que pasa, padre Tomás es que han estado merodeando mucho los militares por aquí y pues me preguntan cosas de ustedes. No sé qué contestarles.*

— ¿Y qué les ha dicho de las máquinas?

—*No... pues que son unos trabajos en madera y poleas para una finca que me encargaron...*

—Esa es, Leonel, no puede delatarnos, no por lo menos hasta que vengan a buscarnos. Usted firme con Dios que ya le tiene reservada la derecha de Él. Esperamos, por lo menos Leonel, para mañana esa, la garrucha y la cuna de judas. Esas están bien para empezar. Y el lunes las otras tres.

—*Listo, sí señor*

—Que esté bien y con toda en esos artefactos de la muerte.

Leonel no contesta, solamente el tono que se pierde. Tomás mira su oficina con algo de desdén, como si quisiera sentarse allí y coger la biblia. Empieza a pensar en el salmo noventa y uno, ese que tanto le agrada leer. Pero recuerda el pacto con sus colegas, el de estar firme en el movimiento y de empezar una batalla para salvar sus espíritus, quizás. Sale, con la muchedumbre en el centro de la fuente, prestan atención como

borregos a lo que Enrico les va explicando: una defensa vital, tirarse y dar vuelta con el arma, siempre fijo el enemigo. Se acerca a Cristóbal que está con una de las lonas, entregándole un galil a un hombre más bien viejo.

—Listo, que no ha podido hacer gran cosa que por asedio de los militares. Que ya está armando la garrucha. Le dije que por lo menos debía tenernos para mañana esa y la cuna de judas— Tomás se rasca la cabeza.

—Correcto, Tomás. Entonces coja otra lona y empecemos a repartir las armas para que todos quedemos listos y preparados para cuando lleguen a atacar.

La gente se aglomera en el patio y con algo de desdén empiezan a pasar por su artefacto. El galil empieza llegar a las manos de las mujeres, más fáciles de disparar y de llevar a cuestras. La miran, la aprecian y con todo el cuidado del mundo apuntan a la pared del patio. Enrico les va enseñando las partes y a dispararlas, solamente a eso. La mira, ese punto clave para apuntar al blanco, queda contra la pared y el cañón mirando hacia el horizonte. Las hojas que carga Cristóbal van quedando llenas con los nombres y con el arma que ha adoptado cada persona. Los niños se mantienen en línea, jugando, pero observando los artefactos que no han visto antes.

El tiempo ya ha pasado de las cuatro y el sol empieza a jugar a esconderse por detrás de la cordillera. Los que van probando

las armas: AK 47 quedan para hombres aguerridos, sin temor y los m16 para hombres menos valientes, con la carga de la guerra en mente. Tomás va a recibiendo a la gente en el púlpito de la iglesia y los hace sentar en los escalones. Las sillas, que otrora eran para sentarse, yacen arrinconadas, contra las paredes.

—Antes de empezar con esta última conferencia, ya como movimiento fundado, vamos a hacer el último movimiento: vamos a quitar todo lo de la pared. Aquí hay herramientas para que se ayuden. Bajen el Cristo crucificado, el ambón, la credencia; todo, necesito que bajen todo del altar, necesitamos que esto quede como un salón de una recepción. De igual manera apenas le ganemos el pulso al estado, esta iglesia será mucho mejor que antes, con todo en oro, con plata, y con una decoración tal que nos hará la gente más rica y poderosa de la tierra. Entonces, manos a la obra—Tomás aplaude.

Casi sobre las cinco, cuando el sol está endeble sobre la bóveda celeste, todo está despejado en el salón de lo que fue la iglesia. El grupo se reúne en el púlpito, con todos, ya armados, algunos y algunas con cananas y encima las ganas de matar un miembro del estado en contra de su iglesia. Cristóbal se ha cambiado la ropa, ahora tiene un camibuso blanco en la parte de adelante que dice: *La iglesia es paz y reconciliación...*; y atrás es negro y dice: *... y el estado guerra y resentimiento.*

—Pronto tendrán una camiseta como esta que nos representará como movimiento revolucionario de Dios. Por ahora no queda más que decirles que Dios nos ayude a enfrentar al estado con éxito, que seamos vencederos, que nos dé sabiduría para manejar estas armas. Como condición y regla les pido que nos ayudemos, que si ven que están atacando a algún compañero le ayuden, que seamos un grupo de todos para uno y uno para todos. Sé que no están duchos en enfrentamientos de guerra, pero imaginen ustedes hace siglos que les tocaba armarse sólo con el alma, no había una estrategia militar definida y les tocaba hasta partirse la madre para la victoria. Entonces seamos de esos. No les doy más de las seis para que los militares estén aquí dando su primer tiro; a las seis en punto. Entonces, como última advertencia: el premio para ustedes está asegurado con la entrada al cielo, eso está muy claro. Cuando pongan el pecho y una bala entre en ustedes y mueran, cuando el cuerpo expele el último suspiro, el alma irá al cielo, a la derecha de Dios y ahí se quedarán por la eternidad—Cristóbal se queda en silencio por algunos segundos y luego dice—: ¡Viva el movimiento revolucionario de Dios!

— ¡Que viva!

— ¡Viva la iglesia católica apostólica romana!

— ¡Que Viva!

En el último grito de la gente el aire de sus bocas hacia el techo sale disparado hacia la tarde que cae inerme. Por el cielo azul y ya la luna un poco más llena, el sol se oculta casi por la cordillera. El aire viaja por el pueblo solitario, en silencio, como un acuario con los tiburones al asecho y los peces debajo de los corales. El aire pasa por encima de las cabezas de los militares, de los soldados que se alistan para el toque de queda. El aire sigue hasta el más allá de las calles vacías, como una potencia a remolinos sobre las seis de la tarde. A la salida aún se conserva el retén, con cambio de guardia y con soldados más vigorosos y supeditados a la guerra: con cascos, con chalecos blindados y una serie de armas para atacar con poder. Dentro de la base, en la oficina del general Tamayo, se encuentran tomando el tinto número tres desde la tres de la tarde, hablando de guerra, de política y de las últimas novedades en el mundo. Cuando van a empezar el tinto, uno de los soldados que ha soltado guardia en el pueblo, llega a presentarse, con la cara mojada de sudor y el arma terciada al pecho.

—Mi general, permiso para presentarme. Soy soldado Mejía con la novedad del cambio de guardia en el pueblo—el soldado baja la mano de la frente y se mantiene firme—. Me dijeron que me necesitaba.

—Sí soldado. Tenemos una curiosidad que nos ha estado andando durante toda la tarde. Nos llegó una información de

que había una mujer con un carnet, muy atractiva, con gente para tratarlos como psicóloga en cuestión de una nueva mentalidad sin religión e idiosincrasia. ¿Quién le dijo que yo había dado esa orden?

—La mujer nos dijo que era orden militar, órdenes tuyas.

—La verdad está muy sospechoso. Yo le sugiero, señor alcalde, que nos dé el aval para atacar ya esas cuatro paredes de esa iglesia, yo creo que el movimiento viene de allá.

En ese momento entra otro soldado corriendo, sin gorra y con el fusil casi listo para disparar, agitado.

—Mi general, para solicitarle. Con la novedad de que la gente que teníamos protegida en la cárcel militar no está y dejaron esta nota pegada en la pared—el soldado le pasa la hoja al general y este, con sistema de rostro al vapor, lee: *No es estado, no es ciencia ni arte, sino la iglesia que te aprecia. Atte. Dios.*

—alcalde, yo creo que ataquemos de una vez por todas, no lo dudemos. Detrás de todo esto esta esta gente de la iglesia.

—¿Y qué va a ordenar, general?

—Levantar el nido de ratas para que salgan de la guarida.

Mientras se pone su quepis, sale al corredor y con una voz a toda potencia llama. Los soldados llegan; mientras tanto el alcalde se halla parado detrás del general, con las manos atrás, sobrio.

— ¡Necesito que de inmediato me ataquen la iglesia, que acaben con todos esos pedazos de paredes! ¡Necesitamos que los sacerdotes salgan, los queremos vivos, por lo pronto! ¡Se van a apoyar con sus comandantes; ellos les van a decir cómo atacar, ya que necesitamos cerciorarnos de que no mueran, ustedes saben, ¡cuestiones de lesa humanidad y leyes internacionales! Por ahora acaben con todo eso—el general hace una pausa, mirando al alcalde que habla por teléfono—. Por armas no se preocupen, acá tenemos las mejores, nos avisan.

— *¡Cómo ordene, mi general!*

Los soldados se retiran. En el momento en que el general vuelve a su oficina, el alcalde sigue hablando por teléfono.

—Bueno, nos veremos más rato, que esté bien.

—Bueno, ya la instrucción está. Ahora es esperar que mis hombres traigan a esos sacerdotes para darles su merecido.

— ¿Y qué piensa hacer?

—Pues expulsarlos, decirles que se lleven su majadería lejos de aquí, para el país donde siga existiendo religión.

—Pero yo no creo que se vayan a quedar tan tranquilos, como lo he venido diciendo en los últimos días—el alcalde frunce el ceño, con el dedo en el mentón.

—Pues vamos a ver quién se cansa: Ya el estado dio una orden y tienen que cumplirla.

—Lo más seguro es que esta gente, con esos muchachos, son secuaces de los sacerdotillos esos. Ya habrán cogido camino para la iglesia.

—Quién sabe, señor alcalde. Esperemos a ver qué pasa con el ataque.

—General, ¿y no había que pedirle autorización al presidente?

—Bah, no. Cualquier cosa que yo autoricé por complot de ellos y... pues tenemos la excusa de los rehenes que se escaparon. Sacarlos de su tierra prometida será como quitarle un dulce a un niño, dice el adagio popular.

—bueno, general, lo deajo, mañana será un día de descanso.

— ¿A dónde irá?

—Yo creo que daré un paseo como al mar, me serviría y más ahora que Teresa se fue definitivamente de la casa.

—Ah sí, no lo sabía—el general recoge unos documentos de su escritorio y apaga la oficina. Los dos salen.

—Mejor, con eso el poder es mío y no tengo que compartirlo con nadie.

Al instante llegan los guardaespaldas y suben rápido a la camioneta. La tarde ya es pálida, con el cielo azul oscuro y un aire leve que trae olor a leña quemada. La camioneta cruza las calles, con los militares corriendo para reunirse en un punto estratégico. El alcalde sólo observa, adecuando su vista y su

mente como a un Hitler, viendo sus tropas alistarse y con el simple ademán de la mano en poder, como un Reich. Se imagina por un momento toda esa escena alemana y mussoliniana, con un poder y mandato que adquirirá dentro de poco tiempo.

La camioneta vira en la siguiente esquina para las casas quintas. El aire que brota de la velocidad sale expedido hacia las copas de los árboles. Y allí viaja hasta la plaza principal, observando las filas de los militares que se aglomeran para tomar posiciones. Las seis y quince de la tarde y el cielo y la luna casi llena se tecnifican. Los militares abren filas y cada uno toma su galil y empiezan a caminar agachados apuntando hacia la iglesia. Se escabullan y se hacen en filas laterales al lado de la iglesia, lo que otrora había sido cama de indigentes. El grito no se hace esperar, como esperando a que se rindan, como totales delincuentes.

— ¡Salgan que los tenemos rodeados!

Al otro lado Tomás, Cristóbal, Porfirio y Enrico alcanzan a escuchar la advertencia, y saben que la hora cero ha llegado. Todos se paran, el movimiento, con sus armas apretadas, ya benditas por Dios que todo lo puede y con una fuerza en el alma y en la mente que les hace brotar las venas.

— ¡Con Toda a salvar la iglesia católica! —Gritan todos y corren hacia la entrada.

Cristóbal, junto a Tomás que lo sigue, se añade Enrico y Porfirio y por último Wendy que sale de la oficina. Se mantienen resguardados en una de las columnas, a la espera de lo que suceda; sin embargo, con su arma terciada, ya no la cruz ni el hábito sacerdotal, a la espera para disparar.

El silencio se mantiene por unos segundos, sobre las seis y media exacta. El movimiento permanece al lado de la puerta, como gatos, sigilosos; y al otro lado no son gatos, son tigres y panteras al acecho. Se empiezan a escuchar los grillos, interrumpiendo el conflicto. Algunas pisadas se recrudecen, luego un caminar pausado. Unos segundos más. La primera bala, la primera bala despega siendo las seis y veintitrés minutos, el galil de alto impacto, el arma poderosa y famosa entre los ejércitos del mundo. La bala pega en la puerta. Los militares se tiran al suelo y como pueden se arrastran hasta la carretera.

Adentro todo el grupo de los eclesiásticos se repliegan de nuevo y Cristóbal, Tomás, Enrico y Porfirio yacen muy al pie de una columna, apenas dando la orden del disparo y del pare.

— ¡Tranquilos que, si se nos acaban todas estas armas, Dios les tiene preparadas unas mejores, unas de tortura, ¡con esas si van a temblar!

Afuera los soldados lo único que hacen es informar a su general de la novedad, que están fuertemente armados y hay que enviar más hombres. Mientras tanto, como pueden, se

alinean de nuevo en la puerta, El radio y la voz del general no se hacen esperar.

— *¡Ataquen, no sé quiénes haya ahí, pero disparen!*

La orden se ejecuta y sobre las seis y media las armas del ejército y algunas policías se hacen sentir, como ráfaga de avalancha sobre el portón de la iglesia, ese que en tiempos de fe se esparcía arroz y flores, ahora era de balas por doquier. La puerta suena como palomitas de maíz al calor.

Al otro lado Cristóbal, el de gran poder alguna vez como pontífice, se repliega en los corredores del patio, desde allí, junto con Tomás, Enrico y Porfirio, dan la orden de disparar todos al mismo tiempo. Y sobre las seis y treinta y cinco el primer brote de sangre salpica el suelo, de lado y lado. Todos los cuatro les da la orden a todos de la retirada, que vuelvan hacia el patio y que vayan saliendo a toda carrera por el césped de atrás.

Los disparos cesan por algunos minutos. El herido de parte de la iglesia queda botado en medio del salón y uno de los militares al lado de la escalera de la entrada, auxiliado por sus compañeros. Todos van saliendo, a la cabeza de Cristóbal que les va haciendo señales de sigan, paren o arrastrados. Bajan el caño y pasan a los barrios de estrato bajo, los divide una quebrada de río sucio. Sin embargo, cruzan y estando al otro lado se escabullen por entre los árboles y la maleza. Por ahí van

divisando hacia la plaza principal para ver el movimiento del enemigo.

—Bueno, tranquilos que ya un alma ya se la llevó Dios para su derecha, ya estará disfrutando de los placeres del cielo, así que no se preocupen—mientras hay una señora que junto a su hijo llora, pero firme, con el arma al pecho y con ganas de seguir combatiendo el estado.

El aire viaja desde ese punto hacia los lados de la plaza principal por donde siguen llegando refuerzos, luego hacia las casas quintas por donde vive el alcalde. En el instante llega Argemiro, siempre con su cuaderno y ahora más que nunca su gabán. Cuando toca a la puerta del alcalde, con insistencia, además, la que le abre es Cristina. Ingresa sin ser autorizado y por toda la casa empieza a gritar.

— ¡Señor alcalde, señor alcalde! ¡Rápido, urgente, esto es bomba! —Argemiro sube hasta al cuarto y luego hasta la biblioteca. Rigoberto se encuentra organizando sus libros, muy concentrado—. Señor alcalde, el ejército y la policía atacó la iglesia, pero respondieron con disparos; lo que quiere decir que están armados hasta los huevos, imagine.

—Eso lo decía yo, que esta gente no se iba a dejar acabar su negocio así tan fácil. Usted cree que miles de años acumulando riquezas a costillas de un poco de pelmazos, lo iban a soltar tan fácil. No. Pero es ahora donde más bravo el toro, mejor la

corrida, eso lo tengo claro. Ya le di la orden al general para un ataque furtivo para toda esta gente, con armas por ahora, y que les acaben hasta con el nido de la perra.

— ¿Ya lo sabía, mi alcalde?

—Sí, el general me llamó hace cinco minutos y me dijo que los habían atacado con galil y alcanzaron a herir a uno de los soldados.

—Pero, me surge una pregunta, ¿de dónde sacaron un par de pelados armas para atacarnos?

—Ya ve usted, que al enemigo no hay que subestimarlos, puede tener las mejores técnicas de ataque y hasta dar sorpresas, lo que pasa es que está en uno neutralizarlos, hacerles saber que esas técnicas son pobres al lado de la de nosotros. Nosotros hacemos leyes y ellos obedecen, Qué mejor arma que esa—el alcalde sonrío y acomoda otros libros en la estantería en madera.

—Pero, ¿entonces nosotros de qué vamos, ¿qué hacemos, nos mantenemos en línea o atacamos también?

—Nos mantenemos, en línea. Lo que si toca es conseguirnos con la base y el general unas buenas armas porque se lo aseguro que nos van a venir a buscar aquí, a darle a las cabezas mayores.

—Cómo sabe usted, mi alcalde, como si hubiera participado en muchas guerras.

—No hay necesidad Argemiro de haber participado en guerras, eso es alma y naturaleza del enemigo buscar el que manda, como una forma de debilitar al grupo. El arte de la guerra, las leyes del poder...en fin.

Por algunos minutos se mantienen en silencio. El alcalde para, mira a su alrededor y se pone la mano al mentón.

—Pero sabe una cosa, que no estaría de más y sería bueno que lo ejecutemos de una vez por todas. Voy a llamar a toda mi bancada para que vengan y armemos una arremetida contra toda esta gente, para mostrarles que también somos capaces de armar inteligentemente nuestro arsenal y nuestro movimiento anticlerical—Rigoberto sonrío y pasea de lado a lado por la biblioteca.

—Sí, genial, mi alcalde. Pero debería ser con permiso del presidente, de una organización, no sé.

—Con permiso de nadie, Argemiro. Nosotros de aquí en adelante somos autónomos, no dependemos de ningún organismo para hacer nuestras políticas—el alcalde saca el celular y le marca al primero.

En cuestión de diez minutos, cuando el reloj ya flamea las siete, quedan todos informados de llegar a la casa del alcalde. En ese momento llega Cristina con un vaso de jugo en una bandeja y una galleta en un plato. Lo deja encima del escritorio.

—Cristina, en un rato llega toda mi bancada, así que vamos a necesitar otros jugos y otras galletas.

—Listo, sí señor. Permiso me retiro.

—Dale. Bueno, ahora vamos a llamar al general para que nos proporcione armas de gran envergadura, soldados fuertes y aguerridos, hasta carrotanques si es necesario—Marca en el teléfono.

—*Aló, señor alcalde, ¿qué novedad me tiene?*

—Sólo para una propuesta, general. Pero antes, ¿qué información tiene del ataque a la iglesia?, ¿si los mataron a todos?

—*No, lo último que supe fue de un soldado herido que ya está en el hospital y uno de ellos quedó en medio de la iglesia. Todo el resto se escaparon por la parte de atrás. Me cuenta uno de mis hombres que ingresaron y ya todo estaba desolado, huyeron como ratas. El lugar casi desocupado. Señor alcalde, qué pasó al fin con la información de los investigadores, ¿no era que hoy enviaban el análisis y el informe para encarcelarlos de una vez por todas?*

—No, general, no llegó nada y yo he estado mirando, no sé qué pasó y el presidente no da razón. Pero, de todas maneras, con informe o sin informe ellos ya estaban listos para atacar, están armados hasta los tuétanos, ya es más que evidente la calumnia de la iglesia y que es hora de cogerlos con porte ilegal de armas y me imagino que muchos otros delitos—el alcalde

mira a Argemiro que juguetea con una balanza. Es por eso, general, que ya convoqué a todo mi equipo de alcaldía para que me ayuden a moldear el movimiento anticlerical, aunque yo ya me adelanté y mandé a hacer unos carteles y unas vallas para que toda la gente quede advertida del nuevo delito de religión y moral y más grave aún de persuadir a otros de que crean.

—Excelente. ¿Y yo cómo ayudo?

—Simple, general, con hombre y armas, que mejor que esto. Para mí que esta gente tiene muy bien todo planeado, se han estado armando a escondidas y, aunque indefensos, con sus caras de novatada y filantropía, se ven peligrosos y hay que atacarlos porque nos pueden hacer daño, mi intuición me lo dice.

—*Quién iba a pensar que miles de años de religión, de bondad, dulzura y moral se iban a ir a la basura, que se iban a revelar lo que verdaderamente han sido, asesinos y chanchulleros; porque dígame usted, de dónde sacaron todas las armas que tienen, galil al parecer.*

—Vea usted pues, general. Además, lo invito ahora a mi casa con la bancada para que discutamos del movimiento y de lo que vamos hacer para neutralizar a esta gente—el alcalde se incorpora de su silla y revisa otros títulos para seguir ubicando.

—*Listo, entonces estoy allá en quince minutos. Voy a dar unas palabras en la recogida y salgo. Ya nos hablamos.*

Argemiro revisa sus notas. Luego mira su reloj con las siete en punto; luego mira al alcalde. El alcalde sigue ubicando sus libros en la biblioteca, en orden alfabético. Un zumbido en el oído izquierdo lo desubica. Cristina abre y le avisa de la llegada de los primeros de su bancada.

—Es la señora Alejandra, ya está en la sala, señor alcalde.

—Gracias, ya bajamos.

Luego de algunos minutos inconclusos en sus mentes, bajan. Alejandra arroja la última colilla de cigarrillo y cruza las piernas; se quita las gafas. El alcalde le saluda con un beso en la mano, de igual manera Argemiro, sólo que con más coquetería. Se sientan en las finas poltronas Luis XVI. El alcalde zigzaguea su cabeza y mira por unos momentos a Argemiro, siempre con el cuaderno en su gabán.

—Bueno, y bien señor alcalde, aquí estoy. Escuché que el tema de hoy sábado es urgente y espero que lo sea, porque hoy sábado voy a pasear con mis hijos y tuve que posponerlo— Alejandra pone un tono irónico.

—Sí, pero este momento es crucial para nuestro movimiento y para el pueblo, por eso los convoqué a todos. Es grata la compañía suya, señora Alejandra. ¿Y qué ha sabido de leyes, de imposiciones del senado, de los hombres que hacemos las leyes?

—No, sólo una renovación en el artículo cuarto de delitos, ahora le sumaron una posible pena de muerte a futuro.

—Ah, pan comido, eso prácticamente será aprobada.

—Escuché disparos en la plaza, ¿qué pasó?

—Pues tocará esperar que lleguen todos para contarles las novedades...

En el momento justo llega Manuel, Gustavo y Pablo, todos los tres con semblantes de sorpresa, como si llegaran a una dimensión desconocida. El alcalde los invita a sentarse. Miguel trae en su mano una agenda; Gustavo y pablo portátiles. Alejandra no saluda, se mantiene mirando la lámpara al techo y luego revisando su teléfono. Argemiro siempre al lado del alcalde.

—Bueno, señores cómo les ha ido de ayer a hoy, ¿si han fructificado esas ideas para el gobierno? —el alcalde se frota las manos, como en una reacción de positivismo.

—Claro, señor alcalde, nuestras mentes hierven de ideas, no es sino tener el dinero público y ya está—dice Gustavo arreglándose su mostacho.

—Muy bien, muy bien. Pero ahora les necesito para que tengamos unas ideas claras y erradicar de una vez por todas a estas cucarachas que se reproducen asquientamente; y es la iglesia. Ya habrán escuchado de la orden, ya se ha recalcado de que se retiren con dignidad, pero esta gente insiste y ya están armados.

—Uyy, que extraño que la idiosincrasia de esta gente llegue a eso—intercede Pablo arreglándose su boina y las gafas miniatura—. Lo que otrora fue piedad, moral, sacrificio y miles de oraciones, miren esto.

—Pero de qué se extrañan, siempre han sido asesinos, lo que pasa es que en el tiempo de la inquisición se armaban era con castigo y fuego y hoy en día tiene la tecnología de armas poderosas, tienen los contactos en todo el mundo...—dice el alcalde con ahínco y una arrogancia en su voz.

Sobre las siete y quince llega Rogelio, Vicente y Gael. Vicente con la cabeza gacha, sólo le pasa la mano al alcalde, como con un dejo de vergüenza. Rigoberto lo invita a pasar, deja su sombrilla al lado, sin mirar a nadie; Rogelio y Gael se sientan al lado del alcalde, en otro mueble con un diseño diferente.

— ¿Esa sombrilla para qué, Vicente? —pregunta Argemiro, como en son de burla.

—Para el sol y el agua, ¿No?

— ¿Pero qué sol ni qué agua, hombre? —Argemiro se sonríe y mira al alcalde que sólo mantiene la mano en el mentón y observando a Vicente.

— ¿Y sí reflexionó en la discusión de ayer, Vicente?

—Algo, señor alcalde, algo—se mantiene reflexivo, como pensando en detalles, pero continúa—. Oiga, es raro que otros

tiempos para finales de marzo ya estuviera lloviendo y miren esta sequía tan extrema, ya todos los ríos se están secando.

—Es cierto—Comenta Gael, sólo él.

Cuando el reloj se extiende a las siete y veinte, el alcalde interrumpe la álgida conversación. Por la puerta aparece su secretaria Paola, con cara de recién levantada y un portátil, con el vestido de hace unos días, muy atractiva, pero esta vez trae un chal en su cuello. Todos los hombres la miran lelos.

—Qué pena la demora, señor alcalde, no hay agua en esta ciudad, no podía arreglarme pronto—Paola se sienta al lado del alcalde, abre su portátil y se arregla el atractivo vestido color pastel.

—Está bien. Bueno, ya con la llegada de mi secretaria vamos a empezar a arrojar ideas de todo el movimiento o partido, como lo quieran ver. Esta misma noche debe esto quedar al pelo, un grupo sólido, que día tras día crezca y se fortalezca para elegir a líderes en un futuro—El alcalde cruza la pierna y piensa mirando al suelo—. Bueno, como ustedes ya saben, la iglesia está fuertemente armada, por lo que nos comunicó el general de la base, ha sido la piedra en el zapato, porque los demás cultos y religiones ya entregaron sus pertenencias y se sometieron a reubicaciones; de hecho, acá en nuestro pueblo ha sido la única iglesia con brotes de revolución, porque la verdad, hasta el momento, no he escuchado de otras partes. Entonces, nuestro

movimiento revolucionario anticlerical, con las siglas M.R.A., debe ser un movimiento que aborrece todo acto de culto, llámese religión, secta o grupo de oraciones, todo eso lo rechaza y peor aún tratar de convencer a otros de estos cultos. Entonces escucho propuestas.

Todos se mantienen en silencio, tan sólo Alejandra que juega con las comisuras de los labios. La luz pálida de la sala, con un tinte de soledad, resplandece al reloj de las siete y cincuenta.

—Bueno, boto la primera idea para que ustedes generen otras. Hablé con el general y nos va a proporcionar hombres y armas para atacar a todos esta gente. Debemos empezar hacernos sentir como oposición y es así, fuerte porque se están armando con toda y de la nada, algo que no esperábamos.

— ¿Nosotros integramos el ataque, debemos coger armas?
—pregunta Pablo.

—Pues si es necesario, sí. En el momento en que ellos lleguen a tacarnos, que nos veamos cogidos nos armaremos, así nunca hayamos disparado un arma, pero las ganas de defender y de defender nuestras leyes y nuestra patria nos la hará utilizar sin problemas.

—A mí me parece que no lleguemos al extremo, señor alcalde—interviene Vicente, sin mirar a la cara a Rigoberto.

— ¿Y por qué señor Ceballos? —el alcalde suelta su pierna y se inclina.

—Pues porque vamos a armar una guerra y esa no es la idea, no podemos volver a años de violencia.

—Pero cuando se necesita, hay que hacerla o sino no seguirían fabricando armas. Mientras, escuche muy bien señor Vicente Ceballos, mientras exista las malas gentes, las discordias y los desacuerdos, habrá fabricación de armas poderosas, para callarle la jeta al enemigo—el alcalde sube su voz y aprieta el puño.

— ¿Y el informe de los investigadores, esos franceses, lo enviaron? —inquire Alejandra.

—No, eso es lo raro, porque si ese informe hubiera llegado la expropiación sería más fácil. Pero ahora toca atacar porque ellos están armados y ya se venían armando con inteligencia, reunieron sus secuaces por medio de una mujer haciéndose pasar del ejército, Imaginen. Son cosas de delincuencia que hay que castigar con armas, Si hay que asesinarlos... se asesinan, así de sencillo.

—Entonces yo propongo que los hombres que nos proporcione el general se distribuyan alrededor del pueblo, como un anillo, con eso no se salen por ninguna parte y se mantienen acá—propone Miguel con una leve sonrisa que se forma en su tez morena.

—Sí, excelente idea, miguel, muy buena.

—Pero por qué no se lo dejamos a estrategia del ejército y la policía, ellos saben cómo encontrar fácil al enemigo—Pablo organiza sus gafas miniatura.

—Pero para darles ideas, Pablo, hombre—le refuta Gustavo.

—Sí, eso eso—agrega el alcalde.

En el momento se acerca Cristina con vasos de jugos y unas galletas untadas de una crema. La mujer pide permiso y el alcalde le recibe amablemente.

—Pero saben una cosa, señores, deberíamos tomar más bien whisky para que nos fluyan las ideas—el alcalde le regresa la bandeja con todo a Cristina.

—Sí, sí, buena idea mi alcalde—Argemiro se mantiene al lado del alcalde, como un perro al lado de su amo, pero con la capacidad de cagar sus zapatos.

El aire sale de allí con más rapidez de ahora en adelante, de una manera lozana. Emerge el cielo sobre las ocho de la noche, dejando a la bancada del alcalde en su polémica y toma de decisiones. Se acerca por el lado de la plaza principal, viendo los militares esculcar todo en la vieja estructura de cultos católicos. Sobre la alameda, al otro lado de la quebrada, se acerca ahora el aire tibio, con mezcla de casi luna llena. El grupo de Cristóbal, Tomás, Enrico, Porfirio y hasta de Wendy se halla escondido como en un caparazón de tortuga, por debajo de la alameda alrededor del río. Por ratos sale Cristóbal para ver qué alcanza

a divisar en la plaza principal, los movimientos militares y de cualquier pisada.

Por momentos sólo se escucha el ruido de los grillos. Tomás está quieto junto a Porfirio; tiemblan por ratos de pensar que los puedan encontrar y ejecutarlos a todos. El movimiento en general se mantiene con su arma pegada al pecho, como un siamés. Los músculos de todos se mantienen rígidos, pero tratan de temblar al pensamiento de la sorpresa. No musitan una sola palabra. En medio de la oscuridad Cristóbal sólo hace el movimiento de un golpecito en la espalda a uno del grupo y con eso todos se incorporan sigilosamente y siguen la silueta de los cinco líderes.

Caminan con pisadas de pluma, ni siquiera se escucha la respiración, tan sólo exhalando el aire fresco de las ocho de la noche. Se van acercando más hacia la periferia del pueblo, por donde se terminan las casas de ese sector. Llegan de nuevo en medio del césped. Por unos segundos se escucha un pisar de botas corriendo, con afán y voces que gritan, y se paralizan, de angustia, empuñando las armas y con el índice en el gatillo. Pero pasa y no se escucha más, sólo un crepitar de grillos. La vida o Dios les empieza a poner todo, encontrando una casa muy al pie de un follaje de árboles. La casa está abandonada, apenas en ladrillo, con algunas divisiones; seguro alguna casa en

construcción, pero ha quedado en veremos. Cristóbal se pega muy bien al oído de Tomás y con mucho sigilo le dice.

—Yo sé, Tomás, que nos toca quedarnos quietos por esta noche aquí, con la ayuda de Dios nos vamos a lograr esconder muy bien, ya verá para que no nos encuentren. Mañana a primera hora, mañana cuando es domingo de ramos, usted sale escabullido y va a donde Leonel para que le entregue los artefactos que ya tenga hechos, ¿de acuerdo?

Tomás se pega también al oído de Cristóbal.

—Está bien. De todas maneras, somos pocos e insignificantes comparados al ejército, Cristóbal, eso lo sabemos por más poder y fuerza de voluntad y ganas que tengamos y con todas estas armas que usted nos ha conseguido. ¿Qué va ser de nosotros cuando se acabe la munición, que el estado dé la orden de matarnos...

Cristóbal le pone nel dedo en las comisuras de los labios a Tomás.

—Cállese, Tomás, cállese que la gloria de Dios es grande y ya verá cómo nos va a hacer salir de esta.

El silencio se resguarda de nuevo sobre las ocho y diez, con un cielo limpio y a un lado de adorno la luna casi llena. El aire se mese y sube tan rápido como puede, ondeando los cabellos de todos, acostados sobre la hierba. Ese aire llega tan rápido como puede a la plaza principal, por donde apenas se ven cuatro

soldados al lado de la iglesia, alerta con el arma. Sobre la casa del alcalde llega justo en el momento en que el general Tamayo llega a la puerta y toca. Abre Cristina y sigue, apenas quitándose el quepis y dejando a sus guardaespaldas en la moto. El alcalde y los demás miembros se paran para invitarlo a seguir a la reunión y darle la mano.

—Hola, buenas noches, señores, dice el general—se sienta en una silla que le pasa Cristina.

—Bueno, mi general, estábamos precisamente en el documento de este movimiento, haciéndolo realidad. Digamos que ya tenemos unas bases sólidas, unas reglas donde yo voy a ser el líder, usted el colíder y la bancada de llevar a cabo unos ajustes, sólo unos ajustes de orden que han decidido así: *Acatar todo mando mío y suyo como acción militar y deber militar, de no cumplirse acarrea sanción y expulsión del grupo; aprendizaje a diario de correctos instructivos militares y políticos antirreligiosos; Velar por el acuerdo y ley de constitución de no religión, por lo que informarán de irregularidades y planes que se lleven a cabo en cultos; incautar toda cosa religiosa que encuentren, con el fin de acabar con todo eso que exista; hacer crecer los valores de arte y ciencia y un total desarrollo al país; aumentar el capital y el tesoro del municipio para que se prospere cada día; poder y nobleza, nobleza y poder.*

Por algunos segundos el general se pega la mano a la mano a la barbilla, como pensativo. Después el alcalde mira a los demás que miran al piso, como escondiendo el rostro de vergüenza. Tamayo carraspea, saca de su bolsillo un pañuelo con la bandera del país y se seca el sudor de su frente.

—Bueno, pues acá me parece que habría que agregarle, como nosotros también pertenecemos al movimiento y también tenemos que velar por esta ley, que toda persona que se encuentre en estos nuevos delitos de moral que también pasen a ser juzgados por militares... pues, no sé.

— ¿Cómo juzgados, general? —preguntan todos al unísono.

—Pues que nosotros demos un aval antes de ser pasados a justicia penal, usted sabe, nosotros toda la vida hemos sido importantes en juzgar gentes y civiles también. Hemos sido de poder y me gustaría que el ejército tuviera más participación— El general se arregla el mostacho, como en un acto de arrogancia.

—Sí, sí, general, no hay problema. De todas maneras, nosotros sabemos que, sin la ayuda de ustedes, de sus estrategias y armas esta soberanía sería una mierda, una sola bola terráquea—comenta Alejandra.

Suena un teléfono y el general Tamayo contesta. Por algunos segundos contesta con voz de mando, mirando a todos.

—Bueno, de todas maneras, estar alerta, Mojica, en cualquier momento pueden tramar algo. Me mantienen informado cualquier movimiento—guarda su celular en el bolsillo—. Uno de los sargentos, que no encontraron al grupo de religiosos y que han buscado y nada.

—Se están volviendo una piedra en el zapato, general. Por eso necesitamos que a más tardar mañana en las horas de la tarde estén capturados y encerrados, como delincuentes. Esto es fácil, como quitarle el dulce a un niño. No nos puede quedar grande. Con eso el lunes tendremos esas cuatro paredes listas para demoler y empezar a gestionar infraestructuras de gran envergadura para el desarrollo de este país—el alcalde hace el ademán de amplitud con su mano por el aire.

—Sí, es cierto, señor alcalde, a más tardar en las horas de la mañana empezamos la búsqueda de nuevo, no se preocupe que contamos con los mejores hombres.

—Bueno, entonces, pues esto es en sí lo más concreto de la reunión. Son las ocho y media. Yo creo que la noche es joven y nos podemos tomar unos whiskies. ¡Cristina! Por fa, once whiskies en las rocas, dieciocho años, Buchanans; y algo de música ahí suave, jazz, bolero cubano, por fa—Rigoberto engruesa la voz, como para hablar muy intelectual.

—Una cosa, señor alcalde—interrumpe Vicente peinándose la barba con la mano—. En los proyectos de infraestructura qué

dice, ¿tendrá uno por ahí para la biblioteca de más de setecientos mil volúmenes?

—A su tiempo, Ceballos, todo a su debido tiempo. Por ahora disfrute del maravilloso whisky sobre las rocas y escuche esta sensacional música—el alcalde se arrellana en la poltrona, cierra los ojos y estira los pies.

—Y hablando de todo un poco, señor alcalde, ¿dónde está Teresa? —pregunta el general.

—Esa infame se largó esta mañana, se llevó todo. Mejor, mi vida sólo y el poder son más que suficientes para ser feliz.

— ¿Verdad? No sabía, señor alcalde.

Y el aire volátil que trae olor a whisky y a música vieja, se eleva tanto como puede, saliendo por la ventana, como en búsqueda de la última aventura del día. Las calles ya están desoladas, crudas, apenas los cimientos de casas y naturaleza. Por la plaza apenas los puntos incandescentes de los cigarrillos de los militares y un sin número de fuerza a la espera del enemigo.

Pero el aire sigue y va al otro lado de la alameda y el afluyente. Sobre los prados, donde se encuentran las últimas casas sin terminar, el grupo de Cristóbal y sus tres homólogos yacen tirados, observando el cielo negro y estrellado, sin una nube, apenas con el vaho tibio del día. Cristóbal tiene comezón del césped, Tomás juguetea con una piedra, Porfirio se mantiene

sentado y Enrico junto a Wendy contando peripecias en voz muy baja de la vida. Mientras el aire que ha llegado se disipa, Cristóbal se para, como si una idea brotara desde su interior y quisiera llevarla ya a cabo. Se incorpora, respira fuerte y para a Tomás de la ropa. Habla en un tono más alto.

—Señores, yo no me voy a quedar aquí, este escondrijo me estresa. Lo mejor es que vayamos con sigilo a la casa de ese puto alcalde y acabemos con todo eso. Lo más posible es que la iglesia ya la tengan demolida; ah, y el resto de los nuestros, la secretaria, el par de monaguillos y la aseadora, hay que ir por ellos para que se una más gente a este grupo.

Todos se incorporan lentamente, con modorra, apenas tomando el fusil sin gracia.

—Pues usted nos dirá, Cristóbal, qué hay que hacer—dice uno de los hombres.

—Pues sí, ataquemos, no quiero esperar a mañana. En Italia, el país de mi cuna, estamos acostumbrados al *adesso, già, al ipso facto*. Así que vamos, escabullidos, como panteras al ataque. Yo sé que Dios nos presiona para que de una vez por todas salvemos su iglesia; y eso ya no se logra ni con diálogo ni con papeles o acuerdos, sino con armas, asesinando como en tiempos de Dios en la tierra, con la orden de matar y ese es lo que me dice Él desde el cielo, acá en mi alma. ¡Así que Vamos!

Todos hacen un argggg con la garganta y algún búho que ha estado en una copa de un árbol sale volando. Pasan la alameda y luego la quebrada que se encuentra seca. Tomás va adelante para advertir gente o militares, pero apenas ve es polvo. Avanzan agazapados, despaciosos para no levantar sospechas. Siguen por toda la orilla del pueblo, por donde apenas se ve el inicio de la cordillera. Caminan con el fusil pegado al pecho, como si fuera un instinto de estrategia militar, nunca han tenido la instrucción, pero para ellos Dios les ha puesto la sabiduría de actuar como debería ser.

Se arremangan la camisa, los pantalones y se quitan los zapatos y sin ninguna orden, ni siquiera de Cristóbal, porque simplemente hace lo mismo que los demás. Ahora sienten cada piedra en la planta de los pies, pero orgullosos de sentir la tierra que les ha dado Dios por siglos. Por algunos segundos caminan a pasos largos, giran para regresar hacia el pueblo, pero por la parte de atrás que da a las casas quintas. A partir de ahí caminan despacio, como tortugas. Las nueve de la noche se imponen sin más ni más, el día cavila como el cielo cavila sobre la luna casi llena.

Y en el momento es que son las nueve, cero minutos con veinte segundos, el primer disparo sobre la casa del alcalde se escucha, como un estruendo sigiloso. Cristóbal, Tomás, Enrico,

Porfirio y Wendy se echan a un lado para que todo el grupo arremeta contra las puertas y las ventanas de la casa.

Desde adentro, mientras la música y el whisky hablan de los quehaceres de la vida, escuchan el primer disparo y se tiran al suelo; unos más asustados salen para el segundo piso. Mientras Cristina yace en la cocina poniendo más hielo al whisky, uno de los disparos entra sobre el costado de su cuerpo y cae al suelo. El alcalde mira asustado al general, y este lo único que hace es coger su teléfono y llamar a uno de los comandantes para dar la orden de llamar muchos soldados para que los defiendan.

— ¡Rápido señor alcalde, para arriba, nos van a matar! ¡Yo me voy ya para la base!

Pero se mantienen agachados, junto a Alejandra que llora y se cubre la cabeza. En menos de cinco minutos los soldados llegan y el intercambio de disparos no se hace esperar. Mientras tanto el alcalde sube a toda a su biblioteca, del cajón saca una pistola Pietro Beretta y la mete a su bolsillo. Manuel, Gustavo y Manuel se encuentran en la habitación del alcalde, salen de debajo de la cama, temblando como patos en el agua.

— ¿Quién nos atacó, señor alcalde?

—Detrás de esto está el grupo ese de religiosos y yo creo que es hora de acabar con esto de raíz con esos hijueputas—Marca las teclas temblándole la mano. A través del teléfono se escucha una voz chillona.

—*Buenas noches señor alcalde.*

—Buenas noches, señor presidente. Disculpe la hora de la llamada, pero la novedad es que esos perros de la iglesia me atacaron la casa, y acabaron con parte de la fachada—el alcalde se calma y observa a Pablo que viene corriendo.

— ¡alcalde le dispararon a su sirvienta Cristina!

—Ya escucha, señor presidente, necesitamos su orden para atacarlos también, vivos o muertos. Hay que acabar con esta gente, no se dan por vencidos.

—*Bueno, está bien. Ataquen, neutralícelos, y si es necesario...acabe con ellos. La verdad el informe de los investigadores franceses nunca llegó. Pero ya es una situación que se sale de las manos, por ende, ataquen. Yo mañana decreto a nivel nacional la orden de disparar a todo religioso que esté cargando objetos y no se haya resarcido a la nueva vida cultural. Mañana yo convoco a reunión de leyes para concretar con esto de una vez por todas. Mañana esté pendiente de la televisión para el comunicado de prensa de lo que se viene. Esto ya es a otro precio*—por un momento hay un silencio. Afuera el alcalde escucha que gritan y el alcalde mira por la ventana de su cuarto. Más disparos.

—*Por ahora dele la orden al general que ataque con sus mejores hombres, manténgalos al límite. Sólo le pido alcalde que*

no se vaya a dejar coger el pueblo de selva y mucho menos de dejarse invadir de salvajes.

La voz se pierde. Rigoberto baja rápido y ve a Cristina tirada en la cocina, con sangre que ya corre mansa. Los de la bancada se mantienen echados en el piso, con las manos en la cabeza. Alejandra se incorpora y mirando para todos lados los daños pega un grito.

— ¡Nos pudieron haber matado, alcalde!

— ¡Cálmese, Alejandra, toca acostumbrarnos! Acabo de hablar con el presidente y la orden es matarlos. Que va a convocar una especie de asamblea para tomar decisiones políticas de poder de gran importancia.

—Qué bueno. Con eso esas bestias se acaban.

Cuando ya dejan de escuchar disparos, todos salen y se sientan sacudiendo los vidrios de las poltronas. Hay un silencio momentáneo, donde los músculos de los rostros se mantienen intactos, sin que les llegue la orden del cerebro de ser movidos; sólo la del alcalde.

—Bueno, yo creo que vamos a la base para que el general le dé a cada uno un fusil de asalto y así se puedan defender.

—Pero no sabemos manejar un arma—dice Pablo arreglándose la boina.

—Y cómo creen que hizo esta gente si no saben disparar, nunca en su vida habían cogido un arma y ahí están, aburridos

de la existencia, queriendo que nosotros acabemos con sus almas equivocadas y desviadas.

Van saliendo. El alcalde mira a los lados, pero no ve los guardaespaldas, y ciertos nervios siente en su vientre. Caminan uno pegado al otro y hasta cogidos de las manos, temblando y apenas odiando la noche. La luz se va en todo el pueblo. De pronto se sienten más tranquilos; y caminan más rápido. El alcalde va de primera fila junto a Alejandra que se agarra a la manga de su camisa; los otros, si al caso, se cogen de su espíritu temerario para seguir. Pablo se detiene por un momento cuando pisa algo blando en el piso.

—Hágale, hombre—le dice en voz baja Gustavo.

A lo lejos escuchan otros disparos, por lo que se resguardan por un momento en una de las casas a la salida del pueblo. Cuando ya toman la carretera caminan mirando a cada rato para atrás. La única luz que pueden notar es la de la luna que refracta el asfalto. Sus corazones sienten sosiego. Cuando se van acercando a la base ven que ya no hay ningún soldado en la vigilancia del retén. A la entrada sólo se encuentra el comandante hablando por radio teléfono.

—Bueno, mi general, cambio...

Todos van ingresando. El alcalde se acuerda de Argemiro para que ubique al general, pero no lo ve.

—No sé, señor alcalde, él salió en el instante en que empezaron a disparar, seguramente, porque cuando los disparos pasaron la puerta estaba abierta—dice Alejandra sacando un cigarrillo de la pretina de su pantalón.

—Que ingresen dice mi general, que él está en el bunker organizando la arremetida—dice el comandante.

Cuando van entrando, el comandante los detiene.

—Señorita, qué pena, pero no puede entrar fumando a la base.

—Pero porqué me va a prohibir, usted que depende de nuestras leyes, nosotros somos los que formamos país, sargento.

—Sí, señorita, pero nosotros los cuidamos a ustedes, la soberanía y que usted duerma tranquila.

— ¡Me importa un pepino, nosotros somos los del poder y usted un simple militar de mando y arma! ¡Mande a sus hombres de bajo rango, yo estoy por encima de usted!

El alcalde le coge el cigarrillo y se lo tira al piso. Simplemente entran trotando, mirando el reloj que avanza a las nueve y cuarenta. En el bunker hay una serie de hombres con uniformes especiales, botas diferentes y una maleta alta en la espalda, con granadas y gases que llevan en los chalecos. El general advierte al alcalde y a sus miembros que vienen con rostros pálidos. Los hombres se retiran luego de algunos minutos.

— ¿Ya encontraron a esta gente, los neutralizaron? — pregunta el alcalde con voz de angustiado.

—No, mis hombres están en la búsqueda, pero es como si desaparecieran sin más ni más.

—Hablé con el presidente hace rato y me dijo que mañana hacía una reunión de tomas de decisiones importantes para el país.

—Yo hablé con él también apenas entré a la base, alcalde y me dijo que mañana iba a ser un día importante en la historia de este país, que si tenía que responder con violencia lo iba a hacer. Las políticas van a cambiar, señor alcalde, así que prepárense porque el presidente está viendo que no todos los religiosos se dieron por vencidos.

—Excelente. Yo creo general que nos quedamos esta noche en la base—dice el alcalde perdiendo mucho de su voz de poderío.

Por algunos segundos el general se queda en silencio, mirando al horizonte y a los insectos que revolotean la bombilla del bunker.

—No señor alcalde, qué está diciendo, hoy en la base no hay nadie durmiendo, todos los soldados y todos los comandantes y hasta yo, el general de toda esta joda no puedo dormir. Toca con los ojos abiertos, mi alcalde—el general hace un ademán de apretar los labios y le da unas palmaditas en la espalda—. Ya en

un momento uno de los hombres de la armería les va a dar a cada uno un fusil de asalto, galil y eme sesenta parta que ataquen. De ahora en adelante, según lo que le entendí al presidente, es que mosca que se mueva sin estar en ley o autorizada, mosca que muere aplastada. No quiere revolucionarios, no quiere protestas tontas, no quiere ni el más mínimo robo o delito porque será pena de muerte. Eso me dio a entender.

Por un momento el tiempo se detiene, todos en silencio pensando en lo dicho por el general. Sienten una ansiedad horrible en sus estómagos, helado y luego baja a los pies. El alcalde se lleva la mano al mentón y luego las aprieta como en un acto de nervios. Se miran unos a otros, sin saber qué decir. El alcalde se le entumece la boca, pero es capaz de soltarla.

—Por mí no hay problema, nunca he disparado un arma, pero si es por el país que me ha visto crecer, pues me doy contra el que sea, ¿sí o no bancada?

—Pues sí...

Cerca de la armería el grupo se hace en una fila, donde el primero es el alcalde, al que le dan una eme dieciséis y a los otros el galil común de asalto. Sobre las nueve y cincuenta la luna ya palidece por el norte junto a una pequeña nubosidad y alumbrando las praderas del pueblo. El general los organiza con los siguientes hombres que vienen empuñando el arma y el

chaleco antibalas ceñido al pecho. Van saliendo con un cántico de fortaleza y ánimo.

—El arma tomaré y mi alma pondré. Pondré el alma a mi arma y el arma se la pondré a un hombre de pensamiento obsoleto. Lo obsoleto es la religión y mi arma pondré sobre su pecho...

Se suben a los jeeps militares y Alejandra y otros de la bancada trastabillan al subir. Arrancan, con el motor chillón del diesel. El pueblo es solitario, como si la gente ya hubiera huido, pero tan sólo se resguardan en las casas figoneando por las ventanas al ver pasar el convoy de militares.

Al otro lado de la quebrada el airecillo ha llegado muy veloz, percibiendo la caminata y el escondijo del grupo de religiosos. Tomás se detiene y se tira al suelo de cansancio, no puede más, sus piernas son un vástago casi a partirse; muchos otros también se sientan, sintiendo el colchón del césped y una que otra piedra en sus espaldas. La ropa los siente sucios, sudorosos y ya sin dos días de baño. Sus rostros son apenas trozos de grasa mezclados con hollín y un sin número de bacterias. Pero a pesar de eso luchan y están atentos a la sonrisa de Dios por su lucha hacia Él.

—Yo creo que más bien acostémonos, es más difícil que nos encuentren en esa posición—dice Cristóbal también jadeando.

Tomás siente alivio en todo su cuerpo. Escuchan que pasan los carros militares y voces fuertes con el llamado a la búsqueda. Pero a las diez en punto todo queda en silencio, sólo una masa amorfa de oscuridad se nota en el aire crudo y seco de verano extremo. Tomás y Cristóbal son los que tienen los pensamientos más acordes: pensando en la huida de la mañana, en el encuentro y en la ida hasta donde Leonel para que les dé sus artefactos de castigo. Sin embargo, todos callan, sólo son el césped más, con un alma preocupada y guerrera. Tomás vuelve a sus pensamientos, a los recuerdos de sacerdote y a su comunidad de fervientes que creían en él. Piensa en su padre, aquel día en que murió entre sus manos cuando ya iba a ser ungido por la iglesia como el nuevo soldado de la legión de Dios. No lo alcanzó a ver con sus prendas de padre, como tampoco lo estaba viendo luchando por Dios, por su casa y por su comunidad. El pensamiento empieza a desaparecer, a esfumarse en su sueño, diluyéndose con la punzada de nuevo en su estómago. A pesar del olvido por unos días de Dios se duerme con su imagen.

Domingo

El aire suave pega en el rostro de Tomás a eso de las cinco de la mañana. Se despierta Asustado, inmerso en una pesadilla que ha tenido durante toda la noche. Mira para todos lados, se toca por todas partes y se siente completo, con su grupo. Gira para mirar a Cristóbal que yace de medio lado, dormido. Lo mueve fuerte con el pie para que se levante. Cristóbal se sienta, pero vuelve y se tira al césped, repitiendo entre dormido.

—*Per favore portami lo zucchetto per la messa. Dominus vobiscum.*

Tomás lo escucha y sonrío. Cristóbal se da la vuelta, creyendo dormir en su cómoda cama del Vaticano, con lujos y con un favoritismo y cuidado de rey. Pero se despierta, sintiendo el pasto fresco de la mañana, apenas un colchón de rocío con trozos de espuma dura. Se extiende a lo largo del pasto, acomodando sus piernas en sistema fetal. Enrico saca una pomada de su bolsillo y se la da a oler. Cristóbal se despierta, dándose cuenta de la realidad, viendo un poco de gente sentada a su alrededor esperando las instrucciones del día. Cristóbal los cuenta con el dedo. Apenas cuenta con sesenta y cinco.

—O por Dios nos han matado a cinco miembros del movimiento.

—Sí señor, pero nosotros les desbaratamos la casa al alcalde y ya varios militares—dice Tomás brillando el cañón de su fusil con la manga de su buso.

—Bueno, hoy es la misma estrategia, escabullirnos, disparar, correr; escabullirnos, disparar, correr. No lo olviden. Tomás y Porfirio van a ir donde Leonel a que le entreguen ya los artefactos que tenga hechos. Hoy, recuerden, que se celebraba domingo de ramos y es un día especial, y que mejor que celebrarlos con ataques y de castigo a vieja usanza de la inquisición, que se pudran y se desangren en su propia mierda de sangre.

Todos hacen ademán de levantar la mano y de gritar con ahínco, muy bajo para que no los escuchen.

—Entonces, hombre de Dios, en sus manos está traernos esas máquinas—Cristóbal se enmaraña aún más su cabello desorganizado de la mañana. Se sienta sobre un tronco y empieza a revisar su munición de los bolsillos, encontrando apenas doce cartuchos.

—Otros dos voluntarios para que vayan muy escondidos a la iglesia y me saquen una caja de munición—Cristóbal se concentra ahora en la limpieza del cañón.

—Pero la encontraron y ya la debieron incautar, Cristóbal—comenta un hombre de estatura alta y algo fofo.

—No, donde la escondí, no. En el patio, en la esquina donde está la mata de sábila, hay una tapa en madera que simula ser un subterráneo de agua, ahí están todas las armas y las cajas. Todo está bajo control, no se preocupen. Yo pienso y actúo y Dios Protege.

El par de hombres salen, con la firmeza de un militar consagrado. Tomás y Porfirio hacen el ademán de despedida y caminan por la ladera abajo, apenas observando las casas a no más de doscientos metros. La madrugada termina, dejando entrever un cielo limpio y con la mancha solar por el ascendente. Tomás se observa sus manos, sucias y llenas de tierra; se toca el cuello y no siente su clériman, ni su vestimenta para oficializar la misa como es costumbre los domingos. Saben que es domingo de ramos, ese primer día de la semana santa para recordar que Jesús fue salvador de la humanidad y quiso derramar sangre para el pecado ante su Padre. Las ramas con las que había sido recibido al entrar en Jerusalén.

Tomás se mantiene pensativo en Jesús, en los ramos, en la historia, en las máquinas y hasta en sus vestiduras de misa de domingo. Porfirio, también desarrapado, con ropas de dos días, mira al cielo y luego al suelo en la semioscuridad. No cruzan palabras, se mantienen firmes en la caminada. Tomás le voltea a mirar, luego Porfirio con una sonrisa diseñada sobre las cinco y veinte. A pesar del silencio, Porfirio lo corrompe.

—Imagine usted padre...Tomás, que diga, hace casi una semana estábamos tranquilos, con nuestra vestimenta, en nuestra iglesia pensando en los feligreses y yo manejando las leyes canónicas—Porfirio sigue mirando al suelo.

—Sí, Porfirio, pero nos toca porque Dios nos ha elegido entre cientos de devotos para que salvemos su iglesia. Hoy era domingo de ramos, hoy deberíamos estar alistando todo para la misa, alistando el púlpito y convirtiendo la casa de Dios en una fiesta—Tomás baja la voz cuando siente caminadas a lo lejos—. Agachémonos.

Por unos segundos vuelve el canto de los grillos. Se incorporan y de repente, como si una sombra negra cruzara el más allá, se detienen y se tienden de nuevo.

—Es sólo los nervios—comentan.

Luego de algunos minutos de caminata, cuando ya doblan la punta del pueblo y cruzan la quebrada, de la garganta de Porfirio salen dudas y sentimientos que ha dejado a un lado por efecto de la búsqueda al alcalde.

—La iglesia ya debe ser un poco de escombros malolientes, un poco de yeso y cemento con un campanario por donde apenas cruza el aire—Porfirio refriega sus ojos por efecto de las lágrimas y esconde el rostro para que Tomás no le vea.

—Sí, pero es el precio que se debe pagar para combatir el estado, así la veamos vuelta añicos. Yo sé que Dios, allá en cielo,

apenas vea que le hemos salvado su religión y su iglesia, nos la dará de nuevo: una inmensa, llena de oro, en esmeraldas, todo a lujo de Vaticano.

— ¿Qué le ha parecido hasta el momento la actuación de Cristóbal y Enrico?

—Pues en lo normal, en lo que cabe su lucha por la iglesia. Él es un hombre ya recorrido del mundo, que sabe de hombres de poder y cómo lo manejan y tomar las mejores decisiones— Tomás esquiva una piedra que hay por el camino, saltándola.

—Pues no sé si se dio cuenta que él fue quien le disparó a la mujer que estaba en la cocina de la casa del alcalde.

Por un momento hay un silencio, donde Tomás sigue caminando y Porfirio mirándolo, esperando su respuesta u opinión.

—Pues... no, yo la verdad estaba disparando al alcalde, a la cabeza principal de este asunto... ¿Y usted?

—Ummmm, no pues yo estaba afuera esperando a que nadie saliera para tomarlo y así dispararle... ¿ya ves?

El domingo va aclarando paulatinamente sobre las cinco y cuarenta. Más allá, cuando ya van doblando las casas aledañas de estrato bajo, alcanzan a divisar la plaza principal, pero no ven soldados, ni movimiento de gente, sólo perros callejeros y unos gatos. Por la parte trasera del taller de Leonel hay un poco de herramienta tirada, un carro oxidado y hasta una máquina de

agro. Cogen una piedra y muy suave le pegan al portón, pero no hay respuesta. Vuelven y dan el golpe, pero no tienen suerte.

—Ah, toca así—dice Tomás cogiendo una piedra más grande y tirándola contra la puerta.

El portón suena fuerte y se agachan a toda. Al minuto sale Leonel aún con cara de dormido, una bata en toalla y una vela en la mano. Por un momento se refriega los ojos, mira su reloj y la vela cae al piso cuando sus manos empiezan a temblar.

—Ah, padres, ¿qué los trae tan temprano por acá?

—Hola Leonel, es urgente, necesitamos las máquinas que ya tenga terminadas, las necesitamos, pero ya—dice Tomás entrando disimuladamente al taller. Porfirio entra también.

Por un momento el hombre no contesta, mirando para todos lados de su taller. Tomás y Porfirio también circulan la vista por el lugar, para ver si ven sus máquinas; por un lado sólo divisan cuerdas, tablas, tabloides y un sin número de tornillos, poleas y balancines.

—Pues estuve trabajando hasta tarde pa...

—Señores, Leonel.

—Señores, disculpen y logré sacarles la garrucha, el tormento de agua; al potro me falta instalarle las poleas, a la cuna de judas ajustarle la pirámide y a la rueda la palanca porque en ese momento se me acabó la madera.

—Ah bueno, buen hombre, le rindió de todas maneras, sabíamos que Dios no lo desampararía en este trabajo, le dio la sabiduría—Porfirio le da unas palmaditas en la espalda.

—Yo creo que nos llevamos entonces la garrucha y el tormento de agua.

— ¿Y cómo se lo van a llevar?

—Usted tranquilo, Leonel, nosotros nos llevaremos esto con mucho cuidado. Usted preocúpese por terminar de aquí a la tarde los otros tres artefactos que nosotros pasamos a eso de las cinco de la tarde; escuche bien, cinco de la tarde. El dinero, ah el dinero que mejor se puede llevar estar sentado a la derecha de Dios en el lecho de muerte, llegar al cielo y no irse para el infierno a la izquierda del diablo—Tomás le ayuda a Porfirio a coger la base del tormento de agua y van saliendo. Leonel sólo observa, ensimismado.

—Si quieren pueden echar las piezas en esta caja para que lleven todo más fácil, sólo es cuestión de armar en el momento en que las vayan a utilizar.

—Gracias, Leonel—Tomás se sube el pantalón y junto a Porfirio miran de lado a lado, ya con el cielo casi azul—. Y otra cosa, hombre, recuerde que usted a nosotros no nos ha visto ni nos hizo nada.

—Listo, sí señor. Una pregunta, ¿fueron ustedes los que anoche atacaron la casa del alcalde? —Leonel se toca su casi calva cabeza.

Apenas lo miran y se limitan a caminar, fisgoneando de lado a lado, alerta a cualquier presencia. El reloj ya da las seis, viendo el cielo limpio, sin nubes y apenas la casi luna llena en silueta por el norte. Se escabullan un poco más hacia la ladera para que sean menos visibles. Porfirio va con los brazos pegados al cuerpo llevando la cuerda y unas poleas; Tomás en las dos manos las bases, un poco más pesadas por la madera gruesa. Después de dos días siente hambre, como también debe sentirla Porfirio, pero se mantiene tranquilo. Tomás siente la ansiedad del alimento, pero a la vez siente la punzada en el estómago, sin haberle molestado durante dos días, incluso ya se le había olvidado. Pero vuelve la molestia; lo incomoda, pero se mantiene firme en el objetivo de lucha por Dios.

Caminan por toda la orilla de la quebrada, siempre en la retina el otro lado, donde se ve la alcaldía, pero sin ningún movimiento. Cuando llegan al final de la ladera, por donde se alcanza a ver parte de la iglesia destruida, siguen. Descansan por algunos minutos, donde se tienden sobre el pasto y la arena. Se quedan mirando al cielo, boca arriba y con las manos en el estómago. Tomás imagina el rostro de Dios en el cielo, moribundo, cansado, a punto de una bomba a estallar y va a

morir y ellos deben desactivarla para salvarlo; por un momento piensa en su niñez en la casa, cuando jugaba a que era el reino que dominaba el mundo, a su preferencia; escogía el día y la noche y hasta la lluvia. Su padre le había dicho que ese reino que imaginaba era Dios, por lo cual podía seguir y conquistar algún día. Porfirio, siempre atento a los ademanes y decisiones de Tomás, también observa el cielo, pero con el rostro demacrado y con debilidad.

—Ya tengo hambre, no comemos desde ayer.

—Cierto, pero toca aguantar, Porfirio; no olvide que cuando salvemos el reino de Dios nos tendrá un banquete en su honor.

Se incorporan, cogen la caja, las poleas y las cuerdas y se encaminan de nuevo, siempre alerta a los movimientos de los militares en el pueblo. Las seis y quince se dibujan en el cielo, ya claro, con el asomo del sol por las casas quintas, con un poder de calor como nunca antes, sobre los treinta grados para empezar. Ya sienten las gotas de sudor por su frente, pecho y espalda, pero caminan, tienen ya dos armas poderosas que les hará temblar de miedo. Diez minutos después se van acercando donde todo el grupo, donde ven a Cristóbal, a Enrico y a Wendy dando más munición para todo el mundo. El grupo se para y reciben a Tomás y Porfirio con el rostro lleno de sudor.

—Tomen agua, señores—dice Cristóbal con las manos en la cintura y una toallita en el hombro—. Conseguimos este balde

de agua en el riachuelo. Por lo menos hidrátense, comida ya Dios nos pondrá en el camino.

— ¿Y si pudieron entrar a la iglesia por la munición? — pregunta Tomás bogándose el agua hasta mojarse el buso.

—Sí, claro, de todas maneras, el par de hombres, Germán y Eduardo, llevaron sus fusiles alertas y nadie se arrimó por ahí; la iglesia la destruyeron en la parte de atrás. Pero por lo que vemos retiraron a los soldados para una mejor ubicación, creemos nosotros, o simplemente Dios nos ha hecho invisibles.

—Excelente—dice Porfirio terminando el agua.

— ¿Bueno, señores, entonces les dieron cuáles máquinas?

—La garrucha era la que tenía lista y el tormento de agua— Tomás saca todo de la caja, como en una exposición lo va dejando en el suelo—. Y que las otras tres las entrega por la tarde.

—Aunque, bueno, en la tarde ya va estar más difícil para ir a pie, pero podemos decirle a don Evaristo, el que nos trajo de la capital. Bueno, la idea es ésta señores, y ya lo he venido pensado en este rato: la mitad de ustedes se van a ir a atacar por el pueblo, donde haya gente. Algunas personas que usted coja en los brazos las van a amarrar, como si las estuvieran secuestrando. Nosotros, el reto, vamos a estar aquí terminando de armar este par de belleza de castigo para la gente que ustedes traigan, ponerlas en estos artefactos y ponerlas a sufrir. La

salvación será que repitan el *credo*, pero si no, simplemente les aplicaremos su castigo y para el infierno por impíos.

Todos asienten y con las manos dan aprobación de excelente. Cargan sus armas en un acto de valentía, de querer ya disparar, pero Cristóbal aún los detiene.

—Les recomiendo, movimiento revolucionario de Dios, que sigamos buscando al par de niños, los monaguillos, la aseadora Rosario y la secretaria del padre Tomás, Lucrecia.

— ¡Listo! —gritan al unísono todos.

Salen en fila, por la quebrada abajo, dispuestos, pisando apenas pura arena y sin nada de agua desde hace más de dos meses. El aire viaja un poco más allá de la fila, pasando por encima de los árboles que dan a las casas quintas y luego por algunas calles por donde sólo caminan perros y luego al parque principal, con la fuente seca y lleno de hojas secas. En la alcaldía, a pesar del dominical, recorre el alcalde con su gente, algunos militares y el general los pasillos del edificio. Han dormido sobre cartones y en colchas, uno pegado al otro, con nervios y con el arma pegado al pecho. Pero no han tenido que hacer uso de ella, la noche ha sido pasado por algunas imágenes en la mente del alcalde, quien ha soñado con lirios, recorriendo un valle y con ropa de niño, pero ya adulto; luego luchaba con un dragón pequeño, al que no podía dominar. Recuerda el sueño y se

refriega los ojos. Va a buscar tinto a las grecas, pero no está si no el tamiz sucio del día anterior.

El general mira por la ventana, disimulado, con un rostro demacrado, marcado de arrugas alrededor de los ojos y ojeras violáceas. En el momento suena una interferencia en su radio teléfono y una voz le alerta.

—Adelante.

—*Mi general, para solicitarle. La novedad es que tengo un señor que dice ser periodista y quiere hablar con usted o el alcalde. Cambio.*

—Un periodista en estos momentos...no sé. Espere—se acerca a Rigoberto que se mantiene observando por la ventana el parque principal—. Alcalde, que hay un periodista buscándonos, qué dice, ¿lo recibimos?

—Ah, viene a jodernos ese man ahora. Pues... yo creo que sí. Lo que pasa es que no le digamos que los religiosos formaron una revolución, que tenemos todo bajo control.

—Está bien. Escuche, mi soldado, dígame a este señor periodista que se acerque aquí a la alcaldía, que con el mayor de los gustos lo recibimos. Cambio.

—*Recibido mi general.*

Toda la bancada del alcalde escucha y se empiezan a acicalar para la entrevista. El alcalde está con la misma ropa del día anterior, pero se mantiene con el cabello firme, peinado hacia

atrás y con entradas más pronunciadas. Todos van a la puerta de la entrada para esperar al hombre. El general advierte los comandos en la plaza y les ordena la retirada, pero que no descuiden el ataque inminente del enemigo. El sol ya reina sobre la mañana sobre un justo tiempo de veinte para las siete.

El hombre dobla la esquina a pie. Viene con una camisa blanca y un jean. En la mano un teléfono celular, audífonos y muy bien lustrado todo su cuerpo. Se va acercando a la alcaldía, donde ya lo esperan con las manos abiertas todos. Llega el hombre, con la frente mojada, apenas disimulando el cansancio.

—Buenos días, mucho gusto, ni nombre es Ramón Vanegas y soy periodista de la mejor prensa de este país—el hombre le da la mano a cada uno. Tiene apenas una voz gruesa y audible. Pasa su tarjeta profesional—. Me gustaría hacerles un par de preguntas cortas, no los voy a demorar mucho. Como he oído que la gestión que usted ha hecho aquí en el pueblo es buena.

—Por supuesto, hombre, ha sido excelente. Siga—dice el alcalde haciéndolo seguir y cerrando la puerta de la alcaldía.

Lo hacen pasar a la oficina del alcalde, donde se ve el cesto de papeles llenos, café tirado por encima del escritorio y en general un ambiente de polvo. El periodista se sienta y empieza a alistar en su celular la grabación con un pequeño micrófono que le pone en el cuello del camibuso al alcalde. Los demás se sientan atentos, a la espera de cualquier pregunta para ellos.

—Bueno, señor alcalde, me gustaría que nos hablara un poco de su gestión en el pueblo en estos tres años, cuál ha sido sus fortalezas y sus debilidades en el direccionamiento del pueblo.

Rigoberto piensa por algunos instantes, con la mano en el mentón. Finalmente decide su respuesta.

—Pues sí, mis fortalezas ha sido la recapitulación de la deuda para la inversión en obras sociales. He estimulado la inversión agropecuaria y económica luego de una recesión y he establecido parámetros de comunicación entre la gente y este servidor—el alcalde sonríe y entrelaza las manos.

—Muy bien, señor alcalde.

—Mis debilidades, quizás, han sido consecuencias de una demora en los pagos a regalías por explotación minera. Pero eso no es problema, para finales de este año eso queda solucionado con el aval del presidente que ha gestionado esos pagos para nosotros.

— ¿Qué piensa de la decisión del país de acabar con las religiones; usted sabe que es un tema coyuntural y hace parte de su gestión? ¿Cómo lo ha afrontado y qué ha hecho para reubicar toda esta gente de las religiones?

Rigoberto piensa, con una gota de sudor por el calor o por nervios, no lo sabe. Mira al general, pero este también mira a otra parte, como si tuviera la responsabilidad de responder, pero también la evade.

—Pues son decisiones del gobierno que nosotros acatamos al pie de la letra, aunque la verdad me parece que esta gente no tiene la culpa de sus creencias, tocaba ser un poco más tolerantes con ellos. Pero, en fin, ya estamos tomando medidas de reubicación, otros se han ido y como usted lo puede notar todo es paz y tranquilidad, con un ochenta por ciento de la gente produciendo dinero y el otro veinte en estudios.

—Muy bien, alcalde. Después de que ya la religión, por constitución, esté abolida, ¿Qué van a hacer con los creyentes, ¿cómo les van a convencer que todo lo que tenían en la cabeza era producto de su imaginación? Me gustaría que le contara a los demás para que ellos tomen el ejemplo de su gestión.

En esta pregunta Rigoberto vuelve y mira a un lado, como para pensar muy bien en lo que va a decir, mirando a su bancada esta vez, pero nadie a su encuentro con el alma de incertidumbre.

—Pues lo importante es que deben dedicarse a su oficio, a su trabajo y a sus aficiones. Se les pondrá en clases de idiosincrasia, que nuevas creencias en ciencia son verídicas y que sus ideas eran banales y no tenían fundamentos. Cosas de psicología, que llaman. Tendrán que darse alguna vez cuenta que su Dios y en todo lo que adoraron eran simples cuentos sociales, de tradición, que la cultura y el conocimiento es el cambio.

— ¿Cómo van a hacer para controlar a la gente de que no conserven más imágenes, ni oraciones, ni cualquiera de los artefactos religiosos, ¿cómo van a controlar eso?

—Muy bien, en eso si ya había pensado: Mensualmente se les hará una visita de hogar, donde tendremos el acompañamiento de policía para esculcarles cualquier cuestión de religión que tengan. Si se les encuentra serán multados; por segunda vez cárcel y por tercera vez la pena de muerte, quizás.

— ¿Pero ya está avalado por sala de leyes y presidente?

—No, señor periodista, como le digo la idea la tengo y debo radicar eso al presidente para que se lleve a cabo en salas de leyes y sea aprobado, como todo en este país de democracia.

Por unos segundos el hombre revisa su celular, como para buscar otra pregunta. Por la ventana llega un aire de un grito, pero apenas audible. El periodista se incorpora, da un tac a sus zapatos y le pasa la mano al alcalde.

—Señor alcalde, déjeme felicitarle, su gestión ha sido la mejor en mucho tiempo de este país, por eso lo escogí a usted para esta entrevista. Saldrá en la prensa del país el día de mañana muy temprano—Le da la mano a cada uno y se inclina, como en modo de rendición.

El hombre sale, caminando por en medio de la plaza. El general, el alcalde y los demás vuelven a la oficina, en silencio, pensando en todo lo que le han dicho al periodista y en lo que

puede escribir en la prensa para todo el país. Cogen sus armas de nuevo, ahora tranquilos, sin más preocupaciones. El alcalde mira por la ventana de su oficina y sólo ve al hombre que se ha sentado en las bancas, hablando por teléfono.

—Ese periodista no se ha ido, general.

El general se arrima con la bancada a la ventana y sus mentes tiemblan, temiendo cualquier arremetida. Se quitan de la ventana, como en acción de esperar de que el hombre se marche. Luego de algunos minutos ya no está. Se tranquilizan.

—Bueno, esperemos que la noticia de este man no nos perjudique la gestión ni la arremetida contra esta gente.

—Lo importante aquí, creo yo—dice Rogelio organizando el fusil en su hombro—, es esperar las reacciones del gobierno y de los demás, de pronto la medida que estamos pensando tomar le agrade al presidente.

—Pero yo digo...

En el momento en que va a refutar Alejandra, disparos y gritos se escuchan en la plaza principal. Bajan a toda con el fusil en el hombro, temblándoles las piernas.

— ¡Señores, por favor, yo sé que no tienen instrucción militar, pero por lo menos con el fusil apuntando, de frente, por favor!

Todos obedecen. El alcalde se asoma por la ventana de la puerta y ve la muchedumbre de religiosos disparando contra los militares. Alcanzan a ver que los militares llevan protegidos al

periodista que ha salido hace unos minutos de la alcaldía. El general mira al alcalde y se pega en la frente con la mano.

—Ahora si nos jodimos, alcalde. Ahora si nos jodimos.

—Lo mejor es que lo maten. Deles la orden a sus hombres.

El general, a través de su radio, se comunica. El sol es intenso, bárbaro, una llamarada de infierno, sin nubes y apenas tuesta al reloj sobre las ocho de la mañana.

— ¡Repito, sargento, mate al hombre que tienen en las manos, a ese de jean y camisa blanca, por favor!

—*Erre, mi general.*

El aire tostado viaja hacia la plaza, por el parque y hace volar las palomas. Uno de los militares, con acción de las balas que vienen de los hombres escondidos en la calle siguiente, coge al hombre y se lo lleva a cinco cuerdas atrás. El hombre tiembla, suplicando que no lo mate, que es simple periodista, que venía a cubrir la buena gestión del alcalde. El soldado tira al hombre al andén, apunta su fusil y en ráfaga las balas caen sobre su vientre y pecho. El soldado se aleja, continuando con los disparos hacia el otro lado de la plaza.

En la alcaldía el alcalde, el general y su bancada siguen escondidos, apenas como espectadores del evento. En ese momento el celular del alcalde suena. Le tiembla la mano, no halla cómo contestar. Corre hasta la oficina más recóndita de la alcaldía para que los disparos no se alcancen a escuchar.

—Aló, señor presidente, cómo le va. Ya ve usted, acá un domingo trabajando desde mi casa por las gestiones del pueblo que no dan espera.

— *¡Pero, alcalde!, ¡qué es lo que usted me está diciendo! ¡Quedamos es que usted me iba a comunicar cualquier movimiento en el pueblo y veo que no! No sé qué esté pasando, pero un periodista me acaba de llamar que después de que lo entrevistó a usted y ya se iba, militares y un poco de gente empezaron a cruzar disparos. ¡Y pues no sé qué más, colgó!*

Por un momento el alcalde se queda en silencio, sin saber qué contestar. Simplemente corre de nuevo hasta la entrada de la alcaldía para contarle al general y a los demás que el periodista le había alcanzado a informarle al presidente.

—Sí, señor presidente, fue de última hora, no sé qué pasó, pero ya le íbamos a llamar para ver qué medidas tomábamos. Pues lo más pronto fue el ataque militar, porque además mucha gente se ha unido a ese grupo revolucionario de religiosos, que qué asco, además.

—*Precisamente en la reunión que estoy teniendo voy a exponer de una vez por todas. A esta vaina ya no hay nada más que hacerle, no quisieron por las buenas retirarse de sus creencias, pues va a tocar por las malas. Voy a convocar en este momento a todos los militares de este país para que me controle todo lo religioso, a toda la gente que me esté formando todavía desorden, con eso*

tendrán pena de muerte y si se oponen, sencillo, matarlos porque en esta sociedad todo se arregla a bala. La verdad no me interesa derechos humanos ni organizaciones que regulen pactos ni mierdas. Voy a manejar esto con absolutismo político, con fascismo, con dictadura si es necesario. Ya no fue más.

La voz se corta, donde el alcalde mira al general y a este le suda la frente, no por el calor, sino por la preocupación de sus tropas a convocar en todo el país. La Bancada, sobre todo Alejandra, fuerte y de carácter crudo, se mantiene firme al pie de la puerta. Las balas ya han parado y los militares se repliegan en búsqueda de la gente, pero ya no los encuentran. El aire va con el grupo de feligreses con tan sólo un herido en el brazo, el cual se coge con la mano para detener la sangre, pero débil. Los primeros llevan a una mujer de no más de cincuenta y ocho años, de cabello teñido, un vestido elegante y de piel blanca y un hombre apenas de cincuenta, de tez morena y de estatura media. Los llevan amarrados, como reses al corral.

— ¡Suéltenos, por favor! —gritan al unísono.

Se van acercando por el lado de las laderas, por donde los militares no sospechan de su escondite, pero de todas maneras buscan en seguir un poco más hacia el pie de la cordillera para que nos los encuentren. Siguen y amarrados los empiezan a arrastrar por la quebrada y luego por la tierra, donde se ven maltrechos y con algunas heridas. Tomás y Cristóbal se paran de

frente a sus cuerpos; Porfirio y Enrico se quedan parados al lado del grupo revolucionario, con las manos atrás. Cristóbal, apuntando con su arma R9, se acerca a ellos, pide que les levanten el rostro y apunta, recordando por un momento los días en que pasaba a la boca la hostia.

— ¿Quiénes son ustedes?

Se mantienen en silencio, con la cabeza gacha de nuevo. A la mujer se le ve una de las mejillas raspada.

—Díganme sus nombres, ¿quiénes son? A ustedes, grupo, ¿dónde los encontraron?

—Pues estábamos atacando por una de las calles y en ese momento salían de una casa—explica un hombre que viene descalzo, sin camisa y el rostro sucio.

—Digan sus nombres, quiénes son—repite Cristóbal, un poco más alto.

—Yo... soy la esposa del alcalde, importante en este pueblo— dice la mujer apenas con una voz audible—. Mi nombre es Teresa Galván, mujer importante, por encima de ustedes. Sé que usted era el Papá y usted el padre Tomás, porque durante muchos años fui partícipe de la iglesia católica, incluso mi matrimonio fue por lo católico, aunque en otra ciudad. Lo que pasó fue que después que Rigoberto llegó a alcalde me opuse a sus ideas y más ahora con la ley general de no culto ni religión—

la mujer va mejorando su voz a medida que habla con convencimiento.

Por unos segundos levanta su cabeza, pegando los rayos del sol. Se le alcanza a ver ya el rostro mojado por el sudor y tierra. El tiempo, que apunta a las ocho y media, se desliza con la subida de la temperatura.

Cristóbal y los demás se quedan mirándola, no saben qué decir ni cómo actuar. Tomás se limpia el sudor de su rostro, ya con tres días de barba; Cristóbal Baja su arma, con las manos en el mentón, cavilando de nuevo en qué decir y cómo actuar.

—A ver, maja, Pero el alcalde dónde está, es una de las cabezas principales que queremos.

—No sé, la verdad, señores. Yo la última vez que lo vi fue ayer, cuando me marché de la casa por problemas. La verdad ya no estaba en su casa.

Cristóbal sonrío, cómo sonreía cuando oraba a Dios. Mira al grupo, que ahora se ve con más gente a pesar de los muertos en los dos ataques. Tomás se sienta en la tierra, a tirar piedras, como sin saber qué hacer.

—Y usted, hombre, ¿cómo se llama?

—Clemente Villalba, para servirles—el hombre no alza la cabeza.

—Levante la cabeza, por favor y diga todo completo, quién es y qué hace.

—Pues la verdad era ya el nuevo esposo de ella, nos íbamos a vivir a otra ciudad, como un par de seres nuevo. Yo trabajo en la planta de aguas residuales del pueblo, le he dado capital al municipio, pago mis impuestos y he vivido muy bien, con poco, pero excelente.

—Y Dios, amigo, ¿a dónde deja a Dios nuestro Señor? Eses ser maravillosos que nos ama y por el cual usted está aquí en la tierra. ¿No le parece?

—Pues es que yo tengo mis creencias, mi fe, no necesito entrar a cuatro paredes para creer en...

— ¡Calla! —Cristóbal le da una patada en la cara al hombre y lo deja tirado en el piso, llorando y con las manos en la cara—. ¡Cállese hijo de satanás, nacido del diablo y parido en el infierno! No merece siquiera nombrar a Dios, nuestro Señor. El que vela todos los días por usted, que hace que camine, que hace que trabaje, cómo cree que no le va a honrar con el culto, si Él dejó su casa para las visitas, para que visitáramos su reino y todo lo que hizo en millones de años de historia.

Cristóbal lo levanta, todo el grupo apunta por si hay algún movimiento. Lo arrastra con el lazo que trae amarrado. Con la mano llama a tres del grupo. Lo amarran de las manos con otro lazo más largo que trae otro hombre. Mientras, Teresa llora, sin decir nada y sin poder decir nada.

Cristóbal da la indicación de que lo lleven un poco más allá, donde se ve la polea enlazada por una larga cuerda y sobre una larga base en madera.

—Al *strappato*—dice Cristóbal, siempre con su arma R9 sobre el pecho.

El hombre es amarrado de las manos con otra cuerda y atrás se ponen dos hombres para tirar de ella. Paulatinamente el hombre va subiendo, agarrado de las manos, hacia atrás, donde sus costillas se empiezan a brotar y los músculos de los brazos se le van distorsionando. El hombre se va quejando de dolor. Los dos hombres que sostienen la cuerda hacen un gran esfuerzo por el peso del cuerpo.

—Señor, te presentamos este impío para que decidas qué hacer con él, si lo quieres a tu lado o al infierno. Acuérdate de él Dios Padre, todo poderoso, que lo quisiste como un hijo, así haya sido una oveja descarriada, una oveja ruin y descarada. Así que cumplimos el castigo, para purificarlo, para que entre al purgatorio, si es que así lo decides. Por medio de esta muerte esperamos pasarlo a mejor gloria y a que su alma llegue reivindicada al cielo—Cristóbal queda en silencio y luego mira a Tomás para que él continúe.

— ¡A ver, por favor, repita conmigo lo siguiente! *¡Padre nuestro que estás en el cielo! Santificado sea tu nombre...*

El hombre, con dolor, va repitiendo la oración. El sol pega sobre su cuerpo, como un arma más, a treinta y tres grados de temperatura y con el cielo limpio, azul, como un océano. El cuerpo del hombre se va debilitando, y Teresa, desde la parte de abajo, lo observa como un mártir. Las costillas y los músculos se tensionan aún más y el sudor recorre su cuerpo. Por momentos la cuerda trata de ceder, pero el par de hombres en la parte de atrás del artefacto, la tensionan de nuevo.

Y llega el momento crucial. Uno de los hombres se acerca y, con una piedra de gran tamaño, se la amarran a los pies; el cuerpo cede y la cuerda se estira un poco, junto a los músculos que también se estiran, a punto de romperse. Tomás lo observa con cierta tristeza, imaginando a Jesús en la cruz, en su crucifixión. Y no sabe por qué de repente viene a su mente el recuerdo simple de comer en su mesa de la casa, junto a sus padres, con los que compartía chuleta de cerdo arroz y papas, su comida favorita; quizás el ver al hombre ahí colgado le traía a su inconsciente la carne, pudiera ser, se dice, mientras les indica a los hombres que no lo dejen ceder, que tiren con más fuerza. Pero con insistencia vuelve el viejo comedor de su casa, con sus padres, con el aliento en las paredes de las imágenes católicas.

—El señor nos da los alimentos y es quien decide qué comemos, cómo comemos y si comemos, de eso no le quepa la menor duda, Tomás.

—*vale.*

Mientras recuerda que mordía la carne con satisfacción, al otro lado Cristóbal da la orden de soltar el cuerpo, pero que no toque el piso, para que la tensión de la cuerda y la fuerza del cuerpo al frenar, los músculos se tensaran y con eso se rompieran. El cuerpo cae y en un dolor profundo, queda suspendido como animal de caza, maltratado, con los brazos blandos y con su rostro demacrado, a merced de la lengua contra los dientes.

Cristóbal se vanagloria de su orden, alzando su cabeza, como mostrándole a Dios su proeza de haber castigado a alguien en nombre de Él, por lo que ello le da un aval de buenos puntos para entrar al cielo y de celebrar el domingo de ramos. Dice que lo bajen, que recojan todo y desarmen para escabullir y seguir escondiéndose. Observan a la mujer del alcalde que llora, con las manos en la cara, con un llanto fuerte.

— ¿Y a ella no le vamos a castigar, señor? —pregunta uno de los hombres.

—No, no hace falta, ella ha confesado ser de la liga de Dios y participe. Más bien nos sirve para que nos lleve a donde el alcalde, una de las cabezas más pedidas por Dios para sacrificar como un maldito cerdo—Cristóbal aprieta el puño.

Todo lo guardan en las cajas. Atrás se encaminan con ellas Porfirio, Enrico y Wendy, que ya no tiene su ropa elegante, ahora

lleva una túnica como en la vieja usanza. Todos se tercián sus armas y empiezan a caminar un poco más arriba del piedemonte de la cordillera, por idea que ha tenido Tomás de subir un poco más y divisar al enemigo. Una de las mujeres pide permiso a Cristóbal para bajar al pueblo bajo su responsabilidad, con eso verificar que los militares se mantengan en línea.

—Dale, mujer de Dios, eres valiente—comentan todos.

El aire baja tan rápido como puede al pueblo, zigzagueando con el vaho caliente del sol. Sobre casi las nueve de la mañana, el pueblo se encuentra sólo, como si hubiera habido un conflicto armado. Apenas caminan por ahí los militares, con algunas policías, patrullando todo el pueblo con la orden de dispararle al primero que vean con ropa de civil. En las cuadradas contiguas está Argemiro, el viejo amigo de negocios del alcalde, pero se encuentra sólo, mirando para todas partes y con su siempre carnet en su gabán de alcaldía, con el eslogan de *trabajamos para desarrollar sociedad*. Luego de algunos minutos, cuando ya el sol ha aumentado su brillo y tan sólo un poco de nubes por la punta de la cordillera, se acerca una mujer en prendas sencillas, con un jean y una blusa y escondida una eme sesenta en su parte de atrás.

—Estamos en lo alto del cerro—la mujer hace un ademán con las manos para indicar la orientación. Se devuelve.

Y Argemiro, siempre con su cuaderno en la mano para las notas, lo abre y lee.

—*No olvide que ellos son los becerros de la milicia en su cama, con un bolero entre manos a cantar*—lo lee en son de clave.

Cierra su cuaderno, guardándolo en su bolsillo del gabán. Argemiro se encamina hacia la base, donde sabe que está el alcalde con su bancada y otros militares en reserva para otros ataques más fuertes. Pasa por el lado de la alcaldía, donde lo saludan los militares, con las manos en alto y apenas haciendo un buenas con la mano. Acelera el paso por la carretera principal, sin afectarle el intenso sol de las nueve de la mañana. Repite en su cabeza una frase muy cómoda para él y para su situación: *en casa de herrero, azadón de palo*. La repite varias veces, hasta llegar a la entrada de la base militar.

Ingresa sin problema, ya saben que es de la bancada del alcalde. Cuando entra a uno de las oficinas, el alcalde yace sentado en una poltrona y los demás acostados en esteras, con sus teléfonos. El general simplemente ve la televisión, sentado en un escritorio.

—Hola, buenas tardes a todos. Hola mi alcalde, pensé verlo con su arma buscando a todo ese grupo de subversivos iniciando la cordillera—sonríe y se sienta.

—No, pues después del ataque de esta mañana y con la muerte del periodista, pues tocó resguardarnos acá para ver que otras ordenes da el presidente. ¿Y usted dónde estuvo ayer?

—Por ahí, investigando, observando la naturaleza famélica de guerra; de escondrijos, de escupitajos... en fin...

— ¿Usted sabe algo, cierto, Argemiro? Díganos. ¿Ha podido dar a donde se esconden esos llamados de Dios con sede en el infierno?

—Algo, señor alcalde, algo. El problema es que es de ataque ya, de una, sin pensarlo para que acaben con todos, como echarle veneno al hueco de las cucarachas.

—De una, diga. Usted sabe que por el dinero no hay problema, apenas acabemos con todos y vuelva la gente al pueblo y a sus movimientos normales, tendrá el dinero que necesite por su lealtad hacia el alcalde.

Miran al general, pero se encuentra concentrado en la televisión porque en cualquier momento sale el presidente dando el anuncio de una nueva política y un nuevo país.

—General, Argemiro nos tiene información de primera mano...

—Pero esperen miramos la locución del señor presidente que esto también nos interesa.

Le suben el volumen al televisor. Al momento aparece el presidente, con su banda de colores del gran País, muy bien

vestido. Se le ve con un rostro de ojeras. Le han puesto laca en su cabello negro, un micrófono en la camisa y a las orejas unos audífonos. Es serio, formal, de carácter endeble y si al caso, por su rostro pasa una expresión indeleble.

—*Compatriotas. A partir de hoy hemos decidido establecer nuevas políticas para el territorio nacional, políticas que han sido acordadas no por los representantes del pueblo, si no a conveniencia mía y de mi bancada, con una selección de las mejores leyes para poner orden en el país. Como ya saben la última ley que se estableció fue la de acabar totalmente cualquier forma de culto, religión o secta que congregue gente, que manifiesten cultos a dioses o que hagan un fanatismo sin prueba alguna. Todos acataron la orden, excepto la iglesia católica que sigue dando de qué hablar, como si fueran dueños del mundo o creyéndose un grupo de poder. No señor. Me ha llegado por fuentes fidedignas que están armando grupos para combatir la fuerza pública y el estado, para no dejarse acabar su fe. Les tengo que decir señores que ese reinado se les acabó hace muchos años, lo que pasa es que hasta ahora las políticas sociales, administrativas, económicas y cualquier ámbito científico, se han dado cuenta de lo importante que era acabar con esto para darle un mejor molde a la mente de la sociedad, para que generaciones venideras se afiancen y no conozcan el fuero de la sinrazón e ideas sin fundamentos, formándoles como seres inertes, sin*

pensamiento más allá de las narices; que generen ideas para el desarrollo del país—carraspea por algunos segundos y toma un poco de agua—. Entonces, como quieren jugar a fastidiar al estado, pues nosotros vamos a jugar con ustedes de la siguiente forma: Todo aquel que sea sorprendido llevando a cabo estos grupos de revolución, muerte sin pensarlo, disparo a cualquier parte, sin interesar partes letales. Ya la fuerza pública está en la búsqueda de todos estos grupos, con tanquetas, con armas, con cualquier clase para que salgan de las guaridas. No sé, fue un periodista a unos de los pueblos príncipes de este país y no han dado razón de él, no sé qué pasaría, esperemos pronta respuesta. Entonces, señores, piénselo, entréguese, hágalo por el país, por ese que durante muchos años les dio beneficios de predios e impuestos. Ustedes empezarán a ser la raza inferior, condenaremos a todo aquel de pensamiento en el cielo; y la raza aria seremos los que día a día luchemos por sacar al país adelante, aquellos que tengan la mente en la tierra con grandes avances. Ya la fuerza pública tiene la orden de asesinar aquellos que se les vea convenciendo a otros de sus ideas baratas, que lleven artefactos de imágenes, etc., etc.; de igual manera esto ya había quedado acordado en la ley, pues con cárcel y condenas, pero ya no habrá más de eso, ahora será con la muerte que paguen su obstinación. Mañana estaré dando otra locución para darles a conocer otras políticas con el nuevo régimen, sociales y económicas. Por ahora

los exhorto a que cuiden sus cabezas o se atenderán a las consecuencias. Buen día, les ha hablado su presidente Manuel Herrera Oliveros.

El general se incorpora, dando unas grandes palmadas de emoción. El alcalde también lo hace, parando a toda su bancada de las esteras. El tiempo, sobre las nueve y cuarenta, se ha deslizado tan rápido como la alta temperatura, a treinta y cinco grados. El general toma su arma, su chaleco con varios proveedores y llama a uno de los soldados para que traiga un carro.

—Bueno, señores vamos, ya escucharon al presidente, orden de matar, ya ahora si tenemos el aval, no hay problema. Suban a la camioneta y vamos a fumigar para que esas cucarachas salgan. ¡Hoy lo aseguro que están todos muertos!

Argemiro se queda mirando al alcalde. El alcalde se detiene por algunos segundos para hablarle al oído al general.

—Argemiro, general, me acaba de decir que él sabe dónde están.

—Ah sí, que suba entonces. Vamos. ¡Todas las unidades de ataque armen su combo en los jeeps y vamos!

Los carros salen a cuarenta kilómetros por hora, con la punto cincuenta en la parte de atrás. El convoy sale, con veinte camionetas a bordo y el aire que se recrudece a los rayos del sol. Pero se eleva, magnánimo, como una fuente. De la alcaldía, luego

por las laderas y luego al pie de monte de la cordillera, por donde se alcanzan a ver casas finqueras. El grupo de Cristóbal y Tomás, ahora como únicos líderes, trotan en la parte alta del pie de monte, donde se alcanza a ver una casa sencilla y algo de mal olor por los cerdos. La mujer que hace unos segundos ha bajado al pueblo, viene corriendo, detrás de todo el grupo. Se detienen y esperan; la mujer, sin pensar, da un grito seco de alerta.

— ¡Viene un gran convoy militar!

Cristóbal mira a Tomás y éste, asustado, lo primero que hace es meterse a la casa que ven. Hay una mujer lavando ropa y un anciano prendiendo un fogón de leña. Cuando ven que el gran grupo se entra sin permiso, corren a esconderse en un cuarto. El padre Tomás y Cristóbal reorganizan el grupo, les da la orden de dejar las cajas bien escondidas con los materiales de castigo. Arman una línea en círculo un poco más allá de la casa, dos más abajo como escudo, otra en el centro y el resto, con armas más potentes, de lado a lado, vigilando cualquier movimiento. Cristóbal se dirige a ellos.

— Escuchen movimiento revolucionario de Dios: Lo único que les puedo decir es que Dios está al frente de esta guerra, como guía, como escudo y como el arma más poderosa que tengamos. Yo sé que nos protege y es el que ha hecho posible que no nos encuentren tan fácil. Todo lo demás depende de nosotros, de nuestras habilidades, de nuestro pensar militar y

estratégico. Para ganar una guerra no se necesita entrenamiento, sólo ganas de defenderse y odio hacia el enemigo, que el resto lo hace el Creador.

Por un momento se queda en silencio, mirando para todos lados, buscando a la mujer que han amarrado y que han salvado de la garrucha. Cuando la encuentran, la tiene entre los brazos unos de los hombres, con la cabeza abajo. Cristóbal la llama; la mujer levanta la cabeza y el hombre la lleva tomada de los brazos.

—Suéltela. Mire señora Teresa, voy a ser breve con usted: le hemos perdonado la vida porque sé que de alguna manera es seguidora de Dios, simpatizante que llaman. Sabemos que usted es o fue esposa del alcalde, por lo que necesitamos que usted nos guíe y nos lleve hasta ese nefasto personaje, necesitamos arrancarle las pelotas, y echárselas a los marranos si es posible.

La mujer no musita nada aún, se esclaviza en su mente y su lengua se paraliza de terror al escuchar las palabras “pelotas y marrano”.

—Es sencillo, hija de Dios: Después de que salgamos de este ataque y que se resguarden de nuevo en su guarida, usted nos va a llevar hasta donde él. Simplemente lo capturamos, el castigo más cruel que haya tenido la iglesia en su historia y ya está. Después usted decide si sigue con nosotros o se va; y se va

pues que no se deje encontrar porque aplicamos el castigo que esté en nuestras manos.

La mujer sigue en silencio. Desde la parte baja del pueblo se empiezan a escuchar disparos y morteros. Todos se alertan. Han tomado algo de agua en la casa y han cogido panes que han visto encima de un plato pisados por las moscas. Cristóbal le pasa un galil de asalto a la mujer.

—Necesito que por ahora también nos ayude a atacar. Dispare, usted defiéndose, la vida vale y no creo que usted se deje disparar; escóndase, arrastre bajo que es una posición en la cual se defiende mejor. ¡Vamos muchachos!

Todos salen. Tomás le da a una palmadita en la espalda a la mujer, como alentándola a tener fuerza y a no desfallecer. Le coge el arma y se la pone en la mano. Teresa se limpia las lágrimas, se incorpora y camina junto a Tomás, que le indica cómo debe disparar al blanco, mostrándole los movimientos claves del arma.

Abajo de la cordillera, ya el viento ha moldeado las diez de la mañana y la temperatura alta. El general Tamayo va liderando el grupo de militares, junto al alcalde, un poco más atrás su bancada y Argemiro por zonas aledañas y en búsqueda de ataque; el resto de militares entrenados para atacar enemigos peligrosos del mundo. Revisan la zona y van encontrando trozos de madera, caja y cuerdas. A unos pocos metros observan un

perro figoneando y un bulto tirado. Cuando se acercan más se dan cuenta que es un hombre lleno de sangre, con las muñecas moradas y parte de su cuerpo hinchado. Cuando uno de los militares lo encuentran, siente las coyunturas blandas, costillas y omóplatos partidos. Llama al general por el radio.

—Mi general, venga que encontramos algo. Estamos al lado izquierdo de donde ustedes. Baje un poco.

En menos de cinco minutos llegan. El general observa el cuerpo, lo analiza y detalla las muñecas moradas.

—Esto no puede ser obra de cualquier criminal aficionado, esto es obra de alguien torturador, alguien que ha detallado el asesinato como relojero. Córtenlo por partes, a una bolsa y lo echan a la quebrada.

El alcalde se acerca al general, que apachurra los ojos cuando uno de sus hombres da un hachazo a su cabeza. El alcalde mira horrorizado, junto a su bancada que tiemblan de manos y pies.

—Esto no cabe la menor duda que fue la iglesia—dice el alcalde sacudiéndose el cabello del hombro.

—Por supuesto, señor alcalde, no le quepa la menor duda. Lo extraño es que cómo lo mataron, por qué las muñecas moradas, las costillas fracturadas y... y...torturado totalmente.

—Hay que averiguarlo, pero ya. Deles la orden a sus hombres que aceleremos, más rápido porque se pueden escapar.

Ahora no caminan, trotan, pasando por el césped como si fuera la selva y un gran río. Se arrastran y a lo lejos, un poco más de cien metros de altura, escuchan disparos. Y se dirigen. Han dejado las camionetas en el filo de la cordillera. Sacan los morteros y lanzan uno muy al pie donde se escuchan los disparos.

El grupo revolucionario de Dios echa un poco más hacia la derecha, en arrastre también, un disparo, agache y corra; un disparo, agache y corra. Mientras tanto Cristóbal, junto con Tomás, Enrico y Porfirio alistan la punto cincuenta, le ponen el trípode y apuntan hacia la parte de abajo. Las balas en ráfaga no se hacen esperar, saliendo como diablo enjaulado por siglos. Y corren, lejos. Un poco más de disparos; desarmen y corren.

Mientras tanto las balas alcanzan a uno de los soldados que cae herido, el general se agacha junto al alcalde y la bancada. Cuando Gustavo Manchola se agacha ya es tarde, la bala le impacta la cabeza y cuerpo cae inerte, apenas con los ojos mirando al horizonte. El alcalde lo ve caer, el líder de impuestos, sufrido líder de recaudos y gestiones empresariales.

— ¡Ah malditos! —el alcalde le da un puño a la tierra.

Pero del otro lado las balas que vienen de los militares también rozan los hombres del mayor movimiento revolucionario que ha tenido la iglesia desde hace siglos, impactan justo en la espalda a dos, cayendo al suelo, vibrando el

alma al cielo y apoderándose Dios de ellas. Cristóbal los ve caer, pero continúan su huida. De las cajas que llevan con los artefactos y otros la de la munición, se percata que ya queda poca. Mientras corre, piensa en la posibilidad de bajar al pueblo de nuevo para meterse en las ruinas de la iglesia y sacar más munición del subterráneo, armar con facilidad las máquinas de castigo y, por supuesto, atacar.

— ¡Sígueme y no paren de disparar! —dice Cristóbal alzando la mano, como en los viejos tiempos de Papa cuando llevaba el báculo, parándose en un montículo de arena.

El grupo se esparce por la falda de la cordillera, ahora descendiendo para embolatar un poco al enemigo. Tomás va lanzado al lado de Enrico que también dispara, como si fuera un guerrero de la segunda guerra mundial, sólo que él no lleva uniforme. Una granada cae muy al pie del grupo dando preciso en cinco hombres, cayendo derribados, como animales cazados, revolcándose en la tierra llenos de sangre. Tomás los voltea a mirar y al verlos vuelve el recuerdo del plato de almuerzo de su padre con la loncha de carne de cerdo, como una imagen inconsciente.

El grupo revolucionario anticlerical viene muy al pie de ellos. El general zigzaguea como culebra, disparando y lanzando granadas por doquier. El alcalde y su bancada vienen algo mohínos, pensando en la muerte de Gustavo, en que ha quedado

tirado, olvidado y sin ser custodiado por el honor de pertenecer al gobierno. Alejandra, la mujer más fuerte, con la ropa raída y sucia, llora y con un pañuelo se limpia sus lágrimas, dejando a un lado el galil de asalto. Rigoberto la alienta a seguir, a limpiarse las rodillas, a coger el gatillo y dispararle a cada uno de los pseudoasesinos.

—Cómo es posible que un grupo que ha derramado amor en la humanidad puedan coger un arma y disparar sin más ni más—dice Alejandra llorando muy fuerte.

—Para que vea las ironías de la vida y por qué fue que el estado decidió acabar con ellos—replica el alcalde—. Vamos, no hay tiempo que perder.

Sobre la falda de la cordillera empiezan a ver las ojivas regadas por todas partes y muchos elementos bélicos. A unos veinte metros más encuentran a los cinco hombres tirados, heridos, con la cara de sangre al sol intenso de las diez y media de la mañana. Los rodean. Los hombres suplican ayuda, estirando la mano. El general, en su fuero de hombre militar, les pega una patada en las piernas para que se les acabe de caer.

—¿Dónde están sus jefes y el resto del grupo?!¿Hacia dónde fueron?!

Los hombres siguen en su queja de dolor y no responden a las preguntas del general. Les repite, pero no hay respuesta. Luego de algunos segundos dicen.

—Hagan lo que tengan que hacer. De igual manera al morir ya tenemos el cielo ganado con Dios y una vida eterna a su lado.

Todos se ríen a carcajadas, sobre todo el alcalde.

— ¡Bah, ridículos de mierda! Vamos a ver si su Dios los va a dejar entrar al cielo vueltos picadillo—dice el alcalde cogiendo su arma y disparando en ráfaga a los cinco, dejándoles el cuerpo destrozado.

El alcalde extrae de alguna parte una hoja y un marcador y en ella escribe: *Movimiento revolucionario anticlerical presente*. Buscan un trozo de palo en filo, pegan ahí la hoja y lo entierran en uno de los cuerpos, quedando como una bandera.

Siguen caminando, ahora bajando la cordillera cuando ya no divisan ni huelen el incienso. El general les da la orden a sus grupos de desplegarse hacia abajo de nuevo, que lo más posible es que hayan bajado al pueblo.

— ¡Allá es más fácil cazarlos! ¡A toda marcha!

Se desplazan como sapos, brincando y luego incorporándose. Hay algunos pedazos de la cordillera desértica, por donde resbalan a la acción de la arena. El grupo ejercita la marcha y empiezan a cantar cuando el general, lleno de sudor y animado en su espíritu militar, una marcha en sus tiempos de soldado.

—*Caliente, caliente se me va poniendo la punta del pie. Avanza, avanza al enemigo hay que coger, de su luz extraer y con la punta del pie exceder. La patria hoy hay que defender y de las lacras no*

nos podemos dejar vencer, porque quieren eliminarnos, pero nosotros los eliminaremos en contra pie; acabando con su moral y mentira, la iglesia ha de desaparecer.

Van subiendo la voz al nivel del cántico. En la parte baja de la cordillera, cuando el aire ha llegado como un ventarrón, el padre Tomás y Cristóbal resbalan y caen: uno de sus hombres los ayuda a parar. Continúan, con su alma sudorosa y llena de adrenalina. Cuando ya están en la parte plana, se forman en un grupo sólido, como en la guerra del Peloponeso, los hoplitas formando un bando sólido de escudo, sólo que ahora era con armas y disparando al enemigo. Tomás extrae de una de las cajas una granada, le quita el seguro y con toda su fuerza, como la que ha tenido para sostener el pan y darle al pueblo, la lanza tan fuerte como puede. La explosión cae al pie de un árbol. Siguen avanzando.

— ¡A las ruinas de la iglesia! —dice Cristóbal.

Las balas alcanzan a rosar los cuerpos de todos los militares, excepto de uno que roza su brazo y lo hiere. El general le pone una frazada, le amarra muy bien para tenerle la sangre y continúan.

Las once de la mañana raya el cielo de un sol tostado que expele vaho. Cuando llegan a la parte plana, el alcalde corre hacia su alcaldía, algo presiente, como si un fuego en su alma ardiera.

— ¡Espere, alcalde, ¿qué va a hacer?!

— ¡Me late que la alcaldía la van a demoler, yo tengo que evitarlo!

— ¡No alcalde, no sea necio, deje que todo fluya, ya casi los tenemos acorralados, se están debilitando, les hemos matado varios de sus hombres! —el general corre para tomarlo de la camiseta y frenarlo.

—No lo creo, general, no estoy tan seguro. Lo más posible es que una bandada de sus secuaces ya esté en camino para venir a apoyar su causa.

—Está pensando como lelo, alcalde y no me parece, como si estuviera resignado a que nos van a vencer. Para cuando eso suceda ya el estado y todas las bases ya se habrán hecho presente con más armamento, carrotanques, aviones de combate y con eso los acabamos, no se preocupe. Dejen que desbaraten lo que tengan a su paso, total nos repondremos, volvemos a edificar todo, somos y seremos una potencia mundial, alcalde, ese es el sueño de todos en este país en los próximos diez años.

El alcalde piensa, mirando a los de su bancada, viendo en la frente el sueño de gobernar todos como un equipo. Cuando empiezan a avanzar de nuevo, a unos pocos metros de llegar a la alcaldía, se escucha el coro de armas encima de la edificación y una explosión en toda la puerta. Para cuando eso sucede, el

grupo de Cristóbal y Tomás ya están refugiados en lo poco que queda de la iglesia. Cuando entran todas las sillas son pedazos de madera partidas, el púlpito está como si le hubiera derribado una aplanadora. El patio sigue intacto, los cuartos, parte de los corredores y algo de las oficinas. Cuando Tomás entra a su oficina, cinco personas gritan. Salen los monaguillo, Flora y Silvio, Lucrecia su secretaria, Rosario y don Evaristo. Traen la misma ropa de hace tres días, algo sucios y malolientes. Tomás los abraza. Lloran.

—Mira, Cristóbal, Ellos eran los que faltaba. Son los monaguillos, Flora y Silvio; Rosario, quien le hace el aseo a la iglesia; Lucrecia mi secretaria y Don Evaristo, el que nos prestó el carro para recogerlo a usted en la capital—Tomás se seca los ojos.

—Ah, qué bien, señores. Los invito para que se unan a la lucha contra el estado, ya casi los tenemos acorralados. Lo más importante no dejar que Dios muera.

—Y dónde estuvieron, cómo hicieron para llegar hasta aquí. ¿Qué fue lo que pasó, por qué se dejaron coger? —pregunta Porfirio, arrimándose para saludarlos. Les da la mano.

—Pues no, padre...

—Tomás, Lucrecia, no me llame padre. Tomás. Ya les ponemos al tanto de cómo están las reglas.

En el momento en que Lucrecia va a contar, los disparos desde afuera llegan en manada, como estampida de elefantes. El grupo de Cristóbal y Tomás ataca también detrás de las ruinas. Rápidamente Cristóbal saca metralletas de una caja, que son las que quedan, y se las pasa a Lucrecia, a don Evaristo y a Rosario, sólo que esta le queda mirando sorprendida.

—Pero...señor...

—Nada, Rosario, toca atacar y defender a Dios. Usted defiéndase con esa arma como pueda, así no tenga entrenamiento; piensa en su vida como un tesoro y ya, el resto viene por añadidura y, obviamente, la protección de Dios.

A Flora y Silvio, luego de una breve reflexión, se queda mirándolos, con el arma en las manos, pero ve en sus ojos un candor de esperanza y nobleza, algo que le dice no dejarlos en la guerra.

—Ustedes pueden servir como carnada. Mientras tanto manténgase resguardados en esa ruina de oficina. Yo les aviso cuándo pueden salir.

Los muchachos obedecen. Afuera los disparos se intensifican, con algunas granadas que lanzan. Cuando Cristóbal, Tomás y el resto de líderes salen a poyar, ven tirados varios feligreses por el salón. Por un momento se preocupan, porque ya han visto la caja de municiones y no les queda mucha. Cristóbal da la orden

de que se devuelvan un poco, que necesita darles otra información

—Señores vamos hacer otra cosa. Seis de ustedes se van a quedar acá armando las máquinas de castigo. El resto van a quedar, muy bien resguardados, desde acá, disparando los cartuchos que quedan. Tomás y yo vamos a ir por las otras máquinas al taller de Leonel. Vamos a quedar sin munición, sin ataque señores. No podemos dejar que se nos acabe la arremetida. De todas maneras, yo sé que en esta misión Dios nos está protegiendo, yo sé nos va ayudar de una manera inimaginable, con un as bajo la manga. ¡No nos podemos dejar vencer, vamos!

El reloj desliza el sol sobre las once y cuarto, caluroso y potenciado. Cristóbal y Tomás van por la parte de atrás de la iglesia. Una granada cae dentro de la iglesia y varios sucumben, advirtiéndolo Cristóbal y Tomás, enfurruñando los rostros.

— ¡No se preocupe, ya son de Dios! —comenta Cristóbal.

Por el lado de los militares siguen atacando a bravura, como leones a su presa. El alcalde, cuando va a resguardarse junto a Rogelio Cubillos en un árbol por una de las calles, alcanza a divisar un hombre que filma con una cámara. El hombre se alcanza a dar cuenta que lo han sorprendido y pone sus pies en el aire elevadizo y caliente, perdiéndose en segundos.

— ¿Cierto que era un hombre con una cámara? —pregunta el alcalde.

—Sí señor, yo también lo vi.

El general acude a la orden de desplegar por las calles, con eso se pueden resguardar mejor del ataque desde la iglesia. Los disparos a mansalva descienden, pero no igual al sol que intensifica el calor y la humedad del ambiente. La entrada de la alcaldía está despedazada, la puerta ha caído y parte de las ventanas y las paredes agujereadas. El alcalde observa todo con preocupación, por algunos segundos. El general les hace el ademán de que lo sigan.

—Vamos a escondernos por las calles, en casas, en cualquier sitio que encontremos. Ya le di la orden a mis hombres de atacar en casas, escondidos como en garitas—el general, con la cara sucia, coge un pañuelo y se limpia. Piensa por algunos minutos, como si recordara algo—. Alcalde, recuerde que, a Argemiro, su amigo de bancada, se le encomendó que mandara a hacer pancartas de advertencia anticlerical. Yo creo que sería bueno que vayamos y nos las dé, las necesitamos para ponerlas por todas las calles, con eso dejamos en evidencia con cualquier visita de que se hizo la advertencia por voz y visual, lavándonos las manos.

—Sí general, vamos. Con eso descansamos un poco de las armas, de disparos y de todo este cuento tan aburrido.

El aire retorna a las ruinas de la iglesia, acampando del brillo del sol. El grupo de Cristóbal y Tomás sienten que los militares se han retirado, como si se hubieran replegado por acción de las balas; o simple estrategia—se dicen—. Enrico, Porfirio y Wendy están alrededor de sus otros compañeros. Se mantienen en la oficina del padre Tomás, resguardados, sentados y con las piernas bien juntas y la cabeza pegada a las rodillas. Se ven pedazos de imágenes en yeso tiradas por todas partes; el escritorio, ese que hace dos días los investigadores han revisado, se encuentra tirado y con partidas de bautismos y matrimonio por todas partes.

— ¿Y qué hicieron, Lucrecia?, ¿dónde los tenían los militares? —pregunta Wendy.

—No, en la base todo el tiempo, metidos en una de sus celdas para soldados, como perros. El viernes, a eso como de las seis, vimos la oportunidad de escaparnos cuando uno de los soldados nos llevó comida; en un descuido salimos corriendo y pues por los matorrales no nos encontraron fácil. Nos fuimos para la casa de don Evaristo, donde nos estuvimos escondidos estos días— Lucrecia se detiene para limpiarse los ojos. La ropa se le ve raída y sucia—. Cuando escuchamos que los militares subieron a la cordillera en búsqueda de todos nosotros, pudimos salir y venir hasta acá a refugiarnos, pues sabiendo que la iglesia ya era una ruina, bueno, casi una ruina.

—El carro se lo llevaron y con aerosol pusieron: *La iglesia es el estorbo del avance de la sociedad*—dice don Evaristo, con la camisa negra de hace ocho días con la que ha cultivado y cogido tierra.

—Malditos hijos de... su gran madre—comenta Enrico, y en su cara se forma un gesto de desprecio, de querer ahorcar y asesinar—. Por eso, aunque somos pocos, les hemos demostrado que, a pesar de nuestra moral, nos hemos mostrado firmes y guerreros, como ejército de Dios, para defenderlo a Él de toda esta ignominia estatal. Se han dado cuenta que somos capaces de coger un arma y matar a quien se niegue a creer en Dios, ese ser lleno de amor y paz que le ha dado a la humanidad sosiego y que ha evitado que se forme más odio del que ya existe. *Dio ci ha salvati.*

—Es cierto, cardenal Enrico...

—Sólo Enrico, recuerden que las jerarquías quedaron olvidadas para esta lucha.

—Sí señor, qué pena—por un momento Lucrecia se queda en silencio, cavilando—. No sé si escucharon que el estado está implementando nuevas políticas, como una especie de nacionalsocialismo, pero contra los religiosos, que la orden es matar a todo el que cargue con la fe, la política que van a implementar es una dictadura, pues eso me pareció con las palabras del presidente.

— ¿Dónde escuchó usted eso? —pregunta Enrico.

—En la televisión esta mañana. Estábamos en la casa de don Evaristo y en su televisor de los años ochenta escuchamos al presidente hablar, con voz recia, de no temblarle la mano para las nuevas decisiones; que, además, nosotros íbamos a empezar a ser vistos como la nueva raza inferior y los intelectuales la superior.

—Ah, majaderos—dice Enrico, mirando a Porfirio, que se pasa las manos por la cabeza.

Porfirio ha estado en los últimos tres días sólo recibiendo órdenes, se ve ojeroso, con una cara abultada y en la frente se le notan signos de arrogancia. Ha olvidado sus oraciones en la última semana, ha olvidado la biblia y ha olvidado sus salmos de la noche, lo cual le causa angustia. Se pasa las manos por su cabello cano y se observa las manos algo aruñadas. A pesar de que ha empuñado el arma con fiereza, siente en sus manos la angustia de acostumbrarse a la guerra y al odio, como si fuera un asesino más del mundo que busca intereses.

—Lo que no saben es que los estamos combatiendo a toda máquina y que no nos rendiremos por amenazas que nos den. Les adelantamos que mandamos a hacer máquinas de castigo como los de la inquisición. Ya ejecutamos a un hombre con la garrucha en el pie de monte de la cordillera. Fue letal y muy satisfactorio a la vez ver morir a aquel hombre como en los

viejos tiempos. En un rato vamos a armar otras para que el estado se dé cuenta de lo dispuestos que estamos de defender la casa de Dios y el refugio de nuestras almas.

—Ay qué chévere, Enrico. Con eso podemos demostrar que la iglesia aún tiene poder y que moldea las almas más terribles del mundo—comenta don Evaristo, quitándose su sombrero de campesino.

—Es sólo tener algo de ideas buenas. Acá tenemos, además de la garrucha, el tormento de agua y el potro, que es el que va a armar algunos de los miembros de este movimiento revolucionario de Dios dentro de un rato. Cristóbal y Tomás se fueron por la rueda, que es una buena máquina de castigo y la cuna de judas, en la que no me hubiera gustado estar nunca— Enrico se toca el trasero.

Certero es el calor sobre las once y media, donde el sol se encrespa y doblega hasta la tierra y las suelas de los zapatos de Cristóbal y Tomás. Cuando van llegando al taller de don Evaristo, miran de lado a lado y sólo alcanzan a ver algunos militares que corren calle arriba, con el arma al pecho y una canana de granadas por todo el cuerpo. La puerta está entreabierta, donde se puede ver algo de todo el material que ha estado utilizando Leonel para armar los artefactos. Por algunos segundos el hombre no sale, sólo se ven las limaduras de hierro,

el polvo y algo de aserrín. Cuando el hombre sale, viene con una cuerda en la mano y en la otra sosteniendo un vaso de agua.

—Buenos días, don Leonel, venimos por los otros encargos— dice Tomás con ojos de arrogancia, como águila en la montaña.

—Claro, padre Tomás...

—Le regalo el padre, solo Tomás. Yo les digo cuándo pueden decirme padre de nuevo.

—Está bien, Tomás. Hace una hora instalé la cuna de judas, el pegado de sus patas que no querían sellar, pero ya quedaron firmes—Leonel esboza una sonrisa.

— ¿Y la otra? —pregunta Cristóbal.

—Sí, la rueda, a esa ya le pego la palanca de rodamiento, en cinco minutos, señores de buena fe.

—Yo creo que, Tomás, vaya y vigile a la entrada, que no nos llevemos sorpresas—Cristóbal mira de reojo a la puerta.

Mientras se hacen las once y diez, Leonel alista todo en una caja, la sella con cinta y en una bolsa echa tuercas, tornillos y arandelas. De debajo de la mesa de máquinas cortadoras extrae una caja de herramientas, pone la manivela en la rueda que tiene al lado, pegándose en una mano por algunos segundos. Aprieta.

—Mira señor Cristóbal, la rueda como quedó, magnífica. En esta puede torturar cien hombres y no se le va a dañar.

—Muy bien. Nos basta que mate al alcalde.

Cristóbal llama a Tomás con un ademán. Recogen todo, la caja y las bolsas y salen sigilosamente. Desde la mesa cortadora Leonel pregunta.

— ¿Y el pago?

— Dios se lo pagará en el cielo.

Cuando salen de nuevo, las calles son desiertas, con polvo y con un sol tostado de las once y quince de la mañana. Sensación de temperatura de treinta y siete grados; cuerpos sudorosos, derretidos y la naturaleza a punto de ahogarse. Y como si fuera de película, en el momento en que Tomás y Cristóbal doblan la esquina, el alcalde y el general aparecen por la calle del taller, maltrechos y con rostros sucios. Roberto suda y el alcalde Rigoberto, como si fuera muñeco de trapo, va sobre su hombro, agotado y mojado. Cuando entran al taller, Leonel está recogiendo el cable del compresor, viruta y limaduras de hierro. Silva el ritmo de una canción. Cuando ve al general y al alcalde, se yergue y se tensiona su rostro.

—Hola...caballeros, ¿qué los trae por aquí?

—Hola Leonel, venimos por el encargo de hace dos días que le dejó encomendado Argemiro, el de las vallas y carteles con la advertencia y prohibición de todo lo religioso, le enviamos todo en un papel—Rigoberto suspira y se suelta del hombro del general.

—Ahhh, los carteles, señores, claro. Alcalde lo que pasó fue que tuve que hacer otros trabajos urgentes. Pero si ustedes me dan unos tres días se los tengo en full color, bonitos y llamativos—Leonel se sienta y sacude la silla de viruta.

—Pero, cómo así, idiota, si le dijimos que los necesitábamos para hoy—el general mira a la izquierda la máquina cortadora.

—Además, ¿cuál era el trabajo tan importante qué tenía que hacer? —pregunta el alcalde con un quedo en su voz, una voz agitada.

—Era un trabajo para el edificio que van a construir a la salida del pueblo, esos apartamentos lujosos que usted dio el aval para que cons...

— ¡Miente, cabrón! —el alcalde y el general se acercan a la silla donde está sentado—. ¿No sería más bien a esos hijos de mierda de la iglesia que está planeando jodernos la vida?

—No...no...no, no señores, yo sé que los trabajos del régimen municipal es lo primero que debemos hacer...

—Más le vale, panzón del infierno. De todas maneras, no es de hombres de estado confiar en la gente y mucho menos en el pueblo. Así que...

En ese momento el general Tamayo coge de una de las cajas una cuerda, ata a Leonel en la silla de manos y pies. El alcalde saca una pistola del pantalón y apunta sobre su cabeza, fríamente.

— ¡Por favor, alcalde, no me vaya a matar por lo que más quiera! Yo siempre he sido leal al servicio del municipio, a la región, a todo el mundo...

No termina la frase. La bala sale y se aloja en su frente, impacto donde por un momento hace vomitar a Rigoberto. El general le pasa un pañuelo para que se limpie. De una patada tira la silla que cae con el cuerpo. Las once y veinticinco se pasean con el sol brillante y caluroso.

— ¿Y ahora qué hacemos alcalde para conseguir esos carteles?

—Pues sí, eran importantes porque era una muestra de presionar a esa gente de la religión, para amedrentarlos. Pero bueno, de igual manera ya saben que deben desalojar de una vez por todas este pueblo, liberarse de sus ideas y empezar una conversión total al nuevo desarrollo.

—Vamos.

Cuando salen, un olor acre a pólvora se siente en el ambiente. Un poco más en la esquina el aire y el calor inepto del mes de marzo trae olor a basura putrefacta, por donde merodean los gallinazos y otras aves.

—Yo creo que regreso a la base para sacar otras armas y mirar cómo está el ambiente por allí, que de pronto no hallan soldados escondidos o esa gente, alcalde.

Cuando se vuelven por la esquina por donde han llegado, se ven en los antejardines de las casas abandonadas, soldados prestos a disparar con el galil; un poco más allá tres se pasean con un cigarrillo en la boca. El aire retorna a las ruinas de la iglesia.

Cristóbal y Tomás entran sigilosos por la parte destruida. La parte del patio está semidestruida y gran parte de la columna está agrietada, este lo advierte Tomás mientras se acerca don Evaristo a saludarlos y a contarles las buenas nuevas. Trae en la nuca un poncho de vivos colores para secarse el sudor. Cristóbal sólo observa para el recinto, buscando las máquinas torturadoras; ni siquiera le da la mano a don Evaristo. En el recinto se encuentran reunidos todos los del grupo, las mujeres acucilladas dándoles pecho a los hijos y los hombres con las piernas cruzadas hablando, y otros limpiando las armas; otros jugando cartas. En ese momento, cuando el sol da las once y treinta y cinco, se acercan Rosario, Wendy y Lucrecia, con rostros demacrados, con ojos hendidos y con la mirada cansina, como si llevaran meses sin dormir. Traen en la mano una hoja.

—Hola, querido Cristóbal. Les traemos este plan que hemos hecho en esta hora para que ustedes como guías nuestros lo aprueben y lo pongamos en práctica—dice Lucrecia estirando la mano, mirando a Tomás.

Cristóbal lee por un minuto, le muestra a Tomás y con la mano en la barbilla asiente.

—Pues muy bien, mujer. Me parece excelente esta estrategia de ataque. ¿Fue militar?

—Nada, no señor, simplemente soy una secretaria con ideas y un ser humano con razón, simplemente eso.

—Bueno, muy bien. Me gustaría que sacáramos...no, mentiras, dejemos el artefacto acá, más bien, no quiero que nos descubran con facilidad nuestra estrategia; el *sciocco* del alcalde y sus secuaces nos pueden atacar con esto mismo.

—No creo, Cristóbal, ellos preferirían las armas modernas a utilizar artefactos tan viejos e históricos para matar, sus mentes no las sabría utilizar, como un niño como cuando coge por primera vez un juguete—dice Tomás diseñando una leve sonrisa, mirando para las paredes donde han estado los santos antes.

—Bueno y no creen que es mejor demostrar el poder que tenemos de una vez por todas, como potencia, con esos ellos se retiran y vuelven nuestro derecho al culto—agrega Wendy con una voz ronca.

—No sé, la verdad, puede que tenga razón, mujer, pero esto es de calma, como los dos mil años del cristianismo. Simplemente sigamos la estrategia de Lucrecia, sigamos resguardados acá, de ataque, con las pocas armas que nos

quedan y ahí veremos hacia donde cogemos después de que esta casa de Dios esté acabada.

Sobre las once y cincuenta, cuando el sol está llegando a su punto más alto, unas pequeñas nubes de la cordillera se aglomeran, pero rápidamente son disipadas por el aire seco del medio día. Tomás busca por un momento a Porfirio, recostado en las ruinas del patio, mirando al cielo, lelo y algo cabizbajo. En todo el tiempo Tomás no le había notado, pero la ropa ya la lleva raída, sucia y con algunas gotas de sangre; trae el cabello enmarañado. Se acerca sigilosamente, con las manos atrás, como si fuera a confesarse.

—Hola, Pa...Porfirio, ¿cómo se siente?

Por Unos segundos sigue mirando al cielo, como queriendo volar a él; traza una mirada en su alma.

—Algo triste, Tomás, ya sabe. Ahora recordaba cómo hace años mi padre Arturo, el rey Arturo solía llamarlo, me regaló una biblia de lo más completa, donde podía buscar una cita con mucha facilidad. Llevaba un separador en terciopelo, hojas de diferentes colores para saber la importancia de la palabra de Dios; es decir, en la creación llevaba el color verde la hoja, para saber que es la esperanza de la creación de un mundo completo, las partes de las muertes, los pasajes de castigo en rojo; los salmos en blanco y los pactos en amarillo. Y pues otros colores que no tengo ya presente.

— ¿Y aún conserva esa biblia?

—No, se la regalé a uno de mis obispos cuando lo enviaron de cardenal al vaticano. Espero que todavía la conserve.

—Debió ser muy importante en su servicio el obispo para habérsela regalado—Tomás se acurruca y le pone la mano en su hombro.

—Sí, fue quien me enseñó mi devoción por Dios, mi lealtad hacia la iglesia y sentir compasión por el prójimo. Todo los demás me lo enseñaron los presbíteros y sacerdotes y muchas otras cosas por mi cuenta, como la implementación del abrazo al hermano confesado y que recibe el pan y el vino—Porfirio coge una de las piedras y las tira lejos, sintiendo el espíritu endeble.

—Algo similar me pasó a mí, Porfirio. Yo aprendí por mi cuenta las oraciones más leales a Dios, incluso me creé unas para todos los santos y en especial a la Virgen maría, esa mujer de vientre bendito. Mi padre, que tanto me aseguró que la vida servil a Dios iba a ser tan fructífera, me enseñó los caminos de la oración, junto a mi madre que muchas veces estuvo fuera de casa. Los dos íbamos al parque, al ver las palomas, a ver el vuelo al cielo y el mensaje que llevaban para Dios de la tierra: mensajes de maldad, de victoria, de pecado, de arrogancia, de muertes, de triunfos. No tuve en sí un mentor como usted dentro del seminario, sólo enseñanza, fe y vocación—Por un momento

Tomás se queda en silencio, mirando al suelo, luego a la gente regada por todo el recinto—. Pero yo me hago una reflexión, Porfirio, que, sin entender que estoy perdiendo la fe, pero allí no nos enseñaron a afrontar un desaire de ley de estado contra la iglesia, no nos dijeron cómo actuar, que armas tomar y mucho menos si acatar o no las leyes del estado en contra de Dios. Tan sólo ese pedazo me parece que perdimos el tiempo en nuestra fe. Como se ha dado cuenta todo esto nos ha tocado planearlo a nosotros mismos y nos ha salido a pedir de boca.

—Quizás la iglesia no tenía pactado que el estado de este país iba a acabar con la religión y más con el catolicismo

—Pudiera ser, pero... no... sé. Cuando todo esto acabe y que salgamos victoriosos, toca implementar esto en los seminarios.

—Y eso llegará desde Roma, ya lo verá, Tomás.

—Bueno, arriba, Porfirio, vamos a seguir planeando la muerte contra el estado a ver si de una vez por todas se rinden y nos devuelven nuestra idiosincrasia.

Se acerca Cristóbal con Lucrecia y Wendy, interrumpiendo la conversación de sus homólogos. Una mariposa vuela alrededor, grande, de color marrón y con un par de círculos en sus alas; se posa en la oficina llena de piedras y tierra. El silencio los acusa, con las manos en la barbilla, como poseyendo miles de culpas desde que habían iniciado la carrera hacia Dios.

—Por lo que nos compete, señores, he de decirles que estamos en una etapa de la guerra en clímax, yo creo que es la hora de que nos amarremos los cinturones—Cristóbal se sube el pantalón raído que tiene y hace un gesto de arrogancia que nunca antes ha mostrado como miembro de la iglesia—, que nos convirtamos en monstruos y nos comamos a ese insignificante insecto que es el estado, nosotros y el reino de Dios son una potencia y una maravilla frente a eso. Por lo que los aliento a atacar con toda.

El grupo de hombres y mujeres se fueron acercando a escuchar lo que decía Cristóbal, como un líder nunca antes visto en el mundo común. Un viento breve y pausado cruza en medio de todos, como si hubiera sido la mariposa de hace unos minutos.

—Yo creo que salgamos, atrapemos al que primero encontremos: a soldados con armas, a gente que cruce, así sea inocente, no interesa, lo que interesa es acabar con todo este gobierno y con la gente falsa e incrédula. No hay nada más que hacerle—Por momentos a Cristóbal se le enreda la lengua, confundido entre el español y el italiano.

Gritan al unísono ¡*viva Dios!* La gente empieza a alistarse, con las manos sucias, con el estómago vacío, con heridas sin gravedad, pero con el espíritu prendido de Dios. El sol de casi medio día sube, la temperatura es espantosa y la humedad

pegajosa. Tomás se queda mirando a Porfirio, que ahora tiene mirada lela, como sin avance, como si solo quisiera entrar al recinto del señor y empezar a elevar una oración por el día.

—Bueno señores, escuchen bien las instrucciones. Ustedes salgan a cazar como animales, a pegarles un balazo con los últimos cartuchos que quedan. Mientras tanto nosotros nos encargamos de alistar las cinco máquinas de castigo, a pulirlas, bien tensadas. Lo único que les puedo decir es que esto es de vida o muerte, así que ¡con toda! No importa quienes mueran, ustedes saben que para aquellos cinco que han caído y lo que caigan de aquí en adelante que serán más, habrán asegurado la vida eterna ante Dios en el cielo. ¡Avancen!

Hay un barullo que hace volar a la mariposa desde la oficina de Tomás. Cuando ya todo está desocupado, Cristóbal vuelve a sus homólogos y llama a las secretarias. En segundos regresa don Evaristo, siempre con sus botas de caucho, con un bigotillo en puntas y los ojos casi blancos de catarata; su rostro brilla a la luz del sol y luego se empaña por la luz de las paredes.

—Yo creo, señores de la ley de Dios, que yo debería quedarme para ayudarles a configurar las máquinas...

—Nada, Evaristo, usted se va con todos los demás hombres para que ayude a atrapar políticos y militares. Usted, en su maestría como viejo campesino, los coge del cuello y los amarra con cuerdas gruesas, como animales los trae acá para

ejecutarlos. Usted no se puede quedar por fuera de esta lucha por Dios, porque usted sería uno de los tantos a ingresar al cielo. Los cupos son limitados—Cristóbal se encamina a la oficina de Tomás y detrás de él va Tomás, Porfirio y las secretarias.

El hombre se retira con la cabeza gacha, como si algo le afectara o tuviera un mal recuerdo. Ya todo el recinto ha quedado desocupado. Al instante llega Silvio y Flora, siempre con un quedo de tristeza, de lejanía, pero sapiencia. Traen en las manos un pedazo de pan que comen. Cristóbal los alcanza a advertir.

—Ah, muchachos, que bueno que los veo—se queda mirando el trozo de pan—. Necesito que me ayuden a pasar unos materiales que necesito para armar los artefactos de castigo—les quita el pedazo de pan—. Silvio ve y mira una cuerda de unos diez metros para una polea; Flora ve sacando este tablón que hay aquí y lo llevas al recinto, muy bien puesto todo.

—El pedazo de pan...

—Ahora te lo doy...—engulle el pan.

En la base militar el alcalde y el general ingresan agitados, con los rostros llenos de sudor, al bunker para sacar las últimas armas: galil, eme sesenta, granadas, y toda clase pistolas. El bunker queda desocupado; solamente en el fondo del recinto queda un arma antigua de combate: cañones, oxidados y con las ruedas a punto de caerse.

Cuando salen a toda, aparece la bancada del alcalde, como unos Floras y Silvios más, un par de muchachos que no saben qué hacer y menos de estrategia militar. Alejandra y Rogelio vienen sostenidos del hombro, como si estuvieran heridos, pero es de cansancio y fatiga.

—Señor alcalde y general, necesitamos saber qué hacer...

—Tomen, cojan armas y empiecen a disparar. Ya los tenemos arrinconados en esa puta iglesia—dice el general que les lanza un arma a cada uno y una granada.

Se quedan mirando, lelos, casi de lágrimas sueltas y párpados rojos. Corren detrás del alcalde que tiene un rostro demacrado, ojeroso, y con pintas de sangre en la ropa. La avenida es solitaria, solo pasa el viento y varios carros atravesados en la mitad de carretera agujereados por las balas. Otros soldados se ven correr llegando a la plaza principal, quitando el seguro de sus armas, cargándola y poniéndolas en ráfaga, dispuestos a acabar de una vez por todas con el espíritu ensordecedor y ciego de la religión.

— ¡Soldados! ¡Tengan listos los cañones para cuando estas armas se acaben! La verdad ya solicité armamento, pero que llegue es difícil; no hay nada más en la armería—dice el general Tamayo arreglando su cano mostacho.

La ráfaga de disparos cae como explosiones en el firmamento contra la iglesia, las paredes saltan y el cemento se resquebraja

como implosión de edificio. El sol y las doce del medio ayudan para que el vapor de las balas forme una cortina siniestra, de primera y segunda guerra mundial.

Al otro lado de las paredes rotas de la iglesia, el grupo de hombres han sacado de alguna parte botellas de vino y beben descontroladamente, sin juicio alguno, a merced de lo que haya podido tomar el Señor Jesús. Desde la única oficina que queda en pie sale la voz delgada y anestésica de Cristóbal, con sendas cajas de vino, repartiendo para todos los hombres que luchan contra el estado y defienden la iglesia y a Dios; enviado por el mismo dios el vino, ese símbolo por excelencia del cristianismo.

— ¡Tomad y bebed de todos de Él, porque este es mi sangre, sangre de la alianza nueva y eterna que será derramada por todos nosotros... Haced esto en conmemoración mía!

Las botellas de vino se esparcen por todo el lugar, algunas rompiéndose y otras arrastradas con el cuncho del líquido. Tomás y Porfirio cogen de la mano a Silvio y a Flora, los lleva hasta detrás de la iglesia, donde apenas se escucha la ráfaga de disparos y las granadas.

—Por favor, muchachos, ahí, quietos. No queremos que les suceda nada.

El par de muchachos apenas tienen el vago recuerdo de la mujer que los había criado en una vieja casona, olvidados por sus padres o muertos en algún lugar de la tierra, no lo sabían

con exactitud. Solamente se pudieron aferrar a la fe del padre Tomás, que los acogió como acólitos luego de que la vieja que se había hecho cargo de ellos muriera. Se quedan muy quietos, uno junto al otros, elevando una oración, con las manos juntas.

—Eso, eleven una oración. Ojalá Dios los escuche, porque ustedes saben que también está necesitando de la ayuda de nosotros—dice Tomás tapándoles la guarida con hojas de árboles.

Tomás y Porfirio vuelven a la desbastada iglesia, donde Cristóbal, Enrico, Paola y lucrecia se inventan bombas con las botellas de vino, poniéndoles gasolina, metralla y un trapo en la punta. Los disparos caen por doquier.

—La verdad, señores, yo creo que lo mejor es que nos retrasemos un poco, salgamos todos por atrás y cogemos hacia la hierba densa que hay hacia la zona de sorgo. Esperaremos un tiempo prudencial, que se calmen y ellos se retrasen y ahí sí nosotros volvemos, atacamos de nuevo; secuestramos, traemos y asesinamos al ritmo de la inquisición—Cristóbal se acomoda el cuello de su raído buso.

—Sí, me parece prudente. Pero tiremos estas bombas improvisadas y nos escabullimos—dice Porfirio con una voz apenas audible, sin ánimo.

Las botellas caen sobre las doce y quince minutos. Arrancan a correr, despavoridos. A los hombres que alcanzan a ver por la

parte de atrás de la iglesia les hace el ademán de seguirlos, que hay un poco de tregua para que se dé la estrategia.

Por el lado del estado, el alcalde y el general levantan la mano para indicar que cesen el fuego. Por un momento se mantiene un hálito de misterio, sobre la cortina de humo que se va disipando. Los soldados observan sus últimos cartuchos y buscan en las cajas, pero no ven más, tan sólo los viejos cañones del siglo diecinueve

—No sé, pareciera que alguien estuviera ayudando y escondiendo a todos estos hijos de puta—grita con rabia el general, mirando al alcalde.

—Sí. Lo más seguro es que ya estén escondidos, se escabullen como ratas—el alcalde mira a su bancada que respiran rápido, apenas aprendiendo a cargar el arma; Vicente está apenas mirando y buscando dónde insertarle los cartuchos.

—Deberíamos meternos a esa iglesia y acabarla de una vez por todas—comenta Alejandra con apenas un par de raspones en la cara y mojada de sudor. Su elegante ropa ya está sucia y ajada.

—No. Quedémonos quietos. De igual manera ahorremos estos pocos cartuchos que quedan para cualquier ataque. De todas maneras, así haciendo un sondeo someramente, hemos acabado con más de cincuenta hombres de ellos. Yo sé que ya están reducidos y presionados—el general se pasa un pañuelo

por su frente y escupe al suelo en son de odio—. Yo creo que por lo pronto retirémonos y vamos a buscar un supermercado para saquear porque el ataque del hambre si es serio, más que de esta gente.

— ¿Y en la base, general? —pregunta el alcalde

—No hay raciones, ni comida y ni mierda.

Sobre las doce y media emprenden camino por las calles que van al este del pueblo, en algunos momentos corriendo los muertos y heridos con los pies. Al otro lado de la contienda Tomás y los demás sienten el silencio, mirando hacia atrás y tan sólo ven la sábana de humo que ha dejado el impacto de las balas sobre el cemento. Recuerdan al par de muchachos, pero deciden seguir y dejarlos escondidos donde los había dejado Tomás y Porfirio. Cristóbal anda al lado de Enrico, conversan algo y Enrico le muestra algo que ha sacado de una bolsa. Corren aún más rápido, como centellas, tan sólo sintiendo ya el leve sonido del viento sobre la espiga del sorgo.

Cuando se han alejado lo bastante se detienen, respiran hondo y descansan sus cuerpos molidos de cansancio, suciedad y hambre. Se miran, Cristóbal observa con detenimiento a las secretarias, con el cabello enmarañado y jadeando de sed. Tomás se sienta junto a Porfirio y los hombres que ya quedan se tiran sobre los lazos de sorgo. El sol muestra la una de la tarde, con un recorrido de la tierra vacío, insulso, o por lo menos así lo

siente Tomás que mira las nubes correr. Cristóbal se pone las manos en su cintura, se sienta y se quita las botas embarradas; los pies putrefactos no se hacen esperar.

—Sería bueno que cayera agua, eso nos sanaría un poco— dice Porfirio tosiendo, con el rostro lleno de sudor.

—Sería orar a Dios para que nos mande agua—comenta uno de los tantos hombres.

—Y comida.

—No creo que sea posible, señores, ahora no molestemos a Dios, antes él necesita de nosotros, Él está orando para que le ayudemos, que nosotros escuchemos sus oraciones. Ya es hora de que todos nosotros como feligreses le devolvamos algo de lo que nos ha dado en este universo: la creación del mundo, del hombre, de las leyes. Este gran ser de amor ahora necesita de nosotros, que no lo dejemos morir—Cristóbal reflexiona por algunos segundos y carraspea la garganta—. Les confieso que anoche tuve un sueño donde se me reveló, señores y me dijo lo siguiente: Cristóbal, usted como máximo representante de mi fe en la tierra, necesito que salve mi iglesia, que no la deje acabar a mano de los hombres impíos que no creen en Él. Ataca, convierte el arma de la guerra en pudor y establece el honor entre los pueblos. Vuelve a unir las fronteras, la gente, en un solo idioma, una sola nación.

Por un momento hay un silencio endeble, el viento menea el sorgo y el sol incandescente evapora la humedad de la tierra. Miran al cielo para ver si ven la imagen de Dios, pero sólo ven unas pocas nubes, y el azul. Cristóbal se incorpora, sus pies se hunden en la tierra y eleva las manos al cielo.

—Es una noble causa que me ha dado como misión Dios. Ah, bueno, y que quien me ayude a tan noble causa les dará un cetro a cada uno para que se mantenga en el cielo por la eternidad. Ahora, escúchenme muy bien lo que les voy a decir: Ya es hora de acabar con todos esos impíos del estado, ya no más retraso, es hora de empuñar las armas del espíritu y combatir como verdaderos guerreros, como en el pasado. Yo sé que hay hambre y sed, pero no importa, que saciar el hambre sea matar a cada ser que quiera acabar con nosotros y saciar la sed sea salvar la iglesia a Dios.

Se escucha un “sí señor” a todo grito. Cristóbal cavila por algunos segundos, con la mano en la barbilla y se empieza a desprender el vello de la barba, de tan sólo tres días, pero con alma de un mes. Tomás habla con Porfirio y las secretarias ahondan en su inconsciente como poderosas de historias.

—Hace cinco años que llegué a esta iglesia recién había terminado mis asuntos en la universidad en administración pública, carrera que con tanto esfuerzo pagó mi madre—le comenta Lucrecia a Wendy.

—Algo parecido me pasó, sólo que estudié derecho y terminé trabajando para el padre Porfirio, canónigo. La promesa de él es que sería enviada a Roma como secretaria en el vaticano, al lado del santo Papa Dámaso tercero. Espero que cuando salgamos de todo este embrollo se pueda dar esta empresa.

—Ha de saber, Porfirio, que las causas de las cosas están sujetas a su efecto, por lo que mi concierne y va, yo recreo mis ojos al santísimo del altar para que esa causa...

—Tomás, el final es tan sólo cuerpo del desecho de las causas...

— ¡Señores, incorporados todos! ¡Vamos a luchar con los *piedi nudi*, nos doblamos las botas de los pantalones, empuñaos el arma si aún nos queda o tan sólo las manos para golpear a quien se nos atreviese!

—Señor, para solicitarle, que una de las tantas mujeres que ya nos queda está débil, no puede continuar—alguien en el grupo levanta la mano. Es un viejo de no más de sesenta años, con entradas en el cabello y un bigotillo canoso.

—A ver, tráiganla.

El hombre se acerca con la mujer que apenas pasa de los treinta años. Trae en la cabeza una pañoleta, la cara quemada por el sol y casi a rastras. La mujer trae los ojos blanqueados, pálida, con los labios tostados y casi inconsciente. Cristóbal le impone las manos en la cabeza, elevando la cabeza al cielo, como

en una especie de milagro Cristiano. La mujer convulsiona, botando una babasa blanca por la boca. La mujer cae al suelo.

—¿Murió?—preguntan todos

—Sí, pero no es culpa mía, es de Dios que tampoco tuvo fuerzas para ayudar a su cierva—Cristóbal agacha la cabeza, hace un ademán para que los demás también lo hagan, como un minuto de silencio—. Ahora hagan una fosa y la enterramos allí como por darle cristiana sepultura a su lucha por la causa de nuestra iglesia. Consigan una cintilla, flores o un objeto morado para dajarle allí.

En menos de dos minutos llegan con una flor morada, meten el cuerpo en la fosa, dejan la flor adentro, le echan tierra encima y se echan la bendición. Cristóbal termina en la frase:

—Seguro que ya está a la derecha de Dios en cielo como recompensa por su lucha contra la iglesia.

Luego de algunos minutos, cuando ya la una de la tarde ha llegado, en un cruel y candente domingo de finales de marzo, vuelven al punto de resguardo. De alguna parte Cristóbal saca una hoja y un lápiz, reúne a todo el grupo, bien tupidos y los sienta, ya sin zapatos y las botas de los pantalones dobladas, como a la manera antigua de labrar la tierra.

—Bueno, somos veintisiete los que quedamos. Cada uno de ustedes me dice el nombre, la edad y una experiencia en armas

para sí mismo darles instrucciones de posición. A ver, empezamos.

—Roberto, treinta años y poca experiencia con armas. Lo que pasa...

—Por favor, sin explicaciones, esto debemos hacerlo más rápido posible. Si están aquí es porque han tenido las agallas de defenderse. Por fa.

—Camilo. Veinte años y presté servicio.

—Alberto. Cuarenta y dos años y pistolas he disparado.

—Daniel. Veinticinco años y un mar de armas he disparado en fragata.

—Pablo. Quince años y con una poderosa punto cincuenta acabé un arsenal de gallinas...

Luego de quince minutos, Cristóbal tiene el listado completo. Repasa a cada uno, mirando la experiencia y el conocimiento militar. Vacila por algunos segundos, como en la vieja guardia del vaticano, vacila para perdonar pecados de mandatarios aferrados al poder.

—Daniel. Necesito que se camufle y nos haga una inteligencia con toda esta gente del estado, veo que usted que ha sido de la marina y nos puede dar un toque de salvedad a nuestra religión. Ahora le pregunto, ¿Por qué siendo un militar consumado, terminó en la viña del Señor?

—Por mis padres, porque cuando murieron fue su voluntad que me dedicara a la iglesia católica. Y les cumplí—el hombre trata de sollozar, pero se limpia las lágrimas con el antebrazo.

—Muy bien muchacho. Yo sé que Dios lo tiene para una gran misión aquí en la tierra, por eso necesito que haga inteligencia concienzuda. Le voy a dar un uniforme militar, se presenta como reserva de hace diez años, que quiere ayudar al estado a acabar con la iglesia. Cuando escuche mucho de lo que piensan hacer, viene y ya, nos cuenta todo.

—¿Y el uniforme, señor Cristóbal?

—Aquí lo tengo. Póngaselo.

—¿Y de dónde lo sacó?

—Eso es lo de menos, hombre. Usted póngaselo y se va ya para donde esa gente—Cristóbal reflexiona por algunos segundos—. Es más, Daniel, otra estrategia que se me ocurre ahora: necesito que se los lleve unos buenos kilómetros de la base hacia allá, dándoles indicaciones de que por allá van a encontrar una finca con alimento. Mientras tanto, nosotros volveremos a la iglesia, armaremos artefactos de castigo y el resto van y empiezan a coger de a uno para venir, traerlos y ejecutarlos acá, como en la vieja inquisición.

—¿Pero la ejecución la vamos a hacer a dónde? —pregunta Tomás.

—Dentro de la iglesia. Cuando los tengamos neutralizados, amarrados al alcalde y a ese generalucho, los ejecutamos delante de todos en la plaza, como debe ser.

Todos sonrían. El muchacho se pone el uniforme, quedándole un poco grande, pero Porfirio y otros se lo ayudan a doblar para que le quede justo. Se pone la gorra y camina de ahí para allá mirando de lado a lado, y por último mira hacia atrás, colgándose el galil al hombro, con tan sólo diez cartuchos.

El sol de las dos de la tarde sigue en aumento, como si se convirtiera en una de las estrellas más grandes del universo, lejana y brillante. Sobre el suelo el vaho derrite las botas de los dos soldados que aun custodian la plaza y miran hacia la entrada en ruinas de la iglesia. El hombre camina natural, saludando como todo un militar. Se acerca hasta donde ellos, donde tienen cada uno una cantimplora de agua y un paquete de snack en el camuflado.

—Buenas tardes, lanzas. ¿No han visto a mi general Tamayo?

—Hola, lanza. Se fueron con otros hombres a campaña de alimentos, en cualquier supermercado. Debería aprovechar, ir a coger algo para comer y de paso traernos a nosotros, estamos hambrientos, esta guerra contra la iglesia ya nos tiene cansados.

— ¿Cierto? Pero no se preocupen, yo voy hasta el supermercado, hablo con mi general y de paso les traigo algo bien bueno para que comamos.

—Excelente.

El muchacho arranca de nuevo. Cuando va secándose el sudor, los soldados le gritan:

— ¡Ah, lanza, y cigarrillos!

Camina normal. Entra a una de las calles para ver si hay algún supermercado, pero sólo ve casas desoladas, algunas destruidas y otras intactas. Dobla la siguiente calle, por donde hay aún más destrucción, incluso alcanza advertir cuerpos tirados, llenos de sangre y uno que otro con las entrañas asechadas por los gallinazos. Por un momento se viene a su mente el combate en la marina por la lucha territorial del mar litoral. En las otras calles casi ve lo mismo, pero no encuentra ningún supermercado. El sol sigue extendiendo sus rayos a tal punto de doblegar la tierra, volviéndola polvo. Un poco más allá, cuando ya casi se termina la carrera, en la siguiente esquina alcanza a divisar un grupo de soldados que fuman, se ríen y hasta juegan cartas. Se acerca con más prisa. De su bolsillo saca el pañuelo y se limpia el sudor, pero esta vez no del calor, sino de nervios. Cuando llega, los soldados le voltean a mirar y se quitan la gorra.

—Buenas tardes, lanzas.

—Buenas tardes, lanza. ¿En dónde estuvo disparando? ¿cogió algún fanático?

—Sí, por la montaña y luego estuve por el lado de la plaza principal tratando de cazar a los sacerdotes esos buenos para nada.

Todos ríen, se pegan en los hombros y miran al muchacho de nuevo.

—Eso está difícil, lanza. Mi general está allí adentro del supermercado hablando con el presidente del país y buscando qué comer para todos nosotros.

—Muy bien. Voy a ir a buscarlo para ver si me da algo a mí también. Tengo mucha hambre.

—Pero nos dijo que esperaríamos acá afuera, mientras él hablaba con el presidente.

—Ah, pero es que necesito decirle algo que vi por la plaza, un movimiento raro que no me gustó.

Cuando entra, mucha de las cosas del sitio está tiradas por todo el piso, basura de paquetes y botellas de gaseosas. El general se encuentra parado al lado del alcalde y del séquito político que los resguardan. El muchacho se acerca, con las manos mojadas, se arregla el camuflado y el galil en su hombro. Escucha que habla con el presidente.

—Sí, señor. La verdad es que esta plaga está difícil, se esconden como ratones y cucarachas, se protegen muy bien y han sido capaces de neutralizarnos a muchos hombres, aunque les hemos dado de baja a muchos, no crea, señor presidente—el

general hace un ademán con las manos y mira al alcalde con cierta preocupación.

—Pero mi general, a mí eso no me sirve, de que estén matando sus hombres, pero siguen como peste por ahí, haciendo de las suyas. Tenga en cuenta que son religiosos, no tienen ninguna capacidad militar, tienen armas, pero no saben manejarlas, o eso es lo que yo razono y concluyo, Cómo es posible que cientos de años de antigüedad en una fuerza, de hombres aguerridos, con armas potentes que el estado les ha dado, para que no sean capaces de acabar hasta con el nido del perro. Me parece inaudito. Su reputación como general está en juego.

Hay un silencio momentáneo, donde Tamayo mira al piso con cierta tristeza, reflexionando en la última frase del presidente.

—Presidente, deme de hoy a mañana para acabar con ese nido de perros, se lo aseguro. Tenga fe y tengo fe. Ya verá usted que está al mando del mejor general de las bases de este país.

—Eso espero, mi general. Le digo otra cosa. Como estímulo, le condecoraré como el primer general del país en haber logrado una gran hazaña de acabar con la religión en su pueblo. Pero trabaje, hombre, trabaje y demuestre que nosotros somos la esperanza del futuro, el convertir al hombre en un ser de absoluto conocimiento, como lo ha dejado claro la constitución del año pasado. Si es que se quedaron sin armas, no importa, háganlo con

las manos, con los cañones, con palos, picas, machetes, cualquier mierda. Dígale al alcalde Rigoberto que por favor también se ponga a trabajar, que él también tiene su recompensa en caso de victoria. Pero necesito resultados, para mañana antes de las tres de la tarde para mostrar a este país como el pionero anticlerical. Ahora, si usted y el alcalde me incumplen la misión, pues, no habrá de otra que destituirlos y poner a alguien con las suficientes agallas para que acabe con toda esa gente. Ustedes son los únicos que faltan, ¡Carajo!

Se escucha el pito del teléfono. El general se muerde la mano de preocupación y luego se la paso por su cabello cano. Por un momento hay silencio, donde el alcalde y su séquito lo miran a la expectativa.

— Y entonces, general, ¿qué le dijo el señor presidente? —el alcalde tiene el cabello espelucado y el rostro mojado de sudor.

—No, pues, me levantó. Que necesita resultados, que acabemos con toda esa plaga; que nos defendamos con lo que tengamos, que no hay posibilidad de transporte de nada, pues todo está asegurado en este país. Que otros sitios y ciudades ya han triunfado, pues con facilidad, sin mayor resistencia; y pues que nos condecora como los pioneros de haber acabado con toda la iglesia en este país. Necesita mostrarle al mundo la hazaña. Si no, que estaré destituido... y usted también.

—Ah, bueno, eso está chévere, pero mal si nos destituye —El alcalde se echa viento con la camisa mojada de sudor.

—Pero necesitamos trabajar, no hay de otra. Voy a reunir todos los soldados para comunicarles el mensaje y así dar el zarpazo de una vez por todas.

—Mi general, para solicitarle—el muchacho se para firme, con la mano en la cabeza.

—Soldado, yo les dije que esperaran afuera las raciones, ¿Qué hace aquí?

—Qué pena mi general, pero es que no pude evitar escuchar la conversación con el señor presidente y del afán por acabar con la religión de una vez por todas. Y es por eso que esperé para contarle de que vi a cinco kilómetros de aquí, hacia la salida de la capital, un grupo de personas en una casa finquera, en un grupo de esos de oración por el inicio de la semana que los católicos llaman santa.

—Espere, eso sí está interesante, soldado... ¿Cómo es su apellido?

—Méndez, Julio Méndez—el muchacho hace una sonrisa leve.

—Soldado Méndez. Ayúdeme a reunir todos sus lanzas que necesito comunicarles muchachas cosas.

—Como ordene, mi general.

El muchacho sale corriendo. El general se encamina hacia la salida, cogiendo un par de paquetes de una góndola, un paquete de pan y sale, con el alcalde y el séquito a su lado. Los soldados que lo han estado esperando jugando a las cartas y fumando, los encuentra recostados contra la pared y sentados. Apenas advierten al general, se incorporan, se ponen firmes y con las manos en la frente.

— ¡Al anden, comarca, con la carabina al hombro!

Entienden que es el galil y en un santiamén están en fila, con disciplina. Los otros soldados aún no llegan.

— ¡Para empezar, con el galil arriba, con una sola mano; un pie lo levantan y en esa posición hacemos saltos! ¡Un, dos, tres, empezamos!

Los hombres obedecen y en menos de un minuto se encuentran agitados, sudando y con el sol a punto de reventar sus venas. Cuando son las tres de la tarde, aparecen grupos de cuatro de los soldados, caminando, relajados, sin mayor preocupación. Tamayo les grita:

— ¡Soldados, cinco y los veo acá en filas haciendo el ejercicio! Uno... dos... tres...

Los hombres llegan corriendo, sudando, botando la colilla y la bolsa de comida al suelo. Hacen diez minutos de ejercicio, donde el general les dirige; varios, con cansancio y esfuerzo, se ven moribundos y morados.

— ¡Listo, alto, soldados! —el general pone las manos atrás, y camina de lado a lado, mirando las filas, con el rostro fruncido—. Acabó de llamarme el señor presidente de la república, preguntándonos si ya habíamos acabado con toda esta gente de la iglesia. Pues le dije que no, que aún los seguíamos, que los teníamos en la mira, pero que se nos escondían... y, bueno, lo que ya saben. Nos mandó la orden, inmediata de cumplir a más tardar, el día de mañana, antes de las quince horas, de acabar hasta con el nido del perro. Nos va a condecorar, escuchen muy bien, soldados, si logramos tumbar esta iglesia de aquí, pues, somos los únicos que faltamos, los demás ya están liberados; y faltamos nosotros, como les digo. Nos va a condecorar como los pioneros de acabar con el clérigo de este país.

Los soldados empiezan a murmurar y a reírse, en un viva estallante que se escucha por todo el aire. Tamayo levanta la mano para continuar.

—Por eso necesitamos que demos resultados. Yo sé que ya no hay armamento, se agotaron los cartuchos, pero nos queda los viejos cañones del ejército antiguo, aún funcionan; les podemos meter la metralla, las bombas y acabar de una vez por todas con toda esta gente. Ya recogimos los cañones de la base, están en una de las casas abandonadas; son cinco que podemos poner alrededor de la plaza principal, creo yo y dar de baja en toda su estructura a esa iglesia, demolerla de una vez, que no les

quede un escondedero, que se destruyan todos esos documentos y accesorios que han enajenado al hombre. Entonces, ¡A la acción! ¡Viva el ejército nacional!

— ¡Viva!

— ¡Que viva esta gran nación!

— ¡Viva!

—Esperen, soldados. El soldado Méndez vino a darnos la noticia de que a cinco kilómetros de aquí hay una finca, con varios religiosos y están haciendo oraciones y cosas de esas. Vamos primero allí para acabar con toda esta gente.

— ¡Vamos! —gritan todos, desbaratando las filas.

— ¡Y al trote, a mi paso, pasos de gigante para llegar rápido!

—Señor alcalde, ¿nos acompaña?

—Por supuesto, general, lo seguimos con toda mi bancada hacia el lugar, esto no me lo pierdo—Rigoberto mira a su gente, sobre todo a Alejandra que tiene mal aspecto, pálida y se coge el estómago a cada minuto—. ¿Tiene algo, señorita Alejandra?

—No sé, alcalde, me siento mal, yo creo que es hambre o cansancio o este sol intenso...

— ¿Entonces se queda? ¿Quién se queda? —el alcalde le hace un ademán al general para que lo espere

—No, alcalde, nosotros vamos con ustedes, de igual manera nos da miedo que llegue esta gente y nos mate a todos y armas

ya no tenemos—sugiere Rogelio, con cara de moribundo y una barba incipiente.

Todos empiezan detrás del alcalde y de los soldados, trotando, al compás de las botas militares. El general también se pone en juego, mirando la cordillera, el paisaje y al brote azul del cielo. Recuerda las mañanas cuando apenas estaba en curso para teniente y no tenía más que un par de pantalonetas y tenis, sin camisa porque uno de los superiores se las había hecho botar todas por pérdida de una. La disciplina se nota en su rostro; aunque apuesto, su mostacho se ve mal cuidado, con un rostro sucio por la guerra y el cabello alborotado. Por un momento tiene un destello de estrategia, como si desde el universo y su destino le hubieran puesto en el alma y luego en su mente.

—Alcalde, ¿Dónde estará Argemiro, su hombre de negocios?
—el general baja la intensidad de su trote para esperar al alcalde.

—No lo sé, general, yo creo que lo mataron en la montaña porque fue la última vez que lo vi.

—No creo, es un hombre muy perspicaz como para dejarse morir bobamente. Llámelo al teléfono.

—No sé. General, se me perdió y no supe a dónde se me cayó—el alcalde se saca los bolsillos del pantalón

—Ah, qué mal, y el mío lo dejé en la base, en la oficina. ¿Alguien tiene un teléfono celular para llamar?!

Alejandra saca el suyo de la pretina de su falda. Se lo pasa al alcalde y este al general.

—No, márquele y si le contesta me lo pasa.

El alcalde marca dos veces, pero nada; en la tercera le contesta.

—Aló, Argemiro, ¿Hablo con Argemiro?

—Alcalde, ¿Es usted?

—Sí, hombre, dónde está metido, no lo volvimos a ver

—*Cuando nos estaban atacando por las montañas me tiré por una de las lomas y aquí en la ciudad me escondí en una de las casas abandonadas.*

—Ah bueno, Argemiro. Nosotros vamos hacia la salida del pueblo, cinco kilómetros de la base hacia allá. Venimos con el séquito de la alcaldía, el general y una cuadrilla de soldados que avanzan a trote—Rigoberto mira al general y tose un poco, con la respiración acelerada—. Argemiro, necesitamos que se venga para acá, es urgente. El presidente nos dio el ultimátum hasta mañana a las 3 de la tarde para ver acabado con todos los de la iglesia, que no quede nada, hasta demolida si es necesario.

—*Eso sí está bueno, mi alcalde. Usted sabe que conmigo para las que sea, señor, siempre he estado a su lado, en las gestiones y hasta en los negocios negros. Ya arranco para allá.*

—Listo.

La marcha continúa. Pasan sobre la base, donde no se ve nadie, tan solo las torres de guardia y la solitaria cerca con púas. Las cuatro de la tarde se acercan y el sol da un poco de gabela para seguir trotando, hay sensación de aire un poco más fresco. Un avión surca el cielo, de altura media, pero todos se quedan mirándolo.

— ¿Luego no era que el espacio aéreo estaba cerrado, alcalde? —pregunta Vicente, ya sin su boina.

—No lo sé, seguro es algún avión de presidencia, o yo qué sé.

El general se quita la guerrera, suda y su camibuso está totalmente mojado. Mira su reloj, como en las viejas maratones militares. Por un momento Alejandra se tropieza y cae; el alcalde y otros de sus compañeros le ayudan a levantar, pero débil, su cuerpo es apenas una esponja, sin gracia, pálida y se alcanzan a ver sus venas a través del tragaluz de su piel. El alcalde por un momento recuerda a Teresa, su exesposa, treinta años de vida marital, pero sin gracia, como un cuadro más de su casa a la que tenía que ver como primera dama, pero como infinita en su mundo. Y su ama de llaves, Cristina, que había muerto a manos del grupo de religiosos, ella sí le había dolido, la que le había cocinado los mejores platos durante veinticinco años.

Al otro lado, en el pueblo en sí, Cristóbal, Tomás, Enrico y Porfirio, cuentan los pasos para llegar de nuevo hasta las ruinas

de la iglesia, que no han podido destruir del todo, pero que sigue en pie, como los últimos pedazos de corazón de Dios que tienen que salvar. “Es lo de menos”, piensa Cristóbal, él volvería enviar dinero desde el vaticano para construirla de nuevo, aún más grande y mejor, con grandes salas de oración y todas las comodidades católicas por secciones. Tomás camina a su lado, empezando a sentir un frío en el estómago, el mismo que ha sentido hace unos días. Porfirio lo observa, preocupado, porque ya sabe, cuando hace un gesto de dolor en su rostro. Ingresan a la iglesia.

—Bueno, señores, manos a la obra. En la oficina están todos los materiales que se requieran para ir armando los artefactos. Es...

—Cristóbal, a Tomás algo le pasa en su estómago, es algo de hace días, una punzada, pero no sabe con exactitud qué es—le comenta Porfirio.

—Uyy, en serio qué mal. Déjeme le reviso Tomás, yo sé algo de medicina, me tocó aprender cuando estuve en Alemania haciendo un retiro espiritual—le tantea el estómago y le da unos golpecitos—. A ver, una oración, presten un poco de aceite para ungir y ya estará.

—Pero no creo que haya, Cristóbal, ya está extraviado del púlpito—dice Tomás con voz ronca

—Creo que yo tengo en mi maleta—comenta Enrico, siempre manteniendo su rostro de cardenal.

Cristóbal le unge el aceite, da una oración en su mente y le limpia con un paño que también ha traído Enrico.

—Por favor, ya está, manos a la obra, necesitamos acabar con toda esta gente en menos de nada. Mañana, a esta hora, ya debemos tener bajo nuestro poder todo este pueblo, destruir esa alcaldía, todo lo que sea estado e imponer todo nuestro movimiento en todo el país para conquistar todo, todo lo que ya nos han conquistado. Esto es como en el ajedrez, así nos hayan matado la mayoría de las fichas, pero una sola puede hacer el jaque mate—Cristóbal sonrío.

—Hay, señor Cristóbal, este tablón, estas cuerdas en esta bolsa y en esta caja hay poleas y esta pirámide en madera y...

—Eso, señores traigan todo eso para esta parte de la sala central. Lo primero que vamos a armar es la cuna de judas, es quizá el artefacto más engorroso de armar: una base, una pirámide y de la pared vamos a poner estos ganchos para amarrar unas cuerdas. La idea es que el impío se amarra y se deja caer sobre la punta de esa pirámide para clavarles las entrañas, ya ustedes se imaginarán—Cristóbal se toca el trasero y pone las manos en la cintura.

Los hombres empiezan a martillar, poniendo cada pedazo de madera con cuidado, como les va indicando Cristóbal. Camina

con las manos atrás, como dirigiendo una planta de producción, pendiente de cada empleado.

—Esto, hombre, deje esta tabla un poco más dentro para que la puntilla aguante, ahí es donde va ir incrustada la pirámide.

Cristóbal recorre un poco más el recinto, con las paredes sucias, agujereadas y con los parches blancos donde antes han estado los santos. Observa a Tomás y a Porfirio que tratan de ir armando el segundo artefacto: el tormento de agua.

—Este es más fácil, señores. Consta de un par de largueros en tipo canoa y allí simplemente se amarra al castigado de los pies y en la palangana servimos agua y lo embuchamos hasta que el estómago se les reviente como a una rata—La última palabra la pronuncia mostrando los dientes, como un perro rabioso.

Se pasea otro rato por el recinto, con las bancas ya demolidas. Cuando va pasando al rincón de lo que era la pila bautismal, alcanza a ver uno de los hombres muertos, con el cuerpo hinchado de dos días y la cara destrozada. No se inmuta, simplemente llama a un par de hombres para que lo cojan cada uno por las extremidades.

— ¿Y le damos cristiana sepultura, señor?

—No hay tiempo, ya Dios lo acogió en el seno del cielo. Bótenlo en la parte trasera, donde comienza el césped largo.

El resto de hombres siguen armando la cuna de judas. Cristóbal inclina un poco la cabeza y de la pretina de su pantalón

saca un trozo de comida que engulle antes de que los demás lo vean. Sigue caminando con las manos atrás.

—Para que estén enterados y conozcan algo de la historia, todos estos artefactos con los que vamos a castigar, torturar y a matar fueron creados por el papa Gregorio IX, quien puso a cargo de su dirección a los dominicos, quienes no se detuvieron en su salvajismo para castigar a los transgresores. Se castigaba toda clase de herejía, desde brujas hasta impíos que faltaban a la moral de Dios, como lo que están haciendo ahora y por eso debemos actuar.

Se queda en silencio por un minuto, observando cómo va quedando la cuna de judas. Tomás y Porfirio ya casi tienen listo el potro de agua, solamente es adecuarle los ganchos de amarre y listo. En la ruina de oficina parlotean Lucrecia y Wendy. Enrico se halla alistando el tablón para seguir con el potro. Advierte a Cristóbal que se acerca, con cara de sospecha, para preguntarle (recuerda que el oficio en el vaticano era el de alistar la homilía del día) por los quehaceres religiosos. Por un momento no se miran, pero finalmente es Enrico quien le habla.

—Ah, sumo señor. No he tenido la oportunidad de decirle que ayer en la tarde, cuando estábamos en las montañas, recibí un mensaje del Cardenal Fabricio. Nos llamaba para preguntarnos cómo íbamos en la misión de salvar la iglesia en este país y pues le conté de la estrategia, que no habíamos podido todavía

cogerlos del todo, pero que los teníamos retrocediendo, algo neutralizados—se rasca el calvete de su cabeza y vuelve al tablón.

— ¿Y qué dijo?

—No, pues que nos esperaba a más tardar el día martes para oficializar la misa del jueves, viernes y del domingo en Roma; usted sabe cómo son los cardenales de afanados para esta semana mayor. Me dio a entender que para ellos ya mañana teníamos a esta gente como los toros, por los cuernos y con banderillas en el lomo, a punto de caer en la arena.

—Es lo más posible, Enrico, de eso no le quepa la menor duda. Mañana, para las tres de la tarde, hora de la muerte de Jesucristo en la tierra, será muerte del estado, de la política, de la democracia y de tantos vejámenes del mundo. De mañana no pasa. Con la información que nos traiga Camilo sacaremos el mayor ataque, traer a un par de individuos, por turnos y masacrarlos como a ratas—Cristóbal empuña las manos y hace ademán de retorcer.

—Está bien, eso suena fenomenal. Empecemos a armar este tablón para el potro, armar los otros dos artefactos que faltan, matar a toda esta gente, dejar esto institucionalizado de nuevo, con sus leyes y largarnos de una puñetera vez de este país, ya me hace falta Italia.

Sobre las cuatro y media el sol ha empezado a desteñirse, el cielo se resguarda y la bóveda celeste va quedando en una semioscuridad. Cristóbal acelera a sus hombres porque en la oscuridad no hay mayor cosa que puedan hacer. Otro de los otros hombres prepara una rueda en madera, la cual va enganchando a una base y a una polea del mismo material. Esta la dirige Enrico, ahora con un semblante de rapidez, ya no la que tenía de lentitud y reserva. Tomás y Porfirio le muestran a Cristóbal el modelo del tormento de agua, donde se puede ver un par de largueros y los ganchos en la parte de abajo.

—Eso, señores, muy bien, excelente trabajo. De pronto mejoren esta parte de las patas, que queden un poco más altas, con eso no nos esforzamos tanto a la hora de coger al impío y darle de beber el agua.

Ahora, al otro lado, en el grupo de militares y estado, el general va agitado, mira su reloj a cada rato y el calor exprime su cuerpo de sudor, junto al resto de sus soldados y al alcalde que se detiene a cada rato junto a su bancada. Ya les falta poco, un kilómetro aproximado, delirando del calor a pesar de que la temperatura es fresca. Camilo va siempre al lado del general y al alcalde para poder escuchar cualquier información e ir detallando los menores movimientos de sus cuerpos para sí mismo atacarlos.

Cuando van llegando a la finca del kilómetro cinco, los soldados se repliegan, como en una llegada de la fuerza pública. El general les levanta la mano en señal de pare, que se organicen mejor y el primero tantea el terreno para atacar. La finca está en silencio, apenas se escuchan algunas aves, las gallinas, revoletean los zancudos de las cinco de la tarde y los grillos que se encienden. El general escudriña la zona, pero apenas ve cosas tiradas por todas partes, como si ya alguien hubiera estado aquí. Llama a Camilo.

—Pero soldado, ¿la información que usted nos dio si es correcta? —el general vuelve y se pone la guerrera.

—Firme, mi general. Yo venía de esta parte a eso de las dos de la tarde y corrí para contarle—el muchacho suda un poco, pero se mantiene en su fragua teatral.

—Pues extraño. Tal vez se fueron antes, nos alcanzaron a ver, no sé... Hágame un favor, soldado... ¿Y el apellido de su guerrera?

—Es que esta es antigua, las recientes mi general no las pude sacar, quedaron en la base.

—Ah. Soldado...

—Méndez, mi general.

—Méndez, vaya por la parte de atrás con otro de sus lanzas y verifiquen que no se hayan ido hacia la cordillera, pudieron haberse escapado hacia la capital.

El muchacho y otro soldado van y no demoran más de cinco minutos. Cuando vuelven, traen la mano artefactos religiosos, un crucifijo y hojas de biblia.

—Esto fue lo que encontramos mi general, pero no hay rastros hacia la cordillera—comentan los soldados.

—No, este ataque ya se realizó antes aquí, estamos es repasando terreno baldío, pero de la gente que queremos ni rastros. Parecen que se hicieran invisibles.

Pasan diez minutos más. En el instante aparece Argemiro, siempre con su gabán, sin sudar siquiera, con su cuaderno en uno de los bolsillos, muy misterioso, como un detective o algo por el estilo. El alcalde se le acerca y le da un abrazo y luego el general le estreche la mano en señal de admiración y conveniencia. La bancada del alcalde apenas le levantan la mano.

—Lo creí muerto, Argemiro—le dice el alcalde—. Cuando subimos a buscar a esta gente a la cordillera, pensé que lo habían matado allí.

—No mi señor, a un loco y amante del mundo no lo matan tan fácil. Simplemente estaba escondido en una de las casas abandonadas, donde encontré comida en una nevera, y pude dormir un muy buen rato.

Todos se ríen, excepto Camilo que le observa por el rabillo del ojo. El general le llama con el brazo por encima, alejados de

todos para que no escuchen. Sin embargo, Camilo se las ingenia para acercarse un poco y poder escuchar la propuesta. Se hace que recoge algo del suelo, por la espalda de los dos. Se agacha para amarrarse una de las botas; el general no le advierte.

—Mira, Argemiro, yo sé que usted ha sido un allegado fuerte del alcalde, siempre ha estado inmiscuido en sus asuntos, por lo que conoce muy bien este pueblo. Estoy pensando, pues porque, además, el presidente nos dio hasta mañana a las tres para acabar con toda esta gente, sino que nos destituía, que se infiltre dentro de esa gente, que vaya y los busque y se meta en el cuento con ellos, con eso saca información, nos la trae para que así mismo nos sea más fácil de acabar con ellos. Si esa información es veraz y nos ayuda a acabar con toda esa gente, yo le doy a usted una buena recompensa en dinero y hasta de un puesto nacional que lo dejará viviendo muy bien. ¿Qué dice?

—Suenan tentador, general. ¿De cuánto estamos hablando?

—Pues... no sé, digamos cien millones, doscientos millones...
o...

—Quinientos millones—Argemiro carraspea su garganta.

—Uyy, está un poco difícil, Argemiro, pero listo, yo se los consigo es lo de menos—el general mira para a un lado, donde ya Camilo ha vuelto con los otros soldados.

—Es más, próximo general de la república, le voy a regalar, por esos quinientos millones, una información confirmada por

mí en las horas de la mañana que detallé, sin nadie, a pulso de mi observación de esta semana—Argemiro saca su cuaderno del bolsillo del gabán y mira sus notas—. Imagine que a tres kilómetros de vuelta al pueblo hay otra finca y en esa finca vive uno de los viejos más viejos de aquí; y si mal no estoy él fue el que ayudó a sacar en su carro a los sacerdotes para la capital.

— ¿Cómo así, Argemiro? ¿Quién le contó?

—Fuentes fidedignas, mi general. Es por eso que deberíamos ir allí y acabar con este personaje porque es cómplice contra el estado y de ahora en adelante, según escuché yo, va a dar pena de muerte—Argemiro guarda su cuaderno de nuevo y se brilla las uñas con su aliento.

—No, pues qué juicio ni qué nada. Hay que darle la pena de muerte de una vez, bajo nuestras propias manos. ¡Señores soldados, alistemos para otra búsqueda ya confirmada! —el general toma a Argemiro de nuevo por el hombro y con las comisuras de los labios apretadas y con un apretón de manos, le dice:

—Argemiro, no podemos fallar en esta misión. De esto depende su dinero mi puesto y el de todos, claro. Así que guéenos, sé cómo la luz en el camino.

Empiezan a avanzar, donde el alcalde se va al lado del general para que le cuente los pormenores. Y al trote, luego de algunos metros, avanzan, a la silueta del sol que ya cae por la cordillera.

La bancada marcha al trote, pero débil, sin una gota de aliento, apenas como plumas al viento, a la coraza del alcalde y este a la vez de la coraza del general. El general vuelve y llama a Argemiro que está embebido en sus pensamientos.

—Argemiro, yo creo que para que salga bien esta misión es necesario que se quite toda la ropa, pues el gabán, se deje la camisa, el pantalón y los zapatos; ellos están andando descalzos, con las botas de los pantalones dobladas.

—Sí, mi lord, ya lo había advertido esta mañana—le guiña el ojo cuando le dice *lord*—. Pero no se preocupe, yo voy hasta el pueblo y en una de las casas me disfrazo.

—Muy bien.

Siguen trotando. La finca de don Evaristo es apenas un terreno donde se divisa una plantación de sorgo, unas pocas gallinas y plantas a un lado de la casa. Cuando llegan está cercada y la casa está en un altillo, donde dice: *cuidado, perros bravos*. Sin embargo, entran a la fuerza, con las botas sobre el amarre de la entrada. Uno de los soldados dispara al aire; todos gritan sandeces.

—Viejo malparido, salga

—Hijo de puta traicionero.

Don Evaristo se encuentra recostado en su cama, contemplando la cruz, donde Jesucristo está crucificado, pero por un momento se imagina él, ahí en la cruz, con los latigazos,

lleno de sangre y a punto de subir al cielo. Está medio dormido y escucha que gritan groserías. Se incorpora, toma su metralleta de caza y se pone las botas de caucho. Se echa la bendición en un acto inconsciente. Sale por la ventana para coger hacia la cordillera.

El general les da la orden a los soldados que si lo ven solo lo cojan, no vayan a disparar. Camilo se empieza a poner nervioso, sin saber qué hacer y no sabe cómo actuar, porque sabe que es uno de los del M.R.D. Cuando llegan y abren la puerta ven que está subiendo la montaña y desde la parte trasera de la finca le gritan.

— ¡Alto o disparamos!

Don Evaristo se rinde. Sin que le digan, se arrodilla, pone sus manos en la nuca y deja la metralleta de caza a un lado. Uno de los soldados se le acerca muy despacio, apuntándole a la cabeza.

—No intente nada, le puedo volar la cabeza, así que quieto.

—Tome esta cuerda, soldado y amárrelo, muy bien y me lo trae acá.

El soldado cumple la orden. Don Evaristo suda y tiembla, pero su corazón se mantiene firme. Lo llevan al pie de la puerta de la finca, donde todos se pueden reunir en círculo. El general se le hace de frente, junto con el alcalde y Argemiro; la bancada se hace en las espaldas, mirando de reojo. La semioscuridad empieza a notarse.

—Así que el señor nos traiciona ayudando a sacar en su maldito carro al par de sacerdotes de este pueblo, así, como si nada. ¿Es verdad o no es verdad? —Tamayo se le acerca a la cara para que le confiese.

Luego de algunos segundos habla don Evaristo, con la cabeza gacha y con la camisa blanca mojada de sudor.

—Si me van a matar, pues mátenme ya, no les voy a decir nada, me da igual.

El general le da una patada en la cara y lo tira al piso. Vuelve y lo arrodilla a su cara.

— ¡Mire, gran hijueputa, escúcheme bien! ¡Usted me va a confesar todo, todo: dónde se esconden, qué han hecho para conseguir armas y todo lo que tienen, ¡y cómo fue que les ayudó a esos hijos de puta líderes de su puta madre de religión a salir de aquí y qué fueron a hacer! —el general se acelera y uno de los soldados lo retira.

— ¡Mátenme, maricones, me vale una verga, no les voy a contar nada! ¡Sigan buscando y me cago y escupo en el suelo del estado! —el escupitajo sale.

—Ese man no va a confesar nada, mi general, es mejor matarlo—le sugiere uno de los soldados.

—Mire, majadero—el general lo agarra por la punta del cabello—, lo que somos nosotros, mírenos muy bien, ya somos pocos, pero con güevas. Estos pocos van a buscar a su gente y

vamos a acabar con todos, hasta verlos molidos bajo la tumba, que ni siquiera su Dios les reciba el alma por desahuciados; aunque, bueno, la verdad no creo que entren al cielo porque no creo que ese Dios les permita tener armas y no sé qué más trampas—Tamayo hace una pausa y continúa—. Mire, le voy a dar la última oportunidad de que nos diga dónde están y si nos confiesa todo y nos ayuda usted se salva y lo hago parte de este movimiento estatal, con un gran puesto y dinero.

Don Evaristo se ríe, con la boca llena de sangre y un hilillo en su frente.

—No sean ilusos, ustedes creen que el estado y las humanidades y el ser humano va a glorificarse con la muerte de la religión. Déjeme me río. Y para su información estamos autorizados por el Gran Dios a morir por su salvación, así como una vez nos salvó a nosotros de los pecados. Y tenemos asegurado el puesto en el...

No termina la frase cuando la ráfaga de disparos cae encima suyo. El cuerpo cae, dejando el suelo de su finca sembrado en sangre; las gallinas se alborotan en los galpones. Camilo ve la escena con horror, trata de disimular, sin poder hacer nada (no ha disparado). El general toma un pañuelo que uno de los soldados le pasa para limpiarse las gotas de sangre en su cara. El tiempo y el cielo han adelantado el reloj hasta casi las seis de la tarde, donde se ve azul rey, con adornos de pequeñas nubes.

El general hace el ademán de avanzar a sus soldados; el alcalde está estupefacto y aún más la bancada. Alejandra se ha desmallado.

—Un soldado guapo que lleve a esta mujer a la espalda—dice el general—. Usted soldado Méndez que veo que tiene un cuerpo grueso. Móntela a su espalda y trote los dos kilómetros que falta al pueblo.

Argemiro se acerca al general para ver qué otra cosa le dice, como esperando unas felicitaciones o algo por el estilo. El general está por algunos momentos pensativo, no trota, simplemente camina mirando el caer de la tarde, como si reflexionara en algo que nunca ha hecho.

—Entonces, mi general, ¿qué tal la información?

—Buena, muy buena, pero al final de cuentas no le pudimos sacar información de la guarida de esa gente, hubiéramos ido directo al nido.

—Sí, es cierto, pero esta gente es obstinada en su fuero de fe, cree que su Dios los va a salvar, deberían pensar en su vida. Pero no se preocupe, yo me encargo de buscarlos, hacerles inteligencia y cuadrar todo para el zarpazo final—Argemiro se toma la barbilla y se organiza su gabán. Luego de algunos segundos continúa—. Es más, mi gran futuro general de la república, se me está ocurriendo una idea brillante, una

estrategia de esas que matan al enemigo más grande de este mundo.

— ¿En serio? Todo lo que sea con tal de que logremos de una vez por todas la victoria.

—Yo me voy a infiltrar ahora en un rato, a eso de las siete de la noche, llego como cualquier huraño de la fe, de una parte lejana, desarrapado y todo. Les saco información. Duermo con ellos esta noche en su guarida. Muy a las cuatro de la mañana yo me levanto sin que se den cuenta y voy hasta donde ustedes y los atacamos. ¿qué le parece?

—Brillante, Argemiro, por qué no se me había ocurrido una estrategia de esas antes, ya habíamos acabado con esa gente. Entonces hágale, ejecútela y nos vemos muy a las cuatro de la mañana en la base.

—Listo, mi excelentísimo.

Cuando van llegando a la base, Tamayo les indica a los soldados que entren, que se irán a quedar allí. Camilo no alcanza a escuchar la estrategia de Argemiro, pero ya sabe que va, por lo pronto, a hacerse pasar por religioso de un lugar lejano. De todas maneras, para no levantar sospechas, entra a la base con los otros; en algún momento tiene que esperar y huir hasta donde su grupo para informar todo lo sucedido y lo que ha escuchado. Sólo espera que Argemiro no haya dejado presente su cara.

Argemiro sigue derecho. El general, junto al alcalde y la bancada entran a la base, Los soldados llegan a tomar agua de los grifos. Después de cinco minutos, cuando ya están relajados, el general los llama de nuevo. Alejandra ya se reanimado, pero con un rostro pálido y ojerosa, como a punto de estallar su estómago.

—Bueno, muchachos, excelente trabajo el que hicimos, fuimos por unos y no encontramos a nadie, pero al final de cuentas acabamos con una rata de esas que es lo que importa. Mañana a las cuatro de la mañana nos levantamos para empezar guardia en la plaza principal y hacer búsqueda. Yo sé que mañana, tengo el presentimiento desde mi alma, que mañana es el último día de esta gente. Así que ya les busco algo de comida en el rancho para que vayan a descansar. Recogida no hay hoy.

— ¡Gloria y patria, mi honor es! —gritan todos los soldados y se marchan.

El alcalde conversa con su bancada, discuten de temas políticos y de proyectos a seguir para el día martes, cuando ya vuelvan a la alcaldía y llegue la gente de nuevo. La noche ya ha caído, el reloj aprieta el minuterero sobre las seis y media. Todo es oscuridad.

—Alcalde, deberíamos, ya para el martes, iniciar el proyecto de ampliación de vivienda hacia el sur, hay mucho terreno para planificar y la población al tope—comenta Miguel.

—Pues no sé, yo creo que terminar la demolición de esa iglesia y empezar la construcción de vagabundería para el hombre más grande que se ha hecho antes, que ni siquiera las Vegas lo tiene. Un edificio de más de veinte pisos para juegos, alcohol y sexo—el alcalde, hace un ademán en su silueta de la oscuridad.

—Pues alcalde, deberíamos primero que todo ajustar los impuestos, empezar a hacer censo de la gente que regrese, empezar a armar leyes duras para gente con fe y creencias, que ya no se acepta nada de eso y a cambio de eso le proporcionamos beca para estudios humanos, científicos o algo por el estilo—intercede Rogelio—. Pues bueno, eso era oficio de Gustavo, pero, pues, ya no está entre nosotros.

—No hombre, qué va, como que becas, no sea blandengue, Rogelio. Para todo aquel que ose seguir en creencias sin fundamento hay que darle cárcel y hasta pena de muerte—dice Alejandra en medio de su debilidad, con una voz apenas audible, pero de pensamiento tétrico.

—Yo estoy de acuerdo con eso—dice el general—. Para que un país funcione toca es con rudeza y no pañitos de agua tibia, a lo militar y armas. El alcalde sabe, que apenas salgamos de este embrollo, cuenta con mi apoyo para ayudarle a armar un pueblo con todas las de la ley, siendo yo, claro está, general de la

república. Será el mejor pueblo de toda esta nación, no les quepa la menor duda.

—Bueno, yo creo que por lo pronto vamos a dormir. ¿general, dónde dormimos? —pregunta el alcalde, somnoliento.

—Si, claro, ya todos estamos cansados. Vamos le llevo a las literas de oficiales, son muy cómodas.

Las voces se disipan en el viento de las seis y cuarenta y cinco, donde los grillos y mosquitos juegan con el paisaje. Sobre la plaza principal hay luz, pero solamente de las luciérnagas, de punta a punta todo es oscuridad. Sobre las ruinas de la iglesia Tomás yace sentado junto a Porfirio, Enrico y Cristóbal, han estado hablando de sus experiencias en la iglesia, de la fe y de temas que les han calado durante tantos años. El vacío de la oscuridad es tenebroso, donde se alcanza a ver las siluetas de las plantas en el patio y una que otra cosa tirada. Los zancudos le molestan la cara a cada rato.

—Bueno, señores, los cinco artefactos más tenebrosos de la inquisición están armados. ¿Tomas los tapó con una carpa?

—Claro, de una. Quedaron todos resguardados contra la sala de oración—responde Tomás, con la boca reseca y hambre.

Por un minuto se quedan en silencio, como buscando tema de qué hablar. Al final es Tomás, quien observando las siluetas de las ruinas de la iglesia, habla.

—Cuando acabe todo esto el día de mañana, señores, cuando esté ese general y ese alcalde y toda esa mierda de gente allá ahorcado, quemados y hasta decapitados, esto lo tomaremos como propio, todo este pueblo será nuestro de nuevo y construiremos la mejor iglesia del mundo, comparada a la basílica de san pedro, será un centro de fe en este país; nos destacaremos por ser el país número uno en catolicismo del mundo. Habrá un mandatario que puede ser un obispo y... bueno, en fin... leyes canónicas donde mandamos nosotros y no el estado, volveremos otra vez como en los viejos tiempos, donde el poder nuestro era absoluto, con poder sobre la tierra, sobre los impuestos. El mundo será mejor. Ese sueño será a unos cinco años cumplible—Tomás se vanagloria, se olvida por un momento de la oscuridad.

—Ojalá así fuera—dicen todos.

Tomás reflexiona por algunos minutos más, donde tiene tiempo de pensar en el cielo, en Dios y en todo lo que acaba de decir. Su pensamiento va más allá, como un portentoso antibiótico del hambre, la sed y el cansancio: viendo a los santos iluminados, a San Francisco de Asís ascendiendo el cielo, incluso que le habla y le aconseja cosas para la iglesia, tareas para a hacer y fortalecerla. Mientras piensa en todo lo dicho por San Francisco de asís (Santo Tomás, su ídolo, no aparece), siente la punzada muy fuerte en el estómago, y esta vez lo hace

recostarse en suelo y ponerse en posición fetal. Cristóbal le ayuda, tocándole el estómago, dándole masajes, pero siente que todas sus entrañas se derriten.

—Yo creo que lo mejor es que vayamos yendo hacia la parte del cultivo para dormir y empezar mañana un día de nuevo, para acabar de una vez por todas con esta gente—Tomás se incorpora en contra de su voluntad. Se recuesta en el hombro de Cristóbal que lo lleva como una marioneta—Yo creo que es efecto de hidratación y alimento, ya mañana que podamos comer algo se me pasará.

Cuando todos se van retirando por la parte de atrás, en medio de la oscuridad de las siete y media de la noche y la luna casi llena, un hombre se divisa en un recorte contra el paisaje, como algo fantasmal o monstruoso. Por un momento todos se asustan, pensando en un soldado que los ha encontrado, o alguien de ese grupo. Pero todos, sobre Cristóbal, nota que viene en pantalones cortos, sin camisa y descalzo. No habla, se mantiene en silencio; La silueta de la mano de Cristóbal se mantiene en alto para que no vayan a disparar.

— ¿Quién es usted? ¿Qué quiere? —le pregunta Cristóbal, con algo de nervios.

—Tranquilos, no disparen, sólo soy un hombre que viene de muy lejos, buscando comida. Me ha tocado salir porque me iban a matar a causa de la guerra contra la religión. Me apuntaron y

me iban a obligar a repetir un poco de palabras insulsas, en contra de Dios y de la religión—Argemiro se mantiene en su teatro, firme y con las manos en la espalda.

—Ah, veo, hombre. Si quiere vamos yendo y nos va contando por el camino las peripecias.

Avanzan, con sumo cuidado, esperando no tropezar con plantas o cualquier otro objeto. La tierra hacia el cultivo del sorgo se siente blanda, algo pedregosa, lastima los pies de los demás, pero caminable. Tomás sigue con el fuerte retortijón, pero aguanta, tiene la moral de que todo acabará mañana, su intuición de fe no le falla. Cuando llegan al asentamiento del grupo, cada uno se sienta, sumido en el hambre y la sed, pero se mantienen férreos con la lucha por Dios, a quien merece más que nada la salvación. Se escuchan grillos cerca y a lo lejos, música de la luz de la luna y un concierto enigmático del cielo.

Porfirio siente como si ya estuviera muerto, le falta energía para continuar la lucha, su alma es endeble, sin avance, pero se mantiene firme, quizás, a la sombra de Tomás y del ánimo de los demás; no es su voluntad, casi a lo que puedan hacer los demás. Las secretarias son apenas un par de mujeres vástagos, con espíritu de lucha, pero sin grandes ideas, apreciando la salvación de la iglesia.

—Y pues, Cristóbal, eso le cuento, soy un hombre acaecido por el maldito estado; mugriento, sin rumbo y con apenas este pantalón que me acompaña.

—Entiendo. Pues acá la lucha está casi a terminar, ya casi triunfamos sobre esos malnacidos que hacen las leyes en este pueblo. La idea...

Y como si en ese momento Dios estuviera dando suspiros de vida, como los últimos alientos, a resistirse a morir, Camilo llega con su ropa natural y se mete en el grupo de hombres que yacen acurrucados, hablando muy bajo. Camilo se resguarda. Todo es siluetas y la oscuridad todo lo oculta y no se ve nada.

—Señor Cristóbal, un momento por favor, creo que me picó algo—miente Camilo.

Cristóbal deja sólo a Argemiro por un instante y va hasta donde el muchacho que se ha quejado. Camilo se retira un poco más allá, como haciéndose el que busca una rama o un palo para pegarle a lo que lo ha picado. Le habla muy al pie en el oído.

—Señor Cristóbal, soy yo, Camilo.

— ¿Ah, Camilo, ¿y cómo volvió, en qué momento? ¿Cómo le fue? Cuente los pormenores y deme la información.

—Sí señor, tranquilo—reflexiona por algunos segundos—. ¿Qué le alcanzó a decir al hombre que está hablando con usted?

— ¿Por qué?

—porque es enviado del general, es infiltrado y viene a sacarnos información.

—Ah, no diga. Lo mejor es acabar con él...

— ¿Qué le ha contado?

—Nada, usted llegó enviado por Dios en el momento en que ya le iba a soltar información, lo que quiere decir que Dios aún respira, moribundo, pero respira.

—Sí. Le cuento, señor. Por fortuna alcancé a escuchar gran parte de lo que el general habló con él y le dio explícitas instrucciones de venir e infiltrarse para sacarnos información y podernos atacar mañana muy temprano.

—Ja, inmundos animales, *animali impuri*. Pero, ¿cómo supo que el escondrijo estaba en la parte trasera de la iglesia?

—Sí, es cierto. Este hombre sabe más de lo que creemos. Eso no es todo. Debo contarle que él mismo fue y le contó al general de don Evaristo, que lo había visto en la finca y pues ni corto ni perezosos fueron y lo acribillaron en su finca.

Cristóbal por un momento se mantiene en silencio, estupefacto, quizás. Don Evaristo le había servido prestándoles el carro a Tomás y a Porfirio para que lo trajeran. Ahora ya estaba en la gloria del cielo y a la derecha de Dios.

—Bueno, yo creo que nos hagamos los que no sabemos. Vamos con esta estrategia, porque este hijo de su grandísima madre, nos puede servir para que nos lleve directo a las cabezas

mayores, a los que nos interesa. Estoy seguro de que mañana mismo tenemos esas cabezas sangrientas en nuestras manos, levantándolas como trofeos de la lucha por salvar nuestra iglesia. La cosa se pone más interesante de lo que creí— Cristóbal esboza una sonrisa en la oscuridad—. Por ahora, vamos a ir dando la información muy baja, usted se encarga de eso, Camilo, por favor, muy bajita, se pasan de oreja a oreja para no levantar sospecha.

—Lo más posible, señor Cristóbal, es que este condenado hijo de... se vaya a ir a eso de la madrugada a informar; lo sospechoso, muy en el fondo del alma y es lo más seguro en una estrategia militar, yo que fui de esta empresa.

—Sí, buen punto. ¿Qué sugiere para que no se escape?

—Ummmm, a ver. Yo creería que le inventemos que hay que ponernos un hilo en el dedo gordo del pie para identificarnos. Sí, eso. Como hay oscuridad no se va a dar cuenta que el hilo es largo y con mucho cuidado la vamos a dejar amarrada a uno de los árboles que hay allí. Ya consigo ese hilo. Y, obviamente, le hace un amarre también a su dedo para que usted se dé cuenta cuando se levante y ponernos a todos alerta y detenerlo.

—Excelente Camilo, idea brillante. Yo debería llevármelo a usted para el vaticano, ¿No le gustaría?

—No sé, señor, tendría que pensarlo.

Hacen un movimiento suave de regresar a sus puestos. Cristóbal se acerca con disimulo a Tomás para ponerlo al tanto. Luego de unos cinco minutos regresa donde Argemiro, que se encuentra con los pies juntos, frotándose los dedos y las plantas y musita una oración muy bajo. Tomás le interrumpe.

—Listo, buen hombre. Un piquete de sabandija salvaje que para este tiempo de verano salen a buscar comida—Cristóbal sonrío de nuevo en la oscuridad.

—Ah bueno. Y entonces qué me...

—No buen hombre, no creo que podamos seguir hablando, entre más silencio haya mejor para nosotros, menos oportunidad le damos al enemigo. Le iba a decir que ahora le traen un pequeño hilo para que se ponga en el dedo gordo del pie, con el fin de identificarnos como grupo.

—Bueno, no hay problema.

Al momento llega el hilo a las manos de Cristóbal y se lo amarra al dedo a Argemiro. Todo queda en silencio. La oscuridad renace, las siluetas de los edificios se bifurcan y el cielo y la luna forman un bastidor teatral de medianoche.

Lunes

Hay que decir que en una guerra los dos bandos siempre serán fuertes, pero uno de los bandos debe salir victorioso por alianza del destino. A las cuatro de la mañana pasadas, exactamente a las y quince, es de gloria para cielo y el sol, la luna se relega y su luz se va retrayendo sobre espacio sideral. En ese minuto exacto Argemiro siente un cosquilleo en su frente, como un insecto que se hubiera posado. Se despierta, muy caviloso y empieza a ver en la semioscuridad los cuerpos tendidos, unos estirados a lo largo y otros encogidos hacia los lados, durmiendo, sintiendo el amanecer en el sueño más profundo de Morfeo. Siente una leve brisa en su rostro y un frío a su pecho destapado. Se limpia los ojos para un ver un poco más claro. Cuando se va a mover, siente un tirón en el dedo, como de algo enredado. Cuando se va a incorporar, algo no lo deja y empieza a sentir desespero.

Muy al pie de Argemiro está Cristóbal, que ya ha sentido el jalón de la cuerda, sutil, pero la ha sentido y se despierta; en un dos por tres todos se limpian los ojos y se incorporan, como si Cristóbal les hubiera hecho también una alarma con la cuerda. Argemiro detalla la escena, con nervios, sabe que hay un descubrimiento de sus movimientos y no sabe cómo actuar. Tomás se acerca, cauteloso y al momento Cristóbal.

— ¿El señor para dónde cree qué va? —le pregunta Cristóbal con las manos en la cintura.

—No sé, sólo me movía, me despertaba de una pesadilla insana que tenía, y Dios...

— ¡Cállese, no deshonre el nombre de Dios con su palabra y su lengua, impío del demonio! —Tomás se le acerca y lo agarra por el cuello.

—Pero ustedes, los religiosos nombrando al demonio, ¿no les da vergüenza, ineptos?

—Vergüenza debería darle a usted viniendo a hacer inteligencia para entregarnos a sus malditos jefes, a ese estado corrupto, que no hace más que satisfacer las necesidades materiales y la gente en su pobreza.

Por un momento Argemiro se mantiene en silencio, como cavilando en qué decir. La oscuridad ya es endeble.

—Está bien, me descubrieron, lo acepto. Merezco morir. No tengo salida, ni alternativa, señores. Pero una cosa si les digo, yo tengo mucha información acerca del estado y de todo y sé cómo funciona aquí todo; es más, yo me les puedo unir y ayudarles a combatir al generalucho ese de cuatro pesos y a ese alcalde bueno para nada que le tengo es asco—Argemiro se termina por incorporar, pero trastabillando por acción de la cuerda en el pie.

—Pues la verdad no confiamos en usted. Personas como usted es que este mundo tiene reservado el inframundo, el

infierno, donde arderá como una bruja en la hoguera—Cristóbal lo mira con desdén, como con ganas de tener un arma y dispararle de una vez por todas.

—No crean, yo sé de alguien que descubrió todos los pisos para llegar al paraíso, pasando por el purgatorio de pecados y, en fin, toda una comedia...

—Teorías falsas, de hombres que han tratado de manchar el nombre de Dios y su mundo. Lo conozco, y muy bien a Dante, porque lo leía en mi juventud libertina, antes de entrar a los caminos de Dios—Cristóbal se suelta el nudo de su dedo, mientras Tomás lo detiene fuerte por la espalda—. Veo que usted es un hombre muy astuto, de armas tomar y tiene su conocimiento y eso me da a entender que es peligroso. Hombre de mucho conocimiento es un peligro.

—Gracias por el cumplido, señor Cristóbal. No me quejo, he estudiado ramas de la ciencia y la literatura y sirvo para el estado que me ha brindado mucho, les he ayudado a salir adelante en muchas cuestiones. Pero, dígame, ¿Quién es usted en toda esta charada de comedia?

Tomás, por la espalda, lo aprieta más duro, como para callarlo. Cristóbal hace un sonido con la boca de menos precio, de poca importancia y de estar equivocado.

—Una cosa le digo, amigo, no le voy a revelar mi papel aquí en nuestro grupo de lucha, en este movimiento-motín de

defensa a Dios. Usted límitese a seguir nuestras instrucciones, instrucciones que en un rato le vamos a empezar a dar para que nos lleve a la guarida de ratas de sus jefes.

Argemiro se ríe, con burla y todos lo miran despectivamente. Tomás lo aprieta más fuerte, incluso le pone la mano en la garganta con amenaza de apretar.

—Pero por favor, señores, con quién cree ustedes que están hablando, si usted, gran Papa Dámaso III, Cristóbal Carballo, nacido en la ciudad de Florencia el veintisiete de febrero de mil novecientos cincuenta y ocho a las tres y treinta y cinco am, cerca de la hora del demonio—Argemiro esboza una sonrisa—, que es lo más curioso. Sus padres fueron Giuseppe Carballo, su madre Alessandra Ricci. He averiguado su vida al pie de la letra, sé qué come, dónde duerme. *la sua casa è sulla strada via dell'Ariento...*

Cristóbal se sorprende, nunca antes nadie le había contado tanto al pie de la letra, los únicos que lo habían conocido perfectamente habían sido sus padres. Se siente aletargado, sin habla. Y lo único que se le ocurre es cogerlo con violencia, la mano sobre su boca para callarlo.

—¡Cállese, maldito impío del demonio, diablo de los diablos, serpiente venenosa, demonio de todos los demonios y su legión!—. Lo tenemos aquí solamente para que nos lleve a su

infierno acá en la tierra, para acabar de una vez por todas con todos esos demonios, diablos, satanes, legiones de belcebú.

— No hay problema, yo les llevo, les presento y ahí mirarán que va a hacer cada uno de ustedes. Yo sé que usted es el padre Tomás, español, de madre gallega y padre portugués, sin vergüenza, mujeriego que adoró a dionisio en las fiestas...

Tomás se acerca e intenta pegarle un puño en la cara, pero se retrae, como si su alma endeble lo detuviera. Por un momento se acongoja al escuchar la versión de su padre, versión que quizás no sabe o no recuerda. Porfirio es ahora quien le toma por los brazos, con más suavidad, pero apenas con un aura de fuerza de la cual Argemiro no puede safarse.

—Ah, pero si es Porfirio, canónico, próximo Papa de esta tierra si la iglesia hubiera seguido. Hombre de leyes, certero, ubicado, con un ángel en su cabeza que lo guía y un sistema en su cabeza de filantropía genial. Si usted hubiera sido escogido como Papa, a lo mejor yo me hubiera convertido al catolicismo...

Cristóbal se acerca y lo tira al piso. Argemiro se ríe, tosiendo, apenas con la palabra ahoagada en su garganta. No está demás que Porfirio se acerque a Tomás, le ponga la mano en su espalda y le consuele al escucharlo lagrimear. Cristóbal mantiene a Argemiro con el pie en el estómago para que no se pare, sin embargo, este insiste, con un barullo que molesta a todos. No le prestan atención.

Sobre las cinco de la mañana, cuando el cielo ya tiene un tierno velo de sol, se exasperan por la lentitud del día, ya quieren que aclare más para poder salir y avanzar. Tomás se ha calmado, sus ojos rojos tan sólo piensan en su madre y en su padre, como pequeñas cargas que ha sufrido, pero le han dejado un indeleble sabor a nutrición de espíritu ante Dios y la iglesia. Cuando su mente se relaja, que ve el cielo por el oriente manchar, se para y se acerca a Cristóbal que sigue teniendo a Argemiro con la mano en la boca, ya mojada por la saliva.

—Cristóbal, vamos, iniciemos nuestro camino hacia la victoria; vamos y hagamos esto realidad. Dios se muere, está moribundo, fallece a las tres de la tarde. Llevémonos a este individuo para que nos guíe y dar el sablazo.

—Bueno, vamos, es un consejo concienzudo. ¡Todos vamos, marchando y cantando al compás de lo que yo voy a ir diciendo, bajo, sin subir la voz!

Incorpora a Argemiro que tiene un ojo tapado con una hoja seca. Toma un pedazo de cuerda y le amarra las manos. Empiezan a caminar. Argemiro continúa en su alaraca.

—Oiga, y si saben que Cristóbal, cuando estaba en el colegio de los jesuitas, tenía la costumbre de apagarle las velas de los demás ante el santísimo para que se concentraran en él— Argemiro ríe y los demás se mantiene en silencio, a la espera del cántico de Cristóbal—. Eso no es nada, tengo la gente y la

ubicación de donde mandaron a traer todas las armas con las que nos están...

—Ya me cansó este malnacido. Tomás, ¿hay una cinta o una cuerda? Yo le amarro la jeta como a los cerdos a este hijo... de su grandísimo Dios.

Lo coge por la fuerza y con uno de los pedazos de cuerda se la pasa por la comisura de los labios y se la marra a la cabeza. La marcha empieza, con el cántico: *Vamos a Triunfar, Dios lo necesita, Él es el bien y ahora nos resucita, para que seamos el ángel guardián de su vida y le salvemos de los impíos de la tierra. La razón es acabar con ellos, revivir al pueblo de la iglesia y conectar la pureza del alma con el cielo, donde Dios es belleza.*

Cuando el general abre uno de los ojos, ve que la oscuridad se diluye en la pintura, quedando un pastel suave y claro. Mira su reloj cerca de la litera que tiene en su mesa de noche. “las cinco y diez”, piensa. Recuerda la llegada de Argemiro y se asusta, ya debería haber llegado, haberlo levantado y estar avanzando hacia la guarida de los enemigos para acabar con ellos. Despierta al alcalde, y a los miembros de la bancada; el alcalde apenas hace un ronquido.

—Alcalde, vamos, hay que irnos a buscar a esta gente. No sé qué pasó con Argemiro, pero no llegó. Son las cinco y quince de la mañana.

— ¿Cómo así? —el alcalde empieza a levantarlos a todos y le da la orden al soldado de guardia en la puerta para que toque la diana.

—Sí, márquele de un celular para ver dónde está. ¿Será que lo cogieron y lo mataron?

—No creo, él es un hombre sagaz, sabe lo que hace y no se deja amilanar.

—Alcalde, Alejandra no se despierta, le estoy moviendo y nada—dice Miguel.

—Alejandra, Alejandra, despierte, que nos tenemos que ir a luchar.

La mujer se mueve apenas como un muñeco de trapo. El general se acerca y le pone la mano en el cuello y en la mano y no siente pulso, ni respiración.

—A esta mujer toca llevarla a una clínica, señores.

—Pero qué clínica, general, el hospital de aquí ya está vacío, fueron los primeros que salieron corriendo cuando inició esta guerra—comenta el alcalde con algo de desespero.

—Bueno, sí, está bien, pero por una mujer no vamos a perder la cabeza, ni que tuviera tanto poder de decisión y de armas para esta guerra. Es apenas una hormiga en este paseo. Lo mejor es que la dejemos ahí, sí se ha de morir que se muera, nosotros seguimos en pie de lucha. No hay tiempo que perder. Vamos que los soldados ya están formando.

El alcalde tapa a Alejandra con la sábana y sale detrás del general y los demás. Cuando salen ya el sol ha avanzado el tiempo hasta las cinco y media y el resplandor del cielo es inevitable. Los soldados están perfectamente formados, cada uno con un galil y los últimos cartuchos que les quedan. El general se para enfrente, con las manos atrás y empieza a hablar, aunque antes se le acerca el alcalde.

—No me contesta, General. ¿Qué hacemos?

—Espere a ver qué cuadramos con los soldados—se arregla el cabello canoso—. Mis soldados. Hoy es un día importante para la historia de este país, hoy es el gran día, de buscar la victoria, de arrebatarse el suelo a toda esta gente que cree ver verdades y milagros, inexistentes, utopías mal llevadas por siglos; malas decisiones, de inquisición, de matar gente por oposiciones a sus creencias. Pero hoy eso se acaba. Somos el único pueblo que falta para erradicar definitivamente y ser libres, ya los otros lo han logrado; claro, sin tanta oposición. Pero en fin, vamos, gastemos nuestros últimos cartuchos para la victoria, busquemos la libertad, esa que buscó y encontró Bolívar en cinco países, que fue capaz de acabar con países colonizados. Cuando se nos acaben los cartuchos utilicemos nuestras manos, palos, machetes, piedras, cualquier elemento es válido. Cuerdas para ahorcar. En fin, el todo es acabar hacia las tres de la tarde con estas cucarachas, hay que fumigarlas—

Tamayo se toma una pausa y un respiro cómodo en sus pulmones—. Voy a estar, junto con el alcalde y su bancada, intentando disparar los viejos cañones, sé que todavía funcionan. Esto es sólo motivacional, soldados. No los quiero demorar más, ya debemos arrancar, las seis de la mañana ya casi llegan. Así que, ¡gloria al soldado y que ganemos!

Los soldados se aglutinan, pero ya hacia la parte de afuera de la base, por donde se divisa la estatua a los héroes y la bandera del país. El general se alista con su chaleco antibalas y le da a cada soldado uno de dotación y las últimas cajas de cartuchos. El alcalde recibe el suyo también, los que no reciben son los de su bancada, que por un momento sienten en su corazón un abandono, sin ningún interés por ellos.

—Tranquilos, señores, no se aflijan. El corazón del guerrero es aquel que lucha hasta el cansancio y decora su alma con metal protector de la vida—les dice el alcalde, tocando su chaleco con orgullo y la cabeza empinada.

No hay necesidad de trotar, les dice el alcalde. Caminan suave, la mañana es tibia, igual que el día anterior, sin nubosidad y con la mancha amarilla del sol por el oriente, con una luz tostada. En años pasados, cuando el pueblo era apenas un circuito cerrado de calles y de casas, recuerda el general que había llegado a la base hacía treinta años, cuando apenas empezaba a ser cabo. La experiencia la recuerda por la luz

tostada del sol que pinta el cielo, porque el día que llegó vio cómo ese comedor azul lo pintoreteaba el sol siempre por el oriente, como si fuera un buen augurio de su ascenso rápido. Al alcalde se le va el pensamiento en su oficina y en lo sucia y maltrecha que debe estar por acción de los disparos y la bomba de hace tres días. Pero también a su mente el edificio que tiene pensado construir para convertir el pueblo en el máximo jolgorio social, como un disfrute y contraparte del ser humano recogido y de fe. Sus facetas políticas se ahondan en su alma, para la continuación de su periodo piensa en establecer leyes más rigurosas, sociedad libertina, con impuestos más severos. Su corazón siente una punzada y luego en la cabeza, como un corrientazo de optimismo y felicidad por lo que piensa hacer.

Las marañas de calles se sienten vacías, con los cuerpos deshilachados por los gallinazos y una que otra rata merodea las alcantarillas. Al general se le ocurre por un momento el cántico de la caminata al triunfo: *Botellas llenas, botellas vacías, el líquido que derramas dirías. Botella que vacías y botellas que llenas, con el alma endeble a causas perdidas. Llena la botella con libertad y no con la fe insana del más allá que no derramas. La batalla llegará y ganaremos siempre el pan con el puño de mi ser y con el puño vendrá a levantar el trofeo de la verdad.*

Ahí se detiene el general. Al otro lado, con Argemiro como rehén, Cristóbal asienta los pasos sobre el suelo, con los pies

descalzos a casi reventar el suelo. Tomás siente el dolor en el estómago, pero hay un alma en él que se mantiene firme o que el hilo puro de Dios que lo mantiene conectado al cielo no se rompe aún. Y de la nada empieza a sentir un olor putrefacto, de carne podrida, llena de gusanos, es un olor que le hace vomitar, pero se pone la mano en la boca. Cristóbal sigue firme, con el cántico casi nupcial y el resto de los hombres al compás: *Dios no morirá, lo sabemos, sentimos su alma rejuvenecer para toda una eternidad. Afianza tus lazos, hazte morador del cielo, ilumina su camino por la trinidad de su suelo y has que su cuerpo se convierta en la casa de nuestros consuelos. Seremos triunfadores, no hay duda, nuestros brazos extenderemos, y el brillo de nuestro ser agrandará en el cielo.* Tomás se detiene por un momento y Cristóbal detiene el cántico. Ahora todos caminan, al son del minuterero que da las seis de la mañana.

— ¿No sienten un olor a basura, a carne putrefacta, señores?

—No, Tomás, para nada—responde Cristóbal.

—No sé, quizás algún animal muerto, creo yo.

El grupo del general ya viene doblando la calle que da acceso a la plaza principal, siguen con los cánticos, pero más bajos, zigzagueando al son de los versos militares. Una cortina de ataque y sepulcro inunda el ambiente, como si de repente un velo de humo se filtrara desde el cielo. El grupo llega a la plaza principal, pero el general da la orden con la mano indicando que

se distribuyan, por casas, y otros en la parte de la alcaldía. El sol ha llegado al ascendente, como si fuera un detonante de aspecto planetario maléfico.

Cristóbal se detiene en la parte de atrás de las ruinas de la iglesia. Detiene a Argemiro, que trata de hablar en medio de la cuerda que le ha puesto en la boca. Se la retira.

—A ver, inmundo animal, hable y díganos dónde está el alcalde, el general y todos esos soldados asesinos que no defienden al país sino sus intereses.

—Tranquilos, mis reyes, no se preocupen. Les voy a botar una estrategia y se las voy a dar de gratis, solo para que se den cuenta que este personaje tiene el interés de ayudarlos a acabar con ese maldito estado monárquico, absolutista, democrático, próximo fascista y hasta ciego. El comunismo y el socialismo es la fuente...

—Cállese y diga, guíenos.

—Tranquilos. Lo más seguro es que ya estén ubicados en sus puestos. El presidente les dio ayer el ultimátum de acabar con ustedes el día de hoy, antes de las tres. Así que es definitivo el día de hoy y ellos ya están armados, en la plaza, Créanme.

Tomas y Cristóbal se miran, frunciendo el ceño, como si el destino les hubiera puesto de acuerdo en la hora límite de acabar con el enemigo, piensan.

—Yo les aconsejo que como tienen máquinas de inquisición, donde van a matar a más de uno...

— ¿Usted por qué sabe de nuestros artefactos? —pregunta Cristóbal, con cierta preocupación.

—Es lo de menos señores. ¿Quieren acabar con el estado sí o no? A ver. Deberíamos entrar a la iglesia. Todos se resguardan. Yo voy a ir hasta el grupo y en una triquiñuela me traigo a uno de la bancada del alcalde—Argemiro sonrío y frota las palmas de la mano.

—Eso está bien. ¿Pero después? —pregunta Tomás con la mano todo el tiempo en el estómago.

—Que los tengo resguardando cualquier llegada de ustedes, para que no se vayan a ir. Y voy por otro. Así.

—Bueno, entremos a la iglesia.

Las ruinas están pasadas por el hedor putrefacto que ha sentido Tomás días antes, como si hubiera vuelto. Quizás son los muertos, piensa Tomás, entrando a lo que era su oficina y saca una caja de donde extrae los últimos cartuchos. Mientras tanto Cristóbal va con Porfirio, Enrico y los demás hombres a quitarles el plástico a las máquinas y centrarlas un poco, en mitad del recinto. Tomás siente el hedor más fuerte por los lados de su oficina y por un momento recuerda a Rosario para haberle limpiado todo. “Quizás ya esté muerta”, piensa, mientras se dirige al recinto para ayudar con la disposición de las máquinas.

—Tomás, por favor, arregle esa polea del potro—Cristóbal se nota algo nervioso.

En el momento Argemiro observa todo con inquietud, con una sonrisa lacónica, como si dispusiera de un alma y corazón fríos. Cristóbal lo alista para que vaya al grupo y empiece a traer a cualquiera de su bancada para castigar.

—Por favor, lo vamos a estar vigilando por el resquicio de la puerta. Usted tranquilo, coja al que vaya a coger y lo trae, nosotros nos encargamos del resto.

—Rey Cristóbal, mi plan es genial, no se preocupe.

— ¡No me llame rey! Soy un Papa

— ¿No es lo mismo que Rey?

Argemiro trota por la parte de atrás de la iglesia, antes de observar la cara de irritación de Cristóbal. Por el lado del grupo del estado el general vigila la iglesia desde un antejardín, con una eme sesenta que le queda en su poder. Desde ahí llama a uno de los soldados, haciéndole una seña de que con otros saquen los tres cañones que están resguardados en una casa de la esquina. El alcalde posa a su lado, como anfitrión y la bancada como pajecitos.

—Sería bueno que con uno de los cañones demolamos esa iglesia de una vez por todas.

—Tranquilo, todo a su debido tiempo, alcalde, yo sé cómo hago las cosas. Tampoco nos podemos exponer así, porque si

nos están esperando en otro punto, escondidos... Miren, ahí viene Argemiro.

Argemiro se acerca por la fuente de la plaza principal y muy al lado del busto del Bolívar, como desafiante. Desde el antejardín el general le hace señas que llegue ahí para que le cuente todo. Se ve maltrecho, con ojeras marcadas, el pecho y la espalda sucios. El general de da la mano, junto con el alcalde.

—Y entonces, Argemiro, ¿qué pasó que no llegó a las cuatro a despertarnos para llevarnos a donde el enemigo? —el general habla en voz muy baja.

—Los encontré general, pero se me ocurrió algo mejor. Póngale cuidado a lo que le voy a decir: Ellos están en la parte trasera de la iglesia, por donde empiezan las hectáreas de sorgo, están resguardados, esperando a una estrategia mejor. Entonces, como en toda guerra hay que sacrificar gente, de eso no le quepa la menor duda. Me voy a llevar a alguien de la bancada del alcalde para que crean que yo les estoy ayudando a ellos, como una contrainteligencia, haga de cuenta.

El general cavila por algunos segundos, mirando al alcalde que se encuentra hablando con su grupo.

— ¿Bueno, pero y...?

—Así, llevo uno primero, uno segundo y hasta un tercero; es más, los cinco que quedan de la bancada para mostrarles que estoy dispuesto a ayudarlos—Argemiro mira al grupo.

—Ah, suena peligroso, pero confío en su conocimiento y estrategia y sagacidad mental. Sí, es cierto, en toda guerra hay que sacrificar gente y esta no es la excepción. Haga lo que tenga que hacer.

—Claro que me los llevo de gancho ciego, como estrategia militar. Tranquilo que por el camino lo transo.

Cuando regresan donde el alcalde y su grupo, ya las seis y media han impactado sobre la claridad del cielo. El general habla con el alcalde y le cuenta la estrategia de Argemiro, apenas sintiendo en su alma un vacío por la gente que le ha ayudado en su campaña y a las nuevas ideas de su mandato. Afligido, le comenta a su grupo y estos sienten ansiedad, pero acatan la orden.

—Miguel, vaya con Argemiro, él le explicará por el camino la estrategia.

Argemiro se va con Miguel, cruzando la plaza central. Mientras caminan, Argemiro Toma del brazo a Miguel del Vasco, líder en impuestos y mano derecha absoluta del alcalde.

—Tranquilo Miguel, es simplemente ir allí donde le voy a decir, tranquilo que cualquier ataque le salvo de esta gente— Argemiro le mira, con unos ojos escabrosos, como a traición del diablo.

Entran por la parte de atrás de la iglesia. Y Miguel también siente el olor putrefacto de la carne. Se limpia su nariz

respingona y su tez morena se torna pálida Cuando va ingresando hacia el recinto, dos hombres lo agarran y le ponen un lazo por la garganta.

— ¡Ayúdeme, Argemiro!

Apenas ve cómo Argemiro se toma las manos atrás, con una mirada tranquila y calculadora. En ese momento se le acercan otros hombres, le quitan toda la ropa y lo dejan totalmente desnudo, como a nacimiento púrpura. Otros lo enlazan y lo llevan hacia la primera máquina que tienen, al lado de la primera columna.

—Muy bien Argemiro, muy bien—le dice Cristóbal.

—Yo pienso que como hay cinco de esa bancada del alcalde, podemos utilizar una máquina por cada uno, ¿qué le parece?

—Genial. Usted debería unirse a nosotros cuando todo esto acabe, cuando estemos reinando en el mundo de nuevo.

Argemiro sonrío. Junto a Tomás y a Porfirio se acercan a la primera máquina, que además tiene un letrero en la parte de arriba escrito a marcador y un número romano que dice: *I. Potro, máquina de castigo para que el alma se pudra en el infierno*. Miguel sigue gritando.

— ¡Pónganle este trapo a esa rata malnacida! —grita Cristóbal, mirando a Enrico que detalla todo con cierto desdén.

Los hombres lo ponen sobre la extensa tabla. Uno lo amarra de las manos donde empieza la polea y otro de los pies con un

peso que cae al suelo. En el tablón se ven tres rodillos con estrías que pasan por debajo de su espalda. Miguel, desesperado, sólo hace es mirar a Argemiro que observa con deleite la escena del sufrimiento. Tomás se para firme junto a Cristóbal; Enrico y Porfirio han preferido quedarse atrás, junto a los otros hombres del grupo. Solamente queda uno de los hombres en la parte alta del potro para recoger la cuerda de la polea y poder tensionar el cuerpo.

—Qué bien, aquí tenemos nuestra primera víctima—dice Cristóbal, simulando tener vestiduras de la edad media y poniendo su capa sobre la cabeza—. Miguel, dice que es el nombre de esta podredumbre que ha brotado la basura inmunda de la tierra, que ha escupido satanás al no soportarlo como verdugo. ¡Mueva la polea!

La máquina cruje al unísono de las coyunturas de Miguel que grita de dolor. El ambiente se torna tibio, con la entrada del sol por las claraboyas. Argemiro mira lamiéndose los labios, tal espectáculo nunca antes lo había visto.

—No se preocupe que por ahora sólo habrá tortura y crueldad, a manera de confesión; la muerte vendrá en público, aquí en la puerta de nuestra iglesia, donde podrán gozar sus fieles amigos del estado de su muerte. Por ahora necesito que repita lo que le voy a decir inmundo demonio impío y sin escrúpulos: *Dios todopoderoso ten misericordia de este cuerpo*

que arrebatara mi alma y me convierte en un ser del inframundo.
Vamos, repita.

El hombre que tensiona la cuerda le quita la mordaza de la boca. Miguel escupe, pero en su vientre, observando por un momento cómo se mueve su miembro, siente vergüenza. Respira fuerte, mirando a todos, con odio, sobre todo a Cristóbal que lo mantiene con los ojos sin parpadear.

— ¡Nunca, viles y crueles vasallos de su maldito Dios!

— ¡Tense la cuerda!

Miguel se retuerce de dolor y siente que el hueso de la muñeca se desencaja de su mano. Grita, con potencia; su alma se resquebraja más que el hueso de la mano.

—A Dios no se maldice, cretino de los cretinos. Si repite lo que he dicho, no lo torturamos, le mantenemos hasta el escarnio público. Vamos. ¡Vamos, maldita sea! ¡*Dai dannazione! Dios todopoderoso ten misericordia.*

—Dios todopoderoso ten misericordia.

—*De este cuerpo que arrebatara mi alma.*

—De este cuerpo que arrebatara mi alma.

—*Y me convierte en un ser del inframundo.*

—Y me convierte en un ser del inframundo.

Cristóbal hace el ademán al hombre que tire un poco más de la cuerda, que necesita el dolor para que sane sus pecados. Miguel cierra los ojos, siente que lo que ha repitado lo ha dicho

sin conciencia, como si hubiera repetido un idioma que no conoce. Grita de nuevo y esta vez el cúbito de su antebrazo derecho cruje y se desprende de alguna parte.

—Y lo último, señor de las moscas: *Orgulloso soy de que mi alma pertenezca a satanás y no a Dios porque está sucia y corrompida. Dios conmigo, amen.*

—Orgu...lloso soy de que mi alma...

—pertenezca a satanás y no a Dios...

Mientras Miguel termina de repetir lo dicho por Cristóbal, Enrico le pasa la biblia, la abre en los salmos y empieza a leer: *Feliz el hombre a quien sus culpas y pecados le han sido perdonados por completo. Feliz el hombre que no es mal intencionado y a quien el Señor no acusa de falta alguna. Mientras no confesé mi pecado, mi cuerpo iba decayendo por mi gemir de todo el día, pues de día y de noche tu mano pesaba sobre mí. Como flor marchita por el calor del verano, así me sentía decaer. Pero te confesé sin reservas mi pecado y mi maldad; decidí confesarte mis pecados, y tú, Señor, los perdonaste. Por eso, en momentos de angustia los fieles te invocarán, y aunque las aguas caudalosas se desborden, no llegarán hasta ellos. Tú eres mi refugio: me proteges del peligro, me rodeas de gritos de liberación. El Señor dice: Mis ojos están puestos en ti. Yo te daré instrucciones, te daré consejos, te enseñaré el camino que debes seguir. No seas como el mulo o el caballo, que no pueden entender y hay que detener su*

brío con el freno y con la rienda, pues de otra manera no se acercan a ti. Los malvados tendrán muchos dolores, pero el amor del Señor envuelve a los que en él confían. Alégrese en el Señor, hombres buenos y honrados; ¡alégrese y griten de alegría!

Mientras lee el salmo, Tomás va indicándole al hombre que tensione más la cuerda, para que el dolor con la lectura le entre, pero con suavidad, necesita el cuerpo más completo en público. Argemiro observa todo con cierta curiosidad; piensa que le hubiera gustado haber vivido en la época de la inquisición para haber visto más de una muerte en público.

—Gran señor, debería darle muerte de una vez por todas, con su alma se purifica y a lo mejor va es para el cielo.

—No crea, para que se purifiquen las almas de estos impíos se necesitaría mil años de muertes—Cristóbal se pasa la mano por su barbilla.

—Pensando yo, que hubiera sido bueno que se hubieran construido un artefacto también de la inquisición que se llamaba la sierra, colgado y un serrucho en medio de sus piernas y les llegaba hasta el ombligo. Hubiera sido sabroso.

—Sí, pero pues estos nos parecieron más asequibles. Bueno, hombre, yo creo que es hora de que se vaya por el otro hereje.

Argemiro sale a toda, haciendo sonar sus pies en el resquebrajado piso de la iglesia. Mira de nuevo a Miguel, que

respira fuerte, sufre de dolor y las manos y los brazos se le empiezan a tornar morados.

—Y para finalizar su tortura, repita: *Creo en Dios padre todopoderoso creador del cielo y de la tierra.*

—Creo en Dios padre... todopoderoso, creador del cielo y de la tierra.

—*Mi alma es una podredumbre de gusanos que no merece llamarse hijo de Dios. Recíbame tú oh Belcebú.*

Cuando Miguel repite grita a la acción de un tirón de la cuerda, pero no la ha movido el hombre de la polea, sino un aire que entra por las rendijas. Argemiro cruza la plaza, como si fuera niño de jardín saltando. El general lo divisa desde el antejardín siempre con la eme sesenta apuntando por una rendija. Se acerca a Argemiro y el alcalde queda con su grupo pendiente del arma por si hay cualquier movimiento.

—Listo, alcalde, ya el hombre está comido por esos caníbales de la iglesia y se están llenado de orgullo. Ilusos.

—¿Pero no podemos atacar todavía?

—No, aún no. La idea es llevarnos a los otros cuatro de la bancada para que ellos lo laman y los relaman y poder nosotros atacar en éxtasis de honor y victoria.

—Listo, muy bien.

Argemiro se acerca a pablo, el líder en educación y pedagogo. El hombre siente algo de ansiedad, pero confía en Argemiro y en todos para acabar con la guerra y llegue el triunfo.

—Tranquilo, señor alcalde, ya tengo a Miguel en un puesto estratégico, está bien, no se preocupe—le guiña el ojo y le hace una sonrisa.

Mientras cruzan la plaza, Pablo alza la mano y se despide de todos, pero nadie lo mira. Argemiro lo lleva del brazo, como si fuera el policía que lo llevara a la silla eléctrica. El sol ya teje el cielo y una nubosidad se acerca, pero muy a lo lejos. La mañana empieza a calentarse y la temperatura sube a treinta.

—Usted se posesiona en el lugar que le voy a decir, Pablo. Es una estrategia de ataque que aprendí cuando estuve en la guerra de los mil días.

—Pero usted no existía.

—Pero mi alma sí.

Cuando llegan por la parte de atrás de la iglesia, lo primero que siente pablo es el olor a la carne putrefacta. Van entrando al recinto, dos hombres lo cogen por los brazos y lo amarran. Pablo empieza a Gritar, desesperado, igual que Miguel, mirando con preocupación a Argemiro, pero que ahora se regodea en sonrisa. Lo llevan hasta el tormento de agua, donde ya se encuentran Cristóbal, Tomás y el resto de hombres. En el potro Miguel se encuentra sólo. Los hombres desnudan a Pablo totalmente, lo

acuestan sobre el tablón del tormento de agua, donde en la parte de arriba se ve el letrero en marcador que dice: *II. Tormento de agua, máquina de castigo para que mi alma se purifique en las llamas del infierno*. Lo amarran de los pies y las manos. Pablo sí llora, sus lágrimas caen por su mejilla, de desespero.

— Argemiro, ¡qué es esto, esto no es lo...!

— ¡Tápenle la jeta a ese animal! — Dice Cristóbal haciendo otra vez que se pone la caperuza.

Uno de los hombres llega y le pone una correa en su vientre, bien amarrada y otro coge un embudo y se lo pone en la boca, sin embargo, Pablo lo bota; el hombre vuelve y se lo pone, pero esta vez le pega un puño para que se lo deje. Al instante llega Camilo Con un balde de agua.

—Bueno, nuestro segundo hereje del día, señores. Esta máquina no es tan torturadora, usted contó con suerte, pero es vil a la hora de la muerte, por lo que en esta confesión no le va ir tan mal—Cristóbal se cruje los dedos y el cuello, como para desestresarse de la tensión—Empiecen con chorros pequeños de agua. Yo les digo cuándo aumenten. A su maldito amigo, señor, le tocó una máquina cruel y sus brazos ya están morados, a lo mejor ya los huesos se le desmembraron, no lo sé—Todos ríen y miran a Miguel que aún se ve que respira fuerte—. Repita lo siguiente: *Vivifica mi alma para el condenado y apodérese satanás de ella que podredumbre de la tierra eterno ya soy*.

Pablo duda por algunos segundos, gritando y llorando, mirando a Argemiro para ver si le da alguna señal de estrategia, pero tan sólo le ve la lengua en los labios y una sonrisa lacónica, de demente. Repite lo dicho por Cristóbal, pero en sollozos, sin sentir nada en su alma; como a Miguel, siente como si hablara otro idioma. Luego, de algunos segundos, Cristóbal se acerca un poco más y le dice:

—Orgulloso soy de que mi alma pertenezca a satanás y no a Dios porque está sucia y corrompida. Dios conmigo, amen.

Toma la biblia de nuevo, en un acto solemne. En ese instante le da la orden al hombre de que empiece a ponerle el embudo y le llene el estómago de agua, hasta que sienta que vomita. Pablo se atraganta el agua, pero sale por la nariz y la boca; otro hombre se acerca y le tapa la nariz con un trapo. Siente el estómago a reventar, como una bomba de gas. Cristóbal le repite el salmo. Pablo sigue sollozando, sintiendo una tensión fuerte en su estómago.

—...Alégrense en el Señor, hombres buenos y honrados; ¡alégrense y griten de alegría!

Cristóbal le hace el ademán a Argemiro que traiga al tercero, que ya casi termina la confesión de ese cuerpo. Tomás le trae en una cuenca un poco de agua que ha sacado de lo que era la pila bautismal, introduce las manos en ella y las seca con una toalla que le pasa otro de los hombres; pone un aceite en sus manos.

—Debí haber hecho esto con el otro cuerpo, pero ya con esto mis manos quedaron purificadas de sus almas sucias. Para terminar, señor, repita esto último y puede descansar: *creo en Dios todopoderoso, creador del cielo y de la tierra*—Pablo responde—. *Mi alma es una basura de ratas y cucarachas que merece ser hábitat del infierno e hijo del diablo*. Repita.

Pablo repite, en un jadeo, y el aire que entra por las claraboyas echa un poco más de agua. Pablo se retuerce, como si en su estómago se estuviera resquebrajando algo. Pero el sufrimiento pasa por algunos segundos, como si su vientre fuera fuerte y resistiera el dolor.

Argemiro ansía llegar de nuevo hasta donde el general para llevarse a la tercera víctima. Cuando se acerca el alcalde está sentado con los tres que quedan en una ronda; el general sigue con su eme sesenta apuntado; se acerca cuando llega Argemiro, a su lado como un perro faldero. Vacilan por algunos momentos, Argemiro mirando los movimientos de los soldados que se mantienen resguardados en las casas abandonadas. El sol ya ha dado las siete y media.

—Listo, mi general, seguimos con ese Rogelio.

—Venga, Argemiro, hace rato se me ha ocurrido la idea de que negociemos los muertos con estos adefesios; algo así como muertos por muertos.

—Más despacio que mi mente va lenta.

—Pues que ahora ellos nos traen hombres de ellos para nosotros también torturarlos y matarlos en el momento en que ellos maten a los de nosotros.

Argemiro reflexiona por algunos segundos, con la mano en la barbilla.

—Pues sí, puede resultar. Y también sería como gancho ciego para la víctima, pero pues una verdad para Cristóbal.

— ¿Y quién es Cristóbal?

—Ah, bueno, esa parte usted no la conoce. Pero fuentes fidedignas me contaron que el préstamo del carro de este señor que matamos ayer en su finca era para traer al cardenal Enrico y al Papa Dámaso III. Ellos son los organizadores de toda esta guachafita, los que consiguieron las armas, en fin...

—Eso está interesante. Esas son las cabezas que necesitamos, Argemiro, las necesito aquí conmigo amarradas. Los torturamos y acabamos con ellos definitivamente. El premio será nuestro— el general aprieta el puño y su alma siente una inflación de orgullo, imaginándose condecorado como general de la república.

—Sí, mi señor, pero todo a su debido tiempo, no es tan fácil como usted cree. Aunque usted los crea unas cucarachas insignificantes, sin poder, apenas con la fuerza de una creencia de fe, no es así. Ellos están armados hasta los tuétanos, nos tienen en la mira, acorralados. A pesar de todo hay que aceptar

que tienen una buena estrategia militar e inteligencia; aunque, bueno, según ellos siguen recibiendo ayuda de su Dios.

—Je, qué va, pobres ilusos.

—A modo de información para que vaya pensando en algo: A miguel lo tienen torturado en una máquina llamada potro y a Pablo en una que denominan tormento de agua. Ya se imaginará. Máquinas que utilizaron, tengo entendido, la inquisición durante su dominio en la edad media para castigar y matar herejes en contra de Dios y el cristianismo.

—No diga—el general mira preocupado, con ojos de no saber qué hacer.

—Hay tres máquinas más que son para los tres que continúan. La verdad no las tengo presente, pero se ven crueles. Son las que piensan utilizar con ustedes. Se sienten ansiosos por llegar a ustedes.

—Eso está por verse. Pero mientras tanto seguir con el intercambio, creo, e ir pensando en otra cosa para llegar a donde estos personajes y darles muerte definitivamente. Usted también me ayuda a pensar.

—Por supuesto. Por ahora me voy a llevar a Rogelio para ver qué puta máquina de esas de tortura le toca.

Argemiro va hasta donde el alcalde, recoge a Rogelio y se encaminan hacia las ruinas de la iglesia, pasando por la plaza principal, siempre por la estatua de Bolívar. Un par de pájaros

cruzan por sus cabezas, sintiendo casi sus alas en el cabello. Las calles son polvorientas, desubicadas y en las casas donde antes había antejardines con algunas plantas y flores, ahora ya no queda nada, sólo la tierra y hojas secas con pedazos de paredes en el piso.

Entran a la iglesia, con el hedor de la carne putrefacta que siente solamente Rogelio. Cuando van entrando al recinto, un par de hombres lo atrapan con cuerdas, le amarran las manos y los pies. Tan sólo grita, patalea y solloza, mirando a Argemiro que se vanagloria en risa, viendo cómo sufre el que era antes ayudante del alcalde. Cristóbal se acerca por un momento a Argemiro y Tomás queda guiando a los hombres para que cuelguen el cuerpo en la garrucha.

—Se tardó un poco, señor Argemiro

—Sí, gran señor, cuadrando y organizando cosas allí con la gente, gajes del oficio que no faltan—Argemiro mira para todas partes y se aleja un poco con Cristóbal—. Póngale cuidado lo que le voy a decir, Cristóbal: Vamos a utilizar una estrategia aún más audaz, más efectiva, pero esta conlleva sacrificar gente suya.

Cristóbal siente en su alma un corrientazo que le llega a los pies, de angustia. Pero se relaja y forma en su mente la imagen eterna de Dios revivido. Carraspea su garganta y suspira, en un acto cómodo de aire en sus pulmones.

—Bueno, Dios ante todo y si hay que sacrificar gente para que Él viva, pues ni modo. ¿Cómo sería?

—Pues ya le he traído a tres le tocaría que convenciera a tres de sus hombres para llevármelos, no hay nada que hacer; en el cuarto hacemos el intercambio.

— ¿Qué les van a hacer?

—No sé, el general algo está tramando, pero yo le traigo la información.

Se dirigen a la garrucha, donde tienen a Rogelio colgado de las manos y suspendido en el aire; un hombre sostiene en la parte de atrás la cuerda que pende de la polea. En la parte superior de la garrucha está otro de los letreros: *III. La garrucha. Máquina que cercena la podrida alma para el infierno.* Rogelio grita desesperado, tanto que le aturde los oídos a Cristóbal. Le da señal al hombre de la polea que lo baje un poco y a otro que le ponga un trapo en la boca.

—Arriba de nuevo. Aquí tenemos en juicio mortal de confesión a este tercer impío que sólo merece ser condenado al infierno. Es un ser inmundo, un demonio que se ha convertido en un gusano de basura putrefacto. Repita lo siguiente: *Señor del hades, merezco ser partícipe de su casa y hago de tu refugio un hogar para estar durante millones de años sin regresar.*

Mientras Rogelio repite, su garganta se ahoga en dolor y el de la polea encoge más la cuerda para que los brazos se estiren y se

vayan dislocando. Cristóbal se mantiene en silencio por algunos segundos. Tomás le pasa la biblia, le lee el salmo y simula pasarse la capa por encima de su cabeza. Rogelio agacha la cabeza, no sigue gritando, tan sólo jadea, como a punto de morir.

Otro hombre le pasa la misma cuenca con agua bendita, pero la deja a un lado, mientras hace repetir lo último a Rogelio.

—Haber: *Criminal soy, criminal seré y en infierno adoraré a quien en brazos podré conceder y el más allá conocer.*

Pero Rogelio no responde, está con la cabeza gacha, gimoteando, su alma se siente ida, ya no en este mundo. Cristóbal sigue repitiendo, pero el hombre no responde. En una de sus piernas se alcanza a ver una gran cicatriz, como si hubiera sido con una sierra o hacha.

—Bájlenlo y revisen su estado comatoso.

La presión y el jadeo siguen descendiendo. Cristóbal le revisa el pulso y es bajo.

—Déjenlo, este desvergonzado no va aguantar por mucho tiempo. Déjenlo ahí amarrado, con la cuerda suelta, sentado y alguien que lo cuide.

Ahora sí se acerca a la cuenca y se lava sus manos, con la toalla las seca. Recuerda el intercambio y empieza a ojear los tres hombres. Los llama, con la mano en alto: Llega un viejo, de pelo cano y algo de barba; el otro, con no más de treinta años y el otro con rostro lampiño y sucio, el más alto de los tres.

—Señores, ustedes los he seleccionado para una misión de estrategia de guerra contra el estado. Necesito que se vayan con este señor Argemiro y allí van a morar hasta que yo les indique—Cristóbal les pone la mano en los hombros, como en señal de sentido pésame—. Ustedes saben, señores, que les dije que ya hacen parte de Dios por pertenecer a este movimiento, ya tienen asegurado el lado en el cielo, con los ángeles, con los santos. Así que vayan.

Argemiro arranca con los tres hombres, haciendo el ademán a Cristóbal de un hasta luego. Tomás se acerca y al momento Enrico y Porfirio. Traen en las manos el unguento de bendición. A Porfirio se le ve aún más demacrado y viejo, como si ya le hubieran pasado diez años en tres días.

—Entonces, ¿Qué les piensan hacer? ¿cómo los van a sacrificar? —pregunta Enrico.

—No me dijo, que era sorpresa y no lo decía.

El aire de la iglesia queda en un aire de misterio. Argemiro cruza la plaza principal con los tres hombres, van todos con la misma vestimenta: tan solo el pantalón corto, sin camisa y descalzos. El general los advierte desde el antejardín, junto con el alcalde y los otros dos que quedan de la bancada. Cuando llegan Argemiro se retrasa un poco y desde ahí le hace señas al alcalde, que es quien lo mira, de que los coja por la fuerza y los amarre con algo. Tamayo es advertido por el alcalde, se hace

dentro de la casa abandonada y de alguna parte saca una cuerda. Los hombres ingresan, pero hasta el antejardín y Argemiro los invita a pasar. En menos de un segundo sienten la cuerda por el cuello, donde con ayuda de un soldado los aprieta. Los sienta, les pasa la cuerda por la mano y luego por los pies. Los tres hombres miran a Argemiro, como pidiendo piedad o explicación.

—Muy buen trabajo, Argemiro. Excelente estrategia. Déjenme estos estorbos de la sociedad, hijos de puta que me voy lamer los bigotes por verlos sangrar—Los toma del cabello. De su bolsillo saca una navaja y le hace un corte a cada uno en la mejilla—. A ver mis podredumbres de fe malsana y mortuoria que no saben ni tienen idea de qué existe en el mundo. Son un maldito vacío de espíritu, creen tener un Dios que existe en sus putas cabezas—. Les tira más fuerte del cabello, los hombres gritan y les hace un corte con la navaja en la otra mejilla.

Las ocho y media llegan como impactando al tiempo. La fuente que hay en la plaza principal apunta exactamente a los dos bandos, como si fuera algo piramidal y el sol diera en el medio exactamente allí todos los días. Argemiro le pasa una pistola que ha conseguido con uno de los soldados. Él mismo toma la pistola y la empieza a apuntar a los tres hombres, haciendo a un lado al general.

—A ver, a ver a ver. Aquí tenemos unos hombres que han arrastrado a la ilusión de la sociedad, a la perdición y al retraso

de la humanidad; que han matado gente en nombre de su Dios y creen estar en el mundo como puercos que comen sus desperdicios en total tranquilidad. No, señores, aquí está cambiando el mundo y hay que acabar con lo viejo, lo antiguo y que mejor que acabar con eso de una manera certera— Argemiro sonrío, como si lo que dijera fuera algo que le emocionara y lo excitara—. Para salvar sus almas y que mueran alguna vez en paz y vuelen hacia el lecho del señor, necesitan que repitan lo siguiente: *Mi nombre es cruel, no merezco llamarme, mi nombre es muy cruel porque Dios se metió en mí como una ilusión podrida del alma.*

Los hombres guardan silencio, tan sólo miran al piso, conservando el recogimiento. Y empiezan a musitar algo, como una oración que el general, Argemiro, el alcalde y otros no alcanzan a detallar.

— ¡¿Qué es lo que pronuncian hijos de puta?!—el general se les acerca y los amenaza con su arma—. ¡Hablen duro!

— ¡Mi pecado me salva, Dios está conmigo! ¡Salva mi alma y el alma de estos perdona en tu lecho!

Tamayo descarga el arma sobre cada una de las cabezas de los hombres, cayendo como muñecos de año nuevo. Argemiro se mantiene en silencio, observando como brota sangre se sus cabezas y el cráneo abierto. El general llama a uno de los soldados para que eche los cuerpos hacia el patio de la casa.

Vicente y Gael miran sorprendidos, a punto de vomitar. Argemiro llama a Gael, sin mirar al general, sin perder tiempo; y se encaminan hacia la iglesia, contándole lo que debe hacer, en su fuero de sonrisa macabra y un alma insaciable de ver muertos.

En la entrada de la iglesia Gael siente el olor putrefacto, con fuerza, como si hubieran aumentado los muertos por todas partes. Y no se hace esperar el amarre de los hombres de Cristóbal sobre la entrada al recinto. Gael grita, con fuerza, patalea mucho más que sus otros tres compañeros de bancada. Y como los otros mira a Argemiro, pero en esta ocasión mira hacia la pared, como si él hubiera sido el mejor amigo de la alcaldía y lo había sido, en verdad. Tiempo atrás, cuando Argemiro apenas se instalaba en el pueblo, se había tropezado con Gael a la entrada de la alcaldía. Lo invitó a un café, le presentó al futuro alcalde y se mantuvieron juntos durante la campaña, apoyándose. Gael le había dado cabida en la alcaldía, un puesto administrativo y la amistad de grandes hombres de poder en el país. Pero la guerra no conoce a nadie, no discrimina, quizá es lo más loable que hay sobre el planeta tierra, con equidad.

Prefiere retirarse para no ver a Gael sufrir. Gael grita por todo el recinto su nombre: “! Argemiro, ayúdeme!”. Los hombres atan a Gael, lo suben con ayuda de cinco más a una polea. Y lo van

subiendo, con las manos y los pies atados. En la parte alta se ve el otro letrero: *IV. Cuna de judas. Máquina que te atormenta y te clava el ano para que purifique el alma.* Lo suben bien alto, con la cuerda sostenida por los cinco hombres. Cristóbal y Tomás se acercan, mirándolo fijamente. Levantan las manos, como en un acto de oración para condenar el alma del hombre.

—Hombre de poca fe, alma sucia y corrompida que ha pertenecido a la bajeza de la sociedad. Repita lo siguiente: *Mi alma no es humana, mi alma es de un roedor que come carroña y la carroña me envía al infierno a pasar la eternidad con mi amo el diablo.*

Gael no lo repite, sus muñecas sangran y sus pies se duermen. Cristóbal vuelve y le repite la frase, pero sin ninguna respuesta. Unos segundos después Gael se repone, suspirando y repite lo dicho, pero la sangre le arrastra por los brazos. Tomás le pasa la biblia a Cristóbal y le lee el salmo. En la última frase, Gael desde lo alto musita algo, pero sin claridad. Cristóbal alcanza a escuchar.

—Bájenlo.

Gael queda en el piso, cansado, totalmente desnudo. Cristóbal se acerca amenazante, si hubiera podido llevar un arma le hubiera apuntado de una vez.

— ¿Puede repetir lo dicho, inmundo demonio?

Gael vacila, pero con fuerza de voluntad y recordando su liderazgo en campañas y en operaciones de bastión militar, incluso en el alma viva de llevar a cabo el liderazgo de toda la bancada, responde:

—Usted me puede matar, hágalo ahora mismo, que de igual manera su iglesia se hundirá como un barco en medio de altamar. Su Dios morirá, está moribundo en el cielo, con la mordaza en la boca y un espíritu que ya no puede hacer nada por el mundo.

Cristóbal y todos los demás y hasta el grupo completo se miran, con cierto desprecio, o pensativos de no saberle que contestar. Simplemente Cristóbal da la orden de que lo vuelvan a colgar, que lo mantengan suspendido hasta nueva orden; lava sus manos en agua bendita y con la toalla seca las manos. Tomás siente el dolor de estómago, punzante, esta vez con un corrientazo hacia las piernas y los brazos.

—Deje ese animal allá arriba. A la hora de la muerte pública me lo dejan sufriendo, lo pican y para los gallinazos—Cristóbal mira despectivamente.

Mientras dura la tortura de Gael, Argemiro lleva a otro hombre. Este es un joven de tan sólo veinticinco años, de estatura media y tez blanca. El general lo amarra en la misma parte donde ha tenido a los otros tres, aún con sangre por el

lugar. Tamayo se le acerca con el alma, lo desafía a lo que le va a repetir y en su rostro hay un dejo de amenaza cruel.

—A ver, hombrecillo de poca monta: *Soy una lacra de la fe que merezco estar en la agonía del infierno y hacerme padre de ese ser tan maravilloso llamado el diablo.*

El joven vacila, aspirando mucosidad, como si lo hiciera en una muestra de fastidio; escupe. Y repite en voz alta: *Soy un alma de la fe que merezco estar en la paz del cielo y hacer hijo de ese ser tan maravilloso llamado...*

La última palabra no la alcanza a decir. El impacto del machete pega en el cuello y cae al piso. El general se limpia el rostro y las manos, pero no de sangre, sino de sudor, del calor que sube por el sol de las nueve de la mañana.

—Vaya por otro, Argemiro.

Argemiro se lleva por último a Vicente, hombre del arte, de la pintura y hasta de la poesía y la escritura: Lo mira con desconfianza, con un rostro de rabillo de ojo; no le da confianza, sin embargo, se deja llevar, como si una intuición le persiguiera y le viera el rostro de maldad a Argemiro que lo mira de soslayo. Mientras lo lleva del brazo, Vicente se arregla su boina, lo detiene por un momento, pero Argemiro lo arrastra.

—Vicente, hombre, no nos podemos parar acá porque es peligroso, pueden matarnos y ser blancos fáciles de esos pordioseros de fe.

—A mí dígame la verdad, Argemiro. Los otros cuatro compañeros que se han llevado los han matado; lo que están haciendo es un intercambio, mi intuición me lo dice.

—No diga eso, Vicente. Usted, siendo un hombre sensible, de alma blanda por la naturaleza, debe saber que lo que estamos haciendo es una estrategia sutil para acabar con esta gente. Recuerde que el presidente le dio al alcalde y al general hasta las tres de la tarde de hoy para que acabemos con ellos.

—Pues sí. Una intuición, precisamente de artista, me dice que aquí hay un juego sucio, que no debo confiar en usted. Me disculpa.

—No diga tonterías y vamos.

Cuando ingresan a la iglesia Vicente siente el hedor de la muerte; él si la reconoce, es un artista y de hecho sabe que la naturaleza trata de hacernos saber los sucesos a través de olores, animales, sueños y muchas otras cosas más, lo que pasa es que la gran mayoría de los seres humanos no tienen la sutileza de detectarlos. Vicente capta el olor y grita de una vez por todas, tratando de salir corriendo, pero Argemiro, con perspicacia, coge una varilla tirada en el patio y le pega en la cabeza y lo deja inconsciente por algunos minutos. Va hasta la entrada del recinto y llama a los hombres que lo van a amarrar. Cristóbal se acerca también.

—Se resistía a entrar. Este ha sido de los que ha sospechado y me tocó golpearlo con esa varilla. Ojalá no lo haya matado.

Lo atan y lo entran para la última máquina, la rueda y tiene el letreo en la parte superior que dice: *V. La rueda. Artefacto de castigo para todo aquel que osa en llevar las ánimas al diablo y se las quita a Dios.* Esta última máquina está al lado de lo que era la pila bautismal, partida y agrietada por disparos. En ella han puesto carbón incandescente y al lado una varilla de no más de tres metros, donde se ve la punta roja. Los hombres han atado a Vicente de la rueda, de manos y pies y su cuerpo queda doblado al ritmo del círculo, formando la medida del pi. Vicente se empieza a imaginar una pintura, una pintura en un simple cuadro, una que había hecho no hace mucho tiempo en su casa y le había gustado: Una vaca pasteando por un campo, una cordillera y un carro paseando por allí, como viajando y viendo aquel paisaje. Mientras lo imagina, el dolor de las manos, el golpe en la cabeza y el dolor de la espalda no los siente, como si su arte le dopara.

—Eres un hombre, tengo entendido, que ha consumado el arte para el hombre, arte que limita la fe, escritura e imaginación que no conlleva a nada de Dios. Por lo tanto, repite conmigo: *Soy hombre de Dios que merece que mi arte le dignifique y le escriba todo para la gloria de él; sino me asaré en el infierno del diablo y Dios hará una pintura con todo.*

Vicente no lo repite, se mantiene intacto en la rueda, tratando de soltarse de la rueda, pero no lo logra. Cristóbal da la orden con el dedo de que muevan la rueda para que sufra más, debe repetir a como dé lugar. Vicente se mantiene firme, a pesar del dolor en la espalda, sigue con la imagen de la pintura en la mente, ese campo vívido que había logrado. Cristóbal siente ansiedad, no sabe qué hacer y en su rostro se empieza a notar una irritación que no había mostrado antes; su rostro se torna rojo, sus ojos se agrandan y llama a uno de los hombres.

— ¡Por favor, debajo de la cama hay una maleta con muchas cosas! Adentro hay un látigo con varios cuerdas unidad, el cabo es en cuero. Sáquelo y lo trae. A este hereje lo hacemos a hablar.

El hombre va hasta el cuarto y efectivamente debajo de la cama saca una maleta en cuero muy antigua. Allí encuentra ropa, un traje café con un gorro y varios objetos extraños que no conoce; a lo último hay una biblia con forro en líneas de oro, un anillo y una botellita donde se ve aceite. A un lado está el lazo. Lo lleva y deja todo desarrapado.

— ¡Azote a ese animal del infierno!

En menos de un minuto el hombre empieza a azotar a Vicente sobre el vientre, se retuerce de dolor, su estómago se lacera y las líneas de sangre se dibujan. Cristóbal se acerca junto a Tomás, que se mantiene en silencio, con el dolor de su estómago, tan sólo con un leve movimiento de las comisuras de los labios.

Cristóbal le abre la boca y Tomás le pasa una navaja que ha sacado de alguna parte.

— ¡Repita inmundo, repita que su alma ya pertenece al infierno, va a dejar de vivir en unas pocas horas! ¡Salve su alma, purifíquela, púrguela de todos los pecados para ver si de pronto llega al purgatorio y al cielo junto a Dios...! ¡Esta navaja le cortará la lengua!

Vicente gira la cara y mueven la polea, donde siente en su espalda un tirón, como si algo se hubiera soltado en sus carnes y huesos. Lloriquea, desbastado, siente la punta de la navaja en la lengua y la repetición no se hace esperar, atragantado.

—*Soy hombre... de Dios...que merece...*

Se retiran lentamente. Cristóbal se tranquiliza, entrelaza las manos y espera a que Vicente termine de repetir. Una paloma ingresa, revolettea el recinto y vuelve y sale. Todos se quedan observándola.

—El espíritu de Dios para mirar cómo va nuestra causa—dice Porfirio que se mantiene alejado de la tortura.

—Bueno, ahora la lectura de este salmo.

Argemiro no espera a la lectura. Con un ademán le indica a Cristóbal que se va a llevar a otro hombre. Se encaminan por la plaza principal, Argemiro se contonea, como un bufón. El general lo ve brincar y sonrío, junto con el alcalde y tan sólo ya dos soldados. El hombre es amarrado de una vez, lo arrodillan

en el mismo punto de los otros y este empieza a brincar, como a rata que la quieren matar. En un momento menos pensado, el hombre sale corriendo, soltándose de los amarres. Un disparo desde un punto de quiebre de soldados no se hace esperar. El cuerpo del hombre cae en medio de la plaza; el general le hace el ademán de bien con la mano al soldado que está al otro lado.

—Traigan a ese maricón para acá.

Argemiro arrastra el cuerpo como cualquier trapo. El general saca un cuchillo de pelar ganado de su cintillo, le corta la cabeza al hombre y pone todo junto a los otros en la parte trasera de la casa.

—Bueno, este intercambio ya se ha hecho—dice Argemiro mirando hacia la iglesia—. Yo creo, mi general, que el paso a seguir es irme de nuevo a la iglesia, voy a mirar cuál es el siguiente paso de ellos. A ellos les quedan más hombres, igual que a nosotros soldados, pero ellos tienen esas máquinas mortuorias, a nosotros no nos quedan armas, uno que otro cartucho—Argemiro se toca la barbilla y piensa, pero no da con nada—. Bueno, yo voy, y de pronto se me ocurra algo en un rato. Cualquier cosa yo vengo y le cuento otra estrategia.

Argemiro cruza la plaza, mira para todas partes. En esta ocasión camina despacio, cabizbajo, pensando como en el tiempo en que le ayudaba al alcalde a diseñar una estrategia de campaña y a llevarla a cabo. En el tiempo en que había sido

profesor de historia, recuerda que en la universidad había creado un grupo de profesores para hacer que destituyeran al rector, objetivo que había conseguido con el simple hecho de que les quitaran las clases que más apreciaban. Revolucionaron y consiguieron el objetivo, pero nunca se supo que el as bajo la manga había sido de Argemiro. Y lo recuerda así, de la nada, tan sólo pensando en la estrategia siguiente contra la iglesia y acabar todo.

Cuando entra por el patio trasero, huele a quemado, a leña que queman, pero no detecta nada, ni humo siquiera. Cuando llega al recinto, Cristóbal está reunido con todos en el centro, y alrededor los cinco torturados; Argemiro alcanza a detallar a Gael moribundo en una esquina, aún con las manos y los pies atados. Cuando se va acercando al grupo de la reunión, escuchan que musitan una oración.

—Y el que blasfeme el nombre del Señor, ciertamente será ejecutado, y toda la congregación ciertamente lo apedreará; así como el extraño, como el que ha nacido en la tierra, cuando blasfema el nombre del Señor, será ejecutado.

—Invitamos a Argemiro que nos ha demostrado lealtad para con la iglesia y Dios. Dios le perdonará su proceder antiguo y le hará su hijo, con derecho a proclamar su palabra por otros dos mil años más.

—Gracias, gran señor—Argemiro sonrío, pero a la vez mira para todas partes para ver qué se le ocurre. Se siente en medio del mar, con grandes ideas, pero sin llegar a tierra.

Las diez llegan desde el inconsciente de cada persona que queda, pasando a toda velocidad. El sol tuesta la tierra y hasta el cielo azul incandescente. Hay una brevedad de nuevo en tranquilidad, se apaciguan los ánimos, como si los bandos en las guerras anteriores se hubieran tomado una tregua para nuevas estrategias. Tan sólo que aquí ya no hay tiempo, quedan cinco horas para acabar con todos y la mente se torna dispersa.

Argemiro continúa observando el lugar, a cada hombre lo analiza profundamente: los ve escuálidos, apenas flacos y sus músculos flácidos. Tomás apenas un señor con una barba de ocho días, a la sombra de Cristóbal y por algunos momentos mueve los labios por dolor; Enrico es apenas un hombre en revolución, cogiendo el ritmo de Cristóbal y el ritmo del vaticano, como si estuviera seguro que el próximo fuera ser él; y Porfirio un viejo sin movimiento, franco fácil, con un dejo de alivio, de sosiego, como si ya quisiera morir, no representa ningún peligro. Cuando gira la mirada hacia lo que era el púlpito, observa al Jesucristo crucificado, moribundo, sangriento y se apodera su mente de una luz, de algo que se le ha clavado en su cerebro y las dendritas y las neuronas. Pero escucha a Cristóbal.

—Señores, vamos bien en nuestro objetivo. Son las diez de la mañana, cinco horas límites ordenadas por Dios para salvarlo. Bueno, necesito que se queden alistando algunas cosas mientras nosotros volvemos a lo que era el taller del señor Leonel, que me imagino ya lo habrán matado. Allí estará el taller libre. Nosotros, con Tomás y el gran Argemiro nos vamos a ir y vamos a tratar de un par de sillas con unas púas para el juicio del alcalde y ese general de pacotilla.

Argemiro se le tensa el corazón, tiene claro que el siguiente objetivo son las cabezas principales y es la hora de que empiece a actuar; ya tiene un indicio, pero aún lo está cavilando.

—Bueno, Enrico, Porfirio y las secretarias se quedan acá con los pocos hombres que quedan. Así que vamos. Salimos por atrás, nos montamos a la quebrada y cruzamos a los barrios de ese lado.

Los tres salen, Pero Argemiro sigue ido, ha observado la cruz en el altar de nuevo, como si la imagen le dijera algo. Por la parte trasera de la iglesia está la puertilla donde han dejado a Silvio y a Flora; Tomás se acuerda y dentro ya no ve a nadie, sólo la puertilla abierta. Cruzan la quebrada donde apenas tiene un sedimento seco y lleno de palos y hojas a punto de encenderse por el sol fuerte; el césped se ve amarillo, tostado, muerto y avanza con el poco aire que viaja.

El taller está carcomido por el impacto de las balas. El sitio ya tiene un olor a muerto de hace tres días, lleno de moscas y un gallinazo se posa en el tejado. Todos se tapan la nariz. Lo único que hacen es coger el cuerpo y sacarlo; el gallinazo vuela hacia donde cae. Todavía se puede ver la herramienta tirada por todas partes, bultos de aserrín, trozos de metal partido y fundido y cajas llenas de herramientas y máquinas.

—Señores, ideas, un par de sillas con puntillas. Consigamos un tablón... o, mejor, si pueden ver una silla por ahí en madera mejor, con eso la adaptamos, les ponemos puntillas en el asiento y en espaldar. Con unos ganchos de amarre. Es fácil.

De inmediato Tomás y Argemiro traen una silla que han encontrada tirada.

—Bueno, busquemos los clavos, le limpiamos la suciedad y como decimos en Italia: *molto bene*. Debemos procurar que estas sillas sean amplias. Podemos ponerle un trozo de tabla más y en el espaldar. No se fijen en lo tosco de la adaptación, lo importante es que nos sirva para sentar allí a ese alcalde y a su general de poca monta.

Mientras Argemiro unta pegante en la silla y la lija, va mirando para todas partes y en un rincón ve varios maderos, amontonados, con algo de hongos; y se viene a su mente la imagen de Jesús clavado en la cruz, sangriento, con tremendos clavos en los pies y en las manos y los romanos a su alrededor a

la espera de la muerte. Se imagina la escena de esa época, pero por alguna razón se imagina ese mismo cuadro con el alcalde, el general, él y algunos soldados alrededor de Jesús.

—Listo, está perfecta. Le ponemos estas puntillas un poco más metidas, pues tampoco la idea es que se las entierren de una vez—Cristóbal se torna un poco ansioso, en su rostro se ve el afán de la muerte y de levantar a Dios.

—Pero la idea es cuál, Cristóbal, qué va a hacer en sí, cuál es el proceder. La verdad yo ya estoy en el limbo y mi estómago a cada minuto está más adolorido—La voz de Tomás es apenas audible. En el transcurso de una semana ha perdido su ánimo y energía hacia la iglesia, es como si se hubiera vuelto una persona del común, alejada y parca; pero su espíritu sigue vivo por dentro, sigue con el ánimo de la victoria y eso lo mantiene al lado del movimiento y la lucha.

—Usted, Tomás, tranquilo. Ahora se va a dar cuenta en un rato, cuando sean las doce del medio, qué es lo que vamos a hacer. Esto hay que ganarlo, no hay duda, el mundo será nuestro, no lo dude, Usted luche por su iglesia, que dinero le enviaremos para cada cosa, con todas las de la ley; usted establecido con su nuevo pueblo, con domingos de ritos y misas y con todos los juguetes. Ya va a ver.

Cuando terminan regresan hacia la iglesia, sin antes ver que el gallinazo entra con una tira de tripa destilando sangre.

Regresan a toda, cruzando la quebrada, el césped y parte del cultivo de sorgo. Ingresan, Tomás sintiendo el olor acre a carne podrida. En el recinto varios hombres continúan sentados, a la espera de nuevas instrucciones. Al hombre que le había dado la orden de sacar y alistar otras cosas de su maleta, ya tiene todo como en una exhibición: se puede ver el látigo que habían utilizado hace rato para Vicente, especies de túnicas blancas con gorros largos en punta y equis en el pecho, zapatos de hierro y cruces verdes. Tomás y Argemiro observan todo con curiosidad, estupefactos.

— ¿Dónde consiguió todo eso, Cristóbal? —Tomás habla bajo, casi imperceptible, sin ánimo.

—Yo lo traje todo del vaticano. Yo sabía desde que arranqué mi viaje a qué era lo que venía, Venía preparado, con todos estos jugueticos—Reflexiona por un momento, con las manos entrelazadas y advirtiendo, por la posición del sol, que son las once de la mañana—. Vengan todos, señores. Necesito que para esta misión estén atentos, entregados, al máximo cien con el Creador. Los cinco señores que ustedes ven ahí los vamos a sacar, ahí, a la entrada de la iglesia. Todos van a poder apreciar la ejecución de esos hombres y aparte las sillas que trajimos vamos a sentar al alcalde y al generalucho ese de tres batallas. Así que, Argemiro, necesito de su ayuda, de su colaboración y

que no nos falle, recuerde el acto de fe como una conversión hacia el cielo y reivindicación con Dios

—No hay problema, mi lord—Argemiro se ajusta su pantalón y se golpea el pecho dejando entre ver unos pocos bellos lacios y negro.

—Bueno, y otra cosa. Antes que nada, les vamos a colgar esas cruces verdes en cada máquina, les ponemos los vestidos esos blancos donde van ir los nombres de cada uno de esos individuos. Los paseamos, con una veladora a cada uno y los montamos de nuevo a la máquina respectiva y su ejecución correspondiente. El alcalde y el general también les tenemos una túnica de estas, preguntas para la silla, y llamarada y sale. En ese orden de ideas muchos de ustedes van ir a buscar soldados, porque se espantarán con la clase de ejecución; misión, traerlos todos, sin que quede ninguno y asunto arreglado, esos demonios habrán muerto a las tres de la tarde, hora de la muerte de Jesucristo—Cristóbal sonrío, con las manos en la cintura. Y chasqueando los dedos, los agiliza a empezar a adornar todo y tener los reos listos a las doce en la puerta.

Argemiro sigue absorto, todo lo que ha escuchado y el plan a seguir le mantienen en vilo. Y como en un centello, como en una luz a su velocidad eterna y como esas grandiosas ideas que llegan para grandes hombres, le llega a él.

—Listo, gran señor. Voy a ir armando todo por el grupo estatal para una estrategia que ya tengo y los podamos coger con facilidad.

—Excelente Argemiro. Espere un momento, le voy a dar un regalo como agradecimiento a estos hechos y personas que nos ha traído—Saca de su maleta un ramito de mirto y se lo da en la mano—. Para que lo conserve como muestra de agradecimiento a esta lucha y como nuevo hombre que es.

Argemiro observa la planta con detenimiento y de su alma se trata de escapar un dejo de sentimiento, de nobleza, pero que guarda con rapidez.

—Muy amable, gran señor y sultán—besa la mano de Cristóbal.

Argemiro sale a toda para donde su gente. Ya lleva en su mente la escena final, el cuadro, la pincelada para terminar con todo, como si el universo le hubiera dado esa luz. Cruza la plaza, como marchando, a ecuestre de su dominio, todo un poder en él que lo lleva desde su alma hacia el exterior. El alcalde y el general están sentados en el antejardín, con cierto juego de miras y pendiente de cualquier movimiento o disparo en la iglesia. Tienen paquetes de comida tiradas por el suelo, botellas de agua y gaseosa y un sin número de servilletas.

—Venga, mi gran general y próximo de la república.

Tamayo se incorpora y va hasta donde Argemiro que se queda parado en el andén. Trae en el bigote un trozo de papa.

—Le tengo la idea, mi general, brillante, genial, como para adquirir balcón de cine, película, teatro... Mejor dicho, sin precedentes; yo creo que esta estrategia nunca se le ha ocurrido a nadie en el mundo, ni en la historia; con esta idea hubieran acabado con los alemanes de una vez por todas en la segunda guerra mundial...

—Ya hable, hombre.

—No, mi general, esta idea no se la puedo decir, las paredes tienen oídos, todo el mundo nos escucha, por eso es mejor que se la escriba en un papel y usted la rota para todos los soldados. Este jaque mate va a ser estupendo—Argemiro frota las manos y de repente del bolsillo de su pantalón saca un papel y un lapicero casi gastado. Escribe. Pasan tres minutos.

El general mira para todos lados, incluso para el cielo, viendo el sol que le sale una corona gris alrededor.

—Mire, léalo. No lo converse con nadie, simplemente entregue el papel, como le digo, rótelo, másquenlo en sus almas y pilas a esa estrategia. Yo les voy a indicar cuándo atacar. Todo lo que yo le cuento ahí lo piensan hacer, una humillación pública, como se hacía en esos tiempos de inquisición; pero nosotros les vamos a dar una dosis de su propia medicina.

—Genial, me parece, fenomenal, Argemiro. Vos sos un genio, como dijo el argentino. Entonces a las doce estemos pendiente de alertarnos para ver la obra de teatro—el general se ríe, cayéndosele el trozo de papa del bigote—. Lo mejor de todo es que esa obra de teatro se les va a convertir en drama, en real, en una vid que no verán más.

—Sí, ya, mi gran señor, no más comentarios que no nos conviene—Argemiro mira para todos lados y de su estómago a su cerebro hay una señal de emergencia—. Más bien, ¿qué les sobró de comer?

—Un paquete, y una botella de gaseosa.

—Aceptada.

Se sientan alrededor del alcalde, como si fuera una de las reuniones normales en la oficina a discutir y opinar de estrategias y proyectos. El alcalde no come, simplemente yace sentado con una botella de agua, su rostro sucio, carcomido de barba y unas ojeras profundas, más en la tumba que acá. Por uno de los agujeros del techo se alcanza a filtrar un rayo de luz, y da en todo el centro de los tres. Argemiro lo observa, incluso poniéndole la mano; el general le apunta con el dedo y Rigoberto pasea su vista por el roto donde entra el rayo. Después de algunos minutos en silencio, se escucha un cruzar del viento y del tiempo, haciendo las once y media casi imperceptible.

—Lo que le digo yo, Argemiro, es que sí debe ser rápido y no alcanzar a dejarnos sentar en esas sillas de puntillas, ya sentí los chuzones por todo el trasero. ¿Qué piensa usted, alcalde?

Rigoberto sigue ensimismado. No responde, se pasa las manos por el cabello, depresivo, pensativo en algo, como si le hiciera falta algo. Sin embargo, levanta la vista, vacía el alma y responde con una voz lineal.

—Sí, muy bien

— ¿Qué tiene, mi alcalde? Lo veo acongojado, con ganas de entrar a una máquina de esas de la inquisición.

—No sé, me hace falta mi gente, la que me apoyaba en los peores momentos, en las crisis. No sé, me siento vacío, sin poder, como si el corazón ya estuviera en la tumba, bajo tierra.

—Ah, pero alcalde, por favor, por unas personas que le ayudaban. No se complique, apenas termine todo esto habrá gente de nuevo para que entre a su equipo, mejor aún, ya todo volverá a ser normal. Esa podredumbre de alcaldía que queda la reformarán, moderna, con pantallas de aviso presidencial, con conexiones.

Rigoberto mira hacia el ventanal de su oficina que se ve deshecha, rota por las bombas y los disparos.

—Eso ánimo, alcalde, ánimo. Participe en esta estocada final, ya va a ver que después de esa comedia vendrá la tragicomedia, lo divertido, nos reiremos y podemos decirle al presidente que

triunfamos, que casi no lo logramos, pero valió la pena. Usted tendrá el aval para el próximo presidente y yo de general de la república y Argemiro con su dinero y su puesto que quiera.

—Sí, el dinero. El puesto después ya veré—Argemiro hace un ademán de orgullo—. Tengo entendido, hablando de todo un poco, que esta gente de la iglesia tiene veinte hombres a disposición, yo se los conté hace rato. ¿Cuántos soldados quedan?

—Mal contados, veinticinco.

—Casi igual; ventaja de cinco—Argemiro cavila—. Bueno, no sé, a mí se me ocurre que para igualar las cargas y que cada hombre tenga su hombre, podría hacer un pacto con Cristóbal y decirle que nos cambie a un hombre importante por cinco soldados nuestros. ¿Qué les parece?

—Bueno, suena tentador. ¿Pero hay tiempo?

—Claro, son las once y cuarenta. En veinte minutos mi alcalde armamos eso. Es más, me voy a ir para allá—Argemiro se incorpora—. Ustedes pendientes cuando el sol llegue al medio cielo, al medio día. En ese momento esta gente va a empezar la marcha por la plaza principal con los condenados, reos que llaman ellos. Con todos los soldados.

Argemiro sale como un cohete hacia la iglesia, como un caballo marcha, en su poder y casi locura genial. Cuando entra al recinto, los cinco condenados los están sacando de la máquina

y Tomás les tiene listo las túnicas de humillación para ponerle a cada uno. Desde la entrada al recinto Argemiro llama a Cristóbal que va indicando todo al respecto. Llega allí muy rápido, con una cuerda en la mano y en la otra una de las cruces verdes.

—Mi gran señor Cristóbal, le tengo un pacto, no sé si le suene.

—Diga.

—Pues como nosotros somos veinticinco soldados y sus hombres veinte, pues no sería justo una desigualdad así.

— ¿Pero veinte con las dos mujeres?

—No las conté, la verdad. De igual manera las mujeres en la guerra no hacen la diferencia, esto es cuestión de hombres. Así que le propongo que le traigo esos cinco soldados y les damos uno de los nuestros, uno bien importante ¿Qué le parece?

Cristóbal se queda pensando, absorto. Piensa en la persona a sacrificar, pero no se le ocurre gran cosa. Mira hacia adentro, al cielo y luego hacia dentro de nuevo.

—Pero queda quince minutos para la ceremonia.

—Tiempo suficiente para que cada uno de nosotros ejecutemos, no le veo el problema.

—Déjeme entro y ya se lo traigo a gancho ciego.

Cristóbal entra y como si fuera un pájaro cualquiera, se posa sobre la rama, ajustando su presa a la vista, a esa carroña jugosa que le alimentará. Porfirio está ayudando a mover a Gael de la garrucha. Tomás observa que Cristóbal lo llama, como

sospechando si fuera algo funesto. Porfirio llega, con su voz apenas audible, con un rostro demacrado, sin fuerza, como si fuera un retrato envejecido. Cristóbal lo observa y en su alma se forma un indicio de que ya es persona sin lucha y que ya no aportará nada; sacerdotes canónigo ya los conseguiría en el país.

—Porfirio, necesito que se vaya con Argemiro para que rastreen las posiciones de los soldados que les quedan, necesitamos hacernos un mapa para atacar. Pero lo necesito con soberbia, dispuesto, en la lucha, con poder, con la rabia de no dejar morir a Dios.

—Sí señor—Porfirio se organiza su cabello más cano de lo común.

Sigue a Argemiro que se adelanta. Porfirio mira hacia atrás y Tomás sale detrás de él para preguntarle a dónde va, pero no le alcanza a escuchar porque Cristóbal lo detiene para que le ayude a ponerle las túnicas a los reos. Porfirio huele a la carne podrida, a esa de gusano y que han enterrado por meses debajo de la tierra. Su alma está enferma, contraída, sus músculos se duelen y su cabeza la siente como si quisiera salir del tronco. Se siente inherente a la tierra, pegado, no siente el sol, tan sólo una brisa helada; y ve una sombra blanca que pasa cuando cruza el parque. Desde la iglesia, por la rendija del portón, Tomás observa la escena, cuando entra con Argemiro a la casa

abandonada y ve al alcalde y al general Tamayo. Wendy y Lucrecia se arriman también por la rendija.

— ¿Para dónde iba el padre Porfirio, Padre Tomás?

— A acompañar a Dios en su lecho de muerte.

El general y el alcalde reciben a Porfirio, con una leve sonrisa en sus rostros, carcomidos del gozo y saciedad de tener uno de los hombres claves y enemigos de la religión. Porfirio los mira, como si esperara que le amarraran o simplemente le pasaran el arma por la cabeza o con lo que lo fueran a matar. Extiende las manos, no opone resistencia, tan sólo en su mente hay una oración que repite constantemente y que ha repetido en las dificultades: *El Señor es mi pastor Nada me faltará. El Señor es mi pastor en pastos delicados el me hará descansar, junto a aguas de reposo me pastoreará. Confortará mi alma, me guiará por sendas de justicia. Por amor de su nombre...*

El general le amarra las manos, lo lanza a lo que era la sala de la casa. Mira para todas partes buscando un artefacto con qué darle de una vez por todas; armas ya no le quedan. El alcalde observa la escena, y como si el ave fénix saliera de las cenizas, el alma del alcalde retoma su alma de soberbia y ganas de acabar con todos.

— Yo le recomendaría, general, que como es un pez gordo, démosle una muerte también importante. Tome este cuchillo, le

cortamos la cabeza y lo colgamos en ese árbol de la plaza principal.

—Buena ocurrencia. Présteme ese cuchillo.

Cuando faltan cinco minutos para las doce, el filo del cuchillo brilla junto al rayo del sol que entra por el hueco del tejado, apuntando ahora a Porfirio. La hoja se menea y en una cuenta de tres se alista; sin embargo, el general apunta muy bien, como si primero tuviera que hacer algo antes que cualquier cosa.

—A ver, hombre de Dios. Le daré la oportunidad de reivindicarse en este mundo material y objetivo y fenomenológico, esas corrientes que nos han mostrado los grandes filósofos que es lo que existe para el ser. No sé mucho de esto, pero algo he leído de mi biblioteca. Su Dios, su fe y sus creencias no son más que un montón de patrañas traída de los cabellos. Así que se puede arrepentir, ya todo está consumado en el universo por lo corpóreo y no por idealismos. Repita: *Mi Dios es un ser imaginario que tengo en mi alma y merece ser destruido.*

Tomás se mantiene firme, con la imagen de Dios en su cabeza y junta las manos en signo de oración. Sigue repitiendo: *El señor es mi pastor, nada me faltará...* De un momento a otro siente un ardor en la nuca y un torrente de sangre cae al suelo, el cuchillo se desliza hasta la aorta. El cuerpo de Porfirio cae; la cabeza le

queda en la mano al general que siente cierto asco. Pero la mantiene del cabello, como trofeo.

Argemiro ha observado la escena. Le dice al alcalde que le ayude a colgarle el cuerpo y la cabeza en el árbol, necesita irse con los cinco soldados. El general sale y los llama, cualquiera, que se vayan con Argemiro. Salen hacia la iglesia, con el galil, pero sin cartuchos. Entran hacia el recinto. Ya cinco hombres los espera en la entrada. En esta ocasión cada uno coge un soldado, le pasa la cuerda por el cuello y los aprieta para ahorcarlos. Se tratan de defender, pero otros hombres se acercan y ayudan a que no muevan las piernas. Cogen el cuerpo, un crucifijo y lo entierran en sus vientres y por último se los deja enterrado en la boca.

—Tocaba así, ya no había tiempo de cuadrarlos en las máquinas—dice Cristóbal con voz agitada—. Listo, las doce, abramos ese portón y saquemos los cuerpos.

El portón se abre, como si se abriera el telón para una obra de teatro, una tragicomedia. Los cinco cuerpos se ven con los trajes, amarrados, un hombre a cada lado teniéndolos; otros van sacando los artefactos, uno seguido del otro y en el orden del numeral que le han dado. Al otro lado el general empieza a observar todo, haciéndoles la seña a sus soldados que miren toda la escena. El alcalde apenas acaba de bajar del árbol de colgar el cuerpo y la cabeza de Porfirio. En el instante en que ya

el sol está en la parte más alta de la eclíptica, suena el teléfono del general. Contesta.

—*Sí, el señor general de la región Tamayo. Habla con el presidente de la república.*

—Ah, señor presidente, cómo está, cómo va ese cambio político y social para el país.

—*No me puedo quejar. El fascismo es lo mejor que haya podido crear Mussolini para las próximas generaciones. ¿Pero, bueno, cómo va la caza de estos hombres, ya los tienen?*

—Pues no propiamente, señor presidente, pero la estrategia de Argemiro, un hombre de confianza del alcalde, es genial y se podría decir que en menos de las tres los tiene a todos con moscas en la boca. Es más, con decirle que se está perdiendo de una comedia de teatro aquí en la plaza genial, nunca antes he visto teatro, pero me parece fenomenal. Seguiré asistiendo cuando se haga el proyecto de artes escénicas aquí.

—*Muy bien, muy bien. Me avisan para poder dar discurso televisivo, para darle la gran noticia al país y al mundo que ya la religión aquí está acabada. Y pues además para irles alistando los nuevos puestos y condecoraciones y honores... en fin, el protocolo estatal.*

El general observa el cuerpo y la cabeza colgando en el árbol.

—Ah, señor presidente y lo mejor es que de los cuatro cabecillas ya uno lo aniquilamos, a lo talibán; tocó porque pues, como ya sabe, armas y munición ya no quedan.

*—Muy bien, eso me gusta, general, que vaya dando golpes despacio, pero certeros, como los grandes iconoclastas de las guerras del mundo—*Hay un silencio momentáneo en la línea—. *Bueno, entonces a las tres me marca, cuando tengan esos cuerpos demolidos y bajo tierra; mejor dicho, no puede quedar un solo insecto volando que huela a fe.*

El presidente cuelga. El general observa la escena al pie de la entrada de la iglesia. Argemiro observa la hora en un reloj que saca de su bolsillo sin correa. Se despide del general, así no más, sin decirle una sola palabra; tan sólo una señal, desde la otra esquina donde no lo ve nadie de que esté pendiente de la procesión. Otros soldados se van con él. El alcalde observa a la bancada con el traje puesto, con el nombre de cada uno en el pecho, no se les va la cara, ni el alma. El alcalde tiene sentimientos encontrados, siempre le sirvieron y ahora tiene que observarlos cómo los torturan y los matan por simple hecho de estrategia militar.

Cristóbal, erguido junto a Tomás y Enrico, espera a que sus hombres terminen de disponer las cinco máquinas. El sol es intenso, tostado y vierte un agua espesa de luz que derrite hasta el metal. Las dos secretarias sacan un letrero a la orilla de la

entrada que dice: *Condenados por inquisición: Miguel del vasco, condenado al potro por tener un alma negra y no saber que Dios es vida; Pablo espineta: condenado al tormento de agua por querer entrar al cielo sin antes creer en Dios; Rogelio cubillos, condenado a la garrucha por tener el cuerpo desgarrado y ser víctima y plagio del cielo; Vicente Ceballos: condenado a la cuna de judas por creer que el arte es mundano y no del cielo; Gael González: Condenado a la rueda por querer saber más que Dios y querer que su alma ascienda al purgatorio de una vez por todas.*

El general Tamayo y el alcalde se mantienen alejados, pero apuntan la vista hacia el letreo que han sacado para leerlo. Se sonríe burlonamente y mira al alcalde que mantiene el rostro serio, pero observando la tragicomedia.

—No, yo creo que si esto fuera una obra de teatro no me reiría tanto—comenta el general, poniendo la mano en su boca para disimular la risa.

—Qué idiotez.

—Pero esta gente cómo puede ser fanática y empezar una guerra con estos métodos tan obsoletos de castigo. Prefería las armas que tenían a esta fantochada.

Cristóbal dispone los cuerpos en fila, cada uno con una cruz verde cogida de la mano, pero con el hombre sosteniéndole para cuestiones de vigilancia y guía de camino. Tomás y Cristóbal se mantienen en línea, observando para todos lados, pendientes de

los soldados de que no vayan a hacer ningún movimiento de ataque; Los soldados también son observadores, pero siempre en guardia para cualquier ataque sorpresa.

—No veo a Argemiro pendiente de nosotros, Tomás—dice Cristóbal sosteniendo la biblia y la cruz verde, pero más grande.

—Yo tampoco lo veo. Pero los dejó al tanto, porque solamente nos observan—Tomás habla casi sin mover los labios. Sigue sintiendo el dolor estomacal y con el hedor de la carne inmunda en las fosas nasales—. Mire, ahí está el general ese de tres guerras y el inmundo del alcalde, con caras de mosca muerta.

Miran con disimulo. La marcha con los cinco reos continúa por el lateral del parque, donde alcanzan a divisar el cuerpo colgado de Porfirio y lo que era su cabeza de alianza a la fe. Sienten tristeza; Cristóbal no se lo había dicho, pero Tomás había visto todo, y siente un vacío en su alma y en su cuerpo peor que el dolor en el vientre.

El general y el alcalde también alcanzan a posar sus miradas en las de ellos y en sus almas se forma un río de crueldad revuelta con odio, desazón, humillación y hasta de ver los cuerpos como simples esqueletos andantes.

—Hijos de su grandísima madre. Quién iba a pensar que esta gente fuera tan sagaz y pudieran a traer ese papa a este pueblo.

Genial, sí, pero eso no les va a durar mucho. El otro padre ese Tomás con su peinadito de lora.

—español, si no estoy mal.

—De ascendencia, porque más criollo para dónde—el general mira de soslayo la marcha que cruzan por la calle hacia debajo de la plaza.

Por la calle que va a dar al siguiente barrio caminan muy despacio, la candela del piso les quema los pies, haciendo que los levante por ratos o que caminen en puntas. Cristóbal se mantiene firme, mirando al piso, apenas con su jean, buso y descalzo; Tomás de igual condiciones, pero en su rostro se nota un quedo de energía, como si estuviera muerto, sólo que la salvación para Dios lo mantiene en pie.

—Bueno, Ahora que llegemos y ejecutemos los cuerpos, Argemiro ya nos habrá traído al alcalde ese de pacotilla y a ese general de oficios de su casa. El par de secretarias nos saca las sillas, los sentamos, les damos sus interrogatorios, látigo, les presionamos los cuerpos desnudos sobre las púas y los picamos para los gallinazos, pues mientras nuestros hombres acaban con los soldados que quedan.

—Suena bien, Cristóbal. Así será. Aunque Dios esté en estado de coma, desde su inconsciente nos ayudará—Tomás habla débil, casi que ya no siente la brasa del piso en sus pies.

El sol se mantiene y llega hasta casi la una de la tarde. Argemiro se encuentra en el taller con algunos soldados armando los artefactos para la estocada final. Clava, pega, serrucha y en las máquinas hace cortes finos en la madera para que todo le vaya quedando perfecto.

El general va hasta la esquina para ver hacia dónde cogen. El alcalde se hace a un lado y en su séquito espiritual siente como si una energía extraña se apoderara de él, como si algo que fuera en ese grupo, fuera de él y tuviera que irlo a rescatar. Pero se le pasa, no la siente más. Se relaja. Y sus ojos negros se vuelven brillantes, de poder y locura, quizás. El general lo observa, quieto, como si quisiera salir a correr, pero no puede. Sin embargo, no le presta atención.

Cuando vuelve a la casa de resguardo casi acabada, observan los hombres que siguen parados en la entrada de la iglesia, como paredones o muros de Berlín. “Debe haber algo que los quite de ahí”. Llama a uno de los soldados para darle la orden de que tengan listos los tres antiguos cañones de guerra para cualquier ataque. La una llega en un lapso de pensamiento contra la rotación de la tierra.

Cristóbal y Tomás siguen por las calles contiguas, viendo cientos de muertos por las calles, con gallinazos encima y el sol, además, ayudándoles a descomponerlos. Los cinco hombres caminan despacio, se tratan de detener, pero tiene cada uno un

hombre que los empuja y les motiva con el látigo de varias correas. Tomás siente su alma endeble, su cuerpo como un trozo de metal, sin color, apenas pendiendo del hilo de la razón o la motivación, no lo sabe con certeza. Mira al cielo para ver a Dios, pero ve el sol quemado y pequeñas nubes. Se toca el estómago, siente un punzón en alguna parte que no detecta, como si fuera todo o simplemente se extiende por todas partes. Doblan a la siguiente calle, donde las casas están casi destruidas, apenas con una pared en pie.

—El piso está como una braza—comenta Tomás, apenas inerte, sin causa alguna.

—Me quemo las plantas de los pies, pero Dios y este castigo y el objetivo de acabar con el estado me mantiene frío— Cristóbal abre la biblia en los salmos y comienza a leer en voz alta.

—Recuerdo que un día, hace unos tres años largos, llegó una señora a la iglesia y me regaló un yeso del divino niño Jesús, muy bien pintado, con rostro en dorado y un significado especial. Lo dejé encima de mi armario, en mi cuarto—Tomás sigue levantando los pies y mirando a Cristóbal, pero este sigue leyendo los salmos—, dejé una veladora encendida al pie de él y en un descuido, mientras me fui al altar a preparar las hostias para el día Domingo, vi una llamarada sobre mi armario y lo

único que pude hacer fue tirarlo al patio y echarle agua. Eso, ya se imaginará, quedó como un carbón.

—Pues mal significado, se le quemó un santo en yeso del Señor Dios en el cielo y pues de alguna u otra manera sintió que iba a empezar a enfermar y ya ve las consecuencias.

— ¿Pero por un santo?

—No es el muñeco, ni el material, ni su condición en la tierra, es lo que representa para Dios y para la fe y para el espíritu de los feligreses. Haga de cuenta que fue un brazo de Dios o un órgano importante que se le quemó. *Organo vitale.*

Tomás se queda pensando, como si lo dicho por Cristóbal le hubiera resumido la fe y la religión en un santo de fe, algo ilógico. “puede ser el cansancio y el hambre”, piensa Tomás. Sobre la una y media siguen por las calles al pie de la quebrada. El sol sigue centelleante, con poder, como si fuera lo más arrogante de la tierra. Las piernas de los reos tiemblan, Gustavo con su brazo casi desprendido se queja, pero se mantiene firme por las manos del hombre que lo guía.

El general espera con paciencia en el antejardín de la casa, mirando para todos los lados a ver si llega Argemiro con los objetos que ha dicho. El alcalde amarra sus manos al pecho, pasea por la plaza principal pateando piedras, mirando a la alcaldía y para el ventanal de su oficina. *Ya la podré arreglar a mi acomodo, poniéndole un computador nuevo, una secretaria*

atractiva, miles de empleados eficientes y unas leyes que harán de toda esta región un lugar ejemplar de justicia y de acomodo. Mira al general que también se desespera. El viento menea el cuerpo de Porfirio, como una piñata de fiesta. El general llama a uno de los soldados, con una señal en la mano. El soldado corre, dejando su fusil tirado.

—Vaya al taller de ese cabrón de Leonel y mire en qué va Argemiro.

—Como ordene, mi general.

—Yumbos de aquí para allá por dejar el arma botada. Así no tenga munición, la carga siempre al hombro. Debe ser su siamés.

— ¡Como ordene, mi general!

Cuando el minuterero acosa al horario para llegar al nueve, el alcalde huele a muerto, aunque no propiamente, es a basura de un botadero, a comida de mucho tiempo, a vinagre, a colección de alcantarilla y aguas negras y todos los baños inmundos de la tierra. Aspira, siente el aroma y se acerca al general.

—Huele a horrible, general, a alcantarilla.

—Sí, es cierto, a putrefacto a baño. Puede ser la falta de lluvias que alborota el olor del alcantarillado y los sifones—el general se tapa la nariz, pero en su esófago queda impregnado el olor.

Cuando faltan diez para las dos, Cristóbal, Tomás y los reos aparecen por la esquina de la plaza principal, han recorrido todo

el contorno de los barrios para darle el matiz de ceremonia. Van ingresando, con toda paciencia por el contorno de la plaza principal, apenas con los soldados mirando, observando al general por si alguna orden, pero éste se mantiene firme, mirando con gracia, con cierta burla en su cara que no puede contener. Llegan a los escalones de la iglesia, van subiendo, concretos, saturnianos, quedos. Otro hombre recibe a los reos, les ayuda a ir ubicándolos en cada máquina. Van quedando amarrados de nuevo, tan solo Gustavo que tratan de amarrar de otra parte del antebrazo por su muñeca dislocada. Todos quedan justos en los artefactos; desde adentro dos hombres tiran fuerte para mantener lo más alto posible a Gustavo en el aire; la cuerda de la polea está tensada. Al frente se para Cristóbal, con una hoja y Tomás al lado sosteniéndole la biblia.

— ¡Gente que queda en este pueblo! Quiero hacerles saber que estos cinco condenados por orden del Señor gran Dios, han perecido en esta tortura por sus falsas creencias y por querer mancillar el nombre del Creador, así como cualquiera que lo mancille y no crea en Él, será también ejecutado. Para efectos de humillación ante la gente les hemos puesto estos trajes para saber que en el infierno tienen su siguiente humillación, el diablo hará de ellos un festín de fuego y magma y de allí no podrán salir por toda la eternidad—Cristóbal carraspea y continúa—. Desde tiempos inmemoriales se ha utilizado el

castigo para aplacar aquella gente impía y hereje, que han causado gustos por la carne y el juego y vicios que no le gustan a Dios. Se había abolido esto, pero el estado lo pidió, pidió que volviéramos a estas maquinatas para defender a Dios que tanto nos ha servido y tanto nos ha dado. Y del trono no nos podemos bajar, están equivocados. Cualquiera duda que tengan les aclaro. ¿Quién quiere venir y salvar estos cuerpos podridos de alma?

La plaza se mantiene en silencio, sólo el ruido del viento y del sol que quema el pavimento. El general mira al alcalde, sonrisa en labios, aspecto de poca importancia y en sus ojos se refleja la arrogancia de saber qué responder, tiembla de ira su espíritu, de querer gritar muchas cosas. Pero se mantiene en silencio para no provocarlos y causar más rápido un ataque. Lo único que dice a toda voz es:

—Puede continuar, su majestad—Se hace que no sabe que es el Papa.

—Bueno, el primero, Miguel del Vasco. Le ejecutaremos en el potro porque su alma está impregnada de ese odio hacia la iglesia.

El hombre, que está detrás de la máquina, espera a la orden de Cristóbal para empezar a tensar la cuerda con la polea. El hombre se acerca y quita, primero que todo, el traje blanco que tenía. Queda en un cuerpo desgarrado, totalmente desnudo. La mirada del alcalde se alcanza a entrelazar con la de él, pero

prefiere mirar a otro lado para no sufrir. Miguel grita, con fuerza y trata de tirar de las cuerdas puestas en las manos para zafarse, pero es inútil. Porfirio da la orden. La cuerda se tensa a todo vapor, los brazos de Miguel se dislocan, casi hasta un crujir que suena por toda la plaza. El cuerpo de Miguel queda como un muñeco de trapo, se mantiene vivo, pero los huesos, músculos y tendones molidos. Por la puerta principal aparece un hombre con un cuchillo y corta la cabeza; la pone al frente de la máquina, colgada, con un mensaje pegado en la frente que dice: *ad infernum*. Tomás observa extrañado, mira a la cara de Cristóbal, como preguntándole por qué la cabeza. Cristóbal se acerca mientras el segundo hombre se alista en la máquina dos.

— ¿No se ha dado cuenta lo que hicieron con Porfirio, allá, en el árbol?

—Sí, muy cruel. Me apareció la idea a lo último, como venganza sobre puesta. De lo que sí estoy seguro es que, a esos malditos, hijos de...su grandísima madre no les va a alcanzar el infierno para pagar esto—Tomás retuerce las manos y va a la siguiente máquina.

En el tormento de agua ya tienen preparado a Pablo que ya hace rato llama al general y al alcalde para que lo ayuden y no lo dejen morir a mano de esa gente, pero el general sonrío, frío, inhóspito, tan sólo una llama muy en el fondo de su alma de piedad, pero que no deja fluir; el alcalde se mantiene serio,

queriendo la ayuda, pero se mantiene firme a la estrategia. Cristóbal da la orden del baldado de agua en el embudo, como cascada de fuente. De un momento a otro Pablo deja de moverse, sus ojos se blanquean y todo su cuerpo se vuelve flácido. El hombre, el del cuchillo, taja por el cuello, cuelga la cabeza enfrente con el mismo letrero: *ad infernum*.

—Pues bueno, no hace falta decir que este condenado fue por su soberbia hacia Dios, envuelto en una mentira de vida que sólo creía él.

Desde lo alto se alcanza a ver Rogelio que patalea, haciéndole ademanes al general y al alcalde para que se el único que sobreviva, que tiene mucho por dar para el país. Pero todo es quietud, los dos con las manos atrás, como si también hicieran parte del movimiento religioso.

— ¡Callen a esa bestia de monte! —grita Cristóbal haciendo el ademán a otro hombre que lo azote.

Es la garrucha, máquina de tensor en lo alto, con las manos pegadas a la espalda para que se disloquen. Cristóbal toma la hoja y lee, esta vez con una voz de confianza, gruesa y radial: *Esta basura es un gusano que solo merece ir al infierno, no tiene semblanza de Dios y eso ha causado que se enferme más el eterno creador*. El hombre que lo custodia desde la polea la tensiona, en menos de unos segundos los brazos de Rogelio sufren quebradura al punto de doblarse y pendular el cuerpo como

reloj. La cuerda baja y el hombre de cuchillo corta la yugular, pone la cabeza al frente otra vez con el mismo letreo en latín: *ad infernum*.

En estas tres muertes el sol, el tiempo e incluso el espacio han llevado la dimensión a las una y cincuenta, setenta minutos para que los aspectos planetarios lleguen a su exactitud. Desde el taller Argemiro ya tiene la logística lista, los tres artefactos para la estocada final están pulidos, bien hechos y hasta con unos letreros que escribe en madera.

Cristóbal pasa a la cuarta máquina, a la cuna de judas. Esa la observa muy bien el general y el alcalde, la pirámide, puntiaguda y el cuerpo de Vicente suspendido. Pero este no grita, se mantiene con la cabeza gacha, reflexionando, ubicado en su mundo del arte, quizás; incluso en su inconsciente lleva el cuadro del paisaje con el viaje en un carro antiguo. Esta vez Cristóbal lo observa e incluso lo desespera su tranquilidad, algo que no debería ser porque el reo debe sufrir. No lee la sentencia, de una da la orden de dejar caer el cuerpo. Vicente cae sobre la punta y en un santiamén atraviesa el ano y el miembro. La sangre no se hace esperar. El general se le quita la sonrisa de su cara, impresionado, como pensando en cuanto más maldad pudo haber habido por esos siglos, muriendo gente que tenía la verdad. El alcalde mira hacia el otro lado para no vomitar. Las dos.

—Señores, esta es de las máquinas que me llaman la atención, porque es una simple rueda, la que llama a la perfección del mundo, el círculo, aro infinito de Dios y el cielo— Cristóbal se para al frente, leyendo en la hoja de la sentencia: *Este condenado, Gael González, un simple personaje de mundo, ha llegado a la muerte por creer que el mundo corpóreo es un mundo que el inventó y dirige y no se da cuenta que el mundo corpóreo es él y Dios quien lo dirige*—. ¡Muevan la rueda!

El cuerpo de Gael se retuerce como muñeco de plástico articulado, sus extremidades se parten como huesos de pollo y queda atascado en la rueda, tan sólo con sus ojos abiertos y mirando hacia donde está el general y el alcalde. El hombre del cuchillo corta la cabeza, la cuelga al frente y pone el letrero en latín. Las dos y quince, el sol se ve más grande y el calor aumenta un grado cada hora.

Hay un silencio momentáneo. Cristóbal mira para todas partes de la plaza, pero no ve a Argemiro. Siente nervios, ansiedad. Da la orden de bajar todos los cuerpos, y dejarlos en la parte trasera de la iglesia. El general mira para ver si viene Argemiro, pero nada y el tiempo se agota, como en la bomba regresiva.

Argemiro aparece, orondo, con una sonrisa en la cara, mirando para todas partes; con los soldados que le han ayudado, pero escondidos en la mitad de la calle con los tres artefactos.

Argemiro se acerca con disimulo donde Cristóbal que habla con Tomás, como planeando alguna otra cosa a seguir.

—Argemiro, los estábamos esperando, tráiganos al alcalde y a ese general, ya van a sacar las sillas de interrogatorio—
Cristóbal se emociona.

—Claro, sí señor, como flash, a toda máquina. Tengan todos listo, ya les hago subir.

Argemiro va hasta donde el general, que observa todos los movimientos.

—¿Y bien, ¿qué le dijo ese man?

—Que los lleve—Argemiro se acerca a su oído—. General y mi alcalde, todo está listo, allá en la mitad de la cuadra. Cuando ustedes se vayan a sentar sobre esas sillas de púa, cuando falten milímetros para que sus traseros se claven allí, entonces entran los soldados con esos maderos, otros soldados los amarra y ya saben el resto, yo les indicaré.

—Pero es el sacerdotillo ese y ese papa. ¿quién más es?

—Enrico, un cardenal del Vaticano.

Enrico se mantiene adentro, a la espera de los cuerpos para ayudarlos a soltar y dejarlos tirado en la parte de atrás en costales. Las máquinas las corren al filo de la entrada de la iglesia, pero dejan dos en el mismo punto: La cuna de judas y la rueda, las más asesinas. Las sillas las ponen una a cada lado de

una máquina, como si fuera una celebración matrimonial o de quince años o incluso una posesión presidencial.

El general y el alcalde suben por la escalinata muy despacio, pero con una mano atrás el general para hacerles señas a sus soldados de ataque. En el interior de la iglesia todos están en guardia también. El sol llega a las dos y cuarenta, con treinta y seis grados de temperatura el ambiente. Se forma un velo de misterio, de espera, como si hubiera llegado un mundo paralelo donde no existe nada. Los sos se paran de frente, mirando hacia dentro, donde apenas se pueden ver a Cristóbal y a Tomás incorporados, como estatuas, nadie sabe quién acercarse primero. Y Cristóbal toma la iniciativa, junto a Tomás que se acercan con un par de lazos; Cristóbal recuerda a Argemiro que yace al lado, como a la espera de la señal de sacar las sillas y/o de los artefactos.

Muy concienzudos se acercan, las miradas furtivas no se hacen esperar, con cierto desdén, de impacto sobre el alma y el espíritu, como si se dijeran verdades de pensamiento a pensamiento. Cristóbal esboza una sonrisa, desde el inconsciente de triunfo, sabe que el momento en que los amarre y los sienta a las sillas de interrogatorio han triunfado, ha despertado Dios y la iglesia; Tomás flaquea, su vientre se derrite, soporta el dolor, como si algo le mordiera por dentro, al punto de querer arrodillarse, acostarse o simplemente de

enterrarse allí un cuchillo para acabar con él. *La última estocada y ya estará.* Piensa. Su rostro se torna pálido, pero tiene la fortaleza suficiente de tomar la cuerda para enlazar al alcalde.

Simplemente los amarra, las manos las extienden mirando a Argemiro; hay unas miradas en triangular para saber el paso a seguir y eso lo saben viendo el barítono que es Argemiro. Las manos están amarradas. De todas maneras, sienten nervios, cierta ansiedad porque pueden llegar al acometido y salir las cosas mal. Es un momento donde se han encontrado dos energías antagónicas como tensiones, donde se mezcla el mundo de lo real y el mundo de lo espiritual, el estado y la fe, el combate y el amor, el hombre y Dios; pero una sola dirección y era el honor por cada movimiento, el éxito de sacar adelante la empresa que cada uno cree a su manera desde diferentes perspectivas.

Cuando sus manos están amarradas, un par de hombres sacan las sillas, con púas de más de dos centímetros. Las sillas las acercan paulatinamente. El movimiento de la iglesia las ve acolchadas, cómodas, apenas para una situación de venganza para que las almas se purifiquen; en cambio los soldados, el general y el alcalde las ve crueles, inmundas, artefactos que sólo merecen cortarlas y convertir en madera para hacer otros materiales. Cristóbal desviste al general y Tomás al alcalde, empezando por la camisa, luego al pantalón y a sus zapatos y

por último la ropa interior, dejando entrever sus vergüenzas. Los desliza suavemente hacia la silla, con pudor, pasión e incluso con cierta ternura. Las puntas de las puntillas brillan por acción del sol; los cuerpos empiezan a caer lentamente. Desde el otro lado, como si fuera una escena de una película en cámara lenta, Argemiro da la señal a los soldados de entrar e interrumpir la ceremonia de juicio.

Tres soberbias cruces en madera tumban las dos sillas, a Cristóbal y a Tomás. El ataque de los soldados no se hace esperar y el de los hombres de la iglesia tampoco. Empiezan a luchar cuerpo a cuerpo, como pueden, al cuello, con puños y patadas.

— ¡Ese maldito, Tomás, ese maldito Argemiro nos traicionó! Debimos haberlo matado desde un principio—dice Cristóbal incorporándose, pero el general vuelve y le tira de una patada y con el lazo le empieza a amarrar las manos.

El alcalde hace lo mismo con Tomás, aunque más indefenso por el dolor. Ya se han puesto la ropa, tanto el general Tamayo como el alcalde. Una batalla campal se forma. El par de secretarias, Wendy y Lucrecia las cogen por la fuerza y las meten dentro del recinto de la iglesia.

— ¡Busquen a ese malnacido de Argemiro! —Cristóbal tira con fuerza del lazo para soltarse las manos, pero es misión imposible.

—Cállese, hijo de perra. Usted es el cabecilla de toda la historia de este zafarrancho. Además, maldiciendo, Dios lo echará desde el cielo para el infierno para castigarlo—Tamayo le da un puño en la cara, que de alguna forma lo deja inconsciente.

Sin embargo, Argemiro no está la vista, no se ve por ningún punto de la batalla hombre-soldado. Los hombres tratan de ayudar a Cristóbal y a Tomás, pero es inútil. Enrico observa la escena y en el instante en que va a correr uno de los soldados lo coge y también lo amarra, un soldado que ya se ha liberado del hombre.

— ¿Quién es usted? —el soldado lo lleva hasta donde están el general y el alcalde.

—Yo he vivido en este pueblo, simplemente soy un ciervo del estado, mi trabajo es mi herramienta...

—Calle a ese hijo de puta que es el cardenal, mano derecha de ese otro maricón de Cristóbal, papa Dámaso III. Mentiroso traicionero. No le da Vergüenza con su Dios, que lo traicione de esa manera, negando el puesto que era suyo en esta tierra sólo para salvarse. La verdad es que ustedes... Ah, saben qué, alguien que ya haya acabado con esas escorias para que traiga las tres cruces y empezar a clavar a estos manes ahí. Ya faltan diez para las tres y hay que darle parte al presidente. Acabemos de una vez con este nido de ratas. Ya me dio fue mal genio.

Las cruces llegan, pesadas, con grandes maderos en un café caoba, como los utilizados en la edad media para crucificar a Jesús. Desnudan totalmente los cuerpos, Cristóbal aullando, Tomás con la cabeza gacha y Enrico Lloriquea.

— ¡Soldado Villa, busque a Argemiro que lo necesito!

—Hace rato lo estamos buscando, mi general, pero no está por ahí.

El sol respira y exhala fuego, muy portentoso, a casi quemar todo. En un momento dado Cristóbal, que ya está acomodado en la cruz, pero aún sin las puntillas, llama al general. Este apenas le escucha lo que le dice, pero sin mirarlo.

—Venga, general, podemos ser fuente de poder, tengo contactos en el mundo, con el poder. Sé muchas cosas que la gente ignora. Ustedes para los países y su rey el presidente no son más que blancos de guerra. No se deje engañar.

—No crea, inmundo. Nosotros también estamos aliados al poder y sabemos las mismas cosas que ustedes en su mundo de ignorancia.

Muchos de los soldados ya han acabado con los hombres, otros con ayuda, pero los han podido matar. El alcalde, un poco más débil, con ayuda de los dos soldados acomoda a Tomás y otros dos a Enrico en la cruz, poniendo cada mano en el madero horizontal y los pies en el vertical.

—Mi general, esos los puntillones que dejó Argemiro—le dice uno de los soldados.

—Y es que a Argemiro se lo comió la tierra. Debería estar acá para la ejecución de estos manes. Ya casi son las tres.

Sin embargo, empiezan a clavarles las manos, muy en la muñeca, donde se retuercen de dolor, sobre todo Tomás que apenas siente la punta en su brazo a causa del dolor en su estómago que es más fuerte. La sangre sale a borbotones. Entre otros dos soldados les clavan los pies.

—Si es necesario y ven que el cuerpo no queda fijo, pues pongan otros puntillones de esos, para eso está esa caja. Allá, en esa caja que trajeron ustedes, vienen las tres coronas de espinas para la cabeza. Toca imitar lo más parecido posible a la crucifixión de aquel Jesús. Aunque, bueno, debimos haberlos hecho caminar con la cruz a cuesta a ese lugar llamado calva... Bueno, en fin. Es por tiempo. Dos y cincuenta y cinco.

Les ponen las coronas de espinas, sólo que estas no son de espinas sino de puntillas muy finas. Entre varios soldados levantas las cruces y con una cuña la clavan al piso, como si ya fuera Gólgota. A cada uno, encima de la cruz, le han puesto el letrero con el mensaje: *nihil de regibus*. Desde esa posición Cristóbal divisa toda la plaza principal, incluso la alcaldía algo menos deteriorada que la iglesia. Mira a su lado y ve a Tomás, en el centro de los tres, como

si fuera el Jesús de aquellos tiempos y los otros dos los ladrones. Tomás se mantiene con la cabeza agachada, mirando al suelo, respira rápido y su frente, por acción de la corona en puntillas, empieza a sangrar; la de Enrico no, Jadea, grita desesperado, la ansiedad es pueril y su alma se retuerce en un dolor unidos de muñecas y pies por el clavo que ha atravesado el madero.

El general los observa, con la mano por encima del hombro en el alcalde que se regodean de triunfo faltando tres minutos para las tres.

—Por fa, alguien que me traiga una biblia, esa que está allí tirada.

En poco el soldado llega. Tamayo la abre y empieza a arrancar todas las hojas. Las envuelve, como pelotas y empieza a tirárselas a los cuerpos crucificados. Rigoberto también arranca otras y se las tira, como jugando en el colegio.

— ¡A ver, díganle a su Dios que los salve, que los suelte de ese par de maderos! ¡A ver, ahora sí digan, cuál es la profecía, la venida de Jesús! Acá, escuchen muy bien, acá nos han pagado millones de muertos alrededor de siglos con sus leyes y dogmatismo. Dense por bien servidos. Ahora, para que aprendan que cuando en el estado hay una ley y haya un mandato se cumpla y no armen grupos para evadirlas y acabar con el estado, no sean ilusos, no se enfrenten a un monstruo como estos. Lo único que pueden decir es que, en el cielo, me

imagino, les espera un espacio al lado derecho de su Dios; ¡aunque puede pasar...!

El general se detiene, como pensando en algo que le ha llegado de la nada. Por toda la plaza se ven los muertos, la mayoría de los hombres que han ayudado a la causa de la salvación de la iglesia. El general mira al alcalde que se muerde los labios, como en un acto de nervios o ansiedad. El sol se recrucece ante las tres en punto, en casa de la muerte, con tres puntas en oposición y un aspecto de revolución y cambio. La cabeza de Cristóbal se desgonza, luego la de Tomás, pero antes, en su pensamiento, mira al cielo y alcanza a ver el rostro de Dios, como recibéndolo y Enrico jadea menos, pero al final su cabeza también se desgonza.

—Bueno, si mal no recuerdo en la tradición de esta gente, aquel personaje llamado Jesús resucitó al tercer día. Qué tal si a esta gente se la da por resucitar y ascender al cielo y se conviertan en santos que sigan con la tradición...—Tamayo va subiendo la voz, preocupado y mira al alcalde—. ¡Bájenlos, píquenlos y de ahí para allá hacen ustedes lo que quieran con esos cuerpos: los queman, ¡los botan o no sé! ¡Lo importante es que no quede evidencia de ellos para que no se inviten historias con el tiempo! Ah, otra cosa, y no era que repetían una frase que decía algo así como: *Dios, por qué me has abandonado*. Idiotas, no aguantaron nada... Ah, con esta navaja piquen cada uno de

los cuerpos, no vaya a ser que salpiquen agua bendita y nos conviertan y nos arrodillemos.... Ah, ya viene el temblor...—El general habla despectivamente, riendo a carcajadas.

Los soldados bajan los cuerpos y hacen tal cual les ordena el general. El alcalde, mira su alcaldía, su oficina y sonrío, virtuoso. El general empieza a sacar su teléfono para darle la gran noticia al presidente. Pone las manos en su cintura y su orgullo se hincha de tal manera que su alma siente poder de triunfo y éxito. El presidente responde al primer timbre.

—Señor presidente, felicíteme. Aquí tiene al próximo general de la república y al alcalde el próximo sucesor suyo

—*Qué bien, mi general, ya lo iba a llamar, tres y dos minutos de la tarde. ¿Y qué tal todo?*

—A pedir de boca, señor presidente. Ese Argemiro, es todo un dios, un genio, él fue el que armó todo el plan. Ese maldito se merece un buen puesto en el gobierno. Ni se imagina, les dimos una muerte con su propia medicina y su propio invento. A la vieja usanza de ellos. Muertos, bien muertos están.

—*Listo, general Tamayo. Voy a listar el directo para el mundo, para decir que nuestro país es el primer pionero de acabar con todas las religiones y las nuevas políticas. Los felicito y por ahí mismo les anuncio los nuevos puestos en los próximos días. Son grandes y felicitaciones.*

Tamayo guarda su teléfono de nuevo. Da un respiro cómodo en sus pulmones, siente olor a carne putrefacta, pero tan sólo saca un cigarrillo de su bolsillo. Llama a uno de los soldados para que le regalen un fósforo. El alcalde se acerca, lo mira, no se dicen nada, se quedan parados, como a la espera de próximas ideas y de nueva gente que ocupe la alcaldía y el pueblo que ha quedado sin sociedad. Los soldados, en total diez, llegan limpiándose las manos con pañuelos, guardan sus cuchillos y sacan también cigarrillos. Empiezan a fumar.

De la nada un estallido cae encima de todos, dejando los cuerpos del general Tamayo, del alcalde Rigoberto y de los pocos soldados en pedazos por toda la plaza. Argemiro aparece con un hombre alto, de barba y vestido igual que Argemiro, solamente con un pantalón corto. Guarda su lanza granadas, soplando el cañón. Argemiro sonrío, mira para todas partes y no queda nadie, tan solo las edificaciones a medio despedazar. Mira al cielo, luego al hombre alto que le ha ayudado a acabar con el resto de gente. El sol brilla, gigante, más potente que nunca. Luego observa la alcaldía, despedazada y muchos lugares alrededor y su mente empieza a maquinar una nueva arquitectura y estructura social.

—Sabe qué, Hunter Smith. Todo esto va ser de los dos. Pienso demoler esa alcaldía y poner...

En un lugar recóndito, a diez kilómetros del pueblo y por los lados del sorgo, caminan Silvio y Flora cogidos de las manos, como si fueran las próximas esperanzas de algo que se gesta.

HÉCTOR MEDINA



Nació en Ibagué, Colombia, el 13 de Julio de 1984. Tuvo un pequeño paso por la Universidad del Tolima, cursando algunos semestres de Economía, sin embargo, su gusto por la literatura lo llevó a abandonar dicha carrera.

Ha escrito varios cuentos, algunos de los cuales se han publicado en blogs y revistas literarias virtuales: A través del espejo – Blog La Pipa de Magritte (abril de 2007). La idiotez consumada – Revista Literaria Noche

de letras (septiembre de 2012). También el artículo de Opinión ¿Será necesario el tercer canal? – EL TIEMPO – Separata Tolima, enero de 2010.

Fue elegido ganador del Concurso de Cuento Organizado por FUNDALECTURA, en asocio con la Alcaldía de Engativá en la categoría de Grandes Contadores de Historias con el cuento La muerte absurda. (2011). Entre sus trabajos se encuentra: Impiedad (primera novela publicada en Amazon en 2018 y publicada por la editorial ITA en 2019), Antología de cuento a través del espejo (publicada en Amazon 2019), Antología de cuento por la editorial DUNKEN en Argentina que está a punto de publicarse. En este momento se encuentra escribiendo la tercera novela y su primer libro de filosofía de la ciencia.

Lector asiduo de obras literarias, estudioso de filosofía y temas científicos.

Índice

Lunes.....	2
Martes.....	38
Miércoles.....	97
Jueves.....	172
Viernes.....	256
Sábado.....	367
Domingo.....	467
Lunes.....	578
HÉCTOR MEDINA.....	666



Título: El día que Dios murió.

Autor: Héctor Medina.

Edición digital Hoja en blanco. Marzo, 2023.

La presente obra fue aportada por el autor de manera voluntaria y gratuita a Hoja en Blanco con fines de difusión literaria. El autor conserva todos los derechos morales y patrimoniales sobre su trabajo. Esta edición está publicada bajo la siguiente licencia de uso *Creative Commons*:



CC BY - NC - ND 4.0

Se permite copiar, descargar y compartir esta edición siempre y cuando se otorguen los créditos pertinentes. No pueden realizarse cambios de forma ni usarse con fines comerciales. La obra original no podrá ser reproducida en otro formato o edición sin la autorización previa y por escrito del autor.

Descarga gratis esta y otras obras en

www.hojaenblancoeditorial.com

